



Santa Teresa de Jesús

Obras Tomo I

Índice

Prólogo

Carta del maestro Fray Luis de León

A las madres priora Ana de Jesús, y religiosas descalzas del monasterio de Madrid

Vida de la Santa Madre Teresa de Jesús

Capítulo primero

En que trata cómo comenzó el Señor a despertar esta alma en su niñez a cosas virtuosas, y la ayuda, que es para esto, serlo los padres

Capítulo II

Trata cómo fue perdido, y lo que importa en la niñez tratar con personas virtuosas

Capítulo III

En que trata, cómo parte la buena compañía para tornar a despertar sus deseos, y por qué manera comenzó el Señor a darle alguna luz del engaño que había traído

Capítulo IV

Dice cómo la ayudó el Señor para forzarse a sí mesma para tomar hábito, y las muchas enfermedades que su Majestad la comenzó a dar

Capítulo V

Prosigue en las grandes enfermedades que tuvo, y la paciencia que el Señor le dio en ellas, y cómo saca de los males bienes, según se verá en una cosa que le acaeció en este lugar que se fue a curar

Capítulo VI

Trata de lo mucho que debió al Señor, en darle conformidad, con tan grandes trabajos; y cómo tomó por medianero abogado al glorioso san José y lo mucho que le aprovechó

Capítulo VII

Trata por los términos que fue perdiendo las mercedes que el Señor le había hecho, cuán perdida vida comenzó a tener: dice los daños que hay en no ser muy encerrados los monasterios de monjas

Capítulo VIII

Trata del gran bien que se hizo, no se apartar del todo de la oración, para no perder el alma; y cuán excelente remedio es para ganar lo perdido. Persuade a que todos la tengan. Dice como es tan gran ganancia, y que aunque la tornen a dejar, es gran bien usar algún tiempo de tan gran bien

Capítulo IX

Trata por qué términos comenzó el Señor a despertar su alma y darle luz en tan grandes tinieblas, y a fortalecer sus virtudes para no ofenderle

Capítulo X

Comienza a declarar las mercedes que el Señor la hacía en la oración, y en lo que nos podemos nosotros ayudar, y lo mucho que importa que entendamos las mercedes, que el Señor nos hace. Pide a quien esto envía, que de aquí adelante sea secreto lo que escribiere, pues la mandan diga tan particularmente las mercedes que le hace el Señor

Capítulo XI

Dice en qué está la falla de no amar a Dios con perfección en breve tiempo: comienza a declarar, por una comparación que pone, cuatro grados de oración: va tratando aquí del primero: es muy provechoso para los que comienzan, y para los que no tienen gustos en la oración

Capítulo XII

Prosigue en este primer estado; dice hasta dónde podemos llegar con el favor de Dios por nosotros mismos, y el daño que es querer, hasta que el Señor haga subir el espíritu a cosas sobrenaturales, y extraordinarias

Capítulo XIII

Prosigue en este primer estado, y pone avisos para algunas tentaciones, que el demonio suele poner algunas veces, y da avisos para ellas; es muy provechoso

Capítulo XIV

Comienza a declarar el segundo grado de oración, que es ya dar al señor al alma a sentir gustos más particulares. Decláralo para dar a entender cómo son ya sobrenaturales. Es harto de notar

Capítulo XV

Prosigue en la misma materia, y da algunos avisos de cómo se han de haber en esta oración de quietud. Trata de cómo hay muchas almas que llegan a tener esta oración, y pocas que pasen adelante. Son muy necesarias, y provechosas las cosas que aquí se tocan

Capítulo XVI

Trata del tercer grado de oración, y va declarando cosas muy subidas, y lo que puede el alma que llega aquí, y los efectos que hacen estas mercedes tan grandes del Señor. Es muy para levantar el espíritu en alabanzas de Dios, y para gran consuelo de quien llegare aquí

Capítulo XVII

Prosigue en la misma materia de declarar este tercer grado de oración; acaba de declarar los efectos que hace; dice el impedimento que aquí hace la imaginación, y memoria

Capítulo XVIII

En que trata del cuarto grado de oración; comienza a declarar por excelente manera la gran dignidad en que el Señor pone al alma que está en este estado: es para animar mucho a los que tratan oración, para que se esfuerzen de llegar a tan alto estado, pues se puede alcanzar en la tierra; aunque no por merecerlo, sino por la bondad del Señor. Léase con advertencia; porque se declara por muy delicado modo, y tiene cosas mucho de notar

Capítulo XIX

Prosigue en la misma materia, comienza a declarar los efectos que hace en el alma este grado de oración. Persuaden mucho a que no tornen atrás, aunque después de ésta merced tornen a caer, ni dejen la oración. Dice los daños que vernán de no hacer esto: es mucho de notar, y de gran consolación para los flacos, y pecadores

Capítulo XX

En que trata la diferencia que hay de unión a arrobamiento: declara, qué cosa es arrobamiento, y dice algo del bien que tiene el alma, que el Señor por su bondad llega a él: dice los efectos que hace

Capítulo XXI

Prosigue, y acaba este postrer grado de oración: dice lo que siente el alma que está en él de tornar a vivir en el mundo, y de la luz que da el señor de los engaños dél: tiene buena doctrina

Capítulo XXII

En que trata, cuán seguro camino es para los contemplativos, no levantar el espíritu a cosas altas, si el Señor no le levanta; y cómo ha de ser el medio para la más sabida contemplación la humanidad de Cristo. Dice de un engaño en que ella estuvo un tiempo es muy provechoso este capítulo

Capítulo XXIII

En que torna a tratar del discurso de su vida, y cómo comenzó a tratar de más perfección, y por qué medios: es provechoso para las personas que tratan de gobernar almas que tienen oración, saber cómo se han de haber en los principios, y el provecho que le hizo saberla llevar

Capítulo XXIV

Prosigue lo comenzado, y dice, cómo fue aprovechando su alma después que comenzó a obedecer y lo poco que le aprovechaba resistir a las mercedes de Dios y cómo su Majestad se las iba dando más cumplidas

Capítulo XXV

En que trata el modo, y manera cómo se entienden estas hablas que hace Dios al alma sin oírse, y de algunos engaños que puede haber en ello, y en qué se conocerá cuando lo es. Es de mucho provecho, para quien se viere en este grado de oración, por que se declara muy bien, y de harta doctrina

Capítulo XXVI

Prosigue en la mesma materia, va declarando, y diciendo cosas que le han acaecido que le hacían perder el temor, y afirmar que era buen espíritu el que la hablaba

Capítulo XXVII

En que trata otro modo, con que enseña el Señor el alma, y sin hablarla, la da a entender su voluntad por una manera admirable. Trata también de declarar una visión, y gran merced que le hizo el Señor, no imaginaria. Es mucho de notar este capítulo

Capítulo XXVIII

En que trata las grandes mercedes que le hizo el señor, y cómo le apareció la primera vez: declara que es visión imaginaria: dice los grandes efectos y señales que deja cuando es Dios. Es muy provechoso capítulo, y mucho de notar

Capítulo XXIX

Prosigue, en lo comenzado, y mercedes grandes que la hizo el Señor, y las cosas que su Majestad la hacía para asegurarala, y para que respondiese a los que la contradecían

Capítulo XXX

Torna a contar el discurso de su vida, y cómo remedió el Señor muchos de sus trabajos con traer al lugar donde estaba al santo varón fray Pedro de Alcántara, de la orden del glorioso san Francisco. Trata grandes tentaciones, y trabajos interiores que pasaba algunas veces

Capítulo XXXI

Trata de algunas tentaciones exteriores, y representaciones que le hacía el demonio, y tormentos que le daba. Trata también algunas cosas harto buenas, para aviso de personas, que van camino de perfección

Capítulo XXXII

En que trata cómo quiso el Señor ponerla en espíritu en un lugar del infierno, que tenía por sus pecados merecido. Cuenta una cifra de lo que allí se le representó por lo que fue. Comienza a tratarla manera, u modo cómo se fundó el monasterio a donde ahora esta de san José

Capítulo XXXIII

Procede en la mesma materia de la fundación del glorioso san José. Dice cómo le mandaron, que no entendiese en ella, y el tiempo que lo dejó, y algunos trabajos que tuvo, y cómo la consolaba en ellos el Señor

Capítulo XXXIV

Trata cómo en este tiempo convino que se ausentase deste lugar: dice la causa, y cómo la mandó ir su prelado para consuelo de una señora muy principal, que estaba muy afligida. Comienza a tratar lo que allá le sucedió, y la gran merced que el Señor la hizo de ser medio, para que su Majestad despertase a una persona muy principal para servirle muy de veras, y que ella tuviese favor, y amparo después en él. Es mucho de notar

Capítulo XXXV

Prosigue en la misma materia de la fundación desta casa de nuestro glorioso san José. Dice por los términos que ordenó el Señor viniese aguardarse en ella la santa pobreza; y la causa porque se vino con aquella señora que estaba, y otras algunas cosas que le sucedieron

Capítulo XXXVI

Prosigue en la materia comenzada, y dice, cómo se acabó de concluir, y se fundó este monasterio del glorioso san José, y las grandes contradicciones, y persecuciones, que después de tomar hábito las religiosas hubo, y los grandes trabajos, y tentaciones que ella pasó, y cómo de todo la sacó el Señor con victoria, y en gloria, y alabanza suya

Capítulo XXXVII

Trata de los efectos que le quedaban, cuando el Señor le había hecho alguna merced: junta con esto harto buena doctrina. Dice cómo se ha de procurar, y tener en mucho ganar algún grado más de gloria, y que por ningún trabajo dejemos bienes que son perpetuos

Capítulo XXXVIII

En que trata de algunas grandes mercedes que el Señor la hizo, así en mostrarle algunos secretos del cielo, como otras grandes visiones, y revelaciones que su Majestad tuvo por bien viese: dice los efectos con que la dejaban, y el gran aprovechamiento que quedaba en su alma

Capítulo XXXIX

Prosigue en la misma materia de decir las grandes mercedes que le ha hecho el Señor: trata de cómo le prometió de hacer por las personas que ella le pidiese: dice algunas cosas señaladas, en que le ha hecho su Majestad este favor

Capítulo XL

Prosigue en la misma materia de decir las grandes mercedes que el Señor la ha hecho. De algunas se puede tomar harto buena doctrina, que éste ha sido, según ha dicho, su principal intento después de obedecer, poner las que son para provecho de las almas. Con este capítulo se acaba el discurso de su vida que escribió: sea para gloria del Señor. Amén

El maestro fray Luis de León al lector

Camino de perfección

Argumento general deste libro

Protestación

Prólogo

Capítulo primero

De la causa que me movió a hacer con tanta estrechura este monasterio

Capítulo II

Que trata cómo se han de descuidar de las necesidades corporales, y del bien que hay en la pobreza

Capítulo III

Prosigue lo que en el primero comenzó a tratar, y persuade a las hermanas a que se ocupen siempre en suplicar a Dios favorezca a los que trabajan por la Iglesia: acaba con una exclamación

Capítulo IV

En que persuade la guarda de la Regla, y de tres cosas importantes, para la vida espiritual. Declara la primera destas tres cosas, que es amor del prójimo, y lo que dañan amistades particulares

Capítulo V

Prosigue en los confesores, dice lo que importa sean letrados

Capítulo VI

Torna a la materia que comenzó del amor perfecto

Capítulo VII

En que trata de la misma materia de amor espiritual, y da algunos avisos para ganarle

Capítulo VIII

Trata del gran bien que es desasirse de todo lo criado, interior, y exteriormente

Capítulo IX

Que trata del gran bien que hay en huir los deudos, los que han dejado el mundo, y cuán verdaderos amigos hallan

Capítulo X

Trata cómo no basta desasirse de lo dicho, si no nos desasimos de nosotras mismas, y cómo están juntas esta virtud, y la humildad

Capítulo XI

Prosigue en la mortificación, y dice la que se ha de adquirir en las enfermedades

Capítulo XII

Trata de cómo ha de tener en poco la vida, y la honra el verdadero amador de Dios

Capítulo XIII

Prosigue en la mortificación, y cómo la religiosa ha de huir de los puntos, y razones del mundo, para llegarse a la verdadera

razón

Capítulo XIV

En que trata lo mucho que importa no dar profesión a ninguna que vaya contrario su espíritu de las cosas que quedan dichas

Capítulo XV

Que trata del gran bien que hay en no disculparse, aunque se vean condenar sin culpa

Capítulo XVI

De la diferencia que ha de haber en la perfección de la vida de los contemplativos, a los que se contentan con oración mental: y cómo es posible algunas veces subir Dios un alma distraída a

perfecta contemplación, y la causa dello. Es mucho de notar este capítulo, y el que viene cabe él

Capítulo XVII

De cómo no todas las almas son para contemplación, y cómo algunas llegan a ella tarde, y que el verdadero humilde ha de ir contento por el camino que le llevare el Señor

Capítulo XVIII

Que prosigue en la misma materia, y dice cuánto mayores son los trabajos de los contemplativos, que de los activos. Es de mucha consolación para ellos

Capítulo XIX

Que comienza a tratar de la oración, habla con almas que no pueden discurrir con el entendimiento

Capítulo XX

Trata cómo por diferentes vías nunca falta consolación en el camino de la oración, y aconseja a las hermanas desto sean sus pláticas siempre

Capítulo XXI

Que dice lo mucho que importa comenzar con gran determinación a tener oración, y no hacer caso de los inconvenientes que el demonio pone

Capítulo XXII

En que declara, qué es oración mental

Capítulo XXIII

Trata de lo que importa no tornar atrás quien ha comenzado camino de oración, y torna a hablar de lo mucho que va en que sea con gran determinación

Capítulo XXIV

Trata cómo se ha de rezar oración vocal con perfección, y cuán junta anda con ella la mental

Capítulo XXV

En que dice lo mucho que gana un alma que reza con perfección vocalmente, y cómo acaece levantarla Dios de allí a cosas sobrenaturales

Capítulo XXVI

En que va declarando el modo para recoger el pensamiento: pone medios para ello. Es capítulo muy provechoso para los que comienzan oración

Capítulo XXVII

En que trata el gran amor que nos mostró el Señor en las primeras palabras del Pater noster, y lo mucho que importa no hacer caso ninguno del linaje, las que de veras quieren ser hijas de Dios

Capítulo XXVIII

En que declara qué es oración de recogimiento, y pónense algunos medios para acostumbrarse a ella

Capítulo XXIX

Prosigue en dar medios para procurar esta oración de recogimiento: dice lo poco que se nos ha de dar de ser favorecidas de los prelados

Capítulo XXX

Dice lo que importa entender lo que se pide en la oración. Trata destas palabras del Pater noster: Santificetur nomen tuum .
Aplícalas a oración de quietud, y comiéndala a declarar

Capítulo XXXI

Que prosigue en la misma materia: declara qué es oración de quietud, y algunos avisos para los que la tienen. Es mucho de

notar

Capítulo XXXII

Que trata destas palabras del Pater noster : Fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra , y lo mucho que hace quien dice estas palabras con toda determinación, y cuán bien se lo pagará el Señor

Capítulo XXXIII

En que trata la gran necesidad que tenemos, de que el Señor nos dé lo que pedimos en estas palabras del Pater noster: Panem nostrum quotidianum da nobis hodie

Capítulo XXXIV

Prosigue en la misma materia: es muy bueno para después de haber recibido el santísimo Sacramento

Capítulo XXXV

Acaba la materia comenzada con una exclamación al Padre Eterno

Capítulo XXXVI

Trata destas palabras: Dimitte nobis debita nostra

Capítulo XXXVII

Dice la excelencia desta oración del Pater noster, y cómo hallaremos de muchas maneras consolación en ella

Capítulo XXXVIII

Que trata de la gran necesidad que tenemos de suplicar al Padre Eterno nos conceda lo que pedimos en estas palabras: Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo , y declara algunas tentaciones. Es de notar

Capítulo XXXIX

Prosigue la misma materia, y da avisos de algunas tentaciones de diferentes maneras, y pone dos remedios, para que se puedan librar dellas. Este capítulo es mucho de notar, así para los tentados de humildades falsas, como para los confesores

Capítulo XL

Dice cómo, si procuramos siempre andar en amor, y temor, iremos seguros entre tantas tentaciones

Capítulo XLI

Que habla del temor de Dios, y cómo nos hemos de guardar de pecados veniales

Capítulo XLII

En que trata destas postreras palabras: Sed libera nos a malo

Avisos de la Santa Madre Teresa de Jesús para sus monjas

Índice de las cosas notables que se contienen en este tomo

Es tanta y tan justa la fama de las esclarecidas virtudes y admirables escritos de la seráfica virgen santa Teresa de Jesús, que no hay parte ninguna del orbe cristiano donde no sea conocida y celebrada. Ya en vida aprobaron su espíritu las personas de más ciencia y virtud que tuvieron la dicha de conocerla y tratarla, las cuales no eran pocas a la sazón en España. De la misma manera todos cuantos han leído y examinado sus escritos, la han colmado de elogios, llamándola unánimemente doctora mística y maestra de la vida espiritual. «Siempre que, leo estos libros, dice el sabio Fr. Luis de León, me admiro de nuevo, y en muchas partes dellos me parece que no es ingenio de hombre el que oigo; y no dudo sino que, habla el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que le regía la pluma y la mano; que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscuras, y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee.» No es, pues, necesario que nos detengamos en referir los nombres de los muchos varones ilustres que la prodigaron justas alabanzas, entre los cuales sobresalen el V. P. M. Juan de Ávila, san Pedro de Alcántara, san Francisco de Borja, el V. P. Gerónimo Gracián, el respetable padre Francisco de Ribera, de la Compañía de Jesús y otros innumerables; siendo este el motivo que nos ha hecho suprimir en nuestra edición los repetidos testimonios de personas graves que se hallan al principio de las ediciones antiguas. Solo tenemos que añadir que hasta por los mismos protestantes, tan prevenidos como están contra la Iglesia católica, se ha rendido honorífico testimonio a los inmortales escritos de la gran Doctora del siglo XVI. El célebre Leibnitz escribía a Andrés Morellio en 1696: «Muy justo es el aprecio que haces de los libros de Santa Teresa; pues en ellos he encontrado algunas veces esta admirable sentencia: que el alma del hombre debe concebir las cosas como si no hubiera en el mundo más que Dios y ella sola, etc.» (Acta S. Theresiae, pág. 554: Bollandos).

Tienen además estos libros el mérito relevante de la utilidad universal para toda clase y condición de personas, porque nadie ha de ercer que se escribieron únicamente para las almas retiradas en el claustro y entregadas a la vida contemplativa; pues si bien es cierto que tratan algunos puntos que no son indistintamente para todos, es también indudable que muchísimos otros convienen al común de los fieles, y que aun las cosas más sublimes, las enseña con suma llaneza y claridad. De aquí es que todas las personas, lo mismo eclesiásticas que seglares, encuentran en la sabia Teresa de Jesús una maestra segura que los guía y los lleva como por la mano desde los primeros pasos de la virtud, hasta lo más alto de la perfección evangélica. Sus libros, en fin, dice la Iglesia, en el oficio de su festividad, están llenos de pura y santa doctrina, y son muy propios para elevar el corazón de los fieles y encenderlos con el amor de las cosas celestiales.

Ahora para conocerlos mejor vamos a hacer dellos una breve reseña.

Santa Teresa en el espacio de cerca de veintiún años, fuera de las obras que se han perdido, compuso once libros o tratados que son:

1.º Su Vida, que consta de 40 capítulos, y además unas Adiciones con las revelaciones y mercedes que el Señor la hacía; pudiéndose añadir a este libro, las otras tres breves Relaciones de su vida que se hallan en los tomos I y II de las Cartas.

2.º El Camino de perfección, tiene 42 capítulos.

3.º- El libro de las Fundaciones, que consta de 31 capítulos, fuera de la fundación de Granada, escrita por la V. Ana de Jesús.

4.º- El Castillo interior o las Moradas, que contiene 27 capítulos.

5.º- El Modo de visitar los conventos de religiosas Descalzas, etc., de nuestra Señora del Carmen.

6.º- Conceptos del amor de Dios sobre algunas palabras de los Cantares de Salomón, dividido en 7 capítulos.

7.º- Exclamaciones o Meditaciones del alma de Dios, que son 17.

8.º- Avisos a sus monjas, que son 69.

9.º- Otros 19 Avisos.

10.º- Varias composiciones en verso o glosas.

11.º- Las Constituciones.

12.º- Y por último, las Cartas contenidas en 4 tomos, además de otras que hasta ahora no se han incluido en ellos.

El primero fue el libro de su Vida, escrito por mandado de su confesor, que lo era a la sazón el P. Fr. García de Toledo, de la Orden de santo Domingo. «En este libro es de admirar, dice el P. Ribera, que conforme le iba escribiendo, la iba nuestro Señor poniendo en aquel grado de oración que escribía, y así fue prosiguiendo por todos los modos de oración que allí cuenta.» Después de las Confesiones de san Agustín, añade el célebre escritor Baillet, es el más excelente que hay en este género. En él aparece la verdadera señal del amor divino de que se hallaba abrasado el corazón de Santa Teresa, tan conforme con san Agustín, que no se puede dudar de que estaban uno y otro animados de un mismo espíritu.

Además de la Vida, escribió otras tres de su vida, las cuales se encuentran entre las cartas: las dos primeras, son las cartas a y 12 del tomo II; y la tercera está en el tomo I, cartas 18 y 19; siendo todas tres excelentes documentos de la vida espiritual, y admirables por su laconismo, claridad y orden.

El Camino de perfección fue el segundo libro que compuso siendo priora de Ávila, y concluyó en 1569: escribióle asimismo por mandado de su confesor el P. Fr. Domingo Báñez también de la Orden de predicadores. En él procura quitar diestramente los primeros obstáculos de la perfección, a fin de que pronto quede allanada la escabrosidad del camino, y llegue así el alma por la oración y práctica de las virtudes a lo sumo de la perfección. Le apreciaba la santa mucho santa, sin duda, entre otros motivos, por ser acomodado al uso de todos, y convenir más a las almas que siguen el modo común de oración.

El tercero fue el de las Fundaciones de sus monasterios, comenzando por el de Medina del Campo y acabando por el de Burgos. Este libro, escrito como todos por obediencia, le empezó en Salamanca en 1575, por mandado del padre M. Gerónimo Ripalda, de la Compañía de Jesús, que allí la confesaba. Sintiendo como imposibilitada de empezar por sus muchas ocupaciones y otros motivos de obediencia, dice que encomendándolo al Señor, oyó que la dijo: «Hija la obediencia da fuerzas.» Y en una carta (tom. IV, fragm. 17) escrita en 1576, el mismo día que había vuelto a continuarle, añade al P. Gracián, «que el Señor la había manifestado que sería para utilidad de muchas almas.»

El cuarto que es el Castillo interior o las Moradas, le empezó en Toledo en 1577, le continuó en Segovia y le acabó en Ávila el día de san

Andrés del mismo año, por orden del doctor Velázquez su confesor, después obispo de Osma y luego arzobispo de Santiago.

Para conocer el mérito de este libro celestial, basta saber del Illmo. Sr. Yepes, haberle manifestado la santa «que se le había Mandado escribir el mismo Dios». Una de las cosas que más trabajo la costó fue el cumplir este mandato; más como el obediente cantará victorias, el que se lo había mandado, la asistió en todo; afirmando el mencionado escritor que el mismo Señor la dictó el argumento, el método y el título del libro. Citando le escribía, se veía su rostro inflamado y salir de él rayos de luz durante el espacio de una hora: y tuvo tanto exceso de oración, dice el P. Ribera, y andaba tan elevada a Dios, que en diez o doce días por la debilidad de cabeza no pudo escribir una carta. Ella misma refiere (tom. II, carta 100) que llegó a aquel estado de la morada séptima, donde el alma con Dios goza de aquella paz admirable de que allí se habla.

El quinto libro, que es el de los Conceptos del amor de Dios sobre algunas palabras de los Cantares, le escribió por orden de varias personas a quienes, dice ella estaba obligada a obedecer. De este libro no ha quedado sino un cuaderno o poco más, y parece ser solamente el exordio. De otra obra mayor que había compuesto por mandato de un confesor suyo, y por orden de otro, poco mirado, entregó a las llamas por parecerle mal que una mujer interpretase el libro de los Cánticos: de modo que el que al presente tenemos es una parte que acaso se pudo salvar por haberle empezado a copiar en secreto las religiosas. No hay cosa más excelente para que las almas se eleven a Dios, y admiren su infinita grandeza, y los milagros de su gracia el P. Ribera no acababa de lamentar su pérdida.

Las Exclamaciones del alma a Dios, son diez y siete, y las escribió en diversos días después de comulgar. Su lenguaje es tan vivo, penetrante y eficaz, que se está viendo la hoguera del divino fuego que ardía en su pecho: y cada palabra es una saeta, encendida que traspasa e inflama los corazones en purísimo amor.

El Modo de visitar los monasterios, es un libro de gran mérito en el que sobresalen la prudencia, juicio, santidad y otras cualidades notables; no habiendo ninguno en su clase que le sea superior.

Los Avisos espirituales a sus religiosas son sesenta y ocho. He aquí lo que acerca dellos dice un historiador de la santa: «Si mis palabras tuvieran alguna autoridad, yo exhortaría vivamente a todos los fieles a que no dejasen pasar día sin leer algunos dellos, pues la experiencia les enseñaría la instrucción y utilidad que sacarían de su lectura».

Los otros Avisos, tomados de los dichos y escritos de la santa, son diez y nueve: éstos los ilustró el V. Palafox con varias notas que están en el tomo I de Cartas, y sobre todos ellos escribió en dos tomos una obra de gran espíritu el P. Andrade, de la Compañía de Jesús, pluma infatigable y de lo más terso y castizo que tiene la lengua castellana.

Las siete Meditaciones del Padre nuestro han ido siempre con los escritos de la santa Madre y la duda de si eran suyas; pero por muy poco versado que esté cualquiera en la lectura de los clásicos de nuestra lengua, conocerá muy pronto que no lo son, porque siendo así que en su pluma de oro todo es gracia, donaire, rapidez, laconismo y un vuelo de frases y expresiones inimitable y único, el estilo de las Meditaciones es de lo más grave, sonoro, y elocuente que se haya jamás escrito en lengua

castellana; de manera que ni los rasgos más levantados del Orador romano difieren tanto, por ejemplo, de la concisión de César y Salustio, como estas Meditaciones de cualquiera de los escritos de santa Teresa; además de que a las primeras páginas se ve claramente la mano ejercitada de un gran teólogo, doctor y maestro de Sagrada Escritura. Uno de estos, confesor suyo, las escribió probablemente a instancia de la Virgen seráfica, y habiéndolas encontrado después copiadas de su mano, se tuvieron sin otra razón por una de sus obras.

No obstante, como largo tiempo han corrido con esta pretensión, o a lo menos incertidumbre, tampoco nosotros las omitiremos.

Nada decimos sobre el libro llamado Las Constituciones, porque no es de nuestro objeto.

Acerca de los Versos, debemos declarar que la Santa compuso varias Canciones espirituales en algunas fiestas y solemnidades para recrear el ánimo de sus hijas, como se sabe no solo por algunas que han quedado, sino por la expresa mención que hace de ellas en varias de sus Cartas.

Las que se conservan son: las Glosas insertas en el tomo II de sus Obras, y los versos de la trasverberación de su corazón, que empiezan: «En las internas entrañas, etc., etc.», y los cuales irán íntegros en su lugar correspondiente.

Cuál fuese el numen que la inspiraba, parece declararlo en el cap. 16 de su Vida por estas palabras: «Yo sé persona (era ella misma) que con no ser poeta, le acaecía hacer de presto coplas muy sentidas declarando su pena bien; no hechas de su entendimiento, sino que para gozar más la gloria, que tan sabrosa pena le daba, se quejaba de ella a su Dios». Donde se ve que sus versos eran inspirados por el divino amor que la abrasaba.

Como Dios la mandó que escribiese estos libros, así parece, que quiso mostrar ser el autor dellos. Muchas veces estando escribiéndolos se quedaba en arrobamiento, y cuando volvía de él, hallaba algunas cosas escritas de su letra, pero no por ella. Estaba con la pluma en la mano, y con tanto resplandor en el rostro, que no parece sino que la luz del alma se difundía en el cuerpo: y por último, la tenía tan absorta en Dios, que aunque hubiese mucho ruido en su celda, ni la perturbaba, ni lo sentía.

En cuanto a las Cartas, hay que decir con dolor que han perecido muchas, bastando para probarlo, entre otras cosas, el considerar los infinitos negocios que tuvo en los últimos catorce años de su vida, durante los cuales mantuvo larga correspondencia con toda clase de personas. Perecieron, porque algunos con indiscreta devoción las cortaban para sacar la firma de la santa, o formar otras con sus letras.

Las publicadas en la edición de Madrid de 1793, que fue la última hecha por la Orden carmelitana, son 332, más 87 fragmentos de otras; y tanto aquéllas como éstos se hallan en los cuatro tomos, de Cartas que hoy se conocen: el primero contiene 65; el segundo 108; el tercero 82; y el cuarto 77, más los 87 fragmentos.

Casi todas fueron escritas, en los últimos veinte años de su vida, esto es, desde 1562 hasta 12 de septiembre, de 1582: y aun exceptuando cinco o seis, las demás se escribieron en los catorce últimos años.

El primer tomo se dio a luz en Zaragoza en 1658, con notas del V. Palafox, dedicado a Felipe IV, habiéndolo recibido el público con tanta avidéz, según asegura la Biblioteca de Carmelitas descalzos, (Boll, pág.

550) que en el corto espacio de ocho años se hicieron varias reimpressiones, y se tradujeron en casi todos los idiomas del orbe cristiano.

El segundo tomo salió en un principio con notas del P. Fr. Pedro de la Anunciación, aumentándolas después el P. Fr. Antonio de san José.

El tercero y cuarto se publicaron en 1791, dedicados a Carlos III; y los anotó el referido P. Fr. Antonio de san José.

Acerca de la excelencia destas Cartas, es poco cuanto de ellas se hable, pues se puede decir que a las mismas se debe especialmente la reforma del Carmelo. Otros fundadores iban a Roma, trataban con los cardenales, informaban al Santo Pontífice, etc., etc. ¿Cómo pudo, pues, una pobre monja suplir todo esto? Lo suplió con sus cartas. En ellas trata de asuntos de todas clases y con todo género de personas: trata de cosas espirituales y místicas, de negocios graves y de trascendencia, de la observancia religiosa y de cosas familiares de la vida civil, cuando la necesidad o la caridad lo exigían. Si se cuentan las personas con quienes tuvo comunicación, veremos entre ellos al monarca Felipe II, a D. Teutonio de Braganza infante de Portugal, al duque de Alba, a los nuncios de S. S., al cardenal Quiroga y otros prelados y personajes de alta categoría. ¡Qué celo, dice el V. Palafox, no se descubre en ellas por el bien de las almas! ¡Qué prudencia y sabiduría! ¡Qué eficacia en el persuadir!... Muchos santos ha habido en la Iglesia que la han enseñado pero que hayan tan dulcemente persuadido y cautivado y vencido las almas, no se hallarán fácilmente.

No son menores los elogios que hacen los escritores extranjeros. El P. Gil de la Sante, de la Compañía de Jesús (Orat. de palm. litt. París, 1741) la da la preferencia en el género epistolar. Y su panegirista Serre Figon (parte II, pág. 59) dice que aunque otra cosa no la debiéramos más que las Cartas, bastaría esto solo para ser acreedora a la gratitud de todo el orbe cristiano.

Además de las obras referidas y el tratado de los Cantares ya mencionado, que se quemó, otras cosas dejó escritas que no parecen o se perdieron para siempre, como el librito de la Melancolía, de que se hace mención en el cap. VII, núm. 1.º de las Fundaciones: Versos para las fiestas solemnes de Iglesia, y entre otros los indicados en la carta (la XXXI del tom. I) a su hermano Lorenzo, como asimismo los Villancicos al nombre de Jesús: una Canción a la entrada en las Descalzas de Elena de Quiroga, sobrina del arzobispo de Toledo (Crónica, lib. 13, capítulo 20, núm. 2) y unos Avisos importantes a Felipe II (tom. III, carta 1.ª, nota 2, 3, 4).

Digamos algo ahora de las ediciones que se han hecho de las obras de Santa Teresa.

Después de haber visto la celebridad que gozan éstas en todo el mundo católico, no es de extrañar que las naciones cristianas quisieran poseer tan rico tesoro. De aquí resultó, que no bien se publicaron en España, todas se apresuraron a traducirlas, hallándose al presente en latín, italiano, francés, alemán, inglés, polaco, etc., de modo que según el cálculo del erudito y profundo crítico, el P. Vandermoere (Bollandos) se aproximan a ochenta las ediciones que van hechas.

La primera impresión, se hizo en Salamanca en 1588; pero quedaron en

ella algunos defectos que pasaron a las demás, pues se hallan suprimidos algunos elogios de la Compañía de Jesús. El primero que lo advirtió fue el padre Ribera, el cual, en la Vida que publicó de la Santa en 1590 (lib. IV) dice que se hallaba truncado un pasaje del cap. 38 de la Vida escrita por ella misma, pues en el original que se conserva en el monasterio del Escorial, después de haber referido que el Señor la había mandado que dijese ciertas palabras al rector de la Compañía, continúa de este modo: «De los de la Orden deste padre, que es la Compañía de Jesús, de toda la Orden junta he visto grandes cosas: vilos en el cielo con banderas blancas en las manos algunas veces, etc., etc.»; Así se halla en el original; mas en los libros impresos que salieron en 1588 está alterado este pasaje y dice de este modo: «de los de cierta Orden, de toda la Orden junta, he visto cosas grandes, etc.» Otro lugar se alteró también en el libro de las Moradas. En la quinta (cap. IV, n.º 4) hablando de las almas que atrae Dios a sí, sacándolas del poder del demonio por medio de los santos, dice así: «Pues las que habrá perdido el demonio por santo Domingo y san Francisco y otros fundadores de Órdenes, y pierde ahora por el padre Ignacio, el que fundó la Compañía, etc.»: cuyas últimas palabras y pierde ahora por el padre Ignacio, el que fundó la Compañía, estaban omitidas. El P. Fr. Francisco de Santa María en la Crónica de los PP. Carmelitas Descalzos (lib. V, cap. 33 y 36) añade que pasaron estas fallas a las ediciones posteriores, y prosigue así: «No hallo a quien poder atribuir tan notable defecto sino al descuido del impresor o corrector. A los prelados de la Orden no se puede imputar, porque estando los escritos de nuestra madre, llenos de alabanzas de la sagrada religión de la Compañía, necio hurto sería defraudarla desto; y así de muy buena gana la restituí yo lo que conocidamente es suyo». Hasta aquí la Crónica. Estos errores pasaron como era consiguiente a las traducciones extranjeras, mayormente francesas(1), además de otras infinitas equivocaciones, nacidas de ignorancia de nuestra lengua, y más que todo en la versión de las Cartas.

Por las causas arriba dichas, sin duda, el capítulo general de Carmelitas celebrado en Roma en 1650 (Bollandos, Acta S. Theresiae, pág. 365, § 82) manifestó su desaprobación respecto de aquellas ediciones en que se hallaran estas alteraciones como injuriosas no solo a la Compañía, sino a la misma santa Madre. Así es que en la edición de Madrid de 1752, e igualmente en la de 1778 y la de 1795, impresas todas por la Orden carmelitana, se encuentran ya corregidos estos lugares; por cuyo motivo nos serviremos de esta última como la más correcta y fiel; colocando al final del tomo IV de las Cartas por vía de Apéndice los demás documentos de la Santa que hayamos podido reunir, con los cuales y la Carta importante ofrecida en el prospecto, tendremos el gusto de presentar otra inédita, que hemos adquirido posteriormente.

Ninguna persona extrañará estas aclaraciones como prueba de nuestro afecto y veneración a las Órdenes religiosas; porque aunque de notoriedad a ninguna pertenecemos ni hemos nunca pertenecido, somos por la profesión del bautismo hijos de la santa Iglesia, y como tales no cesamos humildemente de pedir al Señor por su conservación y restablecimiento, como baluarte que son y siempre han sido de la fe verdadera y apoyo firmísimo de la felicidad de las naciones. Esto lo hemos aprendido de nuestra seráfica Maestra; y pues nuestro siglo se les ha mostrado tan

hostil y sañudo, no podemos menos de concluir cuando en contrario aquel pasaje insigne (Vida, cap. XXXII, n.º 6) en que escribe la Santa que un día después de la comunión la mandó Dios en términos expresos fundar el monasterio de san José de Ávila, donde se había de servir mucho a su divina Majestad, y que sería una estrella de gran resplandor, añadiéndola luego estas memorables palabras: «Que aunque las religiones estaban relajadas, no pensase que se servía poco en ellas: que ¿qué sería del mundo si no fuese por los religiosos?»

No nos detendremos en hacer reflexiones sobre este punto, porque no dudamos de la fuerza y valor que tendrán tan solemnes palabras en el ánimo de todos los que sepan apreciarlas debidamente.

Por lo demás, nuestros deseos sinceros son que estos preciosos libros anden en manos de todos: que los lean día y noche, y que saquen de tan celestial tesoro las riquezas que encierran, para mayor gloria de Dios, bien de sus almas y honor de nuestra ilustre Santa. Tales fueron los fines para que se mandaron escribir, y tal es también el rico fruto que nosotros deseamos cojan con abundancia todos los fieles, a cuyo objeto tenemos el gusto de ofrecerles esta nueva, completa y económica edición.- Madrid, 31 de octubre de 1851.

El editor,

N. de C. P.

Carta del maestro Fray Luis de León

A las madres priora Ana de Jesús, y religiosas descalzas del monasterio de Madrid

Salud en Jesucristo

Yo no conocí, ni vi a la santa madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra, mas ahora que vive en el cielo la conozco, y veo casi siempre en dos imágenes vivas, que nos dejó de sí, que son sus hijas, y sus libros, que a mi juicio son también testigos fieles, y mejores de toda excepción de la grande virtud; porque las figuras de su rostro, si las viera, mostráranme su cuerpo, y sus palabras, si las oyera, me declararan algo de la virtud de su alma; y lo primero era común, y lo segundo sujeto a engaño, de que carecen estas dos cosas, en que la veo ahora: que como el Sabio dice, el hombre en sus hijos se conoce. Porque los frutos que cada uno deja de sí cuando falta, éstos son el verdadero testigo de su vida, y por tal le tiene Cristo, cuando en el Evangelio, para diferenciar al malo del bueno, nos remite solamente a sus frutos. De sus frutos, dice los conoceréis. Así que la virtud, y santidad de la santa, madre Teresa, que viéndola a ella me pudiera ser dudosa, e incierta, esta misma ahora no viéndola, y viendo sus libros, y las obras de sus manos, que son sus hijas, tengo por cierta, y muy clara, porque, por la virtud que en todas resplandece, se conoce sin engaño la mucha gracia que puso Dios en la que hizo para Madre de este nuevo milagro, que por tal debe ser tenido, lo que en ellas Dios ahora hace, y por ellas. Que si es milagro lo que viene fuera de lo que por orden natural acontece, hay en este hecho tantas cosas extraordinarias, y nuevas, que llamarle milagro es poco, porque es un ayuntamiento de muchos milagros. Que un milagro es, que una mujer, y sola, haya reducido a perfección una Orden en mujeres, y hombres. Y otro la grande perfección a que los redujo. Y otro, y tercero, el grandísimo crecimiento que ha venido en tan pocos años, y de tan pequeños principios,

que cada una por sí son cosas muy dignas de considerar. Porque, no siendo de las mujeres el enseñar, sino el ser enseñadas, como lo escribe san Pablo, luego se ve, que es maravilla nueva una flaca mujer tan animosa, que emprendiese una cosa tan grande, y tan sabia, y eficaz, que saliese con ella, y robase los corazones, que trataba para hacerlos de Dios, y llenase las gentes en pos de sí, a todo lo que aborrece el sentido. En que (a lo que yo puedo juzgar quiso Dios en este tiempo, cuando parece triunfa el demonio en la muchedumbre de los infieles, que le siguen, y en la porfía de tantos pueblos de herejes, que hacen sus partes, y en los muchos vicios de los fieles que son de su bando, para envilecerle, y para hacer burla dél, ponerle delante, no un hombre valiente rodeado de letras, sino una mujer pobre, y sola que le desafiase y levantase bandera contra él, y hiciese públicamente gente que le venza, huelle, y acocee: y quiso sin duda para demostración de lo mucho que, puede en esta edad, a donde tantos millares de hombres, unos con sus errados ingenios, y otros con sus perdidas costumbres aportillan su reino, que una mujer alumbrase los entendimientos, y ordenase las costumbres de muchos, que cada día crecen para reparar estas quiebras. Y en esta vejez de la Iglesia tuvo por bien de mostrarnos, que no se envejece su gracia, ni es ahora menos la virtud de su espíritu, que, fue en los primeros, y felices tiempos della, pues con medios más flacos en linaje, que entonces, hace lo mismo, o casi lo mismo, que entonces. Y no es menos clara, ni menos milagrosa la segunda imagen, que, dije, que son las escrituras, y libros, en los cuales, sin ninguna duda quiso el Espíritu Santo, que, la santa madre Teresa fuese un ejemplo rarísimo; porque en la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza, y calidad con que las trata, excede a muchos ingenios; y en la forma del decir, y en la pureza, y facilidad del estilo, y en la gracia, y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada, que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale. Y así siempre que los leo, me admiro de nuevo, y en muchas partes dellos me parece, que no es ingenio de hombre el que oigo; y no dudo sino que habla el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que le regía la pluma, y la mano, que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscuras, y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee. Que dejados aparte otros muchos, y grandes provechos, que hallan los que leen estos libros, dos son a mi parecer los que con más eficacia hacen. Uno facilitar en el ánimo de los lectores el camino de la virtud. Y otro encenderlos en el amor della, y de Dios. Porque en lo uno es cosa maravillosa, ver cómo ponen a Dios delante, los ojos del alma, y como le muestran tan fácil para ser hallado, y tan dulce tan amigable para los que le hallan; y en los otro no solamente con todas mas con cada una de sus palabras, pega al alma fuego del cielo, que, le abrasa, y deshace. Y quitándole de los ojos, y del sentido todas las dificultades que hay, no para que no las vea, sino para que no las estime, ni precie, déjanla, no solamente desengañada de lo que la falsa imaginación le ofrecía, sino descargada de su peso y tibieza, y tan alentada, y (si se puede decir así) tan ansiosa del bien, que vuela luego a él con el deseo que hierve. Que el ardor grande que en aquel pecho santo vivía, salió como pegado en sus palabras, de manera, que levantan llama por donde quiera que pasan. Así que tornando al principio, si no la vi mientras estuvo en la tierra, ahora

la veo en sus libros, y hijas. O por decirlo mejor, en Vuestras Reverencias solas las veo ahora, que de son sus hijas de las más parecidas a sus costumbres, y son retrato vivo de sus escrituras, y libros. Los libros que salen a luz, y el Consejo Real me cometi6 que los viese, puedo yo con derecho enderezarlos a ese santo convento, como de hecho lo hago, por el trabajo que he puesto en ellos, que no ha sido pequeño. Porque no solamente he trabajado en verlos, y examinarlos, que es lo que el Consejo mand6, sino tambi6n en cotejarlos con los originales mismos que estuvieron en mi poder muchos d6as, y en reducirlos a su propia pureza en la misma manera, que los dej6 escritos de su mano la santa madre, sin mudarlos, ni en palabras, ni en cosas de que se hab6an apartado mucho los trabajos que andaban, o por descuido de los escribientes, o por atrevimiento, y error. Que hacer mudanza en las cosas, que escribi6 un pecho en quien Dios viv6a, y que se presume le mov6a a escribirlas, fue atrevimiento grand6simo, y error muy feo querer enmendar las palabras; porque si entendieran bien castellano, vieran que el de la santa madre es la misma elegancia aunque en algunas partes de lo que escribe antes que acabe la raz6n que comienza, la mezcla con otras razones, y rompe el hilo, comenzando muchas veces con cosas que ingiere; mas ingi6relas tan diestramente, y hace con tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura, y es el lunar del refr6n. As6 que yo los he restituido a su primera pureza. Mas porque no hay cosa tan buena, en que la mala condici6n de los hombres no pueda levantar un achaque, ser6 bien aqu6 (y hablando con Vuestras Reverencias) responder con brevedad a los pensamientos de algunos. Cu6ntanse en estos libros revelaciones, y tr6tanse en ellos cosas interiores, que pasan en la oraci6n, apartadas del sentido ordinario, y habr6 por ventura quien diga en las revelaciones, que es caso dudoso, y que as6 no conven6a que saliesen a luz; y en lo que toca al trato interior del alma con Dios, que es negocio muy espiritual, y de pocos, y que ponerlo en p6blico a todos, podr6 ser ocasi6n de peligro. En que verdaderamente se enga6nan. Porque en lo primero de las revelaciones, as6 como es cierto, que el demonio se transfigura algunas veces en 6ngel de luz, y burla, y enga6na las almas con apariencias fingidas; as6 tambi6n es cosa sin duda, y de fe, que el Esp6ritu Santo habla con los suyos, y se les muestra por diferentes maneras, o para su provecho, o para el ajeno. Y como las revelaciones primeras no se han de escribir, ni aprobar, porque son ilusiones; as6 estas segundas merecen ser sabidas, y escritas. Que como el 6ngel dijo a Tob6as El secreto del rey bueno es esconderlo, mas de las obras de Dios, cosa santa, y debida es manifestarlas, y descubrirlas. 6Qu6 santo hay que no haya tenido alguna revelaci6n? 6O qu6 visa de santo se escribe, en que no se escriban las revelaciones que tuvo? Las historias de las 6rdenes de los santos Domingo, y Francisco, andan en las manos, y en los ojos de todos, y casi no hay hoja en ellas sin revelaci6n, o de los fundadores, o de sus disc6pulos. Habla Dios con sus amigos sin duda ninguna, y no les habla, para que nadie lo sepa, sino para que tenga a juicio lo que les dice, que como es luz, 6mala en todas sus cosas; como busca la salud de los hombres, nunca hace estas mercedes especiales a uno, sino para aprovechar por medio d6l a otros muchos. Mientras se dud6 de la virtud de la santa madre Teresa, y mientras hubo gentes que pensaron al rev6s de lo que era, porque a6n no se ve6a la manera en que Dios aprobaba sus obras,

bien fue que estas historias no saliesen a luz, ni anduviesen en público, para excusar la temeridad de los juicios de algunos; mas ahora después de su muerte, cuando las mismas cosas, y el suceso dellas hacen certidumbre que es Dios, y cuando el milagro de la incorrupción de su cuerpo, y otros milagros que cada día hace, nos ponen fuera de toda duda su santidad, encubrir las mercedes que Dios le hizo viviendo, y no querer publicar los medios con que la perficionó para bien de tantas gentes, sería en cierta manera hacer injuria al Espíritu Santo, y escurecer sus maravillas, y poner velo a su gloria. Y así ninguno que bien juzgare, tendrá por bueno que estas revelaciones se encubran. Que lo que algunos dicen, ser inconveniente, que la santa madre misma escriba sus revelaciones de sí, para lo que toca a ella, y a su humildad, y modestia, no lo es, porque las escribió mandada, y forzada, para lo que toca a nosotros, y a nuestro crédito, antes es lo más conveniente. Porque de cualquiera otro que las escribiera, se pudiera tener duda, si se engañaba, o si quería engañar, lo que no se puede presumir de la santa madre, que escribía lo que pasaba por ella: y era tan santa, que no trocara la verdad en cosas tan grayes. Lo que yo de algunos temo es, que disgustan de semejantes escritura, no por el engaño, que puede haber en ellas, sino por el que ellos tienen en sí, que no les deja creer, que se humana Dios tanto con nadie, que no lo pensarían, si considerasen eso mismo que creen. Porque si confiesan que Dios se hizo hombre, ¿qué dudan de que hable con el hombre? Y si creen que fue crucificado, y azotado por ellos, ¿qué se espantan que se regale con ellos? ¿Es más aparecer a un siervo o suyo, y hablarle, o hacerse él como siervo nuestro, y padecer muerte? Anímense los hombres a buscar a Dios por el camino que él nos enseña, que es la fe, y la caridad, y la verdadera guarda de su ley, y consejos, que lo menos será hacerles semejantes mercedes. Así que los que no juzgan bien destas revelaciones, si es porque, no creen que las hay, viven en grandísimo error: y si es porque algunas de las que hay son engañosas, obligados están a juzgar bien de las que la conocida santidad de sus autores aprueba por verdaderas, cuales son las que se escriben aquí. Cuya historia, no solo no es peligrosa en esta materia de revelaciones, mas es provechosa, y necesaria para el conocimiento de las huellas en aquellos que la tuvieren. Porque no cuenta desnudamente las que Dios comunicó a la santa madre Teresa, sino dice también las diligencias que ella hizo para examinarlas, muestra las señales que dejan de sí las verdaderas, y el juicio que debemos hacer dellas, y si se ha de apeteer, o rehusar el tenerlas. Porque lo primero, esa escritura nos enseña, que las que son de Dios, producen siempre en el alma muchas virtudes, así para el bien de quien las recibe, como para la salud de otros muchos. Y lo segundo nos avisa, que no habemos de gobernarnos por ellas, porque la regla de la vida es la doctrina de la Iglesia, y lo que tiene Dios revelado en sus libros, y lo que diría la sana, y verdadera razón. Lo otro nos dice, que no las apetezcamos, ni pensemos que está en ellas la perfección del espíritu, o que son señales ciertas de la gracia, porque el bien de las almas está propiamente en amar a Dios más, y en el padecer más por él, y en la mayor mortificación de los afectos, y mayor desnudez, desasimiento de nosotros mismos, y de todas las cosas. Y lo mismo que nos enseña con las palabras aquella escritura, nos lo demuestra luego con el ejemplo de la misma santa madre, de quien nos

cuenta el recelo con que anduvo siempre en todas sus revelaciones, y el examen que dellas hizo, y como siempre se gobernó, no tanto por ellas, cuanto por lo que le mandaban sus preladados, y confesores, con ser ellas tan notoriamente buenas, cuanto mostraron los efectos de reformation que en ella hicieron, y en toda su Orden. Así que las revelaciones que aquí se cuentan, ni son dudosas, ni abren puerta para las que son, antes descubren luz para conocer las que lo fueren; y son para aqueste conocimiento como la piedra del toque estos libros. Resta ahora decir algo a los que hallan peligro en ellos, por la delicadeza de lo que tratan, que dicen no es para todos, porque como haya tres maneras de gentes, unos que tratan de oración, otros que si quisiesen, podrían tratar de ella, otros que no podrían por la condición de su estado: pregunto yo, ¿cuáles son los que destos peligran? ¿Los espirituales? No, sino es daño saber uno eso mismo que hace, y profesa. ¿Los que tienen disposición para serlo? Mucho menos, porque tienen aquí, no solo quien los guíe cuando lo fueren, sino quien los anime, y encienda a que lo sean, que es un grandísimo bien. Pues los terceros ¿en qué tienen peligro? ¿En saber que es amoroso Dios con los hombres? ¿Que quién se desnuda de todo le halla? ¿Los regalos que hace a las almas? ¿La diferencia de gustos que les da? ¿La manera cómo los apura, y alma? ¿Qué hay aquí, que sabido, no santifique a quien lo leyere? ¿Que no críe en la admiración de Dios, y que no le encienda en su amor? Que, si la consideración destas obras exteriores que hace Dios en la oración, y gobernación de las cosas, es escuela de común provecho para todos los hombres, ¿el conocimiento de sus maravillas secretas, cómo puede ser dañoso a ninguno? Y cuando alguna, por su mala disposición, sacara daño, ¿era justo por eso cerrar la puerta a tanto provecho, y de tantos? No se publique el Evangelio, porque, en quien no lo recibe es ocasión de mayor perdición, como san Pablo decía. ¿Qué escrituras hay, aunque entren las sagradas en ellas, de que un ánimo mal dispuesto no pueda concebir un error? En el juzgar de las cosas, débese entender a si ellas son buenas en sí, y convenientes para sus fines, y no a lo que fiará dellas el mal uso de algunos: que si a esto se mira, ninguna hay tan santa, que no se pueda vedar. ¿Qué más santos que los Sacramentos? ¿Cuántos por el mal uso dellos se hacen peores? El demonio como sagaz, y que vela en dañarnos, muda diferentes colores, y muéstrase en los entendimientos de algunos recatado, y cuidadoso del bien de los prójimos, para por excusar un daño particular, quitar de los ojos de todos lo que es bueno, y provechoso en común. Bien sabe él que perderá más en los que se mejoraren, y hicieren espirituales perfectos, ayudados con la lición destes libros, que ganará en la ignorancia, o malicia de cual, o cual que por su disposición se ofendiere. Y así por no perder aquellos, enrarece, y pone delante los ojos el daño de aquestos, que él por otros mil caminos tiene dañados; aunque como decía, no sé ninguno tan mal dispuesto, que saque daño de saber, que Dios es dulce, con sus amigos, y de saber cuán dulce es, y de conocer por qué caminos se le llegan las almas, a que se endereza toda aquella escritura. Solamente me recelo de unos que quieren guiar por sí a todos, y que aprueban mal lo que no ordenan ellos, y que procuran no tenga autoridad lo que no es su juicio, a los cuales no quiero satisfacer, porque nace su error de su voluntad, y así no querrán ser satisfechos: más quiero rogar a los demás, que no les den crédito, por que no le merecen. Sola una cosa

advertiré aquí, que es necesario se advierta, y es(2): que la santa madre, hablando de la oración que llama de quietud, y de otros grados más altos, y tratando de algunas particulares mercedes que Dios hace a las almas, en muchas partes destes libros acostumbra a decir, que está el alma junto a Dios, y que ambos se entienden, y que están las almas ciertas que Dios les habla, y otras cosas desta manera. En lo cual no ha de entender ninguno que pone certidumbre en la gracia, y justicia de los que se ocupan en estos ejercicios, ni de otros ningunos, por santos que sean, de manera que ellos estén ciertos de sí, que la tienen, sino son aquellos a quien Dios lo revela. Que la santa madre misma, que gozó de todo lo que en estos libros dice, y de mucho más que no dice, escribe en uno dellos estas palabras de sí(3). Y lo que no se puede sufrir, Señor, es, no poder saber cierto si os amo, y son aceptos mis deseos delante, de vos. Y en otra parte. Mas ay Dios mío, ¿cómo podré, yo saber que no estoy apartada de vos? ¡Oh vida mía, qué has de vivir con tan poca seguridad de cosa tan importante! ¿Quién te buscara? Pues la ganancia que de ti se puede sacar, o esperar, que es contentar en todo a Dios, está tan incierta, y llena de peligros? Y en el libro de las Moradas(4), hablando de almas que han entrado en la séptima, que son las de mayor, y más perfecto grado, dice desta manera: De los pecados mortales que ellas entiendan estar libres, aunque no seguras, que ternán algunos que lo entienden, que no les será pequeño tormento. Solo quiere decir lo que es la verdad, que las almas en estos ejercicios sienten a Dios presente para los efectos que en ellas entonces hace, que son deleitarlas y alumbrarlas, dándoles avisos, y gustos; que aunque son grandes mercedes de Dios, y que muchas veces, o andan con la gracia que justifica, o encaminan a ella, pero no por eso son aquella misma gracia, ni nacen, ni se juntan siempre con ella. Como en la profecía se ve, que la puede haber en el que está en mal estado, el cual entonces está cierto de que Dios le habla, no se sabe si le justifica; y de hecho no le justifica Dios entonces, aunque le habla, y enseña. Y esto se ha de advertir, quanto a toda la doctrina común, que en lo que toca particularmente a la santa madre, posible es que después que escribió las palabras que ahora yo refería, tuviese alguna propia revelación, y certificación de su gracia. Lo cual así como no es bien que se afirme por cierto, así no es justo que con pertinacia se niegue; porque fueron muy grandes, los dones que Dios en ella puso, y las mercedes que le hizo en sus años postreros, a que aluden algunas cosas de las que en estos libros escribe. Mas de lo que en ella por ventura pasó por merced singular, nadie, ha de hacer regla común. Hoy con este advertimiento queda libre de tropiezo toda aquella escritura. Que según yo juzgo, y espero será tan provechosa a las almas, quanto en las de Vuestras Reverencias, que se criaron, y se mantienen con ella, se ve. A quien suplico se acuerden siempre en sus santas oraciones de mí. En san Felipe de Madrid a 15 de septiembre de 1587.

Vida de la Santa Madre Teresa de Jesús

Quisiera yo, que como me han mandado, y dado larga licencia, para que

escriba el modo de Oración, y las mercedes que el Señor me ha hecho, me la dieran, para que muy por menudo, y con claridad dijera mis grandes pecados, y ruin vida. Dírame gran consuelo; mas no han querido, antes atádome mucho en este caso: y por esto pido por amor del Señor, tenga delante de los ojos, quien este discurso de mi vida leyere, que ha sido tan ruin, que, no ha hallado Santo, de los que se tornaron a Dios, con quien me consolar. Porque considero, que después que el Señor los llamaba, no le tornaban a ofender: yo no solo tornaba a ser peor, sino que parece traía el estudio a resistir las mercedes que su Majestad me hacía, como quien se veía obligar a servir más, y entendía de sí, no podía pagar lo menos de lo que debía. Sea bendito por siempre, que tanto me esperó. A quien con todo mi corazón suplico, me dé gracia, para con toda claridad, y verdad yo haga esta relación, que mis confesores me mandan (y aun el señor, sé yo, lo quiere muchos días ha, sino que yo no me he atrevido) y que sea para gloria, y alabanza suya, y para que aquí conociéndome ellos mejor, ayuden a mi flaqueza, para que pueda servir algo de lo que debo al Señor, a quien siempre alaben todas las cosas. Amén.

Capítulo primero

En que trata cómo comenzó el Señor a despertar esta alma en su niñez a cosas virtuosas, y la ayuda, que es para esto, serlo los padres

1. El tener padres virtuosos, y temeroso de Dios, me bastará, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía para ser buena. Era mi padre aficionado a leer buenos libros, y así los tenía de romance, para que leyesen sus hijos. Esto, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar, y ponernos en ser devotos de Nuestra Señora, y de algunos Santos, comenzó a despertarme de edad (a mi parecer) de seis, o siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres, y piedad con los enfermos, y aun con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad: y estando una vez en casa una de un su hermano, la regalaba como a sus hijos: decía, que de que no era libre, no lo podía sufrir de piedad. Era de gran verdad; jamás nadie le oyó jurar, ni murmurar. Muy honesto en gran manera. Mi madre también tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad; con ser de harta hermosura, jamás se entendió, que diese ocasión a que ella hacía caso de ella; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible, y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió: murió muy Cristianamente. Eramos tres hermanas, y nueve hermanos: todos parecieron a sus padres (por la bondad de Dios) en ser virtuosos, sino fui yo, aunque era la más querida de mi padre; y antes que comenzase a ofender a Dios, parece tenía alguna razón: porque, yo he lástima, cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado, y cuán mal me supo aprovechar dellas. Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban a servir a Dios.

2. Tenía uno casi de mi edad, que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor, y ellos a mí; juntábamonos entrambos a leer vidas

de santos: como veía los martirios, que por Dios los santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir ansí; no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes, que leía haber en el cielo. Juntábame con este mi hermano a tratar que medio habría para esto. Concertábamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen: y paréceme, que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padres, nos parecía el mayor embarazo. Espantábanos mucho el decir en lo que leíamos, que pena, y gloria era para siempre. Acaecíanos estar muchos ratos tratando desto: y gustábamos de decir muchas veces, para siempre, siempre, siempre. En pronunciar esto mucho rato, era el Señor servido, me quedase en esta niñez imprimido e camino de la verdad. De que vi, que era imposible ir a donde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas pedrecillas, que luego se nos caían, y ansí no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me pone devoción ver, como me daba Dios tan presto, lo que yo perdí por mi culpa. Hacía limosna como podía, y podía poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y ansí nos hacía serlo. Gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, como que éramos monjas; y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho.

3. Acuérdome, que cuando murió mi madre, quedé yo de edad de doce años, poco menos: como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuime a una imagen de Nuestra Señora, y supliquéla fuese mi madre con muchas lágrimas. Paréceme, que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado a esta Virgen soberana, en cuanto me he encomendado a ella, y en fin me ha tornado a sí. Fatígame ahora ver, y pensar en que estuvo el no haber yo estado entera en los buenos deseos que comencé. ¡Oh Señor mío!, pues parece tenéis determinado que me salve, plega a vuestra Majestad sea ansí, y de hacerme tantas mercedes como me habéis hecho, ¿no tuviérades por bien, no por mi ganancia, sino por vuestro acatamiento, que no se ensuciara tanto posada, a dónde tan contino habíades de morar? Fatígame, Señor, aún decir esto, porque sé que fue mía toda la culpa; porque no me parece os quedó a vos nada por hacer, para que desde esta edad no fuera toda vuestra. Cuando voy a quejarme de mis padres, tampoco puedo; porque no veía en ellos sino todo bien, y cuidado de mi bien. Pues pasando de esta edad, que comencé a entender las gracias de naturaleza que el Señor me había dado (que según decían eran muchas) cuando por ellas le había de dar gracias, de todas me comencé a ayudar para ofenderlo, como ahora diré.

Capítulo II

Trata cómo fue perdido, y lo que importa en la niñez tratar con personas virtuosas

1. Paréceme que comenzó a hacerme mucho daño lo que ahora diré. Considero algunas veces, cuan mal lo hacen los padres, que no procuran que

vean sus hijos siempre, cosas de virtud de todas maneras; porque con serlo tanto mi madre (como he dicho) de lo bueno no tomé tanto en llegando a uso de razón, ni casi liada, y lo malo me dañó mucho. Era aficionada a libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo, como yo le tomé para mí; porque no perdía su labor, sino desenvolvíamos para leer en ellos: y por ventura lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía, y ocupar sus hijos que no anduviesen en otras cosas perdidos. Desto le pesaba tanto a mi padre, que se había de tener aviso a que no lo viese. Yo comencé a quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta, que en ella vi, me comenzó a enfriar los deseos, y comenzó a enfriar en lo demás; y parecíame, no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embecía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento. Comencé a traer galas, y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos, y cabello, y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas por ser muy curiosa. No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera a Dios por mí. Durome mucha curiosidad de limpieza demasiada, y cosas que me parecían a mí no eran ningún pecado muchos años: ahora veo cuán malo debía ser. Tenía primos, hermanos algunos, que en casa de mi padre no tenían otros cabida para entrar, que era muy recatado; y pluguiera a Dios que lo fuera destes también, porque ahora veo el peligro que es tratar en la edad que se han de comenzar a criar virtudes con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que antes despiertan para meterse en él. Eran casi de mi edad, poco mayores que yo: andábamos siempre juntos, teníanme gran amor; y en todas las cosas que les daba contento, les sustentaba plática, y oía sucesos de sus aficiones, y niñerías, no nada buenas; y lo que peor fue, mostrarse el alma a lo que fue causa de todo su mal. Si yo hubiera de aconsejar, dijera a los padres, que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos; porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes a lo peor, que a lo mejor.

2. Así me acaeció a mí, que tenía una hermana de mucha más edad que yo, de cuya honestidad y bondad, que tenía mucha, desta no tomaba nada, y tomé todo el daño de una parienta, que trataba mucho en casa. Era de tan livianos tratos, que mi madre la había mucho procurado desviar que tratase en casa (parece que adivinaba el mal que por ella me había de venir) y era tanta la ocasión que había para entrar, que no había podido. A esta que digo, me aficioné a tratar: con ella era mi conversación, y pláticas: porque me ayudaba a todas las cosas de pasatiempo que yo quería, y aun me ponía en ellas, y daba parte de sus conversaciones, y vanidades. Hasta que traté con ella, que fue de edad de catorce años, y creo que más (para tener amistad conmigo, digo, y darme parte de sus cosas) no me parece había dejado a Dios, por culpa mortal, ni perdido el temor de Dios, aunque le tenía mayor de la honra. Éste tuvo fuerza para no la perder del todo; ni me parece por ninguna cosa del mundo en esto me podía mudar, ni había amor de persona dél, que a esto me hiciese rendir. Así tuviera fortaleza en no ir contra la honra de Dios, como me la daba mi natural, para no perder en lo que me parecía a mí está la honra del mundo; y no miraba que la perdía por otras muchas vías. En querer esta vanamente, tenía extremo; los medios que eran menester para guardarla, no ponía ninguno; solo para

no perderme del todo, tenía gran miramiento. Mi padre, y hermana sentían mucho esta amistad, reprendíanmela muchas veces; como no podían quitar la ocasión de entrar ella en casa, no les aprovechaban sus diligencias; porque mi sagacidad para cualquier cosa mala era mucha. Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía, y si no hubiera pasado por ello, no lo pudiera creer, en especial en tiempo de mocedad debe ser mayor el mal que hace: querría escarmentasen en mí los padres, para mirar mucho en esto. Y es así, que de tal manera me mudó esta conversación, que de natural, y alma virtuosos, no me dejó casi ninguno: y me parece me imprimía sus condiciones ella, y otra que tenía la misma manera de pasatiempos. Por aquí entiendo el gran provecho que hace la buena compañía: y tengo por cierto, que si tratara en aquella edad con personas virtuosas, que estuviera entera en la virtud; porque si en esta edad tuviera quien me enseñara a temer a Dios, fuera tomando fuerzas el alma para no caer. Después quitado este temor del todo, quedome solo el de la honra, que en todo lo que hacía, me traía atormentada. Con pensar que no se había de saber, me atrevía a muchas cosas bien contra ella, y contra Dios.

3. Al principio dañáronme las cosas dichas, a lo que me parece, y no debía ser suya la culpa, sino mía; porque después mi malicia para el mal bastaba, junto con tener criadas, que para todo mal hallaba en ellas buen aparejo: que si alguna fuera en aconsejarme bien, por ventura me aprovechara; mas el interés las cegaba, como a mí la afición. Y pues nunca era inclinada a mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sino a pasatiempos de buena conversación; mas puesta en la ocasión, estaba en la mano el peligro, y ponía en él a mi padre, y hermanos; de los cuales me libró Dios, de manera que se parece bien procuraba ser tan secreto, que no hubiese harta quiebra de mi honra, y sospecha en mi padre. Porque no me parece había tres meses que andaba en estas vanidades, cuando me llevaron a un monasterio que había en este lugar, a donde se criaban personas semejantes, aunque no tan ruines en costumbres como yo: y esto con tan gran disimulación, que sola yo, y algún deudo lo supo; porque aguardaron a coyuntura que no pareciese novedad; porque haberse mi hermana casado, y quedar sola sin madre, no era bien. Era tan demasiado el amor que mi padre, me tenía, y la mucha disimulación mía, que no había creer tanto mal de mí, y así no quedó en desgracia conmigo. Como fue breve el tiempo, aunque se entendiese algo, no debía ser dicho con certinidad; porque como yo tenía tanto la honra, todas mis diligencias eran en que fuese secreto, y no miraba que no podía serlo, a quien todo lo ve. ¡Oh Dios mío, qué daño hace en el mundo tener esto en poco, y pensar que ha de haber cosa secreta, que sea contra vos! Tengo por cierto, que se excusarían grandes males, si entendiésemos, que no está el negocio en guardarnos de los hombres, sino en no nos guardar de descontentaros a vos.

4. Los primeros ocho días sentí mucho, y más la sospecha que tuve se había entendido la vanidad mía, que no de estar allí; porque, ya no andaba cansada, y no dejaba de tener gran temor de Dios cuando le ofendía y procuraba confesarme con brevedad: traía un desasosiego, que en ocho días, y aun creo en menos, estaba muy más contenta que en casa de mi padre. Todas lo estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia, en dar

contento a donde quiera que estuviese, y ansí era muy querida; y puesto que yo estaba entonces ya enemiguísima de ser monja, holgábame de ver tan buenas monjas, que lo eran mucho las de aquella casa, y de gran honestidad, y religión, y recatamiento. Aun con todo esto no me dejaba el demonio de tentar, y buscar los de fuera como me desasosegar con recaudos. Como no había lugar, presto se acabó, y comenzó mi alma a tornarse a acostumbrar en el bien de mi primera edad, y vi la gran merced que hace Dios a quien pone en compañía de buenos. Paréceme andaba su Majestad mirando, y remirando por donde me podía tornar a sí. Bendito seáis vos, Señor, que tanto me habéis sufrido. Amén. Una cosa tenía, que parece me podía ser alguna disculpa, si no tuviera tantas culpas; y es, que era el trato con quien por vía de casamiento me parecía podía acabar en bien, e informada de con quien me confesaba, y de otras personas, en muchas cosas me decían no iba contra Dios. Dormía una monja con las que estábamos seglares, que por medio suyo parece quiso el Señor comenzar a darme luz, como ahora diré.

Capítulo III

En que trata, cómo parte la buena compañía para tornar a despertar sus deseos, y por qué manera comenzó el Señor a darle alguna luz del engaño que había traído

1. Pues comenzando a gustar de la buena, y santa conversación desta monja, holgábame de oírla cuan bien hablaba de Dios, porque era muy discreta, y santa. Esto a mi parecer en ningún tiempo dejé de holgarme de oírlo. Comenzome a contar cómo ella había venido a ser monja, por solo leer lo que dice el Evangelio: muchos son los llamados, y pocos los escogidos. Decíame el premio que daba el Señor a los que todo lo dejan por él. Comenzó esta buena compañía a desterrar las costumbres que había hecho la mala, y a tornar a poner en mi pensamiento deseos de las cosas eternas, y a quitar algo la gran enemistad que tenía con ser monja, que se me había puesto grandísima: y si veía alguna tener lágrimas cuando rezaba, o otras virtudes, habíala mucha invidia; porque era tan recio mi corazón en este caso, que si leyera toda la Pasión, no llorara una lágrima: esto me causaba pena. Estuve año y medio en este monasterio harto mejorada: comencé a rezar muchas oraciones vocales, y a procurar con todas me encomendasen a Dios, que me diese el estado en que le había de servir; mas todavía deseaba no fuese monja, que éste no fue Dios servido de dármele, aunque también temía el casarme. A cabo deste, tiempo que estuve aquí, ya tenía más amistad de ser monja, aunque no en aquella casa, por las cosas más virtuosas, que después entendí tenían, que me parecían extremos demasiados; y había algunas de las más mozas que me ayudaban en esto, que si todas fueran de un parecer mucho me aprovechara. También tenía yo una grande amiga en otro monasterio, y esto me era parte para no ser monja si lo hubiese de ser, sino a donde ella estaba. Miraba más el gusto de mi sensualidad, y vanidad, que lo bien que me estaba a mi alma. Estos buenos pensamientos de ser monja me venían algunas veces, y luego se quitaban, y no podía persuadirme a serlo.

2. En este tiempo, aunque yo no andaba descuidada de mi remedio,

andaba más ganoso el Señor de disponerme para el estado que me estaba mejor. Diome una gran enfermedad, que hube de tornar en casa de mi padre. En estando buena lleváronme en casa de mi hermana, que residía en una aldea, para verla, que era extremo el amor que me tenía, y a su querer no saliera yo de con ella; y su marido también me amaba mucho, al menos mostrábame todo regalo, que aun esto debo más al Señor, que en todas partes siempre le he tenido, y todo se lo servía como la que soy. Estaba en el camino un hermano de mi padre, muy avisado, y de grandes virtudes, viudo, a quien también andaba el Señor disponiendo para sí, que en su mayor edad dejó todo lo que tenía, y fue fraile, y acabó de suerte, que creo goza de Dios: quiso que me estuviese con él unos días. Su ejercicio era buenos libros de romance, y su hablar era lo más ordinario de Dios, y de la vanidad del mundo. Hacíame le leyese, y aunque no era amiga dellos, mostraba que sí; porque en esto de dar contento a otros he tenido extremo, aunque a mí me hiciese pesar, tanto que, en otras fuera virtud y en mí ha sido gran falta, porque iba muchas veces muy sin discreción. ¡Oh váleme Dios, por qué términos me andaba su Majestad disponiendo para el estado en que se quiso servir de mí, que sin quererlo yo me forzó a que me hiciese fuerza! Sea bendito por siempre. Amén. Aunque fueron los días que estuve pocos, con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, ansí leídas, como oídas, y la buena compañía, vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que no era todo nada, y la vanidad del mundo, y, como acababa en breve, y a temer, si me hubiera muerto, cómo me iba al infierno; y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse a ser monja, vi era el mejor y más seguro estado, y ansí poco a poco me determiné a forzarle para tomarle.

3. En esta batalla estuve tres meses, forzándome a mí mesma con esta razón: que los trabajos, y pena de ser monja, no podía ser mayor que la del purgatorio, y que yo había bien merecido el infierno; que no era mucho estar lo que viviese como en el purgatorio, y que después me iría derecha al cielo, que éste era mi deseo; y en este movimiento de tomar este estado, más me parece me movía un temor servil, que amor. Poníame el demonio, que no podría sufrir los trabajos de la religión, por ser tan regalada. A esto me defendía con los trabajos que pasó Cristo, por que no era mucho yo pasase algunos por él; que él me ayudaría a llevarlos. Debía pensar (que esto postrero no me acuerdo) pasé hartas tentaciones estos días. Habíanme dado con unas calenturas unos grandes desmayos, que siempre tenía bien poca salud. Diome la vida haber quedado ya amiga de buenos libros: leía en las Epístolas de san Hierónimo, que me animaban de suerte, que me determiné a decirlo a mi padre, que casi era como tomar el hábito; porque era tan honrosa, que me parece, no tornara atrás por ninguna manera, habiéndolo dicho una vez. Era tanto lo que me quería, que en ninguna manera lo pude acabar con él, ni bastaron ruegos de personas, que procuré le hablasen. Lo que más se pudo acabar con él fue, que después de sus días haría lo que quisiese. Yo ya me temía a mí, y a mi flaqueza no tornase atrás, y ansí no me pareció me convenía esto, y procurelo por otra vía, como ahora diré.

Capítulo IV

Dice cómo la ayudó el Señor para forzarse a sí mesma para tomar hábito, y las muchas enfermedades que su Majestad la comenzó a dar

1. En estos días que andaba con estas determinaciones, había persuadido a un hermano mío a que se metiese fraile, diciéndole la vanidad del mundo; y concertarnos entrambos de irnos un día muy de mañana al monasterio a donde estaba aquella mi amiga, que era a la que yo tenía mucha afición: puesto que ya en esta postrera determinación yo estaba de suerte, que a cualquiera que pensara servir más a Dios, o mi padre quisiera, fuera; que más miraba ya el remedio de mi alma, que del descanso ningún caso hacía dél. Acuérdate a todo mi parecer, y con verdad, que cuando salí de en casa de mi padre, no creo será más el sentimiento cuando me muera; porque me parece cada hueso se me apartaba por sí, que como no había amor de Dios, que quitase el amor del padre, y parientes, era todo haciéndome, una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara, no bastarán mis consideraciones para ir adelante: aquí me dio ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra. En tomando el hábito, luego me dio el Señor a entender, cómo favorece, a los que se hacen fuerza para servirle, la cual nadie no entendía de mí, sino grandísima voluntad. A la hora me dio un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy; y mudó Dios la sequedad que tenía mi alma en grandísima ternura. Dábanme deleite todas las cosas de la religión; y es verdad, que andaba algunas veces barriendo en horas que yo solía ocupar en mi regalo, y gala: y acordándoseme que estaba libre de aquello, me daba un nuevo gozo, que yo me espantaba, y no podía entender por donde venía. Cuando desto me acuerdo, no hay cosa que delante se me pusiese, por grave que fuese, que dudase de acometerla. Porque ya tengo experiencia en muchas, que si me ayudo al principio a determinarme, a hacerlo (que siendo solo por Dios, hasta comenzarle quiere, para que más merezcamos, que el alma sienta aquel espanto, y mientras mayor, si sale con ello, mayor premio, y más sabroso se hace después) aun en esta vida lo paga su Majestad por unas vías, que solo quien goza dello lo entiendo. Esto temo por experiencia, como he dicho en muchas cosas harto graves; y ansí jamás aconsejaría, si fuera persona que hubiera de dar parecer, que cuando una buena inspiración acomete muchas veces, se deje por miedo de poner por obra; que si va desnudamente por solo Dios, no hay que temer sucederá mal, que poderoso es para todo, sea bendito por siempre. Amén.

2. Bastara, o sumo bien, y descanso mío, las mercedes que me habíades hecho hasta aquí, de traerme por tantos rodeos vuestra piedad, y grandeza a estado tan seguro, y a casa a donde había muchas siervas de Dios, de quien yo pudiera tomar, para ir creciendo en su servicio. No sé cómo he de pasar de aquí, cuando me acuerdo la manera de mi profesión, y la gran determinación, y contento con que la hice, y el desposorio que hice con vos: esto no lo puedo decir sin lágrimas, y habían de ser de sangre, y quebrármese el corazón, y no era mucho sentimiento, para lo que después os ofendí. Parece ahora, que tenía razón de no querer tan gran dignidad, pues tan mal había de usar della: mas vos, Señor mío, quisistes casi veinte años que usé mal desta merced, ser el agraviado, porque o fuese mejorada. No parece, Dios mío, sino que prometí no guardar cosa de lo que os había prometido; aunque entonces no era ésa mi intención: mas veo tales

mis obras después, que no sé qué intención tenía, para que más se vea quién vos sois, esposo mío, y quién soy yo. Que es verdad cierto, que muchas veces me templa el sentimiento de mis grandes culpas, el contento que me da, que se entienda la muchedumbre de vuestras misericordias. ¿En quién, Señor, puede así resplandecer como en mí, que tanto he escurecido con mis malas obras las grandes mercedes, que me comenzastes a hacer? ¡Ay de mí, Criador mío, que si quiero dar disculpa, ninguna tengo, ni tiene nadie la culpa sino yo! Porque si os pagara algo del amor que me comenzastes a mostrar, no le pudiera yo emplear en nadie sino en vos, y con esto se remediaba todo. Pues no lo merecí, ni tuvo tanta ventura, válgame ahora, Señor, vuestra misericordia. La mudanza de la vida, y de los manjares me hizo daño a la salud, que aunque el contento era mucho, no bastó. Comenzáronme a crecer los desmayos, y diome un mal de corazón tan grandísimo, que ponía espanto a quien lo veía, y otros muchos males juntos; y así pasé el primer año con harta mala salud, aunque no me parece ofendí a Dios en él mucho. Y como era el mal tan grave, que casi me privaba el sentido siempre, y algunas veces del todo quedaba sin él, era grande la diligencia que traía mi padre para buscar remedio; y como no le dieron los médicos de aquí, procuró llevarme a un lugar a donde había mucha fama de que sanaban allí otras enfermedades, y así dijeron haría la mía. Fue conmigo esta amiga, que he dicho, que tenía en casa que era antigua. En la casa que era monja, no se prometía clausura. Estuve casi un año por allá, y los tres meses dél padeciendo tan grandísimo tormento en las curas que me hicieron tan recias, que yo no sé cómo las pude sufrir; y en fin, aunque las sufrí, no las pudo sufrir mi sujeto, como diré. Había de comenzarse la cura en el principio del verano, y yo fui en el principio del invierno: todo este tiempo estuve en casa de la hermana que he dicho, que estaba en el aldea, esperando el mes de abril, porque estaba cerca, y no andar yendo, y viniendo. Cuando iba me dio aquel tío mío (que tengo dicho, que estaba en el camino) un libro, llámase Tercer Abecedario, que trata de enseñar oración de recogimiento; y puesto que este primer año había leído buenos libros, que no quise más usar de otros, porque ya entendía el daño que me habían hecho, no sabía cómo proceder en oración, ni cómo recogerme, y así holgueme mucho con él, y determineme a seguir aquel camino con todas mis fuerzas: y como ya el Señor me había dado don de lágrimas, y gustaba de leer, comencé a tener ratos de soledad, y a confesarme a menudo, y comenzar aquel camino, teniendo aquel libro por maestro; porque yo no hallé maestro, digo confesor, que me entendiese, aunque le busqué en veinte años después desto que digo, que me hizo harto daño para tornar muchas veces atrás; y aun para del todo perderme, porque todavía me ayudara a salir de las ocasiones que tuve para ofender a Dios.

3. Comenzome su Majestad a hacer tantas mercedes en estos principios, que al fin deste tiempo que estuve aquí, que eran casi nueve meses en esta soledad (aunque no tan libre de ofender a Dios, como el libro me decía, mas por esto pasaba yo; parecíame casi imposible tanta guarda, tenía la de no hacer pecado mortal, y pluguiera a Dios la tuviera siempre: de los veniales hacía poco caso, y esto fue lo que me destruyó) comenzó el Señor a regalarme tanto por este camino, que me hacía merced de darme oración de quietud, y alguna vez llegaba a unión, aunque yo no entendía qué era lo uno, ni lo otro, y lo mucho que era de preciar, que creo me fuera gran

bien entenderlo. Verdad es, que duraba tan poco esto de unión, que no sé si era Ave María; mas quedaba con unos efectos tan grandes, que con no haber en este tiempo veinte años, me parece traía el mundo debajo de los pies, y ansí me acuerdo, que había lástima a los que le seguían, aunque fuese en cosas lícitas. Procuraba lo más que podía traer a Jesucristo nuestro bien, y Señor dentro de mi presente, y esta era mi manera de oración. Si pensaba en algún paso, le representaba en lo interior, aunque lo más gastaba en leer buenos libros, que era toda mi recreación; porque no me dio Dios talento de discurrir con el entendimiento, ni de aprovecharme con la imaginación, que la tengo tan torpe, que aun para pensar, y representar en mí, como lo procuraba traer la humanidad del Señor, nunca acababa. Y aunque por esta vía de no poder obrar con el entendimiento, llegan más presto a la contemplación, si perseveran, es muy trabajoso, y penoso; porque si falta la ocupación de la voluntad, y el haber en qué se ocupe en cosa presente el amor, queda el alma como sin arrimo y ejercicio, y da gran pena la soledad, y sequedad, y grandísimo combate los pensamientos. A personas que tienen esta disposición, les conviene más pureza de conciencia, que a las que con el entendimiento pueden obrar porque quien discurre en lo que es mundo, y en lo que debe a Dios, en lo mucho que sufrió, y en lo poco que le sirve, y lo que da a quien le ama, saca doctrina para defenderse de los pensamientos, y de las ocasiones, y peligros; pero quien no se puede aprovechar desto, tiénele mayor, y conviéndole ocuparse mucho en lección, pues de su parte no puede sacar ninguna. Es tan penosísima esta manera de proceder, que si el maestro que enseña, aprieta en que sin lección (que ayuda mucho para recoger a quien desta manera procede, y le es necesario, aunque sea poco lo que lea, sino en lugar de la oración mental que no puede tener) digo, que si sin esta ayuda le hacen estar mucho rato en la oración, que será imposible durar mucho en ella, te hará daño a la salud si porfía, porque es muy penosa cosa.

4. Ahora me parece que proveyó el Señor, que yo no hallase quien me enseñase, porque fuera imposible, me parece, perseverar diez y ocho años que pasé este trabajo, y estas grandes sequedades, por no poder, como digo, discurrir. En todos éstos, sino era acabando de comulgar, jamás osaba comenzar a tener oración sin un libro; que tanto temía mi alma estar sin él en oración, como si con mucha gente fuera a pelear. Con este remedio, que era como una compañía, o escudo en que había de recibir los golpes de los muchos pensamientos, andaba consolada; porque la sequedad no era lo ordinario; mas era siempre cuando me faltaba libro, que era luego desbaratada el alma, y los pensamientos perdidos, con esto los comenzaba a recoger, y como por halago llevaba el alma; y muchas veces en abriendo el libro, no era menester más: otras leía poco, otras mucho, conforme a la merced que el Señor me hacía. Parecíame a mí en este principio que digo, que teniendo yo libros, como tener soledad, que no habría peligro que me sacase de tanto bien creo con el favor de Dios fuera ansí, si tuviera maestro, o persona que me avisara de huir las ocasiones en los principios, y me hiciera salir dellas, si entrara con brevedad. Y si el demonio me acometiera entonces descubiertamente, parecíame, en ninguna manera tornara gravemente a pecar. Mas fue tan sutil, y yo tan ruin, que todas mis determinaciones me aprovecharon poco, aunque muy mucho los días que serví

a Dios, para poder sufrir las terribles enfermedades que tuve, con tan gran paciencia como su Majestad me dio. Muchas veces de pensado espantada de la gran bondad de Dios, y regaládose mi alma de ver su gran magnificencia, y misericordia; sea bendito por todo, que he visto claro no dejar sin pagarme, aun en esta vida, ningún deseo bueno: por ruines, e imperfectas que fuesen mis obras, este Señor mío las iba mejorando, y perfeccionado, y dando valor, y los males, y pecados luego los escondía. Aun en los ojos de quien los ha visto permite su Majestad se cieguen, y los quita de su memoria. Dora las culpas; hace que resplandezca una virtud, que el mesmo Señor pone en mí, casi haciéndome fuerza para que la tenga. Quiero tornar a lo que me han mandado. Digo, que si hubiera de decir por menudo de la manera que el Señor se había conmigo en estos principios, que fuera menester otro entendimiento que el mío, para saber encarecer lo que en este caso le debo, y mi gran ingratitud, maldad, pues todo esto olvidé. Sea por siempre bendito, que tanto me ha sufrido. Amén.

Capítulo V

Prosigue en las grandes enfermedades que tuvo, y la paciencia que el Señor le dio en ellas, y cómo saca de los males bienes, según se verá en una cosa que le acaeció en este lugar que se fue a curar

1. Olvideme decir, como el año del noviciado pasé grandes desasosiegos con cosas que en sí tenían poco tonto, mas culpábanme sin tener culpa hartas veces: yo lo llevaba con harta pena, e imperfección, aunque con el gran contento que tenía de ser monja, todo lo pasaba. Como me veían procurar soledad, y me veían llorar por mis pecados algunas veces, pensaban era descontento, así lo decían. Era aficionada a todas las cosas de religión, mas no a sufrir ninguna que pareciese menosprecio. Holgábame de ser estimada: era curiosa en cuanto hacía; todo me parecía virtud: aunque, esto no me será disculpa, porque para todo sabía lo que era procurar mi contento, y así la ignorancia no quita la culpa. Alguna tiene no estar fundado el monasterio en mucha perfección: yo como ruin íbame a lo que veía falto, y dejaba lo bueno. Estaba una monja entonces enferma de grandísima enfermedad, y muy penosa, porque eran unas bocas en el vientre, que se le habían hecho de opilaciones, por donde echaba lo que comía: murió presto dello. Yo veía a todas temer aquel mal: a mi hacíame gran envidia su paciencia. Pedía a Dios, que dándomela así a mí, me diese las enfermedades que fuese servido. Ninguna me parece tenía, porque estaba tan puesta en ganar bienes eternos, que por cualquier medio me determinaba a ganarlos. Y espantome, porque aun no tenía a mi parecer amor de Dios, como después que comencé a tener oración me parecía a mí le he tenido, sino una luz de parecerme todo de poca estima lo que se acaba, y de mucho precio los bienes que se pueden ganar con ello, pues son eternos. También me oyó en esto su Majestad, que antes de dos años estaba tal, que aunque no el mal de aquella suerte, creo no fue menos penoso, y trabajoso el que tres años tuve, como ahora diré.

2. Venido el tiempo que estaba aguardando en el lugar que digo, que estaba con mi hermana para curarme, lleváronme con harto cuidado de mi regalo, mi padre, y hermana, y aquella monja mi amiga, que había salido

conmigo, que era muy mucho lo que me quería. Aquí comenzó el demonio a descomponer mi alma, aunque Dios sacó dello harto bien. Estaba una persona de la Iglesia, que residía en aquel lugar a donde, me fui a curar, de harto buena calidad, y entendimiento: tenía letras, aunque no muchas. Yo comenceme a confesar con él, que siempre fui amiga de letras, aunque gran daño hicieron a mi alma confesores medio letrados; porque no los tenía de tan buenas letras como quisiera. He visto por experiencia, que es mejor siendo virtuosos, de santas costumbres, no tener ningunas, que tener pocas; porque ni ellos se fían de sí, sin preguntar a quien las tenga buenas, ni yo me fiara; y buen letrado nunca me engañó estotros tampoco me debían de querer engañar, sino no sabían más: yo pensaba que sí, y que no era obligada a más de creerlos, como era cosa ancha lo que me decían, y de más libertad, que si fuera apretada, yo soy tan ruin que buscara otros. Lo que era pecado venial, decíanme que no era ninguno. Lo que era gravísimo mortal, que era venial. Esto no hizo tanto daño, que no es mucho lo diga aquí, para aviso de otras de tan gran mal, que para delante de Dios bien veo no me es disculpa, que bastaban ser las cosas de su natural no buenas, fiara que yo me guardara dellas. Creo permitió Dios por mis pecados ellos se engañasen, y me engañasen a mí: yo engañé a otras hartas con decirles lo mesmo que a mí me habían dicho. Duré en esta ceguedad creo más de diez y siete años, hasta que un padre Dominico, gran letrado, me desengañó en cosas, y los de la Compañía de Jesús del todo me hicieron tanto temer, agravándome tan malos principios, como después diré. Pues comenzándome a confesar con este que digo, él se aficionó en extremo a mí, porque entonces tenía poco que confesar, para lo que después tuve, ni lo había tenido después de monja. No fue la afición deste mala, mas de demasiada afición tenía a no ser buena. Tenía entendido de mí, que no me determinaría a hacer cosa contra Dios que fuese graye por ninguna cosa, y el también me aseguraba lo mesmo, y ansí era mucha la conversación. Mas mis tratos entonces, con el embebecimiento de Dios que traía, lo que más gusto me daba, era tratar cosas dél; y como era tan niña, hacíale confusión ver esto, y con la gran voluntad que me tenía, comenzó a declararme su perdición: y no era poca, porque había casi siete años que estaba en muy peligroso estado con afición, y trato con una mujer del mismo lugar, y con esto decía misa. Era cosa tan pública, que tenía perdida la honra, y la fama, y nadie le osaba hablar contra esto. A mí hízoseme gran lástima, porque le quería mucho, que esto tenía yo de gran liviandad, y ceguedad, que me parecía virtud ser agradecida, y tener ley a quien me quería. Maldita sea tal ley, que se extiende hasta ser contra la de Dios. Es un desatino que se usa en el mundo, que me desatina: que debemos todo el bien, que nos hacen a Dios, y tenemos por virtud, aunque sea ir contra él, no quebrantar esta amistad. ¡Oh ceguedad de mundo! Fuérades vos servido, Señor, que yo fuera ingratisima contra todo él, y contra vos no lo fuera mi punto; mas ha sido todo al revés por mis pecados. Procuré saber, e informarme más de personas de su casa; supe más la perdición, y vi que el pobre no tenía tanta culpa; porque la desventurada de la mujer le tenía puestos hechizos en un idolillo de cobre, que le había rogado le trajese por amor della al cuello, y este nadie había sido poderoso de podérsele quitar. Yo no creo es verdad esto de hechizos determinadamente, mas diré esto que yo vi, para aviso de que

se guarden los hombres de mujeres que este trato quieren tener; y crean, que pues pierden la vergüenza a Dios (que ellas más que los hombres son obligadas a tener honestidad) que ninguna cosa dellas pueden confiar; y que a trueco de llevar adelante su voluntad, y aquella afición que el demonio las pone, no miran nada. Aunque yo he sido tan ruin, en ninguna desta suerte o no caí, ni jamás pretendí hacer mal, ni aunque pudiera, quisiera forzar la voluntad para que me la tuvieran, porque me guardó el Señor desto; mas si me dejara, hiciera el mal que hacia en lo demás, que de mí ninguna cosa hay que fiar. Pues como supe esto, comencé a mostrarle más amor: mi intención buera era, la obra mala; pues por hacer bien, por grande que sea, no había de hacer mi pequeño mal. Tratábale muy ordinario de Dios: esto debía aprovecharle, aunque más creo le hizo al caso el quererme mucho; porque, por hacerme placer, me vino a dar el idolillo, el cual hice echar luego en un río. Quitado esto comenzó, como quien despierta de mi gran sueño, a irse acordando de todo lo que había hecho aquellos años, y espantándose de sí, doliéndose, de su perdición, vino a comenzar a aborrecerla. Nuestra Señora le debía ayudar mucho, que era muy devoto de su Concepción, y en aquel día hacía gran fiesta. En fin dejó del todo de verla, y no se hartaba de dar gracias a Dios, por haberle dado luz. A cabo de un año en punto, desde el primer día que yo le vi, murió. Ya había estado muy en servicio de Dios, porque aquella afición grande que me tenía, nunca entendí ser mala, aunque pudiera ser con más puridad: mas también hubo ocasiones para que si no se tuviera muy delante a Dios, hubiera ofensas tuyas más graves. Como he dicho, cosa que yo entendiera era pecado mortal, no la hiciera entonces. Y paréceme, que le ayudaba a tenerme amor, ver esto en mí; que creo todos los hombres deben ser más amigos de mujeres que ven inclinadas a virtud; y aun para lo que acá pretenden, deben de ganar con ellos más por aquí, seguir después diré. Tengo por cierto, está en carrera de salvación. Murió muy bien, y muy quitado de aquella ocasión: parece quiso el Señor que por estos medios se salvase.

3. Estuve en aquel lugar tres meses con grandísimos trabajos, porque la cura fue más recia que pedía mi complexión: a los dos meses a poder de medicinas me tenía casi acabada la vida el rigor del mal de corazón, de que me fui a curar, era mucho más recio, que algunas veces me parecía con dientes agudos me asían dél, tanto que se temió era rabia. Con la falta grande de virtud (porque ninguna cosa podía comer, si no era bebida, de gran hastío, calentura muy continua, y tan gastada, porque casi un mes me habían dado una purga cada día) estaba tan abrasada, que se me comenzaron a encoger los nervios, con dolores tan incomportables, que día, ni noche ningún sosiego podía tener, y una tristeza muy profunda. Con esta ganancia me tornó a traer mi padre, a donde tornaron a verme médicos: todos me desahuciaron, que decían sobre todo este mal estaba ética. Desto se me daba a mí poco, los dolores eran los que me fatigaban, porque eran en un ser desde los pies hasta la cabeza; porque de nervios son intolerables, según decían los médicos, y como todos se encogían, cierto si yo no lo hubiera por mi culpa perdido, era recio tormento. En esta reciedumbre no estaría más de tres meses, que parecía imposible poderse sufrir tantos males juntos. Ahora me espanto, y tengo por gran merced del Señor la paciencia que su Majestad me dio, que se veía claro venir dél. Mucho me

aprovechó para tenerla haber leído la historia de Job en los Morales de san Gregorio, que parece previno el Señor con esto, y con haber comenzado a tener oración, para que yo lo pudiese llevar con tanta conformidad. Todas mis pláticas eran con él. Traía muy ordinario estas palabras de Job en el pensamiento, y decíalas: Pues recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no sufriremos los males? Esto parece me ponía esfuerzo.

4. Vino la fiesta de nuestra Señora de Agosto, que hasta entonces desde abril había sido el tormento, aunque los tres postreros meses mayor. Di priesa a confesarme, que siempre era muy amiga de confesarme a menudo. Pensaron que era miedo de morirme; y por no medar pena, mi padre no me dejó. ¡Oh amor de carne demasiado, que aunque sea de tan católico padre, y tan avisado, que lo era harto, que no fue ignorancia, me pudiera hacer gran daño! Diome aquella noche un parasismo, que me duró estar sin ningún sentido cuatro días poco menos: en esto me dieron el sacramento de la Unción, y cada hora, o momento pensaban espiraba, y no hacían sino decirme el credo como si alguna cosa entendiera. Teníanme a veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé después en los ojos. La pena de mi padre era grande de no me haber dejado confesar; clamores, y oraciones a Dios muchas: bendito sea él que quiso oírlos, que teniendo día y medio abierta la sepultura en mi monasterio esperando el cuerpo allá, y hechas las honras en uno de nuestros frailes fuera de aquí, quiso el señor tornase en mí; luego me quise confesar. Comulgué con hartas lágrimas, mas a mi parecer, que no eran con el sentimiento, y pena de solo haber ofendido a Dios, que bastara para salvarme, si el engaño que traía de los que me habían dicho no eran algunas cosas pecado mortal, que cierto he visto después lo eran, no me aprovechara. Porque los dolores eran insoportables con que quedé, el sentido poco, aunque la confesión entera, a mi parecer, de todo lo que entendí había ofendido a Dios; que esta merced me hizo su Majestad entre otras, que nunca después que comencé a comulgar deje cosa por confesar, que yo pensase era pecado, aunque fuese venial, que le dejase de confesar: más sin duda me parece, que lo iba harto mi salvación, si entonces me muriera, por ser los confesores tan poco letrados por una parte, y por otra, y por muchas ser yo tan ruin. Es verdad cierto, que me parece estoy con tan gran espanto llegando aquí, y viendo como parece me resucitó el Señor, que estoy casi temblando entre mí. Paréceme fuera bien, o amiga mía, que miraras del peligro que el Señor te había librado, y ya que por amor no le dejabas de ofender, lo dejaras por temor, que pudiera otras mil veces matarte en estado más peligroso. Creo, no añadido muchas en decir otras mil, aunque me riña quien me mandó moderase el contar mis pecados, y harto hermoseados están. Por amor de Dios le pido, de mis culpas no quite nada, pues se ve más aquí la magnificencia de Dios, y lo que sufre a una alma. Sea bendito para siempre: plegue a su Majestad, que antes me consuma, que le deje yo más de querer.

Capítulo VI

Trata de lo mucho que debió al Señor, en darle conformidad, con tan grandes trabajos; y cómo tomó por medianero abogado al glorioso san José y lo mucho que le aprovechó

1. Quedé destos cuatro días de parasismo de manera, que solo el Señor puede saber los inoportables tormentos que sentía en mí. La lengua hecha pedazos de mordida: la garganta de no haber pasado nada, y de la gran flaqueza que me ahogaba, que aun el agua no podía pasar. Toda me parecía estaba descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza. Toda encogida hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos días, sin poderme menear, ni brazo, ni pie, ni mano, ni cabeza, mas que si estuviera muerta, si no me meneaban; solo un dedo me parece podía menear de la mano derecha. Pues llegar a mí, no había cómo; porque todo estaba tan lastimado, que no lo podía sufrir. En una sábana, una de un cabo, y otra de otro, me meneaban: esto fue hasta Pascua florida. Solo tenía, que si no llegaban a mí, los dolores me cesaban muchas veces; y a cuento de descansar un poco, me contaba por buena, que traía temor, me había de faltar la paciencia: y así quedé muy contenta de verme sin tan agudos, y continos dolores, aunque a los recios fríos de quartanas dobles, con que quedé recísimas, los tenía inoportables; el hastío muy grande. Di luego tan gran prisa de irme al monasterio, que me hice llevar así. A la que esperaban muerta, recibieron con alma; mas el cuerpo peor que muerto, para dar pena verle. El extremo de flaqueza no se puede decir, que solos los huesos tenía: ya digo, que estar así me duró más de ocho meses: el estar tullida, aunque iba mejorando, casi tres años. Cuando comencé a andar a gatas, alababa a Dios. Todos los pasé con gran conformidad; y si no fue estos principios, con gran alegría, porque todo se me hacía no nada, comparado con los dolores, y tormentos del principio: estaba muy conforme con la voluntad de Dios, aunque me dejase así siempre. Parece era toda mi ansia de sanar, por estar a solas en oración, como venía mostrada, porque en la enfermería no había aparejo. Confesábame muy a menudo: trataba mucho de Dios, de manera que edificaba a todas, y se espantaban de la paciencia que el Señor me daba; porque a no venir de mano de su Majestad, parecía imposible poder sufrir tanto mal con tanto contento.

2. Gran cosa fue haberme hecho la merced en la oración, que me había hecho; que ésta me hacía entender, que cosa era amarle; porque de aquel poco tiempo, vi nuevas en mí virtudes, aunque no fuertes, pues no bastaron a sustentarme en justicia. No tratar mal de nadie por poco que fuese, sino lo ordinario era excusar toda murmuración; porque traía muy delante, como no había de querer, ni decir de otra persona, lo que no quería dijese de mí: tomaba esto en harto extremo, para las ocasiones que había, aunque no tan perfectamente, que algunas veces, cuando me las daban grandes, en algo no quebrase; mas lo continuo era esto: y así a las que estaban conmigo, y me trataban persuadía tanto a esto, que se quedaron en costumbre. Vínose a entender, que donde yo estaba tenían seguras las espaldas, y en esto estaban con las que yo tenía amistad, y deudo, y enseñaba: aunque en otras cosas temo bien que dar cuenta a Dios del mal ejemplo que les daba: plega a su Majestad me perdone, que de muchos males fui cansa, aunque no con tan dañada intención, como después sucedía la obra. Quedome deseo de soledad, amiga de tratar, y hablar en Dios; que si yo hallara con quien, mas contento, y recreación me daba, que toda la pulicía, o grosería (por mejor decir) de la conversación del mundo: comulgar, y confesar muy más a menudo, y desearlo; amiguísima de leer buenos libros: un grandísimo arrepentimiento en habiendo ofendido a Dios, que muchas veces me acuerdo,

que no osaba tener oración; porque temía la grandísima pena, que había de sentir de haberle ofendido, como un gran castigo. Esto me fue creciendo después en tanto extremo, que no sé yo a que comparar este tormento. Y no era poco, ni mucho por temor jamás, sino como se me acordaba los regalos que el Señor me hacía en la oración, y lo mucho que le debía, y veía cuán mal se lo pagaba, no lo podía sufrir, y enojábame en extremo de las muchas lágrimas, que por la culpa lloraba, cuando veía mi poca enmienda, que ni bastaban determinaciones, ni fatiga en que me veía para no tornar a caer, en poniéndome en la ocasión: parecíanme, lágrimas engañosas, y parecíame ser después mayor la culpa, porque veía la gran merced que me hacía el Señor en dárme las, y tan gran arrepentimiento. Procuraba confesarme con brevedad, y a mi parecer hacía de mi parte lo que podía para tornar en gracia. Estaba todo el daño en no quitar de raíz las ocasiones, y en los confesores que me ayudaban poco; que a decirme en el peligro que andaba, y que tenía obligación a no traer aquellos tratos, sin duda creo se remediara, porque en ninguna vía sufriera andar en pecado mortal solo un día, si yo entendiera. Todas estas señales de temer a Dios me vinieron con la oración y la mayor era ir envuelto en amor, porque no se me ponía delante el castigo. Todo lo que estuve tan mala me duró mucha guarda de mi conciencia cuanto a mortales. ¡Oh váleme Dios, que deseaba yo la salud para más servirle, y fue causa de todo mi daño! Pues como me vi tan tullida, y en tan poca edad, y cuál me habían parado los médicos de la tierra, determiné acudir a los del Cielo para que me sanasen, que todavía deseaba la salud, aun con mucha alegría lo llevaba; y pensaba algunas veces, que si estando buena me había de condenar, que mejor estaba ansí; mas todavía pensaba, que servía mucho más a Dios con la salud. Éste es nuestro engaño, no nos dejar del todo a lo que el Señor hace, que sabe mejor lo que nos conviene.

3. Comencé a hacer devoción de misas, y cosas muy aprobadas de oraciones, que nunca fui amiga de otras devociones que hacen algunas personas, en especial mujeres, con ceremonias, que yo no podría sufrir, y a ellas les hacía devoción; después se ha dado a entender no convenían, que eran supersticiosas: y tomé por abogado, y Señor al glorioso san José, y encomendeme mucho a él: vi claro, que ansí desta necesidad, como de otras mayores de honra, y pérdida de alma, este Padre, y Señor mío me sacó con más bien que ya te sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio deste bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, ansí de cuerpo, como de alma: que a otros Santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad, a este glorioso Santo tengo experiencia, que socorre en todas; y que quiere el Señor darnos a entender, que así como le fue sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar, ansí en el Cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, a quien yo decía se encomendasen a él, también por experiencia: ya hay muchas que lo son devotas de nuevo, experimentando esta verdad. Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podía, más llena de vanidad, que de espíritu, queriendo se hiciese muy curiosamente, y bien, aunque con buen intento; mas esto tenía malo, si algún bien el Señor me daba gracia que hiciese, que era lleno de imperfecciones, y con muchas faltas: para el

mal, y curiosidad, y vanidad tenía gran maña, y diligencia; el Señor me perdone. Querría yo persuadir a todos fuesen devotos deste glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona, que de veras le sea devota, y haga particulares servicios que no la vea más en la virtud; porque aprovecha en gran manera a las almas que a él se encomiendan. Paréceme ha algunos años, que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo cumplida: si va algo torcida la petición, él la endereza, para más bien mío. Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso Santo a mí, y a otras personas; mas por no hacer más de lo que me mandaron, en muchas cosas seré corta más de lo que quisiera, en otras más larga que era menester; en fin, como quien en todo lo bueno tiene poca discreción. Solo pido por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien, que es encomendarse a este glorioso Patriarca, y tenerte devoción, en especial personas de oración, siempre le habían de ser aficionadas. Que no sé como se puede pensar en la Reina de los Ángeles, en el tiempo que tanto pasó con el niño Jesús, que no den gracias a san José por lo bien que los ayudó en ellos. Quien no hallare, maestro que le enseñe oración, tome este glorioso Santo por Maestro. Y no errará en el camino. Plega al señor no haya yo errado en atreverme a hablar en él: porque aunque publico serle devota, en los servicios, y en imitarle siempre he faltado. Pues él hizo como quien es, en hacer de manera que pudiese levantarme, y andar, y no estar tullida; y no como quien soy, en usar mal desta merced.

4. Quien dijera que había tan presto de caer, después de tantos regalos de Dios, después de haber comenzado su Majestad a darme virtudes, que ellas mismas me despertaban a servirle; después de haberme visto casi muerta, y en tan gran peligro de ir condenada; después de haberme resucitado alma, y cuerpo, que todos los que me vieron se espantaban de verme viva. ¡Qué es esto, Señor mío, en tan peligrosa vida hemos de vivir! Que escribiendo esto estoy, y me parece, que con vuestro favor, y por vuestra misericordia, podría decir lo que san Pablo, aunque no con esa perfección. Que no vivo yo ya, sino que Dios, Criador mío, vivís en mí, según ha algunos años, que a lo que puedo entender, me tenéis de vuestra mano, y me veo con deseos, y determinaciones (y en alguna manera probado por experiencia en estos años en muchas cosas) de no hacer cosa contra vuestra voluntad, por pequeña que sea, aunque, debo hacer hartas ofensas a vuestra Majestad sin entenderlo: y también me parece, que no se me ofrecerá cosa por vuestro amor, que con gran determinación me deje de poner a ella, y en algunas me habéis vos ayudado, para que salga con ellas; y no quiero mundo, ni cosa dél, ni me parece me da contento cosa que no salga de vos, y lo demás me parece pesada cruz. Bien me puedo engañar, y ansí será, que no tengo esto que he dicho; mas bien veis vos, mi Señor, que a lo que puedo no miento, y con mucha razón, si me habéis de tornar a dejar; porque ya sé a lo que llega mi fortaleza, y poca virtud, en no me la estando vos dando siempre, y ayudando para que no os deje; y plega a vuestra Majestad, que aun ahora no esté dejada de vos, pareciéndome todo esto de mí. ¡No sé cómo queremos vivir, pues es todo tan incierto! Parecíame a mí, Señor mío, ya imposible dejaros tan del todo a vos; y como tantas veces os dejé, no puedo dejar de temer; porque en

apartándoos un poco de mí, daba con todo en el suelo. Bendito seáis por siempre, que aunque os dejaba yo a vos, no me dejastes vos a mí tan del todo, que no me tornase a levantar, con darme vos siempre la mano; muchas veces, Señor, no la quería, ni quería entender, como muchas veces me llamábades de nuevo, como ahora diré.

Capítulo VII

Trata por los términos que fue perdiendo las mercedes que el Señor le había hecho, cuán perdida vida comenzó a tener: dice los daños que hay en no ser muy encerrados los monasterios de monjas

1. Pues ansí comencé de pasatiempo en pasatiempo, y de vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión, a meterme tanto en muy grandes ocasiones, y andar tan estragada mi alma en muchas vanidades, que ya yo tenía vergüenza de en tan particular amistad, como es tratar de oración, tornarme a llegar a Dios; y ayudome a esto, que, como crecieron los pecados, comenzome a faltar el gusto, y regalo en las cosas de virtud. Veía yo muy claro, Señor mío, que me faltaba esto a mí, por faltaros yo a vos. Éste fue el más terrible engaño, que el demonio me podía hacer debajo de parecer humildad, que comencé a temer de tener oración, de verme tan perdida; y parecíame era mejor andar como los muchos, pues en ser ruin era de los peores, y rezar lo que estaba obligada, y vocalmente, que no tener oración mental, y tanto trato con Dios, la que merecía estar con los demonios, y que engañaba a la gente; porque en lo exterior tenía buenas apariencias: y ansí no es de culpar a la casa donde estaba, porque con mi maña procuraba me tuviesen en buena opinión, aunque no de advertencia, fingiendo cristianidad; porque en esto de hipocresía y vanagloria, a Dios, jamás me acuerdo haberle ofendido (que yo entienda) que en viéndome primer movimiento, me daba tanta pena, que el demonio iba con pérdida, y yo quedaba con ganancia, y ansí en esto muy poco me ha tentado jamás por ventura si Dios permitiera me tentara en esto tan recio como en otras cosas, también cayera; mas su Majestad hasta ahora me ha guardado en esto, sea por siempre bendito: antes me pesaba mucho, de que me tuviesen en buena opinión, como no sabía lo secreto de mí. Este no me tener por tan ruin, venía de que como me veían tan moza, y en tantas oraciones, y apartarme muchas veces a soledad a rezar y leer mucho, hablar de Dios, amiga de hacer pintar su imagen en muchas partes, y de tener oratorio, y procurar en él cosas que hiciesen devoción, no decir mal, y otras cosas desta suerte, que tenían apariencia de virtud; y yo que de vana me sabía estimar en las cosas que en el mundo se suelen tener por estima. Con esto me daban tanta, y más libertad, que a las muy antiguas, y tenían gran seguridad de mí; porque tomar yo libertad, ni hacer cosa sin licencia, digo por agujeros, o paredes, o de noche, nunca me parece lo pudiera acabar conmigo en monasterio hablar desta suerte, ni lo hice, porque me tuvo el Señor de su mano. Parecíame a mí (que con advertencia, y de propósito miraba muchas cosas) que poner la honra de tantas en aventura, por ser yo ruin, siendo ellas buenas, que era muy mal hecho; como si fuera bien otras cosas que hacía. A la verdad no iba el mal de tanto acuerdo como esto fuera, aunque era mucho.

2. Por esto me parece a mí me hizo harto daño no estar en monasterio encerrado; porque la libertad que las que eran buenas podían tener con bondad, porque no debían más, que no se prometía clausura, para mí que soy ruin hubiérame cierto llevado al infierno, si con tantos remedios, y medios el Señor, con muchas particulares mercedes suyas, no me hubiera sacado deste peligro: y ansí me parece lo es grandísimo, monasterio de mujeres con libertad; y que más me parece es paso para caminar al infierno las que quisiesen ser ruines, que remedio para sus flaquezas. Esto no se tome por el mío, porque hay tantas que sirven muy de veras, y con mucha perfección al Señor, que no puede su Majestad dejar (según es bueno) de favorecerlas, y no es de los muy abiertos, y en él se guarda toda religión, sino de otros que yo sé y he visto. Digo que me hacen gran lástima, que ha menester el Señor hacer particulares llamamientos; y no una vez, sino muchas, para que se salven, según están autorizadas las Honras y recreaciones del mundo, y tan mal entendido a lo que están obligadas, que plega a Dios no tengan por virtud lo que es pecado, como muchas veces yo lo hacía; y hay tan gran dificultad en hacerlo entender, que es menester el Señor ponga muy de veras en ello su mano. Si los padres tomasen mi consejo, ya que no quieran mirar a poner sus hijas a donde vayan camino de salvación, sino con más peligro que en el mundo, que lo miren por lo que toca a su honra; y quieran más casarlas muy bajamente; que meterlas en monasterios semejantes, si no son muy bien inclinadas; y plega a Dios aproveche, o se las tengan en su casa; porque si quieren ser ruines, no se podrá encubrir sino poco tiempo, y acá muy mucho, y en fin lo descubre el Señor; no solo dañan a sí, sino a todas; y a las veces las pobrecitas no tienen culpa, porque se van por lo que hallan: y es lástima de muchas que se quieren apartar del mundo, y pensando que se van a servir al Señor, y apartar de los peligros del mundo, se hallan en diez mundos juntos, que ni saben cómo se valer, ni remediar; que la mocedad, y sensualidad, y demonio las convida, e inclina a seguir algunas cosas, que son del mismo mundo. Ve allí que lo tienen por bueno, a manera de decir. Paréceme, como los desventurados de los herejes en parte, que se quieren cegar, y hacer entender, que es bueno aquello que siguen y que lo creen ansí, sin creerlo; porque dentro de sí tienen quien les diga es malo. ¡Oh grandísimo mal! Grandísimo mal de religiosos (no digo ahora más mujeres que hombres) a donde no se guarda religión: a donde en un monasterio hay dos caminos de virtud, y religión, y falta de religión, y todos casi se andan por igual: antes mal dije, no por igual que por nuestros pecados caminase más el más imperfecto, y como hay más de él, es más favorecido. Úsase tan poco el de la verdadera religión, que más ha de temer el fraile, y la monja que ha de comenzar de veras a seguir del todo su llamamiento a los mismos de su casa, que a todos los demonios. Y más cautela y disimulación ha de tener para hablar en la amistad que desea de tener con Dios, que en otras amistades, y voluntades que el demonio ordena en los monasterios. Y no sé de qué nos espantamos haya tantos males en la Iglesia; pues los que habían de ser los dechados, para que todos sacasen virtudes, tienen tan horrada la labor, que el espíritu de los Santos pasados dejaron en las religiones. Plega a la Divina Majestad ponga remedio en ello, como va que es menester. Amén.

3. Pues comenzando yo a tratar estas conversaciones, no me

pareciendo, como veía que se usaban, que había de venir a mi alma el daño, y distraimiento, que después entendí eran semejantes tratos, pareciome, que cosa tan general como es este visitar en muchos monasterios, que no me haría a mí más mal que a las otras, que yo veía eran buenas; y no miraba que eran muy mejores, y que lo que en mí fue peligro, en otras no le sería tanto; que alguno dudo yo lo deje de haber y aunque no sea sino tiempo mal gastado. Estando con una persona, bien al principio del conocerla, quiso el Señor darme a entender, que no me convenían aquellas amistades, y avisarme y darme luz en tan gran ceguedad. Representóseme Cristo delante con mucho rigor, dándome a entender lo que de aquello le pesaba: vile con los ojos del alma más claramente que le pudiera ver con los del cuerpo, y quedome tan imprimido, que ha esto más de veinte y seis años, me parece lo tengo presente. Yo quedé muy espantada, y turbada, y no quería ver más a con quien estaba. Hízome mucho daño no saber yo que era posible ver nada, si no era con los ojos del cuerpo; y el demonio que me ayudó a que lo creyese así, y hacerme entender que era imposible, y que se me había antojado, y que podía ser el demonio, y otras cosas desta suerte; puesto que siempre me quedaba un parecerme era Dios, y que no era antojo: mas como no era mi gusto, yo me hacía a mí mesma desmentir; y yo como no lo osé tratar con nadie, y tornó después a hacer gran importunación, asegurándome, que no era mal ver persona semejante, ni perdía honra, antes que la ganaba, torné a la misma conversación, y aun en otros tiempos a otras; porque fue muchos años los que tornaba esta recreación pestilencial, que no me parecía y a mí, como estaba en ello, tan malo como era, aunque a veces claro veía no era bueno; mas ninguna me hizo el distraimiento que esta que digo, porque la tuve mucha afición.

4. Estando otra vez con la misma persona, vimos venir hacia nosotros, y otras personas que estaban allí también lo vieron, una cosa a manera de sapo grande, con mucha más ligereza que ellos suelen andar: de la parte que él vino, no puedo yo entender pudiese haber semejante sabandija en mitad del día, ni nunca la ha habido; y la operación que hizo en mí, me parece no era sin misterio; y tampoco esto se me olvidó jamás. ¡Oh grandeza de Dios con cuanto cuidado, y piedad me estábades avisando de todas maneras, y qué poco me aprovechó a mí!

5. Tenía allí una monja, que era mi parienta, antigua, y gran sierva de Dios, y de mucha religión, ésta también me avisaba algunas veces y no solo no la creía, mas disgustábame con ella, y parecíame se escandalizaba sin tener por qué. He dicho esto, para que se entienda mi maldad, y la gran bondad de Dios, y cuán merecido tenía el infierno, por tan gran ingratitud; y también porque, si el Señor ordenare, y fuere servido, en algún tiempo lea esto alguna monja, escarmiente en mí; y les pido yo, por amor de nuestro Señor, huyan de semejantes recreaciones. Plega a su Majestad se desengañe alguna por mí, de cuantas de engañado, diciéndoles que no era mal, y asegurando tan gran peligro con la ceguedad que yo tenía, que de propósito no las quería yo engañar por el mal ejemplo que las di (como he dicho) fui causa de hartos males, no pensando hacía tanto mal.

6. Estando yo mala en aquellos primeros días, antes que supiese valerme a mí, me daba grandísimo deseo de aprovechar a los otros: tentación muy ordinaria de los que comienzan, aunque a mí me sucedió bien.

Como quería tanto a mi padre, deseábale con el bien, que me parecía tenía con tener oración, que me parecía que en esta vida no podía ser mayor que tener oración; y así por rodeos como pude, comencé a procurar con él la tuviese. Dile libros para este propósito: como era tan virtuoso, como he dicho, asentose también en él este ejercicio, que en cinco, o seis años (me parece sería) estaba tan adelante, que yo alababa mucho al Señor, y dábame grandísimo consuelo. Eran grandísimos los trabajos que tuvo de muchas maneras; todos los pasaba con grandísima conformidad. Iba muchas veces a verme, que se consolaba en tratar cosas de Dios. Ya después que yo andaba tan distraída, y sin tener oración, como veía pensaba, que era la que solía, no lo pude sufrir sin desengañarle; porque estuve un año, y más sin tener oración, pareciéndome más humildad; y ésta, como después diré, fue la mayor tentación que tuve, que por ella me iba a acabar de perder, que con la oración un día ofendía a Dios, y tornaba otros a recogerme, y a apartarme más de la ocasión. Como el bendito hombre venía con esto, hacíaseme recio verle tan engañado, en que pensase trataba con Dios como solía, y díjele: que ya yo tenía oración, aunque no la causa. Púsele mis enfermedades por inconveniente, que aunque sané de aquella tan grande, siempre hasta ahora las he tenido, y tengo bien grandes; aunque de poco acá, no con tanta reciedumbre, mas no se quitan de muchas maneras.

7. En especial tuve veinte años vómitos por las mañanas, que hasta más de medio día me acaecía no poder desayunarme; algunas veces más tarde: después acá que frecuente más a menudo las comuniones, es a la noche antes que me acueste, con mucha más pena, que tengo yo de procurarle con plumas, y otras cosas; porque si lo deajo, es mucho el mal que siento y casi nunca estoy, a mi parecer, sin muchos dolores, y algunas veces bien graves, en especial en el corazón; aunque el mal que me tomaba muy continuo, es muy de tarde en tarde: perlesía recia, y otras enfermedades de calenturas, que solía tener muchas veces, me hallo buena ocho años ha. Destos males se me da ya tan poco, que muchas veces me huelgo, pareciéndome en algo se sirve el Señor. Y mi padre me creyó, que era ésta la cansa, como él no decía mentira, y ya conforme a lo que yo trataba con él, no la había yo de decir. Díjele, porque mejor lo creyese, que bien veía yo, que para esto no había disculpa, que harto hacía en poder vivir el coro. Aunque, tampoco era causa bastante para dejar cosa, que no son menester fuerzas corporales para ella, sino solo amor, y costumbre; que el Señor da siempre oportunidad si queremos. Digo siempre, que aunque, con ocasiones, enfermedad, algunos ratos impida para muchos ratos de soledad, no deja de haber otros que hay salud para esto, y en la misma enfermedad, y ocasiones, es la verdadera oración, cuando es alma que ama, en ofrecer aquello, y acordarse, por quien lo pasa, y conformarse con ello, y mil cosas que se ofrecen: aquí ejercita el amor, que no es por fuerza que ha de haberla, cuando hay tiempo de soledad, y lo demás no ser oración. Con un poquito de cuidado grandes bienes se hallan en el tiempo, que con trabajos el Señor nos quita el tiempo de la oración; y así los había yo hallado, cuando tenía buena conciencia. Mas él con la opinión que tenía de mí, y el amor que me tenía, todo me lo creyó; antes me hubo lástima: mas como él estaba ya en tan subido estado no estaba después tanto conmigo; sino como me había visto, íbase, que decía era tiempo perdido: como yo le gastaba en otras vanidades, dásame poco. No fue solo a él, sino a otras

algunas personas las que procuró tuviesen oración. Aun andando yo en estas vanidades, como las veía amigas de rezar, las decía cómo ternían meditación, y les aprovechaba, y dábales libros; porque este deseo, de que otras sirviesen a Dios, desde que comencé oración, como he dicho, lo tenía. Parecíame a mí, que ya que yo no servía al Señor, como lo entendía, que no se perdiese lo que me había dado su Majestad a entender, y que le sirviesen otros por mí. Digo esto, para que se vea la gran ceguedad en que estaba, que me dejaba perder a mí, y procuraba ganar a otros.

8. En este tiempo dio a mi padre la enfermedad, de que murió, que duró algunos días. Fuile yo a curar estando más enferma en el alma, que él en el cuerpo, en muchas vanidades, aunque no de manera, que a cuanto entendía estuviese en pecado mortal en todo este tiempo más perdido que digo; porque entendiéndolo yo, en ninguna manera lo estuviera. Pasé harto trabajo en su enfermedad; creo le serví algo de los que él había pasado en las mías. Con estar yo harto mala me esforzaba, y con que en faltarme él, me faltaba todo el bien, y regalo, porque en mi ser me le hacía: tuve tan gran ánimo para no le mostrar pena, y estar hasta que murió como si ninguna cosa sintiera, pareciéndome se arrancaba mi alma, cuando veía acabar su vida, porque le quería mucho. Fue cosa para alabar al Señor la muerte que murió, y la gana que tenía de morir, los consejos que nos daba después de haber recibido la Extrema Unción, el encargarnos le encomendásemos a Dios, y le pidiésemos misericordia para él, y que siempre le sirviésemos, que mirásemos se acababa todo; y con lágrimas nos decía la pena grande que tenía de no haberle servido, que quisiera ser mi fraile, digo, haber sido de los más estrechos que hubiera. Tengo por muy cierto, que quince días antes le dio el Señor a entender no había de vivir; porque antes destos, aunque estaba malo, no lo pensaba. Después con tener mucha mejoría, y decirlo los médicos, ningún caso hacía dellos, sino entendía en ordenar su alma. Fue su principal mal de un dolor grandísimo de espaldas, que jamás se le quitaba: algunas veces le apretaba tanto, que le congojaba mucho. Díjele yo, que pues era tan devoto de cuando el Señor llevaba la Cruz a costas, que pensase su Majestad le quería dar a sentir algo de lo que había pasado con aquel dolor. Consolose tanto, que me parece nunca más le oí quejar. Estuvo tres días muy falto el sentido. El día que murió se le tornó el Señor tan entero, que nos espantábamos; y le tuvo hasta que a la mitad del credo, diciéndole él mesmo, espiró. Quedó como un ángel; y así me parecía a mí lo era él, a manera de decir, en alma, y disposición, que la tenía muy buena. No sé para qué he dicho esto, si no es para culpar más mis ruindades, después de haber visto tal muerte, y entender tal vida, que por parecerme en algo a tal padre la había yo de mejorar. Decía su confesor, que era dominico, muy gran letrado, que no dudaba, de que se iba derecho al cielo; porque había algunos años que le confesaba, y loaba su limpieza de conciencia.

9. Este padre dominico, que era muy bueno, y temeroso de Dios, me hizo harto provecho, porque me confesé con él, y tomó hacer bien a mi alma con cuidado, y hacerme entender la perdición que traía. Hacíame comulgar de quince a quince días, y poco a poco comenzándole a tratar, tratéle de mi oración. Díjome, que no la dejase, que en ninguna manera me podía hacer sino provecho. Comencé a tornar a ella, aunque no a quitarme de las ocasiones, y nunca más la dejé. Pasaba una vida trabajosísima, porque en

la oración entendía más mis faltas. Por una parte me llamaba Dios, por otra yo seguía al mundo. Dábanme gran contento todas las cosas de Dios. Teníanme, atada las del mundo. Parece, que quería concertar estos dos contrarios, tan enemigo uno de otro, como es vida espiritual, y contentos, y gustos, y pasatiempos sensuales. En la oración pasaba gran trabajo, porque no andaba el espíritu señor, sino esclavo; y así no me podía encerrar dentro de mí, que era todo el modo de proceder que llevaba en la oración, sin encerrar conmigo mil vanidades. Pasé así muchos años, que ahora me espanto, que sujeto bastó a sufrir, que no dejase lo uno, u lo otro; bien sé, que dejar la oración, no era ya en mi mano, porque me tenía con las tuyas, el que me quería para hacerme mayores mercedes.

10. ¡Oh válame Dios!, ¡si hubiera de decir las ocasiones que en estos años Dios me quitaba, y como me tornaba yo a meter en ellas, y de los peligros de perder del todo el crédito que me libró! yo a hacer obras para descubrir la que era, y el Señor en cubrir los males, y descubrir alguna pequeña virtud, si tenía, y hacerla grande, en los ojos de todos, de manera que siempre me tenían en mucho; porque, aunque algunas veces se traslucían mis vanidades, como veían otras cosas que les parecían buenas, no lo creían; y era que había ya visto el Sabidor de todas las cosas, que era menester así, para que en las que después de hablado de su servicio, me diesen algún crédito: y miraba su soberana largueza, no los grandes pecados, sino los deseos que muchas veces tenía de servirle, y la pena por no tener fortaleza en mí para ponerlo por obra.

11. ¡Oh Señor de mi alma!, ¡cómo podré encarecer las mercedes que en estos años me hicistes! ¡Y como en el tiempo que yo más os ofendía, en breve me disponíades con un grandísimo arrepentimiento, para que gustase de vuestros regalos, y mercedes! A la verdad tomábades, Rey mío, el más delicado, y penoso castigo por mucho, que para mí podía ser, como quien, bien entendía, lo que me había de ser más penoso. Con regalos grandes castigábades mis delitos. Y no creo digo desatino, aunque sería bien, que estuviese desatinada, tornando a la memoria ahora de nuevo mi ingratitude, y maldad. Era tan más penoso para mi condición recibir mercedes, cuando había caído en graves culpas, que recibir castigos; que una dellas me parece cierto, me deshacía, y confundía más, y fatigaba, que muchas enfermedades, con otros trabajos harto juntos; porque lo postrero veía lo merecía, y parecíame pagaba algo de mis pecados, aunque todo era poco, según ellos eran muchos: mas verme recibir de nuevo mercedes, pagando tan mal las recibidas, es un género de tormento para mí terrible; y creo para todos los que tuvieren algún conocimiento, o amor de Dios; y esto por una condición virtuosa lo podemos acá sacar. Aquí eran mis lágrimas, y mi enojo de ver lo que sentía, y viéndome de suerte, que estaba en víspera de tornar a caer: aunque mis determinaciones, y deseos entonces, por aquel rato digo, estaban firmes. Gran mal es una alma sola entre tantos peligros: paréceme a mí, que si yo tuviera con quien tratar todo esto, que me ayudara a no tornar a caer, siquiera por venganza, ya que no la tenía de Dios.

12. Por eso aconsejaría yo a los que tienen oración, en especial al principio, procuren amistad, y trato con otras personas que traten de lo mismo: es cosa importantísima, aunque no sea sino ayudarse unos a otros con sus oraciones, cuanto más, que hay muchas más ganancias. Y no sé yo

porque, pues de voluntades humanas, aunque no sean muy buenas, se procuran amigos con quien descansar, para más gozar de contar aquellos placeres vanos, se ha de permitir, que quien comenzare de veras a amar a Dios, y a servirle, deje de tratar con algunas personas sus placeres, y trabajos, que de todo tienen los que tienen oración. Porque si es verdad el amistad que quiere tener con su Majestad, no hay a miedo de vanagloria y cuando el primer movimiento le acometa, saldrá dello con mérito y creo, que el que tratando con esta intención lo tratare, que aprovechara a sí, y a los que le oyeren, y saldrá más enseñado, ansí en entender, como en enseñar a sus amigos. El que de hablar en esto tuviere vanagloria, también la terná en oír misa con devoción, si le ven, y en hacer otras cosas, que so pena de no ser cristiano las ha de hacer, y no se han de dejar por miedo de vanagloria. Pues es tan importantísimo esto para almas que no están fortalecidas en virtud, como tienen tantos contrarios, amigos para incitar al mal, que no sé cómo lo encarecer. Paréceme que el demonio ha usado deste ardid, como cosa que muy mucho le importa, que se escondan tanto de que se entienda, que de veras quieren procurar amar, y contentar a Dios; como ha incitado se descubran otras voluntades mal honestas, con ser tan usadas, que ya parece se toma por gala, y se publican las ofensas, que en este caso se hacen a Dios.

13. No sé si digo desatinos; si lo son, vuesa merced lo rompa; y si no lo son, le suplico ayude a mi simpleza, con añadir aquí mucho; porque andan ya las cosas del servicio de Dios tan flacas, que es menester hacerse espaldas unos a otros, los que le sirven, para ir adelante, según se tiene por bueno andar en las vanidades, y contentos del mundo; y para éstos hay pocos ojos: y si uno comienza a darse a Dios, hay tantos que murmuren, que es menester buscar compañía para defenderse, hasta que ya estén fuertes en no les pesar de padecer; y si no veranse en mucho aprieto. Paréceme, que por esto debían usar algunos santos, irse a los desiertos; y es un género de humildad no fiar de sí, sino creer, que para aquellos con quien conversa, te ayudará Dios: y crece la caridad con ser comunicada, y hay mil bienes, que no los osaría decir, si no tuviese gran experiencia de lo mucho que va en esto. Verdad es, que yo soy más flaca, y ruin que todos los nacidos, mas creo no perderá quien humillándose, aunque sea fuerte, no lo crea de sí, y creyere en esto a quien tiene por experiencia. De mí sé decir, que si el Señor no me descubriera esta verdad, y diera medios, para que yo muy ordinario tratara con personas que tienen oración, que cayendo, y levantando iba a dar de ojos en el infierno; porque para caer había muchos amigos, que me ayudasen: para levantarme hallábame tan sola, que ahora me espanto, como no estaba caída: y alabo la misericordia de Dios, que era solo el que me daba la mano: sea bendito para siempre jamás. Amén.

Capítulo VIII

Trata del gran bien que se hizo, no se apartar del todo de la oración, para no perder el alma; y cuán excelente remedio es para ganar lo perdido. Persuade a que todos la tengan. Dice como es tan gran ganancia, y que aunque la tornen a dejar, es gran bien usar algún tiempo de tan gran bien

1. No sin causa he ponderado tanto este tiempo de mi vida, que bien veo no dará a nadie gusto ver cosa tan ruin, que cierto querría me aborreciesen los que esto leyesen, de ver una alma tan pertinaz, e ingrata, con quien tantas mercedes le ha hecho; y quisiera tener licencia para decir las muchas veces, que en este tiempo falté a Dios, por no estar arrimada a esta fuerte columna de la oración. Pasé este mar tempestuoso casi veinte años con estas caídas, y con levantarme, y mal, pues tornaba a caer; y en vida tan baja de perfección, que ningún caso casi hacía de pecados veniales, y los mortales aunque los tenía no como había de ser, pues no me apartaba de los peligros: sé decir, que es una de las vidas penosas, que me parece se puede imaginar; porque ni yo gozaba de Dios, ni traía contento en el mundo. Cuando estaba en los contentos del mundo, y a acordarme lo que debía a Dios era con pena: cuando estaba con Dios, las aficiones del mundo me desasosegaban; ello es una guerra tan penosa, que no sé cómo un mes la pude cuanto más tantos años. Con todo veo clavo la gran misericordia que el Señor hizo conmigo, ya que había de tratar en el mundo, que tuviese ánimo para tener oración: digo ánimo, porque no sé yo para qué cosa de cuantas hay en él, es menester mayor, que tratar traición al rey, y saber que lo sabe, y nunca se le quitar de delante. Porque puesto que siempre estamos delante de Dios, paréceme a mí es de otra manera los que tratan de oración; porque están viendo que los mira: que los demás podrá ser estén algunos, días que aún no se acuerden que los ve Dios. Verdad es, que en estos años hubo muchos meses, y creo alguna vez año, que me guardaba de ofender al Señor, y me daba, mucho a la oración, y hacía algunas, y hartas diligencias para no le venir a ofender. Porque va todo lo que escribo dicho con toda verdad, trato ahora esto. Mas acuerdáseme poco destos días buenos, y ansí debían ser pocos, y muchos de los ruines: ratos grandes de oración pocos días se pasaban sin tenerlos, sino era estar muy mala o muy ocupada. Cuando estaba mala, estaba mejor con Dios: procuraba, que las personas que trataban conmigo lo estuviesen, y suplicábalo al Señor, hablaba muchas veces en él. Ansí que si no fue el año que tengo dicho, en veinte y ocho años que ha que comencé oración, mas de los diez y ocho pasé, esta batalla, y contienda de tratar con Dios, y con el mundo. Los demás que ahora me quedan por decir, mudose la causa de la guerra, aunque no ha sido pequeña; mas con estar, a lo que pienso, en servicio de Dios, y conocimiento de la vanidad, que es el mundo, todo ha sido suave, como diré después.

2. Pues para lo que he tanto contado esto, es (como he ya dicho) para que se vea la misericordia de Dios, y mi ingratitud; y lo otro, para que se entienda el gran bien que hace Dios a un alma, que la dispone para tener oración con voluntad, aunque no esté tan dispuesta como es menester, y como si en ella persevera, por pecados, y tentaciones, y caídas de mil maneras que ponga el demonio, en fin tengo por cierto, la saca el Señor a puerto de salvación, como (a lo que ahora parece) me ha sacado a mí: plega a su Majestad, no me torne yo a perder. El bien que tiene, quien se ejercita en oración, hay muchos santos, y buenos, que lo han escrito, digo oración mental, gloria sea a Dios por ello cuando no fuera esto, aunque soy poco humilde, no tan soberbia que en esto osara hablar.

3. De lo que yo tengo experiencia puedo decir, y es, que por males que haga quien la ha comenzado, no la deje; pues es el medio por donde

puede tornarse, a remediar, y sin ella será muy más dificultoso: y no le tiene el demonio por la manera que a mí, a dejarla por humildad, crea que no pueden faltar sus palabras; que en arrepintiéndonos de veras, y determinándose a no le ofender, se torna a la amistad que estaba, y a hacer las mercedes que antes hacía, y a las veces mucho más, si el arrepentimiento lo merece: y quien no la ha comenzado, por amor del Señor le ruego yo, no carezca de tanto bien. No hay aquí de que temer, sino que desear; porque cuando no fuere delante, y se esforce a ser perfecto, que merezca los gustos, y regalos, que a éstos da Dios, a poco ganar irá entendiendo el camino para el cielo; y si persevera, espero yo en la misericordia de Dios, que nadie le tonto por amigo, que no se lo pague: porque no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama. Y si vos aun no le amáis, porque para ser verdadero el amor, y que dure la amistad, hanse de encontrar las condiciones, y la del Señor ya se sabe que no puede tener falta; la nuestra es ser viciosa, sensual, ingrata, no podéis acabar con sus de amarle tanto, porque no es de vuestra condición; mas viendo lo mucho que os va en tener su amistad, y lo mucho que os ama, pasad por esta pena de estar mucho con quien es tan diferente de vos.

4. ¡Oh bondad infinita de mi Dios, que me parece os veo, y me veo desta suerte! ¡Oh regalo de los ángeles, que toda me querría cuando esto veo deshacer en amaros!, ¡cuán cierto es sufrir vos a quien no os sufre que estéis con él! ¡Oh que buen amigo hacéis, Señor mío, cómo lo vais regalando, y sufriendo, y esperáis, a que se haga a vuestra condición, y tan de mientras lo sufrís vos la suya! Tomáis en cuenta, mi Señor, los ratos que os quiere, y con un punto de arrepentimiento olvidáis lo que os ha ofendido. He visto esto claro por mí, y no veo, Criador mío, por qué todo el mundo no se procure llegar a vos por esta particular amistad. Los malos, que no son de vuestra condición, se deben llegar para que nos hagáis buenos, con que os sufran estéis con ellos si quiera dos horas cada día, aunque ellos no estén con vos, sino con mil revueltas de cuidados, y pensamientos del mundo, como yo hacía. Por esta fuerza, que se hacen al querer estar en tan buena compañía miráis (que en esto a los principios no pueden más, ni después algunas veces) forzáis vos, Señor, a los demonios, para que no los acometan, y que cada día tengan menos fuerza contra ellos, y dáisela a ellos para vencer. Si, que no matéis a nadie, vida de todas las vidas de los que se han de vos, y de los que, os quieren por amigo, sino sustentar la vida del cuerpo con más salud, y daisla al alma.

5. No entiendo esto: ¿qué temen los que temen comenzar oración mental? Ni sé de qué han miedo. Bien hace de ponerle el demonio, para hacernos él de verdad mal; si con miedos me hace, no piense en lo que he ofendido a Dios, y en lo mucho que le debo, y en que hay infierno, y hay gloria y en los grandes trabajos, y dolores que pasó por mí. Ésta fue toda mi oración, y ha sido cuanto anduve en estos peligros; y aquí era mi pensar cuando podía, y muy muchas veces algunos años tenía más cuenta con desear se acabase la hora que tenía por mí de estar, y escuchar cuando daba el reloj, que no en unas cosas buenas: y hartas veces no sé qué penitencia grave se me pusiera delante, que no la acometiera de mejor gana, que recogerme a tener oración. Y es cierto, que era tan incomportable la fuerza que el demonio me hacía, o mi ruin costumbre, que

no fuese a la oración, y la tristeza que me daba en entrando en el oratorio, que era menester ayudarme de todo mi ánimo (que dicen no le tengo pequeño, se ha visto me le dio Dios harto más que de mujer, sino que le he empleado mal) para forzarme y en fin me ayudaba el Señor. Y después que me había hecho esta fuerza, me hallaba con más quietud, y regalo, que algunas veces que tenía deseo de rezar. Pues si a cosa tan ruin como yo, tanto tiempo sufrió el Señor, y se ve claro, que por aquí se remediaron todos mis males, ¿qué persona por mala que sea podrá temer? Porque por mucho que lo sea, no lo será tantos años después de haber recibido tantas mercedes del Señor. ¿Ni quién podrá desconfiar, pues a mí tanto me sufrió, solo porque deseaba, y procuraba algún lugar, y tiempo, para que estuviese conmigo, y esto muchas veces sin voluntad, por gran fuerza que me hacía, o me la hacía el mismo Señor? Pues si a los que no le sirven, sino que le ofenden, les está también la oración, y les es tan necesaria, y no puede nadie hallar con verdad daño que pueda hacer, que no fuera mayor el no tenerla; los que sirven a Dios, y le quieren servir, ¿por qué lo han de dejar? Por cierto, si no es por pasar con más trabajo los trabajos de la vida, yo no lo puedo entender, y por cerrar a Dios la puerta, para que en ella no les dé contento. ¡Cierto los he lástima, que a su costa sirven a Dios! Porque a los que tratan la oración, el mismo Señor les hace la costa; pues por un poco de trabajo da gusto, para que con él se pasen los trabajos. Porque destes gustos, que el Señor da a los que perseveran en la oración se tratará mucho, no digo aquí nada: solo digo, que para estas mercedes tan grandes, que me ha hecho a mí, es la puerta la oración; cerrada está, no sé como las hará; porque aunque quiera entrar a regalarse con un alma, y regalarla, no hay por dónde, que la quiere sola, y limpia, y con gana de recibirlas. Si le ponemos muchos tropiezos, y no ponemos nada en quitarlos, ¿cómo ha de venir a nosotros, y queremos nos haga Dios grandes mercedes?

6. Para que vean su misericordia, y el gran bien que fue para mí no haber dejado la oración, y lección, diré aquí, pues va tanto en entender, la batería que da el demonio un alma para ganarla, y el artificio, y misericordia con que el Señor procura tornarla a sí, y se guarden de los peligros, que yo no me guardé. Y sobre todo por amor de nuestro Señor, y por el gran amor con que anda granjeando tornarnos a sí, pido yo, se guarden de las ocasiones; porque puestos en ellas, no hay que fiar, donde tantos enemigos nos combaten, y tantas flaquezas hay en nosotros para defendernos. Quisiera yo saber figurar la captividad que en estos tiempos traía mi alma, porque bien entendía yo, que lo estaba, y no acababa de entender en qué, ni podía creer del todo, que lo que los confesores no me agravaban tanto, fuese tan malo, como yo lo sentía en mi alma. Díjome uno, yendo yo a él con escrúpulo, que aunque tuviese subida contemplación, no me eran inconveniente semejantes ocasiones y tratos. Esto era ya a la postre, que yo iba con el favor de Dios apartándome más de los peligros grandes, mas no me quitaba del todo de la ocasión. Como me veían con buenos deseos, y ocupación de oración, parecíales hacía mucho; más entendía mi alma que no era hacer lo que era obligada por quien debía tanto: lástima la tengo ahora de lo mucho que pasó, y el poco socorro que de ninguna parte tenía, sino de Dios, y la mucha salida que le daban para sus pasatiempos, y contentos, con decir eran lícitos. Pues el tormento en

los sermones no era pequeño, y era aficionadísima a ellos, de manera que si veía alguno predicar con espíritu, y bien, un amor particular le cobraba sin procurarlo yo, que no sé quién me le ponía: casi nunca me parecía tan mal sermón, que no lo oyese de buena gana, aunque al dicho de los que le oían, no predicase bien. Si era bueno, érame muy particular recreación. De hablar de Dios, o oír dél, casi nunca me cansaba: esto después que comencé oración. Por un cabo tenía gran consuelo en los sermones, por otro me atormentaba; porque allí entendía yo, que no era la que había de ser con mucha parte. Suplicaba el Señor me ayudase; más debía faltar, a lo que ahora me parece, de no poner en toda la confianza en su Majestad, y perderla de todo punto de mí. Buscaba remedio; hacía diligencias; más no debía entender, que todo aprovecha poco, si quitada de todo punto la confianza de nosotros, no la ponemos en Dios. Deseaba vivir, que bien entendía que no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte, y no había quien me diese vida, y no la podía yo tomar; y quien me la podía dar, tenía razón de no socorrerme, pues tantas veces me había tornado a sí, y yo dejádole.

Capítulo IX

Trata por qué términos comenzó el Señor a despertar su alma y darle luz en tan grandes tinieblas, y a fortalecer sus virtudes para no ofenderle

1. Pues ya andaba mi alma cansada, y aunque quería, no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Acaeciome, que entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allí a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado, y tan devota, que en mirándola, toda me turbó de verle tal; porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí, de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía; y arrojéme cabe él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez, para no ofenderle.

2. Era yo muy devota de la gloriosa Magdalena, y muy muchas veces pensaba en su conversión, en especial cuando comulgaba; que como sabía estaba allí cierto el Señor dentro de mí, poníame a sus pies, pareciéndome, no eran de desechar mis lágrimas; y no sabía lo que decía, que harto hacía quien por sí me las consentía derramar, pues tan presto se me olvidaba aquel sentimiento encomendábame, a aquella gloriosa santa, para que me alcanzase perdón.

3. Mas esta postrera vez desta imagen que digo, me parece me aprovechó más; porque estaba ya muy desconfiada de mí, y ponía toda mi confianza en Dios. Paréceme le dije entonces, que no me había de levantar de allí, hasta que luciese lo que le suplicaba. Creo cierto me aprovechó, porque fui mejorando mucho desde entonces. Tenía este modo de oración, que como no podía discurrir con el entendimiento, procuraba representar a Cristo dentro de mí, y hallábame mejor a mi parecer, en las partes a donde le veía más solo. Parecíame a mí, que estando solo, y afligido, como persona necesitada, me había de admitir a mí. Destas simplicidades tenía muchas, en especial me hallaba muy bien en la oración del huerto; allí era mi acompañarle. Pensaba en aquel sudor, y aflicción que allí había tenido:

si podía, deseaba limpiarle aquel tan penoso sudor; mas acuérdome, que jamás osaba determinarme a hacerlo, como se me representaban mis pecados tan graves. Estábame allí lo más que me dejaban mis pensamientos con él, porque eran muchos los que me atormentaban. Muchos años las más noches, antes que me durmiese, cuando para dormir me encomendaba a Dios, siempre pensaba un poco en este paso de la oración del huerto, aun desde que no era monja, porque me dijeron se ganaban muchos perdones: y tengo para mí, que por aquí ganó muy mucho mi alma; porque comencé a tener oración, sin saber qué era y ya la costumbre tan ordinaria me hacía no dejar esto, como el no dejar de santiguarme para dormir.

4. Pues tornando a lo que decía del tormento, que me daban los pensamientos; esto tiene este modo de proceder sin discurso de entendimiento, que el alma ha de estar muy ganada, o perdida: digo perdida la consideración; en aprovechando, aprovechan mucho, porque es en amar. Mas para llegar aquí es muy a su costa, salvo a personas que quiere el Señor muy en breve llegarlas a oración de quietud, que yo conozco algunas: para las que van por aquí, es bueno un libro para presto recogerse. Aprovechábame a mí también ver campos, agua, flores: en estas cosas hallaba yo memoria del Criador; digo, que me despertaban, y recogían, y servían de libro, ven mi ingratitud, y pecados. En cosas del cielo, ni en cosas subidas, era mi entendimiento tan grosero, que jamás por jamás las pude imaginar, hasta que por otro modo el Señor me las representó.

5. Tenía tan poca habilidad para con el entendimiento representar cosas, que si no era lo que veía, no me aprovechaba nada de mi imaginación; como hacen otras personas, que pueden hacer representaciones a donde se recogen. Yo solo podía pensar en Cristo como hombre; mas es así, que jamás lo pude representar en mí, por más que leía su hermosura, y veía imágenes, sino como quien está ciego o a oscuras, que aunque habla con alguna persona, y ve que está con ella, porque sabe cierto, que está allí, digo que entiende, y cree que está allí, más no la ve. Desta manera me acaecía a mí, cuando pensaba en nuestro Señor. A esta cansa era tan amiga de imágenes. Desventurados de los que por su culpa pierden este bien: bien parece, que no aman al Señor, porque si te amaran, holgáranse de ver su retrato, como acá aun da contento ver el de quien se quiere bien.

6. En este tiempo me dieron las Confesiones de san Agustín, que parece el Señor lo ordenó, porque yo no las procuré, ni nunca las había visto. Yo soy muy aficionada a san Agustín, porque el monasterio a donde estuve seglar era de su Orden; y también por haber sido pecador, que de los Santos, que después de serlo el Señor tornó a sí, hallaba yo mucho consuelo, pareciéndome en ellos había de hallar ayuda; y que como los había el Señor perdonado, podía hacer a mí: salvo, que una cosa me desconsolaba, como he dicho, que a ellos solo una vez los había el Señor llamado, y no tornaban a caer, y a mí eran ya tantas, que esto me fatigaba; mas considerando en el amor que me tenía, tornaba a animarme que de su misericordia jamás desconfié, de mí muchas veces.

7. ¡Oh váleme Dios, cómo me espanta la reciedumbre, que tuvo mi alma, con tener tantas ayudas de Dios! Háceme estar temerosa lo poco que podía conmigo, y cuán atada me veía, para no me determinar a darme del todo a Dios. Como comencé a leer las Confesiones, paréceme me veía yo allí;

comencé a encomendarme mucho a este glorioso santo. Cuando llegué a su conversión, y leí, como oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dio a mí, según sintió fin corazón: estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas, y entre mí mesma con gran aflicción, y fatiga. ¡Oh qué sufre un alma, válame Dios, por perder la libertad que había de tener de ser señora, y qué de tormentos padece! yo me admiro ahora, cómo podía vivir en tanto tormento, sea Dios alabado, que me dio vida para salir de muerte tan mortal: paréceme, que ganó grandes fuerzas mi alma de la divina Majestad, y que debía oír mis clamores, y haber lástima de tantas lágrimas.

8. Comenzome a crecer la afición de estar más tiempo con él, y a quitarme de los ojos las ocasiones, porque quitadas, luego me volvía a amar a su Majestad; que bien entendía yo a mi parecer le amaba, mas no entendía, en qué está el amar de veras a Dios, cómo lo había de entender. No me parece acababa yo de disponerme a quererlo servir, cuando su Majestad me comenzaba a tornar a regalar. No parece, sino que lo que otros procuran con gran trabajo adquirir, granjeaba el Señor conmigo, que yo lo quisiese recibir, que era ya en estos postreros años, darme gustos, y regalos. Suplicar yo me los diese, ni ternura de devoción, jamás a ello me atreví, solo le pedía me diese gracia para que no le ofendiese, y me perdonase mis grandes pecados. Como los veía tan grandes, aun desear regalos, ni gusto, nunca de advertencia osaba: harto me parece hacía su piedad, y con verdad hacía mucha misericordia conmigo, en consentirme delante de sí, y traerme a su presencia, que veía yo, si tanto él no lo procurara, no viniera. Solo una vez en mi vida me acuerdo pedirle gustos, estando con mucha sequedad; y como advertí lo que hacía, quedé tan confusa, que la misma fatiga de verme tan poco humilde, me dio lo que me había atrevido a pedir. Bien sabía yo era lícito pedirlo, mas parecíame a mí, que lo es a los que están dispuestos, con haber procurado lo que es verdadera devoción con todas sus fuerzas, que es no ofender a Dios; y estar dispuestos, y determinados para todo bien. Parecíame que aquellas mis lágrimas eran mujeriles y sin fuerza, pues no alcanzaba con ellas lo que deseaba. Pues con todo creo me valieron; porque como digo, en especial después destas veces de tan gran compunción dellas, y fatiga de mi corazón, comencé más a darme a oración, y a tratar menos en cosas que me dañasen, aunque aún no las dejaba del todo, sino como digo, fueme ayudando Dios a desviarme, como no estaba su Majestad esperando sino algún aparejo en mí, fueron creciendo las mercedes espirituales de la manera que diré. Cosa no usada darlas el Señor, sino a los que están en más limpieza de conciencia.

Capítulo X

Comienza a declarar las mercedes que el Señor la hacía en la oración, y en lo que nos podemos nosotros ayudar, y lo mucho que importa que entendamos las mercedes, que el Señor nos hace. Pide a quien esto envía, que de aquí adelante sea secreto lo que escribiere, pues la mandan diga tan particularmente las mercedes que le hace el Señor

1. Tenía yo algunas veces, como he dicho, (aunque con mucha brevedad

pasaba) comienzo de lo que ahora diré. Acaeciame en esta representación que hacía de ponerme cabe Cristo, que he dicho, y aun algunas veces leyendo, venirme a deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podía dudar, que estaba dentro de mí, yo toda engolfada en él. Esto no era manera de visión; creo lo llaman mística teología: suspende el alma de suerte, que toda parecía estar fuera de sí. Ama la voluntad, la memoria me parece está casi perdida, el entendimiento no discurre a mi parecer, más no se pierde; mas como digo no obra(5), sino está como espantado de lo mucho que entiende; porque quiere Dios entienda, que de aquello que su Majestad le representa, ninguna cosa entiende.

2. Primero había tenido muy continuo una ternura, que en parte algo de ella me parece se puede procurar: un regalo, que ni bien es todo sensual, ni bien espiritual, todo es dado de Dios. Mas parece para esto nos podemos mucho ayudar con considerar nuestra bajeza, y la ingratitud que tenemos con Dios, lo mucho que hizo por nosotros, su Pasión con tan graves dolores, su vida tan afligida, en deleitarnos de ver sus obras, su grandeza, lo que nos ama; otras muchas cosas, que quien con cuidado quiere aprovechar, tropieza muchas veces en ellas, aunque no ande con mucha advertencia: si con esto hay algún amor, regálase el alma, enternécese el corazón, vienen lágrimas; algunas veces parece las sacamos por fuerza, otras el Señor parece nos la hace, para no poder nosotros resistirlas. Parece nos paga su majestad aquel cuidadito con un don tan grande, como es el consuelo que da a un alma, ver que llora por tan gran Señor; y no me espanto, que le sobra la razón, de consolarse. Regálase allí, huélgase allí.

3. Paréceme bien esta comparación, que ahora se me ofrece; que son estos gozos de oración, como deben ser los que están en el cielo, que como no han visto más de lo que el Señor conforme a lo que merecen, quiere que vean, y ven sus pocos méritos, cada uno está contento con el lugar en que está, con haber tan grandísima diferencia de gozar a gozar en el cielo, mucho más que acá hay de unos gozos espirituales a otros, que es grandísima. Y verdaderamente un alma en sus principios, cuando Dios lo hace esta merced, ya casi le parece no hay más que desear, y se da por bien pagada de todo cuanto ha servido; y sóbrale la razón, que una lágrima destas, que como digo, casi nos las procuramos (aunque sin Dios no se hace cosa) no me parece a mí, que con todos los trabajos del mundo se puede comprar, porque se gana mucho con ellas; ¿y qué más ganancia, que tener algún testimonio, que contentamos a Dios? Ansí que quien aquí llegare, alábele mucho, conózcase por muy deudor; porque ya parece le quiere para su casa, y escogido para su reino, si no torna atrás.

4. No cure de unas humildades que hay de que pienso tratar, que les parece humildad, no entender que el Señor les va dando dones. Entendamos bien, bien como ello es, que nos los da Dios sin ningún merecimiento nuestro, y agradezcámoslo a su Majestad; porque si no conocemos qué recibimos, no nos despertaremos a amar: y es cosa muy cierta, que mientras más vemos estamos ricos, sobre conocer somos pobres, más aprovechamiento nos viene, y aun más verdadera humildad: lo demás es acobardar el ánimo a parecer que no es capaz de grandes bienes, si en comenzando el Señor a dárselos, comienza él a atemorizarse con miedo de vanagloria. Creamos, que quien nos da los bienes, nos dará gracia, para que en comenzando el

demonio a tentar en este caso, le entendamos, y fortaleza para resistirle; digo, si andamos con llaneza delante de Dios, pretendiendo contentar solo a él, y no a los hombres. Es cosa muy clara, que amamos más a una persona, cuando mucho se nos acuerda las buenas obras que nos hace. Pues, si es lícito, y tan meritorio, que siempre tengamos memoria, que tenemos de Dios el ser, y que nos crió de no nada, que nos sustenta, y todos los demás beneficios de su muerte, y trabajos, que mucho antes que nos criase los tenía hechos por cada uno de los que ahora viven; ¿por qué no será lícito, que entienda yo, vea, y considere muchas veces, que solía hablar en vanidades, y que ahora me ha dado el Señor, que no querría sino hablar en él? He aquí una joya, que acordándonos, que es dada, y ya la poseemos, forzado convida a amar, que es todo el bien de la oración fundada sobre humildad. ¿Pues qué será, cuando vean en su poder otras joyas más preciosas, como tienen ya recibidas algunos siervos de Dios, de menosprecio del mundo, aun de sí mismo? Está claro, que se han de tener por más deudores, y más obligados a servir, y entender que no teníamos nada desto, y a conocer la largueza del Señor, que a un alma tan ruin, y pobre, y de ningún merecimiento, como la mía, que bastaba la primer joya destas, y sobraba para mí, quiso hacerme con más riquezas que yo supiera desear. Es menester sacar fuerzas de nuevo para servir, y procurar no ser ingratos; porque con esa condición las da el Señor, que si no usamos bien del tesoro, y del gran estado en que nos pone, nos lo tornará a tomar, y quedarnos hemos muy más pobres, y dará su Majestad las joyas a quien luzga, y aproveche con ellas a sí, y a los otros. ¿Pues cómo aprovechará, y gastará con largueza, el que no entiende que está rico? Es imposible conforme a nuestra naturaleza, a mi parecer, tener ánimo para cosas grandes, quien no entiende está favorecido de Dios; porque somos tan miserables, y tan inclinados a cosas de tierra, que mal podrá aborrecer todo lo de acá del lecho con gran desasimiento, quien no entiende tiene alguna prenda de lo de allá: porque con estos dones, es a donde el Señor nos da la fortaleza, que por nuestros pecados nosotros perdimos. Y mal deseará se descontenten todos dél, y le aborrezcan, y todas las demás virtudes grandes que tienen los perfectos, si no tiene alguna prenda del amor, que Dios le tiene, y juntamente fe viva. Porque es tan muerto nuestro natural, que nos vamos a lo que presente vemos; y así estos mismos favores son los que despiertan la fe, y la fortalecen. Ya puede ser, que yo como soy tan ruin juzgo por mí, que otros habrá que no hayan menester más de la verdad de la fe, para hacer obras muy perfectas, que yo como miserable, todo le he habido menester.

5. Esto ellos lo dirán; yo digo lo que ha pasado por mí, como me lo mandan; y si no fuere bien, romperalo a quien lo envió, que sabrá mejor entender lo que va mal, que a quien suplico por amor del Señor, lo que he dicho hasta aquí de mi ruin vida, y pecados, lo publiquen, desde ahora doy licencia, y a todos mis confesores, que así lo es a quien esto va; y si quisieren luego en mi vida; porque no engañe más al mundo, que piensan hay en mí algún bien; y cierto, cierto con verdad digo a lo que ahora entiendo de mí, que me dará gran consuelo. Para lo que de aquí adelante dijere, no se la doy; ni quiero, si a alguien lo mostraren, digan quien es por quien pasó, ni quien lo escribió, que por esto no me nombro, ni a nadie, sino escribirlo he todo lo mejor que pueda por no ser conocida, y así lo pido

por amor de Dios. Bastan personas tan letradas, y graves para autorizar alguna cosa buena, si el Señor me diere gracia para decirla; que si lo fuere, será suya, y no mía por ser yo sin letras, y buena vida, ni ser informada de letrado, ni de persona ninguna (porque solos los que me lo mandan escribir, saben que lo escribo, y al presente no están aquí, y casi hurtando el tiempo, y con pena, porque me estorbo de hilar, por estar en casa pobre, y con hartas ocupaciones: ansí aunque el Señor me diera más habilidad, y memoria, que aun con ésta pudiérame aprovechar de lo que he oído, y leído, mas es poquísima la que tengo) ansí que si algo bueno dijere, lo quiere el Señor para algún bien; lo que fuere malo, será de mí, y vuesa merced lo quitará. Para lo uno, ni para lo otro, ningún provecho tiene decir mi nombre: en vida está claro qué no se ha de decir de lo bueno; y en muerte no hay para qué, sino para que pierda autoridad el bien, y no le dar ningún crédito, por ser dicho de persona tan baja, y tan ruin; y por pensar y vuesa merced hará esto, que por amor del Señor le pido, y los demás que lo han de ver, escribo con libertad: de otra manera sería con gran escrúpulo, fuera de decir mis pecados, que para esto ninguno tengo; para lo demás basta ser mujer, para caérseme las alas, cuanto más mujer, y ruin. Y ansí lo que fuere más de decir simplemente el discurso de mi vida, torne vuesa merced para sí, pues tanto me ha importunado escriba alguna declaración de las mercedes que me hace Dios en la oración, si fuere conforme a las verdades de nuestra santa fe católica si no vuesa merced lo queme luego, que yo a esto me sujeto: y diré lo que pasa por mí, para que cuando sea conforme a esto podrá hacer a vuesa merced algún provecho; y si no desengañara mi alma, para que para que no gane el demonio a donde me parece gano yo; que ya sabe el Señor (como después diré) que siempre he procurado buscar quien que dé luz.

6. Por claro que yo quiera decir estas cosas de oración, será bien oscuro para quien no tuviere experiencia. Algunos impedimentos diré, que a mi entender lo son para ir adelante, en este camino, y otras cosas en que hay peligro, de lo que el Señor me ha enseñado por experiencia, y después tratádolo yo con grandes letrados, y personas espirituales de muchos años, y ven que en solos veinte y siete os que ha que tengo oración, me ha dado su Majestad la experiencia, con andar en tantos tropiezos, y tan mal este camino, que a otros en cuarenta y siete, ven treinta y siete, que con penitencia, y siempre virtud han caminado por él. Sea bendito por todo, y sírvase de mí, por quien su Majestad es, que quien sabe mi Señor, que no pretendo otra cosa en esto, sato que sea alabado, y engrandecido un poquito, de ver, que en un muladar tan sucio, y de mal olor, hiciese huerto de tan suaves flores. Plega a su Majestad, que por mi culpa no las torne yo a arrancar, y se torne a ser lo que era. Esto pido yo por amor del Señor, le pida vuesa merced pues sabe la que soy con más claridad, que aquí me lo ha dejado decir.

Capítulo XI

Dice en qué está la falla de no amar a Dios con perfección en breve tiempo: comienza a declarar, por una comparación que pone, cuatro grados de oración: va tratando aquí del primero: es muy provechoso para los que

comienzan, y para los que no tienen gustos en la oración

1. Pues hablando ahora de los que comienzan a ser siervos del amor (que no me parece otra cosa determinarnos a seguir por este camino de acción, al que tanto nos amó) es una dignidad tan grande, que me regalo extrañamente en pensar en ella; porque el temor servil luego va fuera, si en este primer estado vamos como hemos de ir. ¡Oh señor de mi alma, y bien mío!, ¿por qué no quisistes, que en determinándose un alma a amaros, con hacer lo que puede en dejarlo todo, para mejor se emplear en este amor de Dios, luego gozase de subir a tener este amor perfecto? Mal he dicho; había de decir, y quejarme, porque no queremos nosotros, pues toda la falta nuestra es, en no gozar luego de tan gran dignidad, pues en llegando a tener con perfección este verdadero amor de Dios, trae consigo todos los bienes. Somos tan caros, y tan tardíos de darnos del todo a Dios, que como su Majestad no quiere gozemos de cosa tan preciosa sin gran precio, no acabamos de disponernos. Bien veo, que no le hay, con que se pueda comprar tan gran bien en la tierra; mas si hiciésemos lo que podemos, en no nos asir a cosa della, sino que todo nuestro cuidado, y trato fuese en el cielo; creo yo sin duda muy en breve se nos daría este bien, si en breve del todo nos dispusiésemos, como algunos santos lo hicieron: más parécenos, que lo damos todo; y es que ofrecemos a Dios la renta, o los frutos, y quedámonos con la raíz, y posesión. Determinámonos a ser pobres, y es de gran merecimiento; mas muchas veces tornamos a tener cuidado, y diligencia, para que no nos falte, no solo lo necesario, sino lo superfluo, y a granjear los amigos que nos lo den, y ponernos en mayor cuidado, y por ventura peligro, porque no nos falte, que antes teníamos en poseer la hacienda. Parece también, que dejamos la honra en ser religiosos, o en haber ya comenzado a tener vida espiritual, y a seguir perfección, y no nos han tocado en un punto de honra, cuando no se nos acuerda la hemos ya dado a Dios, y nos queremos tornar a alzar con ella, y tomársela, como dicen, de las manos, después de haberle de nuestra voluntad al parecer hecho Señor: así son todas las cosas.

2. Donosa manera de buscar amor de Dios, y luego le queremos a manos llenas (a manera de decir) tenemos nuestras aficiones, ya que no procuramos efectuar nuestros deseos, y no acabarlos, de levantar de la tierra, y muchas consolaciones espirituales con esto. No viene bien, ni me parece se compadece esto con estotro. Ansí que, porque no se acaba de dar junto, no se nos da por junto este tesoro: plega al Señor que gota a gota nos le dé su Majestad, aunque sea costándonos todos los trabajos del mundo. Harto gran misericordia hace, a quien da gracia, el ánimo para determinarse a procurar con todas sus fuerzas este bien; porque si persevera, no se niega Dios a nadie, poco a poco va habilitando el ánimo para que salga con esta vitoria. Digo ánimo, porque son tantas las cosas que el demonio pone delante a los principios, para que comiencen este camino de hecho, como quien sabe el daño, que de aquí le viene, no solo en perder aquel alma, sino a muchas. Si el que comienza se esfuerza con el favor de Dios, a llegar a la cumbre de la perfección, creo jamás va solo al cielo, siempre lleva mucha gente tras sí; como a buen capitán le da Dios quien vaya en su compañía. Ansí que pónelos tantos peligros, y dificultades delante, que no es menester poco ánimo, para no tornar atrás, sino muy mucho, y mucho favor de Dios.

3. Pues hablando de los principios de los que ya van determinados a seguir este bien, y a salir con esta empresa (que de lo demás que comencé a decir de mística teología, que creo se llama así, diré más adelante) en estos, principios está todo el mayor trabajo; porque son ellos los que trabajan, dando el Señor el caudal, que en los otros grados de oración lo más es gozar, puesto que primeros, y medianos, postreros, todos llevan sus cruces, aunque diferentes, que por este camino que fue Cristo, han de ir los que le siguen, si no se quieren perder: y bienaventurados trabajos, que aun acá en la vida tan sobradamente se pagan. Habré de aprovecharme de alguna comparación, que yo las quisiera excusar por ser mujer, y escribir simplemente lo que me mandan; más este lenguaje de espíritu es tan malo de declarar a los que no saben letras, como yo, que habré de buscar algún modo, y podrá ser las menos veces acierte a que venga bien la comparación; servirá de dar recreación a vuesa merced de ver tanta torpeza. Paréceme ahora a mí, que he leído, u oído esta comparación, que como tengo mala memoria, ni sé a donde, ni a qué propósito, más para el mío ahora conténtame. Ha de hacer cuenta el que comienza, que comienza a hacer un huerto en tierra muy infructuosa, y que lleva muy malas yerbas, para que se deleite el Señor, su Majestad arranca las malas yerbas, y ha de plantar las buenas. Pues hagamos cuenta que está ya hecho esto, cuando se determina a tener oración una alma, y lo ha comenzado a usar; y con ayuda de vos hemos de procurar como buenos hortelanos, que crezcan estas plantas, y tener cuidado de regarlas, para que no se pierdan, sino que vengan a echar flores, que den de sí gran olor, para dar recreación a este Señor nuestro, y así se venga a deleitar muchas veces a esta huerta, y a holgarse, entre estas virtudes.

4. Pues veamos ahora de la manera que se puede regar, para que entendamos lo que, hemos de hacer, y el trabajo que nos ha de costar, si es mayor la ganancia, o hasta que tanto tiempo se ha de tener. Paréceme a mí, que se puede regar de cuatro maneras; o con sacar el agua de un pozo, que es a nuestro gran trabajo: o con noria, y arcabuces que se saca con un torno; yo la he sacado algunas veces, es a menos trabajo que estotro, y sácase más agua; o de un río, o arroyo, esto se riega muy mejor, que queda más harta la tierra de agua, y no se ha menester regar tan a menudo, y es menos trabajo mucho del hortelano; o con llover mucho, que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro, y es muy sin comparación mejor que todo lo que queda dicho. Ahora pues, aplicadas estas cuatro maneras de agua, de que se ha de sustentar este huerto, porque sin ella perderse ha, es lo que a mí me hace al caso, y ha parecido, que se podrá declarar algo de cuatro grados de oración, en que el Señor por su bondad ha puesto algunas veces mi alma. Plega a su bondad atine a decirlo, de manera que aproveche a una de las personas que esto me mandaron escribir, que la ha traído el Señor en cuatro meses, harto más adelante que yo estaba en diez y siete años: hase dispuesto mejor, y así sin trabajo suyo riega este vergel con todas estas cuatro aguas aunque la postrera aún no se le da sino a gotas más va de suerte, que presto se engolfará en ella, con ayuda del Señor y gustaré que se ría, si le pareciere desatino la manera del declarar.

5. De los que comienzan a tener oración, podemos decir son los que sacan el agua del pozo; que es muy a su trabajo, como tengo dicho, que han de cansarse en recoger los sentidos, que como están acostumbrados a andar

derramados, es harto trabajo. Han menester irse acostumbrando a no se les dar nada de ver, ni oír, y a ponerlo por obra las horas de oración, sino estar en soledad, y apartados pensar su vida pasada; aunque esto, primeros, y postreros, todos lo han de hacer muchas veces: hay más, y menos de pensar en esto, como después diré. Al principio andan con pena, que no acaban de entender, que se arrepienten de los pecados; y si hacen, pues se determinan a servir a Dios tan de veras. Han de procurar tratar de la vida de Cristo, y cánsase el entendimiento en esto. Hasta aquí podemos adquirir nosotros, entiéndese con el favor de Dios, que sin éste, ya se sabe no podemos tener mi buen pensamiento. Esto es comenzar a sacar agua del pozo; y aun plega a vos la quiera tener, más al menos no queda por nosotros, que ya vamos a sacarla, y hacemos lo que podemos para regar estas flores; y es vos tan bueno, que cuando por lo que su Majestad sabe (por ventura para gran provecho nuestro) quiere que esté seco el pozo, haciendo lo que es en nosotros, como buenos hortelanos, sin agua sustenta las flores, y hace crecer las virtudes: llamo agua aquí las lágrimas, y aunque no las haya, la ternura, y sentimiento interior de devoción.

6. ¿Pues qué hará aquí el que ve, que en muchos días no hay sino sequedad, y disgusto, desabor, y tan mala gana para venir a sacar el agua, que si no se le acordase, que hace placer, y servicio al Señor de la huerta, y mirase a no perder todo lo servido, y aun lo que espera ganar del gran trabajo, que es echar muchas veces el caldero en el pozo, y sacarle sin agua, lo dejaría todo? Y muchas veces le acaecerá, aun para esto no se le alzar los brazos, ni podrá tener un buen pensamiento; que este obrar con el entendimiento, entendido va, que es el sacar agua del pozo. Pues como digo, ¿qué hará aquí el hortelano?, alegrarse, consolarse, y tener por grandísima merced de trabajar en huerto de tan gran Emperador pues sabe le contenta en aquello, y su intento no ha de ser contentarse a sí, sino a él, alábelo mucho, que hace del confianza, pues ve, que sin pagarle nada, tiene tan gran cuidado de lo que le encomendó; y ayúdele a llevar la cruz, y piense, que toda la vida vivió en ella, y no quiera acá su reino, ni deje jamás la oración; y así se determine, aunque por toda la vida le dure esta sequedad, no dejar a Cristo caer con la cruz: tiempo verná, que se lo pague por junto: no haya miedo que se pierda el trabajo, a buen amo sirve, mirándolo está, no haga caso de malos pensamientos; mire, que también los representaba el demonio a san Hierónimo en el desierto su precio se tienen estos trabajos, que como quien los pasó muchos años, que cuando una gota de agua sacaba deste bendito pozo, pensaba me hacía Dios merced. Sé que son grandísimos, y me parece, es menester más ánimo, que para otros muchos trabajos del mundo; más he visto claro, que no deja Dios sin gran premio, aun en esta vida; porque es así cierto, que con una hora de las que el Señor me ha dado de gusto de sí, después acá me parece quedan pagadas todas las congojas, que en sustentarme en la oración mucho tiempo pasé. Tengo para mí, que quiere el Señor dar muchas veces al principio, y otras a la postre estos tormentos, y otras muchas tentaciones, que se ofrecen, para probar a sus amadores, y saber si podrán beber el cáliz, y ayudarle a llevar la cruz, antes que ponga en ellos grandes tesoros: y para bien nuestro creo, nos quiere su Majestad llevar por aquí, para que entendamos bien lo poco que somos; porque son de tan gran dignidad las mercedes de después, que quiere por

experiencia veamos antes nuestra miseria, primero que nos las de; porque no nos acaezca lo que a Lucifer.

7. ¿Qué hacéis vos, Señor mío, que, no sea para mayor bien del alma, que entendéis que es ya vuestra, y que se pone en vuestro poder, para seguiros por donde fuéredes hasta muerte de cruz, y que está determinada ayudárosla a llevar, y a no dejaros solo con ella? Quien viere en sí esta determinación, no hay que temer: gente espiritual, no hay por qué se afligir puestos ya en tan alto grado, como es querer tratar a solas con Dios, y dejar los pasatiempos del mundo; lo más está hecho, alabad por ello a su Majestad, y fiad en su bondad, que nunca faltó a sus amigos: atapad os los ojos de pensar, ¿por qué da aquél de tan pocos días devoción, y a mí no de tantos años? Creamos, es todo para más bien nuestro; guíe su Majestad por donde quisiere; ya no somos nuestros, sino suyos: harta merced nos hace, en querer que queramos cavar en su huerto, y estarnos cabe el Señor dél, que cierto está con nosotros: si él quiere que crezcan estas plantas, y flores, a unos con dar agua que saquen deste pozo, a otros sin ella ¿qué se me da a mí? Haced vos, Señor, lo que quisiéredes, no os ofenda yo, no se pierdan las virtudes, si alguna me habéis ya dado, por sola vuestra bondad: padecer quiero, Señor, pues vos padecistes; cúmplase en mí de todas maneras vuestra voluntad; y no plega a vuestra Majestad, que cosa de tanto precio, como vuestro amor, se dé a gente que os sirva por gustos.

8. Hase de notar mucho, y dígolo, porque lo sé por experiencia que el alma que en este camino de oración mental comienza a caminar con determinación, y puede acabar consigo de no hacer mucho caso, ni consolarse, ni desconsolarse mucho, porque falten estos gustos, y ternura, o la dé el Señor, que tiene andado gran parte del camino: y no haya miedo de tornar atrás, aunque más tropiece, porque va comenzado el edificio en firme fundamento. Sí que no esta el amor de Dios en tener lágrimas, ni estos gustos, y ternura, que por la mayor parte lo deseamos consolándonos con ellos, sino en servir con justicia fortaleza de ánimo, y humildad. Recibir, más me parece a mí eso, que no dar nosotras nada. Para mujercitas como yo flacas, y con poca fortaleza, me parece a mí conviene: (como ahora lo hace Dios) llevarme con regalos; porque pueda sufrir algunos trabajos, que ha querido su Majestad tenga: más para siervos de Dios, hombres de tomo, de letras, y entendimiento, que veo hacer tanto caso de que Dios no les da devoción, que me hace disgusto oírlos. No digo yo, que no la tomen, si Dios se la da, y la tengan en mucho, porque entonces verá Majestad no la da, y anden señores de sí mismos. Crean, que es falta, yo lo he probado, y visto. Crean, que es imperfección, y no andar con libertad de espíritu, sino flacos para acometer.

9. Esto no lo digo tanto por los que comienzan, aunque pongo tanto en ello, porque les importa mucho, comenzar con esta libertad, y determinación; sino por otros, que habrá muchos, que lo ha que comenzaron, y nunca acaban de acabar; y creo es gran parte este no abrazar la cruz desde el principio. Que andarán afligidos, pareciéndoles no hacen nada, en dejando de obrar el entendimiento, no lo pueden sufrir; y por ventura entonces engorda la voluntad, y toma fuerzas, y no lo entienden ellos. Hemos de pensar, que no mira el Señor en estas cosas, que aunque a nosotros nos parecen faltas, no lo son; y a sabe su Majestad nuestra

miseria, bajo natural, mejor que nosotros mismos; y sabe, que ya estas almas desean siempre pensar en él, y amarle. Esta determinación es la que quiere: estotro afligimiento que nos damos, no sirve de más de inquietar el alma, y si había de estar inhábil para aprovechar una hora, que lo esté cuatro. Porque muy muchas veces (yo tengo grandísima experiencia dello, y sé que es verdad, porque lo he mirado con cuidado, y tratado después a personas espirituales) que viene de indisposición corporal, que somos tan miserables, que participa esta encarceladita desta pobre alma de las miserias del cuerpo, y las mudanzas de los tiempos; y las vueltas de los humores muchas veces hacen, que sin culpa suya, no pueda hacer lo que quiere, sino que padezca de todas maneras; y mientras más la quieren forzar en estos tiempos, es peor, y dura más el mal; sino que haya discreción, para ver cuándo es desto, y no la ahoguen a la pobre: entiendan son enfermos: múdese la hora de la oración, y hartas veces será algunos días. Pasen como pudieren este destierro, que harta mala ventura es de un alma que ama a Dios, ver que vive en esta miseria, y que no puede lo que quiere, por tener tan mal huésped como es este cuerpo. Dije, con discreción, porque alguna vez el demonio lo hará; y así es bien, ni siempre dejar la oración cuando hay gran distraimiento, y turbación en el entendimiento ni siempre atormentar el alma a lo que no puede: otras cosas hay exteriores de obras de caridad, y de lección, aunque a veces aun no estará para esto, sirva entonces el cuerpo por amor de Dios; porque otras veces muchas sirva él al alma, y tome algunos pasatiempos santos de conversaciones, que lo sean, o irse al campo, como aconsejare el confesor; y en todo es gran cosa la experiencia, que da a entender lo que nos conviene, y en todo se sirve Dios: suave es su yugo, y es gran negocio no traer el alma arrastrada, como dicen, sino llevarla con suavidad, para su aprovechamiento. Ansí que torno a avisar, y aunque lo diga muchas veces no va nada; que importa mucho, que de sequedades, ni de inquietud, y distraimiento en los pensamientos, nadie se apriete, ni aflija, si quiere ganar libertad de espíritu, y no andar siempre atribulado; comience a no se espantar de la cruz, y verá como se la ayuda también a llevar el Señor, y con el contento que anda, y el provecho que saca de todo; porque ya se ve, que si el pozo no mana, que nosotros no podemos poner el agua. Verdad es, que no hemos de estar descuidados, para cuando la haya sacarla; porque entonces ya quiere Dios por este medio multiplicar las virtudes.

Capítulo XII

Prosigue en este primer estado; dice hasta dónde podemos llegar con el favor de Dios por nosotros mismos, y el daño que es querer, hasta que el Señor haga subir el espíritu a cosas sobrenaturales, y extraordinarias

1. Lo que he pretendido dar a entender en este capítulo pasado, aunque me he divertido mucho en otras cosas, por parecerme muy necesarias, es decir, hasta lo que podemos nosotros adquirir, y como en esta primera devoción podemos nosotros ayudarnos algo; porque es pensar, y escudriñar lo que el Señor pasó por nosotros, muévenos a compasión, y es sabrosa esta pena, y las lágrimas, que proceden de aquí; y de pensar la gloria que esperamos, y el amor que el Señor nos tuvo, su resurrección, muévenos a

gozo, que ni es del todo espiritual, ni sensual; sino gozo virtuoso, y la pena muy meritoria. Desta manera son todas las cosas, que causan devoción adquirida con el entendimiento en parte, aunque no podida merecer, ni ganar, si no la da Dios. Estale muy bien a un alma, que no la ha subido de aquí, no procurar subir ella: y nótese esto mucho, porque no lo aprovechará más de perder. Puede en este estado hacer muchos actos para determinarse a hacer mucho por Dios, y despertar el amor: otros para ayudar a crecer las virtudes, conforme a lo que dice un libro llamado Arte de servir a Dios, que es muy bueno, y apropiado, para los que están en este estado, porque obra el entendimiento, puede representarse delante de Cristo, y acostumbrarse a enamorarse mucho de su sagrada humanidad, y traerle siempre consigo, y hablar con él, pedirle para sus necesidades, y quejarse de sus trabajos, alegrarse con él en sus contentos, y no olvidarles por ellos, sin procurar oraciones compuestas, sino palabras conforme a sus deseos, y necesidades. Es excelente manera de aprovechar, y muy en breve; y quien trabajare a traer consigo esta preciosa compañía, y se aprovechara mucho della, y de veras cobrare amor a este Señor, a quien tanto debemos, yo le doy por aprovechado. Para esto no se nos ha de dar nada de no tener devoción, como tengo, dicho, sino agradecer al Señor, que nos deja andar deseosos de contentarle, aunque sean flacas las obras. Este modo de traer a Cristo con nosotros aprovecha en todos estados, y es un medio segurísimo, para ir aprovechando en el primero, y llegar en breve al segundo grado de oración; y para los postreros andar seguros de los peligros, que el demonio puede poner.

2. Pues esto es lo que podemos: quien quisiere pasar de aquí, y levantar el espíritu a sentir gustos, que no se los dan, es perder lo uno, y lo otro, a mi parecer: porque es sobrenatural, y perdido el entendimiento, quedase el alma desierta, y con mucha sequedad; y como este edificio todo va fundado en humildad, mientras más llegados a Dios, más adelante, ha de ir esta virtud; y si no va todo perdido: y parece algún género de soberbia, querer nosotros subir a más, pues Dios hace demasiado, según somos, en allegarnos cerca de sí. No se ha de entender, que digo esto por el subir con el pensamiento a pensar cosas altas del cielo, o de Dios, y las grandezas que allá hay, y su gran sabiduría; porque aunque yo nunca lo hice (que no tenía habilidad, como fue dicho, y me hallaba tan ruin, que aun para pensar cosas de la tierra, me hacía Dios merced, de que entendiése esta verdad, que no era poco atrevimiento, cuanto más para las del cielo) otras personas se aprovecharán, en especial si tienen letras, que es un grande tesoro para este ejercicio, a mi parecer, si son con humildad. De unos días acá lo he visto por algunos letrados, que ha poco que comenzaron, y han aprovechado muy mucho; y esto me hace tener grandes ansias, porque muchos friesen espirituales, como adelante diré.

3. Pues lo que digo, no se suban sin que Dios los suba, es lenguaje, de espíritu; entenderme ha quien tuviere, alguna experiencia, que yo no lo sé decir, si por aquí no se entiende. En la mística teología, que comencé a decir, pierde de obrar el entendimiento, porque le suspende Dios(6), como después declararé más, si supiere, y él me diere(7) para ello su favor. Presumir, ni pensar de suspenderle nosotros, es lo que digo no se haga, ni se deje de obrar con él; porque nos quedaremos bobos, y fríos, y ni haremos lo uno, ni lo otro. Que cuando el Señor le suspende, y hace

parar, dale de que se espante, y se ocupe; y que sin discurrir entienda más en un credo, que nosotros podemos entender con todas nuestras diligencias de tierra en muchos años. Ocupar las potencias del ánimo, y pensar hacerlas estar quedas, es desatino y torno a decir, que aunque no se entiende, es de no gran humildad aunque no con culpa, con pena sí, que será trabajo perdido, y queda el alma con un disgustillo(8), como quien va a saltar, y le asen por detrás que ya parece ha empleado su fuerza, y hallase sin efectuar, lo que con ella quería hacer; y en la poca ganancia que queda, verá quien lo quisiere mirar, este poquillo de falta de humildad, que de dicho; porque esto tiene excelente esta virtud, que no hay obra a quien ella acompañe, que deje el alma disgustada. Paréceme lo he dado a entender, y por ventura será solo para mí: abra el Señor los ojos de los que lo leyeren con experiencia, que por poca que sea, luego lo entenderán.

4. Hartos años estuve yo, que leía muchas, cosas, y no entendía nada dellas; y mucho tiempo, que aunque me lo daba Dios, palabra no sabía decir, para darlo a entender, que no me ha costado esto poco trabajo: cuando su Majestad quiere, en un punto lo enseña todo, de manera que yo me espanto. Una cosa puedo decir con verdad, que aunque hablaba con muchas personas espirituales, que querían darme a entender, lo que el Señor me daba, para que se lo supiese decir; y es cierto, que era tanta mi torpeza, que poco ni mucho me aprovechaba; o quería el Señor (como su Majestad fue siempre mi maestro, sea por todo bendito, que harta confusión es para mí, poder decir esto con verdad) que no tuviese a nadie que agradecer: y sin querer, impedirlo (que en esto no he sido nada curiosa, porque fuera virtud serlo, sino en otras vanidades) dármelo Dios en un punto a entender con toda claridad, y para saberlo decir; de manera, que se espantaban, y yo más que mis confesores, porque entendía mejor mi torpeza. Esto ha poco, y ansí lo que el Señor no me ha enseñado, no lo procuro, sino es lo que toca a mi conciencia.

5. Torno otra vez a avisar, que va mucho en no subir el espíritu, si el Señor no le subiere; que cosa es, se entiende luego: en especial para mujeres es malo, que podrá el demonio causar alguna ilusión, aunque tengo por cierto, no consiente el Señor dañe, a quien con humildad se procura llegar a él, antes sacará más provecho, y ganancia, por donde el demonio le pensare hacer perder. Por ser este camino de los primeros más usado, e importar mucho los avisos que he dado, me he alargado tanto, y habranlos escrito en otras partes muy mejor, yo lo confieso, y que con harta confusión, y vergüenza lo he escrito, aunque no tanta como había de tener. Sea el Señor bendito por todo, que a una como yo quiere, y consiente, que hable en cosas suyas, tales, y tan subidas.

Capítulo XIII

Prosigue en este primer estado, y pone avisos para algunas tentaciones, que el demonio suele poner algunas veces, y da avisos para ellas; es muy provechoso

1. Hame parecido decir algunas tentaciones que he visto, que se tienen a los principios (y algunas he tenido yo) y dar algunos avisos de

cosas que me parecen necesarias. Pues procúrese a los principios andar con alegría, y libertad; que hay algunas personas que parece se les ha de ir la devoción, si se descuidan un poco. Bien es andar con temor de sí, para no se fiar poco ni mucho de ponerse en ocasión, donde suele ofender a Dios, que esto es muy necesario, hasta estar ya muy entero en la virtud. Y no hay muchos que lo puedan gestar tanto, que en ocasiones aparejadas a su natural fe puedan descuidar. Que siempre mientras vivimos, aun por humildad, es bien conocer nuestra miserable naturaleza; más hay muchas cosas a donde se sufre (como he dicho) tornar recreación, aun para tornar a la oración más fuertes. En todo es menester discreción. Tener gran confianza, porque conviene mucho no apocar los deseos, sino creer de Dios, que si nos esforzamos poco a poco, aunque no sea luego, podremos llegar a lo que muchos santos con su favor; que si ellos nunca se determinaran a desearlo, y poco a poco a ponerlo por obra, no subieran a tan alto estado. Quiere su Majestad, y es amigo de ánimas animosas, como vayan con humildad, y ninguna confianza de sí no he visto ninguna destas, que quede baja en este camino, y ningún alma cobarde, aun con amparo de humildad, que en muchos años ande lo que estos otros es muy pocos. Espántame lo mucho que hace este camino, animarse a grandes cosas, aunque luego no tenga fuerzas, el alma da un vuelo, y llega a mucho, aunque como avecita, que tiene pelo malo, cansa, y queda.

2. Otro tiempo traía yo delante muchas veces, lo que dice san Pablo, que todo se puede en Dios: en mi bien entendía no podía nada. Esto me aprovechó mucho, y lo que dice san Agustín: Dame Señor lo que me mandas, y manda lo que quisieres. Pensaba muchas veces, que no había perdido nada san Pedro en arrojarse en la mar, aunque después temió. Estas primeras determinaciones son gran cosa, aunque en este primero estado es menester irse más deteniendo, y atados a la discreción, y parecer de maestro; más han de mirar, que sea tal, que no los enseñe a ser sapos, ni que se contente con que se muestre el alma a solo cazar lagartijas. Siempre la humildad delante, para entender que no han de venir estas fuerzas de las nuestras.

3. Mas es menester entendamos, cómo ha de ser esta humildad; porque creo el demonio hace mucho daño, para no ir muy adelante gente que tiene oración, con hacerlos entender mal de la humildad, haciendo que nos parezca soberbia tener grandes deseos, y querer imitar a los santos, y desear ser mártires. Luego nos dice, o hace entender, que las cosas de los santos son para admirar, más no para hacerlas los que somos pecadores. Esto también lo digo yo, más hemos de mirar cuál es de espantar, y cuál de imitar; porque no sería bien, si una persona flaca, y enferma, se pusiese en muchos ayunos, y penitencias ásperas, yéndose a un desierto, a donde ni pudiese dormir, ni tuviese que comer, o cosas semejantes.

4. Mas pensar que nos podemos esforzar, con el favor de Dios, a tener un gran desprecio de mundo, un no estimar honra, un no estar atado a la hacienda. Que tenemos unos corazones tan apretados, que parece nos ha de faltar la tierra, en queriéndonos descuidar un poco del cuerpo, y dar al espíritu. Luego parece ayuda al recogimiento, tener muy bien lo que es menester, porque los cuidados inquietan a la oración. Desto me pesa a mí, que tengamos tan poca confianza de Dios, y tanto amor propio, que nos inquieto ese cuidado. Y es ansí, que a donde está tan poco medrado el

espíritu como esto, unas naderías nos dan tan gran trabajo, como a otros cosas grandes, y de mucho tomo; y en nuestro seso presumimos de espirituales. Parece ahora a mí esta manera de caminar, un querer concertar cuerpo, y alma, para no perder acá el descanso, y gozar allá de Dios; y así será ello si se anda en justicia, y vamos asidos a virtud, más es paso de gallina, nunca con él se llegará a libertad de espíritu. Manera de proceder muy buena me parece para estado de casados, que han de ir conforme a su llamamiento; más para otro estado, en ninguna manera deseo tal manera de aprovechar, ni me harán creer es buena, porque la he probado. Y siempre me estuviera así, si el Señor por su bondad no me enseñara otro atajo.

5. Aunque en esto de deseos siempre los tuve grandes; más procuraba esto que he dicho, tener oración, más vivir a mi placer. Creo, si hubiera quien me sacara a volar más, me hubiera puesto en que estos deseos fueran con obra: más hay por nuestros pecados, tan pocos, tan contados, que no tengan discreción demasiada en este caso, que creo es harta causa, para que los que comienzan, no vayan más(9) presto a gran perfección; porque el Señor nunca falta, ni queda por él, nosotros somos los faltos, y miserables.

6. También se pueden imitar los santos en procurar soledad, y silencio, otras muchas virtudes, que no nos matarán estos negros cuerpos, que tan concertadamente se quieren llevar, para desconcertar el alma; y el demonio ayuda mucho a hacerlos inhábiles, cuando ve un poco de temor. No quiere él más para hacernos entender, que todo nos ha de matar, y quitar la salud: hasta en tener lágrimas, nos hace temer de cegar. He pasado por esto, y por eso lo sé; y no sé yo que mejor vista, ni salud podemos desear, que perderla por tal causa. Como soy tan enferma, hasta que me determiné en no hacer caso del cuerpo, ni de la salud, siempre estuve atada, sin valer nada; y ahora hago bien poco. Mas como quiso Dios entendiéndose este ardid del demonio, y como me ponía delante el perder la salud, decía yo: poco va en que me muera: sí, el descanso: no he ya menester descanso, sino cruz. Así otras cosas. Vi claro, que en muy muchas, aunque yo de hecho soy hartamente enferma, que era tentación del demonio, o flojedad mía; que después que no estoy tan mirada, y regalada, tengo mucha más salud. Así que va mucho a los principios de comenzar oración, a no amilanar los pensamientos: y créanme esto, porque lo tengo por experiencia. Y para que escarmienten en mí, aun podría aprovechar decir éstas mis faltas.

7. Otra tentación es luego muy ordinaria, que es, desear que todos sean muy espirituales, como comienzan a gustar del sosiego, y ganancia que es a desearlo no es malo, el procurarlo podría ser no bueno, sino hay mucha discreción, y disimulación en hacerse de manera, que no parezca enseñan; porque quien hubiere de hacer algún provecho en este caso, es menester que tenga las virtudes muy fuertes, para que no dé tentación a los otros. Acaeciome a mí, y por eso lo entiendo, cuando (como he dicho) procuraba, que otras tuviesen oración, que como por una parte me veían hablar grandes cosas del gran bien que era tener oración, y por otra parte me veían con gran pobreza de virtudes, tenerla yo, traíalas tentadas, y desatinadas y con harta razón, que después que lo han venido a decir; porque no sabían, cómo se podía compadecer lo que con lo otro: y era causa

de no tener por malo lo que de suyo lo era, por ver que lo hacía yo algunas veces, cuando les parecía de mí. Y esto hace el demonio, que parece se ayuda de las virtudes que tenemos buenas, para autorizar en lo que puede el mal que pretende, que por poco que sea, cuando es en una comunidad, debe ganar mucho: cuanto más, que lo que yo hacía malo, era muy mucho, y así en muchos años, solas tres se aprovecharon de lo que les decía; y después que el Señor me había dado más fuerzas en la virtud, se aprovecharon en dos o tres años muchas, como después diré. Y sin esto hay otro gran inconveniente, que es perder el alma; porque lo más que hemos de procurar al principio, es solo tener cuidado de sí sola, y hacer cuenta, que no hay en la tierra, sino Dios, y ella; y esto es lo que le conviene mucho.

8. Da otra tentación, y todas van con un celo de virtud (que es menester entenderse, y andar con cuidado) de pena de los pecados, y faltas que ven en los otros. Pone el demonio, que es sola pena de querer que no ofendan a Dios, y pesarle por su honra, y luego querrían remediarlo, e inquieta esto tanto, que impide la oración; y el mayor daño es pensar, que es virtud, y perfección, y gran celo de Dios. Dejo las penas que dan pecados públicos (si los hubiese en costumbre de una congregación, o daños de la Iglesia) destas herejías a donde vemos perder tantas almas, que esta es muy buena, y como lo es buena, no inquieta. Pues lo seguro será del alma que tuviere oración, descuidarse de todo, y de todos, y tener cuenta consigo, y contentar a Dios. Esto conviene muy mucho, porque si hubiese de decir los yerros, que de visto suceder, fiando en la buena intención, nunca acabaría. Pues procuremos siempre mirar las virtudes, y cosas buenas que viéremos en los otros, y atapar sus defectos con nuestros grandes pecados. Es una manera de obrar, que aunque luego no se haga con perfección, se viene a ganar una gran virtud, que es tener a todos por mejores que nosotros, y comiézase a ganar por aquí, con el favor de Dios, (que es menester en todo, y cuando falta, excusadas son las diligencias) y suplicarle nos dé esta virtud, que con las que hagamos, no falta a nadie. Miren también este aviso los que discurren mucho con el entendimiento, sacando muchas cosas de una cosa, y muchos conceptos: (que de los que no pueden obrar con él, como yo hacía, no hay que avisar, sino que tengan paciencia, hasta que el Señor les dé en qué se ocupen, y luz, pues ellos pueden tan poco por sí, que antes los embaraza su entendimiento, que los ayuda).

9. Pues tornando a los que discurren, digo, que no se les vaya el tiempo en esto; porque aunque es muy meritorio, no les parece, como es oración sabrosa, que ha de haber día de domingo, ni rato que no sea trabajar. Luego les parece es perdido el tiempo, y tengo yo por muy ganada esta pérdida; sino que, como he dicho, se representen delante de Cristo, y sin cansancio del entendimiento se estén hablando, y regalando con él, sin cansarse en componer razones, sino presentar necesidades, y la razón que tiene para no nos sufrir allí. Lo uno un tiempo, lo otro otro, porque no se canse el alma de comer siempre un manjar. Éstos son muy gustosos, y provechosos: si el gusto se usa a comer dellos, traen consigo gran sustentamiento para dar vida al alma, y muchas ganancias.

10. Quiéreme declarar más, porque estas cosas de oración todas son dificultosas, y si no se halla maestro, muy malas de entender: y esto

hace, que aunque quisiera abreviar, y bastaba para el entendimiento bueno, de quien me mandó escribir estas cosas de oración, solo tocarlas; mi torpeza no da lugar a decir, y a dar a entender en pocas palabras cosa que tanto importa de declararla bien. Que como yo pasé tanto, he lástima a los que comienzan con solos libros, que es cosa extraña cuan diferentemente se entiende, de lo que después de experimentado se ve. Pues tornando a lo que decía, portémonos a pensar un paso de la Pasión, digamos el de cuando estaba el Señora la columna, anda el entendimiento buscando las causas, que allí dan a entender los dolores grandes, y pena que su Majestad ternía en aquella soledad, y otras muchas cosas, que si el entendimiento es obrador, podrá sacar de aquí; o que si es letrado, es el modo de oración en que han de comenzar, y de mediar, y acabar todos, y muy excelente, y seguro camino, hasta que el Señor los lleve a otras cosas sobrenaturales. Digo todos, porque hay muchas almas que aprovechan más en otras meditaciones, que en la de la Sagrada Pasión. Que así como hay muchas moradas en el cielo, hay muchos caminos. Algunas personas aprovechan considerándose en el infierno, y otras en el cielo, y se afligen en pensar en el infierno; otras en la muerte: algunas si son tiernas de corazón, se fatigan mucho de pensar siempre en la Pasión, y se regalan, y aprovechan en mirar el poder, y grandeza de Dios en las criaturas, y el amor que nos tuvo, que en todas las cosas se representa: y es admirable manera de proceder, no dejando muchas veces la Pasión, y vida de Cristo, que es de donde nos ha venido, y viene todo el bien.

11. Ha menester aviso el que comienza, para mirar en lo que aprovecha más. Para esto es muy necesario el maestro, si es experimentado, que si no, mucho puede errar, y traer un alma sin entenderla, ni dejarla a sí misma entender; porque como sabe, que es gran mérito estar sujeta a maestro, no osa salir de lo que se le manda. Yo he topado almas acorraladas, y afligidas, por no tener experiencia quien las enseñaba, que me hacían lástima, y alguna que no sabía ya qué hacer de sí; porque no entendiendo el espíritu, afligen alma, y cuerpo, y estorban el aprovechamiento. Una trató conmigo, que la tenía el maestro atada ocho años había, a que no la dejaba salir de propio conocimiento. Y tenía ya el Señor en oración de quietud, y así pasaba mucho trabajo. Y aunque esto del conocimiento propio jamás se ha de dejar, ni hay alma en este camino tan gigante, que no haya menester muchas veces tornar a ser niño, y a mamar: y esto jamás se olvide, que quizá lo diré más veces, porque importa mucho; porque no hay estado de oración tan subido, que muchas veces no sea necesario tornar al principio. Y esto de los pecados, y conocimiento propio es el pan con que todos los manjares se han de comer por delicados que sean en este camino de oración, y sin este pan no se podrían sustentar: mas hase de comer con tasa, que después que un alma se ve ya rendida, y entiende claro no tiene cosa buena de sí, y se ve avergonzada delante de tan gran Rey, y ve lo poco que le paga, para lo mucho que le debe, ¿qué necesidad hay degastar el tiempo aquí, sino irnos a otras cosas, que el Señor pone delante, y no es razón las dejemos?, que su Majestad sabe mejor que nosotros, de lo que nos conviene comer.

12. Así que importa mucho ser el maestro avisado, digo de buen entendimiento, y que tenga experiencia, si con esto tiene letras, es de grandísimo negocio; mas si no se pueden hallar estas tres cosas juntas,

las dos primeras importan más, porque letrados pueden procurar para comunicarse con ellos, cuando tuvieren necesidad. Digo que a los principios, sino tienen oración, aprovechan poco letras. No digo, que no traten con letrados, porque espíritu que no vaya comenzado en verdad, yo más le querría sin oración, y es gran cosa letras, porque estas nos enseñan a los que poco sabemos, y nos dan luz; y llegados a verdades de la Sagrada Escritura, hacemos lo que debemos: de devociones a bobas(10) nos libre Dios. Quiérome declarar más, que creo me meto en muchas cosas. Siempre tuve esta falta, de no me saber dar a entender (como he dicho) sino a costa de muchas palabras. Comienza una monja a tener oración, si un simple la gobierna, y se le antoja, harale entender, que es mejor que le obedezca a él, que no a su superior, y sin malicia suya, sino pensando acierta. Porque si no es de religión, parecer le ha, es así: y si es mujer casada, dirala, que es mejor cuando ha de entender en su casa, estarse en oración, aunque descontente, a su marido: así que no sabe ordenar el tiempo, ni las cosas, para que vayan conforme a verdad; por faltarle a él la luz, no la da a los otros, aunque quiera. Y aunque, para esto parece no son menester letras: mi opinión ha sido siempre, y será, que cualquiera cristiano procure tratar con quien las tenga buenas, si se puede, y mientras más mejor: y los que van por camino de oración, tienen desto mayor necesidad, y mientras más espirituales, más. Y no se engañen con decir, que letrados sin oración, no son para quien la tiene: yo he tratado hartos, porque de unos años acá lo he más procurado con la mayor necesidad, y siempre fui amiga dellos, que aunque algunos no tienen experiencia, no aborrecen el espíritu, ni le ignoran; porque en la Sagrada Escritura que tratan, siempre hallan la verdad del buen espíritu. Tengo para mí, que persona de oración, que trate con letrados, si ella no se quiere engañar, no la engañará el demonio con ilusiones, porque creo temen en gran manera las letras humildes, y virtuosas, y saben serán descubiertos, y saldrán con pérdida.

13. He dicho esto, porque hay opiniones de que no son letrados para gente de oración, si no tienen espíritu. Ya dijo, es menester espiritual maestro; más si éste no es letrado, gran inconveniente es. Y será mucha ayuda tratar con ellos, como sean virtuosos; aunque no tengan espíritu, me aprovechará, y Dios le dará a entender lo que ha de enseñar, y aun le hará espiritual, para que nos aproveche; y esto no lo digo sin haberlo probado, y acaecíome a mí con más de dos. Digo, que para rendirse un alma del todo a estar sujeta a solo un maestro, que yerra mucho, en no procurar que sea tal, si es religioso, pues ha de estar sujeto a su prelado, que por ventura le faltarán todas tres cosas, que no será pequeña cruz, sin que él de su voluntad sujete su entendimiento, a quien no lo tenga bueno. Al menos esto no lo he yo podido acabar conmigo, ni me parece conviene. Pues si es seglar alabe a Dios, que puede escoger a quien ha de estar sujeto, y no pierda esta tan virtuosa libertad antes esté sin ninguno hasta hallarle, que el Señor se le dará, como vaya fundado todo en humildad, y con deseo de acertar. Yo le alabo mucho, y las mujeres y los que no saben letras, le habíamos siempre de dar infinitas gracias; porque haya quien con tantos trabajos hayan alcanzado la verdad, que los ignorantes ignoramos. Espántame muchas veces letrados (religiosos en especial) con el trabajo que han ganado, lo que sin ninguno, más de preguntarlo, me

aprovecha a mí: ¡y que haya personas que no quieran aprovecharse desto! No plega a Dios. Véolos sujetos a los trabajos de la religión, que son grandes, con penitencias, y mal comer, sujetos a la obediencia (que algunas veces me es gran confusión cierto) con esto mal dormir, todo trabajo, todo cruz; paréceme sería gran mal, que tanto bien ninguno por su culpa lo pierda. Y podrá ser, que pensemos algunos, que estamos libres destos trabajos, y nos lo dan guisado (como dicen) y viviendo a nuestro placer; que por tener un poco de más oración, nos hemos de aventajar a tantos trabajos. Bendito seáis vos, Señor, que tan inhábil, y sin provecho me hicistes; mas aláboos muy mucho, porque despertáis a tantos que nos despierten. Había de ser muy continua nuestra oración, por estos que nos dan luz. Qué seríamos sin ellos, entre tan grandes tempestades, como ahora tiene la Iglesia? Y si algunos ha habido ruines, más resplandecerán los buenos. Plega al Señor los tenga de su mano, y los ayude, para que nos ayuden. Amén.

14. Mucho he salido del propósito de lo que comencé a decir; más todo es propósito para los que comienzan, que comiencen camino tan alto, de manera que vayan puestos en verdadero camino. Pues tornando a lo que decía, de pensar a Cristo a la columna, es bueno discurrir un rato, y pensar las penas que allí tuvo, y por qué las tuvo, y quién es el que las tuvo, y el amor con que las pasó; más que no se canse siempre en andar a buscar esto, sino que se esté allí con él, acallado el entendimiento. Si pudiere, ocuparle en que mire que le mira, y le acompañe, y pida; humíllese, y regálase con él, y acuérdesse que no merecía estar allí. Cuando pudiere hacer esto, aunque sea al principio de comenzar la oración, hallará grande provecho, y hace muchos provechos esta manera de oración; al menos hallole mi alma. No sé si acierto a decirlo. Vuesa merced lo verá: plega al Señor acierte a contentarle siempre. Amén.

Capítulo XIV

Comienza a declarar el segundo grado de oración, que es ya dar al señor al alma a sentir gustos más particulares. Decláralo para dar a entender cómo son ya sobrenaturales. Es harto de notar

1. Pues ya queda dicho con el trabajo que se riega este vergel, y cuán a fuerza de brazos, sacando el agua del pozo; digamos ahora el segundo modo de sacar el agua, que el Señor del huerto ordenó, para que con artificio de un torno, y arcaduces, sacase el hortelano más agua, y a menos trabajo, y pudiese descansar sin estar continuo trabajando. Pues este modo aplicado a la oración, que llaman de quietud, es lo que yo ahora quiero tratar. Aquí se comienza a recoger el alma, toca ya aquí cosa sobrenatural, porque en ninguna manera ella puede ganar aquello, por diligencias que haga. Verdad es, que parece que algún tiempo se ha cansado en andar el torno, y trabajar con el entendimiento, e hinchídose los arcaduces; más aquí está el agua más alta, y ansí se trabaja muy menos, que en sacarla del pozo: digo que está más cerca el agua, porque la gracia dáse más claramente a conocer al alma. Esto es un recogerse las potencias dentro de sí, para gozar de aquel contento con más gusto, mas no se pierden, ni se duermen; sola la voluntad se ocupa de manera, que sin saber

cómo se cautiva, solo da consentimiento, para que la encarcele Dios, como quien bien sabe ser cautivo de quien ama. ¡Oh Jesús, y Señor mío, qué nos vale aquí vuestro amor; porque éste tiene el nuestro tan atado, que no deja libertad para amar en aquel punto a otra cosa, sino a vos!

2. Las otras dos potencias ayudan a la voluntad, para que vaya haciéndose hábil, para gozar de tanto bien; puesto que algunas veces, aun estando unida la voluntad, acaece desayudar harto; mas entonces no haga caso dellas, sino estese en su gozo, y quietud. Porque si las quiere recoger, ella, y ellas se perderán, que son entonces como unas palomas, que no se contentan con el cebo que les da el dueño del palomar, sin trabajarlas ellas, y van a buscar de comer por otras partes, y hállanlo tan mal que se tornan; y ansí van, y vienen, a ver si les da la voluntad de lo que goza. Si el señor quiere echarles cebo, detiéndense, y si no tórnanle a buscar; y deben pensar, que hacen a la voluntad provecho, y a las veces en querer la memoria, o imaginación representarla lo que goza, la daña. Pues tenga aviso de haberse con ellas, como diré. Pues todo esto que pasa aquí, es con grandísimo consuelo, y con tan poco trabajo, que no cansa la oración, aunque dure mucho rato; porque el entendimiento obra aquí muy paso a paso, y saca muy mucha más agua, que no sacaba del pozo: las lágrimas que vos aquí da, ya van con gozo; aunque se sienten, no se procuran.

3. Esta agua de grandes bienes, y mercedes que el Señor da aquí, hace crecer las virtudes muy más sin comparación, que en la oración pasada; porque se va ya esta alma subiendo de su miseria, y dásele ya un poco de noticia de los gustos de la gloria. Esto creo la hace más crecer, también llegar más cerca de la verdadera virtud, de donde todas las virtudes vienen, que es Dios; porque comienza su Majestad a comunicarse a esta alma, y quiere que sienta ella cómo se le comunica. Comiéndase luego en llegando aquí, a perder la codicia de lo de acá, y pocas gracias; porque ve claro, que un momento de aquel gusto no se puede haber acá, ni hay riquezas, ni señoríos, ni honras, ni deleites, que basten a dar un cierra ojo, y abre deste contentamiento, porque es verdadero, y contento que se ve, que nos contenta; porque los de acá, por maravilla me parece entendemos a donde está este contento, porque nunca falta un sí, no: aquí todo es, sí, en aquel tiempo; el no, viene después, por ver que se acabó, y que no lo puede tornar a cobrar, ni sabe cómo; porque si se hace pedazos a penitencias, y oración, y todas las demás cosas, si del Señor no lo quiere dar, aprovecha poco. Quiere Dios por su grandeza, que entienda esta alma, que está su Majestad tan cerca della, que ya no ha menester enviarle mensajeros, sino hablar ella mesma con él, y no a voces, porque está ya tan cerca, que en meneando los labios la entienden.

4. Parece impertinente, decir esto, pues sabemos que siempre nos entiende Dios, y está con nosotros. En esto no hay que dudar, que es ansí; mas quiere este Emperador, Señor nuestro, que entendamos aquí, que nos entiende, y lo que hace su presencia, y que quiere, particularmente comenzar a obrar en el alma en la gran satisfacción interior, y exterior, que le da y en la diferencia, que (como de dicho) hay deste(11) deleite, y contento a los de acá, que parece, hinche el vacío, que por nuestros pecados teníamos hecho en el alma. Es en lo muy íntimo della esta satisfacción, y no sabe por dónde, ni cómo le vino, ni muchas veces sabe

qué hacer, ni qué pedir. Todo parece lo halla junto, y no sabe lo que ha hallado, ni aun yo sé como darlo a entender; porque para hartas cosas eran menester letras; porque aquí viniera bien dar a entender, qué es auxilio general, o particular, que hay muchos que lo ignoran: y como este particular quiere el Señor aquí, que casi le vea el alma por vista de ojos (como dicen) y también para muchas cosas, que irán erradas: mas como lo han de ver personas que entiendan si hay yerro, voy descuidada; porque, así de letras como de espíritu sé que lo puedo estar, yendo a poder de quien va, que entenderán, y quitarán lo que fuere mal. Pues querría dar a entender esto, porque son principios, y cuando el Señor comienza a hacer estas mercedes, la mesma alma no las entiende, ni sabe qué hacer de sí. Porque si la lleva Dios por camino de temor, como hizo a mí, es gran trabajo, si no hay quien le entienda, y esla gran gusto verse pintada, y entonces ve claro va por allí. Y es gran bien saber lo que ha de hacer, para ir aprovechando en cualquier estado destes; porque he yo pasado mucho, y perdido harto tiempo, por no saber qué hacer: y he gran lástima a almas, que se ven solas cuando llegan aquí; porque aunque he leído muchos libros espirituales, aunque tocan en lo que hace al caso, decláranse muy poco: y si no es alma muy ejercitada, aun declarándose mucho, terná harto que hacer en entenderse.

5. Querría mucho el Señor me favoreciese, para poner los efectos que obran en el alma estas cosas (que ya comienzan a ser sobrenaturales) para que se entienda por los efectos, cuando es espíritu de Dios. Digo se entienda conforme a lo que acá se puede entender, aunque siempre es bien andemos con temor, y recato; que aunque sea de Dios, alguna vez podrá transfigurarse el demonio en ángel de luz: y si no es alma muy ejercitada, no lo entenderá; y tan ejercitada, que para entender esto, es menester llegar muy a la cumbre de la oración. Ayúdame poco, el poco tiempo que tengo, y así ha menester su Majestad hacerlo, porque he de andar con la comunidad, y con otras hartas ocupaciones (como estoy en casa, que ahora se comienza, como después se verá) y así es muy sin tener asiento lo que escribo, sino a pocos a pocos, y este quisiérate, porque cuando el Señor da espíritu, pónese con facilidad, y mejor. Parece como quien tiene un dechado delante, que está sacando aquella labor; más si el espíritu falta, no hay más concertar este lenguaje, que si fuese algarabía, a manera de decir, aunque hayan muchos años pasado en oración. Y así me parece, es grandísima ventaja, cuando lo escribo estar en ella, porque veo claro, no soy yo quien lo dice, que ni lo ordeno con el entendimiento, ni sé después como lo acerté a decir: esto me acaece muchas veces.

6. Ahora tornemos a nuestra huerta, o vergel, y veamos cómo comienzan estos árboles a empreñarse para florecer, y dar después fruto; y las flores, y los claveles lo mesmo para dar olor. Regálame esta comparación, porque muchas veces en mis principios (y plega al Señor, haya yo ahora comenzado a servir a su Majestad) digo, principio de lo que diré de aquí adelante de mi vida, me era gran deleite, considerar ser mi alma un huerto, y al Señor que se paseaba en él. Suplicábale aumentase el olor de las florecitas de virtudes, que comenzaban, a lo que parecía, a querer salir, y que fuese para su gloria, y las sustentase, pues yo no quería nada para mí, y cortase las que quisiese, que ya sabía habían de salir mejores. Digo cortar, porque vienen tiempos en el alma, que no hay memoria

deste huerto, todo parece está seco y que no ha de haber agua para sustentarle, ni parece hubo jamás en el alma cosa de virtud. Pásase mucho trabajo, porque quiere el Señor que le parezca al pobre hortelano, que todo el que ha tenido en sustentarle, y regalarle, va perdido. Entonces es el verdadero escardar, y quitar de raíz las yerbecillas, aunque sean pequeñas, que han quedado malas, con conocer no hay diligencia que baste, si el agua de la gracia nos quita Dios: y tener en poco nuestro nada, y aun menos que nada. Gánase aquí mucha humildad, tornan de nuevo a crecer las flores.

7. ¡Oh Señor mío, y bien mío!, que no puedo decir esto sin lágrimas, y gran regalo de mi alma, que queráis vos, Señor, estar así con nosotros, y estáis en el Sacramento que con toda verdad se puede creer, pues lo es, y con gran verdad podemos hacer esta comparación; y si no es por nuestra culpa, nos podemos gozar con vos, que vos os holgáis con nosotros, pues decís ser vuestros deleites estar con los hijos de los hombres! ¡Oh Señor mío!, ¿qué es esto? Siempre que oigo esta palabra, me es gran consuelo, aun cuando era muy perdida. ¿Es posible, Señor, haya alma que llegue a que vos le hagáis mercedes semejantes, y regalos, y a entender que vos os holgáis con ella, que os torne a ofender después de tantos favores, y tan grandes muestras del amor que la tenéis, que no se puede dudar, pues se ve claro la obra? Si hay por cierto, y no una vez, sino muchas, que soy yo: y plega a vuestra bondad, Señor, que sea yo sola la ingrata, y la que haya hecho tan gran maldad, y tenido tan excesiva ingratitud; porque aun va della algún bien ha sacado vuestra infinita bondad; y mientras mayor mal, más resplandece el gran bien de vuestras misericordias. ¿Y con cuánta razón las puedo yo para siempre cantar? Suplícoos yo, Dios mío, sea así, las cante yo sin fin, ya que habéis tenido por bien de hacerlas tan grandísimas conmigo, que espantan a los que las ven, y a mí me sacan de mí muchas veces, para poder mejor alabaros a vos, que estando en mí sin vos, no podría Señor mío nada, sino tornar a ser cortadas estas flores deste huerto, de suerte, que esta miserable tierra tornase a servir de muladar, como antes. No lo permitáis, Señor, ni queráis se pierda alma que con tantos trabajos comprastes, y tantas veces de nuevo la habéis tornado a rescatar, y quitar de los dientes del espantoso dragón. Vuesa merced me perdone, que salgo de propósito, y como hablo a mi propósito, no se espante, que es como toma a la alma lo que se escribe, que a las veces hace harto de dejar de ir adelante en alabanzas de Dios, como se le representa, escribiendo lo mucho que le debe. Y creo no le hará a vuesa merced mal gusto, porque entrambos, me parece, podemos cantar una cosa, aunque en diferente manera; porque es mucho más lo que yo debo a Dios, porque me ha perdonado más, como vuesa merced sabe.

Capítulo XV

Prosigue en la misma materia, y da algunos avisos de cómo se han de haber en esta oración de quietud. Trata de cómo hay muchas almas que llegan a tener esta oración, y pocas que pasen adelante. Son muy necesarias, y provechosas las cosas que aquí se tocan

1. Ahora tornemos al propósito. Esta quietud, y recogimiento del

alma, es cosa que se siente mucho en la satisfacción, y paz que en ella se pone, con grandísimo contento, y sosiego de las potencias, y. muy suave deleite. Parecele, como no ha llegado a más, que no le queda que desear, y que de buena gana diría con san Pedro, que fuese allí su morada. No osa bullirse, ni menearse, que, de entre las manos le parece se le ha de ir aquel bien; ni resollar algunas veces no querría. No entiende la pobrecita, que pues ella por sí no pudo nada para traer a sí aquel bien, que menos podrá detenerle más de lo que el Señor quisiere. Ya he dicho, que en este primer recogimiento, y quietud no faltan las potencias del alma; mas está tan satisfecha con Dios, que mientras aquello dura, aunque las dos potencias se desbaraten, como la voluntad está unida con Dios, no se pierde, la quietud, y el sosiego, antes ella poco a poco torna a recoger el entendimiento, y memoria: porque aunque ella aun no está de todo punto engolfada, está también ocupada sin saber cómo, que por mucha diligencia que ellas pongan, no la pueden quitar su contento, y gozo; antes muy sin trabajo se va ayudando, para que esta centellica de amor de Dios no se apague.

2. Plega a su Majestad me dé gracia, para que yo dé esto a entender bien; porque hay muchas almas que llegan a este estado, y pocas las que pasan adelante, no sé quién tiene la culpa: a buen seguro que no falta Dios, que ya que su Majestad hace merced, que llegue a este punto, no creo cesaría de hacer muchas más, si no fuese por vuestra culpa. Y va mucho en que el alma que llega aquí, conozca la dignidad grande en que está, y la gran merced que le ha hecho el Señor, y cómo de buena razón no había de ser de la tierra; porque ya parece la hace su bondad vecina del cielo, si no queda por su culpa. Y desventurada será si torna atrás; yo pienso será para ir hacia abajo, como yo iba, si la misericordia del Señor no me tornara; porque por la mayor parte será por graves culpas a mi parecer: ni es posible dejar tan gran bien sin gran ceguedad de mucho mal. Y ansí ruego yo por amor del Señor a las almas, a quien su Majestad ha hecho tan gran merced, de que lleguen a este estado, que se conozcan, y tengan en mucho, con una humilde, y santa presunción, para no tornar a las ollas de Egipto. Y si por su flaqueza, y maldad, y ruin, y miserable natural cayeren, como yo hice, siempre tengan delante el bien que perdieron, y tengan sospecha anden con temor (que tienen razón de tenerle) que si no tornan a la oración, han de ir de mal en peor. Que esta llamo yo verdadera caída, la que aborrece el camino por donde ganó tanto bien; y con estas almas hablo, que no digo que no han de ofender a Dios, y caer en pecados, aunque sería razón se guardase mucho dellos, quien ha comenzado a recibir estas mercedes, mas somos miserables. Lo que aviso mucho es, que no deje la oración, que allí entenderá lo que hace, y ganará arrepentimiento del Señor, y fortaleza para levantarse crea, crea, que si desta se aparta, que lleva a mi parecer peligro. No sé si entiendo lo que digo, porque, como he dicho, juzgo por mí.

3. Es pues esta oración una centellica, que comienza el Señor a encender en el alma del verdadero amor suyo, y quiere que el alma vaya entendiendo qué cosa es este amor, con regalo. Esta quietud, y recogimiento, y centellica, si es espíritu de Dios, y no gusto dado del demonio, o procurado por nosotros; aunque a quien tiene experiencia, es imposible no entender luego, que no es cosa que se puede adquirir, sino

que este natural nuestro es tan ganoso de cosas sabrosas, que todo lo prueba, más quédase muy en frío bien en breve, porque por mucho que quiera comenzar a hacer arder el fuego, para alcanzar este gusto, no parece sino que le echa agua para matarle. Pues esta centellica puesta por Dios, por pequeña que es, hace mucho ruido; y si no la matan por su culpa, ésta es la que comienza a encender el gran fuego, que echa llamas de sí (como diré en su lugar) del grandísimo amor de Dios, que hace su Majestad, tengan las almas perfectas. Es esta centella una señal, o prenda que da Dios a esta alma, de que la escoge, ya para grandes cosas, si ella se apareja para recibirlas; es gran don, mucho más de lo que yo podré decir. Esme gran lástima, porque, como digo, conozco muchas almas que llegan aquí, y que pasen de aquí, como han de pasar, son tan pocas, que se me hace vergüenza decirlo. No digo yo que hay pocas, que muchas debe de haber, que por algo nos sustenta Dios; digo lo que he visto. Querríalas mucho avisar, que miren no escondan el talento, pues que parece las quiere Dios escoger para provecho de otras muchas; (en especial en estos tiempos, que son menester amigos fuertes de Dios, para sustentar los flacos) y los que esta merced conocieren en sí, ténganse por tales, si saben responder con las leves, que aun la buena amistad del mundo pide; y si no (como de dicho) teman, y hayan miedo no se hagan a sí mal, y plega a Dios sea a sí solos.

4. Lo que ha de hacer el alma en los tiempos desta quietud, no es más de con suavidad, y sin ruido; llamo ruido, andar con el entendimiento buscando muchas palabras, y consideraciones, para dar gracias deste beneficio, amontonar pecados suyos, y faltas, para ver que no lo merece. Todo esto se mueve aquí, y representa el ente entendimiento, y bulle la memoria, que cierto estas potencias a mí me cansan a ratos, que con tener poca memoria, no la puedo sojuzgar. La voluntad con sosiego, y cordura, entienda que no se negocia bien con Dios a fuerza de brazos; que estos son unos leños grandes puestos sin discreción para ahogar esta centella, y conózcalo, y con humildad diga: Señor, ¿qué puedo yo aquí? ¿Qué tiene que ver la sierva con el Señor, y la tierra con el cielo? Oh palabras que se ofrecen aquí de amor, fundada mucho en conocer, que es verdad lo que dice; y no haga caso del entendimiento, que es un moledor. Y si ella le quiere dar parte, de lo que goza, o trabaja por recogerle (que muchas veces se verá en esta unión de la voluntad, y sosiego, y el entendimiento muy desbaratado) no acierta, más vale que le deje, que no que vaya ella tras él (digo la voluntad) sino estese ella gozando de aquella merced, y recogida como sabia abeja; porque si ninguna entrase en la colmena, sino que por traerse unas a otras se fuesen todas, mal se podría labrar la miel.

5. Así que perderá mucho el alma, si no tiene aviso en esto; en especial si es el entendimiento agudo, que cuando comienza a ordenar pláticas, y buscar razones, en tantico, si son bien dichas, pensará hace algo. La razón que aquí ha de haber, es entender claro, que no hay ninguna, para que Dios nos haga tan gran merced, sino sola su bondad; ver que estamos tan cerca, y pedir a su Majestad mercedes, y rogarle por la Iglesia, y por los que se nos han encomendado, y por las ánimas del purgatorio, no con ruido de palabras, sino con sentimiento de desear que nos oya. Es oración que comprende mucho, y se alcanza más que por mucho relatar el entendimiento. Despierte en sí la voluntad algunas razones, que

de la misma razón se representarán, de verse tan mejorada para avivar este amor, y haga algunos actos amorosos, de que hará por quien tanto debe, sin (como he dicho) admitir ruido del entendimiento, a que busque grandes cosas. Mas hacen aquí al caso unas pajitas puestas con humildad (y menos serán que pajas, si las ponemos nosotros) y más le ayudan a encender, que no mucha leña junta de razones muy doctas, a nuestro parecer, que en un credo la ahogaran. Esto es bueno para los letrados, que me lo mandan escribir, porque por la bondad de Dios todos llegan aquí, y podrá ser se les vaya el tiempo en aplicar escrituras; y aunque no les dejarán de aprovechar mucho las letras, antes, y después, aquí en estos ratos de oración, poca necesidad hay dellas, a mi parecer, si no es para entibiar la voluntad; porque el entendimiento está entonces de verso cerca de la luz, con grandísima claridad, que aun yo, con ser la que soy, parezco otra. Y es así, que me ha acaecido estando en esta quietud, con no entender casi cosa que rece en latín, en especial del Salterio, no solo entender el verso en romance, sino pasar adelante en regalarme de ver lo que el romance quiere decir. Dejemos, si hubiesen de predicar, o enseñar, que entonces bien es de ayudarse de aquel bien, para ayudar a los pobres de poco saber, como yo, que es gran cosa la caridad, y este aprovechar almas, siempre, yendo desnudamente por Dios.

6. Así que en estos tiempos de quietud, dejar descansar el alma con su descanso: quédense las letras a un cabo, tiempo verná que aprovechen al Señor, y las tengan en tanto, que por ningún tesoro quisieran haberlas dejado de saber, solo para servir a su Majestad, porque ayudan mucho: más delante de la sabiduría infinita, créanme que vale más un poco de estudio de humildad, y un acto della, que toda la ciencia del mundo. Aquí no hay que argüir, sino que conocer lo que somos con llaneza, y con simpleza representarnos delante de Dios, que quiere se haga el alma boba (como a la verdad lo es delante de su presencia) pues su Majestad se humilla tanto, que la sufre cabe sí, siendo nosotros lo que somos. También se mueve el entendimiento a dar gracias muy compuestas; mas la voluntad con sosiego, con un no osar alzar los ojos con el publicano, hace más hacimiento de gracias, que cuanto el entendimiento con trastornar la retórica por ventura puede hacer. En fin, aquí, no se ha de dejar del todo la oración mental, ni algunas palabras aun vocales, si quisieren alguna vez, o pusieren; porque si la quietud es grande, puédese mal hablar, si no es con mucha pena. Siéntese a mi parecer, cuando es espíritu de Dios, o procurado de nosotros, con comienzo de devoción, que da Dios, y queremos (como he dicho) pasar nosotros a esta quietud de la voluntad; entonces no hace efeto ninguno, acábase presto, deja sequedad. Si es del demonio, alma ejercitada, paréceme lo entenderá; porque deja inquietud, y poca humildad, y poco parejo para los efectos que hace él de Dios; no deja luz en el entendimiento, ni firmeza en la verdad.

7. Puede hacer aquí poco daño, o ninguno, si el alma endereza su deleite, y suavidad que allí siente a Dios, y pone en él sus pensamientos, y deseos (como queda avisado) no puede ganar nada el demonio; antes permitirá Dios, que con el mismo deleite, que causa en el alma, pierda mucho: porque éste ayudará a que el alma como piensa que es Dios, venga muchas veces a la oración con codicia dél: y si es alma humilde, y no curiosa, ni interesal de deleites (aunque sean espirituales) sino amiga de

cruz, hará poco caso del gusto que da el demonio, lo que no podrá así hacer, si es espíritu de Dios, sino tenerlo en muy mucho. Mas cosa que pone el demonio, como él es todo mentira, con ver que el alma con el gusto, y deleite se humilla (que en esto ha de tener mucho cuidado, en todas las cosas de oración, y gustos procurar salir humilde) no tornará muchas veces el demonio, y viendo su pérdida. Por esto, y por otras muchas cosas avisé yo en el primer modo de oración, en la primer agua, que es gran negocio comenzar las almas oración, comenzándose, a desasir de todo género de contentos, y entrar determinadas a solo ayudar a llevar la cruz a Cristo, como buenos caballeros, que sin sueldo quieren servir a su rey, pues le tienen bien seguro. Los ojos en el verdadero, y perpetuo reino que pretendemos ganar.

8. Es muy gran cosa traer esto siempre delante, en especial en los principios; que después tanto se ve claro, que antes es menester olvidarlo para vivir, que procurarlo traer a la memoria lo poco que dura todo, y como no es todo nada, y en lo no nada que se ha de estimar el descanso; parece que esto es cosa muy baja, y así es verdad, que los que están adelante en más perfección, ternían por afrenta, y entre sí se correrían, si pensasen, que porque se han de acabar los bienes deste mundo los dejan, sino que aunque durasen para siempre, se alegran de dejarlos por Dios: y mientras más perfectos fueren, más: y mientras más duraren, más. Aquí en estos está ya crecido el amor, y él es el que obra; mas a los que comienzan, esles cosa importantísima, y no lo tengan por bajo, que es gran bien el que se gana, y por eso lo aviso tanto, que les será menester, aun a los muy encumbrados en oración, algunos tiempos que los quiere Dios probar, y parece que su Majestad los deja. Que como ya de dicho, y no querría esto se olvidase, en esta vida que vivimos; no crece el alma como el cuerpo, aunque decimos que sí, y de verdad crece: mas un niño después que crece, y echa gran cuerpo, y ya le tiene de hombre, no torna a decrecer, y a tener pequeño cuerpo; acá quiere el Señor que sí, (a lo que yo de visto por mí, que no lo sé por más) debe ser por humillarnos para nuestro gran bien, y para que no nos descuidemos mientras estuviéremos en este destierro; pues el que más alto estuviere, más se ha de temer, y fiar menos de sí. Vienen veces, que es menester para librarse de ofender a Dios estos que ya están tan puesta su voluntad en la suya, que por no hacer una imperfección se dejarían atormentar, y pasarían mil muertes: que para no hacer pecados, según se ven combatidos de tentaciones, y persecuciones, se han menester aprovechar de las primeras armas de la oración, y tornar a pensar, que todo se acaba, y que hay cielo, e infierno, y otras cosas desta suerte. Pues tornando a lo que decía, gran fundamento es para librarse de los ardides, y gustos que da el demonio, el comenzar con determinación de llevar camino de cruz desde el principio, y no los desear, pues el mismo Señor mostró este camino de perfección, diciendo: Toma tu cruz, y sígueme. Él es nuestro dechado, no hay que temer, quien por solo contentarle siguiere sus consejos. En el aprovechamiento que vieren en sí, entenderán que no es demonio; que aunque, tornen a caer, queda una señal de que estuvo allí el Señor, que es levantarse presto, y estas que ahora diré.

9. Cuando es el espíritu de Dios, no es menester andar rastreando cosas para sacar humildad, y confusión; porque el mismo Señor la da de

manera bien diferente, de la que nosotros podemos ganar con nuestras consideracioncillas, que no son nada en comparación de una verdadera humildad con luz, que enseña aquí el Señor, que hace una confusión que hace deshacer. Esto es cosa muy conocida, el conocimiento que da Dios, para que conozcamos, que ningún bien tenemos de nosotros; y mientras mayores mercedes, más. Pone un gran deseo de ir adelante en la oración, no la dejar por ninguna cosa de trabajo, que le pudiese suceder, a todo se ofrece. Una seguridad con humildad, temor de que ha de salvarse. Echa luego el temor servil del alma, y pónese el filial temor muy más crecido. Ve que se lo comienza un amor con Dios muy sin interese suyo, ni desea ratos de soledad, para gozar más de aquel bien. En fin, por no me cansar, es un principio de todos los bienes, un estar ya las flores en término, que no les falta casi nada para brotar y esto verá muy claro el alma; y en ninguna manera por entonces se podrá determinar a que no estuvo Dios con ella, hasta que se torna a ver con quiebras, e imperfecciones, que entonces todo lo teme, y es bien que tema; aunque almas hay, que les aprovecha más creer cierto, que es Dios, que todos los temores que lo puedan poner; porque si de suyo es amorosa, y agradecida, más la hace tornar a Dios la memoria de la merced que le hizo que todos los castigos del infierno, que le representan: al menos a la mía, aunque tan ruin, esto le acaecía.

10. Porque las señales del buen espíritu se irán diciendo más (cómo a quien le cuestan muchos trabajos sacarlas en limpio) no las digo ahora aquí. Y creo con el favor de Dios, en esto atinaré algo; porque (dejada la experiencia, en que he mucho entendido) selo de algunos letrados muy letrados, y personas muy santas, a quien es razón se dé crédito; y no anden las almas tan fatigadas, cuando llegaren aquí por la bondad del Señor, como yo he andado.

Capítulo XVI

Trata del tercer grado de oración, y va declarando cosas muy subidas, y lo que puede el alma que llega aquí, y los efectos que hacen estas mercedes tan grandes del Señor. Es muy para levantar el espíritu en alabanzas de Dios, y para gran consuelo de quien llegare aquí

1. Vengamos ahora a hablar de la tercer agua con que se riega esta huerta, que es agua corriente de río, o de fuente, que se riega muy a menos trabajo, aunque alguno da el encaminar el agua. Quiere el Señor aquí ayudar al hortelano de manera, que casi él es el hortelano, y el que lo hace todo. Es un sueño de las potencias, que ni del todo se pierden, ni entienden como obran. El gusto, y suavidad, y deleite es más sin comparación que lo pasado; es que da el agua de la gracia a la garganta a esta alma, que no pueda ya ir adelante, ni sabe cómo, ni tornar atrás; querría gozar de grandísima gloria. Es como uno que está con la candela en la mano, que le falta poco para morir muerte que la desea. Está gozando en aquella agonía con el mayor deleite que se puede decir: no me parece que es otra cosa, sino un morir casi del todo a todas las cosas del mundo, y estar gozando de Dios. Yo no sé otros términos cómo lo decir, ni cómo lo declarar, ni entonces sabe el alma qué hacer; porque ni sabe si hable, ni

si calle, ni si ría, ni si llore. Es un glorioso desatino, una celestial locura, a donde se deprende la verdadera sabiduría, y es deleitosísima manera de gozar el alma. Y es ansí, que ha que me dio el Señor en abundancia esta oración, creo cinco, y aun seis años, y muchas veces, y que ni yo la entendía, ni la supiera decir; y ansí tenía por mí, llegada aquí, decir muy poco, o nada. Bien entendía, que no era del todo unión de todas las potencias, y que era más que la pasada muy claro; mas yo confieso, que no podía determinar, y entender cómo era esta diferencia. Creo, que por la humildad que vuesa merced ha tenido, en quererse ayudar de una simpleza tan grande como la mía, me dio el Señor hoy acabando de comulgar esta oración, sin poder ir adelante, y me puso estas comparaciones, y enseñó la manera de decirlo, y lo que ha de hacer aquí el alma; que cierto yo me espanté, y entendí en un punto. Muchas veces estaba ansí como desatinada, embriagada en este amor, y jamás había podido entender cómo era. Bien entendía que era Dios, más no podía entender cómo obraba aquí; porque en hecho de verdad están casi del todo unidas las potencias, mas no tan engolfadas que no obren. Gustado he en extremo de haberlo ahora entendido. Bendito sea el Señor, que ansí me ha regalado.

2. Solo tienen habilidad las potencias para ocuparse todas en Dios; no parece se osa bullir ninguna, ni la podemos hacer menear, si con mucho estudio no quisiésemos divertirnos, y aun no que parece que del todo se podría entonces hacer. Háblanse aquí muchas palabras en alabanza de Dios, sin concierto, si el mismo Señor no las concierta; al menos el entendimiento no vale aquí nada: querría dar voces en alabanzas el alma, y está que no cabe en sí, un desasosiego sabroso: ya, ya se abren las flores, ya comienzan a dar olor. Aquí querría el alma, que todos la vieses, y entendiesen su gloria para alabanzas de Dios, y que ayudasen a ello, y darles parte de su gozo, porque no puede tanto gozar. Paréceme, que es como la que dice el Evangelio, que quería llamar, o llamaba a sus vecinas. Esto me parece debía sentir el admirable espíritu del real profeta David, cuando tañía, y cantaba con la harpa, en alabanzas de Dios. Deste glorioso rey soy yo muy devota, y querría todos lo fuesen, en especial los que somos pecadores.

3. ¡Oh válame Dios!, cuál está un alma cuando está ansí, toda ella querría fuese lenguas para alabar al Señor. Dice mil desatinos santos, atinando siempre a contentar a quien la tiene ansí. Yo sé persona, que con no ser poeta, le acaecía hacer de presto coplas muy sentidas declarando su pena bien; no hechas de su entendimiento, sino que para gozar más la gloria, que tan sabrosa pena le daba, se quejaba della a su Dios. Todo su cuerpo, y alma querría se despedazase para mostrar el gozo, que con esta pena siente. ¿Qué se lo pondrá entonces delante de tormentos, que no le fuese sabroso pasarlo por su Señor? Ve claro, que no hacían casi nada los mártires de su parte en pasar tormentos; porque conoce bien el alma, viene de otra parte la fortaleza. Mas ¿qué sentirá de tornar a tener seso para vivir en el mundo, y haber de tornar a los cuidados, y cumplimientos de dél?, pues no me parece he encarecido cosa, que no quede baja en este modo de gozo, que el Señor quiere en este destierro que goce un alma. Bendito seáis por siempre Señor, alaben os todas las cosas por siempre. Quered ahora Rey mío, suplícooslo yo, que pues cuando esto escribo, no estoy fuera desta santa locura celestial por vuestra bondad, y misericordia, que

tan sin merecimientos míos me hacéis esta merced, que lo estén todos los que yo tratare locos de vuestro amor, o permitáis que no trate yo con nadie, o ordenad, Señor, como no tenga ya cuenta en cosa del mundo, o me sacad dél. No puede ya, Dios mío, esta vuestra sierva sufrir tantos trabajos, como de verse sin vos le vienen; que si ira de vivir, no quiere descanso en esta vida, ni se lo deis vos. Querría ya esta alma verse libre; el comer la mata: el dormir la congoja: ve que se le pasa el tiempo de la vida, pasar en regalo, y que nada ya la puede regalar fuera de vos; que parece vive contra natura, pues ya no querría vivir en sí, sino en vos. ¡Oh verdadero Señor, y gloria mía, qué delgada, y pesadísima cruz tenéis aparejada a los que niegan a este estado! Delgada, porque es suave; pesada, porque vienen veces, que no hay sufrimiento que la sufra; y no se querría jamás ver libre della, sino fuese para verse ya con vos. Cuando se acuerda, que no os ha servido en nada, y que viviendo os puede servir, querría carga muy más pesada, y nunca hasta la fin del mundo morirse; no tiene en nada su descanso, a trueque de haceros un pequeño servicio; no sabe qué desee, más bien entiende, que no desea otra cosa sino a vos.

4. ¡Oh padre mío! (que es tan humilde, que ansí se quiere nombrar a quien va esto dirigido, y me lo mandó escribir) sean solo para vuesa merced las cosas en que viere salgo de términos; porque no hay razón que baste a no me sacar della, cuando me saca el señor de mí: ni creo soy yo la que hablo desde esta mañana que comulgúe; parece que sueño lo que veo, y no querría ver sino enfermos deste mal que estoy yo ahora. Suplico a vuesa merced seamos todos locos, por amor de quien por nosotros se lo llamaron; pues dice vuesa merced que me quiere, en disponerse para que Dios lo haga esta merced, quiero que me lo muestre; porque veo muy pocos, que no los vea con seso demasiado, para lo que les cumple. Ya puede ser, que tenga yo más que todos; no me lo consienta vuesa merced padre mío, pues es mi confesor, y a quien he fiado mi alma, desengañeme con verdad, que se usan muy poco estas verdades.

5. Este concierto querría hiciésemos los cinco que al presente nos amamos en Cristo, que como otros en estos tiempos se juntaban en secreto para contra su Majestad, y ordenar maldades, y herejías, procurásemos juntarnos alguna vez para desengañar unos a otros, y decir en lo que podríamos enmendarnos, y contentar más a Dios: que no hay quien tan bien se conozca a sí, como conocen los que nos miran, si es con amor, y cuidado de aprovecharnos. Digo en secreto, porque no se usa ya este lenguaje: hasta los predicadores van ordenando sus sermones, para no descontentar; buena intención ternán, y la obra lo será, más ansí se enmiendan pocos. ¿Mas cómo no son muchos los que por los sermones dejan los vicios públicos? Sabe que me parece, porque tienen mucho seso los que los predicán. No están sin él con el gran fuego del amor de Dios, como lo estaban los apóstoles, y ansí calienta poco esta llama: no digo yo sea tanta como ellos tenían, más querría que fuese más de lo que veo. ¿Sabe vuesa merced en qué debe de ir mucho? En tener ya aborrecida la vida, y en poca estima la honra, que no se les daba más, a trueco de decir una verdad, y sustentarla para gloria de Dios, perderlo todo, que ganarlo todo: que quien de veras lo tiene todo arriscado por Dios, igualmente lleva lo uno que lo otro. No digo yo que soy ésta, mas querríalo ser. ¡Oh gran libertad!, tener por cautiverio haber de vivir, y tratar conforme a

las leyes del mundo; que cómo ésta se alcance del Señor, no hay esclavo que no lo arrisque todo por rescatarse, y tornar a su tierra. Y pues éste es el verdadero camino, no hay que parar en él, que nunca acabaremos de ganar tan gran tesoro, hasta que se nos acabe la vida. El Señor nos dé para esto su favor. Rompa vuesa merced esto que he dicho, si le pareciere, y tómelo por carta para sí, y perdóneme, que he estado muy atrevida.

Capítulo XVII

Prosigue en la misma materia de declarar este tercer grado de oración; acaba de declarar los efectos que hace; dice el impedimento que aquí hace la imaginación, y memoria

1. Razonablemente está dicho deste modo de oración, y lo que ha de hacer el alma, o por mejor decir, hace Dios en ella, que es el que toma ya el oficio de hortelano, y quiere que ella huelgue: solo consiente la voluntad en aquellas mercedes que goza, y se ha de ofrecer a todo lo que en ella quisiere, hacer la verdadera sabiduría, porque es menester ánimo cierto; porque es tanto el gozo, que parece algunas veces no queda un punto para acabar el ánima de salir deste cuerpo: ¡y qué venturosa muerte, sería! Aquí me parece, viene bien (como a vuesa merced se dijo) dejarse del todo en los brazos de Dios: si quiere llevarle al cielo, vaya; si al infierno, no tiene pena, como vaya con su bien; si acabar del todo la vida, eso quiere; si que viva mil años también: haga su Majestad como cosa propia, ya no es suya el alma de sí mesma, dada está del todo al Señor, descúidese del todo. Digo, que en tan alta oración como esta (que cuando la da Dios al alma, puede hacer todo esto, mucho más, que estos son sus efectos) entiende que lo hace sin ningún cansancio del entendimiento; solo me parece está como espantado de ver cómo el Señor hace tan buen hortelano, y no quiere que tome el trabajo ninguno, sino que se deleite en comenzar a oler las flores. Que en una llegada destas, por poco que dure, como es tal el hortelano, en fin criador del agua, dala sin medida; y lo que la pobre del alma con trabajo, por ventura de veinte años de cansar el entendimiento, no ha podido acaudalar, hácelo este hortelano celestial en un punto, y crece la fruta, y madúrala de manera, que se puede sustentar de su huerto, queriéndolo el Señor; mas no le da licencia que reparta la fruta, hasta que él esté tan fuerte, con lo que ha comido della, que no se le vaya en gustaduras, y no dándole, nada de provecho, ni pagándosela a quien la diere, sino que los mantenga, y dé de comer a su costa, y quedarse ha él por ventura muerto de hambre. Esto bien entendido va para tales entendimientos sabranlo aplicar, mejor que yo lo sabré decir, cánsome.

2. En fin es, que las virtudes quedan ahora más fuertes, que en la oración de quietud pasada; porque se ve otra el alma, y no sabe cómo comienza a obrar grandes cosas con el olor que dan de sí las flores, que quiere el Señor que se abran, para que ella crea que tiene virtudes, aunque ve muy bien, que no las podía ella, ni ha podido ganar en muchos años, y que en aquello poquito el celestial hortelano se las dio. Aquí es muy mayor la humildad, y más profunda, que al alma queda, que en lo pasado; porque ve más claro, que poco, ni mucho hizo, sino consentir que

le hiciese el Señor mercedes, y abrazarlas la voluntad.

3. Paréceme este modo de oración, unión muy conocida de toda el alma con Dios, sino que parece quiere, su Majestad dar licencia a las potencias para que entiendan, y gocen de lo mucho que obra allí. Acaece algunas, y muy muchas veces estando unida la voluntad (para que vea vuesa merced puede ser esto, y lo entienda cuando lo tuviere; al menos a mí trájome tonta, y por eso lo digo aquí) entiéndese, que está la voluntad atada, y gozando; y en mucha quietud está sola la voluntad, y está por otra parte el entendimiento, y memoria tan libres, que pueden tratar en negocios, y entender en obras de caridad. Esto aunque parece todo uno, es diferente de la oración de quietud que dije, porque allí está el alma, que no se querría bullir, ni menear, gozando en aquel ocio santo de María; en esta oración puede también ser María. Ansí que está casi obrando juntamente en vida activa, y contemplativa, y puede entender en obras de caridad, y negocios. que convengan a su estado, y leer; aunque no del todo están señores de sí, y entienden bien, que está la mejor parte del alma en otro cabo. Es como si estuviésemos hablando con uno, y por otra parte nos hablase otra persona, que ni bien estaremos en lo uno, ni bien en lo otro. Es cosa que se siente muy claro, y da mucha satisfacción, y contento cuando se tiene, y es muy gran aparejo, para que en teniendo tiempo de soledad, o desocupación de negocios venga el alma a muy sosegada quietud. Es un andar como una persona que está en sí satisfecha, que no tiene necesidad de comer, sino que siente el estómago contento, de manera, que no a todo manjar arrostraría; mas no tan harta, que si los ve buenos, deje de comer de buena gana: ansí no le satisface, ni querría entonces contento del mundo, porque en sí tiene el que le satisface más; mayores contentos de Dios, deseos de satisfacer su deseo, de gozar más de estar con él: esto es lo que quiere.

4. Hay otra manera de unión, que aun no es entera unión, mas es más que la que acabo de decir; y no tanto, como la que se ha dicho desta tercer agua. Gustará vuesa merced mucho de que el Señor se las dé todas, si no las tiene ya, de hallarlo escrito, y entender lo que es, porque una merced es, dar el Señor la merced, y otra es entender, qué merced es, y qué gracia; y otra es saber decirla, y dar a entender cómo es: y aunque no parece es menester más de la primera para no andar el alma confusa, y medrosa, e ir con más ánimo por el camino del Señor, llevando debajo de los pies todas las cosas del mundo, es gran provecho entenderlo, y merced; porque cada una es razón alabe mucho al Señor, quien la tiene, y quien no, porque la dio su Majestad a alguno de los que viven, para que nos aprovechase a nosotros. Ahora pues acaece muchas veces esta manera de unión, que quiero decir (en especial a mí, que me hace Dios esta merced desta suerte muy muchas) que coge Dios la voluntad, y aun el entendimiento, a mi parecer, porque no discurre, sino está ocupado gozando de Dios, como quien está mirando, y ve tanto, que no sabe hacia donde mirar, uno por otro se le pierde de vista, que no dará señas de cosa.

5. La memoria queda libre, (junto con la imaginación debe ser) y ella como se ve sola, es para alabar a Dios la guerra que da, y como procura desasosegarlo todo: a mí cansada me tiene, y aborrecida la tengo, y muchas veces suplico al Señor, si tanto me ha de estorbar, me la quite en estos tiempos. Algunas veces le digo: ¿Cuándo mi Dios ha de estar ya toda junta

mi alma en vuestra alabanza, y no hecha pedazos, sin poder valerse a sí? Aquí veo el mal que nos causó el pecado, pues así nos sujetó a no hacer lo que queremos, de estar siempre ocupados en Dios. Digo que me acaece a veces (y hoy ha sido la una, y así lo tengo bien en la memoria) que veo deshacerse mi alma, por verse junta a donde está la mayor parte, y ser imposible, sino que le da tal guerra la memoria e imaginación, que no la dejan valer; y como faltan las otras potencias, no valen aun para hacer mal, nada. Harto hacen en desasosegar, digo para hacer mal, porque no tienen fuerza, ni paran en un ser; como el entendimiento no la ayuda poco, ni mucho, a lo que te representa, no para en nada, sino de uno en otro, que no parece sino destas maripositas de las noches, importunas, y desasosegadas, así anda de un cabo a otro. En extremo, me parece le viene al propio esta comparación; porque aunque no tiene fuerza para hacer ningún mal, importuna a los que la ven. Para esto no sé que remedio haya, que hasta ahora no me le ha dado Dios a entender, que de buena gana le tomaría para mí, que me atormenta, como digo, muchas veces. Representase aquí nuestra miseria, y muy claro el gran poder de Dios; pues esta que queda suelta, tanto nos daña y nos cansa, y las otras que están con su Majestad, el descanso que nos dan.

6. El postrer remedio que he hallado, al cabo de haberme fatigado hartos años, es lo que dije en la oración de quietud, que no se haga caso della, más que de un loco, sino dejarla con su tema, que solo Dios se la puede quitar: y en fin, aquí por esclava queda, hémosla de sufrir con paciencia, como hizo Jacob a Lía; porque harta merced nos hace el Señor, que gocemos de Raquel. Digo que queda esclava, porque en fin no puede, por mucho que haga, traer a sí las otras potencias; antes ellas sin ningún trabajo la hacen venir a sí. Algunas es Dios servido de haber lástima de verla tan y desasosegada, con deseo de estar con las otras, y consiéntela su Majestad se queme en el fuego de aquella vela divina, donde las otras están ya hechas polvo, perdido su natural, casi estando sobrenaturalmente gozando de tan grandes bienes.

7. En todas estas maneras, que desta postrer agua de fuente he dicho, es tan grande la gloria, y descanso del alma, que muy conocidamente aquel gozo, y deleite participa dél el cuerpo, y esto muy conocidamente, y quedan tan crecidas las virtudes como he dicho. Parece ha querido el Señor declarar estos estados, en que se ve el alma, a mi parecer, lo más que acá se puede dar a entender. Trátele vuesa merced con persona espiritual, que haya llegado aquí, y tenga letras: si le dijere, que está bien, crea que se lo ha dicho Dios, y téngalo en mucho a su Majestad; porque, como he dicho, andando el tiempo se holgará mucho de entender lo que es; mientras no le diere la gracia (aunque se la dé de gozarlo) para entenderlo, como le haya dado su Majestad la primera, con su entendimiento, y letras lo entenderá por aquí. Sea alabado por todos los siglos de los siglos, por todo. Amén.

Capítulo XVIII

En que trata del cuarto grado de oración; comienza a declarar por excelente manera la gran dignidad en que el Señor pone al alma que está en

este estado: es para animar mucho a los que tratan oración, para que se esfuercen de llegar a tan alto estado, pues se puede alcanzar en la tierra; aunque no por merecerlo, sino por la bondad del Señor. Léase con advertencia; porque se declara por muy delicado modo, y tiene cosas mucho de notar

1. El Señor me enseñe palabras como se pueda decir algo de la cuarta agua: bien es menester su favor, aun más que para la pasada; porque en ella aún siente, el alma no está muerta del todo, que así lo podemos decir, pues lo esta al mundo. Mas, como dije, tiene sentido para entender que está en él, y sentir su soledad, y aprovéchase de lo exterior, para dar a entender lo que siente, si quiera por señas. En toda la oración, y modos della, que queda dicho, alguna cosa trabaja el hortelano; aunque en estas postreras va el trabajo acompañado de tanta gloria, y consuelo del alma, que jamás querría salir dél; y así no se siente por trabajo, sino por gloria. Acá no hay sentir, sino gozar sin entender lo que se goza: entiéndese que se goza un bien, a donde junto se encierran todos los bienes, mas no se comprende este bien. Ocúpanse todos los sentidos en este gozo, de manera, que no queda ninguno desocupado para poder entender en otra cosa interior, ni exteriormente. Antes dábaseles licencia, para que (como digo) hiciesen algunas muestras del gran gozo que sienten: acá el alma goza más sin comparación, y púedese dar a entender muy menos; porque no queda poder en el cuerpo, ni el alma le tiene para poder comunicar aquel gozo. En aquel tiempo todo te sería gran embarazo, y tormento, y estorbo de su descanso; y digo, que si es unión de todas las potencias, que aunque quiera (estando en ella digo) no puede, y si puede, ya no es unión. El cómo es ésta, que llaman unión, y lo que es, yo no lo sé dar a entender: en la mística teología se declara, que yo los vocablos no sabré nombrarlos, ni sé entender, qué es mente, ni qué diferencia tenga del alma, o espíritu tampoco, todo me parece una cosa; bien que el alma alguna vez sale de sí misma, a manera de un fuego, que está ardiendo y hecho llama, y algunas veces crece este fuego con ímpetu. Esta llama sube muy arriba del fuego, mas no por eso es cosa diferente, sino la misma llama que está en el fuego. Esto vuestas mercedes lo entenderán con sus letras, que yo no lo sé más decir.

2. Lo que yo pretendo declarar, es, qué siente el alma cuando está en esta divina unión. Lo que es unión, ya se está entendido, que es dos cosas divisas hacerse una. ¡Oh señor mío, qué bueno sois! Bendito seáis para siempre; alaben os, Dios mío, todas las cosas, que así los amastes de manera, que con verdad podamos hablar desta comunicación, que aún en este destierro tenéis con las almas; y aun con las que son buenas es gran largueza, y magnanimidad; en fin vuestra, Señor mío, que dais como quien sois. ¡Oh largueza infinita, cuán magníficas son vuestras obras! Espanta, a quien no tiene ocupado el entendimiento en cosas de la tierra, que no tenga ninguno para entender verdades. ¿Pues qué hagáis a almas, que tanto os han ofendido, mercedes tan soberanas? Cierto a mí me acaba el entendimiento; y cuando llego a pensar en esto, no puedo ir adelante. ¿Dónde ha de ir, que no sea tornar atrás? Pues daros gracias por tan grandes mercedes, no sabe cómo. Con decir disbarates me remedió algunas veces. Acaécenle muchas, cuando acabo de recibir estas mercedes, o me las comienza Dios a hacer (que estando en ellas, ya he dicho, que no hay poder

hacer nada) decir: Señor, mira lo que hacéis, no olvidéis tan presto tan grandes males míos, ya que para perdonarme, los hayáis olvidado, para poner tasa en las mercedes os suplico, se os acuerde. No pongáis, Criador mío, tan precioso licor en vaso tan quebrado, pues habéis ya visto de otras veces, que lo torno a derramar. No pongáis tesoro semejante a donde aún no está como ha de estar perdida del todo la codicia de consolaciones de la vida, que lo gastará mal gastado. ¿Cómo dais la fuerza desta ciudad, y llaves de la fortaleza della a tan cobarde alcaide, que al primer combate de los enemigos los deja entrar dentro? No sea tanto el amor, o Rey eterno, que pongáis en aventura joyas tan preciosas. Parece, Señor mío, se da ocasión para que se tengan en poco, pues las ponéis en poder de cosa tan ruin, tan baja, tan flaca, y miserable, y de tan poco tomo; que ya que trabaje para no las perder con vuestro favor (y no es menester pequeño, según yo soy) no puede dar con ellas a ganar a nadie. En fin mujer, y no buena, sino ruin. Parece, que no solo se esconden los talentos, sino que se entierran en ponerlos en tierra tan astrosa. No soléis vos, Señor, hacer semejantes grandezas, y mercedes a un alma, sino para que aproveche a muchas. Ya sabéis, Dios mío, que de toda voluntad, y corazón os lo suplico, y he suplicado algunas veces, y tengo por bien de perder el mayor bien que se posee en la tierra, porque las hagáis vos a quien con este bien más aproveche, porque crezca vuestra gloria. Éstas, y otras cosas me ha acaecido decir muchas veces. Veía después mi necedad, y poca humildad; porque bien sabe el Señor lo que conviene, y que no había fuerzas en mi alma para salvarse, si su Majestad con tantas mercedes no se las pusiera.

3. También pretendo decir las gracias, y efectos, que quedan en el alma, y qué es lo que puede de suyo hacer, o si es parte para llegar a tan grande estado. Acaece venir este levantamiento de espíritu, o juntamiento con el amor celestial: que, a mi entender, es diferente la unión del levantamiento en esta misma unión. A quien no lo hubiere probado lo postrero, parecerle ha que no; y a mi parecer, que con ser todo uno, obra el Señor de diferente manera, y en el crecimiento de desasir el alma de las criaturas, mas mucho en el vuelo del espíritu. Yo he visto claro ser particular merced, aunque, como digo, sea todo uno, o lo parezca; mas un fuego pequeño también es fuego como un grande, y ya se ve la diferencia que hay de lo uno a lo otro. En un fuego pequeño primero que un hierro pequeño se hace ascua, pasa mucho espacio; mas si el fuego es grande, aunque sea mayor el hierro, en muy poquito pierde del todo su ser al parecer. Ansí me parece es en estas dos maneras de mercedes del Señor; y sé que quien hubiere llegado a arrobamientos lo entenderá bien: si no lo ha probado, parecerle ha desatino, y ya puede ser; porque querer una como yo hablar en una cosa tal, y dar a entender algo de lo que parece imposible aun haber palabras con que lo comenzar, no es mucho que desatine.

4. Mas creo esto del Señor (que sabe su Majestad, que después de obedecer, es mi intención engolosinar las almas de un bien tan alto) que me ha en ello de ayudar. No diré cosa, que no la haya experimentado mucho: y es ansí, que cuando comencé esta postrer agua a escribir, que me parecía imposible saber tratar cosa, más que hablar en griego, que ansí es ello dificultoso; con esto lo dejé, y fui a comulgar. Bendito sea el Señor, que

así favorece a los ignorantes. ¡Oh virtud de obedecer, que todo lo puedes! Aclaró Dios mi entendimiento, unas veces con palabras, y otras poniéndome delante cómo lo había de decir, que (como hizo en la oración pasada) su Majestad parece quiere decir, lo que yo no puedo, ni sé. Esto que digo, es entera verdad, y así lo que fuere bueno, es suya la doctrina; lo malo está claro, es del piélagos, de los males, que soy yo: y así digo, que si hubiere personas, que hayan llegado a las cosas de oración, que el Señor ha hecho merced a esta miserable (que debe haber muchas) y quisiesen tratar estas cosas conmigo, pareciéndoles descaminadas, que ayudaría el Señor a su sierva, para que saliese con su verdad adelante.

5. Ahora hablando de ésta agua que viene del cielo, para con su abundancia hinchar, y hartar todo este huerto de agua, si nunca dejara cuando la hubiera menester, de darla el Señor, ya se ve que descanso tuviera el hortelano; y a no haber infierno, sino ser siempre el tiempo templado, nunca faltaran flores, y frutas, ya se ve que deleite tuviera; mas mientras vivimos, es imposible: siempre ha de haber cuidado, de cuando faltare la una agua, procurar la otra. Ésta del cielo viene muchas veces, cuando más descuidado está el hortelano. Verdad es, que a los principios casi siempre es después de larga oración mental; que de un grado en otro viene el Señor a tomar esta avecita, y ponerla en el nido, para que descanse: como la ha visto volar mucho rato, procurando con el entendimiento, y voluntad, y con todas sus fuerzas buscar a Dios, y contentarle, quiérela dar el premio, aun en esta vida: ¡y qué gran premio, que basta un momento para quedar pagados todos los trabajos que en ella puede haber!

6. Estando así el alma buscando a Dios, siento con un deleite grandísimo, y suave, casi desfallecer toda con una manera de desmayo, que le va faltando el huelgo, y todas las fuerzas corporales, de manera, que si no es con mucha pena, no puede aun menear las manos: los ojos se le cierran sin quererlos cerrar; y si los tiene abiertos, no ve casi nada; ni se lee, acierta a decir letra, ni casi atina a conocerla bien; ve que hay letra, mas como el entendimiento no ayuda, no sabe leer, aunque quiera: oye, mas no entiende lo que oye. Así que de los sentidos no se aprovecha nada, sino es para no la acabar de dejar a su placer, y así antes la dañan. Hablar es por demás, que no atina a formar palabra, ni hay fuerza ya que atinase para poderla pronunciar; porque toda la fuerza exterior se pierde, y se aumenta en las del alma, para mejor poder gozar de su gloria. El deleite exterior que se siente, es grande, y muy conocido. Esta oración no hace daño por larga que sea; al menos a mí nunca me hizo, ni me acuerdo hacerme el Señor ninguna vez esta merced por mala que estuviese, que sintiese mal, antes quedaba con gran mejoría. ¿Mas qué mal puede hacer tan gran bien? Es cosa tan conocida las operaciones exteriores, que no se puede dudar, que hubo ocasión, pues así quitó las fuerzas con tanto deleite, para dejarlas mayores.

7. Verdad es, que a los principios pasa en tan breve tiempo, (al menos a mí así me acaecía) que en estas señales exteriores, ni en la falta de los sentidos, no se da tanto a entender, cuando pasa con brevedad; más bien se entiende en sobra de las mercedes, que ha sido grande la claridad del sol que ha estado allí, pues así la ha derretido.

Y nótese esto, que a mi parecer, por largo que sea el espacio de estar el alma en esta suspensión de todas las potencias, es bien breve, cuando estuviere media hora, es muy mucho: yo nunca, a mi parecer, estuve tanto. Verdad es, que se puede mal sentir lo que se está, pues no se siente: mas digo, que de una vez es muy poco espacio sin tornar alguna potencia en sí. La voluntad es la que mantiene la tela, mas las otras dos potencias presto tornan a importunar: como la voluntad está queda, tórnalas a suspender, y están otro poco, y tornan a vivir. En esto se pueden pasar algunas horas de oración, y se pasan; porque comenzadas las dos potencias a emborrachar, y gustar de aquel vino divino, con facilidad se tornan a perder de sí, para estar muy más ganadas; y acompañan a la voluntad, y se gozan todas tres. Mas este estar perdidas del todo, y sin ninguna imaginación en nada (que a mi entender también se pierde del todo) digo que es breve espacio; aunque no tan del todo tornan en sí, que no puedan estar algunas horas como desatinadas, tornando de poco en poco a cogerlas Dios consigo.

8. Ahora vengamos a lo interior de lo que el alma aquí siente; dígalo quien lo sabe, que no se puede entender, cuanto más decir. Estaba yo pensando cuando quise escribir esto (acabando de comulgar, y de estar en esta misma oración que escribo) qué hacía el alma en aquel tiempo. Díjome el Señor estas palabras: Deshácese toda, hija, para ponerse más en mí, ya no es ella la que vive, sino yo: como no puede comprender lo que entiende, es no entender entendiendo. Quien lo hubiere probado entenderá algo de esto, porque no se puede decir más claro, por ser tan oscuro lo que allí pasa. Solo podré decir, que se representa estar junto con Dios, y queda una certidumbre, que en ninguna manera se puede dejar de creer. Aquí faltan todas las potencias, y se suspenden de manera, que en ninguna manera (como he dicho) se entiende que obran. Si estaba pensando en un paso, así se pierde de la memoria, como si nunca la hubiere habido dél: si lee, en lo que leía, no hay acuerdo, ni parar: si rezar, tampoco. Así que a esta mariposilla importuna de la memoria, aquí se le queman las alas, ya no puede más bullir. La voluntad debe estar bien ocupada en amar, mas no entiende cómo ama: el entendimiento, si entiende, no se entiende como entiende, al menos no puede comprender nada de lo que entiende: a mí no me parece, que entiende; porque, como digo, no se entiende; yo no acabo de entender esto. Acaeciome a mí una ignorancia al principio, que no sabía que estaba Dios en todas las cosas; y como me parecía estar tan presente, parecíame imposible dejar de creer que estaba allí, no podía, por parecerme casi claro había entendido estar allí su misma presencia. Los que no tenían letras, me decían, que, estaba solo por gracia, yo no lo podía creer; porque, como digo, parecíame estar presente, y así andaba con pena. Un gran letrado de la orden del glorioso patriarca Santo Domingo me quitó de ésta duda; que me dijo estar presente, y cómo se comunicaba con nosotros, que me consoló harto. Es de notar, y entender, que siempre esta agua del cielo, este grandísimo favor del Señor, deja el alma con grandísimas ganancias, como ahora diré.

Capítulo XIX

Prosigue en la misma materia, comienza a declarar los efectos que hace en

el alma este grado de oración. Persuaden mucho a que no tornen atrás, aunque después de ésta merced tornen a caer, ni dejen la oración. Dice los daños que vernán de no hacer esto: es mucho de notar, y de gran consolación para los flacos, y pecadores

1. Queda el alma de ésta oración, y unión con grandísima ternura; de manera, que se querría deshacer, no de pena, sino de unas lágrimas gozosas: hállase bañada dellas, sin sentirlo, ni saber cuando, ni cómo las lloró; mas dale gran deleite ver aplacado aquel ímpetu del fuego con agua, que le hace más crecer: parece esto algarabía, y pasa ansí. Acaecido me ha algunas veces en este término de oración, estar tan fuera de mí, que no sabía si era sueño, o si pasaba en verdad la gloria que había sentido, y de verme llena de agua, (que sin pena destilaba con tanto ímpetu, y presteza, que parece la echaba de sí aquella nube del cielo) veía que no había sido sueño; esto era a los principios, que pasaba con brevedad. Queda el alma animosa, que si en aquel punto la hiciesen pedazos por Dios, le sería gran consuelo. Allí son las promesas, y determinaciones heroicas, la viveza de los deseos, el comenzar a aborrecer el mundo, el ver muy claro su vanidad; está muy más aprovechada, y altamente, que en las oraciones pasadas, y la humildad más crecida; porque ve claro, que para aquella excesiva merced, y grandiosa, no hubo diligencia suya, ni fue parte para traerla, ni para tenerla. Vese claro indignísima (porque empieza a donde entra mucho sol, no hay telaraña escondida) ve su miseria: va tan fuera la vanagloria, que no lo parece la podría tener; porque ya es por vista de ojos lo poco, o ninguna cosa que puede, que, allí no hubo casi consentimiento, sino que parece, que aunque no quiso le cerraron la puerta a todos los sentidos, para que más pudiese gozar del Señor: quédase sola con él, ¿qué ha de hacer sino amarlo? Ni ve, ni oye, si no fuese a fuerza de brazos, poco hay que le agradecer. Su vida pasada se le representa después, y la gran misericordia de Dios, con gran verdad, y sin haber menester andar a caza el entendimiento, que allí ve guisado lo que ha de comer, y entender. De sí ve, que merece el infierno, y que le castigan con gloria: deshácese en alabanzas de Dios, y yo me querría deshacer ahora. Bendito seáis, Señor mío, que ansí hacéis de pecina tan sucia como yo, agua tan clara que sea para vuestra mesa. Seáis alabado, o regalo de los ángeles, que ansí queréis levantar un gusano tan vil.

2. Queda algún tiempo este aprovechamiento en el alma: puede ya (como entender claro que no es suya la fruta) comenzar a repartir della, y no le hace falta a sí. Comienza a dar muestras de alma, que guarda tesoros del cielo, y a tener deseos de repartirlos con otros, y suplicará Dios, no sea ella sola la rica. Comienza a aprovechar a los prójimos casi sin entenderlo, ni hacer nada de sí: ellos lo entienden, porque ya las flores tienen tan crecido el olor, que les hace desear llegarse a ellas. Entienden que tienen virtudes, y ven la fruta, que es codiciosa(12); querríanle ayudar a comer. Si esta tierra está muy cavada con trabajos, y persecuciones, y murmuraciones, y enfermedades (que pocos deben de llegar aquí sin esto) y si está mullida, con ir muy desasida de propio interese, el agua se embebe tanto, que casi nunca se seca; mas si es tierra, que aun se está en la tierra, y con tantas espinas, como yo al principio estaba, y aun no quitada de las ocasiones, ni tan agradecida, como merece tan gran merced, tórnase la tierra a secar; y si el hortelano se descuida, y el

Señor por sola su bondad, no torna a querer llover, dad por perdida la huerta, que ansí me acaeció a mí algunas veces; que cierto yo me espanto, y si no hubiera pasado por mí, no lo pudiera creer: escribolo para consuelo de almas flacas como la mía, que nunca desesperen, ni dejen de confiar en la grandeza de Dios, aunque después de tan encumbradas, como es llegarlas el Señor aquí, cayan, no desmayen, si no se quieren perder del todo: que lágrimas todo lo ganan, un agua trae otra. Una de las cosas porque me animo, siendo la que soy, a obedecer en escribir esto, y dar cuenta de mi ruin vida, y de las mercedes, que me ha hecho el Señor, con no servirle, sino ofenderle, ha sido esta; que cierto yo quisiera aquí tener gran autoridad, para que se me creyera esto: al Señor suplico, su Majestad la dé. Digo que no desmaye nadie de los que han comenzado a tener oración, con decir: «Si torno a ser malo, es peor ir adelante con el ejercicio della». Yo lo creo, si se deja la oración, y no se enmienda del mal; mas si no la deja, crea que le sacará a puerto de luz. Hízome en esto gran batería el demonio, y pasé tanto en parecerme poca humildad tenerla, siendo tan ruin, que (como ya he dicho) la dejé año y medio, al menos un año, que del medio no me acuerdo bien; y no fuera más, ni fue, que meterme yo mesma, sin haber menester demonios, que me hiciesen ir al infierno. ¡Oh válame Dios, que ceguedad tan grande! ¡Y que bien acierta el demonio, para su propósito, en cargar aquí la mano! Sabe el traidor, que alma que tenga con perseverancia oración, la tiene perdida, y que todas las caídas, que la hace dar, la ayudan, por la bondad de Dios, a dar después mayor salto en lo que es su servicio: algo le va en ello.

3. ¡Oh Jesús mío!, que es ver un alma que ha llegado aquí, caída en un pecado, cuando vos por vuestra misericordia la tornáis a dar la mano, y la levantáis; ¡cómo conoce la multitud de vuestras grandezas, y misericordias, y su miseria! Aquí es el deshacerse de veras, y conocer vuestras grandezas: aquí el no osar alzar los ojos: aquí es el levantarlos, para conocer lo que os debe: aquí se hace devota de la Reina del cielo, para que os aplaque: aquí invoca los santos que cayeron, después de haberlos vos llamado, para que lo ayuden: aquí es el parecer, que todo lo viene ancho, lo que lo dais, porque ve no merece la tierra que pisa: el acudir a los sacramentos: la fe viva, que aquí le queda de ver la virtud, que Dios en ellos puso: el alabaros, porque dejastes tal medicina, y unguento para nuestras llagas, que no las sobresanan, sino que del todo las quitan. Espantase desto; ¿y quién, Señor de mi alma, no se ha de espantar de misericordia tan grande, y merced tan crecida, a traición tan fea y abominable? Que no sé cómo no se me parte el corazón, cuando esto escribo, porque soy ruin. Con estas lágrimas, que aquí lloro, dadas de vos (agua de tan mal pozo, en lo que es de mi parte) parece que os llago pago de tantas traiciones, siempre haciendo males, y procurándoos deshacer las mercedes que vos me habéis hecho. Ponedlas vos, Señor mío, valor; aclarad agua tan turbia, siquiera porque no dé a alguno tentación en echar⁽¹³⁾ juicios (como me la ha dado a mí) pensando; ¿por qué, Señor, dejáis unas personas muy santas, que siempre os han servido, y trabajando, criadas en religión, y siéndolo, y no como yo, que no tenía más del nombre, y ver claro que no las hacéis las mercedes que a mí? Bien veo yo, bien mío, que le guardáis vos el premio para dársele junto, y que mi flaqueza ha menester esto, y ellos como fuertes os sirven sin ello, y los tratáis como

a gente forzada, y no interesal. Mas con todo sabéis vos, mi Señor, que clamaba muchas veces delante de vos, disculpando a las personas que me murmuraban, porque me parecía les sobraba razón. Esto era ya, Señor, después que me teníades por vuestra bondad, para que tanto no os ofendiese, y yo estaba ya desviándome de todo lo que me parecía os podía enojar: que en haciendo yo esto comenzastes, Señor, a abrir vuestros tesoros para vuestra sierva. No parece esperábades otra cosa, sino que hubiese voluntad, y aparejo en mí para recibirlos, según con brevedad comenzastes a no solo darlos, sino a querer entendiesen me los dábades.

4. Esto entendido, comenzó a tenerse buena opinión de la que todos aun no tenía ir bien entendido cuán mala era, aunque mucho se traslucía. Comenzó la murmuración, y persecución de golpe, y a mi parecer con mucha causa; y así no tomaba con nadie enemistad, sino suplicábaos a vos, mirádeses la razón que tenían. Decían que me quería hacer santa, y que inventaba novedades, no habiendo llegado entonces con gran parte, aun a cumplir toda mi regla, ni a las muy buenas, y santas monjas que en casa había, ni creo llegaré si Dios por su bondad no lo hace todo de su parte; sino antes lo era yo para quitar lo bueno, y poner costumbres, que no lo eran; al menos hacía lo que podía para ponerlas, y en el mal podía mucho. Ansí que sin culpa suya me culpaban. No digo eran solo monjas, sino otras personas: descubríanme verdades, porque lo permitíades vos.

5. Una vez rezando las horas (como yo algunas tenía esta tentación) llegué al verso que dice, justus es Domine, y tus juicios: comencé a pensar, cuán gran verdad era; que en esto no ternía el demonio fuerzas jamás para tentarme, de manera, que yo dudase tenéis vos, mi Señor, todos los bienes, ni en ninguna cosa de la fe; antes me parecía, mientras más sin camino natural iban, más firme la tenía; y me daba devoción grande en ser todo poderoso, quedaban conclusas en mí todas las grandezas, que hiciérades vos: ven esto, como digo, jamás tenía duda y pues pensando cómo con justicia, permitíades a muchas que había, cómo tengo dicho, muy vuestras siervas, y que no tenían los regalos, y mercedes que me hacíades a mí, siendo la que era; respondístesme, Señor: «sírvenme tú a mí, y no te metas en eso». Fue la primera palabra, que entendí hablarme vos, y así me espantó mucho; porque después declararé esta manera de entender, con otras cosas, no lo digo aquí, que es salir de propósito; y creo harto he salido dél. Casi no sé lo que me he dicho: no puede ser menos, sino que ha vuesa merced de sufrir estos intervalos, porque cuando veo lo que Dios me ha sufrido, y me veo en este estado, no es mucho pierda el uno de lo que digo, y he de decir.

6. Plega al Señor, que siempre sean esos mis desatinos, y que no permita ya su Majestad, tenga yo poder para ser contra él un punto, antes en este que estoy me consuma. Basta ya para ver sus grandes misericordias, no una, sino muchas veces, que ha perdonado tanta ingratitud. A san Pedro una vez que lo fue, a mí muchas; que con razón me tentaba el demonio, no pretendiese amistad estrecha, con quien trataba enemistad tan pública. ¡Qué ceguedad tan grande la mía! ¿Adónde pensaba, Señor mío, hallar remedio, sino en vos? ¡Qué disbarate, huir de la luz, para andar siempre tropezando! ¡Qué humildad tan soberbia inventaba en mí el demonio, apartarme de estar arrimada a la columna, y báculo, que irla ha de sustentar, para no dar tan gran caída! Ahora me santiguo, y no me parece

que he pasado peligro tan peligroso, como esta invención que el demonio me enseñaba por vía de humildad. Poníame en el pensamiento, que ¿cómo cosa tan ruin, y habiendo recibido tantas mercedes había de llegarme a la oración? Que me bastaba rezar lo que debía, como todas: mas que aun pues esto no hacía bien, ¿cómo quería hacer más? Que era poco acatamiento, y tener en poco las mercedes de Dios. Bien era pensar, y entender esto, mas ponerlo por obra, fue el grandísimo mal. Bendito seáis vos Señor, que así me remediastes. Principio de la tentación que hacía a Judas, me parece ésta; sino que no osaba el traidor tan al descubierto: más él viniera de poco en poco a dar conmigo, a donde dio con él. Miren esto por amor de Dios todos los que tratan oración. Sepan, que el tiempo que estuve sin ella, era mucho más perdida mi vida: mirese que buen remedio me daba el demonio, y que donosa humildad, un desasosiego en mí grande. Mas ¿cómo había de sosegar mi ánima? Apartábase la cuitada de su sosiego, tenía presentes las mercedes y favores, veía los contentos de acá ser asco: como pudo pasar me espanto: era con esperanza, que nunca yo pensaba (a lo que ahora me acuerdo, porque debe haber esto más de veinte y un años) dejaba de estar determinada de tornar a la oración, mas esperaba estar muy limpia de pecados. ¡Oh qué mal encaminada iba en esta esperanza! Hasta el día del juicio me la libraba el demonio, para de allí llevarme al infierno: pues teniendo oración, y lección, que era ver verdades, y el ruin camino que llevaba, e importunando al Señor con lágrimas muchas veces, era tan ruin, que no me podía valer; apartada deso, puesta en pasatiempos con muchas ocasiones, y pocas ayudas y (osaré decir ninguna, sino para ayudarme a caer) ¿qué esperaba, sino lo dicho? Creo tiene mucho delante de Dios un fraile de Santo Domingo gran letrado, que él me despertó deste sueño; él me hizo (como creo he dicho) comulgar de quince a quince días, y del mal no tanto, comencé a tornar en mí, aunque no dejaba de hacer ofensas al Señor: más como no había perdido el camino, aunque poco a poco cayendo, y levantando iba por él; y el que no deja de andar, e ir adelante, aunque tarde, llega. No me parece es otra cosa perder el camino, sino dejar la oración. Dios nos libre, por quien él es.

7. Queda de aquí entendido (y nótese, mucho, por amor del Señor) que aunque un alma llegue a hacerla Dios tan grandes mercedes en la oración, que no se dé de sí, pues puede caer, ni se ponga en ocasiones en ninguna manera. Mírese mucho, que va mucho, que el engaño, que aquí puede hacer el demonio después, aunque la merced sea cierta de Dios, es aprovecharse el traidor de la misma merced en lo que puede; y a personas no crecidas en las virtudes, ni mortificadas, ni desasidas, porque aquí no quedan fortalecidas tanto que baste (como delante diré) para ponerse en las ocasiones, y peligros, por grandes deseos, y determinaciones que tengan. Es excelente doctrina ésta, y no mía, sino enseñada de Dios: y así querría, que personas ignorantes como yo la supiesen; porque aunque esté un alma en este estado, no ha de fiar de sí, para salir a combatir, porque hará hartos en defenderse. Aquí son menester armas para defenderse de los demonios, y aun no tiene fuerza para pelear contra ellos, y traerlos debajo de los pies, como hacen los que están en el estado que diré después. Éste es el engaño con que coge el demonio, que como se ve un alma tan llegada a Dios, y ve la diferencia que hay del bien del cielo al de la tierra, y el amor que la muestra el Señor, deste amor nace confianza, y

seguridad de no caer de lo que goza. Parécele, que ve claro el premio, que no es posible ya en cosa, que aun para la vida es tan deleitosa, y suave, dejarla por cosa tan baja, y sucia, como es el deleite: y con esta confianza quítale el demonio la poca que ha de tener de sí: y como digo, pónese en los peligros, y comienza con buen celo a dar de la fruta sin tasa, creyendo que ya no hay que temer de sí. Y esto no va con soberbia, que bien entiende el alma que no puede de sí nada; sino de mucha confianza de Dios, sin discreción, porque no mira que aun tiene pelo malo. Puede salir del nido, y sácala Dios, más aun no está para volar; porque las virtudes aun no están fuertes, ni tiene experiencia para conocer los peligros, ni sabe el daño que hace en confiar de sí.

8. Esto fue lo que a mí me destruyó; y para esto, y para todo hay gran necesidad de maestro, y trato con personas espirituales. Bien creo, que alma que llega Dios a este estado, si muy del todo no deja a su Majestad, que no la dejará de favorecer, ni la dejará perder; mas cuando, como he dicho, cayere, mire, mire por amor del Señor, no la engañe, en que deje la oración, como hacía a mí con humildad falsa, como ya lo he dicho, y muchas veces lo querría decir: fíe de la bondad de Dios, que es mayor que todos los males que podemos hacer, y no se acuerda de nuestra ingratitud, cuando nosotros conociéndonos queremos tornar a su amistad, ni de las mercedes que nos ha hecho para castigarnos por ellas; antes ayudan a perdonarnos más presto, como a gente que ya era de su casa, y ha comido, como dicen, su pan. Acuérdense de sus palabras, y miren lo que ha hecho conmigo, que primero me cansé de ofenderle, que su Majestad dejó de perdonarme. Nunca se cansa de dar, ni se pueden agotar sus misericordias; no nos cansemos nosotros y alábenle todas las cosas de recibir. Sea bendito para siempre. Amen; y alábenle todas las cosas.

Capítulo XX

En que trata la diferencia que hay de unión a arrobamiento: declara, qué cosa es arrobamiento, y dice algo del bien que tiene el alma, que el Señor por su bondad llega a él: dice los efectos que hace

1. Querría saber declarar con el favor de Dios, la diferencia que hay de unión a arrobamiento, o elevamiento, o vuelo que llaman de espíritu, o arrebatamiento, que todo es uno. Digo, que estos diferentes nombres todo es una cosa, y también se llama éxtasis(14). Es grande la ventaja que hace a la unión: los efectos muy mayores hace, y otras hartas operaciones; porque la unión parece principio, y medio, y fin, y lo es en lo interior; más así como estotros fines son en más alto grado, hacen los efectos interior, y exteriormente. Declárelo el Señor, como ha hecho lo demás, que cierto si su Majestad no me hubiera dado a entender, por qué modos, y maneras se puede algo decir, yo no supiera.

2. Consideremos ahora, que esta agua postrera, que hemos dicho, es tan copiosa, que si no es por no lo consentir la tierra, podemos creer, que se está con nosotros esta nube de la gran Majestad acá en esta tierra. Mas cuando este gran bien agradecemos, acudiendo con obras según nuestras fuerzas, coge el Señor el alma (digamos ahora, a manera que las nubes cogen los vapores de la tierra) y levántala toda della; helo oído así

esto, de que cogen las nubes los vapores, o el sol, y sube la nube al cielo, y llévala consigo, comiéndola a mostrar cosas del reino, que le tiene aparejado. No sé si la comparación cuadra; mas en hecho de verdad ella pasa así. En estos arrobamientos parece no anima el alma en el cuerpo; y así se siente muy sentido, faltar dél el calor natural: vase enfriando, aunque con grandísima suavidad, y deleite.

3. Aquí no hay remedio de resistir, que en la unión, como estamos en nuestra tierra, remedio hay; aunque con pena, y fuerza, resistirse puede casi siempre: acá las más veces ningún remedio hay, sino que, muchas sin prevenir el pensamiento, ni ayuda ninguna, viene un ímpetu tan acelerado, y fuerte, que veis, y sentís levantarse esta nube, o esta águila caudalosa, y cogeros con sus alas. Y digo, que se entiende, y veis os llevar, y no sabéis dónde; porque aunque es con deleite, la flaqueza de nuestro natural hace temer a los principios; y es menester ánima determinada, y animosa mucho más que para lo que queda dicho, para arriscarlo todo, venga lo que viniere, y dejarse en las manos de Dios, e ir a donde nos llevaren de grado, pues os llevan, aunque os pese; y en tanto extremo, que muy muchas veces querría yo resistir, y pongo todas mis fuerzas, en especial algunas, que es en público, otras hartas en secreto, temiendo ser engañada. Algunas podía algo con gran quebrantamiento, como quien pelea contra un jayán fuerte, quedaba después cansada: otras era imposible, sino que me llevaba el alma, y aun casi ordinario la cabeza tras ella, sin poderla tener, y algunas todo el cuerpo, hasta levantarle. Esto ha sido pocas, porque como una vez fuese a donde estábamos juntas en el coro, y yendo a comulgar, estando de rodillas, dábame grandísima pena; porque me parecía cosa muy extraordinaria, y que había de haber luego mucha nota: y así mandé a las monjas (porque es ahora, después que tengo oficio de priora) no lo dijesen. Mas otras veces, como comenzaba a ver que iba a hacer el Señor lo mismo, y una estando personas principales de señoras (que era la fiesta de la vocación) en un sermón, tendíame en el suelo, y llegábanse a tenerme el cuerpo, y todavía se echaba de ver. Supliqué mucho al Señor, que no quisiese ya darme más mercedes, que tuviesen muestras exteriores; porque yo estaba cansada ya de andar en tanta cuenta, y que aquella merced no podía su Majestad hacérmela sin que se entendiese. Parece ha sido por su bondad servido de oírme, que nunca más hasta ahora la he tenido: verdad es que ha poco.

4. Es así que me parecía, cuando quería resistir, que desde debajo de los pies me levantaban fuerzas tan grandes, que no sé cómo lo comparar, que era con mucho más ímpetu, que estotras cosas de espíritu, y así quedaba hecha pedazos; porque es una pelea grande, y en fin aprovecha poco cuando el Señor quiere, que no hay poder contra su poder.

5. Otras veces es servido de contentarse, con que veamos nos quiere hacer la merced, y que no queda por su Majestad; y resistiéndose por humildad, deja los mismos efectos, que si del todo se consintiese. Los que esto hacen son grandes: lo uno muéstrase, el gran poder del Señor, y como no somos parte, cuando su Majestad quiere, de detener tampoco el cuerpo, como el alma, ni somos señores dello, sino que mal que nos pese, vemos que hay superior, y que estas mercedes son dadas dél, y que de nosotros no podemos en nada, nada; e imprímese mucha humildad. Y aun yo confieso, que gran temor me hizo, al principio grandísimo; porque verse así levantar un

cuerpo de la tierra, que aunque, el espíritu le lleva tras sí, y es con suavidad grande, si no se resiste, no se pierde el sentido; al menos yo estaba de manera en mí, que podía entender era llevada. Muéstrase una majestad de quien puede hacer aquello, que espeluzna los cabellos, y queda un gran temor de ofender a tan gran Dios. Éste envuelto en grandísimo amor, que se cobra de nuevo, a quien vemos le tiene, tan grande a un gusano tan podrido, que no parece se contenta con llevar tan de veras el alma a sí, sino que quiere el cuerpo, aun siendo tan mortal, y de tierra tan sucia, como por tantas ofensas se ha hecho. También deja un desasimiento extraño, que yo no podré decir cómo es: paréceme que puedo decir es diferente en alguna manera. Digo más, que estotras cosas de solo espíritu, porque ya que estén, cuando al espíritu, con todo desasimiento de las cosas; aquí parece quiere el Señor, que el mesma cuerpo lo ponga por obra: y hácese una extrañeza nueva para con las cosas de la tierra, que es muy más penosa la vida. Después da una pena, que ni la podemos traer a nosotros, ni venida se puede quitar.

6. Yo quisiera harto dar a entender esta gran pena, y creo no podré, mas diré algo si supiere. Y hase de notar, que estas cosas son ahora muy a la postre después de todas las visiones, y revelaciones que escribiré, y del tiempo que solía tener oración, a donde el Señor me daba tan grandes gustos, y regates. Ahora ya que eso no cesa algunas veces, las más, y lo más ordinario es esta pena que ahora diré. Es mayor y menor. De cuando es mayor quiero ahora decir; porque aunque adelante diré destos grandes ímpetus que me daban, cuando me quiso el Señor dar los arrobamientos, no tienen más que ver, a mi parecer, que una cosa muy corporal a una muy espiritual, y creo no lo encarezco mucho. Porque aquella llena parece, aunque la siente el alma, es en compañía del cuerpo; entrambos parece participan della, y no es con el extremo de desamparo que en ésta. Para la cual, como he dicho, no somos parte, sino muchas veces a deshora viene un deseo, que no sé cómo se mueve; y deste deseo, que penetra toda el alma en un punto, se comienza tanto a fatigar, que sube muy sobre sí, y de todo lo criado, y pónela Dios tan desierta de todas las cosas, que por mucho que ella trabaje, ninguna que le acompañe, le parece hay en la tierra, ni ella la querría, sino morir en aquella soledad. Que la hablen, y ella se quiera hacer toda la fuerza posible a hablar, aprovecha poco; que su espíritu, aunque ella más haga, no se quita de aquella soledad. Y con parecerme, que está entonces lejísimos(15) Dios, a veces comunica sus grandezas, por un modo el más extraño que se puede pensar; y así no se sabe decir, ni creo lo creerá, ni entenderá, sino quien hubiere pasado por ello; porque no es la comunicación para consolar, sino para mostrar la razón que tiene de fatigarse, de estar ausente de bien, que en sí tiene todos los bienes.

7. Con esta comunicación crece el deseo, y el extremo de soledad en que se ve con una pena tan delgada, y penetrativa, que aunque, el alma se estaba puesta en aquel desierto, que al pie de la letra me parece se puede entonces decir; y por ventura lo dijo el real Profeta, estando en la mesma soledad, sino que como a santo se la daría el Señor a sentir más excesiva manera: *Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in tecto*. Y así se me representa este verso entonces, que me parece lo veo yo en mí; y consuélame ver que han sentido otras personas tan gran extremo de soledad, cuanto más tales. Así parece está el alma, no en sí, sino en el tejado, o

techo de sí misma, y de todo lo criado porque aun encima de lo muy superior del alma me parece que está.

8. Otras veces parece anda el alma como necesitadísima, diciendo, y preguntando a sí misma: ¿Dónde está tu Dios? Y es de mirar, que el romance destes versos, yo no sabía bien el que era, y después que lo entendía me consolaba de ver, que me los había traído el Señor a la memoria, sin procurarlo yo. Otras me acordaba de lo que dice san Pablo, que está crucificado al mundo. No digo yo que sea esto ansí, que ya lo veo, más parece, que está ansí el alma, que ni del cielo le viene consuelo, ni está en él, ni de la tierra le quiere, ni está en ella, sino como crucificada entre el cielo, y la tierra, padeciendo, sin venirle socorro de ningún cabo. Porque el que le viene del cielo (que es como de dicho una noticia de Dios tan admirable muy sobre todo lo podemos desear) es para más tormento; porque acrecienta el deseo de manera, que a mi parecer, la gran pena algunas veces quita el sentido, sino que dura poco sin él. Parecen unos tránsitos de la muerte; salvo que trae consigo un tan gran contento este padecer, que no sé yo a qué lo comparar. Ello es un recio martirio sabroso, pues todo lo que se le puede representar al alma de la tierra, aunque sea lo que le suele ser más sabroso, ninguna cosa admite, luego parece lo lanza de sí. Bien entiende, que no quiere sino a su Dios; mas no ama cosa particular dél, sino todo junto lo quiere. Digo no sabe, porque no representa nada la imaginación; ni a mi parecer, mucho tiempo de lo que está ansí, no obran las potencias: como en la unión, arrobamiento el gozo, ansí aquí la pena las suspende.

9. ¡Oh Jesús!, quien pudiera dar a entender, bien a vuesa merced esto, aun para que me dijera lo que es, porque es en lo que ahora anda siempre mi alma: lo más ordinario, en viéndose desocupada, es puesta en estas ansias de muerte, y teme cuando ve que comienzan, porque no se ha de morir; mas llegada a estar en ello, lo que hubiese de vivir, querría en este padecer. Aunque es tan excesivo, que el sujeto le puede mal llevar; y ansí algunas veces se me quitan todos los pulsos casi, según dicen las que algunas veces se llegan a mí de las hermanas, que ya más lo entienden, y las canillas muy abiertas, y las manos tan yertas, que yo no las puedo algunas veces juntar; y ansí me queda dolor hasta otro día en los pulsos, y en el cuerpo, que parece me han descolocado. Yo bien pienso alguna vez ha de ser el Señor servido, si va adelante como ahora, que se acabe con acabar la vida, que a mi parecer bastante es tan gran pena para ello sino que no lo merezco yo. Toda la ansia es morirme entonces, ni me acuerdo de purgatorio, ni de los grandes pecados que he hecho, por donde merecía el infierno, todo se me olvida con aquella ansia de ver a Dios: y aquel desierto, y soledad le parece mejor que toda la compañía del mundo. Si algo le podría dar consuelo, es tratar con quien hubiese pasado por este tormento, y ver, que aunque se queje dél, nadie le parece la ha de creer.

10. También la atormenta, que esta pena es la tan crecida, que no querría soledad como otras, ni compañía, sino con quien se pueda quejar. Es como uno, que tiene la soga a la garganta, y se está ahogando, que procura tomar huelgo: ansí me parece, que este deseo de compañía es de nuestra flaqueza que como nos pone la pena en peligro de muerte, (que esto si cierto hace, yo me he visto en este peligro algunas veces con grandes enfermedades, y ocasiones, como he dicho, y creo podría decir, es este tan

grande como todos) así el deseo que el cuerpo, y alma tienen de no se apartar, es el que pide socorro para tomar huelgo, y con decirlo, y quejarse, y divertirse, busca remedio para vivir muy contra voluntad del espíritu, o de lo superior del alma, que no querría salir desta pena.

11. No sé yo, si atino a lo que digo, o si lo sé decir, mas a todo mi parecer pasa así. Mire, vuesa merced, qué descanso puedo tener en esta vida; pues el que había, que era la oración, y soledad (porque allí me consolaba el Señor) es ya lo más ordinario este tormento; y es tan sabroso, y ve el alma, que es de tanto precio, que ya le quiere más que todos los regalos, que solía tener. Parecele más seguro, porque es camino de cruz, y en sí tiene un gusto muy de valor a mi parecer: porque no participa con el cuerpo, sino pena; y el alma es la que padece, y goza sola del gozo, y contento que da este padecer. No sé yo, cómo puede ser esto; mas así pasa, que a mi parecer, no trocaría esta merced, que el Señor me hace (que viene de su mano, como he dicho, no nada adquirida de mí, porque es muy sobrenatural) por todas las que después diré: no digo juntas, sino tomada cada una por sí. Y no se deje de tener acuerdo, que digo, que estos ímpetus es después de las mercedes, que aquí van, que me ha hecho el Señor, después de todo lo que va escrito en este libro, y en lo que ahora me tiene el Señor.

12. Estando yo a los principios con temor (como me acaece casi en cada merced que me hace el Señor, hasta que con ir adelante su Majestad asegura) me dijo, que no temiese, y que tuviese en más esta merced, que todas las que me había hecho; que en esta pena se purificaba el alma, y se labra o purifica, como el oro en el crisol, para poder mejor poner los esmaltes de sus dones, y que se purgaba allí lo que había de estar en el purgatorio. Bien entendía yo, era gran merced, mas quedé con mucha más seguridad, y mi confesor me dice, que es bueno. Y aunque yo temí, por ser yo tan ruin, nunca podía creer que era malo, antes el muy sobrado bien me hacía temer, acodándome cuan mal lo tengo merecido. Bendito sea el Señor, que tan bueno es. Amén. Parece, que he salido de propósito, porque comencé a decir de arrobamientos, y esto que he dicho, aun es más que arrobamiento, y así deja los efectos que he dicho.

13. Ahora tornemos a arrobamiento, de lo que en ellos es más ordinario. Digo, que muchas veces me parecía que dejaba el cuerpo tan ligero, que toda la pesadumbre dél me quitaba, y algunas era tanto, que casi no entendía poner los pies en el suelo. Pues cuando está en el arrobamiento, el cuerpo queda como muerto, sin poder nada de sí muchas veces, y como le toma se queda siempre, si sentado, si las manos abiertas, si cerradas. Porque, aunque pocas veces se pierde el sentido, algunas me ha acaecido a mí perderle del todo, pocas, y poco rato: mas lo ordinario es, que se turba, y aunque no puede hacer nada de sí, cuanto a lo exterior, no deja de entender, y oír como cosa de lejos. No digo que entiende, y oye, cuando está en lo subido dél: digo subido, en los tiempos que se pierden las potencias, porque están muy unidas con Dios, que entonces no ve, ni oye, ni siente, a mi parecer; mas (como dije en la oración de unión pasada) este transformamiento del alma del todo en Dios, dura poco; mas eso que dura, ninguna potencia se siente, ni sabe lo que pasa allí. No debe ser para que se entienda mientras vivimos en la tierra, al menos no lo quiere Dios, que no debemos de ser capaces para ello. Yo

esto he visto por mí.

14. Dirame vuesa merced que ¿cómo dura alguna vez tantas horas el arrobamiento? Y muchas veces lo que pasa por mí es, que como dije en la oración pasada, gózase, con intervalos, muchas veces se engolfa el alma, o la engolfa el Señor en sí, por mejor decir, y teniéndola en sí un poco, quédase con sola la voluntad. Paréceme, es este bullicio destotras dos potencias, como el que tiene una lengüecilla destos relojes de sol, que nunca para; mas cuando el sol de justicia quiere, hácelas detener. Esto digo, que es poco rato, mas como fue grande el ímpetu, y levantamiento de espíritu, y aunque estas tornen a bullirse, queda engolfada la voluntad, y hace, como señora del todo aquella operación en el cuerpo; porque ya que las otras dos potencias bullidoras las quieran estorbar, de los enemigos los menos, no la estorben también los sentidos: y así hace, que estén suspendidos, porque lo quiere así el Señor. Y por la mayor parte, están cerrados los ojos, aunque, no queramos y si abiertos alguna vez, como ya dije, no atina, ni advierte lo que ve.

15. Aquí pues es mucho menos lo que puede de sí, para que cuando se tornaren las potencias a juntar, no haya tanto que hacer. Por eso a quien el señor diere esto, no se desconsuele cuando se vea así, atado el cuerpo muchas horas, y a veces el entendimiento, y memoria divertidos. Verdad es, que lo ordinario es estar embebidas en alabanzas de Dios, o en querer comprender, y entender lo que ha pasado por ellas; y aun para esto no están bien despiertas, sino como una persona que ha mucho dormido, y soñado, y aún no acaba de despertar. Declárome tanto en esto, porque sé que hay ahora, aun en este tugar personas, a quien el Señor hace estas mercedes; y si los que las gobiernan no han pasado por esto, por ventura les parecerá, que han de estar como muertas en arrobamiento, en especial si no son letrados; y lástima lo que se padece con los confesores, que no lo entienden, como yo diré después. Quizá yo no sé lo que digo, vuesa merced lo entenderá, si atino en algo, pues el señor le ha ya dado experiencia dello, aunque como no es de mucho tiempo, quizá no habrá mirádolo tanto como yo. Así, que aunque mucho lo procuro, por muchos ratos no hay fuerzas en el cuerpo para poderse menear, todas las llevó el alma consigo. Muchas veces queda sano el que estaba bien enfermo, y lleno de grandes dolores, y con más habilidad, porque es cosa grande lo que allí se da; y quiere el Señor algunas veces, como digo, lo goce el cuerpo; pues ya obedece a lo que quiere el alma. Después que torna en sí, si ha sido grande el arrobamiento, acaece andar un día, o dos, y aun tres, tan absortas las potencias, o como embobecidas, que no parece andan en sí.

16. Aquí es la pena de haber de tornar a vivir; aquí le nacieron las alas para bien volar, ya se le ha caído el pelo malo; aquí se levanta ya del todo la bandera por Cristo, que no parece otra cosa, sino que este alcaide desta fortaleza se sube, o le suben a la torre más alta, a levantar la bandera por Dios. Mira a los de abajo, como quien está en salvo, ya no teme los peligros, antes los desea; como a quien por cierta manera se le da allí seguridad de la victoria. Vese aquí muy claro en lo poco que todo lo de acá se ha de estimar, y lo no nada que es. Quien está de lo alto alcanza muchas cosas. Ya no quiere querer, ni tener otra voluntad, que la del Señor, y así se lo suplica; dale las llaves de su voluntad. Hele aquí al hortelano hecho alcaide, no quiere hacer cosa, sino

la voluntad del Señor; ni serlo él de sí, la de nada, ni de un pero desta huerta, sino que si algo bueno hay en ella, lo reparta su Majestad, que de aquí adelante no quiere cosa propia, sino que haga de todo conforme a su gloria, y a su voluntad. Y en hecho de verdad pasa así todo esto, si los arrobamientos son verdaderos, que queda el alma con los efectos, y aprovechamiento que queda dicho: y si no son estos, dudaría yo mucho serlos de parte de Dios, antes temería no sean los arrobamientos que dice san Vicente. Esto entiendo yo, y he visto por experiencia, quedar aquí el alma señora de todo, y con libertad en una hora, y menos, que ella no se puede conocer. Bien ve, que no es suyo, ni sabe cómo se le dio tanto quien, mas entiende claro el grandísimo provecho, que cada rato destos trae. No hay quien lo crea, sino ha pasado por ello; y ansí no creen a la pobre alma, como la han visto ruin, y tan presto la ven pretender cosas tan animosas; porque luego da en no se contentar con servir en poco a Señor, sino en lomas que ella puede. Piensan, que es tentación, y disbarate. Si entendiesen no nace della, sino del Señor, a quien ya ha dado las llaves de su voluntad, no se espantarían. Tengo para mí, que un alma que llega a este estado, que ya ella no habla, ni hace cosa por sí, sino que de todo lo que ha de hacer, tiene cuidado este soberano rey. ¡Oh válame Dios, qué claro se ve aquí la declaración del verso, y cómo se entiende tenía razón, y la ternán todos, de pedir alas de paloma! Entiéndese claro, es vuelo el que da el espíritu, para levantarse de todo lo criado, y de sí mesmo el primero; mas es vuelo suave, es vuelo deleitoso, vuelo sin ruido.

17. ¡Qué señorío tiene un alma, que el Señor llega aquí, que lo mire, todo sin estar enredada en ello! ¡Qué corrida está del tiempo que lo estuvo! ¡Qué espantada de su ceguedad! ¡Qué lastimada de los que están en ella, en especial si es gente de oración, y a quien Dios ya regala! Querría dar voces, para dar a entender qué engañados están; y aun ansí lo hace algunas veces, y lluévenle, en la cabeza mil persecuciones. Tiénela por poco humilde, y que quiere enseñar a de quien había de prender; en especial si es mujer. Aquí es el condenar, y con razón; porque no saben el ímpetu que la mueve, que a veces no se puede valer, ni puede sufrir no desengañar a los que quiere bien, y desea ver sueltos desta cárcel desta vida, que no es menos, ni le parece menos, en la que ella ha estado.

18. Fatígase del tiempo en que miro puntos de honra, y en el engaño que traía de creer, que era honra lo que el mundo llama honra: ve que es grandísima mentira, y que todos andamos en ella. Entiende, que la verdadera honra, no es mentirosa, sino verdadera, teniendo en algo lo que es algo, y lo que es nada tenerlo en no nada, pues todo es nada, y menos que nada lo que se acaba, y no contenta a Dios. Ríese de sí, del tiempo que tenía en algo los dineros, y codicia dellos, aunque, en esto nunca creo, y es ansí verdad, confesé culpa: harta culpa era tenerlos en algo. Si con ellos se pudiera comprar el bien que ahora veo en mí, tuviéralos en mucho; más ve, que este bien se gana con dejarlo todo.

19. ¿Qué es esto que se compra con estos dineros, que deseamos? ¿Es cosa de precio?, ¿es cosa durable? o, ¿para qué la queremos? Negro descanso se procura, que tan caro cuesta. Muchas veces se procura con ellos el infierno, y se compra fuego perdurable, y pena sin fin. ¡Oh todos diesen en tenerlos por tierra sin provecho, qué concertado andaría el

mundo, qué sin tráfigos, con qué amistad se tratarían todos, si faltase interese de honra, y dineros! Tengo para mí se remediaría todo.

20. Ve de los deleites tan gran ceguedad, y como con ellos compra trabajo, aun para esta vida, y desasosiego. ¡Qué inquietud! ¡Qué poco contento! ¡Qué trabajar en vano! Aquí no solo las telarañas ve de su alma, y las faltas grandes, sino un polvito que haya, por pequeño que sea. Porque el sol está muy claro, y ansí por mucho que trabaje un alma en perfeccionarse, si de veras la coge este sol, toda se ve muy turbia. Es como el agua que está en un vaso, que si no le da el sol, está muy claro; y si da en él, vese que está todo lleno de motas. Al pie de la letra es esta comparación, antes de estar el alma en esta éxtasis, parécele, que trae cuidado de no ofender a Dios, y que conforme a sus fuerzas hace lo que puede; mas llegada aquí, que le da este sol de justicia, que la hace abrir los ojos, ve tantas motas, que los querría tornar a cerrar. Porque aun no es tan hijo desta águila caudalosa, que pueda mirar este sol de hito en hito; mas por poco que los tenga abiertos, vese toda turbia. Acuérdate del verso, que dice: ¿Quién será justo delante de ti? Cuando mira este divino sol, deslúmbrale la claridad, como se mira a sí, el barro le tapa los ojos, ciega está esta palomita: ansí acaece muy muchas veces quedarse, ansí ciega del todo, absorta, espantada, desvanecida de tantas grandezas como ve. Aquí se gana la verdadera humildad, para no se le dar nada de decir bienes de sí, ni que lo digan otros. Reparte el Señor del huerto la fruta, y no ella; y ansí no se pega nada a las manos, todo el bien que tiene, va guiado a Dios: si algo dice de sí, es para su gloria. Sabe que no tiene nada ella allí; y, aunque quiera, no puede ignorarlo; porque lo ve por vista de ojos, que mal que le pese, se los hacen cerrar a las cosas del mando, y que los tenga abiertos para entender verdades.

Capítulo XXI

Prosigue, y acaba este postrer grado de oración: dice lo que siente el alma que está en él de tornar a vivir en el mundo, y de la luz que da el señor de los engaños dél: tiene buena doctrina

1. Pues acabando en lo que iba, digo, que no ha menester aquí consentimiento desta alma, ya se le tiene dado, y sabe que con voluntad se entregó en sus manos, y que no le puede engañar, porque es sabidor de todo. No es como acá, que está toda la vida llena de engaños, y dobleces; cuando pensáis tenéis una voluntad ganada, según lo que os muestra, venís a entender, que todo es mentira: no hay ya quien viva en tanto tráfigo, en especial si hay algún poco de interés. Bienaventurada alma, que la trae el Señor a entender verdades. ¡Oh qué estado este para los reyes! ¡Cómo les valdría mucho olas procurarlo, que no gran señorío! ¡Qué rectitud habría el reino! ¡Qué de males se excusarían, y habrían excusado! Aquí no se teme perder vida, ni honra por amor de Dios. ¡Qué gran bien este para quien está más obligado a mirar la honra del Señor, que todos los que son menos, pues han de ser los reyes a quien sigan! Por un punto de aumento, en la fe, y de haber dado luz en algo a los herejes, perderían mil reinos; y con razón, otro ganar es un reino, que no se acaba, que con solo una gota que gusta un alma desta agua dél, parece aseo todo lo de acá. Pues cuando

fuere estar engolfada en todo, ¿qué será? ¡Oh Señor!, si me diérades estado para decir a voces esto, no me creyeran (como hacen a muchos, que lo saben decir de otra suerte, que yo) mas al menos satisfaciérame yo. Paréceme, que tuviera en poco la vida, por dar a entender una sola verdad destas, no sé después lo que hiciera, que no hay que fiar de mí; con ser la que soy me dan grandes ímpetus, por decir esto a los que mandan, que me deshacen. De que no puedo más, tórnome a vos, Señor mío, a pedir os remedio para todo; y bien sabéis vos, que muy de buena gana me desposeería yo de las mercedes que me habéis hecho, con quedar en estado que no os ofendiese, y las daría a tus reyes, porque sé, que sería imposible consentir cosas que ahora se consienten, ni dejar de haber grandísimos bienes. ¡Oh Dios mío!, dadles a entender a lo que están obligados; pues los quisistes vos señalar en la tierra de manera, que aun he oído decir, hay señales en el cielo, cuando lleváis alguno. Que cierto cuando pienso esto, me hace devoción, que queráis vos, Rey mío, que hasta en esto entiendan os han de imitar en vida; pues en alguna manera hay señal en el cielo, como cuando moristes vos en su muerte. Mucho me atrevo: rómpalo vuesa merced si mal le parece; y crea se lo diría mejor en presencia, si pudiese, o pensase me han de creer, porque los encomiendo a Dios mucho, y querría me aprovechase. Todo lo hace aventurar la vida, que deseo muchas veces estar sin ella, y era por poco precio, aventurar a ganar mucho; porque no hay ya quien viva, viendo por vista de ojos el gran engaño en que andamos, y la ceguedad que traemos.

2. Llegada un alma aquí, no es solo deseos lo que tiene por Dios, su Majestad la da fuerzas, para ponerlos por obra: no se le pone cosa delante, en que piense le sirve, a que no se abalance; y no hace nada, porque como digo, ve claro, que no es todo nada, sino contentar a Dios. El trabajo es, que no hay que se ofrezca a las que son de tan poco provecho como yo. Sed vos Bien mío servido, venga algún tiempo, en que yo pueda pagar un cornado de lo mucho que os debo; ordenad vos, Señor, como fuéredes servido, como esta vuestra sierva os sirva en algo. Mujeres eran otras, y han hecho cosas heroicas por amor de vos; yo no soy para más de hablar, y ansí no queréis vos, Dios mío, ponerme en obras, todo se va en palabras, y deseos, cuanto he de servir; y aun para esto no tengo libertad, porque por ventura faltara en todos. Fortaleced vos mi alma, y disponedla primero, bien de todos los bienes, y Jesús mío; y ordenad luego modos como haga algo por vos, que no hay ya quien sufra recibir tanto, y no pagar nada: cueste lo que costare, Señor, no queráis que vaya delante de vos tan vacías las manos, pues conforme a las obras se ha de dar el premio. Aquí está mi vida, aquí está mi honra, y mi voluntad; todo os lo he dado, vuestra soy, disponed de mí conforme a la vuestra. Bien veo yo, mi Señor, lo poco que puedo, más llegada a vos, subida en esta atalaya, a donde se ven verdades, no os apartando de mí, todo lo podré; que si os apartáis, por poco que sea, iré a donde estaba, que era el infierno.

3. ¡Oh qué es un alma que se ve aquí, haber de tornar a tratar con todos, a mirar, y ver esta farsa desta vida tan mal concertada, a gastar el tiempo en cumplir con el cuerpo, durmiendo, y comiendo! Todo lo cansa, no sabe como huir, vese en cadena, y presa, entonces siente más verdaderamente el cautiverio que traemos con los cuerpos, y la miseria de la vida. Conoce la razón que tenía san Pablo de suplicar a Dios le librase

della; da voces con él, pide a Dios libertad, como otras veces he dicho: mas aquí es con tan gran ímpetu muchas veces, que parece se quiere salir el alma del cuerpo a buscar esta libertad, ya que no la sacan. Anda como vendida en tierra ajena: y lo que más le fatiga, es no hallar muchos que se quejen con ella, y pidan esto, sino lo más ordinario es desear vivir. ¡Oh si no estuviésemos asidos a nada, ni tuviésemos puesto nuestro contento en cosa de la tierra que nos daría vivir siempre sin él, templaría el miedo de la muerte con el deseo de gozar de la vida verdadera! Considero algunas veces, cuando una como yo, por haberme el Señor dado esta luz con tan tibia caridad, y tan incierto el descanso verdadero, por no lo haber merecido mis obras, siento tanto verme en este destierro muchas veces, ¿qué sería el sentimiento de los santos? ¿Qué debía de pasar san Pablo, y la Magdalena, y otros semejantes, en quien tan crecido estaba este fuego de amor de Dios? Debía ser un contino martirio. Paréceme, que quien me da algún alivio, y con quien descanso de tratar, son las personas que hallo destos deseos. Digo, deseos con obras: digo con obras, porque hay algunas personas, que a su parecer están desasidas, y así lo publican (y había ello de ser, pues su estado lo pide, y los muchos años que ha que algunas han comenzado camino de perfección) mas conoce bien esta alma desde muy lejos, los que lo son de palabras, o los que va estas palabras han confirmado con obras; porque tiene entendido el poco provecho que hacen los unos, y el mucho los otros: y es cosa, que quien tiene experiencia, lo ve muy claramente.

4. Pues dicho ya estos efectos, que hacen los arrobamientos, que son espíritu de Dios. Verdad es, que hay más, o menos: digo menos, porque a los principios, aunque hace estos efectos, no están experimentados con obras, y no se puede así entender que los tiene; y también va creciendo la perfección, y procurando no haya memoria de telaraña, y esto requiere algún tiempo; y mientras más crece, el amor, y humildad en el alma, mayor olor dan de sí estas flores de virtudes para sí, y para los otros. Verdad es, que de manera puede obrar el Señor en el alma en un rato destos, que quede poco que trabajar al alma en adquirir perfección, porque no podrá nadie crear, si no lo experimenta, lo que el Señor le da aquí; que no hay diligencia nuestra, que a esto llegue, a mi parecer. No digo que con el favor del Señor, ayudándose muchos años por los términos que escriben los que han escrito de oración, principios, y medios, no llegarán a la perfección, y desasimiento mucho con hartos trabajos; mas no en tan breve tiempo, como sin ninguno nuestro obra el Señor aquí, y determinadamente saca el alma de la tierra, y le da señorío sobre lo que hay en ella, aunque en esta alma no haya más merecimientos, que había en la mía, que no lo puedo más encarecer porque era casi ninguno. El por qué lo hace su Majestad, es porque quiere, y como quiere hacerlo, y aunque no haya en ella disposición, la dispone para recibir el bien que su Majestad le da. Así que de todas veces los da, porque se lo han merecido en granjear bien el huerto (aunque es muy cierto a quien esto hace, quien, y procura desasirse, no dejar de regalarle) sino que es su voluntad mostrar su grandeza algunas veces en la tierra, que es más ruin, como tengo dicho, y disponerla para todo bien; de manera, que parece no es ya parte en cierta manera, para no tornar a vivir en las ofensas de Dios que solía.

5. Tiene el pensamiento tan habituado a entender lo que es verdadera

verdad, que todo lo demás le parece juego de niños: ríese entre sí algunas veces cuando ve a personas graves de oración, y religión, hacer mucho caso de unos puntos de honra, que esta alma tiene ya debajo de los pies. Dicen que es discreción, y autoridad de su estado, para más aprovechar: sabe ella muy bien, que aprovecharían más en un día que pospusiesen aquella autoridad de estado por autor de Dios, que con ella en diez años. Así vive vida trabajosa, y siempre con cruz, más va en gran crecimiento; cuando parece a los que las tratan están muy en la cumbre, desde a poco están muy más mejoradas, porque siempre las va favoreciendo más. Dios es alma suya, es el que la tiene ya a cargo, y así le luce; porque parece asistentemente la está siempre guardando, para que no le ofenda, y favoreciendo, y despertando, para que le sirva. En llegando mi alma a que Dios la hiciese esta tan gran merced, cesaron mis males, y me dio el Señor fortaleza para salir dellos, y no me hacía más estar en las ocasiones, y con gente que me solía distraer, que si no estuviera; antes me ayudaba lo que me solía dañar: todo me era medios para conocer más a Dios, y amarle, y ver lo que le debía, y pesarme de la que había sido.

6. Bien entendía yo no venía aquello de mí, ni lo había ganado con mi diligencia, que aún no había habido tiempo para ello, su Majestad me había dado fortaleza para ello por su sola bondad. Hasta ahora, desde que me comenzó el Señor a hacer esta merced deslos arrobamientos, siempre ha ido creciendo esta fortaleza, y por su hondad me ha tenido de su mano, para no tornar atrás; ni me parece, como es así, hago nada casi de mi parte, sino que entiendo claro el Señor es el que obra: y por esto, me parece, que a alma que el Señor hace estas mercedes, que yendo con humildad, y temor, siempre entendiendo el mesmo Señor lo hace, y nosotros casi no nada, que se podrá poner entre cualquiera gente; aunque sea más distraída, y viciosa, no le hará al caso, ni moverá en nada, antes, como he dicho, le ayudará, y serle ha modo para sacar muy mayor aprovechamiento. Son ya almas fuertes, que escoge el Señor para aprovechar a otras; aunque esta fortaleza no viene de sí: de poco en poco, en llegando el Señor aquí un alma, le va comunicando muy grandes secretos. Aquí son las verdaderas revelaciones en este éxtasi, y las grandes mercedes, y visiones, y todo aprovecha para humillar, y fortalecer el alma, y que tenga en menos las cosas desta vida, y conozca más claro las grandezas del premio, que el Señor tiene aparejado a los que le sirven. Plega a su Majestad, sea alguna parte la grandísima largueza que con esta miserable pecadora ha tenido, para que se esfuerzen, y animen los que esto leyeren, a dejarlo todo del todo por Dios; pues tan cumplidamente paga su Majestad, que aun en esta vida se ve claro el premio, y la ganancia que tienen los que le sirven: ¿qué será en la otra?

Capítulo XXII

En que trata, cuán seguro camino es para los contemplativos, no levantar el espíritu a cosas altas, si el Señor no le levanta; y cómo ha de ser el medio para la más sabida contemplación la humanidad de Cristo. Dice de un engaño en que ella estuvo un tiempo es muy provechoso este capítulo

1 Una cosa quiero decir, a mi parecer, importante, que si a vuesa

merced le parece bien, servirá de aviso, que podría ser haberle menester: porque en algunos libros que están escritos de oración, tratan, que aunque el alma no puede por sí llegar a este estado, porque es todo obra sobrenatural que el Señor obra en ella, que podrá ayudarse levantando el espíritu de todo lo criado, y subiéndole con humildad después de muchos años, que haya ido por la vida purgativa, y aprovechando por la iluminativa, (no sé yo bien porqué dicen iluminativa; entiendo, que de los que van aprovechando) y avisan mucho, que aparten de sí toda imaginación corpórea, y que se alleguen a contemplar en la divinidad: porque dicen, que aunque sea la humanidad de Cristo, a los que llegan ya tan adelante, que embaraza, o impide a la más perfecta contemplación. Traen lo que dijo el Señor a los Apóstoles, cuando la venida del Espíritu Santo, digo cuando subió a los cielos, para este propósito. Y paréceme a mí, que si tuvieran la fe, como la tuvieron des pues que vino el Espíritu Santo, de que era Dios, y hombre, no les impidiera; pues no se dijo esto a la Madre de Dios, aunque le amaba más que todos. Porque les parece, que como esta obra toda es espíritu, que cualquiera cosa corpórea la puede estorbar, e impedir; y que considerarse en cuadrada manera, y que está Dios de todas partes, y verse engolfado en él, es lo que han de procurar. Esto bien me parece a mí algunas veces; mas apartarse del todo de Cristo, y que entre en cuenta este divino cuerpo con nuestras miserias, ni con todo lo criado, no lo puedo sufrir. Plega a su Majestad, que me sepa dar a entender. Yo no lo contradigo, porque son letrados, y espirituales, y saben lo que dicen, y por muchos caminos, y vías lleva Dios las almas, como ha llevado la mía; quiero yo ahora decir (en lo demás no me entremeto) y en el peligro en que me vi, por querer conformarme con lo que leía. Bien creo, que quien llegare a tener unión, y no pasare adelante (digo arrobamientos, y visiones, y otras mercedes que hace Dios a las almas) que terná lo dicho por lo mejor, como yo lo hacía; y si me hubiera estado en ello, creo nunca hubiera llegado a lo que ahora; porque a mi parecer es engaño, ya puede ser yo sea la engañada, mas diré lo que me acaeció.

2. Como yo no tenía maestro, y leía en estos libros, por donde poco a poco yo pensaba entender algo, (y después entendí, que si el Señor no me mostrara, yo pudiera poco con los libros deprender; porque no era nada lo que entendía, hasta que su Majestad por experiencia me lo daba a entender, ni sabía lo que hacía) en comenzando a tener algo de oración sobrenatural, digo de quietud, procuraba desviar toda cosa corpórea aunque ir levantando el alma yo no osaba, que como era siempre tan ruin, veía que era atrevimiento; más parecíame sentir la presencia de Dios, como es ansí, y procuraba estarme recogida con él; y es oración sabrosa, si Dios allí ayuda, y el deleite mucho; y como se ve aquella ganancia, y aquel gusto, ya no había quien me hiciese tornar a la humanidad, sino que en hecho de verdad me parecía me era impedimento. ¡Oh Señor de mi alma, y bien mío Jesucristo crucificado!, no me acuerdo vez desta opinión que tuve, que no me dé pena; y me parece, que hice una gran traición, aunque con ignorancia. Había sido yo tan devota toda mi vida de Cristo; porque esto era ya a la postre: digo a la postre, de antes que el Señor me hiciese estas mercedes de arrobamientos, y visiones. Duró muy poco estar en esta opinión, y ansí siempre tornaba a mi costumbre de holgarme con este Señor, en especial cuando comulgaba, quisiera yo siempre traer delante de los

ojos su retrato, e imagen, ya que no podía traerle tan esculpido en mi alma, como yo quisiera. ¿Es posible, Señor mío, que cupo en mi pensamiento, ni una hora, que vos me habíades de impedir para mayor bien? ¿De dónde vinieron a mí todos los bienes, sino de vos? No quiero pensar, que en esto tuve culpa, porque me lastimo mucho, que cierto era ignorancia; y así quisistes vos, por vuestra bondad, remediarla, con darme quien me sacase deste yerro, y después con que os viese yo tantas veces, como adelante diré, para que más claro entendiese cuán grande era, y que lo dijese a muchas almas, que lo he dicho, y para que lo pusiese, ahora aquí. Tengo para mí, que la causa de no aprovechar más muchas almas, y llegar a muy gran libertad de espíritu, cuando llegan a tener oración de unión, es por esto.

3. Paréceme, que hay dos razones, en que puedo fundar mi razón, y quizá no digo nada, mas lo que dijere he lo visto por experiencia que se hallaba muy mal mi alma, hasta que el Señor la dio luz; porque todos sus gozos eran a sorbos, y salida de allí no se hallaba con la compañía, que después para los trabajos, y tentaciones: la una es, que va un poco de poca humildad tan solapada, y escondida, que no se siente. ¿Y quién será el soberbio, y miserable como yo, que cuando hubiera trabajado toda su vida con cuantas penitencias, y oraciones, y persecuciones se pudieren imaginar, no se halle por muy rico, y muy bien pagado, cuando le consienta el Señor estar al pie de la cruz con san Juan? No sé en qué seso cabe no se contentar con esto, sino en el mío, que de todas maneras fue perdido en lo que había de ganar. Pues si todas veces la condición, o enfermedad, por ser penoso pensar en la Pasión, no se sufre, ¿quién nos quita estar con él después de resucitado, pues tan cerca le tenemos en el sacramento, donde ya está glorificado, y no le miraremos tan fatigado, y hecho pedazos, corriendo sangre, cansado por los caminos, perseguido de los que hacía tanto bien, no creído de los Apóstoles? Porque cierto no todas veces hay quien sufra pensar tantos trabajos, como pasó. Hete aquí sin pena, lleno de gloria, esforzando a los unos, animando a los otros, antes que subiese a los cielos. Compañero nuestro en el Santísimo Sacramento, que no parece fue en su mino apartarse mi momento de nosotros. ¿Y que haya sido en la mía, apartarme yo de vos, Señor mío, por más serviros? Que ya cuando os ofendía, no os conocía; ¿mas que conociendoos, pensase ganar más por este camino? ¡Oh que mal camino llevaba Señor! Ya me parece iba sin camino, si vos no me tornáades a él, que en veros cabe mí, he visto todos los bienes. No me ha venido trabajo, que mirándoos a vos, cual estuvistes delante de los jueces, no se me haga bueno de sufrir. Con tan buen amigo presente, con tan buen capitán, que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir: él ayuda, y da esfuerzo, nunca falta, es amigo verdadero; y veo yo claro, y he visto después, que para contentar a Dios, y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos desta humanidad sacratísima, en quien dijo su Majestad se deleita. Muy muchas veces lo he visto por experiencia: hámelo dicho el Señor. He visto claro, que, por esta puerta hemos de entrar, si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos.

4. Así que vuesa merced Señor, no quiera otro camino, aunque esté en la cumbre de contemplación; por aquí va seguro. Este Señor nuestro, es por quien nos vienen todos los bienes, él le enseñará: mirando su vida, es el

mejor dechado. ¿Qué más queremos de un tan buen amigo al lado, que no nos dejará en los trabajos, y tribulaciones, como hacen los del mundo? Bienaventurado, quien de verdad le amare, y siempre lo trajere cabe de sí. Miremos al glorioso san Pablo, que no parece se le caía de la boca siempre, JESÚS, como quien le tenía bien en el corazón. Yo he mirado con cuidado, después que esto de entendido de algunos santos grandes contemplativos, y no iban por otro camino, san Francisco da muestra dello en las llagas. San Antonio de Padua, en el niño. San Bernardo se deleitaba en la humanidad. Santa Catalina de Sena. Otros muchos, que vuesa merced sabrá mejor que yo. Esto de apartarse de lo corpóreo, bueno debe de ser cierto, pues gente tan espiritual lo dice; más a mi parecer, ha de ser estando el alma muy aprovechada; porque hasta esto, está claro se ha de buscar el Criador por las criaturas. Todo es como la merced el Señor hace a cada alma, en eso no me entremeto. Lo que querría dar a entender es, que no ha de entrar en esta cuenta la sacratísima humanidad de Cristo. Y entiéndase bien este punto, que querría saberme declarar.

5. Cuando Dios quiere suspender todas las potencias (como en los modos de oración que quedan dichos hemos visto) claro está, que aunque no queramos, se quita esta presencia. Entonces vaya enhorabuena(16); dichosa tal pérdida, que es para gozar más de lo que nos parece se pierde: porque entonces se emplea el alma toda en amar a quien el entendimiento ha trabajado conocer, y ama lo que no comprendió, y goza de lo que no pudiera también gozar, sino fuera perdiéndose a sí, para, como digo, más ganarse; más que nosotros de maña, y con cuidado nos acostumbremos a no procurar con todas nuestras fuerzas traer delante siempre (y pluguiese al Señor fuese siempre) esta sacratísima humanidad, esto digo, que no me parece bien, y que es andar el alma en el aire, como dicen; porque parece no trae arrimo, por mucho que le parezca anda llena de Dios. Es gran cosa, mientras vivimos, y somos humanos, traerle humano; que éste es el otro inconveniente, que digo hay. El primero, ya comencé a decir, es un poco de falta de humildad, de quererse levantar el alma, hasta que el Señor la levante, y no contentarse, con meditar cosa tan preciosa, y querer ser María, antes que haya trabajado con Marta. Cuando el Señor quiere que lo sea, aunque sea desde el primer día, no hay, que temer; mas comidámonos nosotros, como ya creo otra vez he dicho. Esta motita de poca humildad, aunque no parece es nada, para querer aprovechar en la contemplación, hace mucho daño.

6. Tornando al segundo punto, nosotros no somos ángeles, sino tenemos cuerpo: querernos hacer ángeles, estando en la tierra, y tan en la tierra como yo estaba, es desatino, sino que ha menester tener arrimo el pensamiento para lo ordinario, ya que algunas veces el alma salga de sí, o ande muchas tan llena de Dios, que no haya menester cosa criada para recogerla. Esto no es tan ordinario, que en negocios, y persecuciones, y trabajos, cuando no se puede tener tanta quietud; y en tiempo de sequedades es muy buen amigo Cristo; porque le miramos hombre, y vémosle con flaquezas, y trabajos, y es compañía, habiendo costumbre es muy fácil hallarle cabe sí; aunque veces vernán, que ni lo uno, ni lo otro no se pueda. Para esto es bien lo que ya he dicho, no nos mostrar a procurar consolaciones de espíritu, venga lo que viniere, abrazado con la cruz, es gran cosa. Desierto quedó este Señor de toda consolación, solo lo dejaron

en los trabajos, no le dejemos nosotros, que para más subir, él nos dará mejor la mano que nuestra diligencia, y ausentará cuando viere que conviene, y que quiere el Señor sacar el alma de sí, como he dicho.

7. Mucho contenta a Dios ver mi alma, que con humildad pone por tercero a su hijo, y le ama tanto, que aun queriendo su Majestad subirle a muy gran contemplación (como tengo dicho) se conoce por indigno, diciendo con san Pedro: Apartaos de mí Señor, que soy hombre pecador. Esto he probado: deste arte, ha llevado Dios mi alma. Otros irán, como he dicho, por otro atajo; lo que yo no entendido es, que todo este cimiento de la oración va fundado en humildad, y que ni tras más se abaja un alma en la oración, más la sube Dios. No me acuerdo haberme hecho merced muy señalada, de las que adelante diré, que no sea estando deshecha de verme tan ruin; y aun procuraba su Majestad darme a entender cosas para ayudarme a conocerme que yo no las supiera imaginar. Tengo para mí, que cuando el alma hace de su parte algo, para ayudarse en esta oración de unión, que aunque luego parece lo aprovecha, que como cosa no fundada se tornará muy presto a caer; y de miedo, que nunca llegará a la verdadera pobreza de espíritu, que es no buscar consuelo, ni gusto en la oración (que los de la tierra ya están dejados) sino consolación en los trabajos, por amor del que siempre vivió en ellos, y estar en ellos, y en las sequedades quieta, aunque algo se sienta, no para dar inquietud; y, la pena que a algunas personas, que si no están siempre trabajando con el entendimiento, y con tener devoción, piensan que va todo perdido, como si por su trabajo se mereciese tanto bien. No digo, que no se procure, y estén con cuidado delante de Dios; mas que si no pudieren tener aun un buen pensamiento (como otra vez he dicho) que no se maten: siervos sin provecho somos; ¿qué pensamos poder? Mas quiera el Señor que conozcamos esto, y andemos hechos asnillos, para traer la noria del agua, que queda dicha, que aunque cerrados los ojos, y no entiendo lo que hacen, sacarán más que el hortelano con toda su diligencia. Con libertad se ha de andar en este camino, puestos en las manos de Dios; si su Majestad nos quisiere subir a ser de los de su cámara, y secreto, ir de buena gana; si no servir en oficios bajos, y no sentarnos en el mejor lugar, como de dicho alguna vez. Dios tiene cuidado más que nosotros, y sabe para lo que es cada uno. ¿De qué sirve gobernarse a sí, quien tiene ya dada toda su voluntad a Dios? A mi parecer muy menos se sufre aquí, que en el primer grado de la oración, y mucho más dañá; son bienes sobrenaturales. Si uno tiene mala voz, por mucho que se esfuerce a cantar, no se le hace buena; si Dios quiere dársela, no ha él menester antes dar dos voces: pues supliquemos siempre nos haga mercedes, rendida el alma, aunque confiada de la grandeza de Dios. Pues para que esté a los pies de Cristo le dan licencia, que procure no quitarse de allí, esté como quiera; imite a la Magdalena, que de que estuviere fuerte, Dios la llevará al desierto.

8. Así que vuesa merced hasta que halle quien tenga más experiencia que yo, y lo sepa mejor, estese en esto. Si son personas que comienzan a gustar de Dios, no las crea, que les parece les aprovecha, y gustan más ayudándose. ¡Oh cuando Dios quiere, cómo viene al descubierta sin estas ayuditas, que aunque más hagamos, arrebatá el espíritu, como un gigante, tomaría una paja, y no hasta resistencia! ¡Qué manera para creer, que cuando él quiere, espera que vuele el sapo por sí mismo!, y aún más

difícil, y pesado me parece levantarse nuestro espíritu, si Dios no le levanta; porque está cargado de tierra, y de mil impedimentos, y aprovéchale poco querer volar, que aunque es más su natural que el del salto, está ya tan metido en el cieno, que lo perdió por su culpa. Pues quiero concluir con esto, que siempre que se piense de Cristo, nos acordemos del amor con que nos hizo tantas y cuán grande nos le mostró Dios nuestro Señor, en darnos tal prenda del que nos tiene, que amor saca amor. Y aunque sea muy a los principios, y nosotros muy ruines, procuremos ir mirando esto siempre, despertándonos para amar, porque si una vez nos hace el Señor merced que se nos imprima en el corazón este amor, sernos ha todo fácil, y obraremos muy en breve, y muy sin trabajo. Dénsle su Majestad, pues sabe lo mucho que nos conviene, por el que él nos tuvo, y por su glorioso hijo, a quien tan a su costa nos le mostró. Amén.

9. Una cosa querría preguntar a vuesa merced: ¿cómo en comenzando el Señor a hacer mercedes a un alma tan subidas, como es ponerla en perfecta contemplación, que de razón había de quedar perfecta del todo luego; (de razón sí por cierto, porque quien tan gran merced recibe, no había más de querer consuelos de la tierra) pues por qué en arrobamiento, y en cuanto está ya el alma más habituada a recibir mercedes, parece que trae consigo los efectos tan más subidos, y mientras más, más desasida, pues en mi punto que el Señor llega la puede dejar santificada, ¿cómo después andando el tiempo la deja el mismo Señor con perfección en las virtudes? Esto quiero yo saber, que no lo sé; más bien sé es diferente lo que Dios deja de fortaleza, cuando al principio no dura más que cerrar, y abrir los ojos, y casi no se siente, sino en los efectos que deja, o cuando va más a la larga esta merced. Y muchas veces paréceme a mí, si es el no se disponer del todo luego el alma, hasta que el Señor poco a poco la cría, y la hace determinar, y da fuerzas de varón, para que dé del todo con todo en el suelo, como lo hizo con la Magdalena con brevedad; hácelo en otras personas, conforme a lo que ellas hacen, en dejar a su Majestad hacer: no acabamos de creer, que aun en esta vida da Dios ciento por uno.

10. También pensaba yo esta comparación, que puesto que sea todo uno lo que se da a los que más adelante van, que en el principio es como un manjar, que comen dél muchas personas, y las que comen poquito, quédales solo buen sabor por un rato; las que más, ayuda a sustentar; las que comen mucho, da vida, y fuerza: y tantas veces se puede comer, y tan cumplido deste manjar de vida, que ya no coman cosa, que les sepa bien, sino él; porque ve el provecho que le hace: y tiene ya tan hecho el gusto a esta suavidad, que querría más no vivir, que haber de comer otras cosas, que no sean sino para quitar el buen sabor, que el buen manjar dejó. También una compañía santa no hace su conversación tanto provecho de un día, como de muchos; y tantos pueden ser los que estemos con ella, que seamos como ella, si nos favorece Dios: y en fin todo está en lo que su Majestad quiere, y a quien quiere darlo; más mucho va en determinarse, quien ya comienza a recibir esta merced, en desasirse de todo, y tenerla en lo que es razón.

11. También me parece que anda su Majestad a probar quien le quiere, sino uno, sino otro, descubriendo quién es con deleite tan soberano, por avivar la fe, si está muerta, de lo que nos ha de dar, diciendo: Mira, que esto es una gota del mar grandísimo de bienes, por no dejar nada por hacer

con los que ama; y como ve que le reciben así, da, y se da. Quiere a quien le quiere; ¡y qué bien querido, y qué buen amigo! ¡Oh Señor de mi alma, quien tuviera palabras para dar a entender, qué dais a los que se fían de vos, y qué pierden los que llegan a este estado, y se quedan consigo mismos! No queráis vos esto, Señor; pues más que, esto hacéis vos, que os venís a una posada tan ruin como la mía. Bendito seáis por siempre jamás. Torno a suplicar a vuestra merced, que estas cosas que he escrito de oración, si las tratare con personas espirituales, lo sean; porque si no saben más de un camino, o se han quedado en el medio, no podrán así atinar; y hay algunas, que desde luego las lleva Dios por muy subido camino, y pareceles, que así podrán los otros aprovechar allí y quietar el entendimiento, y no se aprovechar de medios de cosas corpóreas, y quedarse han secos como un palo: y algunos que hayan tenido un poco de quietud, luego piensan, que como tienen lo uno, pueden hacer lo otro, y en lugar de aprovechar, desaprovecharán, como he dicho: así que en todo es menester experiencia, y discreción. El Señor nos la dé por su honrad.

Capítulo XXIII

En que torna a tratar del discurso de su vida, y cómo comenzó a tratar de más perfección, y por qué medios: es provechoso para las personas que tratan de gobernar almas que tienen oración, saber cómo se han de haber en los principios, y el provecho que le hizo saberla llevar

1. Quiero ahora tornar a donde dejé de mi vida, que me he detenido, creo más de lo que me había de detener, porque se entienda mejor lo que está por venir. Es otro libro nuevo de aquí adelante, digo otra vida nueva; la de hasta aquí era mía, la que he vivido, desde que comencé a declarar estas cosas de oración, es que vivía Dios en mí, a lo que me parecía; porque entiendo yo era imposible salir en tan poco tiempo de tan malas costumbres, y obras. Sea el Señor alabado, que me libró de mí. Pues comenzando a quitar ocasiones, y a darme más a la oración, comenzó el Señor a hacerme las mercedes, como quien deseaba, a lo que pareció, que yo las quisiese recibir. Comenzó su Majestad a darme muy de ordinario oración de quietud, y muchas veces de unión, que duraba mucho rato. Yo como en estos tiempos habían acaecido grandes ilusiones en mujeres, y engaños que les había hecho el demonio, comencé a temer, como era tan grande el deleite, y suavidad que sentía, y muchas veces sin poderlo excusar; puesto que veía en mí por otra parte una grandísima seguridad, que era Dios, en especial cuando estaba en la oración, y veía que quedaba de allí muy mejorada, y con más fortaleza. Mas en distrayéndome un poco, tornaba a temer, y a pensar, si quería el demonio, haciéndome entender que era bueno, suspender el entendimiento, para quitarme la oración mental, y que no pudiese pensar en la Pasión, ni aprovecharme del entendimiento, que me parecía a mi mayor pérdida, como no lo entendía. Mas como su Majestad quería ya darme luz, para que no le ofendiese ya, y conociese lo mucho que le debía, creció de suerte este miedo, que me hizo buscar con diligencia personas espirituales con quien tratar, y que ya tenía noticia de algunos, porque habían venido aquí los de la Compañía de Jesús, a quien yo sin conocer a ninguno, era muy aficionada de solo saber el modo que llevan de

vida, y oración, mas no me hallaba digna de hablarles, ni fuerte para obedecerlos, que esto me hacía más temer; porque tratar con ellos, y ser la que era, hacíase cosa recia.

2. En esto anduve algún tiempo, hasta que a con mucha batería que pasé en mí, y temores, me determiné a tratar con una persona espiritual, para preguntarle, qué era la oración que yo tenía, y que me diese luz si iba errada, y hacer todo lo que pudiese, por no ofender a Dios, porque la falta, como he dicho, que veía en mi fortaleza, me hacía es tar tan tímida. ¡Qué engaño tan grande, válame Dios, que para querer ser buena, me apartaba del bien! En esto debe poner mucho el demonio en el principio de la virtud, porque yo no podía acabarlo conmigo. Sabe él que está todo el remedio de un alma en tratar con amigos de Dios, y ansí no había término, para que yo a esto me determinase. Aguardaba a encomendarme primero, como cuando dejé, la oración, y por ventura nunca lo hiciera, porque estaba ya tan caída, en cosillas de mala costumbre, que no acallaba de entender eran malas, que era menester ayuda de otros, y darme la mano para levantarme. Bendito sea el Señor, que en fin la suya fue la primera. Como yo vi iba tan adelante mi temor, porque crecía la oración, pareciome que en esto había algún gran bien, o grandísimo mal: porque bien entendía ya era cosa sobrenatural lo que tenía, porque algunas veces no lo podía resistir; tenerlo cuando yo quería era excusado. Pensé en mí, que no tenía remedio, sino procuraba tener limpia conciencia, y apartarme de toda ocasión, aunque fuese de pecados veniales, porque siendo espíritu de Dios, clara estaba la ganancia; si era demonio, procurando yo tener contento al Señor, y no ofenderle, poco daría me podía hacer, antes él quedaría con pérdida. Determinada en esto, y suplicando siempre a Dios me ayudase, procurando lo dicho algunos días, vi que no tenía fuerza mi alma para salir con tanta perfección a solas, por algunas aficiones que tenía a cosas, que aunque de suyo no eran muy malas, bastaban para estragarlo todo.

3. Dijéronme de un clérigo letrado, que había en este lugar, que comenzaba el Señor a dar a entender a las gentes su bondad, y buena vida, y procuré por medio de un caballero santo, que hay en este lugar. (Es casado, mas de vida tan ejemplar, y virtuosa, y de tanta oración, y caridad, que en todo él resplandece su bondad, y perfección, y con mucha razón; porque gran bien ha venido a muchas almas por su medio, por tener tantos talentos, que aun con no le ayudar su estado, no puede dejar con ellos de obrar: mucho entendimiento, y muy apacible para todos, su conversación no pesada, tan suave, y agraciada, junto con ser recta, y santa, que da contento grande a los que trata: todo lo ordena para gran bien de las almas que conversa, y no parece traer otro estudio, sino hacer por todos los que él ve se sufre, y contentar a todos.) Pues este bendito, y santo hombre con su industria, me parece fue principio, para que mi alma se salvase. Su humildad a mí espántame, que con haber a lo que creo poco menos de cuarenta años que tiene oración, (no sé si son dos, o tres menos) y que lleva toda la vida de perfección, que a lo que parece sufre su estado; porque tiene una mujer tan gran sierva de Dios, y de tanta caridad, que por ella no se pierde: en fin, como mujer de quien Dios sabía había de ser tan grande siervo suyo la escogió. Estaban deudos suyos casados con parientes míos; y también con otro harto siervo de Dios, que estaba casado con una prima mía, tenía mucha comunicación. Por esta vía

procuré viniese a hablarme este clérigo que digo tan siervo de Dios, que era muy su amigo, con quien pensé confesarme, y tener por maestro. Pues trayéndolo, para que me hablase, y yo con grandísima confusión de verme presente de hombre tan santo, dile parte de mi alma, y oración; que confesarme no quiso, dijo, que era muy ocupado, y era ansí. Comenzó con determinación santa a llevarme como a fuerte (que de razón había de estar según la oración vio que tenía) para que en ninguna manera ofendiese a Dios. Yo como vi su determinación tan de presto en cosillas, que como digo, yo no tenía fortaleza para salir luego con tanta perfección, afligime, y como vi que tomaba las cosas de mi alma, como cosa que en una vez había de acabar con ella, yo veía que había menester mucho más cuidado. En fin entendí, no eran por los medios que él me daba por donde yo me había de remediar: porque eran para alma más perfecta; y yo aunque en las mercedes de Dios estaba adelante, estaba muy en los principios en las virtudes, y mortificación. Y cierto, si no hubiera de tratar más de con él, yo creo nunca medrara mi alma, porque la aflicción que me daba, de ver como yo no hacía, ni me parece podía, lo que él me decía, bastaba para perder, la esperanza, y dejarlo todo. Algunas veces me maravillo, que siendo persona que tiene gracia particular en comenzar a llegar almas a Dios, cómo no fue servido entendiese la mía, ni se quisiese encargar della, y veo fue todo para mayor bien mío, porque yo conociese, y tratase gente tan santa, como la de la Compañía de Jesús.

4. Desta vez quedé concertada con este caballero santo, para que alguna vez me viniese a ver. Aquí se vio su grande humildad, querer tratar persona tan ruin como yo. Comenzome a visitar, y animarme, y a decirme, que no pensase que en un día me había de apartar de todo, que poco a poco lo haría Dios, que en cosas bien livianas había él estado algunos, que no las había podido acallar consigo. ¡Oh humildad, que grandes bienes haces a donde estás, y a los que se llegan a quien la tiene! Decíame este santo (que a mi parecer con razón le puedo poner este nombre) flaquezas, que a él le parecía que lo, eran con su humildad para mi remedio mirado conforme a su estado, no era falta, ni imperfección, y conforme al mío, era grandísima tenerlas. Yo no digo esto sin propósito, porque parece me alargo en menudencias, e importan tanto para comenzar a aprovechar a un alma, y sacarla a volar, que aun no tiene plumas, como dicen, que no lo creará nadie, sino quien ha pasado por ello. Y porque espero yo en Dios, vuesa merced ha de aprovechar mucho, lo digo aquí, que fue toda mi salud saberme curar, y tener humildad, y caridad para estar conmigo, y sufrimiento de ver que no en todo me enmendaba. Iba con discreción poco a poco, dando maneras para vencer al demonio. Yo le comencé a tener tan grande amor, que no había para mí mayor descanso, que el día que le veía, aunque eran pocos. Cuando tardaba, luego me fatigaba mucho, pareciéndome que por ser tan ruin no me veía.

5. Como él fue entendiendo mis imperfecciones tan grandes (y aun serían pecados, aunque después que le traté más enmendada estaba) y como le dije las mercedes que Dios me hacía, para que me diese luz, díjome, que no venía lo uno con lo otro, que aquellos regalos eran de personas que estaban ya muy aprovechadas, y mortificadas, que no podía dejar de temer mucho; porque lo parecía mal espíritu en algunas cosas, aunque no se determinaba; más que pensase bien todo lo que entendía de mi oración, y se

lo dijese. Y era el trabajo, que yo no sabía poco, ni mucho decir lo que era mi oración; porque esta merced de saber entender, que es, y saberlo decir, ha poco que me lo dio Dios. Como me dijo esto, con el miedo que yo traía, fue grande mi aflicción, y lágrimas: porque cierto yo deseaba contentar a Dios, y no me podía persuadir a que fuese demonio, más temía por mis grandes pecados me cegase Dios para no lo entender. Mirando libros, para ver si sabría decir la oración que tenía, hallé en uno, que se llama Subida del monte, en lo que toca a unión del alma con Dios, todas las señales que yo tenía en aquel no pensar nada: (que esto era lo que yo más decía, que no podía pensar nada, cuando tenía aquella oración) señalé con unas rayas la parte que eran, y dile el libro, para que él, y el otro clérigo que he dicho, santo, y siervo de Dios, lo mirasen, y me dijeren lo que había de hacer, y que si les pareciese dejaría la oración del todo, que para qué me había yo de meter en esos peligros, pues a cabo de veinte años casi que había que la tenía, no había salido con ganancia, sino con engaños del demonio, que mejor era no la tener. Aunque también esto se me hacía recio, porque ya yo había probado cuál estaba mi alma sin oración: así que todo lo veía trabajoso, como el que está metido en un río, que a cualquiera parte que vaya dél, teme más peligro, y él se está casi ahogando. Es un trabajo muy grande este, y destos he pasado muchos, como diré adelante; que aunque parece no importa, por ventura hará provecho entender, cómo se ha de probar el espíritu.

6. Y es grande cierto el trabajo que se pasa, y es menester tiento, en especial con mujeres, porque es mucha nuestra flaqueza, y podría venir a mucho mal, diciéndoles muy claro, es demonio; sino mirarlo muy quien, y apartarlas de los peligros que puede haber, y avisarlas en secreto pongan mucho, y le tengan ellos, que conviene. Y en esto hablo, como quien le cuesta harto trabajo, no lo tener algunas personas con quien de tratado mi oración, sino preguntando unos, otros por bien, me han hecho harto daño, que se han divulgado cosas, que estuvieran bien secretas; pues no son para todos, y parecía las publicaba yo. Creo sin culpa suya lo ha permitido el Señor, para que yo padeciese. No digo que decían lo que trataba con ellos en confesión, mas como eran personas a quien yo daba cuenta por mis temores, para que me diesen luz, parecíame a mí habían de callar. Con todo nunca osaba callar cosa a personas semejantes. Pues digo, que se avise con mucha discreción, animándolas, y aguardando tiempo, que el Señor las ayudará como ha hecho a mí, que sino grandísimo daño me hiciera, según era temerosa, y medrosa: con el gran mal de corazón que tenía, espatándome cómo no me hizo mucho mal.

7. Pues como di el libro, y hecha relación de mi vida, y pecados, lo mejor que pude (por junto, que no confesión por ser seglar, más bien di a entender cuán ruin era) los dos siervos de Dios miraron con gran caridad, y amor lo que me convenía. Venida la respuesta, que yo con harto temor esperaba, y habiendo encomendado a muchas personas que me encomendasen a Dios, y yo con harta oración aquellos días, con harta fatiga vino a mí, y díjome que a todo su parecer de entrambos era demonio: que lo que me convenía, era tratar con un padre de la Compañía de Jesús, que como yo le llamase, diciendo que tenía necesidad, venía; y que le diese cuenta de toda mi vida por una confesión general de mi condición todo con mucha claridad, que por la virtud del sacramento de la confesión le daría Dios

más luz, que eran muy experimentados en cosas de espíritu. Que no saliese de lo que me dijese en todo, porque estaba en mucho peligro, sino había quien me gobernase. A mí me dio tanto temor, y pena, que no sabía qué me hacer, todo era llorar; y estando en un oratorio muy afligida, no sabiendo qué había de ser de mí, leí en un libro, que parece el Señor me le puso en las manos, que decía san Pablo: Que era Dios muy fiel, que nunca a los que le amaban consentía ser del demonio engañados. Esto me consoló muy mucho. Comencé, a tratar de mi confesión general, y poner por escrito todos los males y bienes, un discurso de mi vida lo más claramente que yo entendí, y supe, sin dejar nada por decir. Acuérdomme que como vi después que lo escribí tantos males, y casi ningún bien, que me dio una según, y fatiga grandísima. También me daba pena, que me viesen en casa tratar con gente, tan santa, como los de la Compañía de Jesús, porque temía mi ruindad, y parecíame quedaba obligada más a no lo ser, y quitarme de mis pasatiempos; y si esto no hacía, que era peor; y ansí procuré con la sacristana, y portera no lo dijese a nadie. Aprovechome poco, que acertó a estar a la puerta, cuando me llamaron, quien lo dijo por todo el convento. Mas, ¡qué de embarazos pone el demonio, y qué de temores, a quien se quiere llegar a Dios!

8. Tratando con aquel siervo de Dios, que lo era harto, y bien avisado, toda mi alma, como quien bien sabía este lenguaje, me declaró lo que era, y me animó mucho. Dijo ser espíritu de Dios muy conocidamente, sino que era menester tornar de nuevo a la oración, porque no iba bien fundada, ni había comenzado a entender mortificación: y era ansí, que aun el nombre no me parece entendía, que en ninguna manera dejase la oración, sino que me esforzase mucho, pues Dios me hacía tan particulares mercedes, que qué sabía si por mis medios quería el Señor hacer bien a muchas personas, y otras cosas (que parece profetizó lo que después el Señor ha hecho conmigo) que ternía mucha culpa, si no respondía a las mercedes que Dios me hacía. En todo me parecía hablaba en él el Espíritu Santo, para curar mi alma, según se imprimía en ella. Hízome gran confusión, llevome por medios, que parecía del todo me tornaba otra. ¡Qué gran cosa es entender un alma! Díjome, que tuviese cada día oración en un paso de la Pasión, y que me aprovechase dél, y que no pensase sino en la humanidad, y que aquellos recogimientos, y gustos resistiese cuanto pudiese, de manera, que no les diese lugar, hasta que él me dijese otra cosa. Dejome consolada, y esforzada, y el Señor, que me ayudó, y a él para que entendiese mi condición, y cómo me había de gobernar. Quedé determinada de no salir de lo que él me mandase en ninguna cosa, y ansí lo hice hasta hoy. Alabado sea el Señor, que me ha dado gracia para obedecer a mis confesores, aunque imperfectamente, y casi siempre han sido destos benditos hombres de la Compañía de Jesús, aunque imperfectamente, como digo, los he seguido. Conocida mejoría comenzó a tener mi alma, como ahora diré.

Capítulo XXIV

Prosigue lo comenzado, y dice, cómo fue aprovechando su alma después que comenzó a obedecer y lo poco que le aprovechaba resistir a las mercedes de

Dios y cómo su Majestad se las iba dando más cumplidas

1. Quedó mi alma desta confesión tan blanda, que me parecía no hubiera cosa a que no me dispusiera; y así comencé a hacer mudanza en muchas cosas, aunque el confesor no me apretaba, antes parecía hacía poco caso de todo: y esto me movía a más, porque lo llevaba por modo de amar a Dios, y como que de alta libertad, y no premio, si yo no me le pusiese por amor. Estuve así casi dos meses, haciendo todo mi poder en resistir los regalos, y mercedes de Dios. Quanto a lo exterior veíase la mudanza, porque ya el Señor me comenzaba a dar ánimo para pasar por algunas cosas que decían personas que me conocían, pareciéndoles extremos, y aun en la misma casa: y de lo que antes hacía, razón tenían, que era extremo; mas de lo que era obligada al hábito, y profesión que hacía, quedaba corta. Gané deste resistir gustos, y regalos de Dios, enseñarme su Majestad, porque antes me parecía, que para darme regalos en la oración, era menester mucho arrinconamiento, y casi no me osaba bullir: después vi lo poco que hacía al caso, porque cuando más procuraba divertirme más me cubría el Señor de aquella suavidad, y gloria, que me parecía toda me rodeaba, y que por ninguna parte podía huir, y así era: yo traía tanto cuidado, que me daba pena. El Señor le traía mejor a hacer mercedes, y a señalarse mucho más que solía en estos dos meses, para que yo mejor entendiese, que no era más en mi mano. Comencé a tomar de nuevo amor a la sacratísima humanidad, comenzose a asentar la oración como edificio que ya llevaba cimiento, y aficionarme a más penitencia, de que yo estaba descuidada, por ser tan grandes mis enfermedades. Díjome aquel varón santo que me confesó, que algunas cosas no me podrían dañar, que por ventura me daba Dios tanto mal, porque yo no hacía penitencia que la querría dar su Majestad. Mandábame hacer algunas mortificaciones no muy sabrosas para mí. Todo lo hacía, porque parecíame que me lo mandaba el Señor, y dábale gracia, para que me lo mandase, de manera, que yo le obedeciese. Iba ya sintiendo mi alma cualquier ofensa, que hiciese a Dios, por pequeña que fuese, de manera, que si alguna cosa superflua traía, no podía recogerme, hasta que me lo quitaba. Hacía mucha oración, porque el Señor me tuviese de su mano, pues trataba con sus siervos no permitiese tornase atrás, que me parecía fuera gran delito, y que habían ellos de perder crédito por mí.

2. En este tiempo vino a este lugar el padre Francisco, que era duque de Gandía, y había algunos años, que dejándolo todo, había entrado en la Compañía de Jesús. Procuró mi confesor, y el caballero que he dicho también vino a mí, para que le hablase, y diese cuenta de la oración que tenía, porque sabía iba muy adelante en ser muy favorecido, y regalado de Dios, que como quien había mucho dejado por él, aun en esta vida le pagaba. Pues después que me hubo oído, díjome que era espíritu de Dios, y que le parecía, que no era bien ya resistirle más, que hasta entonces estaba bien hecho, sino que siempre que comenzase la oración en un piso de la Pasión; y que si después el Señor me llevase el espíritu, que no lo resistiese, sino que dejase llevarle a su Majestad, no lo procurando yo. Como quien iba bien adelante dio la medicina, y consejo; que hace mucho en esto la experiencia: dijo, que era yerro resistir ya más. Yo quedé muy consolada, el caballero también holgábase mucho que dijese era de Dios, y siempre me ayudaba, y daba avisos en lo que podía, que era mucho.

3. En este tiempo mudaron a mi confesor deste lugar a otro, lo que yo

sentí muy mucho, porque pensé me había de tornar a ser ruin, y no me parecía posible hallar otro como él. Quedó mi alma como en un desierto, muy desconsolada, y temerosa, no sabía qué hacer de mí. Procurome llevar una parienta mía a su casa, y yo procuré ir luego a procurar otro confesor en los de la Compañía. Fue el Señor servido, que comencé a tomar amistad con una señora viuda de mucha calidad, y oración, que trataba con ellos mucho. Hízome confesar a su confesor, y estuve en su casa muchos días; vivía cerca, yo me holgaba por tratar mucho con ellos, que de solo entender la santidad de su trato, era grande el provecho que mi alma sentía. Este padre me comenzó a poner en más perfección. Decíame, que para del todo contentar a Dios, no había de dejar nada por hacer: también con harta maña, y blandura, porque no estaba aún mi alma nada fuerte, sino muy tierna, en especial en dejar algunas amistades que tenía, aunque no ofendía a Dios con ellas, era mucha afición, y parecíame a mí era ingratitud dejarlas: y así le decía, que pues no ofendía a Dios, que ¿por qué había de ser desagradecida? él me dijo, que lo encomendase a Dios unos días, y que rezase el himno de Veni Creator, porque me diese luz de cuál era lo mejor. Habiendo estado un día mucho en oración, y suplicando al Señor me ayudase a contentarle en todo, comencé el himno, y estándole diciendo, vínome un arrebatamiento tan súbito, que casi me sacó de mí, cosa que yo no pude dudar, porque fue muy conocido. Fue la primera vez que el Señor me hizo esta merced de arrobamiento. Entendí estas palabras: Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles. A mí me hizo mucho espanto, porque el movimiento del ánima fue grande, y muy en el espíritu se me dijeron estas palabras; así me hizo temor, aunque por otra parte gran consuelo, que en quitándoseme el temor (que a mi parecer causó la novedad) me quedó.

4. Ello se ha cumplido bien, que nunca más yo he podido asentar en amistad, ni tener consolación, ni amor particular, sino a personas que entiendo le tienen a Dios, y lo procuran servir, ni ha sido en mi mano, ni me hace al caso ser deudos, ni amigos, sino entiendo esto, o es persona que trata de oración, esme cruz penosa tratar con nadie: esto es así a todo mi parecer, sin ninguna falta. Desde aquel día yo quedé tan animosa para dejarlo todo por Dios, como quien había querido en aquel momento (que no me parece fue más) dejar otra a su sierva. Así que no fue menester mandármelo más, que como me veía el confesor tan asida en esto, no había osado determinadamente decir, que lo hiciese. Debía aguardar a que el Señor obrase, como lo hizo, ni yo pensé salir con ello porque ya yo mesma lo había procurado, y era tanta la pena que me daba, que como cosa que me parecía no era inconveniente, lo dejaba; y aquí me dio el Señor libertad, y fuerza para ponerlo por obra. Así se lo dije al confesor, y lo dejé todo conforme a como me lo mandó. Hizo harto provecho a quien yo trataba, ver en mí esta determinación. Sea Dios bendito por siempre, que en mi punto me dio la libertad, que yo con todas cuantas diligencias había hecho muchos años había no pude alcanzar conmigo, haciendo hartas veces tan gran fuerza, que me costaba harto de mi salud. Como fue hecho de quien es poderoso, y Señor verdadero de todo, ninguna pena me dio.

Capítulo XXV

En que trata el modo, y manera cómo se entienden estas hablas que hace Dios al alma sin oírse, y de algunos engaños que puede haber en ello, y en qué se conocerá cuando lo es. Es de mucho provecho, para quien se viere en este grado de oración, por que se declara muy bien, y de harta doctrina

1. Paréceme será bien declarar, cómo es este hablar que hace Dios al alma, y lo que ella siente, para que vuesa merced lo entienda; porque desde esta vez que he dicho, que el Señor me hizo esta merced, es muy ordinario hasta ahora, como se verá en lo que está por decir. Son unas palabras muy formadas, mas con los oídos corporales no se oyen, sino entiéndese muy más claro que si se oyesen; y dejarlo de entender, aunque mucho se resista, es por demás. Porque cuando acá no queremos oír, podemos tapar los oídos, o advertir a otra cosa, de manera que aunque se oya no se entienda. En esta plática que hace Dios al alma, no hay remedio ninguno, sino que aunque me pese, me hacen escuchar, y estar el entendimiento tan entero para entender lo que Dios quiere entendamos, que no basta querer, ni no querer. Porque el que todo lo puede, quiere que entendamos se ha de hacer lo que quiere, y se muestra Señor verdadero de nosotros. Esto tengo muy experimentado, porque me duró casi dos años el resistir, con el gran miedo que traía; y ahora lo pruebo algunas veces, más poco me aprovecha.

2. Yo querría declarar los engaños que puede haber aquí, aunque quien tiene mucha experiencia paréceme será poco, o ninguno; mas ha de ser mucha la experiencia, y la diferencia que hay cuando es espíritu bueno, o cuando es malo; o como puede también ser aprehensión del mesmo entendimiento, que podría acaecer, o hablar el mesmo espíritu a sí mesmo: esto no sé yo si puede ser, mas aun hoy me ha parecido que sí. Cuando es de Dios tengo muy probado en muchas cosas, que se me decían dos, y tres años antes, y todas se han cumplido, y hasta ahora ninguna ha salido mentira, y otras cosas a donde se ve claro ser espíritu de Dios, como después se dirá.

3. Paréceme a mí, que podría una persona, estando encomendando una cosa a Dios con grande afecto y aprehensión, parecerle entiende alguna cosa, si se hará, o no, y es muy imposible; aunque a quien ha entendido destotra suerte, verá claro lo que es, porque es mucha la diferencia: y si es cosa que el entendimiento fabrica, por delgado que vaya, entiende que ordena él algo, y que habla. Que no es otra cosa, sino ordenar uno la plática, o escuchar lo que otro te dice, y verá el entendimiento, que entonces no escucha, pues que obra, y las palabras que él fabrica son como cosa sorda, fantaseada, y no con la claridad que estotras. Y aquí está en nuestra mano divertirnos, como callar cuando hablamos; en estotro no hay término. Y otra señal más que todas, que no hace operación, porque estotra que habla el Señor, es palabras, y obras: y aunque las palabras no sean de devoción, sino de reprehensión, a la primera dispone un alma, y la habilita, y enternece, y da luz, y regala, y quieta; y si estaba con sequedad, o alboroto, y desasosiego de alma, como con la mano se le quita, y aun mejor, que parece quiere el Señor se entienda, que es poderoso, y que sus palabras son obras. Paréceme, que hay la diferencia, que si nosotros hablásemos, o oyésemos, ni más, ni menos; porque lo que hablo, como he dicho, voy ordenando con el entendimiento lo que digo; mas si me hablan, no hago más de oír sin ningún trabajo. Lo uno va como una cosa, que no nos podemos bien determinar, si es como uno que está medio

dormido. Estotro es voz tan clara, que no se pierde una sílaba de lo que se dice; y acaece ser a tiempos, que está el entendimiento, y alma tan alborotada, y distraída, que no acertaría a concertar una buena razón, y halla guisadas grandes sentencias, que le dicen, que ella aun estando muy recogida no pudiera alcanzar, y a la primera palabra, como digo, la mudan toda: en especial si está en arrobamiento, que las potencias están suspensas; ¿cómo se entenderán cosas que no habían venido a la memoria, aun antes, como vernán entonces, que no obra casi, y la imaginación está como embobada?

4. Entiéndase, que cuando se ven visiones, o se entienden estas palabras, a mi parecer, nunca es en tiempo que está unida el alma en el mesmo arrobamiento; que en este tiempo (como ya dejo declarado, creo es la segunda agua) dél se pierden todas las potencias, y a mi parecer, allí ni se puede ver, ni entender, ni oír. Está en otro poder toda, y en este tiempo, que es muy breve no me parece la deja el Señor para nada libertad. Pasado este breve tiempo, que se queda aún en el arrobamiento el alma, es esto que digo, porque quedan las potencias de manera, que aunque no están perdidas, casi nada obran; están como absortas, y no hábiles para concertar razones. Hay tantas para entender la diferencia, que si una vez se engañase, no serán muchas. Y digo, que si es alma ejercitada, y está sobre aviso, lo verá muy claro; porque dejadas otras cosas por donde se ve lo que he dicho, ningún efeto le hace, ni el alma lo admite: porque estotro, mal que nos pese, y no se da crédito, antes se entiende que es devanear del entendimiento, casi como no se haría caso de una persona que sabéis tiene frenesí. Estotro es como si lo oyésemos a una persona muy santa, o letrada, y de gran autoridad, que sabemos no nos ha de mentir; y aun es baja comparación, porque traen algunas veces una majestad consigo estas palabras, que sin acordarnos quien las dice, si son de reprehensión, hacen temblar; y, si son de amor, hacen deshacerse en amar: y son cosas como he dicho, que estaban bien lejos de la memoria, y dícense tan de presto sentencias tan grandes, que era menester mucho tiempo para haberlas de ordenar, y en ninguna manera me parece se puede entonces ignorar no ser cosa fabricada de nosotros.

5. Ansí, que en esto no hay que me detener, que por maravilla me parece puede haber engaño en persona ejercitada, si ella mesma de advertencia no se quiere engañar. Acaecídome ha muchas veces, si tengo alguna duda, no creer lo que me dicen, y pensar si se me antojó (esto después de pasado, que entonces es imposible) y verlo cumplido desde ha mucho tiempo; porque hace el Señor, que quede en la memoria, que no se puede olvidar, y lo que es del entendimiento, es como primer movimiento del pensamiento, que pasa, y se olvida. Estotro es, como obra, que aunque se olvide algo, y pase tiempo, no tan del todo, que se pierda la memoria, de que en fin se dijo, salvo si no ha mucho tiempo, o son palabras de favor, o doctrina; mas de profecía, no hay olvidarse, a mi parecer, al menos a mí, aunque tengo poca memoria. Y torno a decir, que me parece si un alma no fuese tan desalmada, que lo quiera fingir, que sería harto mal, y decir que lo entiende, no siendo ansí: más dejar de ver claro, que ella lo ordena, y lo parla entre sí, paréceme no lleva camino, si ha entendido el espíritu de Dios; que si no toda su vida podrá estarse en ese engaño, y parecerle que entiende, aunque yo no sé cómo. O esta alma lo quiere

entender, o no; si se está deshaciendo de lo que entiendo, y en ninguna manera querría entender nada por mil temores, y otras muchas causas que hay, para tener deseo de estar quieta en su oración, sin estas cosas, ¿cómo da tanto espacio el entendimiento, que ordene razones? Tiempo es menester para esto. Acá sin perder ninguno quedamos enseñadas, y se entienden cosas, que parece era menester un mes para ordenarlas. Y el mesmo entendimiento, y alma quedan espantados de algunas cosas que se entienden. Esto es ansí, y quien tuviere experiencia, verá que es al pie de la letra todo lo que he dicho. Alabo a Dios, porque lo he sabido ansí decir. Y acabo con que me parece, siendo del entendimiento, cuando lo quisiésemos lo podríamos entender, y cada vez que tenemos oración, nos podría parecer entendemos: mas en estotro no es ansí, sino que estaré muchos días, que aunque quiera entender algo es imposible; y cuando otras veces no quiero, como he dicho, lo tengo de entender. Paréceme, que quien quisiese engañará los otros, diciendo que entiendo de Dios lo que es de sí, que poco le cuesta decir, que lo oye con los oídos corporales: y es ansí cierto con verdad, que jamás pensé había otra manera de oír, ni entender, hasta que lo vi por mí; y ansí como he dicho, me cuesta harto trabajo.

6. Cuando es demonio, no solo no deja buenos efectos, más déjalos malos. Esto me ha acaecido no más de dos, o tres veces, y de sido luego avisada del Señor, como era demonio. Dejado la gran sequedad que queda, es una inquietud en el alma a manera de otras muchas veces, que ha permitido el Señor que tenga grandes tentaciones, y trabajos de alma de diferentes maneras; y aunque me atormenta hartas veces, como adelante diré, es una inquietud, que no se sabe entender de donde viene, sino que parece resiste el alma, y se alborota, y aflige sin saber de qué; porque lo que él dice no es malo, sino bueno. Pienso si siente un espíritu a otro. El gusto, y deleite que él da, a mi parecer es diferente en gran manera. Podría él engañar con estos gustos a quien no tuviere, o hubiere tenido otros de Dios. De veras digo gustos, una recreación suave, fuerte, impresa, deleitosa, quieta, que unas devocioncitas de lágrimas, y otros sentimientos pequeños, que al primer airecito de persecución se pierden estas florecitas, no las llamo devociones, aunque son buenos principios, y santos sentimientos, mas no para determinar estos efectos de buen espíritu, o malo. Y ansí es bien andar siempre con gran aviso; porque cuanto a personas que no están más adelante en oración, que hasta esto, fácilmente podrían ser engañados, si tuviesen visiones, o revelaciones. Yo nunca tuve cosas destas postreras, hasta haberme Dios dado por sola su bondad oración de unión, sino fue la primera vez que dije, que ha muchos años, que vi a Cristo, que pluguiera a su Majestad entendiera yo era verdadera visión, como después lo he entendido, que no me fuera poco bien. Ninguna blandura queda en el alma, sino como espantada, y con gran disgusto.

7. Tengo por muy cierto, que el demonio no engañará, ni lo permitirá Dios a alma, que de ninguna cosa se fía de sí, y esta fortalecida en la fe, que entienda ella de sí, que por un punto della morirá mil muertes: y con este amor a la fe, que infunde luego Dios, que es una fe viva, fuerte, siempre procura ir conforme a lo que tiene la Iglesia, preguntando a unos, y a otros, como quien tiene ya hecho asiento fuerte en estas verdades, que

no la moverían cuantas revelaciones pueda imaginar, aunque viese abiertos los cielos, un punto de lo que tiene la Iglesia. Si alguna vez se viese vacilar en su pensamiento contra esto, o detenerse en decir; pues si Dios me dice esto, también puede ser verdad, como lo que decía a los santos (no digo que lo crea, sino que el demonio la comience a tentar, por primero movimiento, que detenerse en ello, ya se ve que es malísimo; más aun primeros movimientos muchas veces en este caso, creo no vernán si el alma está en esto tan fuerte, como lo hace el Señor a quien da estas cosas, que le parece desmenuzaría los demonios, sobre una verdad de lo que tiene la Iglesia muy pequeña) digo, que si no viene en sí esta fortaleza grande, y que ayudo a ella la devoción, o visión, que no la tenga por segura. Porque aunque no se sienta luego el daño, poco a poco podría hacerse grande, que a lo que yo veo, y sé de experiencia, de tal manera queda el crédito de que es Dios, que vaya conforme a la Sagrada Escritura, y como un tantico torciese desto, mucha más firmeza sin comparación me parece ternía en que es demonio, que ahora tengo de que es Dios, por grande que la tenga; porque entonces no es menester andar a buscar señales, ni qué espíritu es, pues está tan clara esta señal para creer que es demonio, que si entonces todo el mundo me asegurase que es Dios, no lo creería. El caso es, que cuando es demonio, parece que se esconden todos los bienes, y huyen del alma, según queda desabrida, y alborotada, y sin ningún efeto bueno: porque aunque parece pone deseos, no son fuertes; la humildad que deja, es falsa, alborotada, y sin suavidad. Paréceme, que quien tiene experiencia del buen espíritu, lo entenderá.

8. Con todo puede hacer muchos embustes el demonio, y ansí no hay cosa en esto tan cierta, que no lo sea más temer, e ir siempre con aviso, y tener maestro que sea letrado, y no lo callar nada, y con esto ningún daño puede venir, aunque a mí hartos me han venido por estos temores demasiados, que tienen algunas personas. En especial me acaeció una vez, que se habían juntado muchos, a quien yo daba gran crédito, y era razón se le diese (que aunque yo ya no trataba sino con uno, y cuando él me lo mandaba, hablaba a otros, unos con otros trataban mucho de mi remedio, que me tenían mucho amor, y temían no fuese engañada: yo también traía grandísimo temor, cuando no estaba en la oración, que estando en ella, y haciéndome el Señor alguna merced, luego me aseguraba) creo eran cinco, o seis, todos muy siervos de Dios; y díjome mi confesor, que todos se determinaban en que era demonio, que no comulgase tan a menudo, y que procurase distraerme de suerte, que no tuviese soledad. Yo era temerosa en extremo, como he dicho, y ayudábame el mal de corazón, que aun en una pieza sola no osaba estar de día muchas veces. Yo como vi que tantos lo afirmaban, y yo no lo podía creer, diome grandísimo escrúpulo, pareciéndome poca humildad; porque todos eran más de buena vida sin comparación que yo, y letrados, que ¿por qué no los había de creer? Forzábame lo que podía para creerlos, y pensaba en mi ruin vida, y que conforme a esto debían de decir verdad. Fuime de la iglesia con esta aflicción, y entreme en un oratorio, habiéndome quitado muchos días de comulgar, quitada la soledad, que era todo mi consuelo, sin tener persona con quien tratar, porque todos eran contra mí: unos me parecía burlaban de mí, cuando dello trataba, como que se me antojaba: otros avisaban al confesor, que se guardase de mí; otros decían, que era claro demonio: solo

el confesor (que aunque, conformaba con ellos, por probarme, según después supe) siempre me consolaba, y me decía, que aunque fuese demonio, no ofendiendo yo a Dios, no me podía hacer nada, que ello se me quitaría, que lo rogase mucho a Dios; y él, y todas las personas que confesaba lo hacían harto, y otras muchas; y yo toda mi oración, y cuantos entendía eran siervos de Dios, porque su Majestad me llevase por otro camino, y esto me duró no sé si dos años, que era contino pedirlo al Señor.

9. A mí ningún consuelo me bastaba, cuando pensaba era posible, que tantas veces me había de hablar el demonio. Porque de que no tornaba horas de soledad para oración, en conversación me hacía el Señor recoger, y sin poderlo yo excusar, me decía lo que era servido; y aunque me pesaba lo había de oír. Pues estándome sola, sin tener una persona con quien descansar, ni podía rezar, ni leer, sino como persona espantada de tanta tribulación, y temor de si me había de engañar el demonio, toda alborotada, y fatigada, sin saber qué hacer de mí (en esta aflicción me vi algunas, y muchas veces; aunque no me parece ninguna en tanto extremo) estuve así cuatro, o cinco horas, que consuelo, ni del cielo, ni de la tierra, no había para mí, sino que me dejó el Señor padecer, teniendo mil peligros. ¡Oh Señor mío, como sois vos el amigo verdadero, y cómo poderoso, cuando queréis podéis, nunca dejáis de querer si os quieren! Alaben os todas las cosas, Señor del mundo. ¡Oh quién diese voces por él, para decir cuán fiel sois a vuestros amigos! Todas las cosas faltan, vos Señor de todas ellas nunca faltáis. Poco es lo que dejáis padecer a quien os ama. ¡Oh Señor mío, qué delicada, y pulida, y sabrosamente los sabéis tratar! ¡Oh quien nunca se hubiera detenido en amar a nadie, sino a vos! Parece, Señor, que probáis con rigor a quien os ama, para que en el extremo del trabajo se entienda el mayor extremo de vuestro amor. ¡Oh Dios mío, quién tuviera entendimiento, y letras, y nuevas palabras, para encarecer vuestras obras, como lo entiende mi alma! Fáltame todo, Señor mío, mas si vos no me desamparáis, no os faltaré yo a vos. Levántense contra mí todos los letrados, persíganme todas las cosas criadas, atorméntenme los demonios, no me faltéis vos Señor, que ya tengo experiencia de la ganancia con que sacáis a quien en solo vos confía. Pues estando en esta tan gran fatiga (aun entonces no había comenzado a tener ninguna visión) solas estas palabras bastaban para quitármela, y quietarme del todo: No hayas miedo hija, que yo soy, y no te desampararé, no temas.

10. Paréceme a mí, según estaba, que eran menester muchas horas para persuadirme a que me sosegase, y que no bastara nadie: heme aquí con solas estas palabras sosegada con fortaleza, con ánimo, con seguridad, con una quietud, y luz, que en un punto vi mi alma hecha otra, y me parece, que con todo el mundo disputara, que era Dios. ¡Oh qué buen Dios! ¡Oh qué buen Señor, y qué poderoso! No solo da el consejo, sino el remedio. Sus palabras son obras. ¡Oh váleme Dios, y como fortalece la fe, se aumenta el amor! Es así cierto, que muchas veces me acordaba de cuando el Señor mandó a los vientos, que estuviesen quedos en el mar, cuando se levantó la tempestad; y así decía yo: ¿Quién es este, que así le obedecen todas mis potencias, y da luz en tan gran oscuridad en un momento, y hace blando un corazón, que parecía piedra, da agua de lágrimas suaves, a donde parecía había de haber mucho tiempo sequedad? ¿Quién pone estos deseos? ¿Quién da este ánimo? Que me acaeció pensar, ¿de qué temo? ¿Qué es esto? yo deseo

servir a este Señor, no pretendo otra cosa, sino contentarle; no quiero contento, ni descanso, ni otro bien, sino hacer su voluntad (que desto bien cierta estaba a mi parecer, que lo podía afirmar.) Pues si este Señor es poderoso, como veo que lo es, y sé que lo es, y que son sus esclavos los demonios, y desto no hay que dudar, pues es fe, siendo yo sierva deste Señor, y rey, ¿qué mal me pueden ellos hacer a mí? ¿Por qué no he de tener yo fortaleza para combatirme con todo el infierno? Tomaba una cruz en la mano, y parecía verdaderamente darme Dios ánimo (que yo me vi otra en breve tiempo) que no temería tomarme con ellos a brazos, que me parecía fácilmente con aquella cruz los venciera a todos; y así dije: Ahora venid todos, que siendo sierva del Señor, yo quiero ver qué me podéis hacer.

11. Es sin duda, que me parecía me habían miedo, porque yo quedé sosegada, y tan sin temor de todos ellos, que se me quitaron todos los miedos que solía tener hasta hoy; porque aunque algunas veces los veía, como diré después, no les he habido más miedo, antes me parecía ellos me le hablan a mí. Quedome un señorío contra ellos, bien dado del Señor de todos, que no se me da más dellos que de moscas. Parécenme tan cobardes, que en viendo que los tienen en poco, no les queda fuerza. No saben estos enemigos de hecho acometer, sino a quien ven que se les rinde, o cuando lo permite Dios, para más bien de sus siervos, que los tienten, y atormenten. Pluguiese a su Majestad temiésemos a quien hemos de temer, y entendiésemos nos puede venir mayor daño de un pecado venial, que de todo el infierno junto, pues es ello así. Que espantados nos traen estos demonios, porque nos queremos nosotros espantar con nuestros asimientos de honra, y haciendas, deleites, que entonces juntos ellos con nosotros mismos, que nos somos contrarios, amando, y queriendo lo que hemos de aborrecer, mucho daño nos harán; porque con nuestras mismas armas les hacemos que peleen contra nosotros, poniendo en sus manos con las que nos hemos de defender. Ésta es la gran lástima; mas si todo lo aborrecemos por Dios, y nos abrazamos con la cruz, y tratamos servirle de verdad, huye él destas verdades, como de pestilencia. Es amigo de mentiras, y la misma mentira. No hará pacto con quien anda en verdad. Cuando él ve escurecido el entendimiento, ayuda lindamente a que se quiebren los ojos; porque si a uno ve ya ciego en poner su descanso en cosas vanas, y tan vanas, que parecen las deste mundo cosa de juego de niño, ya él ve que este es niño, pues trata como tal, y atrévese a luchar con él, una, y muchas veces.

12. Plega al Señor, que no sea yo destes, sino que me favorezca su Majestad, para entender por descanso lo que es descanso, y por honra lo que es honra, y por deleite lo que es deleite, y no todo al revés, y una higa para todos los demonios, que ellos me temerán a mí. No entiendo estos miedos, demonio, demonio, donde podemos decir, Dios, Dios, y hacerle temblar. Si que ya sabemos, que no se puede menear, si el Señor no lo permite. ¿Qué es esto? Es sin duda, que tengo ya más miedo a los que tan grande le tienen al demonio, que a él mismo; porque él no me puede hacer nada, y estotros, en especial si son confesores, inquietan mucho, y he pasado algunos años de tan gran trabajo, que ahora me espanto como lo he podido sufrir. Bendito sea el Señor, que tan de veras me ha ayudado.

Capítulo XXVI

Prosigue en la misma materia, va declarando, y diciendo cosas que le han acaecido que le hacían perder el temor, y afirmar que era buen espíritu el que la hablaba

1. Tengo por una de las grandes mercedes que me ha hecho el Señor, este ánimo que me dio contra los demonios; porque andar un alma acobardada, y temerosa de nada, sino de ofender a Dios, es grandísimo inconveniente, pues tenemos Rey todo poderoso, y tan gran Señor, que todo lo puede, y a todos sujeta. No hay que temer, andando (como he dicho) en verdad delante de su Majestad, y con limpia conciencia. Para esto (como he dicho) querría yo todos los temores, para no ofender en un punto a quien en el mismo punto nos puede deshacer. Que contento su Majestad, no hay quien sea contra nosotros, que no lleve las manos en la cabeza. Podrase decir, que así es: mas que, ¿quién será esta alma tan recta, que del todo le contente, y que por eso teme? No la mía por cierto, que es muy miserable, y sin provecho, y llena de mil miserias; mas no ejecuta Dios como las gentes, que entiende nuestras flaquezas; mas por grandes conjeturas siente el alma en sí, si le ama de verdad, porque en las que llegan a este estado, no anda el amor disimulado, como a los principios, sino con tan grandes ímpetus, y deseo de ver a Dios, como después diré, o queda ya dicho. Todo cansa, todo fatiga, todo atormenta, sino es con Dios, o por Dios: no hay descanso, que no canse, porque se ve ausente de su verdadero descanso, y así es cosa muy clara, que como digo, no pasa en disimulación.

2. Acaeciome otras veces verme con grandes tribulaciones y murmuraciones sobre cierto negocio, que después diré, de casi todo el lugar a donde estoy, y de mi orden, y afligida con muchas ocasiones que había para inquietarme, y decirme el Señor: ¿De qué temes? ¿No sabes que soy todopoderoso? yo cumpliré lo que le he prometido. Y así se cumplió bien después. Y quedar luego con una fortaleza, que de nuevo me parece me pusiera en emprender otras cosas, aunque me costasen más trabajos para servirle, y me pusiera de nuevo a padecer. Es esto tantas veces, que no lo podría yo contar: muchas las que me hacía reprensiones, y hace cuando hago imperfecciones, que bastan a deshacer un alma. Al menos traen consigo el enmendarse, porque su Majestad (como he dicho) da el consejo y el remedio. Otras traerme a la memoria mis pecados pasados, en especial cuando el Señor me quiere hacer alguna señalada merced, que parece ya se ve el alma en el verdadero juicio, porque le representan la verdad con conocimiento claro, que no sabe a dónde se meter: otras avisarme de algunos peligros míos, y de otras personas, cosas por venir, tres, o cuatro años antes, muchas, y todas se han cumplido; algunas podrá ser señalar. Así que hay tantas cosas para entender, que es Dios, que no se puede ignorar a mi parecer.

3. Lo más seguro es (yo así lo hago, y sin esto no tenía sosiego, ni es bien que mujeres le tengamos, pues no tenemos letras, y aquí no puede haber daño, sino muchos provechos) como muchas veces me ha dicho el Señor, que no deje de comunicar toda mi alma y las mercedes que el Señor me hace con el confesor, y que sea letrado y que le obedezca. Esto muchas veces. Tenía yo un confesor que me mortificaba mucho, y algunas veces me afligía y daba gran trabajo, porque me inquietaba mucho, y era el que más

me aprovechó a lo que me parece; y aunque le tenía mucho amor, tenía algunas tentaciones por dejarle, y parecíame me estorbaban aquellas penas que me daba de la oración. Cada vez que estaba determinada a esto, entendía luego que no lo hiciese, y una reprensión que me deshacía más que cuanto el confesor hacía: algunas veces me fatigaba, cuestión por un cabo, y reprensión por otro; y todo lo había menester, según tenía poco doblada la voluntad. Díjome una vez que no era obedecer, si no estaba determinada a padecer, que pusiese los ojos en lo que él había padecido, y todo se me haría fácil.

4. Aconsejome una vez un confesor, que a los principios me había confesado, que ya que estaba probado ser buen espíritu, que callase, y no diese ya parte a nadie, porque mejor era ya estas cosas callarlas. A mí no me pareció mal, porque yo sentía tanto cada vez que las decía al confesor, y era tanta mi afrenta, que mucho más que confesar pecados graves lo sentía algunas veces, en especial si eran las mercedes grandes, parecíame no me habían de creer, y que burlaban de mí. Sentía yo tanto esto, que me parecía era desacato a las maravillas de Dios, que por esto quisiera callar. Entendí entonces que había sido muy mal aconsejada de aquel confesor, que en ninguna manera callase cosa al que me confesaba, porque en esto había gran seguridad, y haciendo lo contrario, podría ser engañarme alguna vez.

5. Siempre que el Señor me mandaba una cosa en la oración, si él confesor me decía otra, me tornaba el mismo Señor a decir, que le obedeciese: después su Majestad le volvía, para que me lo tornase a mandar. Cuando se quitaron muchos libros de romance, que no se leyesen, yo sentí mucho, porque algunos me daba recreación leerlos, y yo no podía ya, por dejarlos en latín, me dijo el Señor: No tengas pena, que yo te daré libro vivo. Yo no podía entender, porqué se me había dicho esto, porque aún no tenía visiones; después desde a bien pocos días lo entendí muy bien, porque he tenido tanto que pensar, y recogerme en lo que veía presente, y ha tenido tanto amor el Señor conmigo para enseñarme de muchas maneras, que muy poca, o casi ninguna necesidad he tenido de libros. Su Majestad ha sido el libro verdadero a donde he visto las verdades. Bendito sea tal libro, que deja imprimido lo que se ha de leer, y hacer de manera, que no se puede olvidar.

6. ¿Quién ve al Señor cubierto de llagas, y afligido con persecuciones, que no las abraza, y las ame y las desee? ¿Quién ve algo de la gloria, que da a los que le sirven, que no conozca es todo nada cuanto se puede hacer, y padecer, pues tal premio esperamos? ¿Quién ve los tormentos que pasan los condenados, que no se lo hagan deleites los tormentos de acá, en su comparación, y conozcan lo mucho que deben al Señor en haberlos librado tantas veces de aquel lugar? Porque con el favor de Dios se dirá más de algunas cosas, quiero ir adelante en el proceso de mi vida. Plega al Señor haya sabido declararme en esto que he dicho, bien creo que quien tuviere experiencia lo entenderá, y verá he atinado a decir algo; quien no, no me espanto le parezca desatino todo, basta decirlo yo, para quedar disculpado, ni yo culparé a quien lo dijere. El Señor me deje atinar en cumplir su voluntad. Amén.

Capítulo XXVII

En que trata otro modo, con que enseña el Señor el alma, y sin hablarla, la da a entender su voluntad por una manera admirable. Trata también de declarar una visión, y gran merced que le hizo el Señor, no imaginaria. Es mucho de notar este capítulo

1. Pues tornando al discurso de mi vida, yo estaba con esta aflicción de penas, y con grandes oraciones, como he dicho que se hacía, porque el Señor me llevase por otro camino que fuese más seguro, pues en esto me decían era tan sospechoso. Verdad es, que aunque yo lo suplicaba a Dios, por mucho que quería desear otro camino, como veía tan mejorada mi alma (sino era alguna vez, cuando estaba muy fatigada de las cosas que me decían, y miedos que me ponían) no era en mi mano desearlo, aunque siempre lo pedía. Yo me veía otra en todo; no podía, sino poníame en las manos de Dios, que él sabía lo que me convenía, que cumpliese en mí lo que era su voluntad en todo. Veía que por este camino le llevaba para el cielo, y que antes iba al infierno, que había de desear esto; ni creer que era demonio, no me podía forzar a mí, aunque hacía cuanto podía por creerlo, y desearlo, mas no era en mi mano. Ofrecía lo que hacía, si era alguna buena obra, por eso. Tomaba santos devotos, porque me librasen del demonio. Andaba novenas, encomendábame a san Hilarión, y a san Miguel el ángel, con quien por esto tomé nuevamente devoción, y a otros muchos santos importunaba mostrase el Señor la verdad, digo que lo acabasen con su Majestad. A cabo de dos años que andaba con toda esta oración mía, y de otras personas para lo dicho, o que el Señor me llevase por otro camino o declarase la verdad, porque eran muy continas las hablas, que he dicho me hacía el Señor, me acaeció esto.

2. Estando un día del glorioso san Pedro en oración, vi cabe mí, o sentí, por mejor decir, que con los ojos del cuerpo, ni del alma no vi nada, más pareciome estaba junto cabe mi Cristo, y veía ser él el que me hablaba, a mi parecer. Yo como estaba ignorantísima de que podía haber semejante visión, diome grande temor al principio, y no hacía sino llorar, aunque en diciéndome una palabra sola de asegurarme, quedaba como solía, quieta, y con regalo, y sin ningún temor. Parecíame andar siempre al lado Jesucristo; y como no era visión imaginaria, no veía en que forma: mas estar siempre a mi lado derecho sentíalo muy claro, y que era testigo de todo lo que yo hacía, y que ninguna vez que me recogiese un poco, o no estuviese muy divertida, podía ignorar que estaba cabe mí.

3. Luego fuí a mi confesor harto fatigada a decírselo. Preguntome, que ¿en qué forma le veía? yo le dije que no le veía. Díjome, que ¿cómo sabía yo que era Cristo? yo le dije, que no sabía cómo, mas que no podía dejar de entender que estaba cabe mí, y le veía claro, y sentía, y que el recogimiento del alma era muy mayor en oración de quietud, y muy continua, y los efectos que eran muy otros que solía tener, y que era cosa muy clara. No hacía sino poner comparaciones Para darme a entender; y cierto para esta manera de visión, a mi parecer, no la hay que mucho cuadre: que así como es de las más subidas (según después me dijo un santo hombre, y de gran espíritu llamado fray Pedro de Alcántara, de quien después haré más mención, y me han dicho otros letrados grandes, y que es a donde menos se puede entremeter el demonio de todas) así no hay términos para decirla

acá, las que poco sabemos, que los letrados mejor lo darán a entender. Porque si digo, que con los ojos del cuerpo, ni del alma, no le veo, porque no es imaginaria visión, como entiendo, y me afirmo con más claridad, que está cabe mí, que si lo viese. Porque parecer, que es como una persona que está a oscuras, que no ve a otra, que está cabe ella, o si es ciega, no va bien; alguna semejanza tiene, mas no mucha, porque siente con los sentidos, o la oye hablar, o menear, o la toca. Acá no hay nada desto, ni se ve oscuridad, sino que se representa por una noticia al alma más clara que el sol. No digo que se ve sol, ni claridad, sino una luz, que sin ver luz alumbra el entendimiento; para que goce el alma tan gran bien. Trae consigo grandes bienes.

4. No es como una presencia de Dios, que se siente muchas veces (en especial los que tienen oración de unión, y quietud) que parece en queriendo comenzar a tener oración, hallamos con quien hablar, y parece entendemos nos oye por los efectos, y sentimientos espirituales, que sentimos de grande amor, y fe, y otras determinaciones con ternura. Esta gran merced es de Dios, y téngalo en mucho a quien lo ha dado; porque es muy subida oración, mas no es visión que entendiéndose que está allí Dios por los efectos, que como digo hace al alma, que por aquel modo quiere su Majestad darse a sentir: acá vese claro, que está aquí Jesucristo, Hijo de la Virgen. En esta otra manera de oración representáanse unas influencias de la Divinidad: aquí junto con éstas se ve nos acompaña, y quiere hacer mercedes también la humanidad sacratísima. Pues preguntome el confesor, ¿quién dijo que era Jesucristo? él me lo dijo muchas veces, respondí yo: mas antes que me lo dijese, se imprimió en mi entendimiento que era él, y antes desto me lo decía, y no le veía. Si una persona que yo nunca hubiese visto, sino oído nuevas della, me viniese a hablar estando ciega, o en gran oscuridad, y me dijese quien era, creerlo ya, mas no tan determinadamente lo podría afirmar ser aquella persona, como si la hubiera visto. Acá sí, que sin verse se imprime con una noticia tan clara, que no parece se puede dudar: que quiere el Señor esté tan esculpida en el entendimiento, que no se puede dudar más, que lo que se ve, ni tanto, porque en esto algunas veces nos queda sospecha, si se nos antojó: acá aunque de presto dé esta sospecha, queda por una parte gran certidumbre, que no tiene fuerza la duda. Ansí es también en otra manera, que Dios, enseña al alma, y la habla sin hablar, de la manera que queda dicho.

5. Es un lenguaje tan del cielo, que acá se puede mal dar a entender, aunque más queramos decir, si el Señor por experiencia no lo enseña. Pone el Señor lo que quiere que el alma entienda, en lo muy interior del alma, y allí lo representa sin imagen, ni forma de palabras, sino a manera desta visión que queda dicha. Y nótese mucho esta manera de hacer Dios, que entiende el alma lo que él quiere, y grandes verdades, y misterios; porque muchas veces lo que entiendo cuando el Señor me declara alguna visión, que quiere su Majestad representarme, es ansí; y paréceme que es a donde el demonio se puede entremeter menos, por estas razones; si ellas no son buenas, yo me debo engañar. Es una cosa tan de espíritu esta manera de visión, y de lenguaje, que ningún bullicio hay en las potencias, ni en los sentidos, a mi parecer, por donde el demonio pueda sacar nada. Esto es alguna vez, y con brevedad, que otras bien me parece a mí que no están suspendidas las potencias, ni quitados los sentidos, sino muy en sí, que

no es siempre esto en contemplación, antes muy pocas veces; mas estas que son, digo, que no obramos nosotros nada, ni hacemos nada, todo parece obra del Señor. Es como cuando ya está puesto el manjar en el estómago sin comerle, ni saber nosotros cómo se puso allí, mas entiende bien que está; aunque aquí no se entiende el manjar que es, ni quién lo puso: acá sí, mas como se puso no lo sé, que ni se vio, ni se entiende, ni jamás se había movido a desearlo, ni había venido a mi noticia que esto podía ser.

6. En la habla que hemos dicho antes, hace Dios al entendimiento, que advierta, aunque le pese, a entender lo que se dice, que allá parece tiene el alma otros oídos con que oye, y que la hace escuchar, y que no se divierta; como a uno que oyese quien, y no le consintiesen atapar los oídos, y le hablasen junto a voces, aunque no quisiese lo oiría. Y en fin algo hace, pues está atento a entender lo que le hablan acá ninguna cosa, que aún este poco, que es solo escuchar, que hacía en lo pasado, se le quita. Todo lo halla guisado, y comido, no hay más que hacer de gozar; como uno que sin deprender, ni haber trabajado nada para saber leer, ni tampoco hubiese estudiado nada, hallase toda la ciencia sabida va en sí, sin saber cómo, ni dónde, pues aun nunca había trabajado, aun para deprender el A B C. Esta comparación postrera me parece declara algo deste don celestial; porque se ve el alma en un punto sabia, y tan declarado el misterio de la Santísima Trinidad, y de otras cosas muy subidas, que no hay teólogo con quien no se atreviese a disputar la verdad destas grandezas. Quedase tan espantada, que basta una merced destas para trocar toda un alma, y hacerla no amar cosa sino a quien ve, que sin trabajo ninguno suyo la hace capaz de tan grandes bienes, y lo comunica secretos, y trata con ella con tanta amistad, y amor que no se sufre escribir. Porque hace algunas mercedes, que consigo traen la sospecha, por ser de tanta admiración, y hechas a quien tan poco las ha merecido, que si no hay muy viva fe, no se podrán creer: y así yo pienso decir pocas de las que el Señor me ha hecho a mí, si no me mandaren otra cosa, sino son algunas visiones, que pueden para alguna cosa aprovechar, o para que a quien el Señor las diere, no se espante, pareciéndole imposible, como hacía yo: o para declararle el modo, o camino por donde el Señor me ha llevado, que es lo que me mandan escribir.

7. Pues tornando a esta manera de entender, lo que me parece es, que quiere el Señor de todas maneras tenga, esta alma alguna noticia de lo que pasa en el cielo: y paréceme a mí, que así como alta sin hablar se entienden (lo que yo nunca supe cierto es así, hasta que el Señor por su bondad quiso que lo viese, y me lo mostró en un arrobamiento) así es acá, que se entienden Dios, y el alma, con solo querer su Majestad que lo entienda, sin otro artificio, para darse a entender el amor que se tienen estos dos amigos. Como acá si dos personas se quieren mucho, y tienen buen entendimiento, aun sin señas parece que se entienden con solo mirarse. Esto debe ser así, que sin ver nosotros, como de hito en hito se miran estos dos amantes, como lo dice el Esposo a la Esposa en los Cantares, a lo que creo, helo oído que es aquí.

8. ¡Oh benignidad admirable de Dios, que así os dejáis mirar de unos ojos, que tan mal han mirado, como los de mi alma! Queden ya Señor desta vista acostumbrados en no mirar cosas bajas, ni que les contente ninguna, fuera de vos. ¡Oh ingratitud de los mortales! ¿Hasta cuándo ha de llegar?

Que sé yo por experiencia, que es verdad esto que digo, y que es lo menos de lo que vos hacéis con una alma que traéis a tales términos, lo que se puede decir. ¡Oh almas que habéis comenzado a tener oración, y las que tenéis verdadera fe, qué bienes podéis buscar, aun en esta vida (dejemos lo que se gana para sin fin) que sea como el menor destos! Mira, que es así cierto, que se da Dios a sí; a los que todo lo dejan por él. No es aceptador de personas, a todas ama, no tiene nadie excusa, por ruin que sea, pues así lo hace conmigo, trayéndome a tal estado. Mira, que no es cifra lo que digo de lo que se puede decir, solo va dicho lo que es menester para darse a entender esta manera de visión, y merced que hace Dios al alma; mas no puedo decir lo que se siente, cuando el Señor la da a entender secretos, y grandezas suyas, el deleite tan sobre cuantos acá se pueden entender, que bien con razón hace aborrecer los deleites de la vida, que son basura todos juntos. Es asejo traerlos a ninguna comparación aquí, aunque sea para gozarlos sin fin. Y destos que da el Señor sola una gota de agua del gran río caudaloso, que nos está aparejado.

9. Vergüenza es, y yo cierto la he de mí, y si pudiera haber afrenta en el cielo, con razón estuviera yo allá más afrentada. ¿Por qué hemos de querer tantos bienes, y deleites, y gloria para sin fin, todos a costa del buen Jesús? ¿No lloraremos siquiera con las hijas de Jerusalén, ya que no le ayudemos a llevar la cruz con el Cirineo? Que ¿con placeres, y pasatiempos hemos de gozar lo que él nos ganó a costa de tanta sangre? Es imposible. ¿Y con honras vanas pensamos remediar un desprecio como él sufrió, para que nosotros reinemos para siempre? No lleva camino. Errado, errado vi el camino, nunca llegaremos allá. Dé voces vuesa merced en decir estas verdades, pues Dios me quitó a mí esta libertad. A mí me las querría dar siempre, y oyome tan tarde, y entendí a Dios, como se verá por lo escrito, que me es grave confusión hablar en esto, y así quiero callar solo diré lo que algunas veces considero. Plega al Señor me traiga a términos, que yo pueda gozar deste bien. ¿Qué gloria será, y qué contento de los bienaventurados, que ya gozan desto, cuando vieren, que aunque tarde, no les quedó cosa por hacer por Dios de las que les fue posible? Ni dejaron cosa por darle de todas las maneras que pudieron, conforme a sus fuerzas, y estado, y el que más, más. ¡Qué rico se hallará, el que todas las riquezas dejó por Cristo! ¡Qué honrado, el que no quiso honra por él, sino que gustaba de verse muy abatido! ¡Qué sabio, el que se holgó que le tuviesen por loco, pues lo llamaron a la misma Sabiduría! ¡Qué pocos hay ahora por nuestros pecados! Ya, en parece se acabaron los que las gentes tenían por locos, de verlos hacer obras heroicas de verdaderos amadores de Cristo. ¡Oh mundo, mundo, cómo vas ganando honra en haber pocos que te conozcan! ¿Mas si pensamos se sirve ya más Dios de que nos tengan por sabios, y discretos? Eso, eso debe ser, según se usa de discreción; luego nos parece es poca edificación, no andar con mucha compostura, y autoridad, cada uno en su estado. Hasta el fraile, clérigo, o monja, nos parecerá que traer cosa vieja, y remendada, es novedad, y dar escándalo a los flacos y aun estar muy recogidos, y tener oración, según está el mundo, tan olvidadas las cosas de perfección de grandes ímpetus que tenían los santos, que pienso hace más daño a las desventuras que pasan en estos tiempos, que no haría escándalo a nadie dar a entender los religiosos por obras, como lo dicen por palabras, en lo poco que se ha de tener el mundo,

que destos escándalos el Señor saca dellos grandes provechos; y si unos se escandalizan, otros se remuerden, si quiera que hubiese un dibujo de lo que pasó por Cristo, y sus Apóstoles, pues ahora más que nunca es menester.

10. Y qué bueno nos le llevó Dios ahora en el bendito fray Pedro de Alcántara. No está ya el mundo para sufrir tanta perfección. Dicen que están las saludes más flacas, y que no son los tiempos pasados. Este santo hombre, deste tiempo era, estaba grueso el espíritu como en los otros tiempos, y ansí tenía el mundo debajo de los pies, que aunque no anden desnudos, ni hagan tan áspera penitencia como él, muchas cosas hay, como otras veces he dicho, para repisar el mundo, y el Señor las enseña cuando ve ánimo. Y cuán grande le dio su Majestad a este santo que digo para hacer cuarenta y siete años tan áspera penitencia, como todos saben. Quiero decir algo della, que sé es toda verdad. Díjome a mí y a otra persona, de quien se guardaba poco (y a mí el amor que me tenía era la causa, porque quiso el Señor le tuviese para volver por mí, y animarme en tiempo de tanta necesidad, como he dicho y diré) paréceme fueron cuarenta años los que me dijo había dormido sola hora y media entre noche y día, y que este era el mayor trabajo de penitencia que había tenido en los principios de vencer el sueño, y para esto estaba siempre o de rodillas, o en pie. Lo que dormía era sentado, la cabeza arrimada(17) a un maderillo que tenía hincada en la pared. Echado, aunque quisiera, no podía, porque su celda, como se sabe, no era más larga que cuatro pies y medio. En todos estos años jamás se puso la capilla, por grandes soles, y aguas que hiciese, ni cosa en los pies, ni vestida, sino un hábito de sayal, sin ninguna otra cosa sobre las carnes, y este tan angosto como se podía sufrir, y un mantillo de lo mesmo encima. Decíame que en los grandes fríos se le quitaba y dejaba la puerta y ventanilla abierta de la celda, para que con ponerse después el manto y cerrar la puerta contentaba el cuerpo, para que sosegase(18) con más abrigo. Comer a tercero día era muy ordinario. Y díjome, ¿que de qué me espantaba? Que muy posible era a quien se acostumbraba a ello. Un su compañero me dijo, que le acaecía estar ocho días sin comer. Debía ser estando en oración, porque tenía grandes arrobamientos e ímpetus de amor de Dios, de que una vez yo fuí testigo. Su pobreza era extrema y mortificación en la mocedad, que me dijo que le había acaecido estar tres tiros en una casa de su Orden, y no conocer fraile si no era por la habla; porque no alzaba los ojos jamás, y ansí a las partes que de necesidad había elegir, no sabía, sino íbase tras los frailes. Esto le acaecía por los caminos a mujeres jamás; miraba, esto muchos años. Decíame que ya no se le daba más ver, que no ver; mas era muy viejo cuando le vine a conocer, y tan extrema su flaqueza, que no parecía sino hecho de raíces de árboles. Con toda esta santidad era muy afable, aunque de pocas palabras, si no era con preguntarle. En estas era muy sabroso, porque tenía muy lindo entendimiento. Otras cosas muchas quisiera decir sino que he miedo dirá vuesa merced que para que me meto en esto, y con él lo he escrito. Y ansí lo dejo con que fue su fin como la vida, predicando y amonestando a sus frailes. Como vio ya se acababa, dijo el salmo de Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi, e hincado de rodillas murió.

11. Después ha sido el Señor servido, yo tenga más en él que en la

vida, aconsejándome en muchas cosas. Hele visto muchas veces con grandísima gloria. Díjome la primera que me apareció, que bienaventurada penitencia que tanto premio había merecido, y otras muchas cosas. Un año antes que muriese me apareció estando ausente, y supe se había de morir, y se lo avisé, estando algunas leguas de aquí. Cuando espiró, me apareció, y dijo cómo se iba a descansar. Yo no lo creí; díjelo a algunas personas, y desde ha ocho días vino la nueva como era muerto, o comenzado a vivir para siempre, por mejor decir. Hela aquí acabada esta aspereza de vida con tan gran gloria, paréceme que mucho más me consuela que cuando acá estaba. Díjome una vez el Señor, que no le pedirían cosa en su nombre, que no la oyese. Muchas que le he encomendado pida al Señor, las he visto cumplidas. Sea bendito por siempre. Amén.

12. Mas que hablar he hecho para despertar a vuesa merced a no estimar en nada cosa desta vida, como si no lo supiese, o no estuviera ya determinado a dejarlo todo, y puéstolo por obra. Veo tanta perdición en el mundo, que aunque, no aproveche más decirlo yo, de cansarme de escribirlo, me es descanso, que todo es contra mí lo que digo. El Señor me perdone lo que en este caso le he ofendido, y vuesa merced que le canso sin propósito. Parece que quiero haga penitencia de lo que yo en esto pequé.

Capítulo XXVIII

En que trata las grandes mercedes que le hizo el señor, y cómo le apareció la primera vez: declara que es visión imaginaria: dice los grandes efectos y señales que deja cuando es Dios. Es muy provechoso capítulo, y mucho de notar

1. Tornando a nuestro propósito, pasé algunos días, pocos, con esta visión muy continua, y hacíame tanto provecho, que no salía de oración; y aun cuanto hacía, procuraba fuese de suerte que no descontentase al que claramente veía estaba por testigo; y aunque a veces temía con lo mucho que me decían, durábame poco el temor, porque el Señor me aseguraba. Estando un día en oración, quiso el Señor mostrarme solas las manos con tan grandísima hermosura que no lo podría yo encarecer. Hízome gran temor, porque cualquier novedad me le hace grande a los principios de cualquiera merced sobrenatural, que el Señor me haga. Desde ha pocos días vi también aquel divino rostro, que del todo me parece me dejó absorta. No podía yo entender, por qué el Señor se mostraba así poco a poco, pues después me había de hacer merced que yo lo viese del todo, hasta después que de entendido que me iba su Majestad llevando conforme a mi flaqueza natural. Sea bendito por siempre, porque tanta gloria junta, tan bajo y ruin sujeto no la pudiera sufrir, y como quien esto sabía, iba el piadoso Señor disponiendo.

2. Parecerá a vuesa merced que no era menester mucho esfuerzo para ver unas manos y rostro tan hermoso: sonlo tanto los cuerpos glorificados, que la gloria que traen consigo ver cosa tan sobrenatural y hermosa, desatina; y así me hacía tanto temor, que toda me turbaba y alborotaba, aunque después quedaba con certidumbre, y seguridad, y con tales efectos, que presto se perdía el temor.

3. Un día de san Pablo, estando en misa, se me representó toda esta

humanidad sacratísima, como se pinta resucitado, con tanta hermosura y majestad, como particularmente escribí a vuesa merced cuando mucho me lo mandó. Y hacíase harto de mal, porque no se puede decir, que no sea deshacerse; mas lo mejor que supe, ya lo dije, y así no hay para que tornarlo a decir aquí: solo digo, que cuando otra cosa no hiciese para deleitar la vista en el cielo, sino la gran hermosura de los cuerpos glorificados, es grandísima gloria, en especial ver la humanidad de Jesucristo Señor nuestro, aun acá que se muestra su Majestad conforme a lo que puede sufrir nuestra miseria, ¿qué será a donde del todo se goza tal bien? Esta visión, aunque es imaginaria. nunca la vi con los ojos corporales, ni ninguna, sino con los ojos del alma. Dicen los que lo saben mejor que yo, que es más perfecta la pasada que esta, y ésta más mucho que las que se ven con los ojos corporales. Ésta dicen, que es la más baja, y a donde más ilusiones puede hacer el demonio, aunque entonces no podía yo entender tal, sino que deseaba, ya que se me hacía esta merced, que fuese viéndola con los ojos corporales, para que no me dijese el confesor se me antojaba. Y también después de pasada me acaecía (esto era luego, luego) pensar yo también en esto, que se me había antojado, y fatigábame de haberlo dicho al confesor, pensando si le había engañado. Éste era otro llanto, e iba a él, y decíasele. Preguntábame, ¿que si me parecía a mí así, o si había querido engañar? yo le decía la verdad, porque a mi parecer no mentía, ni tal había pretendido, ni por cosa del mundo dijera una cosa por otra. Esto bien lo sabía él, y así procuraba sosegar me, y yo sentía tanto en irle con estas cosas, que no sé cómo el demonio me ponía, lo había de fingir para atormentarme a mí mesma.

4. Mas el Señor se dio tanta priesa a hacerme esta merced, y declarar esta verdad, que bien presto se me quitó la duda de si era antojo, y después veo muy claro mi bobería; porque si estuviera muchos años imaginando cómo figurar cosa tan hermosa, no pudiera, ni supiera, porque excede a todo lo que acá se puede imaginar, aun sola blancura y resplandor. No es resplandor que deslumbre, sino una blancura suave, y el resplandor infuso, que da deleite grandísimo a la vista; y no la cansa, ni la claridad que se ve, para ver esta hermosura tan divina. Es una luz tan diferente de la de acá, que parece una cosa tan deslustrada la claridad del sol que vemos, en comparación de aquella claridad y luz que se representa a la vista, que no se querrían abrir los ojos después.

5. Es como ver un agua muy clara, que corre sobre cristal, y reverbera ella el sol, a una muy turbia, y con gran nublado, y que corre por encima de la tierra. No porque se le representa sol, ni la luz es como la del sol, parece en fin luz natural, y esta otra cosa artificial. Es luz que no tiene noche, sino que como siempre es luz, no la turba nada. En fin es de suerte, que por grande entendimiento que una persona tuviese, en todos los días de su vida podría imaginar cómo es; y pónela Dios delante tan presto, que aun no hubiera lugar para abrir los ojos, si fuera menester abrirlos; mas no hace más estar abiertos, que cerrados, cuando el Señor quiere, que aunque no queramos se ve. No hay divertimiento que baste, ni hay poder resistir, ni basta diligencia, ni cuidado para ello. Esto tengo yo bien experimentado, como diré.

6. Lo que yo ahora querría decir, es el modo como el Señor se muestra por estas visiones: no digo, que declararé de qué manera puede ser poner

esta luz tan fuerte en el sentido interior, y en el entendimiento imagen tan clara, que parece verdaderamente está allí, porque esto es de letrados: no ha querido el Señor darme a entender el cómo; y soy tan ignorante, y de tan rudo entendimiento, que aunque mucho me lo han querido declarar, no he aún acabado de entender el cómo. Y esto es cierto, que aunque a vuesa merced le parezca que tengo vivo entendimiento, que no lo tengo, porque en muchas cosas lo he experimentado, que no comprende más de lo que le dan a comer, como dicen. Algunas veces se espantaba el que me confesaba de mis ignorancias, y jamás me dio a entender, ni aun lo deseaba, como hizo Dios esto, o pudo ser esto, ni lo preguntaba, aunque como he dicho, de muchos daños acá trataba con buenos letrados. Si era una cosa pecado, o no, esto sí; en lo demás no era menester más para mí de pensar, hízolo Dios todo, y veía que no había de que me espantar, sino por que le alabar, y antes me hacen devoción las cosas dificultosas, y mientras más, más.

7. Diré pues lo que he visto por experiencia, el cómo el Señor lo hace, vuesa merced lo dirá mejor, y declarará todo lo que fuere oscuro, y yo no supiere decir. Bien me parecía en algunas cosas, que era imagen lo que veía, más por otras muchas no, sino que era el mesmo Cristo, conforme a la claridad con que era servido mostrármese. Unas veces era tan en confuso, que me parecía imagen, no como los dibujos de acá, por muy perfectos que sean, que hartos he visto buenos: es disbarate pensar que tiene semblanza lo uno con lo otro en ninguna manera, no más, ni menos que la tiene una persona viva a su retrato, que por bien que esté sacado, no puede ser tan al natural, que en fin se ve es cosa muerta: mas dejemos esto, que aquí viene bien, y muy al pie de la letra. No digo, que es comparación, que nunca son tan cabales, sino verdad, que hay la diferencia, que de lo vivo a lo pintado, no más, ni menos; porque si es imagen, es imagen viva, no hombre muerto, sino Cristo vivo; y da a entender, que es hombre, y Dios, no como estaba en el sepulcro, sino como salió dél después de resucitado. Y viene a veces con tan grande majestad, que no hay quien pueda dudar, sino que es el mesmo Señor, en especial en acabando de comulgar, que ya sabemos que está allí, que nos lo dice la fe. Representase tan Señor de aquella posada, que parece toda deshecha el alma, se ve consumir en Cristo. ¡Oh Jesús mío, quién pudiese dar a entender la majestad con que os mostráis! ¡Y cuán Señor de todo el mundo, y de los cielos, y de otros mil mundos, y sin cuento mundos, y cielos que vos criáades, entiende el alma, según con la majestad que os representáis, que no es nada para ser vos Señor dello!

8. Aquí se ve claro, Jesús mío, el poco poder de todos los demonios, en comparación del vuestro, y como quien os tuviere contento puede repisar el infierno todo. Aquí ve la razón que tuvieron los demonios de temer cuando bajastes al limbo, y tuvieran de desear otros mil infiernos más bajos para huir de tan gran majestad, y veo que queréis dar a entender al alma cuán grande es, y el poder que tiene esta sacratísima humanidad, junto con la divinidad. Aquí se representa bien, qué será el día del juicio ver esta majestad deste Rey, y verle con rigor para los malos. Aquí es la verdadera humildad, que deja en el alma de ver su miseria, que no la pueden ignorar. Aquí la confusión, y verdadero arrepentimiento de los pecados, que aun con verle que muestra amor, no sabe a dónde se meter, y

así se deshace toda. Digo, que tiene tan grandísima fuerza esta visión, cuando el Señor quiere mostrar al alma mucha parte de su grandeza, y majestad, que tengo por imposible, si muy sobre natural no la quisiese el Señor ayudar, con quedar puesta en arrobamiento, y éxtasi (que pierde el ver la visión de aquella divina presencia, con gozar) sería, como digo, imposible sufrirla ningún sujeto. Es verdad, que se olvida después. Tan imprimida queda aquella majestad, y hermosura, que no hay poderla olvidar, sino es cuando quiere el Señor que padezca el alma una sequedad, y soledad grande, que diré adelante, que aun entonces de Dios parece se olvida. Queda el alma otra, siempre embebida, parécele comienza de nuevo amor vivo de Dios en muy alto grado, a mi parecer; que aunque la visión pasada, que dije que representa a Dios sin imagen, es más subida, que para durar la memoria conforme a nuestra flaqueza, para traer bien ocupado el pensamiento, es gran cosa el quedar representada, y puesta en la imaginación tan divina presencia. Y casi vienen juntas estas dos maneras de visión siempre; y aun es así que lo vienen, porque con los ojos, del alma vese la excelencia, y hermosura, y gloria de la santísima Humanidad: y por estotra manera que queda dicha, se nos da a entender como es Dios, y poderoso, y que todo lo puede, y todo lo manda, y todo lo gobierna, y todo lo hinche su amor.

9. Es muy mucho de estimar esta visión, y sin peligro, a mi parecer; porque en los efectos se conoce no tiene fuerza aquí el demonio. Paréceme, que tres, o cuatro veces me ha querido representar desta suerte al mesmo Señor, en representación falsa: toma la forma de carne, mas no puede contrahacerla con la gloria, que cuando es de Dios. Hace representaciones para deshacer la verdadera visión que ha visto el alma, más así la resiste de sí, y se alborota, y se desabre, e inquieta, que pierde la devoción, y gusto que antes tenía, y queda sin ninguna oración. A los principios fue esto, como he dicho, tres, o cuatro veces. Es cosa tan diferentísima, que aun quien hubiere tenido sola oración de quietud, creo lo entenderá por los efectos que quedan dichos en las hablas. Es cosa muy conocida, y si no se quiere dejar engañar un alma, no me parece la engañará, si anda con humildad, y simplicidad. A quien hubiere tenido verdadera visión de Dios, desde luego casi se siente porque aunque comienza con regalo, gusto, el alma lo lanza de sí; y aun a mi parecer, debe ser diferente el gusto, y no muestra apariencia de amor puro, y casto; y muy en breve da a entender quien es.

10. Así, que donde hay experiencia, a mi parecer, no podrá el demonio hacer daño. Pues ser imaginación esto, es imposible de toda imposibilidad, ningún camino lleva, porque sola la hermosura, y blancura de una mano es sobre toda nuestra imaginación. Pues sin acordarnos dello, ni haberlo jamás pensado, ver en un punto presentes, cosas que en gran tiempo no pudieran contentarse con la imaginación, porque va muy más alto, como ya he dicho, de lo que acá podemos comprender, así que esto es imposible; y si pudiésemos algo en esto, aun se ve claro por estotro que ahora diré. Porque si fuese representado con el entendimiento (dejado que no haría las grandes operaciones que esto hace, ni ninguna) porque sería como uno que quisiese hacer que dormía, y estase despierto, porque no le ha venido el sueño, que él como lo desea, si tiene necesidad, o flaqueza en la cabeza lo desea, adormécese en sí, y hace sus diligencias, y a las

veces parece hace algo: mas si no es sueño de veras, no le sustentará, ni dará fuerza a la cabeza, antes a las veces queda más desvanecida. Ansí sería en parte acá, quedar el alma desvanecida, mas no sustentada, fuerte, antes cansada, y disgustada: acá no se puede encarecer la riqueza que queda, aun al cuerpo de salud, y queda conhortado(19).

11. Esta razón con otras daba yo cuando me decían que era demonio, y que se me antojaba (que fue muchas veces) y ponía comparaciones, como yo podía, y el Señor me daba a entender; mas todo aprovechaba poco, porque como había personas muy santas en este lugar, y yo en su comparación una perdición, y no los llevaba Dios por este camino, luego era el temor en ellos; que mis pecados parece lo hacían, que de uno en otro se rodeaba, de manera que lo venían a saber, sin decirlo yo, sino a mi confesor, o a quien él me mandaba. Yo les dije una vez, que si los que me decían esto me dijeran, que una persona que hubiese acabado de hablarme, y la conociese yo mucho, que no era ella, sino que se me antojaba, que ellos lo sabían, que sin duda yo lo creyera más que lo que había visto: mas si esta persona me dejara algunas joyas, y se me quedaban en las manos por prendas de mucho amor, y que antes no tenía ninguna, y me veía rica, siendo pobre, que no podría creerlo, aunque yo quisiese; y que estas joyas las podía yo mostrar, porque todos los que me conocían, veían claro estar otra mi alma, y ansí lo decía mi confesor, porque era muy grande la diferencia en todas las cosas, y no disimulada, sino muy con claridad lo podían todos ver. Porque como antes era tan ruin, decía yo que no podía creer, que si el demonio hacía esto para engañarme, y llevarme al infierno, tomase medio tan contrario, como era quitarme, los vicios, y poner virtudes, y fortaleza; porque veía claro quedar con estas cosas, en una vez, otra.

12. Mi confesor, como digo, (que era un padre bien santo de la Compañía de Jesús) respondía esto mesmo, según yo supe. Era muy discreto, y de gran humildad, y esta humildad tan grande me acarrió a mí hartos trabajos, porque con ser de mucha oración, y letrado, no se fiaba de sí, como el Señor no le llevaba por este camino: pasolos harto grandes conmigo de muchas maneras. Supe que le decían, que se guardase de mí, no le engañase el demonio con creerme algo de lo que, le decía; traíanle ejemplos de otras personas: todo esto me fatigaba a mí. Temía, que no había de haber con quien me confesar, sino que todos habían de huir de mí, no hacía sino llorar. Fue providencia de Dios querer él durar, y oírme, sino que era tan gran siervo de Dios, que a todo se pusiera por él; y ansí me decía, que no ofendiese yo a Dios, ni saliese de lo que él me decía, que no hubiese miedo me faltase: siempre me animaba, y sosegaba. Mandábame siempre que no le callase ninguna cosa, yo ansí lo hacía. Él me decía, que haciendo yo esto, aunque fuese demonio no me haría daño, antes sacaría el Señor bien del mal que él quería hacer a mi alma; procuraba perfeccionarla en todo lo que podía. Yo como traía tanto miedo, obedecíale en todo, aunque imperfectamente, que harto pasó conmigo tres años, y más, que me confesó con estos trabajos; porque en grandes persecuciones que tuve, y cosas hartas que permitía el Señor me juzgasen mal, y muchas, estando sin culpa, con todo venían a él, y era culpado por mí, estando él sin ninguna culpa. Fuera imposible, si no tuviera tanta santidad, y el Señor que le animaba, poder sufrir tanto, porque había de responder a los que les parecía iba perdida, y no le creían: y por otra parte habíame de sosegar a

mí, y de curar el miedo que yo traía poniéndomele mayor, me había por otra parte de asegurar; porque a cada visión, siendo cosa nueva, permitía Dios me quedasen después grandes temores: todo me procedía de ser tan pecadora yo, y haberlo sido. Él me consolaba con mucha piedad, y si él se creyera a sí mismo, no padeciera yo tanto, que Dios le daba a entender la verdad en todo, porque el mismo Sacramento le daba luz, a lo que yo creo.

13. Los siervos de Dios, que no se aseguraban, tratábanme mucho, yo como hablaba con descuido algunas cosas que ellos tomaban por diferente intención (yo quería mucho al uno dellos, porque le debía infinito mi alma, y era muy santo, yo sentía infinito de que veía no me entendía, y él deseaba en gran manera mi aprovechamiento, y que el Señor me diese luz) y así lo que yo decía, como digo, sin mirar en ello, parecíales poca humildad en viéndome alguna falta, que verían muchas, luego era todo condenado. Preguntábanme algunas cosas, yo respondía con llaneza, y descuido, luego les parecía les quería enseñar, y que me tenía por sabia, todo iba a mi confesor, porque cierto ellos deseaban mi provecho, él a reñirme. Duró esto harto tiempo, afligida por muchas partes, y con las mercedes que me hacía el Señor, todo lo pasaba. Digo esto, para que se entienda el gran trabajo que es no haber quien tenga experiencia en este camino espiritual, que a no me favorecer tanto el Señor, no sé que fuera de mí. Bastantes cosas había para quitarme el juicio, y algunas veces me veía en términos, que no sabía qué hacer, sino alzar los ojos al Señor; porque contradicción de buenos a una mujercilla ruin, y flaca como yo, y temerosa, no parece nada así dicho, y con haber yo pasado en la vida grandísimos trabajos, es este de los mayores. Plega al Señor, que yo haya servido a su Majestad algo en esto, que de que le servían los que me condenaban, y argüían, bien cierta estoy, y que era todo por gran bien mío.

Capítulo XXIX

Prosigue, en lo comenzado, y mercedes grandes que la hizo el Señor, y las cosas que su Majestad la hacía para asegurarala, y para que respondiese a los que la contradecían

1. Mucho no salido del propósito, porque trataba de decir las causas que hay para ver que no es imaginación; porque ¿cómo podríamos representar con estudio la humanidad de Cristo, ordenando con la imaginación su gran hermosura? Y no era menester poco tiempo, si en algo se había de parecer a ella. Bien la puede representar delante de su imaginación, y estarla mirando algún espacio y las figuras que tiene, y la blancura, y poco a poco irla más perfeccionando, y encomendando a la memoria aquella imagen; ¿esto quién se lo quita? Pues con el entendimiento la puede fabricar. En lo que tratamos ningún remedio hay desto, sino que la hemos de mirar cuando el Señor la quiere representar, cómo quiere, y lo que quiere; y no hay quitar, ni poner, ni modo para ello, aunque más hagamos, ni para verlo cuando queremos, ni para dejarlo de ver, en queriendo mirar alguna cosa particular, luego se pierde Cristo. Dos años y medio me duró, que muy ordinario me hacía Dios esta merced: habrá más de tres que tan continuo me la quitó deste modo con otra cosa más subida (como quizá diré después) y

con ver que me estaba hablando, y yo mirando aquella gran hermosura, y la suavidad con que hablaba aquellas palabras por aquella hermosísima, y divina boca, y otras veces con rigor, y desear yo en extremo entender el color de sus ojos, o del tamaño que eran, para que lo supiese decir, jamás lo he merecido ver, ni me basta procurarlo, antes se me pierde la visión del todo. Bien que algunas veces veo mirarme con piedad; mas tiene tanta fuerza esta vista, que el alma no la puede sufrir, y queda en tan subido arrobamiento, que para más gozarlo todo, pierde esta hermosa vista.

2. Ansí que aquí no hay que querer, ni no querer, claro se ve quiere el Señor que no haya sino humildad, y confusión, y tomar lo que nos dieren, y alabar a quien lo da. Esto es en todas las visiones, sin quedar ninguna, que ninguna cosa se puede, ni para ver menos, ni más, hace, ni deshace nuestra diligencia. Quiere el Señor que veamos muy claro, no es esta obra nuestra, sino de su Majestad; porque muy menos podemos tener soberbia, antes nos hace estar humildes, y temerosos, viendo que, como el Señor nos quita el poder, para ver lo que queremos, nos puede quitar estas mercedes, y la gracia, y quedar perdidos del todo, y que siempre andemos con miedo, mientras en este destierro vivimos.

3. Casi siempre se me representaba el Señor, ansí resucitado, y en la hostia lo mesmo: si no eran algunas veces para esforzarme, si estaba en tribulación, que me mostraba las llagas, algunas veces en la cruz, y en el huerto, y con la corona de espinas, pocas, y llevando la cruz también algunas veces, para como digo necesidades mías, y de otras personas; más siempre la carne glorificada. Hartas afrentas, y trabajos he pasado en decirlo, y hartos temores, y hartas persecuciones. Tan cierto les parecía, que tenía demonio, que me querían conjurar algunas personas. Desto poco se me daba a mí, mas sentía cuando veía yo que temían los confesores de confesarme, o cuando sabía les decían algo. Con todo jamás me podía pesar de haber visto estas visiones celestiales, y por todos los bienes, y deleites del mundo sola una vez no lo trocara: siempre lo tenía por gran merced del Señor, y me parece un grandísimo tesoro; y el mesmo Señor me aseguraba muchas veces. Yo me veía crecer en amarle muy mucho: íbame a quejar a él de todos estos trabajos, siempre salía consolada de la oración, y con nuevas fuerzas. A ellos no los osaba yo contradecir, porque veía era todo peor, que les parecía poca humildad. Con mi confesor trataba, él siempre me consolaba mucho cuando me veía fatigada.

4. Como las visiones fueron creciendo, uno dellos que antes me ayudaba (que era con quien me confesaba algunas veces que no podía el ministro) comenzó a decir, que claro era demonio. Mandábame, que ya que no había remedio de resistir, que siempre me santiguase cuando alguna visión viesse, y diese higas, y que tuviese por cierto era demonio, y con esto no vernía; y que no hubiese miedo, que Dios me guardaría, y me lo quitaría. A mí me era esto grande pena; porque como yo no podía creer, sino que era Dios, era cosa terrible para mí; y tan poco podía, como he dicho, desear se me quitase, más en fin hacía cuanto me mandaba. Suplicaba mucho a Dios me librase de ser engañada, esto siempre lo hacía, y con hartas lágrimas, y a san Pedro, y san Pablo, que me dijo el Señor (como fue la primera vez que me apareció en su día) que ellos me guardarían no fuese engañada; y ansí muchas veces los veía al lado izquierdo muy claramente, aunque no con visión imaginaria. Eran estos gloriosos santos muy mis señores.

5. Dábame este dar higas grandísima pena, cuando veía esta visión del Señor; porque cuando yo le veía presente, si me hicieran pedazos, no pudiera yo creer que era demonio, y ansí era un género de penitencia grande para mí; y por no andar tanto santiguándome, tomaba una cruz en la mano. Esto hacía casi siempre, las higas no tan contino, porque sentía mucho: acordábame de las injurias que le habían hecho los judíos, y suplicábale me perdonase, pues yo lo hacía por obedecer al que tenía en su lugar, y que no me culpase, pues eran los ministros que él tenía puestos en su Iglesia. Decíame, que no se me diese nada, que bien hacía en obedecer, mas que él haría que se entendiese la verdad. Cuando me quitaban la oración, me pareció se había enojado. Díjome, que los dijese, que ya aquello era tiranía. Dábame causas para que entendiese que no era demonio, alguna diré después.

6. Una vez teniendo yo la cruz en la mano, que la traía en un rosario, me la tomó con la suya; y cuando me la tornó a dar, era de cuatro piedras grandes muy más preciosas que diamantes sin comparación, porque no la hay, casi a lo que se ve sobrenatural (diamante parece cosa contrahecha, e imperfecta) de las piedras preciosas que se ven allá. Tenían las cinco llagas de muy linda hechura. Díjome que ansí la vería de aquí adelante, y ansí me acaecía, que no veía la madera de que era, sino estas piedras, mas no la veía nadie sino yo. En comenzando a mandarme hiciese estas pruebas, y resistiese, era muy mayor el crecimiento de las mercedes: en queriéndome divertir, nunca salía de oración, aun durmiéndome parecía estaba en ella, porque aquí era crecer el amor, y las lástimas que yo decía al Señor, y él no lo podía sufrir, ni era en mi mano (aunque yo quería, y más lo procuraba) de dejar de pensar en él, con todo obedecía cuanto podía, mas podía poco, o no nada en esto. Y el Señor nunca me lo quitó, mas aunque me decía lo hiciese, asegurábame por otro cabo, y enseñábame lo que les había de decir, y ansí lo hace ahora, y dábame tan bastantes razones que a mí me hacía toda seguridad.

7. Desde a poco tiempo comenzó su Majestad, como me lo tenía prometido, a señalar más que era él, creciendo en mí mi amor tan grande de Dios, que no sabía quién me le ponía, porque era muy sobrenatural, ni yo le procuraba. Veíame morir con deseo de ver a Dios, y no sabía a dónde había de buscar esta vida, si no era con la muerte. Dábanme unos ímpetus grandes deste amor, que aunque no eran tan insufrideros, como los que ya otra vez he dicho, ni de tanto valor, yo no sabía qué me hacer, porque nada me satisfacía, ni cabía en mí, sino que verdaderamente me parecía se me arrancaba el alma. ¡Oh artificio soberano del Señor, qué industria tan delicada hacíades con vuestra esclava miserable! Escondíades os de mí, y apretábademe, con vuestro amor, con una muerte tan sabrosa, que nunca el alma querría salir della.

8. Quien no hubiere pasado estos ímpetus tan grandes, es imposible poderlo entender, que no es desasosiego del pecho; ni unas devociones que suelen dar muchas veces, que parece ahogan el espíritu, que no caben en sí. Ésta es oración más baja, y hanse de evitar estos aceleramientos, con procurar con suavidad recogerlos dentro de sí, y acallar el alma; que es esto como unos niños que tienen mi acelerado llorar, que parece van a ahogarse, con darles a beber, cesa aquel demasiado sentimiento. Ansí acá la razón ataje a encoger la rienda, porque podría ser ayudar el mismo

natural, vuelva la consideración con temer no es todo perfecto, sino que puede ser mucha parte sensual, y acalle este niño con un regalo de amor, que le haga mover a amar por vía suave, y no a puñadas, como dicen, que recojan este amor dentro; y no como olla que cuece demasiado, porque se pone la leña sin discreción, y se vierte toda, sino que moderen la causa que tomaron para ese fuego, y procuren a matar la llama con lágrimas suaves, y no penosas, que lo son los destos sentimientos, y hacen mucho daño. Yo las tuve algunas veces a los principios, y dejábanme perdida la cabeza, y cansado el espíritu, de suerte, que otro día, y más, no estaba para tornar a la oración. Así que es menester gran discreción a los principios, para que vaya todo con suavidad, y se muestre el espíritu a obrar interiormente, lo exterior se procure mucho evitar.

9. Estotros ímpetus son diferentísimos, no ponemos nosotros la leña; sino que parece que hecho ya el fuego, de presto nos echan dentro, para que nos quememos. No procura el alma que duela esta llaga de la ausencia del Señor, sino que hincan una saeta en lo más vivo de las entrañas, y corazón a las veces, que no sabe el alma qué ha, ni qué quiere; bien entiende que quiere a Dios, y que la saeta parece traía yerba para aborrecerse a sí por amor deste Señor, y perdería de buena gana la vida por él. No se puede encarecer, ni decir el modo con que llaga Dios al alma, y la grandísima pena que da, que la hace no saber de sí, mas es esta pena tan sabrosa, que no hay deleite en la vida, que más contento dé. Siempre querría el alma (como he dicho) estar muriendo deste mal.

10. Esta pena, y gloria junta me traía desatinada, que no podía yo entender cómo podía ser aquello. ¡Oh que es ver un alma herida! Que digo, que se entiende de manera, que se puede decir herida, por tan excelente causa, y ve claro que no movió ella, por donde le viniese este amor, sino que del muy grande que el Señor le tiene, parece cayó de presto aquella centella en ella, que la hace toda arder. ¡Oh cuántas veces me acuerdo, cuando así estoy, de aquel verso de David: Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, que me parece lo veo al pie de la letra en mí. Cuando no da esto muy recio, parece se aplaca algo (al menos busca el alma algún remedio, porque no sabe qué hacer) con algunas penitencias, y no se sienten más, ni hace más pena derramar sangre, que si estuviese el cuerpo muerto. Busca modos, y maneras para hacer algo que sienta por amor de Dios, mas es tan grande el primer dolor, que no sé yo qué tormento corporal le quitase: como no está allí el remedio, son muy bajas estas medicinas para tan subido mal: alguna cosa se aplaca, pasa algo con esto, pidiendo a Dios le dé remedio para su mal, y ninguno ve, sino la muerte, que con esta piensa gozar del todo a su bien. Otras veces da tan recio, que eso, ni nada no se puede hacer, que corta todo el cuerpo, ni pies, ni brazos no puede menear; antes si está en pie se sienta como transportada, que no puede, ni aun resollar, solo da unos gemidos, no grandes, porque no puede, mas sonlo en el sentimiento.

11. Quiso el Señor, que viese aquí algunas veces esta visión, veía un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal; lo que no suelo ver, sino por maravilla, aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos, sino como la visión pasada, que dije primero. En esta visión quiso el Señor le viese así, no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido, que parecía de los ángeles muy subidos, que

parece todos se abrasan: deben ser los que llaman serafines, que los nombres no me los dicen, más bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles a otros, y de otros a otros, que no lo sabría decir. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Éste me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba a las entrañas: al sacarle me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun harto. Es un requiebro tan suave, que pasa entre el alma, y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento.

12. Los días que duraba esto, andaba como embobada, no quisiera ver, ni hablar, sino abrazarme con mi pena, que para mí era mayor gloria, que cuantas hay en todo lo criado. Esto tenía algunas veces, cuando quiso el Señor me viniesen estos arrobamientos tan grandes, que aun estando entre gentes, no los podía resistir, sino que con harta pena mía se comenzaron a publicar. Después que los tengo no siento esta pena tanto, sino la que dije en otra parte antes (no me acuerdo en qué capítulo) que es muy diferente en hartas cosas, y de mayor aprecio: antes en comenzando esta pena de que ahora hablo, parece arrebatada el Señor el alma, y la pone en éxtasi, y ansí no hay lugar de tener pena, ni de padecer, porque viene luego el gozar. Sea bendito por siempre, que tantas mercedes hace a quien tan mal responde a tan grandes beneficios.

Capítulo XXX

Torna a contar el discurso de su vida, y cómo remedió el Señor muchos de sus trabajos con traer al lugar donde estaba al santo varón fray Pedro de Alcántara, de la orden del glorioso san Francisco. Trata grandes tentaciones, y trabajos interiores que pasaba algunas veces

1. Pues viendo yo lo poco, o nada que podía hacer para no tener estos ímpetus tan grandes, también temía de tenerlos, porque pena, y contento, no podía yo entender cómo podía estar junto; que ya pena corporal, y contento espiritual, ya lo sabía que era bien posible, más tan excesiva pena espiritual, y con tan grandísimo gusto, esto me desatinaba: aun no cesaba en procurar resistir, más podía tan poco, que algunas veces me cansaba. Amparábame con la cruz, y quería defender del que con ella nos amparó a todos: veía que no me entendía nadie, que esto muy claro lo entendía yo, más no lo osaba decir sino a mi confesor, porque esto fuera decir bien de verdad, que no tenía humildad.

2. Fue el Señor servido remediar gran parte de mi trabajo, y por entonces todo, con traer a este lugar al bendito fray Pedro de Alcántara, de quien ya hice mención, y dije algo de su penitencia: que entre otras cosas me certificaron, que había traído veinte años cilicio de hoja de lata continuo. Es amor de unos libros pequeños de oración, que ahora se tratan mucho de romance; porque como quien bien lo había ejercitado,

escribió harto provechosamente para los que la tienen. Guardó la primera regla del bienaventurado san Francisco con todo rigor, y lo demás que allá queda dicho. Pues como la viuda sierva de Dios, que he dicho, y amiga mía, supo que estaba aquí tan gran varón, y sabía mi necesidad, porque era testigo de mis aflicciones, y me consolaba harto; porque era tanta su fe, que no podía sino creer, que era espíritu de Dios el que todos los más decían era del demonio; y como es persona de harto buen entendimiento, y de mucho secreto, y el Señor hacía harta merced en la oración, quiso su Majestad darla luz, en lo que los letrados ignoraban. Dábanme licencia mis confesores, que descansase con ella algunas cosas, porque por hartas causas cabía en ella. Cabíale parte algunas veces de las mercedes que el Señor me hacía, con avisos harto provechosos para su alma. Pues como lo supo, para que mejor le pudiese tratar, sin decirme nada, recaudó licencia de mi provincial, para que ocho días estuviese en su casa; y en ella, y en algunas iglesias le hablé muchas veces esta primera vez que estuvo aquí, que después en diversos tiempos le comuniqué mucho. Como le di cuenta en suma de mi vida, y manera de proceder de oración, con la mayor claridad que yo supe (que esto he tenido siempre, tratar con toda claridad, y verdad con los que comunico mi alma, hasta los primeros movimientos querría yo les fuesen públicos; y las cosas más dudosas, y de sospecha, yo les argüía con razones contra mí) así que sin doblez, ni encubierta le traté mi alma. Casi a los principios vi que me entendía por experiencia que, era todo lo que yo había menester; porque entonces no me sabía entender como ahora, para saberlo decir (que después me lo ha dado Dios, que sepa entender, y decir las mercedes que su Majestad me hace) y era menester que hubiese pasado por ello quien del todo me entendiese, y declarase lo que era.

3. Él me dio grandísima luz, porque al menos en las visiones que no eran imaginarias, no podía. Yo entender que podía ser aquello, y parecíame, que en las que veía con los ojos del alma, tampoco entendía cómo podía ser; que como he dicho, solo las que se ven con los ojos corporales eran de las que me parecía a mí había de hacer caso, y éstas no tenía. Este santo hombre me dio luz en todo, y me lo declaró, y dijo, que no tuviese pena, sino que alabase a Dios, y estuviese tan cierta, que era espíritu suyo, que si no era la fe, cosa más verdadera no podía haber, ni que tanto pudiese creer: y él se consolaba mucho conmigo, y hacíame todo favor, y merced, y siempre después tuvo mucha cuenta conmigo, y dábame parte de sus cosas, y negocios; y como me veía con los deseos que él ya poseía por obra (que estos dábamelos el Señor muy determinados) y me veía con tanto ánimo, holgábase de tratar conmigo. Que a quien el Señor llega a este estado, no hay placer, ni consuelo que se iguale a topar con quien le parece le ha dado el Señor principios desto; que entonces no debía yo de tener mucho más, a lo que me parece, y plega al Señor lo tenga ahora: húbome grandísima lástima. Díjome, que uno de los mayores trabajos de la tierra, era el que había padecido, que es contradicción de buenos, y que todavía me quedaba harto, porque siempre tenía necesidad, y no había en esta ciudad quien me entendiese, mas que él hablaría al que me confesaba, y a uno de los que me daban más pena, que era este caballero casado, que ya he dicho; porque como quien me tenía mayor voluntad(20), me hacía toda la guerra, y es alma temerosa, y santa, y como me había visto tan poco

había tan ruin, no acababa de asegurarse. Y así lo hizo el santo varón, que los habló entrambos, les dio causas, y razones, para que se asegurasen, y no me inquietasen más. El confesor poco había menester; el caballero tanto, que aun no del todo bastó, más fue parte para que no tanto me amedrentase.

4. Quedamos concertados, que le escribiese lo que me sucediese más de allí adelante, y de encomendarnos mucho a Dios: que era tanta su humildad, que tenía en algo las oraciones desta miserable, que era harta mi confusión. Dejome con grandísimo consuelo, y contento, y con que tuviese la oración con seguridad, y de que no dudase que era Dios; y de lo que tuviese alguna duda, y por más seguridad de todo, diese parte al confesor, y con esto viviese segura. Mas tampoco podía tener esta seguridad del todo, porque me llevaba el Señor por camino de temer, como creer que era demonio, cuando me decían que lo era: así que temor, ni seguridad nadie podía que yo la tuviese, de manera, que les pudiese dar más crédito del que el Señor ponía en mi alma. Así que aunque me consoló, y sosegó, no le di tanto crédito, para quedar del todo sin temor, en especial cuando el Señor me dejaba en los trabajos de alma, que ahora diré; con todo quedé, como digo, muy consolada.

5. No me hartaba de dar gracias a Dios, y al glorioso padre mío san José, que me pareció le había él traído, porque era comisario general de la custodia de san José, a quien yo mucho me encomendaba, y a nuestra Señora. Acaecíame algunas veces (y aun ahora me acaece, aunque no tantas) estar con tan grandísimos trabajos de alma, juntos con tormentos, y dolores de cuerpo de males tan recios, que no me podía valer. Otras veces tenía males corporales más graves, y como no tenía los del alma, los pasaba con mucha alegría, mas cuando era todo junto, era tan gran trabajo, que me apretaba muy mucho.

6. Todas las mercedes que me había hecho el Señor, se me olvidaban, solo quedaba una memoria, como cosa que se ha soñado, para dar pena; porque se entorpece el entendimiento de suerte, que me hacía andar en mil dudas, y sospechas, pareciéndome que yo no lo había sabido entender, y que quizá se me antojaba, y que estaba que anduviese yo engañada, sin que engañase a los buenos: parecíame yo tan mala, que cuantos males, y herejías se habían levantado, me parecía eran por mis pecados. Ésta es una humildad falsa, que el demonio inventaba para desasosegarme, y probar si puede traer el alma a desesperación: y tengo ya tanta experiencia, que es cosa del demonio, que como ya ve que lo entiendo, no me atormenta en esto tantas veces como solía. Vese claro en la inquietud, y desasosiego con que comienza, y el alboroto que da en el alma todo lo que dura, y la escuridad, y aflicción que en ella pone, la sequedad, y mala disposición para oración, ni para ningún bien, parece que ahoga el alma y ata el cuerpo, para que de nada aproveche. Porque la humildad verdadera, aunque se conoce el alma por ruin, y da pena ver lo que somos, y pensamos grandes encarecimientos de nuestra maldad (tan grandes como los dichos, se sienten con verdad) no viene con alboroto, ni desasosiega el alma, ni la escurece, ni da sequedad, antes la regala, y es todo al revés, con quietud, con suavidad, con luz. Pena que por otra parte conorta, de ver cuán gran merced le hace Dios en que tenga aquella pena, y cuán bien empleada es: duelele lo que ofendió a Dios, por otra parte la ensancha su misericordia:

tiene luz para confundirse a sí, y alaba a su Majestad, porque tanto la sufrió. En esta otra humildad que pone el demonio, hay luz para ningún bien, todo parece lo pone Dios a fuego, y a sangre; represéntale la justicia, y aunque tiene fe, que hay misericordia (porque no puede tanto el demonio, que la haga perder) es de manera, que no me consuela, antes cuando mira tanta misericordia le ayuda a mayor tormento, porque me parece estaba obligada a más.

7. Es una invención del demonio de las más penosas, y sutiles, y disimuladas, que yo he entendido dél: y ansí querría avisar a vuesa merced para que si por aquí le tentare, tenga alguna luz, y lo conozca, si le dejare el entendimiento para conocerlo, que no piense que va en letras, y saber, que aunque a mí todo me falta, después de salida dello, bien entiendo es desatino. Lo que he entendido es, que quiere y permite el Señor, y le da licencia, como se la dio para que tentase a Job, aunque a mí como a ruin, no es con aquel rigor. Hame acaecido, y me acuerdo ser un día antes de la víspera de Corpus Cristi (fiesta de quien yo soy devota, aunque no tanto como es razón) esta vez durome solo hasta el día; que otras dúrame ocho, y quince días, y aun tres semanas, no sé si más, en especial las Semanas Santas, que solía ser mi regalo de oración, me acaece, que coge de presto el entendimiento por cosas tan livianas a las veces, que otras me reiría yo dellas, y hácele estar trabucado en todo lo que él quiere, y el alma aherrojada allí sin ser señora de sí, ni poder pensar otra cosa más de los disbarates que ella representa, que casi ni tienen tomo, ni atan, ni desatan, solo ata para ahogar de manera el alma, que no cabe en sí: y es ansí, que me ha acaecido parecerme, que andan los demonios, como jugando a la pelota con el alma, y ella que no es parte para librarse de su poder. No se puede decir lo que en este caso se padece, ella anda a buscar reparo, y permite Dios no le halle, solo queda siempre la razón del libre albedrío, no clara, digo yo, que debe ser casi atapados los ojos. Como una persona que muchas veces ha ido por una parte, que aunque sea noche, y a oscuras, ya por el tino pasado sabe dónde puede tropezar, porque lo ha visto de día, y gúardase de aquel peligro. Ansí es para no ofender a Dios, que parece se va por la costumbre. Dejemos a parte el tenerla el Señor, que es lo que hace al caso.

8. La fe está entonces tan amortiguada, y dormida como todas las demás virtudes, aunque no perdida, que bien cree lo que tiene la Iglesia, mas pronunciado por la boca, que por otro cabo la aprietan, y entorpecen, para que casi como cosa que oyó de lejos le parece que conoce a Dios. El amor tiene tan tibio, que si oye hablar en él, escucha como una cosa que cree ser el que es, porque lo tiene la Iglesia; más no hay memoria de lo que ha experimentado en sí. Irse a rezar, no es sino más congoja, o estar en soledad; porque el tormento que en sí siente, sin saber de qué, es incorportable; a mi parecer es un poco de traslado del infierno. Esto es ansí, según el Señor en una visión me dio a entender, porque el alma se quema en sí, sin saber quién, ni por dónde la ponen fuego, ni como huir dél, ni con qué le matar; pues quererse remediar con leer, es como si lo supiese. Una vez me acaeció ir a leer la vida de un santo, para ver si me embebería, y para consolarme de lo que él padeció, y leer cuatro, o cinco veces otros tantos renglones, y con ser romance menos entendía dellos a la postre, que al principio, y ansí lo dejé: esto me acaeció muchas veces,

sino que esta se me acuerda más en particular.

9. Tener pues conversación con nadie, es peor; porque un espíritu tan disgustado de ira pone el demonio, que parece a todos me querría comer, sin poder hacer más, y algo parece se hace en irme a la mano, o hace el Señor en tener de su mano a quien así está, para que no diga, ni haga contra sus prójimos, cosa que los perjudique, y en que ofenda a Dios. Pues ir al confesor, esto es cierto, que muchas veces me acaecía lo que diré, que con ser tan santos, como lo son los que en este tiempo he tratado, y trato, me decían palabras, y me reñían con una aspereza, que después que se las decía yo, ellos mismos se espantaban, y me decían, que no era más en su mano: porque aunque ponían muy por sí de no lo hacer, otras veces que se les hacía después lástima, y aun escrúpulo, cuando tuviese semejantes trabajos de cuerpo, y alma, y se determinaban a consolarme con piedad, no podían. No decían ellos malas palabras, digo en que ofendiesen a Dios, mas las más disgustadas que se sufrían para confesar: debían pretender mortificarme; y aunque otras veces me holgaba, estaba para sufrirlo, entonces, todo me era tormento. Pues dame también parecer que los engaño, iba a ellos, y avisábalos muy a las veras, que se guardasen de mí, que podría ser los engañase. Bien veía yo, que de advertencia no lo haría, ni les diría mentira, mas todo me era temor. Uno me dijo una vez, como entendió la tentación, que no tuviese pena que aunque, yo quisiese engañarle, seso tenía él para no dejarse engañar.

10. Esto me dio mucho consuelo. Algunas veces, y casi ordinario, al menos lo más contino, en acabando de comulgar descansaba, y aun apenas en llegando al Sacramento, luego a la hora quedaba tan buena el alma, y cuerpo, que yo me espanto: no me parece, sino que en un punto se deshacen todas las tinieblas del alma, y salido el sol, conocía las tonterías en que había estado. Otras, con solo una palabra que me decía el Señor, con solo decir: No estés fatigada, no hayas miedo, (como ya dejó otra vez dicho) quedaba del todo sana, o con ver alguna visión, como si no hubiera tenido nada. Regalábame con Dios, quejábame a él, cómo consentía tantos tormentos que padeciese; mas ello era bien pagado, que casi siempre eran después en gran abundancia las mercedes: no me parece, sino que sale el alma del crisol como el oro, mas afinada, y glorificada para ver en sí al Señor; y así se hacen después pequeños estos trabajos, con parecer incomportables, y se desean tornar a padecer si el Señor se ha de servir más dello. Y aunque haya más tribulaciones, y persecuciones, como se pasen sin ofender al Señor, sino holgándose de padecerlo por él, todo es para mayor ganancia; aunque como es han de levar, no los llevo yo, sino harto imperfectamente. Otras veces me venían de otra suerte, y vienen que de todo punto me parece se me quita la posibilidad de pensar cosa buena, ni desearla hacer, sino un alma, y cuerpo del todo inútil, y pesado; más no tengo con esto estotras tentaciones, y desasosiegos, sino un disgusto, sin entender de qué, ni nada contenta el alma.

11. Procuraba hacer buenas obras exteriores, para ocuparme medio por fuerza, y conozco bien lo poco que es un alma cuando se esconde la gracia: no me daba mucha pena, porque este ver mi bajeza me daba alguna satisfacción. Otras veces me hallo, que tampoco cosa formada puedo pensar de Dios, ni de bien que vaya con asiento, ni tener oración, aunque esté en soledad, mas siento que le conozco. El entendimiento, e imaginación

entiendo yo es aquí lo que me daña; que la voluntad buena me parece a mí que está, y dispuesta para todo bien; mas este entendimiento está tan perdido, que no parece sino un loco furioso, que nadie le puede atar, ni soy señora de hacerle estar quedo un credo. Algunas veces me río, y conozco mi miseria, y estoyle mirando, y déjole a ver qué hace, y gloria a Dios, nunca por maravilla va a cosa mala, sino indiferentes, si algo hay que hacéis aquí, y allí, y acullá. Conozco más entonces la grandísima merced que me hace cuando tiene atado este loco en perfecta contemplación. Miro, qué sería si me viesen este desvarío las personas que me tienen por buena. He lástima grande al alma de verla en tan mala compañía. Deseo verla con libertad y así digo al Señor: ¿Cuándo, Dios mío, acabaré ya de ver mi alma junta en vuestra alabanza, que os gocen todas las potencias? No permitáis, Señor, sea ya más despedazada, que no parece sino que cada pedazo anda por su cabo. Esto pasó muchas veces, algunas bien entiendo le hace harto al caso la poca salud corporal.

12. Acuérdomo mucho del daño que nos hizo el primer pecado (que de aquí me parece nos vino ser incapaces de gozar tanto bien) y deben ser los míos, que si yo no hubiera tenido tantos, estuviera más entera en el bien. Pasé también otro gran trabajo, que como todos los libros que leía, que tratan de oración, me parecía los entendía todos, y que ya me había dado aquello el Señor, que no los había menester, y así no los leía, sino vidas de santos (que como yo me hallo tan corta en lo que ellos servían a Dios, esto parece me aprovecha, y anima) parecíame muy poca humildad pensar yo había llegado a tener aquella oración; y como no podía acallar conmigo otra cosa, dábame mucha pena, hasta que letrados, y el bendito fray Pedro de Alcántara me dijeron, que no se me diese nada. Bien veo yo que en el servir a Dios no he comenzado, aunque en hacerme su Majestad mercedes, es como a muchos buenos, y que estoy hecha una imperfección, sino es en los deseos, y en amar, que en esto bien veo me ha favorecido el Señor para que le pueda en algo servir. Bien me parece a mí que le amo, mas las obras me desconsuelan, y las muchas imperfecciones que veo en mí. Otras veces me da una bobería de alma (digo yo que es) que ni bien, ni mal me parece que hago, sino andar al hilo de la gente, como dicen ni con pena, ni gloria, ni la da vida, ni muerte, ni placer, ni pesar no parece se siente nada. Paréceme a mí, que anda el alma como un asnillo que paca, que se sustenta, porque le dan de comer, y come casi sin sentirlo; porque el alma en este estado no debe estar sin comer algunas grandes mercedes de Dios, pues en vida tan miserable le pesa de vivir, y lo pasa con igualdad, mas no se sienten movimientos, ni efectos, para que se entienda el alma.

13. Paréceme ahora a mí, como un navegar con un aire muy sosegado, que se anda mucho sin entender porqué en estotras maneras son tan grandes los efectos, que casi luego ve el alma su mejoría, porque luego bullen los deseos, y nunca acaba de satisfacerse un alma esto tienen los grandes ímpetus de amor que he dicho, a quien Dios los da. Es como unas fuentecicas que yo he visto manar, que nunca cesa de hacer movimiento el arena hacia arriba. Al natural me parece este ejemplo, y comparación de las almas que aquí llegan: siempre está bullendo el amor, y pensando, qué hará; no cabe en sí, como en la tierra parece no cabe aquella agua, sino que la echa de sí. Así está el alma muy ordinario, que no sosiega, ni cabe en sí, con el amor que tiene: ya la tiene a ella empapada en sí,

querría bebiesen los otros, pues a ella no le hace falta, para que la ayudasen a alabar a Dios. O que de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Señor a la Samaritana, y así voy muy aficionada a aquel evangelio: y es así cierto, que sin entender, como ahora este bien, desde muy niña lo era, y suplicaba muchas veces al Señor me diese aquel agua, y la tenía dibujada a donde estaba siempre con este letrado, cuando el Señor llegó al pozo: Domine, da mihi aquam. Parece también como un fuego que es grande, y para que no se apague, es menester haya siempre que quemar: así son las almas que digo, aunque fuese muy a su costa, que querrían traer leña, para que no cesase este fuego. Yo soy tal, que aun con pajas que pudiese echar en él, me contentaría; y así me acaece algunas, y muchas veces; unas me río, y otras me fatigo mucho. El movimiento interior me incita a que sirva en algo, de que no soy para más, en poner ramitos, y flores a imágenes, en barrer, o en poner un oratorio, o en unas cositas tan bajas, que me hacía confusión. Si hacía algo de penitencia, todo poco, y de manera, que a no tomar el Señor la voluntad, veía yo era sin ningún tomo, y yo mesma burlaba de mí. Pues no tienen poco trabajo a ánimas que da Dios por su bondad este fuego de amor suyo en abundancia, faltar fuerzas corporales para hacer algo por él. Es una pena bien grande; porque como le faltan fuerzas para echar alguna leña en este fuego, y ella muere, porque no se mate, paréceme que ella entre sí se consume, y hace ceniza, y se deshace en lágrimas; y se quema, y es harto tormento, aunque es sabroso.

14. Alabe muy mucho al Señor el alma que ha llegado aquí, y le da fuerzas corporales para hacer penitencia, o le dio letras, y talento, y libertad para predicar, y confesar, y llegar almas a Dios, que no sabe, ni entiende el bien que tiene, sino ha pasado por gustar, que es no poder hacer nada en servicio del Señor, y recibir siempre mucho. Sea bendito por todo, y denle gloria los ángeles. Amén.

15. No sé si hago bien de escribir tantas menudencias: como vuesa merced me tornó a enviar a mandar, que no se me diese nada de alargarme, ni dejase nada, voy tratando con claridad, y verdad lo que se me acuerda; y no puede ser menos de dejarse mucho, porque sería gastar mucho más tiempo, y tengo tan poco como he dicho, y por ventura no sacar ningún provecho.

Capítulo XXXI

Trata de algunas tentaciones exteriores, y representaciones que le hacía el demonio, y tormentos que le daba. Trata también algunas cosas harto buenas, para aviso de personas, que van camino de perfección

1. Quiero decir, ya que he dicho algunas tentaciones, y turbaciones interiores, y secretas, que el demonio me causaba, otras que hacía casi públicas, en que no se podía ignorar que era él. Estaba una vez en un oratorio, y apareciome hacia el lado izquierdo de abominable figura; en especial miré la boca, porque me habló, que la tenía espantable. Parecía le salía una gran llama del cuerpo, que estaba toda clara sin sombra. Díjome espantablemente, que bien me había librado de sus manos, mas que él me tornaría a ellas. Yo tuve gran temor, y santigueme como pude, y desapareció, y tornó luego: por dos veces me acaeció esto. Yo no sabía qué

me hacer; tenía allí agua bendita, y echela hacia aquella parte, y nunca más tornó. Otra vez me estuvo cinco horas atormentando con tan terribles dolores, y desasosiego interior, y exterior, que no me parece se podía ya sufrir. Las que estaban conmigo, estaban espantadas, y no sabían qué se hacer, ni yo como valerme. Tengo por costumbre, cuando los dolores, y mal corporal es muy intolerable, hacer actos como puedo entre mí, suplicando al Señor, si se sirve de aquello, que me dé su Majestad paciencia, y me esté yo así hasta el fin del mundo. Pues como esta vez vi el padecer con tanto rigor, remediábame con estos actos para poderío llevar, y determinaciones. Quiso el Señor entendiéndose como era el demonio, porque vi cabe mí un negrillo muy abominable, regañando como desesperado de que a donde pretendía ganar, perdía. Yo como le vi, reíme, y no hube miedo, porque había allí algunas conmigo, que no se podían valer, ni sabían que remedio poner a tanto tormento, que eran grandes los golpes que me hacía dar, sin poderme resistir con cuerpo, y cabeza, y brazos; y lo peor era el desasosiego interior, que de ninguna suerte podía tener sosiego. No osaba pedir agua bendita, por no las poner miedo, y porque no entendiesen lo que era.

2. De muchas veces tengo experiencia, que no hay cosa con que huyan más para no tornar: de la cruz también huyen, mas vuelven luego, debe ser grande la virtud del agua bendita; para mí es particular, y muy conocida consolación que siente mi alma cuando la tomo. Es cierto, que lo muy ordinario es sentir una recreación, que no sabría yo darla a entender, con un deleite interior, que toda el alma me conorta. Esto no es antojo, ni cosa que me ha acaecido sola una vez, sino muy muchas, y mirado con gran advertencia; digamos, como si uno estuviese con mucha calor, y sed, y bebiese un jarro de agua fría, que parece todo él sintió el refrigerio. Considero yo, que gran cosa es todo lo que está ordenado por la Iglesia, y regálame mucho ver que tengan tanta fuerza aquellas palabras, que así la pongan en el agua, para que sea tan grande la diferencia que hace a lo que no es bendito. Pues como no cesaba el tormento, dije, si no se riesen pediría agua bendita. Trajéronmela, echáronmela a mí, y no aprovechaba, echela hacia donde estaba, y en un punto se fue, y se me quitó todo el mal, como si con la mano me lo quitaran, salvo que quedé cansada, como si me hubieran dado muchos palos. Hízome gran provecho, ver que aun no siendo un alma, y cuerpo suyo, cuando el Señor le da licencia, hace tanto mal, que hará cuando él lo posea por suyo: diome de nuevo gana de libramme de tan ruin compañía. Otra vez, poco ha, me acaeció lo mesmo, aunque no duró tanto, y yo estaba sola, pedí agua bendita, y las que entraron después que ya se había ido, (que eran dos monjas bien de creer, que por ninguna suerte dijieran mentira) olieron un olor muy malo, como de piedra azufre. Yo no lo olí: duró de manera, que se pudo advertir a ello. Otra vez estaba en el coro, y diome un gran ímpetu de recogimiento, y fuime de allí, porque no lo entendiesen, aunque cerca oyeron todas dar golpes grandes a donde yo estaba, y yo cabe mí oí hablar, como que concertaban algo, aunque no entendí que habla fuese, mas estaba tan en oración, que no entendí cosa, ni hube ningún miedo. Casi cada vez era cuando el Señor me hacía merced, de que por mi persuasión se aprovechase algún alma, y es cierto, que me acaeció lo que ahora diré; y desto hay muchos testigos, en especial quien ahora me confiesa, que lo vio por escrito en una carta, sin decirle

yo quien era la persona cuya era la carta, bien sabía él quién era.

3. Vino una persona a mí, que había dos años y medio, que estaba en un pecado mortal, de los más abominables que yo he oído, y en todo este tiempo, ni se confesaba, ni se enmendaba, y decía misa. Y aunque confesaba otros, éste decía, que como él había de confesar cosa tan fea, y tenía gran deseo de salir dél, y no se podía valer a sí. A mí hizome gran lástima, y ver que se ofendía a Dios de tal manera, me dio mucha pena: prometile de suplicar a Dios le remediase, y hacer que otras personas lo hiciesen, que eran mejores que yo, y escribí a cierta persona que él me dijo podía dar las cartas: y es así, que a la primera se confesó, que quiso Dios nuestro Señor (por las muchas personas muy santas que lo habían suplicado a Dios, que se lo había yo encomendado) hacer con esta alma esta misericordia; y yo aunque miserable, hacía lo que podía con harto cuidado. Escribiome, que estaba ya con tanta mejoría, que había días que no caía en él, mas que era tan grande el tormento que le daba la tentación, que parecía estaba en el infierno, según lo que padecía, que lo encomendase a Dios. Yo lo torné a encomendar a mis hermanas, por cuyas oraciones debía el Señor hacerme esta merced, que lo tomaron muy a pechos: era persona que no podía nadie atinar en quien era. Yo supliqué a su Majestad se aplacasen aquellos tormentos, y tentaciones, y se viniesen aquellos demonios a atormentarme a mí, con que yo no ofendiese en nada al Señor. Es así que pasé un mes de grandísimos tormentos, entonces eran estas dos cosas que he dicho. Fue el Señor servido, que le dejaron a él (así me lo escribieron) porque yo le dije lo que pasaba en este mes. Tomó fuerza su ánima, y quedó del todo libre, que no se hartaba de dar gracias al Señor, y a mí, como si yo hubiera hecho algo, sino que ya el crédito que tenía de que el Señor me hacía mercedes, lo aprovechaba. Decía que cuando se veía muy apretado, leía mis cartas, y se le quitaba la tentación, y estaba muy espantado de lo que yo había padecido, y como se había librado él: y aun yo me espanté, y lo sufriera otros muchos años, por ver aquella alma libre. Sea alabado por todo, que mucho puede la oración de los que sirven al Señor, como yo creo que lo hacen en esta casa estas hermanas, sino que como yo lo procuraba, debían los demonios indignarse más conmigo, y el Señor por mis pecados lo permitía. En este tiempo también una noche pensé me ahogaban, y como echaron mucha agua bendita, vivir mucha multitud dellos, como quien se va despeñando. Son tantas veces las que estos malditos me atormentan, y tan poco el miedo que yo ya les he, con ver que no se pueden menear, si el Señor no les da licencia, que cansaría a vuesa merced, y me cansaría si las dijese.

4. Lo dicho aproveche, de que el verdadero siervo de Dios se le dé poco destes espantajos, que estos ponen para hacer temer: sepan que cada vez que se nos da poco dellos y quedan con menos fuerza, y el alma muy más señora. Siempre queda algún gran provecho, que por no alargar no lo digo; solo diré esto que me acaeció una noche de las Ánimas, estando en un oratorio, habiendo rezado un nocturno, y diciendo unas oraciones muy devotas, que están al fin del que tenemos en nuestro rezado, se me puso sobre el libro, para que no acabase la oración, yo me santigüé, y fuese. Tornando a comenzar, tornose (creo fueron tres veces las que la comencé) y hasta que eché agua bendita, no pude acabar; vi que salieron algunas ánimas del purgatorio en el instante, que debía faltarles poco, y pensé si

pretendía estorbar esto. Pocas veces lo he visto tomando forma, y muchas sin ninguna forma, como la visión, que sin forma se ve claro está allí, como he dicho. Quiero también decir esto, porque me espantó mucho. Estando un día de la Trinidad en cierto monasterio en el coro, y en arrobamiento, vi una gran contienda de demonios contra ángeles: yo no podía entender qué quería decir aquella visión; antes de quince días se entendió bien en cierta contienda que acaeció entre gente de oración, y muchas que no lo eran, y vino harto daño a la casa que era: fue contienda que duró mucho, y de harto desasosiego. Otra vez veía mucha multitud dellos en rededor de mí, y parecíame estar una gran claridad, que me cercaba toda, y esta no les consentía llegar a mí: entendí que me guardaba Dios, para que no llegasen a mí de manera, que me hiciesen ofenderle: en lo que he visto en mí algunas veces entendí que era verdadera visión. El caso es, que va tengo entendido su poco poder (si yo no soy contra Dios) que casi ningún temor los tengo, porque no son nada sus fuerzas, si no ven almas rendidas a Dios, y cobardes, que aquí muestran ellos su poder. Algunas veces en las tentaciones que ya dije, me parecía, que todas las vanidades, y flaquezas de tiempos pasados tornaban a despertar en mí, que tenía bien que encomendarme a Dios: luego era el tormento de parecerme, que pues venían aquellos pensamientos, que debía ser todo demonio, hasta que me sosegaba el confesor; porque a un primer movimiento de mal pensamiento, me parecía a mí no había de tener quien tantas mercedes recibía del Señor. Otras veces me atormentaba mucho (y aun ahora me atormenta) ver que se hace mucho caso de mí, en especial personas principales, y de que decían mucho bien: en esto he pasado, y paso mucho. Miro luego a la vida de Cristo, y de los santos, y paréceme que voy al revés, que ellos no iban sino por desprecio, e injurias, háceme andar temerosa, y como que no oso alzar la cabeza, ni querría parecer: lo que no hago cuando tengo persecuciones, anda el alma tan señora, aunque el cuerpo lo siente, y por otra parte, ando afligida, que yo no sé cómo esto puede ser; mas pasa ansí, que entonces parece esta el alma en su reino, y que lo trae todo debajo de los pies. Dábame algunas veces, y durome hartos días, y parecía era virtud, y humildad por una parte, y ahora veo claro era tentación (un fraile, dominico, gran letrado, me lo declaró bien) cuando pensaba que estas mercedes, que el Señor me hace, se habían de venir a saber en público, era tan excesivo el tormento, que me inquietaba mucho el alma. Vino a términos, que considerándolo, de mejor gana me parece me determinaba a que me enterraran viva, que por esto; y ansí cuando me comenzaron estos grandes recogimientos, o arrobamientos a no poder resistirlos aun en público, quedaba yo después tan corrida, que no quisiera parecer a donde nadie me viera.

5. Estando una vez muy fatigada desto, me dijo el Señor, que qué temía, que en esto no podía sino haber dos cosas, o que murmurasen de mí, o que alabasen a él. Dando a entender, que los que lo creían, le alabarían, y los que no, era condenarme sin culpa, y que ambas cosas eran ganancia para mí, que no me fatigase. Mucho me sosegó esto, y me consuela cuando se me acuerda. Vino a términos la tentación, que me quería ir deste lugar, y dotar en otro monasterio muy más encerrado, que en el que yo al presente estaba, que había oído decir muchos extremos dél (era también de mi orden, y muy lejos, que esto es lo que a mí me consolara estar a donde

no me conocieran) y nunca mi confesor me dejó. Mucho me quitaban la libertad del espíritu estos temores (que después vine yo a entender no era buena humildad, pues tanto inquietaba) y me enseñó el Señor esta verdad; que si ve tan determinada, y cierta estuviera, que no era ninguna cosa buena mía, sino de Dios, que ansí como no me pesaba de oír loar a otras personas, antes me holgaba, y consolaba mucho de ver que allí se mostraba Dios, que tampoco me pesaría mostrarse en mí sus obras.

6. También di en otro extremo, que fue suplicar a Dios, y hacía oración particular, que cuando alguna persona le pareciese algo bien en mí, que su Majestad le declarase mis pecados, para que viese cuán sin mérito mío me hacía mercedes, que esto deseo yo siempre mucho. Mi confesor me dijo, que no lo hiciese, mas hasta ahora poco ha: si veía yo que una persona pensaba de mi bien mucho, por rodeos, o como podía le daba a entender mis pecados, y con esto parece descansaba: también me han puesto mucho escrúpulo en esto. Procedía esto, no de humildad a mi parecer, sino de una tentación venían muchas; parecíame que a todos los traía engañados, y (aunque es verdad que andan engañados en pensar que hay algún bien en mí) no era mi deseo engañarlos, ni jamás tal pretendí, sino que el Señor por algún fin lo permite, y ansí aun con los confesores, si no viera era necesario, no tratara ninguna cosa, que se me hiciera gran escrúpulo. Todos estos temorcillos, y penas, y sombra de humildad entiendo yo ahora era harta imperfección, y de no estar mortificada; porque un alma dejada en las manos de Dios, no se le da más que digan bien, que mal, si ella entiende bien entendido, como el Señor quiere hacerle merced que lo entienda, que no tiene nada de sí. Fíese de quien se lo da, que sabrá porqué lo descubre, y aparéjese a la persecución, que está cierta en los tiempos de ahora, cuando de alguna persona quiere el Señor se entienda, que la hace semejantes mercedes; porque hay mil ojos para un alma destas, a donde para mil almas de otra hechura no hay ninguno. A la verdad no hay poca razón de temer, y este debía ser mi temor, y no humildad, sino pusilanimidad; porque bien se puede aparejar un alma, que ansí permite Dios que ande en los ojos del mundo, a ser mártir del mundo, porque si ella no se quiere morir a él, el mesmo mundo la matará.

7. No veo cierto otra cosa en él que bien me parezca, sino no consentir faltas en los buenos, que a poder de murmuraciones no las perfeccione. Digo, que es menester más ánimo para si uno no está perfecto, llevar camino de perfección, que para ser de presto mártires; porque la perfección no se alcanza en breve (sino es a quien el Señor quiere por particular privilegio hacerle esta merced) el mundo en viéndole comenzar le quiere perfecto, y de mil leguas le entiende una falta, que por ventura en él es virtud, y quien le condena usa de aquello mesmo por vicio, y ansí lo juzga en el otro. No ha de haber comer, ni dormir, no como dicen, resollar; y mientras en más le tienen, más deben olvidar, que aunque se están en el cuerpo, por perfecta que tenga el alma viven aun en la tierra sujetos a sus miserias, aunque más la tengan debajo de los pies: y ansí como digo, es menester gran ánimo, porque la pobre alma aún no ha comenzado a andar, y quiérenla que vuele, aun no tiene vencidas las pasiones, y quieren que en grandes ocasiones estén tan enteras, como ellos leen estaban los santos después de confirmados en gracia. Es para alabar al Señor lo que en esto pasa, y aun para lastimar mucho el corazón, porque

muy muchas almas tornan atrás, que no saben las pobrecitas valerse: y así creo hiciera la mía, si el Señor tan misericordiosamente no lo hiciera todo de su parte, y hasta que por su bondad lo puso todo, ya verá vuesa merced que no ha habido en mí, sino caer, y levantar. Querría saberlo decir, porque creo se engañan aquí muchas almas, que quieren volar antes que Dios les dé alas.

8. Ya creo he dicho otra vez esta comparación, mas viene bien aquí, trataré esto, porque veo algunas almas muy afligidas por esta causa. Como comienzan con grandes deseos, y fervor, y determinación de ir adelante en la virtud, y algunas, quanto al exterior, todo lo dejan por él, como ven en otras personas, que son más crecidas, cosas muy grandes de virtudes que les da el Señor, que no nos las podemos nosotros tomar, ven en todos los libros que están escritos de oración, y contemplación, poner cosas que hemos de hacer para subir a esta dignidad, que ellos no las pueden luego acabar consigo, desconsuélanse: como es un no se nos dar nada que digan mal de nosotros, antes tener mayor contento, que cuando dicen bien; una poca estima de honra, un desasimiento de sus deudos (que si no tienen oración, no los querría tratar, antes le cansan) otras cosas desta manera muchas, que a mi parecer les ha de dar Dios, porque me parece son ya bienes sobrenaturales, o contra nuestra natural inclinación. No se fatiguen, esperen en el Señor, que lo que ahora tienen en deseos, su Majestad hará que lleguen a tenerlo por obra con oración, y haciendo de su parte lo que es en sí; porque es muy necesario para este nuestro flaco natural tener gran confianza, y no desmayar, ni pensar que si nos esforzarnos, dejaremos de salir con vitoria. Y porque tengo mucha experiencia desto, diré algo para aviso de vuesa merced y no piense (aunque le parezca que sí) que está ya ganada la virtud, si no la experimenta con su contrario, y siempre hemos de estar sospechosos, y no descuidarnos mientras vivimos; porque mucho se nos pega luego, si como digo no esta ya dada del todo la gracia, para conocer lo que es todo, y en esta vida nunca hay todo sin muchos peligros. Parecíame a mí pocos años ha, que no solo no estaba asida a mis deudos, sino me cansaban, y era cierto así, que su conversación no podía llevar. Ofreciose cierto negocio de harta importancia, y hube de estar con una hermana mía, a quien yo quería muy mucho antes; y puesto que en la conversación, aunque ella es mejor que yo, no me hacía con ella (porque como tiene diferente estado, que es casada, no puede ser la conversación siempre en lo que yo la querría) y lo más que podía me estaba sola; vi que me daban pena sus penas, más harto que de prójimo, y algún cuidado. En fin, entendí de mí, que no estaba tan libre como yo pensaba, y que aun había menester huir la ocasión, para que esta virtud que el Señor me había comenzado a dar, fuese en crecimiento, y así con su favor lo he procurado hacer siempre después acá.

9. En mucho se ha tener una virtud, cuando el Señor la comienza a dar, y en ninguna manera ponernos en peligro de perderla, así es en cosas de honra, y en otras muchas; que crea vuesa merced que no todos los que pensamos estamos desasidos del todo, lo están, y es menester nunca descuidar en esto. Y cualquiera persona que sienta en sí algún punto de honra, si quiere aprovechar, créame, y dé tras este atamiento, que es una cadena, que no hay lima que la quiebre, sino es Dios con oración, y hacer

mucho de nuestra parte. Paréceme, que es una ligadura para este camino, que yo me espanto el daño que hace. Veo algunas personas santas en sus obras, que las hacen tan grandes, que espantan a las gentes. ¡Válame Dios! ¿Por qué está aún en la tierra esta alma? ¿Cómo no está en la cumbre de la perfección? ¿Qué es esto? ¿Quién detiene a quien tanto hace por Dios? O que tiene un punto de honra; y lo peor que tiene es, que no quiero entender que le tiene, y es porque algunas veces lo hace entender el demonio, que es obligado a tenerlo. Pues créanme, crean por amor del Señor a esta hormiguilla, que el Señor quiere que hable, que si no quitan esta oruga, que ya que a todo el árbol no dañe, porque ningunas otras virtudes quedarán, mas todas carcomidas. No es árbol hermoso, sino que él no medra, ni aun deja medrar a los que andan cabe él; porque la fruta que da de buen ejemplo, no es nada sana, poco durará. Muchas veces lo digo, que por poco que sea el punto de honra, es como en el canto de órgano, que mi punto, o compás que se yerre, disuena toda la música, y es cosa que en todas partes hace harto daño al alma, mas en este camino de oración es pestilencia.

10. ¿Andas procurando juntarte con Dios por unión, y queremos seguir sus consejos de Cristo, cargado de injurias, y testimonios; y queremos muy entera nuestra honra, y crédito? No es posible llegar allá, que no van por un camino. Llega el Señor al alma, esforzándonos nosotros, y procurando perder de nuestro derecho en muchas cosas. Dirán algunos, no tengo en qué, ni se me ofrece: yo creo que quien tuviere esta determinación, que no querrá el Señor. Pierda tanto bien, su Majestad ordenará tantas cosas en que gane esta virtud, que no quiera tantas. Manos a la obra, quiero decir las naderías, y poquedades que yo hacía cuando comencé, o algunas dellas; las pajitas que tengo dichas pongo en el fuego, que no soy yo para más: todo lo recibe el Señor, sea bendito por siempre. Entre mis faltas tenía esta, que sabía poco de rezado, y de lo que había de hacer en el coro, y cómo le regir, de puro descuidada, y metida entre otras vanidades, y veía a otras novicias que me podían enseñar.

11. Acaecíame no les preguntar, porque no entendiesen yo sabía poco: luego se pone delante el buen ejemplo, esto es muy ordinario. Ya que Dios me abrió un poco los ojos, aun sabiéndolo, tantico que estaba en duda, lo preguntaba a las niñas, ni perdí honra, ni crédito, antes quiso el Señor (a mi parecer) darme después más memoria. Sabía mal cantar, sentía tanto si no tenía estudiado lo que me encomendaban (y no por el hacer falta delante del Señor, que esto fuera virtud, sino por las muchas que me oían) que de puro honrosa me turbaba tanto, que decía muy menos de lo que sabía. Tomé después por mí, cuando no lo sabía muy bien, decir que no lo sabía. Sentía harto a los principios, y después gustaba dello: y es ansí, que comencé a no se me dar nada de que se entendiese no lo sabía, que lo decía muy mejor; y que la negra honra me quitaba supiese hacer esto que yo tenía por honra, que cada uno la pone en lo que quiere. Con estas naderías, (y harto nada soy yo, pues esto me daba pena) de poco en poco se van haciendo con actos, y cosas poquitas como estas (que en ser hechas por Dios les da su Majestad tomo) ayuda su Majestad para cosas mayores. Y ansí en cosas de humildad me acaecía, que de ver que todas se aprovechaban, sino yo (porque nunca fui para nada) de que se iban del coro coger todos los mantos. Parecíame servía a aquellos ángeles, que allí alababan a Dios, hasta que no sé cómo vinieron a entenderlo, que no me corrí yo poco, porque no

llegaba mi virtud a querer que entendiesen estas cosas; y no debía ser por humilde, sino porque no se riesen de mí, como era tan nonada.

12. ¡Oh Señor mío, qué vergüenza es ver tantas maldades, y contar unas arenitas, que aún no las levantaba de la tierra por vuestro servicio, sino, que todo iba envuelto en mil miserias! No manaba aun el agua de vuestra gracia debajo destas arenas, para que las hiciese levantar. ¡Oh Criador mío, quién tuviera alguna cosa que contar entre tantos males, que fuera de tomo, pues cuento las grandes mercedes que de recibido de vos! Es ansí, Señor mío, que no sé cómo puede sufrirlo mi corazón, ni cómo podrá quien esto leyere dejarme de aborrecer, viendo tan mal servidas tan grandísimas mercedes; y que no he vergüenza de contar estos servicios, en fin como míos. Si tengo, Señor mío, mas el no tener otra cosa, que contar de mi parte, me hace decir tan bajos principios, para que tenga esperanza quien los hiciere grandes, que pues estos parece ha tomado el Señor en cuenta, los tomará mejor. Plega a su Majestad me dé gracia, para que no esté siempre en principios. Amén.

Capítulo XXXII

En que trata cómo quiso el Señor ponerla en espíritu en un lugar del infierno, que tenía por sus pecados merecido. Cuenta una cifra de lo que allí se le representó por lo que fue. Comienza a tratarla manera, u modo cómo se fundó el monasterio a donde ahora esta de san José

1. Después de mucho tiempo, que el Señor me había hecho ya muchas de las mercedes que de dicho, y otras muy grandes, estando un día en oración, me hallé en un punto toda sin saber cómo, que me parecía estar metida en el infierno. Entendí que quería el señor, que viese el lugar que los demonios allá me tenían aparejado, y yo merecido, por mis pecados. Ello fue en brevísimo espacio; mas aunque yo viviese muchos años, me parece imposible olvidárseme. Parecíame la entrada a manera de un callejón muy largo, y estrecho, a manera de horno muy bajo, y oscuro, y angosto: el suelo me parecía de una agua como todo muy sucio, y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él: al cabo estaba una concavidad metida en luna pared u manera de una alacena, a donde me vi meter en mucho estrecho. Todo esto era deleitoso a la vista en comparación de lo que allí sentí: esto que he dicho va mal encarecido.

2. Estotro me parece que aun principio de encarecerse cómo es, no lo puede haber, ni se puede entender; mas sentí un fuego en el alma, que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es, los dolores corporales tan incomportables, que con haberlos pasado en esta vida gravísimos, y (según dicen los médicos) los mayores que su pueden acá pasar; porque fue encogérseme todos los nervios cuando me tullí, sin otros muchos de muchas maneras que he tenido, y aun algunos como he dicho, causados del demonio, no es todo nada en comparación de lo que allí sentí, y ver que habían de ser sin fin, y sin jamás cesar. Esto no es pues nada en comparación del agonizar del alma, un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sensible, y con tan desesperado, y afligido descontento, que yo no sé cómo lo encarecer; porque decir, que es un estarse siempre arrancando el alma, es poco; porque allí parece que otro os acaba la vida,

mas aquí el alma mesma es la que se despedaza. El caso es, que yo no sé cómo encarezca aquel fuego interior, y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos, y dolores. No veía yo quién me los daba, mas sentíame quemar, y desmenuzar (a lo que me parece) y digo, que aquel fuego, y desesperación interior es lo peor. Estando en tan pestilencial lugar tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse, ni echarse ni hay lugar, aunque me pusieron en este como agujero hecho en la pared, porque estas paredes que son espantosas a la vista, aprietan ellas mismas, y todo ahoga, no hay luz, sino todo tinieblas escurísimas. Yo no entiendo cómo puede ser esto, que con no haber luz, lo que a la vista ha de dar pena todo se ve. No quiso el Señor entonces viese más de todo el infierno, después he visto otra visión de cosas espantosas, de algunos vicios el castigo: cuando lo a la vista muy más espantosas me parecieron; mas como no sentía la pena, no me lucieron tanto temor, que en esta visión quiso el Señor, que verdaderamente yo sintiese aquellos tormentos, y aflicción en el espíritu, como si el cuerpo lo estuviera padeciendo. Yo no sé cómo ello fue, mas bien entendí ser gran merced que quiso el Señor yo viese por vista de ojos de dónde me había librado su misericordia: porque no es nada oírlo decir, ni haber yo otras veces pensado en diferentes tormentos (aunque pocas, que por temor no se llevaba bien mi alma) ni que los demonios atenazan, ni otros diferentes tormentos que he leído, no es nada con esta pena, porque es otra cosa: en fin, como de dibujo a la verdad, y el quemarse acá es muy poco en comparación deste fuego de allá. Yo quedé tan espantada, y aun lo estoy ahora escribiéndolo, con que ha casi seis años, y es ansí, que me parece el calor natural me falta de temor, aquí a donde estoy, y ansí no me acuerdo vez que tenga trabajo, ni dolores, que no me parezca no nada todo lo que acá se puede pasar; y ansí me parece en parte, que nos quejamos sin propósito. Y ansí torno a decir, que fue una de las mayores mercedes que el Señor me ha hecho, porque me ha aprovechado muy mucho, ansí para perder el miedo a las tribulaciones, y contradicciones desta vida, como para esforzarme a padecerlas, y dar gracias al Señor que me libró, a lo que ahora me parece, de males tan perpetuos, y terribles.

3. Después acá, como digo, todo me parece fácil, en comparación de un momento que se haya de sufrir lo que yo en él allí padecí. Espántame, cómo habiendo leído muchas veces libros a donde se da algo a entender de las penas del infierno, cómo no las temía, ni tenía en lo que son: a donde estaba, como me podía dar cosa descanso de lo que me acarreaba ir a tan mal lugar. Seáis bendito, Dios mío, por siempre, y como se ha parecido que me queríades vos mucho más a mí, que yo me quiero. Qué de veces, Señor, me librades de cárcel tan temerosa, y como me tornaba yo a meter en ella contra vuestra voluntad. De aquí también gané la grandísima pena que me da, las muchas almas que se condenan (destos luteranos en especial, porque eran ya por el bautismo miembros de la Iglesia) y los ímpetus grandes de aprovechar almas, que me parece cierto a mí, que por librar una sola de tan gravísimos tormentos, pasaría yo muchas muertes muy de buena gana. Miro, que si vemos acá una persona, que bien queremos en especial, con un gran trabajo, o dolor, parece que nuestro mesmo natural nos convida a compasión, y si es grande nos aprieta a nosotros: pues ver a un alma para sin fin en el sumo trabajo de los trabajos, ¿quién lo ha de poder sufrir?

No hay corazón que lo lleve sin gran pena. Pues acá con saber, que en fin se acallará con la vida, y que ya tiene término, aun nos mueve a tanta compasión: estotro que no le tiene, no sé como podemos sosegar, viendo tantas almas como lleva cada día el demonio consigo.

4. Esto también me hice desear, que en cosa que tanto importa, no nos contentemos con menos de hacer todo lo que pudiéremos de nuestra parte, no dejemos nada, plega al señor sea Señor sea servido de darnos gracia para ello. Cuando yo considero, que aunque era tan malísima, traía algún cuidado de servir a Dios, y no hacía algunas cosas, que veo, que como quien no hace nada se las tragan en el mundo, y en fin, pasaba grandes enfermedades, y con mucha paciencia, que me la daba el Señor, no era inclinada a murmurar, ni a decir mal de nadie, ni me parece podía querer mal a nadie, ni era codiciosa, ni envidia jamás me acuerdo tener, de manera que fuese ofensa grave del Señor, y otras algunas cosas, que aunque era tan ruin, traía temor de Dios lo más continuo, y veo a donde me tenían ya los demonios aposentada: y es verdad, que según mis culpas, aun me parece merecía más castigo. Mas con todo digo, que era terrible tormento, y que es peligrosa cosa contentarnos, ni traer sosiego, ni contento el alma que anda cayendo a cada paso en pecado mortal, sino que por amor de Dios nos quitemos de las ocasiones, que el Señor nos ayudará, como ha hecho a mí. Plega a su Majestad que no me deje de su mano, para que yo torne a caer, que ya tengo visto a donde he de ir a parar, no lo permita el Señor por quien su Majestad. es. Amén.

5. Andando yo después de haber visto esto, y otras grandes cosas, y secretos, que el Señor por quien es me quiso mostrar, de la gloria que se dará a los buenos, y pena a los malos, deseando modo, y manera en que pudiese hacer penitencia de tanto mal, y merecer algo para ganar tanto bien, deseaba huir de gentes, y acabar ya de todo en todo apartarme del mundo. No sosegaba mi espíritu, mas no desasosiego inquieto, sino sabroso; bien se veía que era Dios, y que le había dado su Majestad al alma calor para digerir otros manjares más gruesos de los que comía. Pensaba qué podría hacer por Dios, y pensé, que lo primero era seguir el llamamiento que su Majestad me había hecho a la Religión, guardando mi regla con la mayor perfección que pudiese: y aunque en la casa donde estaba había muchas siervas de Dios, y era harto servido en ella, a causa de tener gran necesidad, salían las monjas muchas veces a partes, a donde con toda honestidad, y religión podíamos estar y también no estaba fundada en su primer rigor la regla, sino guardábase conforme a lo que en toda la Orden (que es con bula de relajación) también otros inconvenientes, que me parecía a mí tenía mucho regalo, por ser la casa grande, y deleitosa. Mas este inconveniente de salir, y aunque yo era la que mucho lo usaba, era grande para mí, ya porque algunas personas (a quien los prelados no podían decir de no) gustaban estuviere yo en su compañía, importunados mandábanmelo: y así según se iba ordenando, pudiera poco estar en el monasterio, porque el demonio en parte debía ayudar, para que no estuviere en casa, que todavía como comunicaba con algunas lo que los que me trataban me enseñaban, hacía gran provecho. Ofreciose una vez estando con una persona, decirme a mí, y a otras, que si seríamos para ser monjas de la manera de las descalzas, que aun posible era poder hacer un monasterio. Yo como andaba en estos deseos, comencelo a tratar con aquella

señora mi compañera viuda, que ya he dicho, que tenía el mismo deseo: ella comenzó a dar trazas para darle renta, que ahora veo yo que no llevaban mucho camino, y el deseo que dello teníamos más hacía parecer que sí. Mas yo por otra parte, como tenía tan grandísimo contento en la casa que estaba, porque era muy a mi propósito, todavía me detenía: con todo concertamos de encomendarlo mucho a Dios.

6. Habiendo un día comulgado, mandome mucho su Majestad, lo procurase con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas, de que no se dejaría de hacer el monasterio, y que se serviría mucho en él, y que se llamase san José, y que a la una puerta nos guardaría él, y nuestra Señora a la otra, y que Cristo andaría con nosotras, y que sería una estrella que diese de sí gran resplandor; y que aunque las religiones estaban relajadas, que no pensase, se servía poco en ellas; que ¿qué sería del mundo, si no fuese por los religiosos? Que dijese a mi confesor esto que mandaba, y que le rogaba el que no fuese contra ello, ni me lo estorbase. Era esta visión con tan grandes efectos, y de tal manera esta habla, que me hacía el Señor, que yo no podía dudar que era él. Yo sentí grandísima pena, porque en parte se me representaron los grandes desasosiegos, y trabajos que me había de costar; y como estaba tan contentísima en aquella casa, que aunque antes lo trataba, no era con tanta determinación, ni certidumbre, que sería. Aquí parecía se me ponía premio, y como veía comenzaba cosa de gran desasosiego, estaba en duda de lo que haría, mas fueron muchas veces las que el Señor me tornó a hablar en ello, poniéndome delante tantas causas, y razones, que yo veía ser claras, y que era su voluntad, que ya no osé hacer otra cosa, sino decirlo a mi confesor, y dile por escrito todo lo que pasaba. Él no osó determinadamente decirme que lo dejase, mas veía que no llevaba camino conforme a razón natural, por haber poquísima, y casi ninguna posibilidad en mi compañera, qué era la que había de hacer. Díjome, que lo tratase con mi prelado, y que lo que él hiciese, eso hiciese yo: yo no trataba estas visiones con el prelado, sino aquella señora trató con él, que quería hacer este monasterio; y el provincial vino muy bien en ello, que es amigo de toda religión, y dióle todo el favor que fue menester, y díjole que él admitiría la casa: trataron de la renta que había de tener, y queríamos fuesen más de trece por muchas causas. Antes que lo comenzásemos a tratar, escribimos al santo fray Pedro de Alcántara todo lo que pasaba, y aconsejamos que no lo dejásemos de hacer, y diónos su parecer en todo. No se hubo comenzado a saber por el lugar, cuando no se podía escribir en breve la gran persecución que vino sobre nosotras, los dichos, las risas, el decir que era disbarate: a mí, que bien me estaba en mi monasterio, a la mi compañera tanta persecución, que la traían fatigada. Yo no sabía qué me hacer, en parte me parecía, que tenían razón. Estando así muy fatigada, encomendándome a Dios, comenzó su Majestad a consolarme, y animarme: díjome, que aquí vería lo que habían pasado los santos que habían fundado las religiones, que muchas más persecuciones tenía por pasar de las que yo podía pensar, que no se nos diese nada. Decíame algunas cosas que dijese a mi compañera, y lo que más me espantaba yo es, que luego quedábamos consoladas de lo pasado, y con ánimo para resistir a todos: y es así, que gente de oración, y todo en fin el lugar, no había casi persona que entonces no fuese contra nosotras, y le pareciese grandísimo disbarate.

7. Fueron tantos los dichos, el alboroto de mi mismo monasterio, que al provincial lo pareció recio ponerse contra todos, y ansí mudó el parecer y no la quiso admitir: dijo, que la renta no era segura, y que era poca y que era mucha la contradicción; y en todo parece tenía razón, y en fin lo y no la quiso admitir. Nosotras, que ya parecía teníamos recibidos los primeros golpes, dionos muy gran pena; en especial me la dio a mí de ver al provincial contrario, que con quererlo él, tenía yo disculpa con todos. A la mi compañera ya no la querían absolver, sino lo dejaba; porque decían era obligada a quitar el escándalo.

8. Ella fue a un gran letrado muy gran siervo de Dios, de la Orden de santo Domingo, a decírselo, y darle cuenta de todo (esto fue aún antes que el provincial lo tuviese dejado) porque en todo el lugar no teníamos quien nos quisiese dar parecer; y ansí decían, que solo era por nuestras cabezas. Dio esta señora relación de todo, y cuenta de la renta que tenía de su mayorazgo a este santo varón, con harto deseo nos ayudase; porque era el mayor letrado, que entonces había en el lugar, y pocos más en su Orden. Yo le dije todo lo que pensábamos hacer, y algunas causas; no le dije cosa de revelación ninguna, sino las razones naturales que me movían, porque no que no quería yo nos diese parecer, sino conforme a ellas. Él nos dijo, que le diésemos de término ocho días para responder, y que si estábamos determinadas a hacer lo que él dijese. Yo le dije que sí; mas aunque yo esto decía (y me parece lo hiciera) nunca jamás se me quitaba una seguridad de que se había de hacer. Mi compañera tenía más fe, nunca ella por cosa que la dijese se determinaba a dejarlo: yo (aunque como digo me parecía imposible dejarse de hacer) de tal manera creo ser verdadera la revelación, como no vaya contra lo que está en la Sagrada Escritura, o contra las leyes de la Iglesia, que somos obligados a hacer: porque aunque a mí verdaderamente me parecía era de Dios, si aquel letrado me dijera, que no lo podíamos hacer sin ofenderle, y que íbamos contra conciencia, pareciome luego me apartara dello, y buscara otro medio; mas a mí no me daba el Señor sino este. Decíame después este siervo de Dios, que lo había tomado a cargo con toda determinación, de poner mucho en que nos apartásemos de hacerlo (porque ya había venido a su noticia el clamor del pueblo, y también le parecía desatino como a todos, y en sabiendo habíamos ido a él, le envió a avisar un caballero, que mirase lo que hacía, que no nos ayudase) y que en comenzando a mirar lo que nos había de responder, y a pensar en el negocio, y el intento que llevábamos, y manera de concierto, y religión, se le asentó ser muy en servicio de Dios, y que no había de dejar de hacerse: y ansí nos respondió, nos diésemos priesa a concluirlo, y dijo la manera, y traza que se había de tener; y aunque la hacienda era poca, que algo se había de fiar de Dios, que quien lo contradijese fuese a él, que él respondería, ansí siempre nos ayudó, como después diré. Y con esto fuimos muy consoladas, y con que algunas personas santas, que nos solían ser contrarias, estaban ya más aplacadas, y algunas nos ayudaban: entre ellas era el caballero santo, de quien ya he hecho mención, que (como lo es, y le pareció llevaba camino de tanta perfección, por ser todo nuestro fundamento en oración) aunque los medios le parecían muy dificultosos, y sin camino, rendía su parecer a que podía ser cosa de Dios, que el mesmo Señor le debía mover: y ansí hizo al maestro, que es el clérigo siervo de Dios, que dije que había hablado primero, que es espejo

de todo el lugar, como persona que le tiene Dios en él, para remedio, y aprovechamiento de muchas almas, y va venía en ayudarme en el negocio. Y estando en estos términos, y siempre con ayuda de muchas oraciones, teniendo comprada ya la casa en buena parte, aunque pequeña (mas desto a mí no se me daba nada, que me había dicho el Señor, que entrase como pudiese, que después yo vería lo que su Majestad hacía: y cuán bien que lo he visto) y así aunque veía ser poca la renta, tenía creído el Señor lo había por otros medios ordenar, y favorecernos.

Capítulo XXXIII

Procede en la misma materia de la fundación del glorioso san José. Dice cómo le mandaron, que no entendiase en ella, y el tiempo que lo dejó, y algunos trabajos que tuvo, y cómo la consolaba en ellos el Señor

1. Pues estando los negocios en este estado, y tan al punto de acabarse, que otro día se habían de hacer las escrituras, fue cuando el padre provincial nuestro mudó parecer, creo fue movido por ordenación divina, según después ha parecido; porque como las oraciones eran tantas, iba el Señor perfeccionando la obra, y ordenando que se hiciese de otra suerte. Como él no lo quiso admitir, luego mi confesor me mandó, no entendiase más en ello: con que sabe el Señor los grandes trabajos, y aflicciones, que hasta traerlo a aquel estado me había costado. Como se dejó, y quedó así, confirmose más ser todo disbarate de mujeres, y a crecer la murmuración sobre mí, con haberlo mandado hasta entonces mi provincial. Estaba muy malquista en todo mi monasterio, porque quería hacer monasterio más encerrado: decían que las afrentaba, que allí podía también servir a Dios, pues había otras mejores que yo, que no tenía amor a la casa, que mejor era procurar renta para ella, que para otra parte. Unas decían, que me echasen en la cárcel, otras (bien pocas) tornaban algo por mí: yo bien veía, que en muchas cosas tenían razón, y algunas veces dábales descuento, aunque como no había de decir lo principal, que era mandármelo el Señor, no sabía qué hacer, y así callaba. Otras hacíame Dios muy gran merced, que todo esto no me daba inquietud, sino con tanta facilidad, y contento lo dejé, como si no me hubiera costado nada; y esto no lo podía nadie creer (ni aun las mismas personas de oración, que me trataban) sino que pensaban estaba muy penada, y corrida; y aun mi mesmo confesor no lo acababa de creer. Yo como me parecía que había hecho todo lo que había podido, parecíame no era más obligada para lo que me había mandado el Señor, y quedábame en la casa, que yo estaba contenta, y a mi placer: aunque jamás podía dejar de creer que había de hacerse; o no había a medio, ni sabía cómo ni cuándo, mas tenía muy cierto.

2. Lo que mucho me fatigó, fue una vez que mi confesor, como si yo hubiera hecho cosa contra su voluntad (también debía el Señor querer que de aquella parte, que más me había de doler, no me dejase de venir trabajo; y así en esta multitud de persecuciones, que a mí me parecía había de venirme dél el consuelo) me escribió, que ya vería que era todo sueño en lo que había sucedido, que me enmendase de ahí adelante en no querer salir con nada, ni hablar más en ello, pues veía el escándalo que había sucedido; otras cosas, todas para dar pena. Esto me la dio mayor que

todo junto, pareciéndome si había sido yo ocasión, y tenido culpa en que se ofendiese; y que si estas visiones eran ilusiones, que toda la oración que tenía era engaño, y que yo andaba muy engañada, y perdida. Apretome esto en tanto extremo, que estaba toda turbada, y con grandísima aflicción: mas el Señor (que nunca me faltó en todos estos trabajos que he contado, hartas veces me consolaba, y esforzaba, que no hay para que lo decir aquí) me dijo entonces, que no me fatigase, que yo había mucho servido a Dios, y no ofendídale en aquel negocio: que hiciese lo que me mandaba el confesor en callar por entonces, hasta que fuese tiempo de tornar a ello. Quedé tan consolada, y contenta, que me parecía todo nada la persecución que había sobre mí.

3. Aquí me enseñó el Señor el grandísimo bien, que es pasar trabajos, y persecuciones por él; porque fue tanto el acrecentamiento que vi en mi alma de amor de Dios, y otras muchas cosas, que yo me espantaba: y esto me hace no poder dejar de desear trabajos, y las otras personas pensaban que estaba muy corrida: y si estuviera, si el Señor no me favoreciera en tanto extremo con merced tan grande. Entonces me comenzaron más grandes los ímpetus de amor de Dios, que tengo dicho, y mayores arrobamientos, aunque yo callaba, y no decía a nadie estas ganancias. El santo varón dominico, no dejaba de tener por tan cierto como yo, qué se había de hacer: y como yo no quería entender en ello, por no ir contra la obediencia de mi confesor, negociábalo él con mi compañera, y escribían a Roma, y daban trazas. También comenzó aquí el demonio de una persona en otra, a procurar se entendiese, que había yo visto alguna revelación en este negocio, e iban a mí con mucho miedo a decirme que andaban los tiempos recios, y que podría ser me levantasen algo, y fuesen a los inquisidores. A mí me cayó esto en gracia, y me hizo reír (porque en este caso jamás yo temí, que sabía bien de mí, que en cosa de la fe, contra la menor ceremonia de la Iglesia, que alguien viese yo iba, por ella, o por cualquier verdad de la Sagrada Escritura, me pornía yo a morir mil muertes) y dije, que deso, no temiesen, que harto mal sería para mi alma, si en ella hubiese cosa que fuese de suerte, que yo temiese la Inquisición; que si pensase había para qué, yo me la iría a buscar, y que si era levantado, que el Señor me libraría, y quedaría con ganancia. Y tratelo con este padre mío dominico (que como digo era tan letrado, que podía quien asegurar con lo que él me dijese) y díjele entonces todas las visiones, y modo de oración, y las grandes mercedes que me hacía el Señor con la mayor claridad que pude, y supliquele lo mirase muy bien, y me dijese si había algo contra la Sagrada Escritura, y lo que de todo sentía. Él me aseguró mucho, y a mi parecer le hizo provecho; porque aunque él era muy bueno, de allí adelante se dio mucho más a la oración, y se apartó en un monasterio de su Orden, donde hay mucha soledad, para mejor poder ejercitarse en esto, a donde estuvo más de dos años; y sacole de allí la obediencia (que él sintió harto) porque le hubieron menester como era persona tal: y yo en parte sentí mucho cuando se fue (aunque no se lo estorbé) por la grande falta que me hacía; mas entendí su ganancia porque estando con harta pena de su ida, me dijo el Señor, que me consolase, y no la tuviese, que bien guiado iba. Vino tan aprovechada su alma de allí, y tan adelante en aprovechamiento de espíritu, que me dijo cuando vino, que por ninguna cosa quisiera haber dejado de ir allí. Y yo también podía decir lo mismo, porque lo que antes

me aseguraba, y consolaba con solas sus letras, ya lo hacía también con la experiencia de espíritu, que tenía harta de cosas sobrenaturales; y trájole Dios a tiempo, que vio su Majestad había de ser menester para ayudar a su obra deste monasterio, que quería su Majestad se hiciese.

4. Pues estuve en este silencio, y no entendiendo, ni hablando en este negocio cinco, o seis meses, y nunca el Señor me lo mandó. Yo no entendía qué era la causa, mas no se me podía quitar del pensamiento, qué se había de hacer. Al fin deste tiempo, habiéndose ido de aquí el retor, que estaba en la Compañía de Jesús, trajo su Majestad aquí otro muy espiritual, y de grande ánimo, y entendimiento, y buenas letras, a tiempo que yo estaba con harta necesidad; porque como el que me confesaba tenía superior, y ellos tienen esta virtud en extremo de no se bullir, sino conforme a la voluntad de su mayor, aunque él entendía bien mi espíritu, y tenía deseo de que fuese muy adelante, no se osaba en algunas cosas determinar, por hartas causas que para ello tenía. Ya mi espíritu iba con ímpetus tan grandes, que sentía mucho tenerle atado, y con todo no salía de lo que él me mandaba.

5. Estando un día con grande aflicción de parecerme el confesor no me creía, díjome el Señor, que no me fatigase, que presto se acabaría aquella pena. Yo me alegré mucho, pensando que era que me había de morir presto, y traía mucho contento cuando se me acordaba: después vi claro era la venida deste retor que digo, porque aquella pena nunca más se ofreció en que la tener, a causa de que el retor que vino no iba a la mano al ministro que era mi confesor; antes le decía, que me consolase, y que no había de qué temer, y que no me llevase por camino tan apretado: que dejase obrar el espíritu del Señor, que a veces parecía con estos grandes ímpetus de espíritu no le quedaba al alma como resollar. Fueme a ver este rector, y mandome el confesor tratase con él con toda libertad, y claridad. Yo solía sentir grandísima contradicción en decirlo, y es ansí, que en entrando en el confesonario sentí en mi espíritu un no sé qué, que antes, ni después no me acuerdo haberlo con nadie sentido, ni yo sabré decir cómo fue, ni por comparaciones podría. Porque fue un gozo espiritual, y un entender mi alma, que aquel alma me había de entender, y que conformaba con ella, aunque, como digo, no entiendo cómo; porque si le hubiera hablado, o me hubieran dado grandes nuevas dél, no era mucho darme gozo, en entender que había de entenderme, mas ninguna palabra él a mí, ni yo a él nos habíamos hablado; ni era persona de quien yo tenía antes ninguna noticia. Después he visto bien, que no se engañó mi espíritu, porque de todas maneras ha hecho gran provecho a mí, y a mi alma tratarle; porque su trato es mucho para personas, que ya parece el Señor tiene ya muy adelante, porque él las hace correr, y no ir paso a paso. Y su modo es para desasirlas de todo, y mortificarlas, que en esto le dio el Señor grandísimo talento, también como en otras muchas cosas. Como le comencé a tratar, luego entendí su estilo, y vi ser un alma pura, y santa, y con don particular del Señor, para conocer espíritus: consóleme mucho. Desde ha poco que le trataba comenzó el Señor a tornarme a apretar, que tornase, a tratar el negocio del monasterio, y que dijese a mi confesor, y a este retor muchas razones, y cosas para que no me lo estorbare; y algunas los hacía temer, porque este padre retor nunca dudó en que era espíritu de Dios, porque con mucho estudio, y cuidado miraba todos los efectos.

6. En fin de muchas cosas, no se osaron atrever tornó mi confesor a darme licencia que pusiese en ello todo lo que pudiese; y bien veía el trabajo a que me ponía, por ser muy sola, y tener poquísima posibilidad. Concertamos se tratase con todo secreto, y así procuré, que una hermana mía, que vivía fuera de aquí, comprase la casa, y la labrase como que era para sí, con dineros que el Señor dio por algunas vías para comprarla; que sería largo de contar como el Señor lo fue proveyendo, porque yo traía gran cuenta en no hacer cosa contra la obediencia, mas sabía que si lo decía a mis prelados, era todo perdido, como la vez pasada, y aun ya fuera peor. En tener los dineros, en procurarlo, en concertarlo, hacerlo labrar, pasé tantos trabajos, y algunos bien a solas; aunque mi compañera hacía lo que podía, mas podía poco, y tan poco, que era casi nonada; mas de hacerse en su nombre, y con su favor, todo el más trabajo era mío, de tantas maneras, que ahora me espanto como lo pude sufrir. Algunas veces afligida, decía: Señor mío, cómo me mandáis cosas, que parecen imposibles, que aunque fuera mujer, si tuviera libertad, mas atada por tantas partes, sin dineros, ni de a dónde los tener, ni para Breve, ni para nada, ¿qué puedo yo hacer, Señor?

7. Una vez estando en una necesidad, que no sabía qué me hacer, ni con qué pagar unos oficiales, me apareció san José, mi verdadero padre, y señor, y me dio a entender, que no me fallarían, que los concertase, y así lo hizo sin ninguna blanca, y el Señor por manera que se espantaban los que lo oían, me proveyó. Hacíaseme la casa muy chica, porque lo era tanto, que no parece llevaba camino ser monasterio, y quería comprar otra, ni había con qué, ni había manera para comprarse, ni sabía qué me hacer, que estaba junto a ella otra también harto pequeña para hacer la iglesia; y acabando un día de comulgar, díjome el Señor: Ya te he dicho que entres como pudieres. Y a manera de exclamación también me dijo: ¡Oh codicia del humano, que aun tierra piensas que te ha de fallar! ¿Cuántas veces dormí yo al sereno, por no tener a dónde me meter? Yo quedé muy espantada, y vi que tenía razón, voy a la casita, y tracela, y hallé, aunque bien pequeño monasterio cabal, y no curé de comprar más sitio, sino procuré, se labrase en ella, de manera que se pueda vivir, todo tosco, sin labrar no más de como no fuese dañoso a la salud, y así se ha de hacer siempre.

8. El día de santa Clara, yendo a comulgar, se me apareció con mucha hermosura, y díjome, que me esforzase, y fuese adelante en lo comenzado, que ella me ayudaría. Yo la tomé gran devoción, y ha salido tan verdad, que un monasterio de monjas de su Orden, que está cerca deste, nos ayuda a sustentar; y lo que ha sido más, que poco a poco trajo este deseo mío a tanta perfección, que en la pobreza que la bienaventurada santa tenía en su casa, se tiene en esta, y vivimos de limosna; que no me ha costado poco trabajo, que sea con toda firmeza, y autoridad del Padre Santo, que no se puede otra cosa, ni jamás haya renta. Y más hace el Señor (y debe por ventura ser por ruego desta bendita santa) que sin demanda ninguna nos provee su Majestad muy cumplidamente lo necesario. Sea bendito por todo. Amén.

9. Estando en estos mismos días (el de nuestra Señora de la Asunción) en un monasterio de la Orden del glorioso santo Domingo, estaba considerando los muchos pecados, que en tiempos pasados había en aquella casa confesado, y cosas de mi ruin vida; vínome un arrebatamiento tan

grande, que casi me sacó de mí. Senteme, y aún paréceme que no pude ver alzar, ni oír misa, que después quedé con escrúpulo desto. Pareciome estando así, que me veía vestir una ropa de mucha blancura, y claridad; y al principio no veía quien me la vestía: después vi a nuestra Señora, hacia el lado derecho, y a mi padre san José al izquierdo, que me vestían aquella ropa: dióseme a entender, que estaba ya limpia de mis pecados. Acabada de vestir, yo con grandísimo deleite gloria, luego me pareció asirme de las manos nuestra Señora. Díjome, que le daba mucho contento en servir al glorioso san José que creyese, que lo que pretendía del monasterio se haría, y en él se serviría mucho el Señor, y ellos dos; que no temiese habría quiebra en esto jamás, aunque la obediencia que daba no fuese a mi gusto, porque ellos nos guardarían, que ya su Hijo nos había prometido andar con nosotras; que para señal que sería esto verdad, me daba aquella joya. Parecíame haberme echado al cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz a él de mucho valor. Este oro, y piedras, es tan diferente de lo de acá, que no tiene comparación; porque es su hermosura muy diferente de lo que podemos acá imaginar, que no alcanza el entendimiento a entender de qué era la ropa, ni cómo imaginar el blanco que el Señor quiere que se represente, que parece todo lo de acá dibujo de tizne, a manera de decir. Era grandísima la hermosura que vi en nuestra Señora, aunque por figuras no determiné ninguna particular, sino toda junta la hechura del rostro, vestida de blanco con grandísimo resplandor, no que deslumbra, sino suave. Al glorioso san José no vi tan claro, aunque bien vi que estaba allí, como las visiones que he dicho, que no se ven: parecíame nuestra Señora muy niña. Estando así conmigo un poco, y yo con grandísima gloria, y contento (mas a mi parecer, que nunca le había tenido, y nunca quisiérame quitarme dél) pareciome que los veía subir al cielo con mucha multitud de ángeles; yo quedé con mucha soledad, aunque tan consolada, y elevada, y recogida en oración, y enternecida, que estuve algún espacio, que menearme, ni hablar no podía, sino casi fuera de mí. Quedé con un ímpetu grande de deshacerme por Dios, y con tales efectos, y todo pasó de suerte, que nunca pude dudar (aunque mucho lo procurase) no ser cosa de Dios nuestro Señor. Dejome consoladísima, y con mucha paz. En lo que dijo la Reina de los ángeles de la obediencia es, que a mí se me hacía de mal no darla a la Orden, y habíame dicho el Señor que no convenía dársela a ellos: diome las causas, para que en ninguna manera convenía lo hiciese, sino que enviase a Roma por cierta vía, que también me dijo; que él haría viniese recaudo por allí; y así fue, que se envió por donde el Señor me dijo (que nunca acabábamos de negociarlo) y vino muy bien. Y para las cosas que después han sucedido, convino mucho se diese la obediencia al obispo, mas entonces no le conocía yo, ni aun sabía qué prelado sería; y quiso el Señor fuese tan bueno, y favoreciese tanto a esta casa como ha sido menester para la gran contradicción que ha habido en ella (como después diré) y para ponerla en el estado en que está. Bendito sea el que así lo ha hecho todo. Amén.

Capítulo XXXIV

Trata cómo en este tiempo convino que se ausentase deste lugar: dice la

causa, y cómo la mandó ir su prelado para consuelo de una señora muy principal, que estaba muy afligida. Comienza a tratar lo que allá le sucedió, y la gran merced que el Señor la hizo de ser medio, para que su Majestad despertase a una persona muy principal para servirle muy de veras, y que ella tuviese favor, y amparo después en él. Es mucho de notar

1. Pues por mucho cuidado que yo traía, para que no se entendiese, no podía hacerse tan secreta toda esta obra, que no se entendiese mucho en algunas personas, unas lo creían, y otras no. Yo temía harto, que venido el provincial, si algo le dijese dello, me había de mandar no entender en ello, luego era todo cesado. Proveyolo el Señor desta manera, que se ofreció en un lugar grande, islas de veinte leguas deste, que estaba una señora muy afligida, a causa de habersele muerto su marido; estábalo en tanto extremo, que se temía su salud. Tuvo noticia desta pecedorcilla, que lo ordenó el Señor ansí, que le dijese bien de mí para otros bienes que de aquí sucedieron. Conocía esta señora mucho al provincial, y como era persona principal, y supo que yo estaba en monasterio que salían, pónelo el Señor tan gran deseo de verme, pareciéndole que se consolaría conmigo, que no debía ser en su mano, sino luego procuró por todas las vías que pudo llevarme allá, enviando al provincial que estaba bien lejos. Él me envió un mandamiento, con precepto de obediencia, que luego fuese con otra compañera: yo lo supe la noche de Navidad. Hízome algún alboroto, y mucha pena, ver que por pensar que había en mí algún bien me querían llevar (que como yo me veía tan ruin, no podía sufrir esto) encomendándome mucho a Dios, estuve todos los maitines, o gran parte dellos en gran arrobamiento. Díjome el Señor, que no dejase de ir, y que no escuchase pareceres; porque pocos me aconsejarían sin temeridad, que aunque tuviese trabajos se serviría mucho Dios, y que para este negocio del monasterio convenía ausentarme hasta ser venido el Breve; porque el demonio tenía armada una gran trama venido el provincial, y que no temiese de nada, que él me ayudaría allá. Yo quedé muy esforzada, y consolada: díjelo al rector, díjome, que en ninguna manera dejase de ir; porque otros me decían que no se sufría, que era invención del demonio, para que allá me viniese algún mal, que tornase a enviar al provincial.

2. Yo obedecí al retor, y con lo que en la oración había entendido, iba sin miedo, aunque no sin grandísima confusión de ver el título con que me llevaban, y como se engañaban tanto; esto me hacía importunar más al Señor, para que no me dejase. Consolábame mucho, que había casa de la Compañía de Jesús en aquel lugar a donde iba, con estar sujeta a lo que me mandasen, como lo estaba acá, me parecía estaría con alguna seguridad. Fue el Señor servido, que aquella señora se consoló tanto, que conocida mejoría comenzó luego a tener, y cada día más se hallaba consolada. Túvose a mucho, porque (como he dicho) la pena la tenía en gran aprieto: y debíalo hacer el Señor, por las muchas oraciones, que hacían por mí las personas buenas, que yo conocía, porque me sucediese bien. Era muy temerosa de Dios, y tan buena, que su mucha cristiandad suplió lo que a mí me faltaba. Tomó grande amor conmigo; yo se le tenía harto de ver su hondad, más casi todo me era cruz, porque los regalos me daban gran tormento, y el hacer tanto caso de mí, me traía con gran temor. Andaba mi alma tan encogida, que no me osaba descuidar, ni se descuidaba el Señor, porque estando allí me hizo grandísimas mercedes, y estas me daban tanta

libertad, y tanto me hacían despreciar todo lo que veía (mientras más, eran más) que no dejaba de tratar con aquellas tan señoras, que muy a mi honra pudiera yo servir las, con la libertad que si yo fuera su igual. Saqué una ganancia muy grande, y decíase. Vi que era mujer, y tan sujeta a pasiones, y flaquezas como yo, y en lo poco que se ha de tener el señorío, y como mientras es mayor tiene más cuidados, y trabajos, y un cuidado de tener la compostura conforme a su estado, que no las deja vivir, comer sin tiempo, ni concierto, (porque ha de andar todo conforme al estado, y no las complexiones) han de comer muchas veces los manjares más conforme, a su estado, que no a su gusto.

3. Es así, que del todo aborrecí el desear ser señora. Dios me libre de mala compostura, aunque esta con ser de las principales del reino, creo hay pocas más humildes, y de mucha llaneza. Ya la había lástima, y se la he de ver como va muchas veces, no conforme a su inclinación, por cumplir con su estado. Pues con los criados es poco lo poco que hay que fiar, aunque ella los tenía buenos; no se ha de hablar más con uno que con otro, sino al que se favorece ha de ser el malquisto. Ello es una sujeción, que una de las mentiras que dice el mundo, es llamar señores a las personas semejantes, que no me parece son sino esclavos de mil cosas. Fue el Señor servido, que el tiempo que estuve en aquella casa, se mejoraban en servir a su Majestad las personas della, aunque no estuve libre de trabajos, y algunas envidias que tenían algunas personas del mucho amor que aquella señora me tenía. Debían por ventura pensar, que pretendía algún interese; debía permitir el Señor me diesen algunos trabajos cosas semejantes, y otras de otras suertes, porque no me embebiese en el regalo que había por otra parte, y fue servido sacarme de todo con mejoría de mi alma.

4. Estando allí acertó a venir un religioso, persona muy principal, y con quien yo muchos años había tratado algunas veces: y estando en misa en un monasterio de su Orden (que estaba cerca a donde yo estaba) diome deseo de saber en que disposición estaba aquel alma (que deseaba yo fuese muy siervo de Dios) y levantéme para irle a hablar: como yo estaba recogida va en oración, pareciome después era perder tiempo, que quien me metía a mí en aquello, y tornéme a sentar. Paréceme, que fueron tres veces las que esto me acaeció, y en fin pudo más el ángel bueno, que el malo, y fuile a llamar, y vino a hablarme a un confesionario. Comencele a preguntar, y él a mí (porque había muchos años que no nos habíamos visto) de nuestras vidas; y yo le comencé a decir, que había sido la mía de muchos trabajos de alma. Puso muy mucho en que le dijese, que eran los trabajos: yo le dije, que no eran para saber, ni para que yo los dijese. Él dijo, que pues lo sabía el padre dominico, que he dicho, que era muy su amigo, que luego se los diría, y que no se me diese nada.

5. El caso es, que ni fue en su mano dejarme de importunar, ni en la mía me parece dejárselo decir, porque con toda la pesadumbre, y vergüenza que solía tener, cuando trataba estas cosas con él, y con el retor que he dicho, no tuve ninguna pena antes me consolé mucho; díjeselo debajo de confesión. Pareciome más avisado que nunca, aunque siempre le tenía por de gran entendimiento: miré los grandes talentos, y partes que tenía para aprovechar mucho, si del todo se diese a Dios; porque esto tengo yo de unos años acá, que no veo persona que mucho me contente, que luego querría verla del todo dar a Dios, con unas ansias, que algunas veces no me puedo

valer; y aunque deseo que todos le sirvan, estas personas que me contentan, es con muy gran ímpetu, y ansí importuno mucho al Señor por ellas. Con el religioso que digo me acaeció ansí. Rogome le encomendase mucho a Dios (y no había menester decírmelo, que ya yo estaba de suerte, que no pudiera hacer otra cosa) y voime a donde solía a solas tener oración, y comienzo a tratar con el Señor, estando muy recogida con un estilo abobado, que muchas veces sin saber lo que digo trato, que el amor es el que habla, y está el alma tan enajenada, que no miro la diferencia que hay della a Dios, porque el amor que conoce que la tiene su Majestad, la olvida de sí, y le parece está en él, y como una cosa propia sin división habla desatinos. Acuérdomme que le dije esto, después de pedirlo con hartas lágrimas aquella alma pusiese en su servicio muy de veras, que aunque yo la tenía por buena, no me contentaba, que le quería muy bueno; y ansí le dije: «Señor, no me habéis de negar esta merced, mirad que es bueno este sujeto para nuestro amigo».

6. ¡Oh bondad, y humanidad grande de Dios, como no mira las palabras, sino los deseos, y voluntad con que se dicen! ¡Cómo sufre, que una como yo hable a su Majestad tan atrevidamente! Sea bendito por siempre jamás. Acuérdomme, que me dio en aquellas horas de oración aquella noche un afligimiento grande de pensar si estaba en amistad de Dios, y como no podía yo saber si estaba engracia, o no, no para que yo lo desease saber; mas deseábame morir, por no me ver en vida a donde no estaba segura si estaba muerta; porque no podía haber muerte más recia para mí, que pensar si tenía ofendido a Dios, y apretábame esta pena; suplicábale no lo permitiese, toda regalada, y derretida en lágrimas. Entonces entendí, que bien me podía consolar, y confiar que estaba en gracia, porque semejante amor de Dios, y hacer su Majestad aquellas mercedes, y sentimientos que daba al alma, que no se compadecía hacerse al alma que estuviese en pecado mortal. Quedé confiada, que había de hacer el Señor lo que le suplicaba desta persona. Díjome, que le dijese unas palabras. Esto sentí yo mucho, porque no sabía cómo las decir, que esto de dar recaudo a tercera persona, como he dicho, es lo que más siento siempre, en especial a quien no sabía cómo lo tomaría, o si burlaría de mí. Púsome en mucha congoja, en fin fui tan persuadida, que a mi parecer, prometí a Dios no dejárselas de decir, y por la gran vergüenza que había, las escribí, y se las di. Bien pareció ser cosa de Dios en la operación que lo hicieron, determinose muy de veras de darse a oración, aunque no lo hizo desde luego. El Señor como le quería para sí, por mi medio lo enviaba a decir unas verdades, que sin entenderlo yo iban tan a su propósito, que él se espantaba: y el Señor, que debía de disponerle para creer que eran de su Majestad, y yo aunque miserable, era mucho lo que lo suplicaba al Señor muy del todo le hiciese aborrecer los contentos, y cosas de la vida. Y ansí sea alabado por siempre, lo hizo tan de hecho, uno cada vez que me habla, me tiene como embobada; y si yo no lo hubiera visto, lo tuviera por dudoso, en tan breve tiempo hacerle tan crecidas mercedes, y tenerle tan ocupado en sí, que no parece vive ya para cosa de la tierra. Su Majestad le tenga de su mano, que si ansí va adelante (lo que espero en el Señor si hará, por ir muy fundado en conocerse) será uno de los muy señalados siervos suyos, y para gran provecho de muchas almas, porque en cosas de espíritu en poco tiempo tiene mucha experiencia, que estos son dones que da Dios cuando quiere, y como

quiere, y ni va en el tiempo, ni en los servicios. No digo que no hace esto mucho, mas que muchas veces no da el Señor en veinte años la contemplación que a otros da en uno: su Majestad sabe la cansa. Y es el engaño, que nos parece, que por los años hemos de entender lo que en ninguna manera se puede alcanzar sin experiencia; y ansí yerran muchos, como he dicho, en querer conocer espíritu sin tenerle. No digo, que quien no tuviere espíritu, si es letrado, no gobierne a quien lo tiene, mas entiéndese en lo exterior, e interior que va conforme a vía natural por obra del entendimiento, y en lo sobrenatural, que mire vaya conforme a la Sagrada Escritura. En lo demás no se mate, ni piense entender lo que no entiende, ni ahogue los espíritus, que ya cuanto en aquello, otro mayor Señor los gobierna, que no están sin superior.

7. No se espante, ni le parezcan cosas imposibles, todo es posible al Señor, sino procura esforzar la fe, y humillarse de que hace el Señor en esta ciencia a una vejecita más sabia por ventura que a él, aunque sea muy letrado; y con esta humildad aprovechará más a las almas, y a sí, que por hacerse contemplativo sin serlo. Porque torno a decir, que si no tiene experiencia, si no tiene muy mucha humildad en entender que no lo entiende, y que no por eso es imposible, que ganará poco, y dará menos quien trata; no haya miedo, si tiene humildad, permita el ganar ni a Señor que se engañe el uno, ni el otro. Pues a este padre que digo, como en muchas cosas se la ha dado el Señor, ha procurado estudiar todo lo que por estudio ha podido en este caso, que es bien letrado, y lo que no entiende por experiencia, infórmase, de quien la tiene, y con esto ayúdale el Señor con darle mucha fe, y ansí ha aprovechado mucho a sí a algunas almas, y la mía es una dellas; que como el Señor sabía en los trabajos que me había de ver, parece proveyó su Majestad, que pues había de llevar consigo algunos que me gobernaban, quedasen otros que me han ayudado a hartos trabajos, y hecho gran bien. Hale mudado el Señor casi del todo, de manera, que casi él no se conoce, a manera de decir, y dado fuerzas corporales para penitencia, que antes no tenía, sino enfermo, y animoso para todo lo que os bueno, y otras cosas, que se parece bien ser muy particular llamamiento del Señor. Sea bendito por siempre. Creo todo el bien lo viene de las mercedes que el Señor le ha hecho en la oración, porque no son postizas; porque ya en algunas cosas ha querido el Señor se haya experimentado, porque sale dellas, como quien tiene ya conocida la verdad del mérito que se gana en sufrir persecuciones: espero en la grandeza del Señor ha de venir mucho bien a algunos de su Orden por él, y a ella mesma. Ya se comienza esto a entender: he visto grandes visiones, y díjome el Señor algunas cosas dél, y del retor de la Compañía de Jesús, que tengo dicho, de grande admiración, y de otros dos religiosos de la Orden de santo Domingo, en especial de uno, que también ha dado ya a entender el Señor por obra en su aprovechamiento, algunas cosas que antes yo había entendido dél; más de quien ahora hablo, han sido muchas. Una cosa quiero decir ahora aquí. Estaba yo una vez con él en un locutorio, y era tanto el antor, que mi alma, y espíritu entendía que ardía en el suyo, que me tenía a mí casi absorta; porque consideraba las grandezas de Dios, en cuán poco tiempo había subido un alma a tan grande estado. Hacíame gran confusión, porque le veía con tanta humildad escuchar lo que yo le decía en algunas cosas de oración; como yo tenía poca de tratar ansí con personas

semejantes, debíamelo sufrir el Señor por el gran deseo que yo tenía de verle muy adelante. Hacíame tanto provecho estar con él, que parece dejaba en mi ánima puesto nuevo fuego para desear servir al Señor de principio. ¡Oh Jesús mío, qué hace un alma abrasada en vuestro amor! ¡Cómo la habíamos de estimar en mucho, y suplicar al Señor la dejase en esta vida! Quien tiene el mismo amor, tras estas almas se había de andar, si pudiese.

8. Gran cosa es a un enfermo, hallar otro herido de aquel mal; mucho se consuela de ver que no es solo; mucho se ayudan a padecer, y aun a merecer excelentes espaldas se hacen la gente determinada a arriscar mil vidas por Dios, y desean que se les ofrezca en qué perderlas: son como los soldados, que por ganar el despojo, y hacerse con él ricos, desean que haya guerras; tienen entendido no lo pueden ser sino por aquí. Es este su oficio el trabajar. ¡Oh gran cosa esa donde el Señor da esta luz de entender lo mucho que se gana en padecer por él! No se entiende esto bien hasta que se deja todo, porque quien en ello se está, señal es que lo tiene en algo; pues si lo tiene en algo, forzado le ha de pesar de dejarlo, y ya va imperfecto todo, y perdido. Bien viene aquí, que es perdido quien tras perdido anda, y ¿qué más perdición, qué más ceguedad, qué más desventura, que tener en mucho lo que no es nada? Pues tornando a lo que decía, estando, yo en grandísimo gozo, mirando aquel alma, que me parece quería, el Señor viese claro los tesoros que había puesto en ella, y viendo la merced que me había hecho, en que fuese por medio mío, hallándome indigna della, en mucho más tenía yo las mercedes que el Señor le había hecho, y más a mi cuenta las tomaba, que si fuera a mí, y alababa mucho al Señor, de ver que su Majestad iba cumpliendo mis deseos, y había oído mi oración, que era despertase el Señor personas semejantes. Estando ya mi alma, que no podía sufrir en sí tanto gozo, salió de sí, y perdióse para más ganar: perdió las consideraciones, y de oír aquella lengua, divina, en que parece hablaba el Espíritu Santo, diome un gran arrobamiento, que me hizo casi perder el sentido, aunque duró poco tiempo. Vi a Cristo con grandísima majestad, y gloria, mostrando gran contento de lo que allí pasaba; y ansí me lo dijo, y quiso que viese claro, que a semejantes pláticas siempre se hallaba presente, y lo mucho que se sirve en que ansí se deleiten en hablar en él.

9. Otra vez estando lejos deste lugar, le vi con mucha gloria levantar a los ángeles. Entendí iba su alma muy adelante por esta visión: y ansí fue, le habían levantado un gran testimonio bien contra su honra, persona a quien él había hecho mucho bien, y remediado la suya, y el alma, habíalo pasado con mucho contento, y hecho otras obras muy a servicio de Dios, y pasado otras persecuciones: No me parece conviene ahora declarar más cosas, si después le pareciere a vuesa merced pues las sabe, se podrán poner para gloria del Señor. De todas las que he dicho de profecías desta casa, otras que della, y otras cosas, todas se han cumplido, algunas tres años antes que se supiesen, otras más, y otras menos, me las decía el Señor: y siempre las decía al confesor, y a esta mi amiga viuda, con quien tenía licencia de hablar, como he dicho; y ella he sabido que las decía a otras personas, y estas saben que no miento, ni Dios me dé tal lugar, que en ninguna cosa (cuanto más siendo tan graves) tratase yo, sino toda verdad.

10. Habiéndose muerto un cuñado mío súbitamente, y estando yo con

mucha pena, por no haber tenido lugar de confesarse, se me dijo en la oración, que había ansí de morir mi hermana, que fuese allá, y procurase se dispusiese para ello. Díjelo a mi confesor, y como no me dejaba ir, entendilo otras veces: ya como esto vio, díjome que fuese allá, que no se perdía nada. Ella estaba en una aldea, y como fui sin decirle nada, le fui dando la luz que pude en todas las cosas; hice se confesase muy a menudo, y en todo trajese cuenta con su alma: ella era muy buena e hízolo ansí. Desde ha cuatro, o cinco años que tenía esta costumbre, y muy buena cuenta con su conciencia, se murió sin verla nadie, ni poderse confesar. Fue el bien, que como lo acostumbraba, no había sino poco más de ocho días que estaba confesada; a mí me dio gran alegría, cuando supe su muerte. Estuvo muy poco en el purgatorio.

11. Serían aun no me parece ocho días, cuando acabando de comulgar, me apareció el Señor, y quiso la viese cómo la llevaba a la gloria. En todos estos años desde que se me dijo, hasta que murió, no se me olvidaba lo que se me había dado a entender, ni a mi compañera, que ansí como murió, vino a mí muy espantada de ver cómo se había cumplido. Sea Dios alabado por siempre, que tanto cuidado tiene de las almas, para que no se pierdan.

Capítulo XXXV

Prosigue en la misma materia de la fundación desta casa de nuestro glorioso san José. Dice por los términos que ordenó el Señor viniese aguardarse en ella la santa pobreza; y la causa porque se vino con aquella señora que estaba, y otras algunas cosas que le sucedieron

1. Pues estando con esta señora que he dicho, a donde estuve más de medio año, ordenó el Señor, que tuviese noticia de mí una beata de nuestra Orden, de más de setenta leguas de aquí deste lugar, y acertó a venir por acá, y rodeó algunas por hablarme. Habíala el Señor movido el mesmo año, y mes que a mí, para hacer otro monasterio desta Orden; y como le puso este deseo, vendió todo lo que tenía, y fuese a Roma a traer despacho para ello, a pie, descalza. Es mujer de mucha penitencia, y oración, y hacía la el Señor muchas mercedes, y apareciolo nuestra Señora, y mandola lo hiciese: hacíame tantas ventajas en servir al Señor, que yo había vergüenza de estar delante della. Mostrome los despachos que traía de Roma, y en quince días que estuvo conmigo, dimos orden en cómo habíamos de hacer estos monasterios. Y hasta que yo la hablé, no había venido a mi noticia, que nuestra regla antes que se relajase, mandaba no se tuviese propio; ni yo estaba en fundarle sin renta, que iba mi intento a que no tuviésemos cuidado de lo que habíamos menester, y no miraba a los muchos cuidados que trae consigo tener propio. Esta bendita mujer, como la enseñaba el Señor, tenía bien entendido, con no saber leer, lo que yo con tanto haber andado a leer las constituciones ignoraba. Y como me lo dijo, pareciome bien, aunque temí que no me lo habían de consentir, sino decir, que hacía desatinos, y que no hiciese cosa que padeciesen otras por mí, que ser yo sola, poco, ni mucho me detuviera, antes me era gran regalo pensar de guardar los consejos de Cristo Señor nuestro; porque grandes deseos de pobreza, ya me los había dado su Majestad.

2. Ansí, que para mí no dudaba de serlo mejor, porque días había que deseaba fuera posible a mi estado andar pidiendo por amor de Dios, y no tener casa, ni otra cosa; mas temía, que si a las demás no daba el Señor estos deseos, vivirían descontentas; y también no fuese causa de alguna distracción, porque veía algunos monasterios pobres no muy recogidos, y no miraba, que el no serlo era causa de ser pobres, y no la pobreza de la distracción, porque esta no hace más ricas, ni falta Dios jamás a quien le sirve: en fin tenía flaca la fe, lo que no hacía esta sierva de Dios. Como yo en todo tomaba tantos pareceres, casi a nadie hallaba deste parecer, ni confesor, ni los letrados que trataba: traíanme tantas razones, que no sabía qué hacer; porque como ya yo sabía era regla, y veía ser más perfección, no podía persuadirme a tener renta. Y ya que algunas veces me tenían convencida, en tornando a la oración, y tornando a Cristo en la cruz tan pobre, y desnudo, no podía poner a paciencia ser rica; suplicábale con lágrimas lo ordenase de manera, que yo me viesse pobre como él. Hallaba tantos inconvenientes para tener renta, y veía ser tanta cansa de inquietud, y aun distracción, que no hacía sino disputar con los letrados. Escribilo al religioso dominico, que nos ayudaba; enviome escritos dos pliegos de contradicción, y teología, para que no lo hiciese, y ansí me lo decía, que lo había estudiado mucho. Yo le respondí, que para no seguir mi llamamiento, y el voto que tenía hecho de pobreza, y los consejos de Cristo con toda perfección, que no quería aprovecharme de teología, ni con sus letras en este caso me hiciese merced. Si hallaba alguna persona que me ayudase, alegrábame mucho. Aquella señora con quien estaba, para esto me ayudaba mucho: algunos luego al principio decíanme, que les parecía bien, después como más lo miraban, hallaban tantos inconvenientes, que tornaban a poner mucho en que no lo hiciese. Decíales yo, que si ellos tan presto mudaban parecer, que yo al primero me quería llegar.

3. En este tiempo por ruegos míos, porque esta señora no había visto al santo fray Pedro de Alcántara, dije el señor servido viniese a su casa, y como el que era bien amator de la pobreza tantos años la había tenido, sabía bien la riqueza que en ella estaba, y ansí me ayudó mucho, y mandó, que en ninguna manera dejase de llevarlo muy adelante. Ya con este parecer, y favor, como quien mejor lo podía dar, por tenerlo sabido por larga experiencia, yo determiné no andar buscando otros.

4. Estando un día mucho encomendándolo a Dios, me dijo el Señor, que en ninguna manera dejase de hacerle pobre, que esta era la voluntad de su Padre, y suya, que él me ayudaría. Fue con tan grandes efectos, en un gran arrobamiento, que en ninguna manera pude tener duda de que era Dios. Otra vez, me dijo, que en la renta estaba la confusión, y otras cosas en loor de la pobreza; y asegurándome, que a quien le servía no le faltaba lo necesario para vivir: y esta falta, como digo, nunca yo la temí por mí. También volvió el Señor el corazón del presentado, digo del religioso dominico, de quien he dicho me escribió no lo hiciese sin renta. Ya yo estaba muy contenta con haber entendido esto, y tener tales pareceres, no me parecía, sino que poseía toda la riqueza del mundo, en determinándome a vivir de por amor de Dios.

5. En este tiempo mi provincial me alzó el mandamiento, y obediencia, que me había puesto para estar allí, y dejó en mi voluntad, que si me

quisiese ir, que pudiese, y si estar, también, por cierto tiempo; y en este había de haber elección en mi monasterio, y avisáronme que muchas querían darme aquel cuidado de prelada; que para mí solo pensarlo era tan gran tormento, que a cualquier martirio me determinaba a pasar por Dios con facilidad, a este en ningún arte me podía persuadir; porque dejado el trabajo grande, por ser muy muchas, y otras causas, de que yo nunca fui amiga, ni de ningún oficio, antes siempre los había rehusado, parecíame gran peligro para la conciencia, y así alabé a Dios de no me hallar allá. Escribí a mis amigas, para que no me diesen voto.

6. Estando muy contenta de no me hallar en aquel ruido, díjome el Señor, que en ninguna manera deje de ir, que pues deseo cruz, que buena se me apareja, que no la deseche, que vaya con ánimo, que él me ayudará, y que me fuese luego. Yo me fatigué mucho, y no hacía sino llorar, porque pensé que era la cruz ser prelada, y como digo, no podía persuadirme a que a que estaba bien mi alma en ninguna manera, ni yo hallaba términos para ello. Contelo a mi confesor: mandome que luego procurase ir, que claro estaba era más perfección, y que porque hacía gran calor, bastaba hallarme allá a su elección, que me estuviese unos días, porque no me hiciese mal el camino. Mas el señor, tenía ordenado otra cosa, húbose de hacer; porque era tan grande el desasosiego que traía en mí, y el no poder, tener oración, y parecerme faltaba de lo que el Señor me había mandado, y que como estaba allí a mi placer, y con regalo, no quería irme a ofrecer al trabajo, que todo era palabras con Dios, que porque pudiendo estar a donde era más perfección, había de dejarlo, que si me muriese, muriese: y con esto un apretamiento de alma, un quitarme el Señor todo el gusto en la oración. En fin, yo estaba tal, que ya me era tormento tan grande, que supliqué a aquella señora tuviese por bien dejarme venir, porque ya mi confesor, como me vio así, me dijo, que me fuese, que también le movía Dios como a mí. Ella sentía tanto que la dejase, que era otro tormento, que le había costado acabarlo con el provincial, por muchas maneras de importunaciones.

7. Tuve por grandísima cosa querer venir en ello, según lo que sentía; sino como era muy temerosa de Dios, y como le dije que se le podía hacer gran servicio, y otras hartas cosas, y dile esperanza, que era posible tornarla a ver; y así con harta pena lo tuvo por bien. Ya yo no la tenía de venirme, porque entendiendo yo era más perfección una cosa, y servicio de Dios, con el contento que me da de contentarle, pasé la pena de dejar a aquella señora, y otras personas a quien debía mucho, en especial a mi confesor, que era de la Compañía de Jesús, y hallábame muy bien con él; más mientras más veía que perdía de consuelo por el Señor, más contento me daba perderlo. No podía entender cómo era esto, porque veía claro estos dos contrarios, holgarme, y consolarme, y alegrarme de lo que me pesaba en el alma, porque yo estaba consolada, y sosegada, y tenía lugar para tener muchas horas de oración: veía que venía a meterme en un fuego, que ya el Señor me lo había dicho, que venía a pasar gran cruz (aunque nunca yo pensé lo fuera tanto, como después vi) y con todo venía ya alegre, y estaba deshecha de que no me ponía luego en la batalla, pues el Señor quería la tuviese, y así enviaba su Majestad el esfuerzo y lo ponía en mi flaqueza

8. No podía, como digo, entender cómo podía ser esto: pensé esta

comparación; si poseyendo yo una joya, o cosa que me da gran contento, ofrecésemme saber, que la quiere una persona, que yo quiero más que a mí, y deseo más contentarla, que mi mesmo descanso, dame gran contento quedarme sin ella, que me daba lo que poseía, por contentar a aquella persona, y como este contento de contentarla, excede a mi mesmo contento, quítase la pena de la falta que me hace la joya, o lo que amo, y de perder el contento que daba, de manera, que aunque quería tenerla, de ver que dejaba personas que tanto sentían apartarse de mí, con ser yo de mi condición tan agradecida, que bastara que bastara en otro tiempo a fatigarme mucho, y ahora aunque quisiera tener pena, no pedía. Importó tanto el no me tardar un día más, para lo que tocaba al negocio desta bendita casa, que yo no sé cómo pudiera concluirse, si entonces me detuviera. ¡Oh grandeza de Dios!, muchas veces me espanta cuando lo considero, y veo cuán particularmente quería su Majestad ayudarme, para que se efectuase este rinconcito de Dios, que yo creo lo es, y morada en que su Majestad se deleita; como una vez estando en oración me dijo, que era esta casa paraíso de su deleite, y así parece ha su Majestad escogido las almas que ha traído a él, en cuya compañía yo vivo con harta, harta confusión; porque yo no supiera desearlas tales para este propósito de tanta estrechura, y pobreza, y oración, y llévanlo con una alegría y contento, que cada una se halla por indigna de haber merecido venir a tal lugar; en especial algunas, que las llamó el Señor de mucha vanidad, y gala del mundo, a donde pudieran estar contentas conforme a sus leyes, y hales dado el Señor tan doblados los contentos aquí, que claramente conocen haberles el Señor dado ciento por uno que dejaron, y no se hartan de dar gracias a su Majestad: a otras ha mudado de bien en mejor. A las de poca edad da fortaleza, y conocimiento, para que no puedan desear otra cosa, que entiendan es vivir en mayor descanso, aun para lo de acá, estar apartadas de todas las cosas de la vida. A las que son de más edad, y con poca salud, da fuerzas, y se las ha dado para poder llevar la aspereza, y penitencia que todas.

9. ¡Oh Señor mío, cómo se os parece que sois poderoso! No es menester buscar razones para lo que vos queréis, porque sobre toda razón natural hacéis las cosas tan posibles, que dais a entender bien, que no es menester más de amaros de veras, y dejarlo de veras todo por vos, para que vos, Señor mío, lo hagáis todo fácil. Bien viene aquí decir que fingís trabajo en vuestra ley, porque yo no lo veo, Señor, ni sé cómo es estrecho el camino que lleva a vos. Camino real veo que es, que no senda: camino que quien de verdad se pone en él, va más seguro. Muy lejos están los puertos, y rocas para caer; porque lo están de las ocasiones. Senda llamo yo, y ruin senda, y angosto camino, el que de una parte está un valle muy hondo a donde caer, y de la otra un despeñadero: no se han descuidado cuando se despeñan, y se hacen pedazos. El que os ama de verdad, Bien mío, seguro va, por ancho camino, y real, lejos está el despeñadero; no ha tropezado tantico, cuando le dais vos, Señor, la mano; no basta una caída, y muchas, si os tiene amor, y no a las cosas del mundo para perderse, va por el valle de la humildad. No puedo entender, qué es lo que temen de ponerse en el camino de la perfección, el Señor por quien es nos dé a entender, cuan mala es la seguridad en tan en manifiestos peligros, como hay en andar con hilo de la gente, y como está la verdadera seguridad en procurar ir muy adelante en el camino de Dios. Los ojos en él, y no haya

miedo se ponga este sol de justicia, ni nos deje caminar de noche para que nos perdamos, si primero no le dejamos a él. No temen andar entre leones, que cada uno parece quiere llevar un pedazo, que son las honras, y deleites, contentos, semejantes que llama el mundo, y acá parece hace el demonio temer de musarañas. Mil veces me espanto, y diez mil quería hartarme de llorar, y dar voces a todos, para decir la gran ceguedad, y maldad mía, por si aprovechase algo para que ellos abriesen los ojos. Ábraselos el que puede por su bondad, y no permita se me tornen a cegar a mí. Amén.

Capítulo XXXVI

Prosigue en la materia comenzada, y dice, cómo se acabó de concluir, y se fundó este monasterio del glorioso san José, y las grandes contradicciones, y persecuciones, que después de tomar hábito las religiosas hubo, y los grandes trabajos, y tentaciones que ella pasó, y cómo de todo la sacó el Señor con victoria, y en gloria, y alabanza suya

1. Partida ya de aquella ciudad, venía muy contenta por el camino, determinándome a pasar todo lo que el Señor fuese servido, muy con toda voluntad. La noche mesma que llegué a esta tierra, llegó nuestro despacho para el monasterio, y Breve de Roma, que yo me espanté, y se espantaron los que sabían la priesa que me había dado el Señor a la venida, cuando supieron la gran necesidad que había dello, a la coyuntura que el Señor me traía; porque hallé aquí el obispo, y al santo fray Pedro de Alcántara, y a otro caballero muy siervo de Dios, en cuya casa este santo hombre posaba, que era persona a donde los siervos de Dios hallaban espaldas, y cabida. Entrambos a dos acabaron con el obispo admitiese el monasterio; que no fue poco, por ser pobre, sino que era tan amigo de personas, que veía así determinadas a servir al Señor, que luego se aficionó a favorecerle; y el aprobarlo este santo viejo, y poner mucho con unos, y con otros, en que nos ayudasen, fue el que lo hizo todo. Si no viniera a esta coyuntura, como ya he dicho, no puedo entender cómo pudiera hacerse, porque estuvo poco aquí este santo hombre (que no creo fueron ocho días, y esos muy enfermo) y desde ha muy poco le llevó el Señor consigo. Parece que le había guardado su Majestad, hasta acabar este negocio, que había muchos días, no sé si más de dos años, que andaba muy malo.

2. Todo se hizo debajo de gran secreto, porque a no ser así, no sé si pudiera hacer nada, según el pueblo estaba mal con ello, como se pareció después. Ordenó el Señor, que estuviese malo un cuñado mío, y su mujer no aquí, y en tanta necesidad, que me dieron licencia para estar con él, y con esta ocasión no se entendió nada, aunque en algunas personas no dejaba de sospecharse algo, mas aun no lo creían. Fue cosa para espantar, y que no estuvo más malo de lo que fue menester para el negocio, y en siendo menester tuviese salud, para que yo me desocupase; y él dejase desembarazada la casa, se la dio luego el Señor, que él estaba maravillado. Pasé harto trabajo en procurar con unos, y con otros que se admitiese, y con el enfermo, y con oficiales, para que se acabase la casa a mucha priesa, para que tuviese la forma de monasterio; que faltaba mucho de acabarse: y mi compañera no estaba aquí (que nos pareció era mejor

estar ausente para más disimular) y yo veía que iba el todo en la brevedad por muchas causas: y la una era, por porque cada hora temía me habían de mandar ir. Fueron tantas las cosas de trabajos que tuve, que me hizo pensar si era esta la cruz; aunque todavía me parecía era poco para la gran cruz, que yo había entendido del Señor que había de pasar.

3. Pues todo concertado, fue el Señor servido, que día de san Bartolomé tomaron el hábito algunas, y se puso el Santísimo Sacramento: con toda autoridad, y fuerza quedó hecho nuestro monasterio del gloriosísimo padre nuestro san José, año de mil y quinientos y sesenta dos. Estuve yo a darles el hábito, y otras dos monjas de nuestra casa mesma, que acertaron a estar fuera. Como en esta que se hizo el monasterio era la que estaba un cuñado (que como he dicho, lo había él comprado por disimular mejor el negocio) con licencia estaba yo en ella, no hacía cosa, que no fuese con parecer de letrados, para no ir un punto contra obediencia, y como veían ser muy provechoso para toda la Orden, por muchas causas, que aunque iba con secreto, y guardándome, no lo supiesen mis prelados, me decían lo podía hacer, porque por muy poca imperfección que me dijera era, mil monasterios me parece dejara, cuanto más uno: esto es cierto. Porque aunque lo deseaba por apartarme más de todo, y llevar mi profesión, y llamamiento con más perfección, y encerramiento, de tal manera lo deseaba, que cuando entendiera era más servicio del Señor dejarlo todo, lo luciera, como lo hice la otra vez, con todo sosiego, y paz. Pues fue para mí como estar en una gloria, ver poner el Santísimo Sacramento, y que se remediaron cuatro huérfanas pobres (porque no se tomaban con dote) y grandes siervas de Dios; que esto se pretendió al principio, que entrasen personas, que con su ejemplo fuesen fundamento, para que se pudiese el intento que llevábamos de mucha perfección, y oración efectuar, y hecha una obra, que tenía entendido era para el servicio del Señor, y honra del hábito de su gloriosa Madre, que estas eran mis ansias. Y también me dio gran consuelo de haber hecho lo que tanto el Señor me había mandado, y otra iglesia más en este lugar de mi padre glorioso san José, que no la había. No porque a mí me pareciese había hecho en ello nada, que nunca me lo parecía, ni parece, siempre entiendo lo hacía el Señor; y lo que era de mi parte, iba con tantas imperfecciones, que antes veo había que me culpar, que no que me agradecer; mas érame gran regalo, ver que hubiese su Majestad tomádome por instrumento, siendo tan ruin para tan grande obra; así que estuve con tan gran contento, que estaba como fuera de mí con gran oración.

4. Acabado todo, sería como desde a tres, o cuatro horas, me revolvió el demonio una batalla espiritual, como ahora diré. Púsome delante, si había sido mal hecho lo que había hecho; si iba contra obediencia en haberlo procurado, sin que me lo mandase el provincial (que bien me parecía a mí le había de ser algún disgusto, a causa de sujetarle al ordinario, por no se lo haber primero dicho, aunque como él no le había querido admitir, yo no la mudaba, también me parecía no se lo daría nada por otra parte) y si habían de tener contento las que aquí estaban con tanta estrechura, si les había de faltar de comer, si había sido disbarate, que quien me metía en esto, pues yo tenía monasterio. Todo lo que el Señor me había mandado, y los muchos pareceres, y oraciones (que había más de dos años que casi no cesaban) todo tan quitado de mi memoria,

como si nunca hubiera sido, solo de mi parecer me acordaba, y todas las virtudes, y la fe estaban en mi entonces suspendidas, sin tener yo fuerza, para que ninguna obrase, ni me defendiese de tantos golpes. También me ponía el demonio, que como me quería encerrar en casa tan estrecha, y con tantas enfermedades, que como había de poder sufrir tanta penitencia, y dejaba casa tan grande, y deleitosa, a donde tan contenta siempre había estado, y tantas amigas, que quizá las de acá no serían a mi gusto, que me había obligado a mucho, que quizá estaría desesperada, y que por ventura había pretendido esto el demonio para quitarme la paz, y quietud, y que así no podría tener oración, estando desasosegada, y perdería el alma. Cosas desta hechura juntas me ponía delante, que no era en mi mano pensar en otra cosa con esto una aflicción, y escuridad y tinieblas en el alma, que yo no lo sé encarecer. De que me vi así, fui a ver el Santísimo Sacramento, aunque encomendarme a él no podía: paréceme(21) estaba con una congoja, como quien está en agonía de muerte. Tratarlo con nadie no había de osar, porque aún confesor no tenía señalado.

5. ¡Oh váleme Dios, y que vida esta tan miserable! No hay contento seguro, ni cosa sin mudanza. Había tan poquito, que no me parece trocar mi contento con ninguno de la tierra, y la misma causa dél me atormentaba ahora de tal suerte, que no sabía que hacer de mí. ¡Oh si mirásemos con advertencia las cosas de nuestra vida, cada uno vería con experiencia en lo poco que se ha de tener contento, ni descontento della! Es cierto, que me parece que fue uno de los recios ratos que he pasado en mi vida: parece que adivinaba el espíritu lo mucho que estaba por pasar, aunque no llegó a ser tanto como esto si durara. Mas no dejó el Señor padecer a su pobre sierva; porque nunca en las tribulaciones me dejó de socorrer, y así fue en esta, que me dio un poco de luz para ver que era demonio, y para que pudiese entender la verdad, y que todo era quererme espantar con mentiras; y así comencé a acordarme de mis grandes determinaciones de servir al Señor, y deseos de padecer por él, y pensé que si había de cumplirlos, que no había de andar a procurar descanso, y que si tuviese trabajos, que eso era el merecer, y si descontento, como lo tomase por servir a Dios, me serviría de purgatorio; que ¿de qué temía?, que pues deseaba trabajos, que buenos eran estos, que en la mayor contradicción estaba la ganancia; que porque me había de faltar ánimo para servir a quien tanto debía. Con estas, y otras consideraciones, haciéndome, gran fuerza, prometí delante del Santísimo Sacramento de hacer todo lo que pudiese para tener licencia de venirme a esta casa, y en pudiéndolo hacer con buena conciencia, prometer clausura. En haciendo esto, en un instante huyó el demonio, y me dejó sosegada, y contenta, y lo quedé, y lo he estado siempre, y todo lo que en esta casa se guarda de encerramiento, penitencia, y lo demás, se me hace en extremo suave, y poco. El contento es tan grandísimo, que pienso yo algunas veces, ¿qué pudiera escoger en la tierra que fuera más sabroso? No sé si es esto parte para tener mucha más salud que nunca, o querer el Señor por ser menester, y razón que llaga lo que todas, darme este consuelo, que pueda hacerlo, aunque con trabajo; mas del poder se espantan todas las personas que saben mis enfermedades. Bendito sea él que todo lo da, y en cuyo poder se puede.

6. Quedé bien cansada de tal contienda, y riéndome del demonio, que vi claro ser él; creo lo permitió el Señor (porque yo nunca supe qué cosa

era descontento de ser monja, ni un momento en veinte y ocho años, más que ha que lo soy) para que entendiese la merced grande, que en esto me había hecho, y del tormento que me había librado; y también para que si alguna viese lo estaba, no me espantase, y me apiadase della, y la supiese consolar. Pues pasado esto, después de comer descansar un poco (porque en toda la noche no había casi sosegado, ni en otras algunas dejado de tener trabajo, y cuidado, y todos los días bien cansada) como se había sabido, en mi monasterio, y en la ciudad lo que estaba hecho, había en él mucho alboroto, por las causas que ya he dicho, que parecía llevaban algún color. Luego la prelada me envió a mandar, que a la hora me fuese allá. Yo en viendo su mandamiento, dejo mis monjas harto penadas, y voime luego. Bien vi que se me habían de ofrecer hartos trabajos, mas como ya quedaba hecho, muy poco se me daba. Hice oración, suplicando al Señor me favoreciese, y a mi padre san José, que me trajese a su casa, y ofrecile lo que había de pasar, y muy contenta se ofreciese algo en que yo padeciese por él, y le pudiese servir, me fui con tener creído luego me habían de echar en la cárcel, mas a mi parecer me diera mucho contento, por no hablar a nadie, y descansar un poco en soledad, de lo que yo estaba bien necesitada, porque me traía molida tanto andar con gente. Como llegué, y di mi descuento a la prelada, aplacose algo y todas enviaron a provincial, y quedose la causa para delante dél; y venido fui a juicio, con harto gran contento de ver que padecía algo por el Señor, porque contra su Majestad, ni la Orden, no hallaba haber ofendido nada en este caso, antes procuraba aumentarla con todas mis fuerzas, y muriera de buena gana por ello, que todo mi deseo era que se cumpliese con toda perfección. Acordeme del juicio de Cristo, y vi cuán no nada era aquel. Hice mi culpa, como muy culpada, y así lo parecía a quien no sabia todas las causas. Después de haberme hecho una grande reprehensión, aunque no con tanto rigor, como merecía el delito, y lo que muchos decían al provincial, yo no quisiera disculparme, porque iba determinada a ello, antes pedí me perdonase, y castigase, y no estuviese desabrido conmigo.

7. En algunas cosas bien veía yo me condenaban sin culpa, porque me decían lo había hecho porque me tuviesen en algo y por ser nombrada y otras semejantes; mas en otras claro entendía que decían verdad, en que era yo más ruin que otras, y que pues no había guardado la mucha religión que se llevaba en aquella casa, como pensaba guardarla en otra con más rigor, que escandalizaba el pueblo y levantaba cosas nuevas. Todo no me hacía ningún alboroto, ni pena, aunque yo mostraba tenerla, porque no pareciese tenía en poco lo que me decían. En fin, me mandó delante de las monjas diese descuento y húbelo de hacer: como yo tenía quietud en mí, y me ayudaba el Señor, di mi descuento de manera, que no halló el provincial, ni las que allí estaban, por qué me condenar; y después a solas le hablé más claro, y quedó muy satisfecho, y prometiome, si fuese adelante, en sosegándose la ciudad, de darme licencia que me fuese a él, porque el alboroto de toda la ciudad era tan grande como ahora diré. Desde a dos, o tres días, juntáronse algunos de los regidores y corregidor y del cabildo, y todos juntos dijeron, que en ninguna manera se había de consentir, que venía conocido daño a la república, y que habían de quitar el Santísimo Sacramento, y que en ninguna manera sufrirían pasase adelante.

8. Hicieron juntar todas las Órdenes, para que digan su parecer, de cada una dos letrados. Unos callaban, otros condenaban; en fin, concluyeron que luego se deshiciere. Sólo un presentado de la Orden de Santo Domingo (aunque era contrario, no del monasterio, sino de que fuese pobre) dijo, que no era cosa que así se había de deshacer, que se mirase bien, que tiempo había para ello, que éste era el caso del obispo, o cosas de este arte, que hizo mucho provecho; porque según la furia, fue dicha no lo poner luego por obra. Era en fin, que había de ser, que era el Señor servido dello y podían todos poco contra su voluntad. Daban sus razones y llevaban buen celo, y así sin ofender a Dios hacíanme padecer, y a todas las personas que lo favorecían, que eran algunas, y pasaron mucha persecución. Era tanto el alboroto del pueblo, que no se hablaba en otra cosa, y todos condenarme, e ir al provincial y a mi monasterio. Yo ninguna pena tenía de cuanto decían de mí, más que si no lo dijeran, sino temor si se había de deshacer: esto me daba gran pena, y ver que perdían crédito las personas que me ayudaban, y el mucho trabajo que pasaban, que de lo que decían de mí antes me parece me holgaba; y si tuviera alguna fe, ninguna alteración tuviera, sino que faltar algo en una virtud basta a adormecerlas todas: y así estuve muy penada dos días que hubo estas juntas que digo en el pueblo, y estando bien fatigada, me dijo el Señor: ¿No sabes que soy poderoso? ¿de qué temes? y me aseguró que no se desharía. Con esto quedé muy consolada. Enviaron al Consejo Real con su información. Vino provisión para que se diese relación de cómo se había hecho.

9. Hele aquí comenzado un gran pleito; porque de la ciudad fueron a la corte, y hubieron de ir de parte del monasterio, y ni había dineros, ni yo sabía qué hacer: proveyolo el Señor, que nunca mi padre provincial me mandó dejase de entender en ello; porque es tan amigo de toda virtud, que aunque no ayudaba, no quería ser contra ello. No me dio licencia hasta ver en lo que paraba, para venir acá. Estas siervas de Dios estaban solas, y hacían más con sus oraciones, que con cuanto yo andaba negociando, aunque fue menester harta diligencia. Algunas veces parecía que todo faltaba, en especial un día antes que viniese el provincial, que me mandó la priora no tratase en nada, y era dejarse todo. Yo me fui a Dios y díjele: «Señor, esta casa no es mía, por vos se ha hecho, ahora que no hay nadie que negocie, hágalo vuestra Majestad». Quedaba tan descansada, y tan sin pena, como si tuviera a todo el mundo que negociara por mí, y luego tenía por seguro el negocio.

10. Un muy siervo de Dios sacerdote, que siempre me había ayudado, amigo de toda perfección, fue a la Corte a entender en el negocio, y trabajaba mucho; y el caballero santo, de quien he hecho mención, hacía en este caso muy mucho, y de todas maneras lo favorecía. Pasó hartos trabajos, y persecución, y siempre en todo le tenía por padre, y aun ahora le tengo; y en los que nos ayudaban ponía el Señor tanto fervor, que cada uno lo tomaba por cosa tan propia suya, como si en ello les fuera la vida, y la honra, y no les iba más de ser cosa en que a ellos les parecía se servía el Señor. Pareció claro ayudar su Majestad al maestro que he dicho clérigo (que también era de los que mucho me ayudaban) a quien el obispo puso de su parte en una junta grande que se hizo, y él estaba solo contra todos, y en fin los aplacó con decirles ciertos medios, que fue harto para

que se entretuviese, mas ninguno bastaba para que luego no tornasen a poner la vida (como dicen) en deshacerle. Este siervo de Dios que digo, fue quien dio los hábitos, y puso el Santísimo Sacramento, y se vio en harta persecución. Duró esta batería casi medio año, que decir los grandes trabajos que se pasaron por menudo, sería largo.

11. Espantábame yo de lo que ponía el demonio contra unas mujercitas, y cómo les parecía a todos era gran daño para el lugar solas doce mujeres, y la priora, que no han de ser más (digo a los que lo contradecían) y de vida tan estrecha; que ya que fuera daño, o yerro, era para sí mismas; mas daño al lugar, no parece llevaba camino, y ellos hallaban tantos, que con buena conciencia lo contradecían. Ya vinieron a decir, que como tuviese renta, pasarían por ello, y que fuese adelante. Yo estaba ya tan cansada de ver el trabajo de todos los que me ayudaban, más que del mío, que me parecía no sería malo hasta que se sosegasen tener renta, y dejarla después. Y otras veces, como ruin, e imperfecta, me parecía que por ventura lo quería el Señor, pues sin ella no podíamos salir con ello, y venía ya en este concierto.

12. Estando la noche antes que se había de tratar en oración (y ya se había comenzado el concierto) díjome el Señor que no hiciese tal, que si comenzásemos a tener renta, que no nos dejarían después que la dejásemos, y otras algunas cosas. La misma noche me apareció el santo fray Pedro de Alcántara, que era ya muerto; y antes que muriese me escribió como supo la gran contradicción, y persecución que teníamos, que se holgaba fuese la fundación con contradicción tan grande, que era señal se había el Señor servir muy mucho en este monasterio, pues el demonio tanto ponía en que no se hiciese, y que en ninguna manera viniese en tener renta. Y aun dos, o tres veces me persuadió en la carta, y que como esto hiciese, ello vernía a hacerse todo como yo quería. Ya yo le había visto otras dos veces después que murió, y la gran gloria que tenía; y ansí no me hizo temor, antes me holgué mucho; porque siempre aparecía como cuerpo glorificado, lleno de mucha gloria, y dábamela muy grandísima verle. Acuérdome que me dijo la primera vez que le vi, entre otras cosas, diciéndome lo mucho que gozaba, qué dichosa penitencia había sido la que había hecho, que tanto premio había alcanzado. Porque ya creo tengo dicho algo desto, no digo aquí más de cómo esta vez me mostró rigor, y solo me dijo que en ninguna manera tomase renta, y que por qué no quería tomar su consejo, y desapareció luego. Yo quedé espantada, y luego otro día dije al caballero (que era a quien en todo acudía, como el que más en ello hacía) lo que pasaba, y que no se concertase en ninguna manera tener renta, sino que fuese adelante el pleito. Él estaba en esto mucho más fuerte que yo, y holgose mucho; después me dijo cuán de mala gana hablaba en el concierto.

13. Después se tornó a levantar otra persona, y sierva de Dios harto, y con buen celo; ya que estaba en buenos términos, decía se pusiese en manos de letrados. Aquí tuve hartos desasosiegos; porque algunos de los que me ayudaban venían en esto, y fue esta maraña que hizo el demonio, de la más mala digestión de todas. En todo me ayudó el Señor, que ansí dicho en suma no se puede bien dar a entender lo que se pasó en dos años que se estuvo comenzada esta casa hasta que se acabó. Este medio postrero, y lo primero, fue lo más trabajoso. Pues aplacada ya algo la ciudad, diose tan buena maña el padre presentado dominico que nos ayudaba, aunque no estaba

presente, mas hábale traído el Señor a un tiempo, que nos hizo harto bien, y pareció haberle su Majestad para solo este fin traído, que me dijo él después, que no había tenido para qué venir, sino que acaso lo había sabido. Estuvo lo que fue menester: tornado a ir, procuró por algunas vías, que nos diese licencia nuestro padre provincial para venir yo a esta casa con otras algunas conmigo (que parecía casi imposible darla tan en breve) para hacer el oficio, y enseñar a las que estaban: fue grandísimo consuelo para mí el día que venimos. Estando haciendo oración en la iglesia antes que entrase en el monasterio, estando casi en arrobamiento, vi a Cristo, que con grande amor me pareció me recibía, y ponía una corona, y agradeciéndome lo que había hecho por su Madre.

14. Otra vez, estando todas en el coro en oración, después de Completas, vi a nuestra Señora con grandísima gloria, con manto blanco, y debajo dél parecía ampararnos a todas: entendí cuán alto grado de gloria daría el Señor a las desta casa. Comenzado a hacer el oficio, era mucha la devoción que el pueblo comenzó a tener con esta casa; tomáronse más monjas, y comenzó el Señor a mover a los que más nos habían perseguido, para que mucho nos favoreciesen, e hiciesen limosna, y ansí aprobaban lo que tanto habían reprobado, y poco a poco se dejaron del pleito, y decían que ya entendían ser obra de Dios, pues con tanta contradicción su Majestad había querido fuese adelante; y no hay al presente nadie que le parezca fuera acertado dejarse de hacer, y ansí tienen tanta cuenta con proveernos de limosna, que sin haber demanda ni pedir a nadie, los despierta el Señor, para que nos la envíen, y pasamos sin que nos falte lo necesario, y espero en el Señor será ansí siempre; que como son pocas, si hacen lo que deben, como su Majestad ahora les da gracia para hacerlo, segura estoy que no les faltará, ni habrán menester ser cansosas, ni importunar a nadie, que el Señor se terná cuidado como hasta aquí, que es para mí grandísimo consuelo de verme aquí metida con almas tan desasidas. Su trato es, entender cómo irán adelante en el servicio de Dios. La soledad es su consuelo, y pensar de ver a nadie, que no sea para ayudarlas a encender más el amor de su Esposo, les es trabajo, aunque sean muy deudos. Y ansí no viene nadie a esta casa, sino quien trata desto, porque ni las contenta, ni los contenta; no es su lenguaje otro, sino hablar de Dios, y ansí no entienden, ni las entiende, sino quien habla el mismo. Guardamos la regla de nuestra Señora del Carmen, dada por Alberto, patriarca de Jerusalén, y cumplida esta sin relajación (sino como la confirmó el papa Inocencio IV el año MCCXLVIII en el año quinto de su pontificado) me parece serán bien empleados todos los trabajos que se han pasado. Ahora aunque tiene algún rigor (porque no se come jamás carne sin necesidad, y ayuno de ocho meses, y otras cosas, como se ve en la misma primera regla) en muchas aun se les hace poco a las hermanas, y guardan otras cosas que para cumplir ésta con más perfección, nos han parecido necesarias, y espero en el Señor ha de ir muy adelante lo comenzado, como su Majestad me lo ha dicho. La otra casa, que la beata que dije procuraba hacer, también la favoreció el Señor, y está hecha en Alcalá, y no le faltó harta contradicción ni dejó de pasar trabajos grandes. Sé que se guarda en ella toda religión, conforme a esta primera regla nuestra. Plega al Señor sea todo para gloria, y alabanza suya, y de la gloriosa Virgen María, cuyo hábito traemos. Amén.

15. Creo se enfadará vuesa merced de la larga relación que he dado de este monasterio, y va muy corta para los muchos trabajos, y maravillas, que el Señor en esto ha obrado, que hay dello muchos testigos que lo podrán jurar, y así pido yo a vuesa merced por amor de Dios, que si le pareciere romper lo demás que aquí va escrito, lo que toca a este monasterio vuesa merced lo guarde, y muerta yo lo dé a las hermanas que aquí estuvieren; que animará mucho para servir a Dios las que vinieren, y a procurar no caya lo comenzado, sino que vaya siempre adelante, cuando vean lo mucho que puso su Majestad en hacerla, por medio de cosa tan ruin, y baja como yo. Y pues el Señor tan particularmente se ha querido mostrar en favorecer para que se hiciese, paréceme a mí que hará mucho mal, y será muy castigada de Dios la que comenzare a relajar la perfección, que aquí el Señor ha comenzado, y favorecido para que se lleve con tanta suavidad, que se ve muy bien es tolerable, y se puede llevar con descanso, y el gran aparejo que hay para vivir siempre en él, las que a solas quisieren gozar de su esposo Cristo. Que esto es siempre lo que han de pretender, y solas con él solo, y no ser más de trece; porque esto tengo por muchos pareceres sabido que conviene, y visto por experiencia, que para llevar el espíritu que se lleva y vivir de limosna, y sin demanda, no se sufre más. Y siempre crean más a quien con trabajos muchos, y oración de muchas personas, procuró lo que sería mejor; y en el gran contento, y alegría, y poco trabajo, que en estos años que ha que estamos en esta casa, vemos tener todas, y con mucha más salud que solían, se verá ser esto lo que conviene. Y quien le pareciere áspero, eche la culpa a su falta de espíritu, y no a lo que aquí se guarda, pues personas delicadas, y no sanas (porque le tienen) con tanta suavidad lo pueden llevar; y váyanse a otro monasterio, adonde se salvarán conforme a su espíritu.

Capítulo XXXVII

Trata de los efectos que le quedaban, cuando el Señor le había hecho alguna merced: junta con esto harto buena doctrina. Dice cómo se ha de procurar, y tener en mucho ganar algún grado más de gloria, y que por ningún trabajo dejemos bienes que son perpetuos

1. De mal se me hace decir más de las mercedes que me ha hecho el Señor de las dichas, y aun son demasiadas para que se crea haberlas hecho a persona tan ruin; mas por obedecer al Señor, que me lo ha mandado, y a vuestras mercedes, diré algunas cosas para gloria suya. Plega a su Majestad sea para aprovechar a alguna alma, ver que a una cosa tan miserable ha querido el Señor así favorecer, ¿qué hará a quien le hubiese de verdad servido? Y se animen todos a contentar a su Majestad, pues aun en esta vida da tales prendas. Lo primero, hase de entender que en estas mercedes que hace Dios al alma hay más, y menos gloria, porque en algunas visiones excede tanto la gloria, y gusto, y consuelo al que da en otras, que yo me espanto de tanta diferencia de gozar, aun en esta vida; porque acaece ser tanta la diferencia que hay de un gusto, y regalo que da Dios en una visión, o en un arrobamiento, que parece no es posible poder haber más acá que desear, y así el alma no lo desea, ni pediría más contento. Aunque después que el Señor me ha dado a entender la diferencia que hay en el

cielo, de lo que gozan unos, a lo que gozan otros; cuán grande es, bien veo que también acá no hay tasa en el dar, cuando el Señor es servido, y así no querría yo la hubiese en servir yo a su Majestad, y emplear toda mi vida, y fuerzas, y salud en esto, y no querría por mi culpa perder un tantico de más gozar. Y digo así, que si me dijese cuál quiero más, estar con todos los trabajos del mundo hasta el fin dél, y después subir un poquito más en gloria, o sin ninguno irme a un poco de gloria más baja, que de muy buena gana tomaría todos los trabajos por un tantico de gozar más de entender las grandezas de Dios; pues veo que quien más le entiende, más le ama, y le alaba. No digo que no me contentaría, y ternía por muy venturosa de estar en el cielo, aunque fuese en el más bajo lugar, pues quien tal le tenía en el infierno, harta misericordia me haría en esto el Señor, y plegue a su Majestad vaya yo allá, y no mire a mis grandes pecados. Lo que digo es que, aunque fuese a muy gran costa mía, si pudiese, que el Señor me diese gracia para trabajar mucho, no querría por mi culpa perder nada. ¡Miserable de mí que con tantas culpas lo tenía perdido todo!

2. Hase de notar también que en cada merced que el Señor me hacía de visión, o revelación, quedaba mi alma con alguna gran ganancia, y con algunas visiones quedaba con muy muchas. De ver a Cristo me quedó imprimida su grandísima hermosura, y la tengo hoy día; porque para esto bastaba sola una vez, cuanto más tantas como el Señor me hace esta merced. Quedé con un provecho grandísimo, y fue éste. Tenía una grandísima falta, de donde me vinieron grandes daños, y era ésta; que como comenzaba a entender que una persona me tenía voluntad, y si me caía en gracia, me aficionaba tanto, que me ataba en gran manera la memoria a pensar en él, aunque no era con intención de ofender a Dios, mas holgábame de verle, y de pensar en él, y en las cosas buenas que le veía; era cosa tan dañosa, que me traía el alma harto perdida. Después que vi la gran hermosura del Señor, no veía a nadie que en su comparación me pareciese bien, ni me ocupase; que con poner un poco los ojos de la consideración en la imagen que tengo en mi alma, he quedado con tanta libertad en esto, que después acá todo lo que veo me parece hace asco en comparación de las excelencias, y gracias que en este Señor veía: ni hay saber, ni manera de regalo que yo estime en nada, en comparación del que es oír sola una palabra dicha de aquella divina boca, cuanto más tantas. Y tengo yo por imposible, si el Señor por mis pecados no permite se me quite esta memoria, podérmela nadie ocupar, de suerte, que con un poquito de tornarme a acordar deste Señor, no quede libre. Acaeciome con algún confesor, que siempre quiero mucho a los que gobiernan mi alma, como los tomo en lugar de Dios tan de verdad, paréceme que es siempre adonde mi voluntad más se emplea, y como yo andaba con seguridad, mostrábales gracia; ellos como temerosos, y siervos de Dios, temíanse no me asiese en alguna manera, y me atase a quererlos, aunque santamente, y mostrábanme desgracia; esto era después que yo estaba tan sujeta a obedecerlos, que antes no les cobraba ese amor. Yo me reía entre mí de ver cuán engañados estaban, aunque no todas veces trataba tan claro lo poco que me ataba a nadie, como lo tenía en mí, mas asegurábalos, y tratándome más, conocían lo que debía al Señor; que estas sospechas que traían de mí, siempre era a los principios. Comenzome mucho mayor amor, y confianza deste Señor en viéndole, como con quien tenía conversación tan

contina. Veía que aunque era Dios, que era hombre, que no se espanta de las flaquezas de los hombres, que entiende nuestra miserable compostura sujeta a muchas caídas, por el primer pecado que él había venido a reparar. Puedo tratar como con amigo, aunque es Señor; porque entiendo no es como los que acá tenemos por señores, que todo el señorío ponen en autoridades postizas, ha de haber hora de hablar, y señaladas personas que les hablen: si es algún pobrecito que tiene algún negocio, más rodeos, y favores, y trabajos le ha de costar tratarlo. O, ¡qué si es con el Rey! Aquí no hay tocar gente pobre, y no caballerosa, sino preguntar quién son los más privados, y a buen seguro, que no sean personas que tengan el mundo debajo de los pies, porque éstos hablan verdades, que no temen ni deben, no son para palacio, que allí no se deben usar, sino callar lo que mal les parece, que aun pensarlo no deben osar, por no ser desfavorecidos.

3. ¡Oh Rey de gloria, y Señor de todos los reyes!, ¡cómo no es vuestro reino armado de palillos, pues no tiene fin! ¡Cómo no son menester terceros para vos! Con mirar vuestra persona, se ve luego que es solo el que merecís que os llamen Señor, según la majestad mostráis, no es menester gente de acompañamiento, ni de guarda, para que conozcan que sois Rey; porque acá un rey solo, mal se conocerá por sí, aunque él más quisiera ser conocido por rey, no le creerán, que no tiene más que los otros, es menester que se vea por qué lo creer. Y ansí es razón tenga estas autoridades postizas, porque si no las tuviese, no le ternían en nada; porque no sale de sí el parecer poderoso, de otros le ha de venir la autoridad. ¡Oh Señor mío! ¡Oh Rey mío! ¡Quién supiera ahora representar la majestad que tenéis! Es imposible dejar de ver que sois grande emperador en vos mesmo, que espanta mirar esta majestad: mas, más espanta, Señor mío, mirar con ella vuestra humildad, y el amor que mostráis a una como yo. En todo se puede tratar, y hablar con vos como quisiéremos, perdido el primer espanto, y temor de vuestra majestad, con quedar mayor para no ofenderos, mas no por miedo del castigo, Señor mío, porque éste no se tiene en nada, en comparación de no perderos a vos. He aquí los provechos desta visión, sin otros grandes que deja en el alma, si es de Dios, entiéndese por los efectos, cuando el alma tiene luz, porque como muchas veces he dicho, quiere el Señor que esté en tinieblas, y que no vea esta luz, y ansí no es mucho tema la que se ve tan ruin como yo.

4. No ha más que ahora que me ha acaecido estar ocho días, que no parece había en mí, ni podía tener conocimiento de lo que debo a Dios, ni acuerdo de las mercedes, sino tan embobada el alma, y puesta no sé en qué, ni cómo, no en malos pensamientos, mas para los buenos estaba tan inhábil, que me reía de mí, y gustaba de ver la bajeza de un alma, cuando no anda Dios siempre obrando en ella. Bien ve que no está sin él en este estado, que no es como los grandes trabajos que he dicho tengo algunas veces; mas aunque pone leña, y hace eso poco que puede de su parte, no hay arder el fuego de amor de Dios; harta misericordia suya es, que se ve el humo, para entender que no está del todo muerto, torna el Señor a encender, que entonces un alma, aunque se quiebre la cabeza en soplar, y en concertar los leños, parece que todo lo ahoga más. Creo es lo mejor rendirse del todo a que no puede nada por sí sola, y entender en otras cosas, como he dicho, meritorias; porque por ventura la quita el Señor la oración, para que entienda en ellas, y conozca por experiencia lo poco que puede por sí.

5. Es cierto que yo me he regalado hoy con el Señor, y atrevido a quejarme de su Majestad, y le he dicho: «¿Cómo, Dios mío, que no basta que me tenéis en esta miserable vida, y que por amor de vos paso por ello, y quiero vivir a donde todo es embarazos para no gozaros, sino que he de comer, y dormir, y negociar, y tratar con todos, y todo lo paso por amor de vos? Pues bien sabéis, Señor mío, que me es tormento grandísimo, y que tan poquitos ratos como me quedan para gozar de vos, os me escondáis. ¿Cómo se compadece esto en vuestra misericordia? ¿Cómo lo puede sufrir el amor que me tenéis? Creo, Señor, que si fuera posible poderme esconder yo de vos, como vos de mí, que pienso, y creo del amor que me tenéis, que no lo sufriríades: mas estáis os conmigo, y veisme siempre; no se sufre esto, Señor mío, suplícoos miréis, que se hace agravio a quien tanto os ama.» Esto, y otras cosas me ha acaecido decir, entendiendo primero cómo era piadoso el lugar que tenía en el infierno para lo que merecía; mas algunas veces desatina tanto el amor, que no me siento, sino que en todo mi seso doy estas quejas, y todo me lo sufre el Señor: alabado sea tan buen Rey. ¿Llegáramos a los de la tierra con estos atrevimientos? Aun ya al rey no me maravillo que no se ose hablar, que es razón se tema, y a los señores que representan ser cabezas; mas está ya el mundo de manera, que habían de ser más largas las vidas, para deprender los puntos, y novedades, y maneras que hay de crianza, si han de gastar algo della en servir a Dios: yo me santiguo de ver lo que pasa. El caso, es que ya yo no sabía cómo vivir cuando aquí me metí; porque no se toma de burla cuando hay descuido en tratar con las gentes mucho más que merecen, sino que tan de veras lo toman por afrenta, que es menester hacer satisfacciones de vuestra intención, si hay, como digo, descuido, y aun plega a Dios lo crean.

6. Torno a decir que, cierto yo no sabía cómo vivir, porque se ve una pobre de alma fatigada. Ve que la mandan, que ocupe siempre el pensamiento en Dios, y que es necesario traerle en él para librarse de muchos peligros. Por otro cabo ve que no cumple perder punto en puntos de mundo, so pena de no dejar de dar ocasión a que se tienten los que tienen su honra puesta en estos puntos. Traíame fatigada, y nunca acababa de hacer satisfacciones, porque no podía, aunque lo estudiaba, dejar de hacer muchas faltas en esto, que, como digo, no se tiene en el mundo por pequeña. Y es verdad, que en las religiones (que de razón habíamos en estos casos estar disculpados) hay disculpa. No, que dicen que los monasterios ha de ser corte de crianza, y de saberla. Yo cierto que no puedo entender esto. He pensado si dijo algún santo, que había de ser corte para enseñar a los que quisiesen ser cortesanos del cielo, y lo han entendido al revés; porque traer este cuidado, quien es razón lo traya continuo en contentar a Dios, y aborrecer el mundo, que le pueda traer tan grande en contentar a los que viven en él, en estas cosas que tantas veces se mudan, no sé cómo. Aun si se pudiera aún deprender de una vez, pasara, mas aun para títulos de cartas es ya menester haya cátedra adonde se lea cómo se ha de hacer, a manera de decir, porque ya se deja papel de una parte, ya de otra, y a quien no se solía poner magnífico, hase de poner Ilustre. Yo no sé en qué ha de parar, porque aún no he yo cincuenta años, y en lo que he vivido he visto tantas mudanzas, que no sé vivir. Pues los que ahora nacen, y vivieren muchos, ¿qué han de hacer? Por cierto yo he lástima a gente espiritual, que está obligada a estar en el mundo, por

algunos santos fines, que es terrible la cruz que en esto llevan. Si se pudiesen concertar todos, y hacerse ignorantes, y querer que los tengan por tales en estas ciencias, de mucho trabajo se quitarían. Mas en qué boberías me he metido: por tratar en las grandezas de Dios, he venido a hablar de las bajezas del mundo. Pues el Señor me ha hecho merced en haberle dejado, quiero ya salir dél, allá se avengan los que sustentan con tanto trabajo estas naderías. Plega a Dios, que en la otra vida, que es sin mudanzas, no las pagemos. Amén.

Capítulo XXXVIII

En que trata de algunas grandes mercedes que el Señor la hizo, así en mostrarle algunos secretos del cielo, como otras grandes visiones, y revelaciones que su Majestad tuvo por bien viese: dice los efectos con que la dejaban, y el gran aprovechamiento que quedaba en su alma

1. Estando una noche tan mala, que quería excusarme de tener oración, tomé un rosario por ocuparme vocalmente, procurando no recoger el entendimiento, aunque en lo exterior estaba recogida en un oratorio; cuando el Señor quiere, poco aprovechan estas diligencias. Estuve así bien poco, y vínome un arrebatamiento de espíritu con tanto ímpetu, que no hubo poder resistir. Parecíame estar metida en el cielo, y las primeras personas que allá vi, fue a mi padre, y madre, y tan grandes cosas en tan breve espacio, como se podría decir un Ave María, que yo quedé bien fuera de mí, pareciéndome muy demasiada merced. Esto de en tan breve tiempo, ya puede ser fuese más, sino que se hace muy poco. Temí no fuese alguna ilusión, puesto que no me lo parecía, no sabía qué hacer, porque había gran vergüenza de ir al confesor con esto; y no por humilde a mi parecer, sino porque me parecía había de burlar de mí, y decir: que, ¿qué san Pablo para ver cosas del cielo, o san Jerónimo? Y por haber tenido estos santos gloriosos cosas destas, me hacía más temor a mí, y no hacía sino llorar mucho, porque no me parecía llevaba ningún camino. En fin, aunque más sentí, fui al confesor, porque callar cosa jamás osaba, aunque más sintiese en decirla, por el gran miedo que tenía de ser engañada. Él como me vio tan fatigada, que me consoló mucho, y dijo hartas cosas buenas para quitarme de pena.

2. Andando más el tiempo, me ha acaecido, y acaece esto algunas veces, íbame el Señor mostrando más grandes secretos; porque querer ver el alma más de lo que se le presenta, no hay ningún remedio, ni es posible, y así no veía más de lo que cada vez quería el Señor mostrarme. Era tanto, que lo menos bastaba para quedar espantada, y muy aprovechada el alma, para estimar, y tener en poco todas las cosas de la vida. Quisiera yo poder dar a entender algo de lo menos que entendía, y pensando cómo pueda ser, hallo que es imposible; porque en sola la diferencia que hay desta luz que vemos, a la que allá se representa, siendo todo luz, no hay comparación, porque la claridad del sol parece cosa muy deslustrada. En fin, no alcanza la imaginación, por muy sutil que sea a pintar, ni trazar cómo será esta luz, ni ninguna cosa de las que el Señor me daba a entender, con un deleite tan soberano, que no se puede decir, porque todos los sentidos gozan en tan alto grado, y suavidad, que ello no se puede

encarecer, y así es mejor no decir más.

3. Había una vez estado así más de una hora, mostrándome el Señor cosas admirables, que no me parece se quitaba de cabe mí, díjome: Mira, hija, que pierden los que son contra mí, no dejes de decírselo. ¡Ay, Señor mío, y qué poco aprovecha mi dicho a los que sus hechos los tienen ciegos, si vuestra Majestad no les da luz! Algunas personas, que vos la habéis dado, aprovechado se han de saber vuestras grandezas, mas venlas Señor mío, mostradas a cosa tan ruin, y miserable, que tengo yo en mucho, que haya habido nadie que me crea. Bendito sea vuestro nombre, y misericordia, que a lo menos yo conocida mejoría he visto en mi alma. Después quisiera ella estarse siempre allí, y no tornar a vivir, porque fue grande el desprecio que me quedó de todo lo de acá; parecíame basura, y veo yo cuán bajamente nos ocupamos los que nos detenemos en ello.

4. Cuando estaba con aquella señora que he dicho, me acaeció una vez estando yo mala del corazón (porque como he dicho, le he tenido recio, aunque ya no lo es) como era de mucha caridad, hízome sacar joyas de oro, y piedras, que las tenía de gran valor; en especial una de diamantes, que apreciaba en mucho. Ella pensó que me alegraran, yo estaba riéndome entre mí, y habiendo lástima de ver lo que estiman los hombres, acordándome de lo que nos tiene guardado el Señor, y pensaba cuán imposible me sería, aunque yo conmigo mesma lo quisiese procurar, tener en algo aquellas cosas, si el Señor no me quitaba la memoria de otras. Esto es un gran señorío para el alma, tan grande, que no sé si lo entenderá, sino quien lo posee; porque es el propio, y natural desasimiento, porque es sin trabajo nuestro; todo lo hace Dios, que muestra su Majestad estas verdades de manera, que quedan tan imprimidas, que se ve claro, no lo pudiéramos por nosotros de aquella manera en tan breve tiempo adquirir. Quedome también poco miedo a la muerte, a quien yo siempre temía mucho; ahora paréceme facilísima cosa para quien sirve a Dios, porque en un momento se ve el alma libre desta cárcel, y puesta en descanso. Que este llevar Dios el espíritu, y mostrarle cosas tan excelentes en estos arrebatamientos, paréceme a mí conforma mucho a cuando sale un alma del cuerpo, que en un instante se ve en todo este bien. Dejemos los dolores de cuando se arranca, que hay poco caso que hacer dellos, y los que de veras amaren a Dios, y hubieren dado de mano a las cosas desta vida, más suavemente deben morir.

5. También me parece me aprovechó mucho para conocer nuestra verdadera tierra, y ver que somos acá peregrinos, y es gran cosa ver lo que hay allá, y saber a dónde hemos de vivir; porque si uno ha de ir a vivir de asiento a una tierra, esle gran ayuda, para pasar el trabajo del camino, haber visto que es tierra adonde ha de estar muy a su descanso, y también para considerar las cosas celestiales, y procurar que nuestra conversación sea allá; hácese con facilidad. Esto es mucha ganancia, porque solo mirar el cielo recoge el alma; porque como ha querido el Señor mostrar algo de lo que hay allá, estase pensando, y acaece algunas veces ser los que me acompañan, y con los que me consuelo, los que sé que allá viven, y paréceme aquéllos verdaderamente los vivos, y los que acá viven tan muertos, que todo el mundo me parece no me hace compañía, en especial cuando tengo aquellos ímpetus. Todo me parece sueño, y que es burla lo que veo con los ojos del cuerpo: lo que ya he visto con los del alma, es lo

que ella desea, y como se ve lejos, éste es el morir. En fin, es grandísima la merced que el Señor hace a quien da semejantes visiones, porque la ayuda mucho, y también a llevar una pesada cruz, porque todo no la satisface, todo le da en rostro: y si el Señor no permitiese a veces se olvidase, aunque se torna a acordar, no sé cómo se podría vivir. Bendito sea, y alabado por siempre jamás. Plega a su Majestad, por la sangre que su Hijo derramó por mí, que ya que ha querido entienda algo de tan grandes bienes, y que comience en alguna manera a gozar dellos, no me acaezca lo que a Lucifer, que por su culpa lo perdió todo. No lo permita por quien él es, que no tengo poco temor algunas veces, aunque por otra parte, y lo muy ordinario, la misericordia de Dios me pone seguridad, que pues me ha sacado de tantos pecados, no querrá dejarme de su mano, para que me pierda. Esto suplico yo a vuesa merced siempre le suplique. Pues no son tan grandes las mercedes dichas a mi parecer, como ésta que ahora diré, por muchas causas, y grandes bienes que della me quedaron, y gran fortaleza en el alma, aunque, mirada cada cosa por sí, es tan grande que no hay qué comparar.

6. Estaba un día, víspera del Espíritu Santo, después de misa, fuime a una parte bien apartada, adonde yo rezaba muchas veces, y comencé a leer en un Cartujano esta fiesta, y leyendo las señales que han de tener los que comienzan, y aprovechan, y los perfectos, para entender está con ellos el Espíritu Santo. Leídos estos tres estados, pareciome por la bondad de Dios, que no dejaba de estar conmigo a lo que yo podía entender. Estándole alabando, y acordándome de otra vez que lo había leído, que estaba bien falta de todo aquello (que lo veía yo muy bien así, como ahora entendía lo contrario de mí, y así conocí era merced grande lo que el Señor me había hecho) y así comencé a considerar el lugar que tenía en el infierno merecido por mis pecados, y daba muchos loores a Dios, porque no me parecía conocía mi alma, según la veía trocada. Estando en esta consideración, diome un ímpetu grande, sin entender yo la ocasión: parecía que el alma se me quería salir del cuerpo, porque no cabía en ella, ni se hallaba capaz de esperar tanto bien. Era ímpetu tan excesivo, que no me podía valer, y a mi parecer diferente de otras veces, ni entendía qué había el alma, ni qué quería, que tan alterada estaba. Arrimeme, que aun sentada no podía estar, porque la fuerza natural me faltaba toda.

7. Estando en esto, veo sobre mi cabeza una paloma bien diferente de las de acá, porque no tenía estas plumas, sino las alas de unas conchicas, que echaban de sí gran resplandor. Era grande más que paloma, pareceme que oía el ruido que hacía con las alas. Estaría aleando espacio de un Ave María. Ya el alma estaba de tal suerte, que perdiéndose a sí de sí la perdió de vista. Sosegose el espíritu con tan buen huésped, que según mi parecer, la merced tan maravillosa le debía de desasosegar, y espantar; y como comenzó a gozarla, quitósele el miedo, y comenzó la quietud con el gozo, quedando en arrobamiento, quedé lo más pascua tan embobada, y tonta, que no sabía qué me hacer, ni cómo cabía en mí tan gran favor, y merced. No oía, ni veía, a manera de decir, con gran gozo interior. Desde aquel día entendí quedar con grandísimo aprovechamiento en más subido amor de Dios, y las virtudes muy más fortalecidas. Sea bendito, y alabado por siempre. Amén.

8. Otra vez vi la misma paloma sobre la cabeza de un padre de la

Orden de Santo Domingo (salvo que me pareció los rayos, y resplandor de las mismas alas que se extendían mucho más) dióseme a entender había de traer almas a Dios.

9. Otra vez vi estar a nuestra Señora puniendo una capa muy blanca al presentado desta mesma Orden, de quien he tratado algunas veces. Díjome, que por el servicio que le había hecho en ayudar a que se hiciese esta casa, le daba aquel manto, en señal que guardaría su alma en limpieza de ahí adelante, y que no caería en pecado mortal. Yo tengo cierto, que así fue, porque ha pocos años murió, y su muerte, y lo que vivió fue con tanta penitencia, la vida, y la muerte con tanta santidad, que a cuanto se puede entender, no hay que poner duda. Díjome un fraile, que había estado a su muerte, que antes que espirase le dijo cómo estaba con él Santo Tomás(22). Murió con gran gozo, y deseo de salir deste destierro. Después me ha aparecido algunas veces con muy gran gloria, y díchome algunas cosas. Tenía tanta oración, que cuando murió, que con la gran flaqueza la quisiera excusar, no podía, porque tenía muchos arrobamientos. Escribiome poco antes que muriese, que qué medio ternía, porque como acababa de decir misa se quedaba con arrobamiento mucho rato sin poderlo excusar. Dióle Dios al fin el premio de lo mucho que había servido toda su vida. Del retor de la Compañía de Jesús, que algunas veces he hecho dél mención, he visto algunas cosas de grandes mercedes que el Señor le hacía, que por no alargarlo no las pongo aquí. Acaeciome una vez un gran trabajo, en que fue muy perseguido, y se vio muy afligido. Estando yo un día oyendo misa, vi a Cristo en la cruz, cuando alzaban la hostia; díjome algunas palabras que le dijese de consuelo, y otras, previniéndole de lo que estaba por venir, y poniéndole delante lo que había padecido por él, y que se aparejase para sufrir. Dióle esto mucho consuelo, y ánimo; y todo ha pasado después como el Señor me lo dijo.

10. De los de la Orden deste padre, que es la Compañía de Jesús, toda la Orden junta he visto grandes cosas: vilos en el cielo con banderas blancas en las manos algunas veces; y como digo otras cosas he visto dellos de mucha admiración, y así tengo esta Orden en gran veneración, porque los he tratado mucho, y veo conforma su vida con lo que el Señor me ha dado dellos a entender.

11. Estando una noche en oración, comenzó el Señor a decirme algunas palabras, trayéndome a la memoria por ellas, cuán mala había sido mi vida, que me hacían harta confusión, y pena, porque aunque no van con rigor, hacen un sentimiento, y pena que deshacen, y siéntese más aprovechamiento de conocernos con una palabra destas, que en muchos días que nosotros consideremos nuestra miseria; porque trae consigo esculpida una verdad, que no la podemos negar. Representome las voluntades con tanta vanidad que había tenido, y díjome, que tuviese en mucho querer que se pusiese en él voluntad, que tan mal se había gastado, como la mía, y admitirla él. Otras veces me dijo, que me acordase, cuando parece tenía por honra el ir contra la suya. Otras, que me acordase lo que le debía, que cuando yo le daba mayor golpe, estaba él haciéndome mercedes. Si tenía algunas faltas, que no son pocas, de manera me las da su Majestad a entender, que toda parece deshago, y como tengo muchas, es muchas veces. Acaeciame reprenderme el confesor, y quererme consolar en la oración, y hallar allí la reprehensión verdadera.

12. Pues tornando a lo que decía, como comenzó el Señor a traerme a la memoria mi ruin vida, a vueltas de mis lágrimas, como yo entonces no había hecho nada a mi parecer, pensé si me quería hacer alguna merced; porque es muy ordinario cuando alguna particular merced recibo del Señor, haberme primero deshecho a mí mesma, para que vea más claro cuán fuera de merecerlas yo soy, pienso lo debe el Señor de hacer. Desde ha un poco fue tan arrebatado mi espíritu, que casi me pareció estaba del todo fuera del cuerpo, al menos no se entiende que se vive en él. Vi a la Humanidad sacratísima con más excesiva gloria, que jamás la había visto. Representóseme por una noticia admirable, y clara, estar metido en los pechos del Padre, y esto no sabré yo decir cómo es, porque sin ver (me pareció) me vi presente de aquella Divinidad. Quedé tan espantada, y de tal manera, que me parece pasaron algunos días que no podía tornar en mí; y siempre me parecía traía presente a aquella majestad del Hijo de Dios, aunque no era como la primera. Esto bien lo entendía yo, sino que queda tan esculpido en la imaginación, que no lo puede quitar de sí, por en breve que haya pasado, por algún tiempo, y es harto consuelo, y aun aprovechamiento.

13. Esta misma visión he visto otras veces: es a mi parecer la más subida visión, que el Señor me ha hecho merced que vea, y trae consigo grandísimos provechos. Parece que purifica el alma en gran manera, y quita la fuerza casi del todo a esta nuestra sensualidad. Es una llama grande, que parece abrasa, y aniquila todos los deseos de la vida; porque ya que yo, gloria a Dios, no los tenía en cosas vanas, declaróseme aquí bien cómo era todo vanidad, y cuán vanos son los señoríos de acá, y es un enseñamiento grande para levantar los deseos en la pura verdad. Queda imprimido un acatamiento, que no sabré yo decir cómo, mas es muy diferente de lo que acá podemos adquirir. Hace un espanto al alma grande de ver cómo osó, ni puede nadie osar ofender una majestad tan grandísima. Algunas veces habré dicho estos efectos de visiones, y otras cosas; mas ya he dicho, que hay más, y menos aprovechamiento, desta queda grandísimo. Cuando yo me llegaba a comulgar, y me acordaba de aquella majestad grandísima que había visto, y miraba que era el que estaba en el santísimo Sacramento (y muchas veces quiere el Señor que le vea en la hostia) los cabellos se me espeluzaban, y toda parecía me aniquilaba. ¡Oh Señor mío! Mas si no encubriéades vuestra grandeza, ¿quién osara llegar tantas veces a juntar cosa tan sucia, y miserable, con tan gran majestad? Bendito seáis, Señor, alaben os los ángeles, y todas las criaturas, que así medís las cosas con nuestra flaqueza, para que gozando de tan soberanas mercedes, no nos espante vuestro gran poder, de manera que aún no las osemos gozar, como gente flaca, y miserable.

14. Podríanos acaecer lo que a un labrador, y esto sé cierto que pasó así: hallose un tesoro, y como era más que cabía en su ánimo, que era bajo, en viéndose con él, le dio una tristeza, que poco a poco se vino a morir de puro afligido, y cuidadoso, de no saber qué hacer dél. Si no le hallara junto, sino que poco a poco se le fueran dando, y sustentando con ello, viviera más contento que siendo pobre, y no le costara la vida. ¡Oh riqueza de los pobres, y qué admirablemente sabéis sustentar las almas, y sin que vean tan grandes riquezas, poco a poco se las vais mostrando! Cuando yo veo una majestad tan grande, disimulada en cosa tan poca, como

es la hostia, es así, que después acá a mí me admira sabiduría tan grande, y no sé cómo me da el Señor ánimo, y esfuerzo para llegarme a él, si el que me ha hecho tan grandes mercedes, y hace no me le diese; ni sería posible poderlo disimular, ni dejar de decir a voces tan grandes maravillas. Pues ¿qué sentirá una miserable como yo, cargada de abominaciones, y que con tan poco temor de Dios ha gastado su vida, de verse llegar a este Señor de tan gran majestad, cuando quiere que mi alma le vea? ¿Cómo ha de juntar boca, que tantas palabras ha hablado contra el mismo Señor, a aquel cuerpo gloriosísimo, lleno de limpieza, y de piedad? Que duele más, y aflige el alma (por no le haber servido) el amor que muestra aquel rostro de tanta hermosura, con una ternura, y afabilidad, que temor pone la majestad que ve en él. Mas ¿qué podría yo sentir dos veces que vi esto que diré? Cierito, Señor mío, y gloria mía, que estoy por decir, que en alguna manera en estas grandes aflicciones que siente mi alma, he hecho algo en vuestro servicio. Ay que no sé qué me digo, que casi sin hablar yo, escribo ya esto, porque me hallo turbada, y algo fuera de mí, como he tornado a traer a mi memoria estas cosas. Bien dijera, si viniera de mí ese sentimiento, que había hecho algo por vos, Señor mío; mas pues no puede haber buen pensamiento si vos no lo dais, no hay qué me agradecer, yo soy la deudora, Señor, y vos el ofendido.

15. Llegando una vez a comulgar, vi dos demonios con los ojos del alma, más claro que con los del cuerpo, con muy abominable figura. Paréceme que los cuernos rodeaban la garganta del pobre sacerdote; y vi a mi Señor con la majestad que tengo dicha, puesto en aquellas manos, en la forma que me iba a dar, que se veía claro ser ofendedoras suyas, y entendí estar aquel alma en pecado mortal. ¿Qué sería, Señor mío, ver vuestra hermosura entre figuras tan abominables? Estaban ellos como amedrentados, y espantados delante de vos, que de buena gana parece que huyeran, si vos los dejáades ir. Diome tan gran turbación, que no sé cómo pude comulgar, y quedé con gran temor, pareciéndome que si fuera visión de Dios, que no permitiera su Majestad viera yo el mal que estaba en aquel alma. Díjome el mismo Señor, que rogase por él, y que lo había permitido, para que entendiese yo la fuerza que tienen las palabras de la consagración, y como no deja Dios de estar allí por malo que sea el sacerdote que las dice, y para que viese su grande bondad, cómo se pone en aquellas manos de su enemigo, y todo para bien mío, y de todos. Entendí bien cuán más obligados están los sacerdotes a ser buenos, que otros, y cuán recia cosa es tomar este santísimo Sacramento indignamente, y cuán señor es el demonio del alma que está en pecado mortal. Harto gran provecho me hizo, y harto conocimiento me puso de lo que debía a Dios: sea bendito por siempre jamás.

16. Otra vez me acaeció así otra cosa, que me espantó muy mucho. Estaba en una parte, adonde se murió cierta persona, que había vivido harto mal, según supe, y muchos años: mas había dos que tenía enfermedad, y en algunas cosas parece estaba con enmienda. Murió sin confesión, mas con todo esto no me parecía a mí que se había de condenar. Estando amortajando el cuerpo, vi muchos demonios tomar aquel cuerpo, y parecía que jugaban con él, y hacían también justicias en él, que a mí me puso gran pavor, que con garfios grandes le traían de uno en otro: como le vi llevar a enterrar con la honra, y ceremonias que a todos, yo estaba

pensando la bondad de Dios, como no quería fuese infamada aquel alma, sino que fuese encubierto ser su enemiga. Estaba yo medio boba de lo que había visto: en todo el oficio no vi más demonio, después cuando echaron el cuerpo en la sepultura, era tanta la multitud que estaban dentro para tomarle, que yo estaba fuera de mí de verlo; y no era menester poco ánimo para disimularlo. Consideraba qué harían de aquel alma, cuando así se enseñoreaban del triste cuerpo. Pluguiera el Señor que esto que yo vi (cosa tan espantosa) vieran todos los que están en mal estado, que me parece fuera gran cosa para hacerlos vivir bien. Todo esto me hace más conocer lo que debo a Dios, y de lo que me ha librado. Anduve harto temerosa, hasta que lo traté con mi confesor, pensando si era ilusión del demonio, para infamar aquel alma, aunque no estaba tenida por de mucha cristiandad: verdad es, que aunque no fuese ilusión, siempre que se me acuerda me hace temor.

17. Ya que he comenzado a decir de visiones de difuntos, quiero decir algunas cosas que el Señor ha sido servido en este caso que vea de algunas almas. Diré pocas por abreviar, y por no ser necesario, digo para ningún aprovechamiento. Dijéronme era muerto un nuestro provincial, que había sido (y cuando murió lo era de otra provincia) a quien yo había tratado, y debido algunas buenas obras: era persona de muchas virtudes. Como lo supe que era muerto, diome mucha turbación, porque temí su salvación, que había sido veinte años prelado (cosa que yo temo mucho, cierto, por parecerme cosa de mucho peligro tener cargo de almas) y con mucha fatiga me fui a un oratorio: dile todo el bien que había hecho en mi vida (que sería bien poco) y así lo dije al Señor, que supliesen los méritos suyos lo que había menester aquel alma para salir de purgatorio.

18. Estando pidiendo esto al Señor, lo mejor que yo podía, pareciome salía del profundo de la tierra a mi lado derecho, y vile subir al cielo con grandísima alegría. Él era ya bien viejo, mas vile de edad de treinta años, y aún menos me pareció, y con resplandor en el rostro. Pasó muy en breve esta visión, mas en tanto extremo quedé consolada, que nunca me pudo dar más pena su muerte, aunque había fatigadas personas hartas por ella, que era muy bien quisto. Era tanto el consuelo que tenía mi alma, que ninguna cosa se me daba, ni podía dudar en que era buena visión; digo, que no era ilusión. Había no más de quince días que era muerto, con todo no descuidé de procurar le encomendasen a Dios, y hacerlo yo, salvo que no podía con aquella voluntad, que si no hubiera visto esto; porque cuando así el Señor me lo muestra, y después las quiero encomendar a su Majestad, paréceme, sin poder más, que es como dar limosna al rico. Después supe (porque murió bien lejos de aquí) la muerte que el Señor le dio, que fue de tan gran edificación, que a todos dejó espantados del conocimiento, y lágrimas, y humildad con que murió.

19. Habíase muerto una monja en casa, había poco más de día, y medio, harto sierva de Dios. Estando diciendo una lición de difuntos una monja (que se decía por ella en el coro) yo estaba en pie para ayudarla a decir el verso. A la mitad de la lición la vi que me pareció salía el alma de la parte que la pasada, y que se iba al cielo. Ésta no fue visión imaginaria, como la pasada, sino como otras que he dicho, mas no se duda más que las que se ven.

20. Otra monja se murió en mi misma casa, de hasta diez y ocho, o

veinte años, siempre había sido enferma, y muy sierva de Dios, amiga del coro, y harto virtuosa. Yo cierto pensé no entrara en purgatorio; porque eran muchas las enfermedades que había pasado, sino que le sobrarian méritos. Estando en las Horas, antes que la enterrasen (habría cuatro horas que era muerta) entendí salir del mismo lugar, e irse al cielo.

21. Estando en un colegio de la Compañía de Jesús, con los grandes trabajos, que he dicho tenía algunas veces, y tengo de alma, y de cuerpo, estaba de suerte, que aun un buen pensamiento, a mi parecer, no podía admitir: habíase muerto aquella noche un hermano de aquella casa de la Compañía, y estando, como podía, encomendándole a Dios, y oyendo misa de otro padre de la Compañía por él, diome un gran recogimiento, y vile subir al cielo con mucha gloria, y al Señor con él: por particular favor entendí era ir su Majestad con él.

22. Otro fraile de nuestra Orden, harto buen fraile, estaba muy malo, y estando yo en misa, me dio un recogimiento, y vi cómo era muerto, y subir al cielo, sin entrar en purgatorio. Murió a aquella hora que yo lo vi, según supe después. Yo me espanté de que no había entrado en purgatorio. Entendí que por haber sido fraile, que había guardado bien su profesión, le habían aprovechado las bulas de la Orden, para no entrar en purgatorio. No entiendo por qué entendí esto, paréceme debe ser, porque no está el ser fraile en el hábito, digo en traerle, para gozar del estado de más perfección, que es ser fraile.

23. No quiero decir más destas cosas, porque como he dicho, no hay para qué, aunque son hartas las que el Señor me ha hecho merced que vea, mas no he entendido de todas las que he visto, dejar ningún alma de entrar en purgatorio, si no es la deste padre, y el santo fray Pedro de Alcántara, y el padre dominico, que queda dicho. De algunos ha sido el Señor servido, que vea los grados que tienen de gloria, representándoseme en los lugares que se ponen: es grande la diferencia que hay de unos a otros.

Capítulo XXXIX

Prosigue en la misma materia de decir las grandes mercedes que le ha hecho el Señor: trata de cómo le prometió de hacer por las personas que ella le pidiese: dice algunas cosas señaladas, en que le ha hecho su Majestad este favor

1. Estando yo una vez importunando al Señor mucho, porque diese vista a una persona que yo tenía obligación, que la había del todo casi perdido, yo tenía gran lástima, y temía por mis pecados no me había el Señor de oír. Apareciome como otras veces, y comenzome a mostrar la llaga de la mano izquierda, y con la otra sacaba un clavo grande que en ella tenía metido, parecíame que a vuelta del clavo sacaba la carne: veíase bien el grande dolor, que me lastimaba mucho, y díjome que quien aquello había pasado por mí, que no dudase, sino que mejor haría lo que le pidiese; que él me prometía, que ninguna cosa le pidiese, que no la hiciese, que ya sabía él que yo no pediría, sino conforme a su gloria, y que así haría esto, que ahora pedía. Que aun cuando no le servía, mirase yo que no le había pedido cosa que no la hiciese mejor que yo lo sabía pedir: que cuán

mejor lo haría ahora que sabía le amaba, que no dudase desto. No creo pasaron ocho días, que el Señor no tornó la vista a aquella persona. Esto supo mi confesor luego: ya puede ser no fuese por mi oración, mas yo como había visto esta visión, quedome una certidumbre, que por merced hecha a mí, di a su Majestad las gracias.

2. Otra vez estaba una persona muy enferma de una enfermedad muy penosa, que por ser no sé de qué hechura, no la señalo aquí. Era cosa incomportable lo que había dos meses que pasaba, y estaba en un tormento que se despedazaba. Fuele a ver mi confesor, que era el retor que he dicho, y húbole gran lástima, y díjome, que en todo caso le fuese a ver, que era persona que yo lo podía hacer por ser mi deudo. Yo fui, y moviome a tener dél tanta piedad, que comencé muy importunamente a pedir su salud al Señor: en esto vi claro, a todo mi parecer, la merced que me hizo, porque luego a otro día estaba del todo bueno de aquel dolor.

3. Estaba una vez con grandísima pena, porque sabía que una persona, a quien yo tenía mucha obligación, quería hacer una cosa harto contra Dios, y su honra, y estaba ya muy determinada a ello. Era tanta mi fatiga, que no sabía qué remedio hacer, para que lo dejase, y aun parecía que no le había. Supliqué a Dios muy de corazón que le pusiese, mas hasta verlo no podía aliviarse mi pena. Fuime, estando así, a una ermita bien apartada (que las hay en este monasterio) y estando en una, a donde está Cristo a la columna, suplicándole me hiciese esta merced, oí que me hablaba una voz muy suave, como metida en un silbo. Yo me espelucé toda, que me hizo temor, y quisiera entender lo que me decía, mas no pude, que pasó muy en breve. Pasado mi temor, que fue presto, quedé con un sosiego, y gozo, y deleite interior, que yo me espanté, que solo oír una voz (que esto oído con los oídos corporales) y sin entender palabra, hiciese tanta operación en el alma. En esto vi, que se había de hacer lo que pedía, y así fue, que se me quitó del todo la pena, en cosa que aún no era (como si lo viera hecho) como fue después. Díjelo a mis confesores, que tenía entonces dos, harto letrados, y siervos de Dios.

4. Sabía que una persona, que se había determinado a servir muy de veras a Dios, y tenido algunos días oración, y en ella le hacía su Majestad muchas mercedes, y que por ciertas ocasiones que había tenido la había dejado, y aún no se apartaba dellas, y eran bien peligrosas. A mí me dio grandísima pena, por ser persona a quien quería mucho, y debía: creo fue más de un mes que no hacía sino suplicar a Dios tornase esta alma a sí. Estando un día en oración, vi un demonio cabe mí, que hizo unos papeles, que tenía en la mano pedazos con mucho enojo, a mí me dio gran consuelo, que me pareció se había hecho lo que pedía: y así fue (que después lo supe) que había hecho una confesión, con gran contrición, y tornose tan de veras a Dios, que espero en su Majestad ha de ir siempre muy adelante. Sea bendito por todo. Amén.

5. En esto de sacar nuestro Señor almas de pecados graves, por suplicárselo yo, y otras traídas a más perfección, es muchas veces: y de sacar almas de purgatorio, y otras cosas señaladas, son tantas las mercedes que en esto el Señor me ha hecho, que sería cansarme, y cansar a quien lo leyese, si las hubiese de decir, y mucho más en salud de almas que de cuerpos. Esto ha sido cosa muy conocida, y que dello hay hartos testigos. Luego, luego, dábame mucho escrúpulo, porque yo no podía dejar

de creer, que el Señor lo hacía por mi oración (dejemos ser lo principal por sola su bondad) mas son ya tantas las cosas, y tan vistas de otras personas, que no me da pena creerlo, y alabo a su Majestad, y háceme confusión, porque veo soy más deudora, y háceme, a mi parecer, crecer el deseo de servirle, y avívase el amor. Y lo que más me espanta es, que las que el Señor ve no convienen, no puedo, aunque quiero, suplicárselo, sino con tan poca fuerza, y espíritu, y cuidado, que aunque más yo quiero forzarme es imposible, como otras cosas que su Majestad ha de hacer, que veo yo que puedo pedirlo muchas veces, y con gran importunidad, aunque yo no traiga este cuidado, parece que se me representa delante. Es grande la diferencia destas dos maneras de pedir, que no sé cómo lo declarar; porque aunque lo uno pido (que no dejo de esforzarme a suplicarlo al Señor, aunque no sienta en mí aquel fervor que en otras, aunque mucho me toquen) es como quien tiene trabada la lengua, que aunque quiera hablar no puede, y si habla es de suerte, que ve que no le entienden, o como quien habla claro, y despierto, a quien ve que de buena gana le está oyendo. Lo uno se pide (digamos ahora) como oración vocal; y lo otro en contemplación tan subida, que se representa el Señor de manera, que se entiende que nos entiende, y que se huelga su Majestad de que se lo pidamos, y de hacernos merced. Sea bendito por siempre, que tanto da, y tan poco le doy yo. Porque, ¿qué hace, Señor mío, quien no se deshace todo por vos? ¿Y qué dello, qué dello, qué dello, y otras mil veces lo puedo decir, me falta para esto? Por eso no había de querer vivir (aunque hay otras causas) porque no vivo conforme a lo que os debo. ¡Con qué de imperfecciones me veo! ¡Con qué flojedad en serviros! Es cierto que algunas veces me parece querría estar sin sentido, por no entender tanto mal de mí: el que puede lo remedie.

6. Estando en casa de aquella señora, que he dicho, a donde había menester estar con cuidado, y considerar siempre la vanidad que consigo traen todas las cosas de la vida; porque estaba muy estimada, y era muy loada, y ofrecíanse hartas cosas a que me pudiera bien apegar, si mirara a mí, mas miraba el que tiene verdadera vista a no me dejar de su mano. Ahora que digo de verdadera vista, me acuerdo de los grandes trabajos que se pasan en tratar personas a quien Dios ha llegado a conocer lo que es verdad en estas cosas de la tierra, a donde tanto se encubre, como una vez el Señor me dijo, que muchas cosas de las que aquí escribo, no son de mi cabeza, sino que me las decía este mi Maestro celestial, y porque en las cosas que yo señaladamente digo, esto entendí, o me dijo el Señor, se me hace escrúpulo grande poner, o quitar una sola sílaba que sea; así cuando puntualmente no se me acuerda bien todo, va dicho como de mí, o porque algunas cosas también lo serán. No llamo mío lo que es bueno, que ya sé no hay cosa en mí, sino lo que tan sin merecerlo me ha dado el Señor; sino llamo dicho de mí, no ser dado a entender en revelación.

7. ¡Mas ay Dios mío, y cómo aun en las espirituales queremos muchas veces entender las cosas por nuestro parecer, y muy torcidas de la verdad, también como en las del mundo, y nos parece que hemos de tasar nuestro aprovechamiento por los años que tenemos algún ejercicio de oración, y aun parece queremos poner tasa a quien sin ninguna da sus dones cuando quiere, y puede dar en medio año más a uno, que a otro en muchos! Y es cosa ésta que la tengo tan vista por muchas personas, que yo me espanto cómo nos

podemos detener en esto. Bien creo no estará en este engaño quien tuviere talento de conocer espíritus, y le hubiere el Señor dado humildad verdadera, que éste juzga por los efectos, y determinaciones, y amor, y dale el Señor luz para que lo conozca; y en esto mira el adelantamiento, y aprovechamiento de las almas, que no en los años, que en medio puede uno haber alcanzado más que otro en veinte; porque como digo, dalo el Señor a quien quiere, y aun a quien mejor se dispone. Porque veo yo venir ahora a esta casa unas doncellas, que son de poca edad, y en tocándolas Dios, y dándoles un poco de luz, y amor (digo en un poco de tiempo que les hizo algún regalo) no le aguardaron, ni se les puso cosa delante, sin acordarse del comer, pues se encierran para siempre en casa sin renta, como quien no estima la vida por el que sabe que las ama. Déjalo todo, ni quieren voluntad, ni se les pone delante, que pueden tener descontento en tanto encerramiento, y estrechura, todas juntas se ofrecen en sacrificio por Dios. Cuán de buena gana les doy yo aquí la ventaja, y había de andar avergonzada delante de Dios; porque lo que su Majestad no acabó conmigo en tanta multitud de años, como ha que comencé a tener oración, y me comenzó a hacer mercedes, acaba con ellas en tres meses, y aun con alguna en tres días, con hacerlas muchas menos que a mí, aunque bien las paga su Majestad; a buen seguro que no están descontentas por lo que por él han hecho.

8. Para esto querría yo se nos acordase de los muchos años (a los que los tenemos de profesión, y las personas que los tienen de oración) y no para fatigar a los que en poco tiempo van más adelante, con hacerlos tornar atrás, para que anden a nuestro paso, y a los que vuelan como águilas con las mercedes que hace Dios, quererlos hacer andar como pollo trabado; sino que pongamos los ojos en su Majestad, y si los viéremos con humildad darles rienda, que el Señor, que los hace tantas mercedes, no los dejará despeñar. Fíanse ellos mismos de Dios (que esto les aprovecha la verdad que conocen de la fe) ¿y no los fiaremos nosotros, sino que queremos medirlos por nuestra medida, conforme a nuestros bajos ánimos? No así, sino que si no alcanzamos sus grandes efectos, y determinaciones, porque sin experiencia se pueden mal entender. Humillémonos, y no los condenemos, que con parecer que miramos su provecho, nos le quitamos a nosotros, y perdemos esta ocasión, que el Señor pone para humillarnos, y para que entendamos lo que nos falta, y cuán más desasidas, y llegadas a Dios deben estar estas almas, que las nuestras, pues tanto su Majestad se llega a ellas.

9. No entiendo otra cosa, ni la querría entender, sino que oración de poco tiempo, que hace efectos muy grandes (que luego se entienden, que es imposible que los haya para dejarlo todo, solo por contentar a Dios, sin gran fuerza de amor) yo la querría más que la de muchos años, que nunca acabó de determinarse más al postrero, que al primero, a hacer cosa que sea nada por Dios, salvo sí unas cositas menudas como sal, que no tienen peso, ni tomo, que parece un pájaro se las llevará en el pico, no tenemos por gran efeto, y mortificación; que de algunas cosas hacemos caso, que hacemos por el Señor, que es lástima las entendamos, aunque se hiciesen muchas: yo soy ésta, y olvidaré las mercedes a cada paso. No digo yo que no las terná su Majestad en mucho, según es bueno, mas querría yo no hacer caso dellas, ni ver que las hago, pues no son nada. Mas perdonadme, Señor

mío, y no me culpéis, que con algo me tengo de consolar, pues no os sirvo en nada, que si en cosas grandes os sirviera, no hiciera caso de las nonadas. Bienaventuradas las personas que os sirven con obras grandes, si con haberlas yo envidia, y desearlo, se me toma en cuenta, no quedaría muy atrás en contentaros, mas no valgo nada, Señor mío, ponedme vos el valor, pues tanto me amáis.

10. Acaeciome un día destes que, con traer un Breve de Roma para no poder tener renta este monasterio se acabó del todo, que paréceme ha costado algún trabajo, estando consolada de verlo así concluido, y pensando los que había tenido, y alabando al Señor, que en algo se había querido servir de mí, comencé a pensar las cosas que había pasado; y es así, que en cada una de las que parecía eran algo, que yo había hecho, hallaba tantas faltas, e imperfecciones, y a veces poco ánimo, y muchas poca fe; porque hasta ahora que todo lo veo cumplido, cuanto el Señor me dijo desta casa se había de hacer, nunca determinadamente lo acababa de creer, ni tampoco lo podía dudar: no sé cómo era esto. Es que muchas veces por una parte me parecía imposible, por otra no lo podía dudar, digo creer, que no se había de hacer. En fin hallé lo bueno haberlo el Señor hecho todo de su parte, y lo malo yo, y así dejé de pensar en ello, y no quería se me acordase, por no tropezar en tantas faltas mías. Bendito sea el que de todas saca bien cuando es servido. Amén.

11. Pues digo, que es peligroso ir tasando los años que se han tenido de oración, que aunque haya humildad, parece puede quedar un no sé qué de parecer se merece algo por lo servido. No digo yo que no lo merecen, y les será bien pagado, mas cualquier espiritual que le parezca, que por muchos años que haya tenido oración merece estos regalos de espíritu, tengo yo por cierto, que no subirá a la cumbre dél. ¿No es harto que haya merecido le tenga Dios de su mano, para no le hacer las ofensas, que antes que tuviese oración le hacía, sino que le ponga pleito por sus dineros, como dicen? No me parece profunda humildad, ya puede ser lo sea; mas yo por atrevimiento lo tengo, pues yo con tener poca humildad, no me parece jamás he osado. Ya puede ser, que como nunca he servido, no he pedido, por ventura si le hubiera hecho, quisiera más que todos me lo pagara el Señor. No digo yo que no va creciendo un alma, y que no se lo dará Dios, si la oración ha sido humilde, mas que se olviden estos años, que es todo asco cuanto podemos hacer, en comparación de una gota de sangre de las que el Señor por nosotros derramó: y si con servir más quedamos más deudores, ¿qué es esto que pedimos, pues si pagamos un maravedí de la deuda, nos tornan a dar mil ducados? Que por amor de Dios dejemos estos juicios, que son suyos. Estas comparaciones siempre son malas, aun en cosas de acá, pues ¿qué será en lo que solo Dios sabe, y lo mostró bien su Majestad cuando pagó tanto a los postreros, como a los primeros?

12. Es en tantas veces las que he escrito estas tres hojas, y en tantos días, porque he tenido, y tengo, como he dicho, poco lugar, que se me había olvidado lo que comencé a decir, que era esta visión. Vime estando en oración en un gran campo a solas, en derredor de mí mucha gente de diferentes maneras, que me tenían rodeada, todas me parece tenían armas en las manos para ofenderme, unas lanzas, otras espadas, otras dagas, y otras estoques muy largos. En fin, yo no podía salir por ninguna parte sin que me pusiese a peligro de muerte, y sola sin persona que hallase de mi

parte. Estando mi espíritu en esta aflicción, que no sabía qué me hacer, alcé los ojos al cielo, y vi a Cristo (no en el cielo, sino bien alto de mí en el aire) que tendía la mano hacia mí, y desde allí me favorecía, de manera, que yo no temía toda la otra gente, ni ellos aunque querían, me podían hacer daño. Parece sin fruto esta visión, y hame hecho grandísimo provecho, porque se me dio a entender lo que significaba; y poco después me vi casi en aquella batería, y conocí ser aquella visión un retrato del mundo, que cuanto hay en él parece tiene armas para ofender a la triste alma: dejemos los que no sirven mucho al Señor, y honras, y haciendas, y deleites, y otras cosas semejantes, que está claro, que cuando no se cata se ve enredada, al menos procuran todas estas cosas enredar más amigos, parientes, y lo que más espanta, personas muy buenas. De todo me vi después tan apretada, pensando ellos que hacían bien, que yo no sabía cómo me defender, ni qué hacer.

13. ¡Oh válame Dios, si dijese de las maneras, y diferencias de trabajos que en este tiempo tuve (aun después de lo que atrás queda dicho) ¡cómo sería harto aviso para del todo aborrecerlo todo! Fue la mayor persecución me parece de las que he pasado. Digo, que me vi a veces de todas partes tan apretada, que solo hallaba remedio en alzar los ojos al cielo, y llamar a Dios: acordábame bien de lo que había visto en esta visión. Hízome harto provecho para no confiar mucho de nadie, porque no le hay que sea estable, sino Dios. Siempre en estos trabajos grandes me enviaba el Señor (como me lo mostró) una persona de su parte, que me diese la mano, como me lo había mostrado en esta visión, sin ir asida a nada, más de contentar al Señor, que ha sido para sustentar esa poquita de virtud que yo tenía en desearos en servir. Seáis bendito por siempre.

14. Estando una vez muy inquieta, y alborotada, sin poder recogerme, y en batalla, y contienda, yéndoseme el pensamiento a cosas que no eran perfectas, aún no me parece estaba con el desasimiento que suelo: como me vi así tan ruin, tenía miedo si las mercedes que el Señor me había hecho eran ilusiones; estaba en fin con una escuridad grande de alma. Estando con esta pena, comenzome a hablar el Señor, y díjome, que no me fatigase, que en verme así entendería la miseria que era si él se apartaba de mí, y que no había seguridad mientras vivíamos en esta carne. Dióseme a entender, cuán bien empleada es esta guerra, y contienda, por tal premio, y pareciome tenía lástima el Señor de los que vivimos en el mundo; mas que no pensase yo me tenía olvidada, que jamás me dejaría, mas que era menester hiciese yo lo que es en mí. Esto me dijo el Señor con una piedad, y regalo, y con otras palabras en que me hizo harta merced, que no hay para qué decirlas. Éstas me dice su Majestad muchas veces, mostrándome gran amor: Ya eres mía, y yo soy tuyo. Las que yo siempre tengo costumbre de decir, y a mi parecer las digo con verdad, son: ¿Qué se me da, Señor, a mí de mí, sino de vos? Son para mí estas palabras, y regalos tan grandísima confusión, cuando me acuerdo la que soy, que como he dicho, creo otras veces, y ahora lo digo algunas a mi confesor, más ánimo me parece es menester para recibir estas mercedes, que para pasar grandísimos trabajos. Cuando pasa, estoy casi olvidada de mis obras, sino un representármeme que soy ruin, sin discurso de entendimiento, que también me parece a veces sobrenatural.

15. Viénenme algunas veces unas ansias de comulgar tan grandes, que

no sé si se podría encarecer. Acaeciome una mañana, que llovía tanto, que no parece hacía para salir de casa. Estando yo fuera della, yo estaba ya tan fuera de mí con aquel deseo, que aunque me pusieran lanzas a los pechos, me parece entrara por ellas, cuantimás agua. Como llegué a la iglesia, diome un arrobamiento grande, pareciome vi abrir los cielos; no una entrada como otras veces he visto. Representóseme el trono, que dije a vuesa merced he visto otras veces, y otro encima dél, a donde por una noticia, que no sé decir, aunque no lo vi, entendí estar la Divinidad. Parecíame sostenerle unos animales, a mí me parece he oído una figura destos animales, pensé si eran los Evangelistas, mas cómo estaba el trono, ni qué estaba en él, no vi sino muy gran multitud de ángeles; parecióronme sin comparación con muy mayor hermosura, que los que en el cielo he visto. He pensado si son serafines, o querubines, porque son muy diferentes en la gloria, que parecía tener inflamamiento. Es grande la diferencia, como he dicho, y la gloria que entonces en mí sentí, no se puede escribir, ni aun decir, ni la podrá pensar quien no hubiere pasado por esto. Entendí estar allí todo junto lo que se puede desear, y no vi nada: dijéronme, y no sé quién, que lo que allí podía hacer era entender, que no podía entender nada, y mirar lo no nada que era todo en comparación de aquello; es ansí, que se afrentaba después mi alma de ver que pueda parar en ninguna cosa criada, cuantimás aficionarse a ella; porque todo me parecía un hormiguero. Comulgué, y estuve en la misa, que no sé cómo pude estar; pareciome había sido muy breve espacio, espanteme cuando dio el reloj, y vi que eran dos horas las que había estado en aquel arrobamiento, y gloria. Espantábame después, cómo en llegando a este fuego (que parece viene de arriba de verdadero amor de Dios, porque aunque más lo quiera, y procure, y me deshaga por ello, si no es cuando su Majestad quiere, como he dicho otras veces, no soy parte para tener una centella dél) parece que consume el hombre viejo de faltas, y tibieza, y miseria, y a manera de como hace el ave Fénix (según he leído) y de la mesma ceniza, después que se quema sale otra: ansí queda hecha otra el alma después con diferentes deseos, y fortaleza grande; no parece es la que antes, sino que comienza con nueva puridad el camino del Señor. Suplicando yo a su Majestad fuese ansí, y que de nuevo comenzase a servirle, me dijo: Buena comparación has hecho; mira no te se olvide para procurar mejorarte siempre.

16. Estando una vez con la mesma duda, que poco ha dije, si eran estas visiones de Dios, me apareció el Señor, y me dijo con rigor: ¡Oh hijos de los hombres, hasta cuándo seréis duros de corazón! Que una cosa examinase bien en mí, si del todo estaba dada por suya, o no: que si estaba, y lo era, que creyese no me dejaría perder. Yo me fatigué mucho de aquella exclamación; con gran ternura, y regalo me tornó a decir que no me fatigase, que ya sabía que por mí no faltaría de ponerme a todo lo que fuese su servicio, que se haría todo lo que yo quería (y ansí se hizo lo que entonces le suplicaba) que mirase el amor, que se iba en mí aumentando cada día para amarle, que en esto vería no ser demonio, que no pensase que consentía Dios tuviese tanta parte el demonio en las almas de sus siervos, y que te pudiese dar la claridad de entendimiento, y quietud, que tienes. Diome a entender, que habiéndome dicho tantas personas, y tales, que era Dios, que haría mal en no creerlo.

17. Estando una vez rezando el salmo de Quicumque vult, se me dio a

entender la manera cómo era un solo Dios, y tres personas, tan claro, que yo me espanté, y consolé mucho. Hízome grandísimo provecho para conocer más la grandeza de Dios, y sus maravillas, y para cuando pienso, o se trata en la Santísima Trinidad, parece entiendo cómo puede ser, y es mucho contento.

18. Un día de la Asunción de la Reina de los ángeles, y Señora nuestra, me quiso el Señor hacer esta merced, que en un arrobamiento se me representó su subida al cielo, y el alegría, y solemnidad con que fue recibida, y el lugar a donde está. Decir cómo fue esto, yo no sabría. Fue grandísima la gloria que mi espíritu tuvo de ver tanta gloria; quedé con grandes efectos, y aprovechome para desear más pasar grandes trabajos, y quedome grande deseo de servir a esta Señora, pues tanto mereció. Estando en un colegio de la Compañía de Jesús, y estando comulgando los hermanos de aquella casa, vi un palio muy rico sobre sus cabezas: esto vi dos veces; cuando otras personas comulgaban no lo veía.

Capítulo XL

Prosigue en la misma materia de decir las grandes mercedes que el Señor la ha hecho. De algunas se puede tomar harto buena doctrina, que éste ha sido, según ha dicho, su principal intento después de obedecer, poner las que son para provecho de las almas. Con este capítulo se acaba el discurso de su vida que escribió: sea para gloria del Señor. Amén

1. Estando una vez en oración, era tanto el deleite que en mí sentía, que como indigna de tal bien, comencé a pensar en cómo merecía mejor estar en el lugar que yo había visto estar para mí en el infierno, que como he dicho, nunca olvido de la manera que allí me vi. Comenzose con esta consideración a inflamar más mi alma, y vínome un arrobamiento de espíritu, de suerte, que yo no lo sé decir. Pareciome estar metido, y lleno de aquella majestad, que he entendido otras veces. En esta majestad se me dio a entender una verdad, que es cumplimiento de todas las verdades; no sé yo decir cómo, porque no vi nada. Dijéronme, sin ver quién, mas bien entendí ser la misma verdad: No es poco esto que hago por tí, que una de las cosas es en que me debes, porque todo el daño que viene al mundo, es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad: no faltará una tilde della. A mí me pareció, que siempre yo había creído esto, y que todos los fieles lo creían. Díjome: Ay hija, qué pocos me aman con verdad, que si me amasen, no les encubriría yo mis secretos. ¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender, que todo es mentira lo que no es agradable a mí; con claridad verás esto, que ahora no entiendes, en lo que aprovecha a tu alma. Y así lo he visto, sea el Señor alabado, que después acá tanta vanidad, y mentira me parece lo que yo no veo va guiado al servicio de Dios, que no lo sabría yo decir como lo entiendo, y la lástima que me hacen los que veo con la escuridad que están en esta verdad, y con esto otras ganancias que aquí diré, y muchas no sabré decir. Díjome aquí el Señor una particular palabra de grandísimo favor. Yo no sé cómo esto fue, porque no vi nada, mas quedé de una suerte, que tampoco sé decir, con grandísima fortaleza, y muy de veras para cumplir con todas mis fuerzas la más pequeña parte de la Escritura divina. Paréceme, que ninguna cosa se me

pornía delante, que no pasase por esto.

2. Quedome una verdad desta divina verdad, que se me representó (sin saber cómo, ni qué) esculpida, que me hace tener un nuevo acatamiento a Dios, porque da noticia de su Majestad, y poder, de una manera que no se puede decir; sé entender que es una gran cosa. Quedome muy gran gana de no hablar, sino cosas muy verdaderas, que vayan delante de lo que acá se trata en el mundo, y ansí comencé a tener pena de vivir en él. Dejome con gran ternura, y regalo, y humildad. Paréceme que sin entender cómo me dio el Señor aquí mucho, no me quedó ninguna sospecha de que era ilusión. No vi nada, mas entendí el gran bien que hay en no hacer caso de cosa que no sea para llegarnos más a Dios: y ansí entendí, qué cosa es andar un alma en verdad, delante de la misma verdad. Esto que entendí, es darme el Señor a entender, que es la misma verdad.

3. Todo lo que he dicho entendí hablándome algunas veces, y otras sin hablarme, con más claridad algunas cosas, que las que por palabras se me decían: entendí grandísimas verdades sobre esta verdad, más que si muchos letrados me lo hubieran enseñado. Paréceme, que en ninguna manera me pudieran imprimir ansí, ni tan claramente se me diera a entender la vanidad deste mundo. Esta verdad, que digo se me dio a entender, es en sí misma verdad, y es sin principio, ni fin, y todas las demás verdades dependen desta verdad, como todos los demás amores deste amor, y todas las demás grandezas desta grandeza, aunque esto va dicho oscuro, para la claridad con que a mí el Señor quiso se me diese a entender. ¡Y cómo se parece el poder desta majestad, pues en tan breve tiempo deja tan gran ganancia, y tales cosas imprimidas en el alma! ¡Oh Grandeza, y Majestad mía! ¿Qué hacéis, Señor mío, todo poderoso? Mirad a quién hacéis tan soberanas mercedes, no os acordáis que ha sido esta alma un abismo de mentiras, y piélagos de vanidades, y todo por mi culpa, que con haberme vos dado natural de aborrecer el mentir, yo mesma me hice tratar en muchas cosas mentira. ¿Cómo se sufre, Dios mío, cómo se compadece tan gran favor y merced, a quien tan mal os lo ha merecido?

4. Estando una vez en las Horas con todas, de presto se recogió mi alma, y pareciome ser como un espejo claro toda, sin haber espaldas, ni lados, ni alto, ni bajo, que no estuviese toda clara, y en el centro della se me representó Cristo nuestro Señor, como le suelo ver. Parecíame en todas las partes de mi alma le veía claro, como en un espejo, y también este espejo, (yo no sé decir cómo) se esculpía todo en el mismo Señor, por una comunicación, que yo no sabré decir, muy amorosa. Sé que me fue esta visión de gran provecho, cada vez que se me acuerda, en especial cuando acabo de comulgar. Dióseme a entender, que estar un alma en pecado mortal, es cubrirse este espejo de gran niebla, y quedar muy negro, y ansí no se puede representar, ni ver este Señor, aunque esté siempre presente dándonos el ser; y que los herejes, es como si el espejo fuese quebrado, que es muy peor que escurecido. Es muy diferente el cómo se ve, a decirse, porque se puede mal dar a entender. Mas hame hecho mucho provecho, y gran lástima de las veces que con mis culpas escurecí mi alma, para no ver este Señor.

5. Paréceme provechosa esta visión para personas de recogimiento, para enseñarse a considerar al Señor en lo muy interior de su alma; que es consideración que más se apega, y muy más fructuosa, que fuera de sí (como

otras veces he dicho) y en algunos libros de oración está escrito, a dónde se ha de buscar a Dios: en especial lo dice el glorioso san Agustín, que ni en las plazas, ni en los contentos, ni por ninguna parte que le buscaba, le hallaba como dentro de sí. Y esto es muy claro ser mejor: y no es menester ir al cielo, ni más lejos, que a nosotros mismos, porque es cansar el espíritu, y distraer el alma, y no con tanto fruto. Una cosa quiero avisar aquí, por si alguno la tuviere, que acaece en gran arrobamiento; que pasado aquel rato que el alma está en unión, que del todo tiene absortas las potencias (y esto dura poco, como he dicho) quedarse el alma recogida, y aun en el exterior no poder tornar en sí, mas quedan las dos potencias, memoria, y entendimiento, casi con frenesí, muy desatinadas. Esto digo que acaece alguna vez, en especial a los principios. Pienso si procede de que no puede sufrir nuestra flaqueza natural tanta fuerza de espíritu, y enflaquece la imaginación. Sé que les acaece a algunas personas. Ternía por bueno, que se forzasen a dejar por entonces la oración, y la cobrasen en otro tiempo, aquel que pierden, que no sea junto, porque podrá venir a mucho mal. Y desto hay experiencia, y de cuán acertado es mirar lo que puede nuestra salud.

6. En todo es menester experiencia, y maestro, porque llegada el alma a estos términos, muchas cosas se ofrecen, que es menester con quién tratarlo; y si buscado no le hallare, el Señor no le faltará, pues no me ha faltado a mí, siendo la que soy; porque creo hay pocos que hayan llegado a la experiencia de tantas cosas; y si no la hay, es por demás dar remedio sin inquietar, y afligir. Mas esto también tomará el Señor en cuenta, y por esto es mejor tratarlo, como ya he dicho otras veces, y aun todo lo que ahora digo, sino que no se me acuerda bien, y veo importa mucho, en especial si son mujeres con su confesor, y que sea tal. Y hay muchas más que hombres, a quien el Señor hace estas mercedes, y esto oí al santo fray Pedro de Alcántara, y también lo he visto yo, que decía aprovechaban mucho más en este camino que hombres, y daba dello excelentes razones, que no hay para qué las decir aquí, todas en favor de las mujeres.

7. Estando una vez en oración, se me representó muy en breve (sin ver cosa formada, mas fue una representación con toda claridad) como se ven en Dios todas las cosas, y como las tiene todas en sí. Saber escribir esto, yo no lo sé, mas quedó muy imprimido en mi alma, y es una de las grandes mercedes que el Señor me ha hecho, y de las que más me han hecho confundir, y avergonzar, acordándome de los pecados que he hecho. Creo, si el Señor fuera servido, viera esto en otro tiempo, y si lo viesen los que le ofenden, que no ternían corazón, ni atrevimiento para hacerlo. Pareciome ya, digo, sin poder afirmarme en que vi nada; mas algo se debe ver, pues yo podré poner esta comparación, sino que es por modo tan sutil, y delicado, que el entendimiento no lo debe alcanzar, o yo no me sé entender en estas visiones, que no parecen imaginarias, y en algunas algo desto debe haber, sino que como son en arrobamiento las potencias, no lo saben después formar, como allí el Señor se lo representa, y quiere que lo gocen. Digamos ser la Divinidad como un muy claro diamante, muy mayor que todo el mundo, o espejo, a manera de lo que dije del alma en estotra visión, salvo que es por tan subida manera, que yo no lo sabré encarecer, y que todo lo que hacemos se ve en este diamante, siendo de manera, que él

encierra todo en sí, porque no hay nada que salga fuera desta grandeza. Cosa espantosa me fue en tan breve espacio ver tantas cosas juntas aquí en este claro diamante, y lastimosísima cada vez que se me acuerda, ver que cosas tan feas se representaban en aquella limpieza de claridad, como eran mis pecados. Y es ansí, que cuando se me acuerda, yo no sé cómo lo puedo llevar, y ansí quedé entonces tan avergonzada, que no sabía me parece a dónde me meter. ¡Oh!, quién pudiese dar a entender esto a los que muy deshonestos, y feos pecados hacen, para que se acuerden, que no son ocultos, y que con razón los siente Dios, pues tan presentes a la majestad pasan, y tan desacatadamente nos habemos delante dél. Vi cuán bien se merece el infierno por una sola culpa mortal, porque no se puede entender cuán gravísima cosa es hacerla delante de tan gran majestad, y qué tan fuera de quien él es son cosas semejantes; y ansí se ve más su misericordia, pues entendiendo nosotros todo esto nos sufre. Hame hecho considerar, si una cosa como ésta ansí deja espantada el alma, ¿qué será el día del juicio, cuando esta majestad claramente se nos mostrará, y veremos las ofensas que hemos hecho? ¡Oh, válame Dios, qué ceguedad es esta que yo he traído! Muchas veces me he espantado en esto que he escrito, y no se espante vuesa merced sino cómo vivo, viendo estas cosas, y mirándome a mí. Sea bendito por siempre quien tanto me ha sufrido.

8. Estando una vez en oración con mucho recogimiento, y suavidad, y quietud, parecíame estar rodeada de ángeles, y muy cerca de Dios; comencé a suplicar a su Majestad por la Iglesia. Dióseme a entender el gran provecho que había de hacer una Orden en los tiempos postreros, y con la fortaleza que los della han de sustentar la fe.

9. Estando una vez rezando cerca del santísimo Sacramento apareciome un santo, cuya Orden ha estado algo caída: tenía en las manos un libro grande, abriole, y díjome, que leyese unas letras, que eran grandes, y muy legibles, y decían ansí: «En los tiempos advenideros florecerá esta Orden, habrá muchos mártires.»

10. Otra vez estando en Maitines en el coro, se me representaron, y pusieron delante seis, o siete, me parecen serían desta mesma Orden, con espadas en las manos. Pienso que se da en esto a entender, han de defender la fe; porque otra vez estando en oración, se arrebató mi espíritu, pareciome estar en un gran campo, a donde se combatían muchos, y estos desta Orden peleaban con gran fervor. Tenían los rostros hermosos, y muy encendidos, y echaban muchos en el suelo vencidos, otros mataban: parecíame esta batalla contra los herejes. A este glorioso santo he visto algunas veces, y me ha dicho algunas cosas, y agradecíome la oración que hago por su Orden, y prometido de encomendarme al Señor. No señalo las Órdenes, si el Señor es servido se sepa, las declarará, porque no se agravien otras; mas cada Orden había de procurar, o cada una della por sí, que por sus medios hiciese el Señor tan dichosa su Orden, que en tan gran necesidad como ahora tiene la Iglesia le sirviesen: dichasas vidas que en esto se acabaren.

11. Rogome una persona una vez, que suplicase a Dios, le diese a entender, si sería servicio suyo tomar un obispado. Díjome el Señor, acabando de comulgar: Cuando entendiere con toda verdad, y claridad, que el verdadero señorío es, no poseer nada, entonces le podrá tomar; dando a entender, que ha de estar muy fuera de desearlo, ni quererlo, quien

hubiere de tener prelacías, o al menos de procurarlas.

12. Estas mercedes, y otras muchas ha hecho el Señor, y hace muy contino a esta pecadora, que me parece, no hay para qué las decir, pues por lo dicho se puede entender mi alma, y el espíritu que me ha dado el Señor. Sea bendito por siempre, que tanto cuidado ha tenido de mí.

13. Díjome una vez consolándome, que no me fatigase (esto con mucho amor) que en esta vida no podíamos estar siempre en un ser, que unas veces tenía fervor, y otras estaría sin él; unas con desasosiegos, y otras con quietud, y tentaciones, mas que esperase en él, y no temiese.

14. Estaba un día pensando, si era asimiento darme contento estar con las personas que trato mi alma, y tenerlas amor, y a los que yo veo muy siervos de Dios, que me consolaba con ellos, me dijo: que si a un enfermo, que estaba en peligro de muerte, le parece le da salud un médico, que no era virtud dejárselo de agradecer, y no le amar. Que, ¿qué hubiera hecho, si no fuera por estas personas? Que la conversación de los buenos no dañaba, mas que siempre fuesen mis palabras pesadas, y santas, y que no los dejase de tratar, que antes sería provecho, que daño. Consolome mucho esto, porque algunas veces, pareciéndome asimiento, quería del todo no tratarlos. Siempre en todas las cosas me aconsejaba este Señor, hasta decirme cómo me había de haber con los flacos, y con algunas personas. Jamás se descuida de mí; algunas veces estoy fatigada de verme para tan poco en su servicio, y de ver que por fuerza he de ocupar el tiempo en cuerpo tan flaco, y ruin como el mío, más de lo que yo querría.

15. Estaba una vez en oración, y vino la hora de ir a dormir, y yo estaba con hartos dolores, y había de tener el vómito ordinario. Como me vi tan atada de mí, y el espíritu por otra parte queriendo tiempo para sí, vime tan fatigada, que comencé a llorar mucho, y a afligirme: esto no es sola una vez, sino como digo muchas, que me parece me daba un enojo contra mí mesma, que en forma por entonces me aborrezco; mas lo contino es entender de mí, que no me tengo aborrecida, ni falto a lo que veo me es necesario. Y plega al Señor que no tome muchas más de lo que es menester, que sí debo hacer. Esta que digo, estando en esta pena, me apareció el Señor, y regaló mucho, y me dijo, que hiciese yo estas cosas por amor dél, y lo pasase, que era menester ahora mi vida. Y así me parece, que nunca me vi en pena, después que estoy determinada a servir con todas mis fuerzas a este Señor, y consolador mío, que aunque me dejaba un poco padecer, me consolaba de manera, que no hago nada en desear trabajos; y así ahora no me parece hay para qué vivir, sino para esto, y lo que más de voluntad pido a Dios. Dígole algunas veces con toda ella: Señor, o morir, o padecer: no os pido otra cosa para mí: dame consuelo oír el reloj, porque me parece me llevo un poquito más para ver a Dios, de que veo ser pasada aquella hora de la vida.

16. Otras veces estoy de manera, que ni siento vivir, ni me parece he gana de morir, sino con una tibieza, y escuridad en todo, como he dicho, que tengo muchas veces de grandes trabajos. Y con haber querido el Señor se sepan en público estas mercedes que su Majestad me hace (como me lo dijo algunos años ha que lo habían de ser, que me fatigué yo harto, y hasta ahora no he pasado poco, como vuesa merced sabe, porque cada uno lo toma como le parece) consuelo me ha sido no ser por mi culpa, porque en no lo decir, sino a mis confesores, o a personas que sabían dellos los

sabían, he tenido gran aviso, y extremo; y no por humildad, sino porque como he dicho, aun a los mismos confesores, me daba pena decirlo. Ahora ya, gloria a Dios, aunque mucho me murmuraban, y con buen celo, y otros temen tratar conmigo, y aun confesarme, y otros me dicen hartas cosas, como entiendo que por este medio ha querido el Señor remediar algunas almas (porque lo he visto claro, y me acuerdo de lo mucho que por una sola pasara el Señor) muy poco se me da de todo. No sé si es parte para esto haberme su Majestad metido en este rinconcito tan encerrado, y a donde ya como cosa muerta, pensé no hubiera más memoria de mí, mas no ha sido tanto como yo quisiera, que forzado he de hablar algunas personas; mas como no estoy a donde me vean, parece ya fue el Señor servido echarme a un puerto, que espero en su Majestad será seguro. Por estar ya fuera de mundo, y entre poca, y santa compañía, miro como desde lo alto, y dáseme ya bien poco de que digan, ni se sepa, en más ternía se aprovechase un tantico un alma, que todo lo que de mí se puede decir, que después que estoy aquí, ha sido el Señor servido, que todos mis deseos paren en esto. Y hame dado una manera de sueño en la vida, que casi siempre me parece estoy soñando lo que veo; ni contento, ni pena que sea mucha no la veo en mí. Si alguna me dan algunas cosas, con tanta brevedad, que yo me maravillo, y deja el sentimiento, como una cosa que soñó; y esto es entera verdad, que aunque después yo quiera holgarme de aquel contento, o pesarme de aquella pena, no es en mi mano, sino como lo sería a una persona discreta tener pena, o gloria de un sueño que soñó, porque ya mi alma la despertó el Señor de aquello, que por no estar yo mortificada, ni muerta a las cosas del mundo, me había hecho sentimiento, y no quiere su Majestad que se torne a cegar.

17. Desta manera vivo ahora, señor, y padre mío, suplique vuesa merced a Dios, o me lleve consigo, o me dé como le sirva. Plega a su Majestad esto que aquí va escrito haga a vuesa merced algún provecho, que por el poco lugar ha sido con trabajo; mas dichoso sería el trabajo, si he acertado a decir algo, que sola una vez se alabe por ello el Señor, que con esto me daría por pagada, aunque vuesa merced luego lo queme. No querría fuese sin que lo viesen las tres personas que vuesa merced sabe, pues son, y han sido confesores míos, porque si va mal, es bien pierdan la buena opinión que tienen de mí; si va bien, son buenos, y letrados, sé que verán de dónde viene, y alabarán a quien lo ha dicho por mí. Su Majestad tenga siempre a vuesa merced de su mano, y le haga tan gran santo, que con su espíritu, y luz alumbre esta miserable, poco humilde, y mucho atrevida, que se ha osado determinar a escribir en cosas tan subidas. Plega al Señor no haya en ello errado, teniendo intención, y deseo de acertar, y obedecer, y que por mí se alabase en algo el Señor (que es lo que ha muchos años que le suplico) y como me faltan para esto las obras, heme atrevido a concertar esta mi desbaratada vida; aunque no gastando en ello más cuidado, ni tiempo de lo que ha sido menester para escribirla, sino poniendo lo que ha pasado por mí, con toda la llaneza, y verdad que yo he podido. Plega al Señor, pues es poderoso, y si quiere puede, quiera que en todo acierte yo a hacer su voluntad, y no permita se pierda esta alma, que con tantos artificios, y maneras, y tantas veces ha sacado su Majestad del infierno, y traído a sí. Amén.

El Espíritu Santo sea siempre con vuesa merced. Amén. No sería malo encarecer a vuesa merced este servicio, por obligarle a tener mucho

cuidado de encomendarme a nuestro Señor, que según lo que he pasado en verme escrita, y traer a la memoria tantas miserias mías, bien podría; aunque con verdad puedo decir, que he sentido más en escribir las mercedes que el Señor me ha hecho, que las ofensas que yo a su Majestad. Yo he hecho lo que vuesa merced me mandó en alargarme, a condición que vuesa merced haga lo que me prometió, en romper lo que mal le pareciere. No había acabado de leerlo después de escrito, cuando vuesa merced envía por él: puede ser vayan algunas cosas mal declaradas, y otras puestas dos veces, porque ha sido tan poco el tiempo que he tenido, que no podía tornar a ver lo que escribía: suplico a vuesa merced lo enmiende, y mande trasladar, si se ha de llevar al padre maestro Ávila, porque podría ser conocer alguien la letra. Yo deseo harto se dé orden en cómo lo vea, pues con ese intento lo comencé a escribir; porque como a él le parezca voy por buen camino, quedaré muy consolada, que ya no me queda más para hacer lo que es en mí. En todo haga vuestra merced como le pareciere; y vea está obligado a quien ansí le fía su alma. La de vuesa merced encomendaré yo toda mi vida a nuestro Señor, por eso dese priesa a servir a su Majestad para hacerme a mí merced, pues verá vuesa merced por lo que aquí va cuán bien se emplea en darse todo, como vuesa merced lo ha comenzado, a quien tan sin tasa se nos da. Sea bendito por siempre, que yo espero en su misericordia nos veremos a donde más claramente vuesa merced y yo veamos las grandes que ha hecho con nosotros, y para siempre jamás le alabemos. Amén. Acabose este libro en junio, año de 1562.

Esta fecha se entiende de la primera vez que le escribió la madre TERESA DE JESÚS, sin distinción de capítulos. Después hizo este traslado, y añadió muchas cosas, que acontecieron después desta fecha, como es la fundación del monasterio de san José de Ávila, como en la hoja 277 parece, Fray Domingo Bañes.

El maestro fray Luis de León al lector

Con los originales de este libro vinieron a mis manos unos papeles, escritos por la santa Madre Teresa de Jesús, en que para memoria suya, o para dar cuenta a sus confesores, tenía puestas las cosas que Dios le decía, y mercedes que le hacía, demás de las que en este libro se contienen, que me pareció ponerlas en él, por ser de mucha edificación. Y así las puse a la letra, como la Madre las escribe, que dice así:

1. Esto me dijo el Señor un día: ¿Piensas hija, que está el merecer en gozar? No está sino en obrar, y en padecer, y en amar. No habrás oído que San Pablo estuviese gozando de los gozos celestiales más de una vez, y muchas que padeció. Y ves mi vida toda llena de padecer, y solo en el monte Tabor habrás oído mi gozo. No pienses cuando ves a mi Madre, que me tiene en los brazos, que gozaba de aquellos contentos, sin grave tormento; desde que le dijo Simeón aquellas palabras, la dio mi Padre clara luz para que viese lo que yo había de padecer. Los grandes santos que vivieron en los desiertos, como eran guiados por Dios, ansí hacían graves penitencias, y sin esto tenían grandes batallas con el demonio y consigo mismos; mucho tiempo se pasaban sin ninguna consolación espiritual. Cree, hija, que a quien mi Padre más ama, da mayores trabajos, y a estos responde el amor.

¿En qué te le puedo más mostrar, que querer para ti lo que quiso para mí? Mira estas llagas, que nunca llegarán aquí tus dolores. Éste es el camino de la verdad. Así me ayudarás a llorar la perdición que traen los del mundo (entendiendo tú esto) que todos sus deseos, y cuidados, y pensamientos se emplean en cómo tener lo contrario. Cuando este día comencé a tener oración, estaba con tan gran mal de cabeza, que me parecía casi imposible poderla tener. Díjome el Señor: por aquí verás el premio del padecer, que como no estabas tú con salud para hablar conmigo, he yo hablado contigo y regaládote. Y es así cierto, que sería como hora y media, poco menos, el tiempo que estuve recogida. En él me dijo las palabras dichas, y todo lo demás, ni yo me divertía, ni sé a dónde estaba. Y con tan gran contento, que no sé decirlo, quedome buena la cabeza, que me ha espantado, y harto deseo de padecer. También me dijo que trajese mucho en la memoria las que dijo a sus Apóstoles, que lo había de ser más el siervo que el Señor.

2. Un día de Ramos, acabando de comulgar, quedé con gran suspensión, de manera, que aun no podía pasar la Forma, y teniéndomela en la boca, verdaderamente me pareció, cuando torné un poco en mí, que toda la boca se me había henchido de sangre; y parecíame estar también el rostro y toda yo cubierta della, como si entonces acabara de derramarla el Señor; me parece estaba caliente, era excesiva la suavidad que entonces sentía, y díjome el Señor: «Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche, y no hayas miedo que te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores, y gózasla tú con gran deleite como ves; bien te pago el deleite que me inicias este día». Esto dijo, porque ha más de treinta años que no comulgaba este día, si podía, y procuraba aparejar mi alma para hospedar al Señor; porque me parecía mucha la crueldad que hicieron los judíos, después de tan gran recibimiento, dejarle ir a comer tan lejos, y hacía yo cuenta de que se quedase conmigo, y harto en mala posada, según ahora veo. Y así hacía unas consideraciones bobas, debíalas admitir el Señor; porque ésta es de las visiones que yo tengo por muy ciertas, y así para la comunión me ha quedado aprovechamiento.

3. Había leído en un libro, que era imperfección tener imágenes curiosas, así quería no tener en la celda una que tenía. Y también antes que leyese esto, me parecía pobreza tener ninguna, sino de papel, y como después leí esto, ya no las tuviera de otra cosa. Y entendí del Señor esto que diré, estando descuidada de ello: que no era buena mortificación; que cuál era mejor: ¿la pobreza o la caridad? Que pues era mejor el amor, que todo lo que me despertase a él, no lo dejase, ni lo quitase a mis monjas, que las muchas molduras y cosas curiosas en las imágenes, decía el libro, y no la imagen. Que lo que el demonio hacía con los luteranos, era y quitarles todos los medios para más despertar, y así iban perdidos. Mis fieles, hija, han de hacer ahora más que nunca, al contrario de lo que ellos hacen.

4. Estando pensando una vez, con cuanta más limpieza se vive estando apartada de negocios, y cómo cuando yo ando en ellos, debo andar mal, y con muchas faltas, entendí: «No puede ser menos, hija, procura siempre en todo recta intención, y desasimiento, y mírame a mí, que lo que hicieres conforme a lo que yo hice».

5. Estando pensando, qué sería la causa de no tener ahora casi nunca

arrobamiento en público, entendí: «No conviene ahora, bastante crédito tienes para lo que yo pretendo: vamos mirando la flaqueza de los maliciosos».

6. Estando con temor un día(23) de si estaba en gracia, o no, me dijo: «Hija, muy diferente es la luz de las tinieblas, yo soy fiel, nadie se perderá sin entenderlo. Engañarse ha quien se asegurare por regalos espirituales: la verdadera seguridad es el testimonio de la buena conciencia. Mas nadie piense que por sí puede estar en luz, así como no podría hacer que no viniese la noche natural, porque depende de mi gracia. El mejor remedio que puede haber para detener la luz, es entender el alma, que no puede nada por sí, y que le viene de mí: porque aunque esté en ella, en un punto que yo me aparte, verná la noche. Ésta es la verdadera humildad, conocer el alma lo que puede, y lo que yo puedo. No dejes de escribir los avisos que te doy, porque no se te olviden, pues quieres poner por escrito los de los hombres».

7. La víspera de san Sebastián, el primer año que vine al monasterio de la Encarnación a ser priora, comenzando la Salve, vi en la silla prioril, a donde está puesta nuestra Señora, abajar con gran multitud de ángeles a la madre de Dios, y ponerse allí; a mi parecer no vi la imagen entonces, sino esta Señora que digo. Pareciome se parecía algo a la imagen que me dio la condesa, aunque fue de presto el poderla determinar, por suspenderme luego mucho. Parecíanme encima de las coronas de las sillas, y sobre los antepechos muchos ángeles, aunque no con forma corporal, que era visión intelectual. Estuve así toda la Salve, y díjome: «Bien acertaste en ponerme aquí, yo estaré presente a las alabanzas que hicieren a mi hijo, y se las presentaré».

8. Como una tarde se fuese mi confesor con mucha priesa, llamado de otras ocupaciones que tenía más necesarias, yo quedé un rato con pena, y tristeza, y como criatura de la tierra no me parece me tiene asida, diome algún escrúpulo, temiendo no comenzase a perder esta libertad. Esto fue a la tarde, y a la mañana otro día, respondiome nuestro Señor a ello, y díjome que no me maravillase, que así como los mortales desean compañía para comunicar sus contentos sensuales, así el alma desea (cuando hay quien la entienda) comunicar sus gozos, y penas, y se entristece de no tener con quien. Como estuvo algún espacio conmigo, acordóseme que había dicho a mi confesor, que pasaban de presto estas visiones; y díjome, que había diferencia desto a las imaginarias, y que no podía en las mercedes que nos hacía haber regla cierta; porque unas veces convenía de una manera, y otras de otra.

9. Un día después de comulgar, me parece clarísimamente se puso cabe mí nuestro Señor, y comenzome a consolar con grandes regalos, y díjome entre otras cosas: «Vesme aquí hija, que yo soy, muestra tus manos»; y parecíame que me las tornaba, y llegaba a su costado, y dijo: «Mira mis llagas, no estás sin mí; pasa la brevedad de la vida(24)». En algunas cosas que me dijo entendí, que después que subió a los cielos, nunca abajó a la tierra, si no es en el santísimo Sacramento, a comunicarse con nadie. Díjome, que en resucitando había visto a nuestra Señora, porque estaba ya con gran necesidad, que la pena la tenía tan traspasada, que aun no tornaba luego en sí para gozar de aquel gozo, y que había estado mucho con ella, porque había sido menester.

10. Una mañana, estando en oración, tuve un gran arrobamiento, y parecíame que nuestro Señor me había llevado el espíritu junto a su Padre, y díchole: «Esta que me diste te doy», y parecíame que me llegaba a sí. Esto no es cosa imaginaria, sino con una certeza grande, y una delicadeza tan espiritual, que no se sabe decir: díjome algunas palabras, que no se me acuerdan, de hacerme merced eran algunas. Duró algún espacio tenerme cabe sí.

11. Acabando de comulgar, segundo día de Cuaresma en san José de Malagón, se me representó nuestro señor Jesucristo en visión imaginaria como suele, y estando yo mirándole, vi que en la cabeza, en lugar de corona de espinas, en toda ella (que debía ser a donde hicieron llaga) tenía una corona de gran resplandor. Como yo soy devota deste paso, consolome mucho, y comencé a pensar, que gran tormento debía ser, pues había hecho tantas heridas, y a darme pena. Díjome el Señor, que no le hubiese lástima por aquellas heridas, sino por las muchas que ahora le daban. Yo le dije, que qué podía hacer para remedio desto, que determinada estaba a todo. Díjome: Que no era ahora tiempo de descansar, sino que me diese prisa a hacer estas casas, que con las almas dellas tenía él descanso. Que tomase cuantas me diesen, porque había muchas que por no tener a donde, no le servían, y que las que hiciese en lugares pequeños, fuesen como ésta, que tanto podían merecer con deseo de hacer lo que en las otras, y que procurase anduviesen todas debajo de un gobierno de prelado, y que pusiese mucho, que por cosa de mantenimiento corporal no se perdiese la paz interior, que él nos ayudaría, para que nunca faltase. En especial tuviesen cuenta con las enfermas, que la prelada que no proveyese, y regalase a la enferma, era como los amigos de Job, que él daba el azote para bien de sus almas, y ellas ponían en aventura la paciencia. Que escribiese la fundación destas casas. Yo pensaba cómo en la de Medina, nunca había entendido nada para escribir su fundación. Díjome, que qué más quería de ver que su fundación había sido milagrosa. Quiso decir, que haciéndolo solo él, pareciendo ir sin ningún camino, yo me determiné a ponerlo por obra.

12. El martes después de la Ascensión, habiendo estado un rato en oración, después de comulgar con pena, porque me divertía de manera, que no podía estar en una cosa, quejábame al Señor de nuestro miserable natural. Comenzó a inflamarse mi alma, pareciéndome que claramente entendía tener presente a toda la santísima Trinidad en visión intelectual, a donde entendió mi alma por cierta manera de representación, como figura de la verdad, para que lo pudiese entender mi torpeza, como es Dios trino, y uno; y así me parecía hablarme todas tres personas, y que se representaban dentro en mi alma distintamente, diciéndome, que desde este día vería mejoría en mí en tres cosas, que cada una destas personas me hacía merced: en la caridad, en padecer con contento, en sentir esta caridad con encendimiento en el alma. Entendí aquellas palabras que dice el Señor, que estarán con el alma que está en gracia las tres divinas personas. Estando yo después agradeciendo al Señor tan gran merced, hallándome indignísima della, decía a su Majestad con harto sentimiento, qué pues me había de hacer semejantes mercedes, que por qué había dejádome de su mano, para que fuese tan ruin. (Porque el día antes había tenido gran pena por mis pecados, teniéndolos presentes.) Vi aquí claro lo mucho

que el Señor había puesto de su parte desde que era muy niña, para llegarme a sí con medios harto eficaces, y como todos no me aprovecharon. Por donde claro se me representó el excesivo amor que Dios nos tiene en perdonar todo esto, cuando nos queremos tornar a él, y más conmigo, que con nadie, por muchas causas. Parece quedaron en mi alma tan imprimidas aquellas tres personas que vi, siendo un solo Dios, que a durar así, imposible sería dejar de estar recogida con tan divina compañía. Una vez poco antes desto, yendo a comulgar, estando la Forma en el relicario, que aún no se me había dado, vi una manera de paloma, que meneaba las alas con ruido. Turbome tanto, y suspendiome, que con harta fuerza tomé la Forma. Esto era todo en san José de Ávila, donde también una vez entendí: «Tiempo verná, que en esta iglesia se hagan muchos milagros, llamarla han Iglesia santa». Esto entendí en san José de Ávila, año de mil quinientos y setenta y uno.

13. Estando un día pensando, si tenían razón los que les parecía mal, que yo saliese a fundar, y que estaría yo mejor empleándome siempre en oración, entendí: «Mientras se vive no está la ganancia en procurar gozarme más, sino en hacer mi voluntad». Pareciome a mí, que pues san Pablo dice del encerramiento de las mujeres (que me lo han dicho poco ha, y aun antes lo había oído) que esto sería la voluntad de Dios, y díjome: «Diles, que no se sigan por sola una parte de la Escritura, que miren otras, ¿y qué si podrán por ventura atarme las manos?»

14. Estando yo un día después de la Octava de la Visitación, encomendando a Dios un hermano mío, en una ermita del monte Carmelo, dije al Señor (no sé si en mi pensamiento, porque está este mi hermano a donde tiene peligro su salvación): «Si yo viera, Señor, un hermano vuestro en este peligro, ¿qué hiciera por remediarle? Parecíame a mí no me quedara cosa que pudiera por hacer». Díjome el Señor: «¿Oh hija, hija, hermanas son más estas de la Encarnación, y te detienes? Pues ten ánimo, mira que lo quiero yo, y no es tan dificultoso como te parece, y por donde piensas perderán estotras cosas, ganará lo uno, y lo otro; no resistas, que es grande mi poder».

15. Estando pensando una vez en la gran penitencia que hacía una persona muy religiosa, y cómo yo pudiera haber hecho más (según los deseos me ha dado alguna vez el Señor de hacerla) si no fuera por obedecer a los confesores, ¿qué si sería mejor no los obedecer de aquí adelante en eso? me dijo: «Eso no, hija, buen camino llevas, y seguro. ¿Ves toda la penitencia que haces?, en más tengo tu obediencia».

16. Una vez estando en oración me mostró por una manera de visión intelectual, cómo estaba el alma que está en gracia, en cuya compañía vi por visión intelectual la Santísima Trinidad, de cuya Compañía venía a aquel alma un poder que señoreaba toda la tierra. Diéronseme a entender aquellas palabras de los Cantares, que dicen: Dilectus meus descendit in hortum suum. Mostrome también cómo está el alma que está en pecado, sin ningún poder, sino como una persona que estuviese del todo atada, y liada, y atados los ojos, que aunque quiere ver, no puede, ni andar, ni oír, y en gran oscuridad. Hiciéronme tanta lástima las almas que están así, que cualquier trabajo me parece ligero por librar una. Pareciome, que a entender esto como yo lo vi, que se puede mal decir, que no era posible querer ninguno perder tanto bien, ni estar en tanto mal.

17. Estando en la Encarnación, el segundo año que tenía el priorato, Octava de san Martín, estando comulgando, partió la Forma el padre fray Juan de la Cruz (que me daba el santísimo Sacramento) para otra hermana: yo pensé que no era falta de Forma, sino que me quería mortificar, porque yo le había dicho, que gustaba mucho cuando eran grandes las Formas; no porque no entendía no importaba para dejar de estar entero el Señor, aunque fuese muy pequeño pedacito. Díjome su Majestad: «No hayas miedo, hija, que nadie sea parte para quitarte de mí». Dando a entender, que no importaba. Entonces representóseme por visión imaginaria, como otras veces, muy en lo interior, y diome su mano derecha, y díjome: «Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy. Hasta ahora no lo habías merecido, de aquí adelante, no solo como de Criador, y como de Rey, y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía: mi honra es ya tuya, y la tuya mía». Hízome tanta operación esta merced, que no podía caber en mí, y quedé como desatinada, y dije al Señor: que o ensanchase mi bajeza, o no me hiciese tanta merced, porque cierto no me parecía lo podía sufrir el natural. Estuve así todo el día muy embebida. He sentido después gran provecho, y mayor confusión, y afligimiento de ver que no sirvo en nada tan grandes mercedes.

18. Estando en el monasterio de Toledo, y aconsejándome algunos, que no diese el enterramiento dél, a quien no fuese caballero, díjome el Señor: «Mucho te desatinará, hija, si ignoras las leyes del mundo. Pon los ojos en mí pobre, y despreciado dél: ¿por ventura serán los grandes del mundo, grandes delante de mí, o habéis vosotras de ser estimadas por linajes, o por virtudes?»

19. Un día me dijo el Señor: «Siempre deseas los trabajos, y por otra parte los rehúsas; yo dispongo las cosas conforme a lo que sé de tu voluntad, y no conforme a tu sensualidad, y flaqueza. Esfuézzate, pues ves lo que te ayudo: he querido que ganes tú esta corona; en tus días verás muy adelantada la Orden de la Virgen». Esto entendí del Señor mediado hebrero, año de 1571.

20. Estando en san José de Ávila, víspera de pascua del Espíritu Santo, en la ermita de Nazareth, considerando en una grandísima merced, que nuestro Señor me había hecho en tal día como éste, veinte años había, poco más, o menos, me comenzó un ímpetu, y hervor grande de espíritu, que me hizo suspender. En este gran recogimiento entendí de nuestro Señor lo que ahora diré: Que dijese a estos padres Descalzos de su parte, que procurasen guardar cuatro cosas, y que mientras las guardasen, siempre iría en más crecimiento esta religión, y cuando en ellas faltasen, entendiesen que iban menoscabando de su principio. La primera, que las cabezas estuviesen conformes. La segunda, que aunque tuviesen muchas casas, en cada una hubiese pocos frailes. La tercera, que tratasen poco con seglares, y esto para bien de sus almas. La cuarta, que enseñasen más con obras, que con palabras. Esto fue año de 1579. Y porque es gran verdad, lo firmé de mi nombre.
Teresa de Jesús.

Argumento general deste libro

Este libro trata de avisos y consejos que da la santa madre TERESA DE JESÚS a las hermanas religiosas, y hijas suyas, de los monasterios, que con el favor de nuestro Señor, y de la gloriosa Virgen Madre de Dios, Señora nuestra, ha fundado de la regla primera de nuestra Señora del Carmen. En especial le dirige a las hermanas del monasterio de san José de Ávila, que fue el primero, donde lo escribió a fines del año de MDLXIII o principios de LXIV.

Protestación

En todo lo que en él dijere, me sujeto a lo que tiene la santa Iglesia Romana; y si alguna cosa fuere contraria a esto, será por no lo entender. Y ansí los letrados que lo han de ver, pido por amor de nuestro Señor, que muy particularmente lo miren, y enmienden, si alguna falta en esto hubiere, y otras muchas que terná en otras cosas. Si algo hubiere bueno, sea para honra y gloria de Dios, y servicio de su sacratísima Madre, Patrona y Señora nuestra, cuyo hábito yo tengo, aunque harto indigna dél.

Teresa de Jesús.

Aunque en todas las impresiones que hasta ahora se han hecho se pone esta protestación, no se halla en los originales de la santa.

Prólogo

Sabiendo las hermanas de este monasterio de San José de Ávila, cómo tenía licencia del padre presentado fray Domingo Bañes, de la orden del glorioso santo Domingo (que al presente es mi confesor) para escribir algunas cosas de oración, en que parece podré atinar, por haber tratado con muchas personas espirituales, y santas, me han tanto importunado les diga algo della, que me he determinado a las obedecer. Viendo que el amor grande que me tienen, puede hacer más aceto lo imperfecto, por mal estilo que yo les dijere, que algunos libros que están muy bien escritos, de quien sabía lo que escribió. Yo confío en sus oraciones, que podrá ser por ellas el Señor se sirva acierte a decir algo de lo que al modo y manera de vivir que se lleva en esta casa conviene, y me lo dará para que se lo dé. Y si fuere mal acertado, el padre presentado que lo ha de ver primero, lo remediará, o lo quemará: y yo no habré perdido nada en obedecer a estas siervas de Dios, y verán lo que tengo de mí cuando su Majestad no me ayuda. Pienso poner algunos remedios para algunas tentaciones menudas que pone el demonio, (por serlo tanto, por ventura no hacen caso dellas) y otras cosas, como el Señor me diere a entender y se me fueren acordando; que como no sé lo que he de decir, no puedo decirlo con concierto. Y creo es lo mejor no le llevar, pues es cosa tan desconcertada hacer yo esto. El Señor ponga en todo lo que hiciere sus manos, para que vaya conforme a su voluntad, pues son éstos mis deseos siempre, aunque las obras tan faltas, como yo soy. Sé que no falta el amor, y deseo en mí, para ayudar en lo que

yo pudiere, para que las almas de mis hermanas vayan muy adelante en el servicio del Señor. Y este amor, junto con los años, y experiencia que tengo de algunos monasterios, podrá ser aproveche para atinar en cosas menudas más que los letrados, que por tener otras ocupaciones más importantes, y ser varones fuertes, no hacen tanto caso de cosas que en sí no parecen nada, y a cosa tan flaca como somos las mujeres, todo nos puede dañar; porque las sutilezas del demonio son muchas para las muy encerradas, que ven son menester armas nuevas para dañar. Y yo como ruin heme sabido mal defender, y ansí querría escarmentasen mis hermanas en mí. No diré cosas, que, o en mí, o por verlas en otras, no las tenga por experiencia. Pocos días ha me mandaron escribiese cierta relación de mi vida, a donde también traté algunas cosas de oración; podrá ser no quiera mi confesor le veáis por ahora, y por esto porné aquí alguna cosa de lo que allí va dicho, y otras que también me parecerán necesarias. El Señor lo ponga por su mano, como lo he suplicado, y lo ordene para su mayor gloria. Amén.

Capítulo primero

De la causa que me movió a hacer con tanta estrechura este monasterio

1. Al principio que se comenzó este monasterio a fundar, por las causas que en el libro que digo tengo escrito están dichas, con algunas grandezas del Señor, en que dio a entender se había mucho de servir en esta casa, no era mi intención hubiese tanta aspereza en lo exterior, ni que fuese sin renta, antes quisiera hubiera posibilidad para que no faltara nada. En fin, como flaca y ruin, aunque algunos buenos intentos llevaba más que mi regalo. En este tiempo vinieron a mi noticia los daños de Francia, y el estrago que habían hecho los luteranos, y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta. Diome gran fatiga, y como si yo pudiera algo o fuera algo, lloraba con el Señor, y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame, que mil vidas pusiera yo, para remedio de un alma, de las muchas que allí se perdían. Y como me vi mujer, y ruin, imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor (y toda mi ansia era, y aún es, que pues tiene tantos enemigos, y tan pocos amigos, que esos fuesen buenos) determiné hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos, con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mesmo, confiada en la gran bondad de Dios, que nunca falta de ayudar a quien por él se determina a dejarlo todo; y que siendo tales, cuales yo las pintaba en mis deseos, entre sus virtudes no tendrían fuerza mis faltas, y podría yo contentar en algo al Señor; y que todas ocupadas en oración, por los que son defenedores de la Iglesia, y predicadores, y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío, que tan apretado le traen a los que ha hecho tanto bien, que parece le querrían tomar ahora a la cruz estos traidores, y que no hubiese a donde reclinar la cabeza.

3. ¡Oh, Redentor mío, que no puede mi corazón llegar aquí sin fatigarse mucho! ¿Qué es esto ahora de los cristianos? ¿Siempre han de ser los que más os deben, los que os fatiguen? ¿A los que mejores obras

hacéis?, ¿a los que escogéis para vuestros amigos?, ¿entre los que andáis, y os comunicáis por los sacramentos? ¿No están hartos de los tormentos que por ellos habéis pasado? Por cierto, Señor mío, no hace nada quien ahora se aparta del mundo. Pues a vos os tienen tan poca ley, ¿qué esperamos nosotros? ¿Por ventura merecemos nosotros mejor nos la tengan? ¿Por ventura les hemos hecho mejores obras, para que nos guarden amistad? ¿Qué es esto? ¿Qué esperamos ya los que por la bondad del Señor estamos sin aquella roña pestilencial, que ya aquéllos son del demonio? Buen castigo han ganado por sus manos; y bien han granjeado con sus deleites fuego eterno. Allá se lo hayan, aunque no me deja de quebrar el corazón, ver tantas almas como se pierden. Mas del mal no tanto, querría no ver perder más cada día. Oh, hermanas mías en Cristo, ayudadme a suplicar esto al Señor, que para eso os juntó aquí: éste es vuestro llamamiento; éstos han de ser vuestros negocios; éstos han de ser vuestros deseos; aquí vuestras lágrimas; éstas vuestras peticiones. No, hermanas mías, por negocios acá del mundo, que yo me río, y aun me congojo de las cosas que aquí nos vienen a encargar supliquemos a Dios, de pedir a su Majestad rentas, y dineros, y algunas personas que querría yo suplicasen a Dios los repisasen todos ellos. Ellos buena intención tienen, y en fin se hace por ver su devoción, aunque tengo para mí que en estas cosas nunca me oye(25). Estase ardiendo el mundo: quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios: quieren poner su Iglesia por el suelo, y hemos de gastar tiempo en cosas, que por ventura si Dios se las diese, tendríamos un alma menos en el cielo. No, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia. Por cierto, que si no mirase a la flaqueza humana, que se consuela que las ayuden en todo (y es bien si fuésemos algo) que holgaría se entendiese, no son éstas las cosas que se han de suplicar a Dios en san José con tanto cuidado.

Capítulo II

Que trata cómo se han de descuidar de las necesidades corporales, y del bien que hay en la pobreza

1. No penséis, hermanas mías, que por no andar a contentar a los del mundo os ha de faltar de comer, yo os aseguro(26). Jamás por artificios humanos pretendáis sustentaros, que moriréis de hambre, y con razón. Los ojos en vuestro Esposo; él os ha de sustentar. Contento él, aunque no quieran, os darán de comer los menos vuestros devotos, como lo hemos visto por experiencia. Si haciendo vosotras esto muriéredes de hambre, bienaventuradas las monjas de san José. Esto no se os olvide por amor del Señor, pues dejáis la renta, dejad el cuidado de la comida, si no todo va perdido. Los que quiere el Señor que la tengan, tengan enhorabuena esos cuidados, que es mucha razón, pues es su llamamiento; mas nosotras, hermanas, es disbarate. Cuidado de rentas ajenas, me parece a mí sería estar pensando en lo que los otros gozan. Si que por vuestro cuidado no muda el otro su pensamiento, ni se le pone deseo de dar limosna. Dejad ese cuidado a quien los puede mover a todos, que es el Señor de las rentas, y de los renteros. Por su mandamiento venimos aquí; verdaderas son sus palabras, no pueden faltar, antes faltarán los cielos, y la tierra, no le

faltemos nosotras, que no hayáis miedo que falte: y si alguna vez os faltare, será para mayor bien, como faltaban las vidas a los santos, cuando los mataban para el Señor, y era para aumentarles la gloria por el martirio. Buen truco sería acabar presto con todo, y gozar de la hartura perdurable.

2. Mirá, hermanas, que va mucho en esto muerta yo, que para esto os lo dejo escrito, que mientras yo viviere os lo acordaré, que por experiencia veo la gran ganancia: cuando menos hay, más descuidada estoy. Y sabe el Señor, que a todo mi parecer, da más pena cuando mucho sobra, que cuando nos falta. No sé si lo hace como ya tengo visto, nos lo da luego el Señor. Sería engañar el mundo otra cosa, hacernos pobres no lo siendo de espíritu, sino en lo exterior. Conciencia se me haría, a manera de decir, y me parecería pedir limosna las ricas, y plega a Dios no sea así: que a donde hay estos cuidados demasiados, de que den, una vez, u otra se irán por la costumbre, podrían ir, y pedir lo que no han menester, por ventura a quien tiene más necesidad; y aunque ellos no pueden perder nada, sino ganar, nosotras perderíamos.

3. No plega a Dios, mis hijas, cuando esto hubiera de ser, más quisiera tuviérades renta. En ninguna manera se ocupe en esto el pensamiento, os pido por amor de Dios en limosna. Y la más chiquita, cuando esto entendiese alguna vez en esta casa, clame a su Majestad, y acuérdele a la mayor, con humildad le diga, que va errada; y valo tanto, que poco a poco se irá perdiendo la verdadera pobreza. Yo espero en el Señor no será así, ni dejará a sus siervas: y para esto, aunque no sea para más, aproveche esto que me habéis mandado escribir, por despertador. Y crean mis hijas, que para vuestro bien me ha dado el Señor un poquito a entender los bienes que hay en la santa pobreza, y las que lo probaren lo entenderán, quizá no tanto como yo, porque no sólo no había sido pobre de espíritu, aunque lo tenía profesado, sino loca de espíritu. Ello es un bien, que todos los bienes del mundo encierra en sí: es un señorío grande. Digo que es señorear todos los bienes dél otra vez, a quien no se le da nada dellos. ¿Qué se me da a mí de los reyes, y señores, si no quiero sus rentas, ni de tenerlos contentos, si un tantico se atraviesa haber de descontentar en algo por ellos a Dios? ¿Ni qué se me da de sus honras, si tengo entendido en lo que está ser muy honrado un pobre, que es en ser verdaderamente pobre? Tengo para mí, que honras, y dineros casi siempre andan juntos; y que quien quiere honra, no aborrece dineros; y que quien los aborrece, se le da poco de honra.

4. Entiéndase bien esto, que me parece, que esto de honra siempre trae consigo algún interés de rentas, y dineros, porque por maravilla hay honrado en el mundo si es pobre, antes aunque lo sea en sí, le tienen en poco. La verdadera pobreza trae una honra consigo, que no hay quien la sufra (la pobreza que es tomada por solo Dios digo) no ha menester contentar a nadie sino a él; y es cosa muy cierta, en no habiendo menester a nadie, tener muchos amigos. Yo lo tengo bien visto por experiencia; porque hay tanto escrito desta virtud, que no lo sabré yo entender, cuanto más decir: y por no la agraviar en loarla yo, no digo más en ella; sólo he dicho lo que he visto por experiencia. Y yo confieso, que he ido tan embebida, que no me he entendido hasta ahora. Mas pues está dicho, por amor del Señor, pues son nuestras armas la santa pobreza, y lo que al

principio de la fundación de nuestra Orden tanto se estimaba, y guardaba en nuestros santos padres (que me ha dicho quien lo sabe, que de un día para otro no guardaban nada) ya que en tanta perfección exterior no se guarde, en lo interior procuremos tenerla. Dos horas son de vida, grandísimo el premio: y cuando no hubiera ninguno, sino cumplir lo que nos aconsejó el Señor, era grande la paga imitar en algo a su Majestad.

5. Estas armas han de tener nuestras banderas, que de todas las maneras lo queramos guardar, en casa, en vestidos, en palabras, y mucho más en el pensamiento. Y mientras esto hicieren, no hayan miedo caya la religión desta casa, con el favor de Dios, que como decía santa Clara, grandes muros son los de la pobreza. Destos decía ella, y de humildad quería cercar sus monasterios: y a buen seguro si se guarda de verdad, que esté la honestidad, y todo lo demás fortalecido, mucho mejor, que con muy suntuosos edificios. Desto se guarden por amor de Dios, y por su sangre se lo pido yo: y si con conciencia puedo decir, que el día que tal hicieren, se torne a caer la casa, que las mate a todas, yendo con buena conciencia, lo digo, y lo suplicaré a Dios. Muy mal parece, hijas mías, de la hacienda de los pobrecitos se hagan grandes casas. No lo permita Dios, sino pobre en todo, y chica. Parezcámonos en algo a nuestro Rey, que no tuvo casa, sino en el portal de Belén, a donde nació, y la cruz a donde murió. Casas eran éstas a donde se podía tener poca recreación. ¡Oh los que las hacen grandes! Ellos se entenderán, llevan otros intentos santos; mas trece pobrecitas, cualquier rincón les basta. Si (porque es menester por el mucho encerramiento) tuvieren campo (y aun ayuda a la oración, y devoción) con algunas ermitas para apartarse a orar, enhorabuena; mas edificios, y casa grande, ni curioso nada, Dios nos libre. Siempre os acordá, se ha de caer todo el día del Juicio, ¿qué sabemos si será presto? Pues hacer mucho ruido al caerse casa de trece pobrecillas no es bien, que los pobres verdaderos no han de hacer ruido: gente sin ruido ha de ser, para que los hayan lástima. Y cómo se holgarán, si ven alguno por la limosna que les ha hecho, librarse del infierno, que todo es posible; porque están muy obligadas a rogar por ellos muy continamente, pues os dan de comer. Que también quiere el Señor, que aunque viene de su parte, que también le agradezcamos a las personas, por cuyo medio nos lo da: y desto no haya descuido. No sé lo que había comenzado a decir, que me he divertido, creo lo ha querido el Señor, porque nunca pensé escribir lo que aquí he dicho. Su Majestad nos tenga siempre de su mano, para que no se caya dello. Amén.

Capítulo III

Prosigue lo que en el primero comenzó a tratar, y persuade a las hermanas a que se ocupen siempre en suplicar a Dios favorezca a los que trabajan por la Iglesia: acaba con una exclamación

1. Tornando a lo principal, para lo que el Señor nos juntó en esta casa (y por lo que yo mucho deseo seamos algo, para que contentemos a su Majestad) digo, que viendo tan grandes males, que fuerzas humanas no bastan a atajar este fuego destos herejes, que va tan adelante, hame parecido es menester, como cuando los enemigos en tiempo de guerra han corrido toda la tierra, y viéndose el Señor della apretado, se recoge a

una ciudad, que hace muy bien fortalecer, y desde allí acaece algunas veces dar en los contrarios, y ser tales los que están en la ciudad, como es gente escogida, que pueden más ellos a solas, que con muchos soldados, si eran cobardes pudieron; y muchas veces se gana desta manera vitoria; al menos aunque no se gane, no los vencen, porque como no haya traidor, si no es por hambre, no los pueden ganar. Acá esta hambre no la puede haber, que baste a que se rindan: a morir sí, mas no a quedar vencidos. Mas ¿para qué he dicho esto? Para que entendáis, hermanas mías, que lo que hemos de pedir a Dios es, que en este castillo que hay ya de buenos cristianos, no se nos vaya ya ninguno con los contrarios: y a los capitanes deste castillo, o ciudad, los haga muy aventajados en el camino del Señor, que son los predicadores, y teólogos. Y pues los más están en las religiones, que vayan muy adelante en su perfección, y llamamiento, que es muy necesario, que ya como tengo dicho, nos ha de valer el brazo eclesiástico, y no el seglar. Y pues ni en lo uno, ni en lo otro valemos nada para ayudar a nuestro Rey, procuremos ser tales, que valgan nuestras oraciones para ayudar a estos siervos de Dios, que con tanto trabajo se han fortalecido con letras, y buena vida, y trabajado para ayudar ahora al Señor. Podrá ser digáis, ¿que para qué encarezco tanto esto, y digo hemos de ayudar a los que son mejores que nosotras? Yo os lo diré; porque aún no creo entendéis bien lo mucho que debéis al Señor en traeros a donde tan quitadas estáis de negocios, y ocasiones, y tratos. Es grandísima merced ésta, lo que no están los que digo, ni es bien que estén en estos tiempos, menos que en otros, porque han de ser los que esfuercen la gente flaca, y pongan ánimo a los pequeños. Buenos quedarían los soldados sin capitanes. Han de vivir entre los hombres, y tratar con los hombres, y estar en los palacios, y aun hacerse algunas veces con ellos en lo exterior.

2. ¿Pensáis, hijas mías, que es menester poco para tratar con el mundo, y vivir en el mundo, y tratar negocios del mundo, y hacerse como he dicho, a la conversación del mundo, y ser en lo interior extraños del mundo, y enemigos del mundo, y estar como quien está en destierro, y en fin no ser hombres, sino ángeles? Porque a no ser esto ansí, ni merecen nombre de capitanes, ni permita el Señor salgan de sus celdas, que más daño harán, que provecho: porque no es ahora tiempo de ver imperfecciones en los que han de enseñar: y si en lo interior no están fortalecidos en entender lo mucho que va en tenerlo todo debajo de los pies, y estar desasidos de las cosas que se acaban, y asidos a las eternas, por mucho que lo quieran encubrir, han de dar señal. Pues con quién lo han, sino con el mundo, no hayan miedo se lo perdone, ni que ninguna imperfección dejen de entender. Cosas buenas muchas se les pasarán por alto, y aun por ventura no las ternán por tales, mas mala, o imperfecta, no hayan miedo.

3. Ahora yo me espanto quien les muestra la perfección, no para guardarla (que desto ninguna obligación les parece tienen, harto les parece hacen si guardan razonablemente los mandamientos) sino para condenar; y a las veces lo que es virtud, les parece regalo. Ansí que no penséis es menester poco favor de Dios, para esta gran batalla a donde se meten, sino grandísimo. Para estas dos cosas os pido yo procuréis ser tales, que merezcamos alcanzarlas de Dios. La una, que haya muchos de los muy muchos letrados, y religiosos que hay, que tengan las partes que son menester para esto, como he dicho, y a los que no están muy dispuestos,

los disponga el Señor, que más hará uno perfecto, que muchos que no lo estén. La otra, que después de puestos en esta pelea (que como digo, no es pequeña) los tenga el Señor de su mano, para que puedan librarse de tantos peligros como hay en el mundo, y tapar los oídos en este peligroso mar del canto de las sirenas. Y si en esto podemos algo con Dios, estando encerradas peleamos por él, y daré yo por muy bien empleados los trabajos que he pasado por hacer este rincón, a donde también pretendí se guardase esta regla de nuestra Señora, y Emperadora, con la perfección que se comenzó. No os parezca inútil ser continua esta petición, porque hay algunas personas, que les parece recia cosa no rezar mucho por su alma: ¿y qué mejor oración que ésta? Si tenéis pena, porque no se os descontará la pena del purgatorio, también se os quitará por esta oración; y lo que más faltare, falte. ¿Qué va en que esté yo hasta el día del Juicio en el purgatorio, si por mi oración se salvase sola un alma, cuánto más el provecho de muchas, y la honra del Señor? De penas que se acaban no hagáis caso dellas, cuando interviniere algún servicio mayor al que tantas pasó por nosotros. Siempre os informá lo que es más perfecto, pues como os rogaré mucho, y daré las causas, siempre habéis de tratar con letrados. Ansí que os pido por amor del Señor, pidáis a su Majestad nos oya en esto. Yo, aunque miserable, lo pido a su Majestad, pues es para gloria suya, y bien de su Iglesia, que aquí van mis deseos.

4. Parece atrevimiento, pensar yo he de ser alguna parte para alcanzar esto. Confío yo, Señor mío, en estas siervas vuestras que aquí están, que veo, y sé no quieren otra cosa, ni la pretenden, sino contentaros. Por vos han dejado lo poco que tenían, y quisieran tener más para serviros con ello. Pues no sois vos, Criador mío, desagradecido, para que piense yo dejaréis de hacer lo que os suplican: ni aborrecistes, Señor, cuando andábades en el mundo las mujeres, antes las favorecistes siempre con mucha piedad. Cuando os pidiéremos honras, no nos oyáis, o rentas, o dineros, o cosa que sepa a mundo; mas para honra de vuestro Hijo, ¿por qué no nos habéis de oír, Padre eterno, a quien perdería mil honras, y mil vidas por vos? No por nosotras, Señor, que no lo merecemos, sino por la sangre de vuestro Hijo, y sus merecimientos. ¡Oh Padre eterno! Mira que no son de olvidar tantos azotes, e injurias, y tan gravísimos tormentos. Pues Criador mío, ¿cómo pueden sufrir unas entrañas tan amorosas como las vuestras, que lo que se hizo con tan ardiente amor de vuestro Hijo, y por más contentaros a vos, que mandastes nos amase, sea tenido en tan poco, como hoy día tienen esos herejes el santísimo Sacramento, que le quitan sus posadas, deshaciendo las iglesias? Si le faltara algo por hacer para contentaros, mas todo lo hizo cumplido. ¿No bastaba, Padre eterno, que no tuvo a donde reclinar la cabeza mientras vivió, y siempre en trabajos, sino que ahora las que tiene para convidar sus amigos, por vernos flacos, y saber que es menester, que los que han de trabajar, se sustenten de tal manjar, se las quiten? ¿Ya no había pagado bastantísimamente por el pecado de Adán? ¿Siempre que tornamos a pecar lo ha de pagar este amantísimo Cordero? No lo permitáis, Emperador mío, apláquese ya vuestra Majestad, no miréis a los pecados nuestros, sino a que nos redimió vuestro sacratísimo Hijo, y a los merecimientos suyos, y de su Madre gloriosa, y de tantos santos, y mártires, como han muerto por vos. ¡Ay dolor, Señor mío, y quién se ha atrevido a hacer esta petición en

nombre de todos! ¡Qué mala tercera, hijas mías, para ser oídas, y que echase por vosotras la petición! ¿Si ha de indignar más a este soberano juez verme tan atrevida? Y con razón, y justicia. Mas mirá, Señor, que ya sois Dios de misericordia, habedla desta pecadorcilla, gusanillo, que así se os atreve. Mirá, Dios mío, mis deseos, y las lágrimas con que esto os suplico, y olvidad mis obras, por quien vos sois, y habed lástima de tantas almas como se pierden, y favoreced vuestra Iglesia. No permitáis ya más daños en la cristiandad, Señor, dad ya luz a estas tinieblas.

5. Pídoos yo, hermanas mías, por amor del Señor, encomendéis a su Majestad esta pobrecilla, y le supliquéis la dé humildad, como cosa que tenéis obligación. No os encargo particularmente los reyes, y prelados de la Iglesia, en especial nuestro obispo, veo a las de ahora tan cuidadosas dello, que así me parece no es menester. Mas vengan las que vinieren, que teniendo santo prelado, lo serán las súbditas, y como cosa tan importante la poned siempre delante del Señor. Y cuando vuestras oraciones, y deseos, y disciplinas, y ayunos no se emplearen por esto que he dicho, pensad que no hacéis, ni cumplís el fin para que aquí os juntó el Señor.

Capítulo IV

En que persuade la guarda de la Regla, y de tres cosas importantes, para la vida espiritual. Declara la primera destas tres cosas, que es amor del prójimo, y lo que dañan amistades particulares

1. Ya hijas, habéis visto la gran empresa que pretendemos ganar: ¿qué tales habremos de ser, para que en los ojos de Dios, y del mundo no nos tengan por muy atrevidas? Está claro que hemos menester trabajar mucho; y ayuda mucho tener altos pensamientos, para que nos esforcemos a que lo sean las obras, pues con que procuremos guardar cumplidamente nuestra regla, y constituciones con gran cuidado, espero en el Señor admitirá nuestros ruegos. Que no os pido cosa nueva, hijas mías, sino que guardemos nuestra profesión, pues es nuestro llamamiento, y a lo que estamos obligadas, aunque de guardar a guardar va mucho.

2. Dice en la primera regla nuestra, que oremos sin cesar: con que se haga esto con todo el cuidado que pudiéremos, que es lo más importante, no se dejarán de cumplir los ayunos, disciplinas, y silencio que manda la Orden. Porque ya sabéis, que para ser la oración verdadera, se ha de ayudar con esto, que regalo, y oración no se compadecen. En esto de oración es lo que me habéis pedido diga alguna cosa, y lo dicho hasta ahora, para en pago de lo que dijere, os pido yo cumpláis, y leáis muchas veces de muy buena gana. Antes que diga de lo interior, que es la oración, diré algunas cosas que son necesarias tener las que pretenden llevar camino de oración, y tan necesarias, que con ellas sin ser muy contemplativas, podrán estar muy adelante en el servicio del Señor; y es imposible, si no las tienen, ser muy contemplativas, y cuando pensaren lo son, están muy engañadas. El Señor me dé el favor para ello, y me enseñe lo que tengo de decir, porque sea para su gloria. Amén.

3. No penséis, amigas, y hermanas mías, que serán muchas las cosas que os encargaré, porque plega al Señor hagamos las que nuestros santos padres ordenaron, y guardaron, que por este camino merecieron este nombre:

yerro sería buscar otro, ni deprenderle de nadie. Solas tres me extenderé en declarar, que son de la misma constitución, porque importa mucho entendamos lo muy mucho que nos va en guardarlas, para tener la paz, que tanto nos encomendó el Señor interior, y exteriormente. La una, es amor unas con otras. La otra, desasimiento de todo lo criado. La otra, verdadera humildad, que aunque la digo a la postre, es la principal, y las abraza todas. Quanto a la primera, que es amarnos mucho unas a otras, va muy mucho; porque no hay cosa enojosa que no se pase con facilidad en los que se aman, y recia ha de ser cuando dé enojo. Y si este mandamiento se guardase en el mundo, como se ha de guardar, creo aprovecharía mucho para guardar los demás, sino que por más, o por menos, nunca acabamos de guardarle con perfección.

4. Parece que lo demasiado entre nosotras, no puede ser malo, y trae tanto mal, y tantas imperfecciones consigo, que no creo lo creerán, sino los quien ha sido testigo de vista. Aquí hace el demonio muchos enredos, que en conciencias que tratan groseramente de contentar a Dios, se sienten poco, y les parece virtud; y las que tratan de perfección lo entienden mucho, porque poco a poco quita la fuerza a la voluntad, para que del todo se emplee en amar a Dios. Y en mujeres creo debe ser esto aún más que en hombres, y hace daños para la comunidad muy notorios; porque de aquí viene el no se amar tanto todas, el sentir el agravio que se hace a la amiga, el desear tener para regalarla, el buscar tiempo para hablarla, y muchas veces, más para decirle lo que la quiere, y otras cosas impertinentes, que lo que ama a Dios. Porque estas amistades grandes, pocas veces van ordenadas a ayudarse a amar a Dios, antes creo las hace comenzar el demonio, para comenzar bandos en las religiones; que cuando es para servir a su Majestad, luego se parece, que no va la voluntad con pasión, sino procurando ayuda para vencer otras pasiones. Y destas amistades querría yo muchas, donde hay gran convento, que en esta casa, que no son más de trece (ni lo han de ser) aquí todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar; y guárdense de estas particularidades, por amor del Señor, por santas que sean, que aun entre hermanos suele ser ponzoña, y ningún provecho en ello veo; y si son deudos, muy peor: es pestilencia. Y créanme, hermanas, que aunque os parezca, que éste es extremo, en él está gran perfección, y gran paz, y se quitan muchas ocasiones a las que no están muy fuertes: sino que si la voluntad se inclinare más a una, que a otra (que no podrá ser menos, que es natural, y muchas veces nos lleva a amar lo más ruin, si tiene más gracias de naturaleza) que nos vayamos mucho a la mano, a no nos dejar enseñorear de aquella afición.

5. Amemos las virtudes, y lo bueno interior, y siempre con estudio trayamos cuidado de apartarnos de hacer caso desto exterior. No consintamos, ¡oh hermanas!, que sea esclava de nadie nuestra voluntad, sino del que la compró por su sangre; miren, que sin entender cómo, se hallarán asidas, que no se puedan valer. ¡Oh váleme Dios! Las niñerías que vienen de aquí no tienen cuento; y porque son tan menudas, que sólo las que lo ven lo entenderán, y creerán, no hay para qué las decir aquí. Y porque no se entiendan tantas flaquezas de mujeres, y no deprendan las que no lo saben, no las quiero decir por menudo. Más cierto a mí me espantan algunas veces verlas, que yo por la bondad de Dios en este caso, jamás me

así mucho, mas como digo, vilo muchas veces, y en los más monasterios temo que pasa, porque en algunos lo he visto, y sé que para mucha religión, y perfección es malísima cosa en todas; y en las preladadas sería pestilencia, esto ya se ha dicho. Mas en atajar estas parcialidades es menester gran cuidado desde el principio que se comienza la amistad, y esto más con industria, y amor, que con rigor. Para remedio desto es gran cosa no estar juntas, sino las horas señaladas, ni hablarse conforme a la costumbre que ahora llevamos, que es no estar juntas, como manda la regla, sino cada una apartada en su celda. Líbrense en san José de tener casa de labor, porque aunque es loable costumbre, con más facilidad se guarda el silencio cada una por sí. Y acostumbrarse a soledad es gran cosa para la oración, y pues éste ha de ser el cimiento desta casa, es menester traer estudio en aficionarnos a lo que a esto más nos ayuda.

6. Tornando al amarnos unas a otras, parece cosa impertinente encomendarlo; porque ¿qué gente hay tan bruta, que tratándose siempre, y estando en compañía, y no habiendo de tener otras conversaciones, ni otros tratos, ni recreaciones con personas de fuera de casa, y creyendo las ama Dios, y ellas a él (pues por su Majestad lo dejan todo) que no cobre amor? En especial, que la virtud siempre convida a ser amada, y ésta con el favor de Dios (espero yo en su Majestad) siempre la habrá en las desta casa. Ansí que en esto no hay que encomendar mucho, a mi parecer, en cómo ha de ser este amarse, y qué cosa es amor virtuoso el que yo deseo haya aquí, y en qué veremos tenemos esta grandísima virtud (que es bien grande, pues nuestro Señor tanto nos la encomendó, y tan encargadamente a sus Apóstoles) desto querría yo ahora decir un poquito, conforme a mi rudeza. Y si en otros libros tan menudamente lo halláredes, no toméis nada de mí, que por ventura no sé lo que digo.

7. De dos maneras de amor es lo que trato, una es puro espiritual, porque ninguna cosa parece toca a la sensualidad, ni la ternura de nuestra naturaleza, de manera que quite su puridad. Otra es espiritual, y que junto con ella nuestra sensualidad, y flaqueza, y es buen amor, y que parece lícito, como el de los deudos, y amigos. Deste ya queda algo dicho. Del que es espiritual, sin que entrevenga pasión ninguna, quiero ahora hablar; porque en habiéndola va todo desconcertado este concierto, si con templanza, y discreción tratamos el amor que tengo dicho, va todo meritorio; porque lo que nos parece sensualidad se torna en virtud, sino que va entremetido, que a veces no hay quien lo entienda, en especial si es con algún confesor: que personas que tratan oración, si le ven santo, y las entiende la manera de proceder, tórnase mucho amor. Y aquí da el demonio gran batería de escrúpulos, que desasosiega el alma harto, que esto pretende él; en especial si el confesor la trae a más perfección, apriétala tanto, que le viene a dejar, y no la deja con uno, ni con otro.

8. Lo que en esto pueden hacer es, procurar no ocupar el pensamiento en si quieren, o no quieren, o no quieren, sino si quieren quieran, porque pues cobramos amor a quien nos hace algunos bienes al cuerpo, quien siempre procura, y trabaja de hacerlos al alma, ¿porqué no le hemos de querer? Antes tengo por gran principio de aprovechar mucho, tener amor al confesor, si es santo, y espiritual, y veo que pone mucho en aprovechar mi alma; porque es tal nuestra flaqueza, que algunas veces nos ayuda mucho para poner por obra cosa muy grandes en servicio de Dios. Si no es tal

como he dicho, aquí está el peligro, y puede hacer grandísimo daño entender el que le tienen voluntad, y en casas muy encerradas, mucho más que en otras. Y porque con dificultad se entenderá cuál es tan bueno, es menester gran cuidado, y aviso. Porque decir, que no entienda él que hay voluntad, y que no se lo digan, esto sería lo mejor; mas aprieta el demonio de arte, y no da ese lugar, porque todo cuanto tuviere que confesar le parecerá es aquello, y que está obligada a confesarlo. Por esto querría yo creyesen no es nada, ni hiciesen caso de ello. Lleven este aviso, si en el confesor entendieren que todas sus pláticas son para aprovechar su alma, y no le vieren, ni entendieren otra vanidad (que luego se entiende a quien no se quiere hacer boba) y le entendieron temeroso de Dios, por ninguna tentación que ellas tengan mucha afición se fatiguen, sino desprécienla, y aparten la vista della, que de qué el demonio se canse, se les quitará. Mas si en el confesor se entendiere va encaminado a alguna vanidad, todo lo tengan por sospechoso, y en ninguna manera, aunque sean pláticas buenas las que tengan con él, sino con brevedad confesarse, y concluir. Y lo mejor sería decir a la prelada, que no se halla bien su alma con él, y mudarle: esto es lo más acertado, si se puede hacer sin tocarle en la honra. En caso semejante, y otros que podría el demonio en cosas dificultosas enredar, y no se sabe qué consejo tomar, lo más acertado será procurar hablar a alguna persona que tenga letras (que habiendo necesidad, dase libertad para ello) y confesarse con él, y hacer lo que le dijere en el caso. Porque ya que no se pueda dejar de dar algún medio, podríase errar mucho. ¿Y cuántos yerros pasan en el mundo, por no hacer las cosas con consejo, en especial en lo que toca a dañar a nadie? Dejar de dar algún medio, no se sufre, porque cuando el demonio comienza por aquí, no es por poco, si no se ataja con brevedad. Y así lo que tengo dicho de procurar hablar con otro confesor, es lo más acertado, si hay disposición (y espero en el Señor sí habrá) y poner lo que pudieren en no tratar con él, aunque sientan la muerte. Miren que va mucho en esto, que es cosa peligrosa, y un infierno, y daño para todas. Y digo que no aguarden a entender mucho mal, sino que al principio le atajen por todas las vías que pudieren, y entendieren, con buena conciencia lo pueden hacer. Mas espero yo en el Señor no permitirá, que personas que han de tratar siempre en oración, puedan tener voluntad, sino a quien sea muy siervo de Dios, que esto es muy cierto, o lo es que no tienen oración, ni perfección, conforme a lo que aquí se pretende; porque si no ven que entiende su lenguaje, y es aficionado a hablar en Dios, no le podrán amar, porque no es su semejante. Si lo es, con las poquísimas ocasiones que aquí habrá, o será muy simple, o no querrá desasosegarse, y desasosegar las siervas de Dios. Ya que he comenzado a hablar en esto, que como he dicho, es todo, o el mayor daño que el demonio puede hacer a monasterios encerrados, y muy tardío en entenderse, y así se puede ir estragando la perfección sin saber por dónde; porque si éste quiere dar lugar a vanidad, por tenerla él, lo hace todo poco aun para las otras. Dios nos libre, por quien su Majestad es, de cosas semejantes. A todas las monjas bastan a turbar, porque sus conciencias les dice al contrario de lo que el confesor, y si las aprietan en que tengan uno solo, no saben qué hacer, ni cómo se sosegar: porque quien lo había de quietar, y remediar, es quien hace el daño. Hartas aflicciones destas debe haber en algunas partes,

háceme gran lástima; y ansí no os espantéis ponga mucho en daros a entender este peligro.

Capítulo V

Prosigue en los confesores, dice lo que importa sean letrados

1. No dé el Señor a probar a nadie en esta casa el trabajo que queda dicho, por quien su Majestad es, de verse alma, y cuerpo apretadas. ¡Oh que si la prelada está bien con el confesor, que ni a él della, ni a ella dél, no osan decir nada! Aquí verná la tentación de dejar de confesar pecados muy graves, por miedo las cuitadas de no estar en desasosiego. ¡Oh válame Dios!, qué daño puede hacer aquí el demonio, y qué caro les cuesta el negro apretamiento, y honra, que porque no tratan más de un confesor, piensan granjean gran cosa de religión, y honra del monasterio, y ordena por esta vía el demonio coger las almas, como no puede por otra. Si las tristes piden otro, luego parece va perdido el concierto de la religión; o que si no es de la Orden, aunque sea un santo, aun en tratar con él, les parece hacen afrenta a toda la Orden. Alabad mucho hijas a Dios por esta libertad que ahora tenéis, que aunque no ha de ser para con muchos, podéis tratar con algunos, aunque no sean los ordinarios confesores que os den luz para todo. Y esta misma libertad santa, pido yo por amor del Señor a la que estuviere por mayor, procure siempre con el obispo, o provincial, que sin los confesores ordinarios, procure algunas veces tratar ella, y todas, y comunicar sus almas con personas que tengan letras; en especial si los confesores no las tienen, por buenos que sean. Dios las libre, por espíritu que uno les parezca tenga (y en hecho de verdad le tenga) regirse en todo por él, si no es letrado. Son gran cosa letras para dar en todo luz. Será posible hallar lo uno, y lo otro junto en algunas personas: y mientras más merced el Señor os hiziere en la oración, es menester más ir bien fundadas sus obras, y oración.

2. Ya sabéis, que la primera piedra ha de ser buena conciencia, y con todas vuestras fuerzas libraros, aun de pecados veniales, y seguir lo más perfecto. Parecerá que esto cualquier confesor lo sabe, y es engaño. A mí me acaeció tratar con uno cosas de conciencia, que había oído todo el curso de teología, y me hizo harto daño en cosas que me decía no eran nada; y sé que no pretendía engañarme, ni tenía, para qué, sino que no supo más; y con otros dos, o tres sin éste me acaeció. Este tener verdadera luz para guardar la ley de Dios con perfección, es todo nuestro bien: sobre éste asienta bien la oración, sin este cimiento fuerte todo el edificio va falso: ansí que gente de espíritu, y letras han menester tratar. Si el confesor no pudieren lo tenga todo, a tiempo procurar otros; y si por ventura las ponen precepto, no se confiesen con otros, sin confesión traten su alma con personas semejantes a lo que he dicho. Atrévome más a decir, que aunque el confesor lo tenga todo, algunas veces se haga lo que digo, porque ya puede ser él engañe, y es bien no se engañen todas por él, procurando siempre no se haga cosa contra la obediencia, que medios hay para todo, y vale mucho un alma, para que procuren por todas maneras su bien, cuanto más las de muchas.

3. Todo esto que he dicho toca a la prelada, y ansí la torno a pedir,

que pues aquí no se pretende tener otra consolación, sino la del alma, procure en esto su consolación, que hay diferentes caminos por donde lleva Dios, y no por fuerza los sabrá todos un confesor; que yo aseguro no les falten personas santas que quieran tratarlas, y consolar sus almas, si ellas son las que han de ser, aunque seáis pobres; que el que las sustenta los cuerpos, despertará, y porná voluntad a quien con ella dé luz a sus almas, y remédiase este mal, que es el que más yo temo; que cuando el demonio tentase al confesor en engañarle en alguna doctrina, como vea trata otros, irase a la mano, y mirará mejor en todo lo que hace. Quitada esta entrada al demonio, yo espero en Dios no la terná en esta casa: y así pido por amor del Señor al obispo, o prelado que fuere que deje a las hermanas esta libertad, y que cuando las personas fueran tales, que tengan letras, y bondad (que luego se entiende en lugar tan chico como éste) no las quite, que algunas veces se confiesen con ellos, aunque haya confesores, que para muchas cosas sé que conviene, y que el daño que puede haber es ninguno, en comparación del grande, y disimulado, y casi sin remedio que hay en lo otro. Que esto tienen los monasterios, que el bien cáese presto, si con gran cuidado no se guarda, y el mal si una vez se comienza, es dificultosísimo de quitarse, y muy presto la costumbre se hace hábito de cosas imperfectas.

4. Esto que aquí he dicho, téngolo visto, y entendido, y tratado con personas doctas, y santas, que han mirado lo que más convenía a esta casa, para que la perfección della fuese adelante. Y entre los peligros (que en todo los hay mientras vivimos) éste hallaremos ser el menor, y que nunca haya vicario que tenga mano de entrar, y mandar, y salir, ni confesor que tenga esta libertad, sino que éstos sean para celar el recogimiento, y honestidad de la casa, y aprovechamiento interior, y exterior, para decirlo al prelado cuando hubiere falta; mas no que sea el superior. Y esto es lo que se hace ahora, y no sólo por mi parecer, porque el obispo que ahora tenemos, debajo de cuya obediencia estamos (que por causas muchas que hubo no se dio la obediencia a la Orden) que es persona amiga de toda religión, y santidad, gran siervo de Dios (llámase don Álvaro de Mendoza, de gran nobleza de linaje, y muy aficionado a favorecer esta casa de todas maneras) hizo juntar personas de letras, y espíritu, y experiencia para este punto, y se vino a determinar esto después de harta oración de muchas personas, y mía, aunque miserable. Razón será, que los prelados que vinieren se lleguen a este parecer, pues por tan buenos está determinado, y con hartas oraciones pedido al Señor alumbrase lo mejor, y a lo que se entiende hasta ahora, cierto esto lo es. El Señor sea servido llevarlo siempre adelante, como más sea para su gloria. Amén.

Capítulo VI

Torna a la materia que comenzó del amor perfecto

1. Harto me he divertido, mas importa tanto lo que queda dicho, que quien lo entendiere no me culpará. Tornemos ahora al amor que es bueno, y lícito que nos tengamos. Del que digo es puro espiritual, no sé si sé lo que me digo, al menos paréceme no es menester mucho hablar en él, porque le tienen pocas; a quien el Señor se le hubiere dado alábele mucho, porque

debe ser de grandísima perfección. En fin, quiero tratar algo dél, por ventura hará algún provecho, que poniéndonos delante de los ojos la virtud, aficionase a ella quien la desea, y pretende ganar. Plega a Dios yo sepa entenderle, cuantimás decirle, que ni creo sé cuál es espiritual, ni cuando se mezcla sensual, ni sé cómo me pongo a hablar en ello. Es como quien oye hablar desde lejos: que no entiende lo que dicen, así soy yo, que algunas veces no debo entender lo que digo, y quiere el Señor sea bien dicho: si otras fuere dislate, es lo más natural a mí no acertar en nada.

2. Paréceme ahora a mí, que cuando una persona allegándola Dios a claro conocimiento de lo que es el mundo, y que hay otro mundo, y la diferencia que hay de lo uno a lo otro, y que lo uno es eterno, y lo otro soñado, y qué cosa es amar al Criador, o a la criatura, (esto visto por experiencia, que es otro negocio, que sólo pensarlo, y creerlo) y ver, y probar qué se gana con lo uno, y se pierde con lo otro, y qué cosa es Criador, y qué cosa es criatura; y otras muchas cosas que el Señor enseña con verdad, y claridad, a quien se quiere dar a ser enseñado dél en la oración, o a quien su Majestad quiere; que aman muy diferentemente de los que no hemos llegado aquí. Podrá ser hermanas, que os parezca impertinente tratar en esto, y que digáis que estas cosas que he dicho todas las sabéis. Plega al Señor sea así, que lo sepáis de la manera que hace al caso, imprimiéndolo en las entrañas. Pues si lo sabéis, veréis que no miento en decir, que a quien el Señor llega aquí, tiene este amor. Son estas personas (las que Dios llega a este estado) almas generosas, almas reales. No se contentan con amar cosa tan ruin como estos cuerpos, por hermosos que sean, por muchas gracias que tengan, bien que aplace a la vista, y alaban al Criador; mas para detenerse en ello, no. Digo detenerse de manera, que por estas cosas les tengan amor, parecerles ya que aman cosa sin tomo, y que se ponen a querer sombra, correrse ían de sí mismos, y no ternían cara, sin gran afrenta suya, para decir a Dios que le aman.

3. Direisme: «esos tales no sabrán querer, ni pagar la voluntad que se les tuviere». Al menos dáseles poco de que se la tengan, y ya que de presto algunas veces el natural lleva a holgarse de ser amados, en tornando sobre sí, ven que es disbarate, si no son personas que han de aprovechar a su alma con doctrina, o con oración. Todas las otras voluntades les cansan, que entienden les hacen ningún provecho, y les podrían dañar: no porque las dejan de agradecer, y pagar con encomendarlos a Dios, tomándolo como cosa que echan cargo al Señor los que las aman, que entienden viene de allí. Porque en sí no les parece que hay que querer, y luego les parece las quieren, porque las quiere Dios, y dejan a su Majestad lo pague, y se lo suplican, y con esto quedan libres, y paréceles que no les toca. Y bien mirado, si no es con las personas que digo, que nos pueden hacer bien para ganar bienes perfectos, yo pienso algunas veces, cuán gran ceguedad se trae en este querer que nos quieran.

4. Ahora noten, que como en el amor, cuando de alguna persona le queremos, siempre pretendemos algún interese de provecho, y contento nuestro, y estas personas perfectas ya tienen debajo de los pies todos los bienes que en el mundo les pueden hacer, y los regalos, y los contentos, y están de suerte, que aunque ellas quieran, a manera de decir, no le pueden tener, que lo sea fuera de con Dios, y en tratar de Dios, no hallan qué provecho les pueda venir de ser amadas, y así no curan de serlo. Y como

se les representa esta verdad, de sí mismos se ríen de la pena, que algún tiempo les ha dado, si era pagada, o no su voluntad: que aunque sea buena la voluntad, luego nos es muy natural querer ser pagada. Venida a cobrar esta paga, es en pajas, que todo es aire, y sin tomo, que se lo lleva el viento; porque cuando mucho nos hayan querido, ¿qué es esto que nos queda? Ansí que si no es para provecho de su alma con las personas que tengo dichas, porque ven ser tal nuestro natural, que si no hay algún amor luego se cansa, no se les da más ser queridas, que no. Pareceros ha que estos tales no quieren a nadie, ni saben sino a Dios. Mucho más quieren, y con más verdadero amor, y más provechoso, y con más intensión; en fin es amor. Y estas tales almas son siempre aficionadas a dar mucho más, que no a recibir, y aún con el mesmo Criador les acaece eso. Esto digo, que merece este nombre de amor, que estoras aficiones bajas le tienen usurpado el nombre.

5. También os parecerá que si no aman por las cosas que ven, que ¿a qué se aficionan? Verdad es, que lo que ven aman, y a lo que oyen se aficionan; mas estas cosas que ven son estables. Luego éstos si aman, pasan por los cuerpos, y ponen los ojos en las almas, y miran si hay qué amar; y si no lo hay, y ven algún principio, o disposición, para que si cavan hallarán oro en esta mina; si la tienen amor no les duele el trabajo. Ninguna cosa se les pone delante, que de buena gana no la hiciesen por el bien de aquella alma, porque desean durar en amarla, y saben muy bien, que si no tiene bienes, y ama mucho a Dios, que es imposible. Y digo que es imposible, aunque más la obligue, y se muera queriéndola, y le haga todas las buenas obras que pueda, y tenga todas las gracias de naturaleza juntas, no terná fuerza la voluntad, ni la podrá hacer estar con asiento. Ya sabe, y tiene experiencia de lo que es todo; no le echarán dado falso. Ve que no son para en uno, y que es imposible durar el quererse el uno al otro; porque es amor que se ha de acabar con la vida, si el otro no va guardando la ley de Dios, y entiende que no le ama, y que han de ir a diferentes partes. Y este amor, que sólo acá dura, alma destas, a quien el Señor ha infundido verdadera sabiduría, no le estima en más de lo que vale, ni en tanto; porque para los que gustan de gustar de cosas del mundo, deleites, honras, y riquezas, algo valdrá, si es rico, o tiene partes para dar pasatiempo, y recreación; mas quien todo esto aborrece, ya poco o nada se le dará de aquello. Ahora, pues aquí si tiene amor, es la pasión para hacer esta alma ame a Dios, para ser amada dél (porque como digo, sabe que no ha de durar en quererla de otra manera, y que es amor muy a su costa) no deja de poner todo lo que puede, porque se aproveche; perdería mil vidas por un pequeño bien suyo. ¡Oh precioso amor, que va imitando al capitán del amor Jesús nuestro bien!

Capítulo VII

En que trata de la mesma materia de amor espiritual, y da algunos avisos para ganarle

1. Es cosa extraña, ¡qué apasionado amor es éste! ¡Qué de lágrimas cuestas! ¡Qué de penitencias, y oración! ¡Qué cuidado de encomendar a todos los que piensa le ha de aprovechar con Dios, para que se le

encomiende! ¡Qué deseo ordinario, un no traer contento, si no le ve aprovechar! Pues si le parece está mejorado, y le ve que torna algo atrás, no parece ha de tener placer en su vida; ni come, ni duerme, sino con este cuidado, siempre temerosa, si alma que tanto quiere se ha de perder, y si se han de apartar para siempre (que la muerte de acá no la tiene en nada) que no quiere asirse a cosa que en un soplo se le va de entre las manos, sin poderla asir. Es, como he dicho, amor sin poco, ni mucho de interese propio: todo lo que desea, y quiere, es ver rica aquella alma de bienes del cielo. Ésta sí es voluntad, y no estos quererres de por acá desastrados, aun no digo los malos, que de esos Dios nos libre: en cosa que es infierno no hay que nos cansar en decir mal, que no se puede encarecer el menor mal dél. Éste no hay para qué tomarle nosotras hermanas en la boca, ni pensar le hay en el mundo, ni en burlas, ni en veras oírle, ni consentir que delante de vosotras se trate, ni cuente de semejantes voluntades. Para ninguna cosa es bueno, y podría dañar aun oírlo; sino destotros lícitos, como he dicho, que nos tenemos unas a otras, y se tienen los deudos, y amigos. Toda la voluntad es, que no se nos muera: si le duele la cabeza, parece nos duele el alma. Si los vemos con trabajos, no queda, como dicen, paciencia; todo desta manera. Estotra voluntad no es así, aunque con la flaqueza natural se sienta algo de presto, luego la razón mira si es bien para aquel alma, si se enriquece más en virtud, y cómo lo lleva, el rogar a Dios la dé paciencia, y merezca en los trabajos. Si ve que la tiene, ninguna pena siente, antes se alegra, y consuela, bien que lo pasaría de mejor gana, que vérselo pasar, si el mérito, y ganancia que hay en padecer pudiese todo dárselo, mas no para que se inquiete, ni desasosiegue.

2. Torno otra vez a decir, que se parece va imitando este amor al que nos tuvo el buen amador Jesús, y así aprovechan tanto, porque es abrazar todos los trabajos, y que los otros sin trabajar se aprovechasen dellos. Así ganan muy mucho los que tienen su amistad, y crean que o los dejarán de tratar con particular amistad; digo, o acabarán con nuestro Señor, que vayan por su camino, pues van a una tierra, como hizo santa Mónica con san Agustín. No les sufre el corazón tratar con ellos doblez, ni verles falta, si piensan les ha de aprovechar. Y ninguna vez se les acuerda desto, con el deseo que tienen de verlos muy ricos, que no se lo digan. ¿Qué rodeos traen por esto con andar descuidados de todo el mundo? No pueden consigo acabar otra cosa, ni tratan de lisonja con ellos, ni de disimularles nada. O ellos se enmendarán, o se apartarán de la amistad, porque no podrán sufrirlo, ni es de sufrir; para el uno, y para el otro es continua guerra, con andar descuidados de todo el mundo, y no trayendo cuenta si sirven a Dios, o no, porque sólo consigo mismo la tienen, con sus amigos no hay poder hacer esto, ni se les encubre cosa; las motitas ven: digo, que traen bien pesada cruz. ¡Oh dichosas almas, que son amadas de las tales! ¡Dichoso el día, en que las conocieron!

3. ¡Oh Señor mío! ¿No me haríades merced, que hubiese muchos que así me amasen? Por cierto, Señor, de mejor gana lo procuraría, que ser amada de todos los reyes, y señores del mundo; y con razón, pues éstos nos procuran, por cuantas vías pueden, hacer tales, que señoreemos el mismo mundo, y que no estén sujetas todas las cosas dél. Cuando alguna persona semejante conociéredes, hermanas, con todas diligencias que pudiere la

madre procure trate con vosotras. Quered cuanto quisiéredes a los tales, mientras fueren tales: pocos debe de haber, mas no deja el Señor de querer se entienda, cuando alguno hay que llegue a la perfección: luego os dirán, que no es menester, que basta tener a Dios. Buen medio es para tener a Dios, tratar con sus amigos: siempre se saca gran ganancia, yo lo sé por experiencia; y que después del Señor, si no estoy en el infierno, es por personas semejantes, que siempre fui muy aficionada me encomendasen a Dios, y así lo procuraba. Mas tornemos a lo que íbamos.

4. Esta manera de amar es la que yo querría tuviésemos nosotras. Aunque a los principios no sea tan perfecta, el Señor la irá perfeccionando. Comencemos en los medios, que aunque lleve algo de ternura, no dañará, como sea en general: es bueno, y necesario algunas veces mostrar ternura en la voluntad, y aun tenerla, y sentir algunos trabajos, y enfermedades de las hermanas, aunque sean pequeños. Que algunas veces acaece dar una cosa muy liviana tan gran pena, como a otra daría un gran trabajo, y a personas que tienen de natural apretado, darle han mucho pocas cosas; si vos le tenéis al contrario, no os dejéis de compadecer; y no se espanten, que el demonio por ventura puso allí todo su poder con más fuerza, que para vos sintiéseis las penas, y trabajos grandes. Y por ventura quiere nuestro Señor reservarnos destas penas, y las ternemos en otras cosas, y de las que para nosotras son graves, aunque de suyo lo sean, para la otra serán leves.

5. Así que estas cosas no juzguemos por nosotras, ni nos consideremos en el tiempo, que por ventura sin trabajo nuestro el Señor nos ha hecho más fuertes, si no considerémonos en el tiempo que hemos estado más flacas. Mirad qué importa este aviso para sabernos condoler de los trabajos de los prójimos, por pequeños que sean, en especial a almas de las que quedan dichas: que ya éstas, como desean los trabajos, todo se les hace poco, y es muy necesario traer cuidado de mirarse cuando era flaca, y ver que si no lo es, no viene della; porque podría por aquí el demonio ir enfriando la caridad con los prójimos, y hacernos entender es perfección lo que es falta. En todo es menester cuidado, y andar despiertas, pues él no duerme, y en los que van en más perfección, más, porque son muy más disimuladas las tentaciones, que no se atreve a otra cosa, que no parece se entiende el daño, hasta que está ya hecho, si como digo, no se trae cuidado.

6. En fin, que es menester siempre velar, y orar, que no hay mejor remedio para descubrir estas cosas ocultas del demonio, y hacerle dar señal, que la oración. Procurar también holgaros con las hermanas cuando tienen recreación con necesidad della, y el rato que es de costumbre, aunque no sea a vuestro gusto; que yendo con consideración, todo es amor perfecto. Y es así, que queriendo tratar del que no es tanto, que no hallo camino en esta casa, para que parezca entre nosotras, será bien tenerle; porque si por bien es, como digo, todo se ha de volver a su principio, que es el amor que queda dicho. Pensé decir mucho destotro, y venido a adelgazar, no me parece se sufre aquí en el modo que llevamos, y por eso lo quiero dejar en lo dicho, que espero en Dios, aunque no sea con toda perfección, no habrá en esta casa disposición para que haya otra manera de amarnos. Así que es muy bien las unas se apiaden de las necesidades de las otras, miren no sea con falta de discreción, que sea

contra la obediencia. Aunque le parezca áspero dentro de sí, lo que mandare la prelada, no lo muestre, ni dé a entender a nadie, si no fuere a la misma priora, con humildad, que haréis mucho daño. Y sabé entender cuáles son las cosas que se han de sentir, y apiadar de las hermanas, y siempre sientan mucho cualquiera falta, si es notoria, que veáis en la hermana: y aquí se muestra, y ejercita bien el amor en saberla sufrir, y no se espantar della, que así harán las otras las que vos tuviéredes, que aun de las que no entendéis, deben ser muchas más, y encomendarla mucho a Dios, y procurar hacer vos con gran perfección la virtud contraria de la falta que os parece en la otra: esforzaros a esto, para que enseñéis a aquélla por obra, lo que por palabra por ventura no lo entenderá, ni le aprovechará, ni castigo.

7. Y esto de hacer una lo que ve resplandecer de virtud en otra, se pega mucho. Éste es buen aviso, no se olvide. ¡Oh qué bueno, y verdadero amor será el de la hermana que puede aprovechar a todas, dejando su provecho por el de las otras, ir muy adelante en todas las virtudes, y guardar con gran perfección su regla! Mejor amistad será ésta, que todas las ternuras que se pueden decir: que éstas no se usan, ni se han de usar en esta casa, tal como mi vida, mi alma, mi bien, y otras cosas semejantes, que a las unas llaman uno, y a las otras otro. Estas palabras regaladas déjenlas para su Esposo, pues tanto han de estar con él, y tan a solas, que de todo se habrán menester aprovechar, pues su Majestad lo sufre, y muy usadas acá, no enternecen tanto con el Señor, y sin esto no hay para qué. Es muy de mujeres, y no querría yo hijas mías lo fuésedes en nada, ni lo pareciédes, sino varones fuertes; que si ellas hacen lo que es en sí, el Señor les hará tan varoniles, que espanten a los hombres: y qué fácil es a su Majestad, pues nos hizo de nada.

8. Es también muy buena muestra de amor en procurar quitarlas de trabajo, y tomarle ella para sí en los oficios de casa, y también de holgarse, y alabar mucho al Señor del acrecentamiento que viere en sus virtudes. Todas estas cosas, dejado el bien que traen consigo, ayudan mucho a la paz, y conformidad de unas con otras, como ahora lo vemos por experiencia por la bondad de Dios. Plega a su Majestad llevarlo siempre adelante, porque sería cosa terrible ser al contrario, y muy recio de sufrir, pocas, y mal avenidas. No lo permita Dios. Mas, o se ha de perder todo el bien que va principiado por manos del Señor, o no habrá tan gran mal. Si por dicha alguna palabrilla de presto se atravesare, remédiese luego, y hagan grande oración; y en cualquiera destas cosas, que dure, o bandillos, o deseo de ser más, o puntito de honra (que parece se me hiela la sangre cuando esto escribo, de pensar que puede en algún tiempo venir a ser, porque veo es el principal mal de los monasterios) cuando esto hubiese, dense por perdidas; piensen, y crean haber echado a su Esposo de casa, y que en cierta manera le necesitan ir a buscar otra posada, pues le echan de su casa propia. Clamen a su Majestad, procuren remedio, porque si no le pone el confesar, y comulgar tan a menudo, teman si hay algún Judas. Mire mucho la priora, por amor de Dios, en no dar lugar a esto, atajando mucho los principios, que aquí está todo el daño, o remedio: y la que entendiere lo alborota, procuren se vaya a otro monasterio, que Dios la dará con qué la doten. Echen de sí esta pestilencia; corten como pudieren las ramas, o si no bastare, arranquen la raíz. Y cuando no pudiesen esto,

no salga de una cárcel quien destas cosas tratare, mucho más vale, antes que pegue a todas tan incurable pestilencia. ¡Oh que es gran mal! ¡Dios nos libre de monasterio donde entra! Yo más querría entrarse en éste un fuego que nos abrasase a todas. Porque en otra parte creo diré algo más desto, como en cosa que nos va tanto, no me alargó más aquí, sino que quiero más que se quieran, y amen tiernamente, y con regalo, aunque no sea tan perfecto, como el amor que queda dicho, como sea en general, que no que haya punto de discordia. No lo permita en Señor, por quien su Majestad es. Amén. Suplico a nuestro Señor, y pídanse mucho, hermanas, que nos libre de esta inquietud, que de su mano ha de venir.

Capítulo VIII

Trata del gran bien que es desasirse de todo lo criado, interior, y exteriormente

1. Ahora vengamos al desasimiento que hemos de tener, porque en esto está el todo, si va con perfección. Aquí digo está el todo, porque abrazándonos con solo el Criador, y no se nos dando nada por todo lo criado, su Majestad infunde las virtudes, de manera, que trabajando nosotras poco a poco lo que es en nosotras, no ternemos mucho más que pelear, que el Señor toma la mano contra los demonios, y contra todo el mundo en nuestra defensa. ¿Pensáis, hermanas, que es poco bien, procurar este bien de darnos todas a él todo, sin hacernos partes, pues en él están todos los bienes, como digo? Alabémosle mucho, hermanas, que nos juntó aquí, donde no se trata de otra cosa sino esto; y así no sé para qué lo digo, pues todas las que aquí estáis me podéis enseñar a mí, que confieso en este caso tan importante no tener la perfección, como la deseo, y entiendo conviene. De todas las virtudes, y de lo que aquí va, digo lo mismo, que es más fácil de escribir, que de obrar: y aun a esto no atinara, porque algunas veces consiste en experiencia el saberlo decir, y así si en algo acierto, debo de atinar por el contrario destas virtudes que he tenido. Cuanto a lo exterior, ya se ve cuán apartadas estamos aquí de todo. Parece nos quiere el Señor apartar de todo a las que aquí nos trajo, para llegarnos más sin embarazo su Majestad a sí. ¡Oh Criador, y Señor mío! ¿Cuándo merecí yo tan gran dignidad, que parece habéis andado rodeando cómo os llegar más a nosotras? Plega a vuestra bondad no lo perdamos por nuestra culpa. ¡Oh hermanas mías!, entended por amor de Dios la gran merced que el Señor ha hecho a las que trajo aquí, y cada una lo piense bien en sí, pues en solas doce quiso su Majestad fuédeses una. Y qué dellas, qué multitud dellas mejores que yo sé que tomaran este lugar de buena gana, diómele el Señor a mí, mereciéndole tan mal. Bendito seáis vos mi Dios, y alaben os los ángeles, y todo lo criado, que esta merced tampoco se puede servir, como otras muchas que me habéis hecho, que darne estado de monja fue grandísima, y como lo he sido tan ruin, no os fiasteis Señor de mí; porque a donde había muchas buenas juntas, no se echara de ver así mi ruindad, hasta que me acabara la vida, y yo la encubriera, como hice muchos años. Mas vos, Señor, trajístesme a donde por ser tan pocas, parece imposible dejarse de entender, y porque ande con más cuidado, quitaisme todas las ocasiones. Ya no hay disculpa para mí, Señor,

yo lo confieso, y así he más menester vuestra misericordia, para que perdonéis lo que tuviere.

2. Lo que os pido mucho es, que la que viere en sí que no es para llevar lo que aquí se acostumbra, lo diga antes que profese. Otros monasterios hay a donde se sirve al Señor, no turben estas poquitas que aquí su Majestad ha juntado: en otras partes hay libertad para consolarse con deudos, aquí si alguno se admite, es para consuelo de ellos mismos. La monja que desee ver deudos para su consuelo, y no se cansare a la segunda vez, si no son espirituales, téngase por imperfecta; crea que no está desasida, no está sana, no terná libertad de espíritu, no terná entera paz, menester ha médico. Y digo, que si no se le quita, y sana, que no es para esta casa. El remedio que veo mejor es, no los ver hasta que se vea libre, y lo alcance del Señor con mucha oración. Cuando se vea de manera, que lo tome por cruz, véalos alguna vez enhorabuena, para aprovecharlos en algo, que cierto los aprovechará, y no hará daño a sí. Mas si les tiene amor, si le duelen mucho sus penas, y escucha sus sucesos del mundo de buena gana, crea que a sí se dañará, y a ellos no les hará ningún provecho.

Capítulo IX

Que trata del gran bien que hay en huir los deudos, los que han dejado el mundo, y cuán verdaderos amigos hallan

1. ¡Oh si entendiésemos las religiosas el daño que nos viene de tratar mucho con deudos, cómo huiríamos de ellos! Yo no entiendo, qué consolación es ésta que dan, aun dejado lo que toca a Dios, sino solo para nuestro sosiego, y descanso. Que de sus recreaciones no podemos, ni es lícito gozar: sentir su trabajo sí. Ninguno dejamos de llorar, y algunas veces más que los mismos. A osadas, que si algún regalo hacen al cuerpo, que lo paga bien el espíritu. Deso estáis aquí bien quitadas que como todo es común, y ninguna puede tener regalo particular, ansí la limosna que las hacen es general, y queda libre de contentarlos por esto, que ya sabe que el Señor las ha de proveer por junto.

2. Espantada estoy el daño que hace tratarlos, no creo lo creerá, sino quien lo tuviere por experiencia; y qué olvidada parece que está el día de hoy en las religiones, o al menos en las más, esta perfección. No sé yo qué es lo que dejamos del mundo, las que decimos, que todo lo dejamos por Dios, si no nos apartamos de lo principal, que son los parientes. Viene ya la cosa a estado, que tienen por falta de virtud, no querer, y tratar mucho los religiosos a sus deudos; y como que lo dicen ellos, y alegan sus razones. En esta casa, hijas mías, mucho cuidado de encomendarlos a Dios (después de lo dicho, que toca a su iglesia) que es razón; en lo demás apartarlos de la memoria lo más que podamos, porque es cosa natural asirse a ellos nuestra voluntad más que a otras personas. Yo he sido querida mucho dellos, a lo que decían, y yo los quería tanto, que no los dejaba olvidarme: y tengo por experiencia en mí, y en otras, que dejados padres, que por maravilla dejan de hacer por los hijos (y es razón con ellos, cuando tuvieren necesidad de consuelo, si viéremos que no nos hace daño a lo principal, no seamos extrañas, que con desasimiento se puede hacer, y

con hermanos) en lo demás, aunque me he visto en trabajos, mis deudos han sido quien menos me han ayudado en ellos; y quien me ha ayudado en ellos han sido los siervos de Dios.

3. Creedme, hermanas, que sirviéndole vosotras, como debéis, que no hallaréis mejores deudos, que los que su Majestad os enviare. Yo sé que es así, y puestas en esto, como lo vais entendiendo, que en hacer otra cosa faltáis al verdadero amigo, y Esposo vuestro, creed que muy en breve ganaréis esta libertad, y que de los que por sólo él os quisieren, podéis fiar más que de todos vuestros deudos, y que no os faltarán, y en quien no penséis hallaréis padres, y hermanos. Porque como éstos pretenden la paga de Dios, hacen por nosotras: los que la pretenden de nosotras, como nos ven pobres, y que en nada les podemos aprovechar, cánsanse presto, que aunque esto no sea en general, es lo más usado en el mundo, porque en fin es mundo. Quien os dijere otra cosa, y que es virtud hacerla, no los creáis, que si dijese todo el daño que traen consigo, me había de alargar mucho. Y porque otros que saben lo que dicen mejor, han escrito en esto, baste lo dicho. Parece, que pues con ser tan imperfecta lo he entendido tanto, ¿qué harán los que son perfectos? Todo este decimos, que huyamos del mundo, que nos aconsejan los santos, claro está que es bueno. Pues creed, que como he dicho, lo que más se apega dél, son los deudos, y lo más malo de desapegar.

4. Por eso hacen bien los que huyen de sus tierras, si les vale digo, que no creo va en huir el cuerpo, sino en que determinadamente se abraze el alma con el buen Jesús, Señor nuestro, que como allí lo halla todo, lo olvida todo. Aunque ayuda es muy grande apartarnos, hasta que ya tengamos conocida esta verdad, que después podrá ser que quiera el Señor, por darnos cruz en lo que solíamos tener gusto, que tratemos con ellos.

Capítulo X

Trata cómo no basta desasirse de lo dicho, si no nos desasimos de nosotras mismas, y cómo están juntas esta virtud, y la humildad

1. Desasiéndonos del mundo, y deudos, y encerradas aquí con las condiciones que están dichas, ya parece que lo tenemos todo hecho, y que no hay que pelear con nada. ¡Oh hermanas mías!, no os aseguréis, ni os echéis a dormir, que será como el que se acuesta muy sosegado, habiendo muy bien cerrado sus puertas por miedo de ladrones, y se los deja en casa. Ya sabéis, que no hay peor ladrón, que el de casa, pues quedamos nosotras mismas, que si no se anda con gran cuidado, y cada una (como en negocio más importante que todos) no mira mucho en andar contradiciendo su voluntad, hay muchas cosas para quitar esta santa libertad de espíritu que pueda volar a su Hacedor, sin ir cargada de tierra, y de plomo.

2. Grande remedio es para esto, traer muy continuo en el pensamiento la vanidad que es todo, y cuán presto se acaba, para quitar las aficiones de las cosas que son tan baladíes, y ponerla en lo que nunca se acaba (que aunque parece flaco medio, viene a fortalecer mucho al alma) y en las muy pequeñas cosas traer gran cuidado, en aficionándonos a alguna, procurar apartar el pensamiento della, y volverle a Dios, y su Majestad ayuda; y hanos hecho gran merced, que en esta casa lo más está hecho. Puesto que

este apartarnos de nosotras mismas, y ser contra nosotras, es recia cosa, porque estamos muy juntas, y nos amamos mucho, aquí puede entrar la verdadera humildad; porque esta virtud, y estotra, paréceme que andan siempre juntas, y son dos hermanas, que no hay para qué las apartar. No son éstos los deudos de que yo aviso se aparten, sino que los abracen, y los amen, y nunca se vean sin ellos.

3. ¡Oh soberanas virtudes, señoras de todo lo criado, emperadoras del mundo, libradoras de todos los lazos, y enredos que pone el demonio, tan amadas de nuestro enseñador Jesucristo! Quien las tuviere, bien puede salir, y pelear con todo el infierno junto, y contra todo el mundo, y sus ocasiones: no haya miedo de nadie, que suyo es el reino de los cielos: no tiene a quien temer, porque nada se le da de perderlo todo, ni lo tiene por pérdida: sólo teme descontentar a su Dios, y suplícale las sustente en ellas, porque no las pierda por su culpa. Verdad es, que estas virtudes tienen tal propiedad, que se esconden de quien las posee, de manera que nunca las ve, ni acaba de creer que tiene ninguna, aunque se lo digan; mas tiénelas en tanto, que siempre anda procurando tenerlas, y valas perfeccionando en sí más; aunque bien se señalan los que las tienen; luego se da a entender a los que los tratan, sin querer ellos.

4. Mas ¡qué desatino ponerme yo a loar humildad, y mortificación, estando tan loadas del rey de la gloria, y tan confirmadas con tantos trabajos suyos! Pues hijas mías, aquí es el trabajar por salir de tierra de Egipto, que en hallándolas, hallaréis el maná: todas las cosas os sabrán bien, por mal sabor que al gusto de los del mundo tengan, se os harán dulces. Ahora pues, lo primero que hemos de procurar, es quitar de nosotras el amor deste cuerpo, que somos algunas tan regaladas de nuestro natural, que no hay poco que hacer aquí, y tan amigas de nuestra salud, que es cosa para alabar a Dios la guerra que dan, a monjas en especial, y aun a las que no lo son, estas dos cosas. Mas algunas monjas no parece que venimos a otra cosa al monasterio, sino a procurar no morirnos: cada una lo procura como puede. Aquí a la verdad poco lugar hay deso con la obra, mas no querría yo hubiese el deseo. Determinaos, hermanas, que venís a morir por Cristo, y no a regalaros por Cristo, que esto pone el demonio ser menester para llevar, y guardar la Orden, y tanto enhorabuena se quiere guardar la Orden con procurar la salud para guardarla, y conservarla, que se muere sin cumplirla enteramente un mes, ni por ventura un día. Pues no sé yo a qué venimos, no hayan miedo nos falte discreción en este caso por maravilla, que luego temen los confesores, que nos hemos de matar con penitencias, y es tan aborrecida de nosotras esta falta de discreción, que así lo cumpliésemos todo.

5. A las que lo hicieren al contrario, sé que no se les dará nada de que diga esto, ni a mí de que digan, que juzgo por mí, que dicen verdad: creo, y selo cierto. Tengo para mí que así quiere el Señor seamos más enfermas: al menos a mí hízome el Señor gran misericordia en serlo, porque como me había de regalar así como así, quiso que fuese con causa, pues es cosa donosa las que andan con este tormento, que ellas mismas se dan. Algunas veces dales un frenesí de hacer penitencias sin camino, ni concierto, que duran dos días, a manera de decir: después pónelos el demonio en la imaginación, que les hizo daño, y que nunca más penitencia, ni la que manda la Orden, que ya lo probaron. No guardamos unas cosas muy

bajas de la regla, como es el silencio, que no nos ha de hacer mal, y no nos ha venido a la imaginación que nos duele la cabeza, cuando dejamos de ir al coro, que tampoco nos mata. Un día, porque nos dolió; y otro porque no nos ha dolido; y otros tres, porque no nos duela, y queremos inventar y queremos inventar penitencias de nuestra cabeza, para que no podamos hacer lo uno, ni lo otro; y a las veces es poco el mal, y nos parece que no estamos obligadas a hacer nada, que con pedir licencia cumplimos.

6. Diréis, que ¿por qué la da la priora? A saber lo interior, por ventura no lo haría; mas como le hacéis información de necesidad, y no falta un médico que ayuda por la misma que vos le hacéis, y una amiga, o parienta que llore al lado, aunque la pobre priora alguna vez ve que es demasiado, ¿qué ha de hacer? Queda con escrúpulo si falta en la caridad; quiere más que faltéis vos que ella, y no le parece justo juzgaros mal. ¡Oh este quejar, válame Dios, entre monjas, él me perdone, que temo es ya costumbre! Éstas son cosas que puede ser que pasen alguna vez, y porque os guardéis dellas, las pongo aquí, porque si el demonio nos comienza a amedrentar con que nos faltará la salud, nunca haremos nada. El Señor nos dé luz para acertar en todo. Amén.

Capítulo XI

Prosigue en la mortificación, y dice la que se ha de adquirir en las enfermedades

1. Cosa imperfectísima me parece, hermanas mías, este quejarnos siempre con livianos males; si podéis sufrirlo, no lo hagáis. Cuando es grave el mal, él mismo se queja, es otro quejido, y luego se parece. Mirad que sois pocas, y si una tiene esta costumbre, es para traer fatigadas a todas, si os tenéis amor, y caridad, sino que la que estuviere de mal, que sea de veras mal, lo diga, y tome lo necesario; que si perdéis el amor propio, sentiréis tanto cualquier regalo que no hayáis miedo que le toméis sin necesidad, ni os quejéis sin causa; cuando la haya, sería muy bueno decirla, y mejor mucho que tomarle sin ella, y muy malo si no se apiadasen; mas deso a buen seguro que a donde hay oración y caridad, y tan pocas, que os veréis unas a otras la necesidad, que nunca falte el regalo, ni el cuidado de curaros. Mas unas flaquezas, y malecillos de mujeres, olvidaos de quejarlas, que algunas veces pone el demonio imaginación de estos dolores; quítanse, y pónense, si no se pierde la costumbre de decirlo, y quejaros del todo, si no fuere a Dios, nunca acabaréis.

2. Pongo tanto en esto, porque tengo para mí que importa, y que es cosa que tiene muy relajados los monasterios; y este cuerpo tiene una falta, que mientras más le regalan, más necesidades descubre. Es cosa extraña lo que quiere ser regalado, y como tiene algún buen color, por poca que sea la necesidad, engaña a la pobre del alma, para que no medre. Acordaos, qué de pobres enfermos habrá que no tengan a quién se quejar: pues pobres, y regaladas, no lleva camino. Acordaos también de muchas casadas (yo sé que las hay) y personas de suerte, que con graves males, por no dar enfado a sus maridos, no se osan quejar, y con graves trabajos; pues pecadora de mí, sé que no venimos aquí a ser más regaladas que ellas. ¡Oh que estáis libres de grandes trabajos del mundo! Sabed sufrir un

poquito por amor de Dios, sin que lo sepan todos. Pues es una mujer mal casada, y porque no lo sepa su marido, no lo dice, ni se queja, pasa mucha mala ventura sin descansar con nadie; ¿y no pasaremos algo entre Dios, y nosotras de los males que nos da por nuestros pecados? Cuanto más que es nonada lo que se aplaca el mal.

3. En todo esto que he dicho, no trato de males recios, cuando hay calentura mucha, aunque pido que haya moderación, y sufrimiento siempre, sino unos malecillos que se pueden pasar en pie, sin que matemos a todos con ellos. Mas ¿qué fuera si esto se hubiera de ver fuera desta casa? ¿Qué dijeran todas las monjas de mí? Y que de buena gana, si alguna se enmendara lo sufriera yo; porque por una que haya desta suerte, viene la cosa a términos, que por la mayor parte no creen a ninguna por graves males que tenga. Acordémonos de nuestros santos padres pasados ermitaños, cuya vida pretendemos imitar, ¿qué pasarían de dolores, y qué a solas, y qué de fríos, y hambre, y sol, y calor, sin tener a quién se quejar, sino a Dios? ¿Pensáis que eran de hierro? Pues tan de carne eran como nosotras. Y creed hijas, que en comenzando a vencer estos corpezuelos, no nos cansan tanto: hartas habrá que miren lo que es menester, descuidaos de vosotras, si no fuere a necesidad conocida. Si no nos determinamos a tragar de una vez la muerte, y la falta de salud, nunca haremos nada: procurad de no temerla, y dejaros todas en Dios, venga lo que viniere(27). ¿Qué va en que muramos? ¿De cuántas veces nos ha burlado el cuerpo, no burlaríamos alguna dél? Y creed, que esta determinación importa más de lo que podemos entender. Porque de muchas veces, que poco a poco lo vamos haciendo con el favor del Señor, quedaremos señoras dél. Pues vencer un tal enemigo, es gran negocio, para pasar en la batalla desta vida: hágalo el Señor como puede. Bien creo que no entiende la ganancia, sino quien ya goza de la vitoria, que es tan grande, a lo que creo, que nadie sentiría pasar trabajo, por quedar en este sosiego, y señorío.

Capítulo XII

Trata de cómo ha de tener en poco la vida, y la honra el verdadero amador de Dios

1. Vamos a otras cosas, que también importan harto, aunque parecen menudas: trabajo grande parece todo, y con razón, porque es guerra contra nosotras mismas; mas comenzando a obrar, obra Dios tanto en el alma, y hácela tantas mercedes, que todo le parece poco, cuanto se puede hacer en esta vida: y pues las monjas hacemos lo más, que es dar la libertad por amor de Dios, poniéndola en otro poder, y pasar tantos trabajos, ayunos, silencio, encerramiento, servir el coro, que por mucho que nos queramos regalar, es alguna vez: y por ventura es sola yo, en muchos monasterios que he visto. Pues ¿por qué nos hemos de detener en mortificar lo interior, pues en esto está el ir todo estotro bien concertado, y muy más meritorio, y perfecto, y después obrarlo con más suavidad, y descanso?

2. Esto se adquiere con ir poco a poco, como he dicho, no haciendo nuestra voluntad, y apetito, aun en cosas muy menudas, hasta acabar de rendir el cuerpo al espíritu. Torno a decir, que está el todo, o gran parte, en perder cuidado de nosotras mismas, y nuestro regalo; que quien

de verdad comienza a servir al Señor, lo menos que le puede ofrecer es la vida, pues le ha dado su voluntad. ¿Qué temen en dar ésta? Que si es verdadero religioso, o verdadero orador, y pretende gozar regalos de Dios, sé que no ha de volver las espaldas a desear morir por él, y pasar cruz. Pues ¿ya no sabéis, hermanas, que la vida del buen religioso, y del que quiere ser de los allegados amigos de Dios, es un largo martirio? Largo, porque para compararle a los que de presto los degollaban, puédese llamar largo, mas toda la vida es corta, y algunas cortísimas. Y qué sabemos si seremos de tan corta, que desde una hora, o momento que nos determinemos a servir del todo a Dios, se acabe. Posible sería, que en fin todo lo que tiene fin, no hay que hacer caso dello, y de la vida mucho menos, pues no hay día seguro; y pensando que cada hora es la postrera, ¿quién no la trabajará?

3. Pues creedme, que pensar esto es lo más seguro: por eso mostrémonos a contradecir en todo nuestra voluntad, que aunque no se haga de presto, si traéis cuidado con oración, como he dicho, sin saber cómo, poco a poco os hallaréis en la cumbre. Mas ¡qué gran rigor parece decir, que no nos hagamos placer en nada, como no se dice los gustos, y deleites que trae consigo esta contradicción, y lo que se gana con ella, aun en esta vida! Aquí como todas lo usáis, estase lo más hecho: unas a otras se despiertan, y ayudan; y así ha de procurar cada una ir adelante de las otras. En los movimientos interiores se traya mucha cuenta, en especial si tocan en mayorías. Dios nos libre por su Pasión de decir, ni pensar para detenerse en ello, si soy más antigua en la Orden, si he más años, si he trabajado más, si tratan a la otra mejor.

4. Estos pensamientos, si vinieren, es menester atajarlos con presteza, que si se detienen en ellos, o los ponen en plática, es pestilencia, y de donde nacen grandes males en los monasterios. Si tuvieren prelada, que consiente cosas destas, por poca que sea, crean que por sus pecados ha permitido Dios la tengan, para comenzar a perderse, y clamen a él, y toda su oración sea, porque dé el remedio, porque están en peligro. Podrá ser que digan, que para qué pongo tanto en esto, y que va con rigor, que regalos hace Dios a quien no está tan desasido. Yo lo creo, que con su sabiduría infinita ve que conviene para traerlos a que lo dejen todo por él. No llamo dejarlo, entrar en religión, que impedimentos puede haber, y en cada parte puede el alma perfecta estar desasida, y humilde: ello a más trabajo suyo, que gran cosa es el aparejo. Mas créanme una cosa, que si hay punto de honra, o de hacienda (y esto también puede haberlo en los monasterios, como fuera, aunque más quitadas están las ocasiones, y mayor sería la culpa) aunque tengan muchos años de oración, o por mejor decir, consideración (porque oración perfecta en fin quita estos resabios) nunca medran mucho, ni llegarán a gozar el verdadero fruto de la oración.

5. Mirad si os va algo, hermanas, en estas que parecen nadería, pues no estáis aquí a otra cosa. vosotras no quedáis más honradas, y el provecho perdido, para lo que podríais más ganar: ansí que deshonra, y pérdida cabe aquí junto, cada una mire en sí lo que tiene de humildad, y verá lo que está aprovechada. Paréceme, que el verdadero humilde, aun de primer movimiento, no osará el demonio tentarle en cosa de mayoría; porque como es tan sagaz, teme el golpe. Es imposible si una es humilde, que no

gane más fortaleza en esa virtud, y aprovechamiento, si el demonio le tienta por ahí; porque está claro que ha de dar vuelta sobre su vida, y mirar lo poco que ha servido, con lo mucho que debe al Señor, y la grandeza, que él hizo en abajarse a sí, para dejarnos ejemplo de humildad, y mirar sus pecados, y a dónde merecía estar por ellos. Y con estas consideraciones sale el alma tan gananciosa, que no osa tornar otro día, por no ir quebrada la cabeza.

6. Este consejo tomad de mí, y no se os olvide, que no sólo en lo interior, que sería gran mal no quedar con ganancia, mas en lo exterior procurad que la saquen las hermanas de vuestra tentación, si queréis vengaros del demonio, y libraros más presto de la tentación: y que así como os venga, os descubráis a la prelada, y le roguéis, y pidáis, que os mande hacer algún oficio bajo, o como pudiéredes lo hagáis vos, y andéis estudiando en esto, como doblar vuestra voluntad en cosas contrarias, que el Señor os las descubrirá, y con mortificaciones públicas, pues se usan en esta casa, y con esto durará poco la tentación, y procurad mucho que dure poco. Dios nos libre de personas que le quieren servir, acordarse de honra, o temer deshonra: mirad que es mala ganancia, y como he dicho, la misma honra se pierde con desealarla, especial en las mayorías, que no hay tósigo en el mundo que así mate, como estas cosas la perfección.

7. Diréis, que son cosillas naturales, que no hay que hacer caso dellas; no os burléis con eso, que crece como espuma en los monasterios, y no hay cosa pequeña en tan notable peligro, como son estos puntos de honra, y mirar si nos hicieron agravio. Sabéis por qué (sin otras hartas cosas) por ventura en una comienzo por poco, y no es casi nada, y luego mueve el demonio a que a la otra le parezca mucho, y aun pensará es caridad decirle, que como consiente aquel agravio, que Dios le dé paciencia, que se lo ofrezca, que no sufriera más un santo.

8. Finalmente, pone el demonio un caramillo en la lengua de la otra, que ya que acabáis con vos de sufrir, quedáis aún tentada de vanagloria, de lo que no sufristes con la perfección que se había de sufrir. Y esta nuestra naturaleza es tan flaca, que aun quitándonos la ocasión, con decirnos, que no hay que sufrir, pensamos que hemos hecho algo, y lo sentimos, cuanto más ver que lo sienten por nosotras. Hácenos crecer la pena, y pensar que tenemos razón, y pierde el alma todas las ocasiones que había tenido para merecer, y queda más flaca, y abierta la puerta al demonio, para que otra vez venga con otra cosa peor. Y aun podría acaecer (aun cuando vos queráis sufrirlo) que vengan a vos, y os digan, que si sois bestia, que bien es que se sientan las cosas. ¡Oh por amor de Dios, hermanas mías, que a ninguna la mueve indiscreta caridad, para mostrar lástima de la otra, en cosa que toque a estos fingidos agravios, que es como la que tuvieron los amigos del santo Job, con él, y su mujer!

Capítulo XIII

Prosigue en la mortificación, y cómo la religiosa ha de huir de los puntos, y razones del mundo, para llegarse a la verdadera razón

1. Muchas veces os lo digo, hermanas, y ahora lo quiero dejar escrito aquí, porque no se olvide, que en esta casa, y aun toda persona que

quisiere ser perfecta, se huya mil leguas de razón tuve, hiciéronme sinrazón, no tuvo razón quien esto hizo conmigo; de malas razones nos libre Dios. ¿Paréceos que había razón, para que nuestro buen Jesús sufriese tantas injurias, y se las hiciesen, y tantas sinrazones? La que no quisiere llevar cruz, sino la que le dieren muy puesta en razón, no sé yo para qué está en el monasterio; tórnese al mundo, a donde no le guardarán esas razones. ¿Por ventura podéis pasar tanto, que no debáis más? ¿Qué razón es ésta? Por cierto yo no la entiendo. Cuando nos hicieren alguna honra, o regalo, o buen tratamiento, saquemos esas razones, que cierto es contra razón nos le hagan en esta vida; mas cuando agravios (que así los nombran, sin hacernos agravio) yo no sé qué hay que hablar. O somos esposas de tan gran Rey, o no. Si lo somos, ¿qué mujer honrada hay, que no participe de las deshonras que a su esposo hacen, aunque no lo quiera por su voluntad? En fin, de honra, o deshonra participan ambos. Pues tener parte en su reino, y gozarle, y de las deshonras, y trabajos querer quedar sin ninguna parte, es disbarate. No nos lo deje Dios querer, sino que la que le pareciere que es tenida entre todas en menos, se tenga por más bienaventurada. Y verdaderamente así lo es, si lo lleva como lo ha de llevar, que no le faltará honra en esta vida, ni en la otra, créanme esto a mí.

2. Mas qué disbarate he dicho, que me crean a mí, diciéndolo la verdadera sabiduría. Parezcámonos hijas mías en algo a la gran humildad de la Virgen sacratísima, cuyo hábito traemos, que es confusión nombrarnos monjas suyas, que por mucho que nos parezca, que nos humillamos, quedamos bien cortas, para ser hijas de tal madre, y esposas de tal Esposo. Ansí, que si las cosas dichas no se atajan con diligencia, lo que hoy no parece nada, por ventura mañana será pecado venial, y es de tan mala digestión, que si os dejáis no quedará solo: es cosa muy mala para congregaciones. En esto habíamos de mirar mucho las que estamos en ella, por no dañar a las que trabajan por hacernos bien, y darnos buen ejemplo. Y si entendiésemos cuán gran daño se hace en que se comience una mala costumbre, más querríamos morir, que ser causa dello; porque ésa es muerte corporal, y pérdidas en las almas es gran pérdida, y que me parece, que no se acaba de perder, porque muertas unas vienen otras, y a todas por ventura les cabe más parte de una mala costumbre que pusimos, que de muchas virtudes. Porque el demonio no la deja caer, y las virtudes la mesma flaqueza natural las hace perder, si la persona no tiene la mano, y pide favor a Dios.

3. ¡Oh qué grandísima caridad haría, y qué gran servicio a Dios la monja que ansí viese que no puede llevar las costumbres que hay en esta casa, en conocerlo, e irse antes que profesase, y dejar a las otras en paz! Y aun en todos los monasterios (al menos si me creen a mí) no la ternán, ni darán profesión, hasta que de muchos años esté probado a ver si se enmienda. No llamo faltas en la penitencia, y ayunos, porque aunque lo es, no son cosas que hacen tanto daño. Mas unas condiciones, que hay de suyo amigas de ser estimadas, y tenidas, y mirar las faltas ajenas, y nunca conocer las suyas, y otras cosas semejantes, que verdaderamente nacen de poca humildad, si Dios no favorece con darle gran espíritu, hasta de muchos años ver la enmienda, os libre Dios de que queden en vuestra compañía. Entended, que ni ella sosegará, ni os dejará sosegar a todas.

4. Esto me lastima de los monasterios, que muchas veces por no dar el dinero del dote, dejan el ladrón que les robe el tesoro, o por la honra de sus deudos. En esta casa tenéis ya aventurada, y perdida la honra del mundo (porque las pobres no son honradas) no tan a vuestra costa queráis que los sean los otros. Nuestra honra, hermanas, ha de ser servir a Dios: quien pensare, que desto os ha de estorbar, quédese con su honra en su casa, que para esto ordenaron nuestros padres la probación de un año, y aquí quisiera yo que no se diera en diez la profesión, que a la monja humilde poco se le diera en no ser profesas; bien supiera, que si era buena no la habían de echar: y si no lo es, ¿para qué quiere hacer daño a este colegio de Cristo? Y no llamo no ser buena, cosa de vanidad, que con el favor de Dios creo estará lejos desta casa: llamo no ser buena, no estar mortificada, sino con asimiento de cosas del mundo, o de sí, en estas cosas que he dicho. Y la que en mucho en sí no la viere, créame ella mesma, y no haga profesión, si no quiere tener un infierno acá, y plega a Dios no sea otro allá; porque hay muchas cosas en ella para ello, y mire que le cumple, si no quiere tener un infierno acá, y plega a Dios no sea otro allá, y por ventura ella, y las demás no lo entenderán como yo. Créanme esto, y si no el tiempo les doy por testigo, que el estilo que pretendemos llevar, es no sólo de ser monjas, sino ermitañas, como nuestros padres santos pasados, y ansí se desasen de todo lo criado. Y a quien el Señor ha escogido para aquí, particularmente vemos que la hace esta merced, y aunque ahora no sea en toda perfección, vese que va ya a ella, por el gran contento que le da, y alegría de ver que no ha de tornar a tratar con cosa de la vida, y el favor que siente de todas las de la religión.

5. Torno a decir, que si se inclina a cosas del mundo, y no se ve ir aprovechando, que no es para estos monasterios; puédese ir a otro, si quiere ser monja, y si no verá cómo le sucede. No se queje de mí (que comencé éste) porque no la aviso. Es esta casa un cielo, si le puede haber en la tierra, para quien se contenta sólo de contentar a Dios nuestro Señor, y no hace caso de contento suyo, y tiene muy buena vida: en queriendo algo más, lo perderá todo, porque no lo puede tener. Y alma descontenta, es como quien tiene gran hastío, que por bueno que sea el manjar le da en rostro; y lo que los sanos comen con gran gusto, le hace asco en el estómago. En otra parte se salvará mejor, y podrá ser que poco a poco llegue a la perfección, que aquí no pudo sufrir, por tomarse por junto; que aunque en lo interior se aguarde tiempo para del todo desasirse, y mortificarse, en lo exterior ha de ser con brevedad, por el daño que puede hacer a las otras. Y si aquí viendo que todas lo hacen, y andando en tan buena compañía siempre, no aprovecha en un año, temo que no aprovechará en muchos. No digo que sea tan cumplidamente como en las otras, mas que se entienda, que va cobrando salud, que luego se ve cuando el mal no es mortal.

Capítulo XIV

En que trata lo mucho que importa no dar profesión a ninguna que vaya contrario su espíritu de las cosas que quedan dichas

1. Bien creo que favorece el Señor mucho, a quien bien se determina, y por eso se ha de mirar, qué intento tiene la que entra, no sea sólo por remediarse, como acaece ahora a muchas, puesto que el Señor puede perfeccionar este intento, si es persona de buen entendimiento; que si no, en ninguna manera se tome, porque ni ella se entenderá cómo entra, ni después a las que la quieren poner en lo mejor. Porque por la mayor parte, quien esta falta tiene, siempre le parece que atina más lo que le conviene, que los más sabios. Y es mal que le tengo por incurable, porque por maravilla deja de traer consigo malicia: a donde hay muchas, podrase tolerar, y entre tan pocas no se podrá sufrir. Un buen entendimiento, si se comienza a aficionarse al bien, ácese a él con fortaleza, porque ve que es lo más acertado; y cuando no aproveche para mucho espíritu, aprovechará para buen consejo, y para muchas cosas, sin cansar a nadie: cuando éste falta, yo no sé para qué puede aprovechar en comunidad, y podría dañar mucho. Esta falta no se ve muy en breve, porque muchas hablan bien, y entienden mal; y otras hablan corto, y no muy cortado, y tienen entendimiento, para mucho. Bien que hay unas simplicidades santas, que saben poco para negocios, y estilo de mundo, y mucho para tratar con Dios. Por eso es menester gran información para recibirlas, y larga probación para hacerlas profesas. Entienda una vez el mundo, que tenéis libertad para echarlas, que en monasterio donde hay asperezas, muchas ocasiones hay; y como se use, no lo ternán por agravio.

2. Digo esto, porque son tan desventurados estos tiempos, y tanta nuestra flaqueza, que no basta tenerlo por mandamiento de nuestros pasados, para que dejemos de mirar lo que han tomado por honra los presentes, para no agraviar los deudos, sino que por no hacer un agravio pequeño, por quitar un dicho que no es nada, dejamos olvidar las virtuosas costumbres. Plega a Dios no lo paguemos en la otra vida las que las admiten, que nunca falta un color con que nos hacemos entender, que se sufre hacerlo: y éste es un negocio que cada una por sí le había de mirar, y encomendar a Dios, y animar a la prelada, pues es cosa que tanto importa a todas; y así suplico a Dios, en ello os dé luz. Y tengo para mí, que cuando la prelada sin afición, ni pasión mira lo que está bien a la casa, nunca la dejará Dios errar; y en mirar estas piedades, y puntos necios, creo que no deja de haber yerro.

Capítulo XV

Que trata del gran bien que hay en no disculparse, aunque se vean condenar sin culpa

1. Confusión grande me hace lo que os voy a persuadir, que no os disculpéis, que es costumbre perfectísima, y de gran mérito, porque había de obrar lo que os digo en esta virtud. Es así, que yo confieso haber aprovechado muy poco en ella. Jamás me parece que me falta una causa para parecerme mayor virtud dar disculpa. Como algunas veces es lícito, y sería mal no lo hacer: no tengo discreción, o por mejor decir, humildad para hacerlo cuando conviene. Porque verdaderamente es de grande humildad verse condenar sin culpa, y callar: y es gran imitación del Señor, que nos quitó todas las culpas. Y así os ruego mucho traigáis en esto cuidado, porque

trae consigo grandes ganancias, y en procurar nosotras mismas librarnos de culpa, ninguna veo, si no es, como digo, en algunos casos que podría causar enojo no decir la verdad. Esto quien tuviere mayor discreción que yo, lo entenderá, creo que va mucho en acostumbrarse a esta virtud, o en procurar alcanzar del Señor verdadera humildad, que de aquí debe venir; porque el verdadero humilde ha de desear con verdad ser tenido en poco, y perseguido, y condenado, aunque no haya hecho porqué. Si quiere imitar al Señor, ¿en qué mejor puede que en esto? Aquí no son menester fuerzas corporales, ni ayuda de nadie, sino de Dios.

2. Estas virtudes grandes, hermanas mías, querría yo fuese nuestro estudio, y nuestra penitencia, que en otras grandes, y demasiadas penitencias, ya sabéis os voy a la mano, porque pueden hacer daño a la salud, si son sin discreción. En estotro no hay que temer, porque por grandes que sean las virtudes interiores, no quitan las fuerzas del cuerpo para servir a la religión, sino fortalecen el alma, y en cosas muy pequeñas se pueden (como he dicho otras veces) acostumbrar para salir con vitoria en las grandes. Mas qué bien se escribe esto, y qué mal lo hago yo: a la verdad en cosas grandes, nunca he yo podido hacer esta prueba, porque nunca oí decir nada de mí que fuese malo, que no viese claro que quedaban cortos; porque aunque no eran las mismas cosas, tenía ofendido a Dios nuestro Señor en otras muchas, y parecíame que habían hecho harto en dejar aquéllas, que siempre me huelgo yo más, que digan de mí lo que no es, que no las verdades. Ayuda mucho a traer consideración cada uno de lo mucho que se gana por todas vías, y por ninguna pierde, a mi parecer: gana lo principal en seguir en algo al Señor. Digo en algo, bien mirado nunca nos culpan sin culpas, que siempre andamos llenas dellas, pues cae siete veces al día el justo, y sería mentira decir, que no tenemos pecado. Ansí, que aunque no sea en lo mismo que nos culpan, nunca estamos sin culpa del todo, como lo estaba el buen Jesús.

3. ¡Oh Señor mío! Cuando pienso por qué de maneras padecistes, y cómo por ninguna lo merecíades, no sé que me diga de mí, ni dónde tuve el seso, cuando no deseaba padecer, ni a dónde estoy cuando me disculpo. Sabéis vos Bien mío, que si tengo algún bien, que no es dado por otras manos, sino por las vuestras. Pues, ¿qué os va más, Señor, en dar mucho que poco? Si es por no lo merecer yo, tampoco merecía las mercedes que me habéis hecho. ¿Es posible que yo he de querer que sienta nadie bien de cosa tan mala como yo, habiendo dicho tantos males de vos, que sois bien sobre todos los bienes? No se sufre, no se sufre, Dios mío, ni querría yo que sufriédes vos, que haya en vuestra sierva cosa que no contente a vuestros ojos. Pues mirá, Señor, que los míos están ciegos, y se contentan de muy poco, dadme vos luz, y haced con verdad yo desee que todos me aborrezcan, pues tantas veces os he dejado a vos, amándome con tanta fidelidad. ¿Qué es esto, mi Dios? ¿Qué pensamos sacar de contentar a las criaturas? ¿Qué nos va en ser muy culpadas de todas ellas, si delante de vos, Señor, estamos sin culpa?

4. ¡Oh hermanas mías, que nunca acabamos de entender esta verdad, y ansí nunca acabaremos de estar en la cumbre de la perfección, si mucho no la andamos considerando, y pensando, que es lo que es, y que es lo que no es! Pues cuando no hubiese otra ganancia, sino la confusión que le quedará a la persona que os hubiere culpado, de ver que vos sin ella os dejáis condenar, es grandísima. Más levanta una cosa destas a las veces el alma,

que diez sermones. Pues todas hemos de procurar de ser predicadoras de obras, pues el Apóstol, y nuestra inhabilidad nos quita que lo seamos en las palabras. Nunca penséis ha de estar secreto el mal, o el bien que hiciéredes, por encerradas que estéis. ¿Y pensáis, hijas, que aunque vosotras no os disculpéis, ha de faltar quien torne por vosotras? Mirad cómo respondió el Señor por la Madalena en casa del fariseo, y cuando su hermana la culpaba. No os llevará por el rigor que a sí, que ya al tiempo que tuvo un ladrón que tornase por él, estaba en la cruz. Ansí que su Majestad moverá a quien torne por vosotras, y cuando no, no será menester.

5. Esto yo lo he visto, y es ansí (aunque no querría se os acordase, sino que os holgásedes de quedar culpadas) y el provecho que veréis en vuestra alma, el tiempo os doy por testigo; porque se comienza a ganar libertad, y no se da más que digan mal, que bien, antes parece es negocio ajeno; y es como cuando están hablando dos personas, que como no es con nosotras mismas, estamos descuidadas de la respuesta: ansí es acá con la costumbre que está hecha, de que no hemos de responder, no parece hablan con nosotras. Parecerá esto imposible a los que somos muy sentidos, y poco mortificados: a los principios dificultoso es, mas yo sé que se puede alcanzar esta libertad, y negación, y desasimiento de nosotras mismas con el favor del Señor.

Capítulo XVI

De la diferencia que ha de haber en la perfección de la vida de los contemplativos, a los que se contentan con oración mental: y cómo es posible algunas veces subir Dios un alma distraída a perfecta contemplación, y la causa dello. Es mucho de notar este capítulo, y el que viene cabe él

1. No os parezca mucho todo esto, que voy entablado el juego, como dicen. Pedítesme os dijese el principio de oración: yo hijas, aunque no me llevó Dios por este principio, porque aún no le debo tener destas virtudes, no sé otro. Pues creed que quien no sabe concertar las piezas en el juego del ajedrez, que sabrá mal jugar, y si no sabe dar jaque no sabrá dar mate. Aun si me habéis de reprender, porque hablo en cosa de juego, no le habiendo en esta casa, ni habiéndole de haber. Aquí veréis la madre que os dio Dios, que hasta esta vanidad sabia; mas dicen que es lícito algunas veces, y cuán lícita sería para nosotras esta manera de juego, y cuán presto si mucho lo usamos, daremos mate a este Rey divino, que no se nos podrá ir de las manos, ni querrá. La dama es la que más guerra le puede hacer en este juego, y todas las otras piezas ayudan. No hay dama que ansí le haga rendir como la humildad. Ésta le trajo del cielo en las entrañas de la Virgen, y con ella la traeremos nosotras de un cabello a nuestras almas. Y cree, que quien más tuviere, más le terná, y quien menos, menos. Porque yo no entiendo, ni puedo entender, como haya, ni pueda haber humildad sin amor, ni amor sin humildad. Ni es posible estar estas dos virtudes en su perfección, sin gran desasimiento de todo lo criado.

2. Diréis mis hijas, que ¿para qué os hablo de virtudes, que hartos libros tenéis que os las enseñen, que no queréis sino contemplación? Digo yo, que aun si pidiérades meditación, pudiera hablar della, y aconsejar a

todas la tuvieran, aunque no tengan virtudes; porque es principio para alcanzar todas las virtudes, y cosa que nos va la vida en comenzarla todos los cristianos; y ninguno, por perdido que sea, si Dios le despierta a tan gran bien, lo había de dejar, como ya tengo escrito en otra parte, y otros muchos que saben lo que escriben, que yo por cierto no lo sé, Dios lo sabe. Mas contemplación es otra cosa, hijas, que éste es el engaño que todos traemos, que en llegándose uno un rato cada día a pensar sus pecados (que lo debe hacer si es cristiano de más que nombre) luego dicen es muy contemplativo, y luego le quieren con tan grandes virtudes, como está obligado a tener el muy contemplativo, y aun él se quiere; mas yerra. En los principios no supo entablar el juego, pensó bastaba conocer las piezas para dar mate, y es imposible, que no se da en este modo de que hablamos este Rey, sino a quien se le da del todo.

3. Así que, hijas, si queréis que os diga el camino para llegar a la contemplación, sufrid que sea un poco larga en cosas, aunque no os parezcan luego tan importantes. A mi parecer no lo dejan de ser, y si no las queréis oír, ni obrar, quedaos con vuestra oración mental toda vuestra vida que yo os aseguro a vosotras, y a todas las personas que pretendieren este bien (ya puede ser que yo me engañe, porque juzgo por mí que lo procuré veinte años) que lleguéis a verdadera contemplación.

4. Quiero ahora declarar, porque algunas no lo entenderéis, qué es oración mental; y plega a Dios que ésta tengamos, como se ha de tener: mas también he miedo que se tiene con harto trabajo, si no se procuran las virtudes, aunque no en tan alto grado como para la contemplación son menester. Digo que no verná el Rey de la gloria a nuestra alma (digo a estar unido con ella) si no nos esforzamos a ganar las virtudes grandes. Quiérola declarar, porque si en alguna cosa que no sea verdad me tomáis, no creeréis cosa, y terníades razón, si fuese con advertencia; mas no me dé Dios tal lugar, será no saber más, o no lo entender. Quiero pues decir, que algunas veces querrá Dios a personas que estén en mal estado, hacerles tan gran favor, que las suba a la contemplación, para sacarlas por este medio de las manos del demonio.

5. ¡Oh Señor mío, qué de veces os hacemos andar a brazos con el demonio! ¿No bastara que os dejastes tomar en ellos, cuando os llevó al pináculo, para enseñarnos a vencerle? Mas, ¿qué sería hijas, ver junto a aquel sol con las tinieblas, y qué temor llevaría aquel desventurado sin saber de qué? Que no permitió Dios lo entendiese. Bendita sea tanta piedad, y misericordia, que vergüenza habíamos de haber los cristianos, de hacerle andar cada día a brazos, como he dicho, con tan sucia bestia. Bien fue menester, Señor, los tuviédeses tan fuertes. Mas ¿cómo no os quedaron flacos de tantos tormentos como pasastes en la cruz? ¡Oh que todo lo que se pasa con amor torna a soldarse! Y así creo, que si quedárades con la vida, el mesmo amor que nos tenéis tornará a soldar vuestras llagas, que no fuera menester otra medicina. ¡Oh Dios mío, y quién la pusiese tal en todas las cosas que me diesen pena, y trabajo, que de buena gana las desearía, si tuviese cierto ser curada con tal saludable unguento!

6. Tornando a lo que decía, hay almas que entiende Dios, que por este medio las puede granjear para sí, ya que las ve del todo perdidas, quiere su Majestad que no quede por él, y aunque estén en mal estado, y faltas de virtudes, dales gustos, y regalos, y ternura, que las comienza a mover los

deseos, y aun pónelas en contemplación algunas veces, pocas, y dura poco: y esto (como digo) hace, porque las prueba, si con aquel favor se querrán disponer a gozarle muchas veces. Mas si no se disponen, perdonen (o perdonadnos vos Señor, por mejor decir) que harto mal es que os lleguéis vos a un alma de esta suerte, y se llegue ella después a cosa de la tierra para atarse a ella. Tengo para mí, que hay muchos con quien Dios nuestro Señor hace esta prueba, y pocos los que se disponen para gozar desta merced. Que cuando el Señor la hace, y no queda por nosotros, tengo por cierto, que nunca cesa de dar, hasta llegar a muy alto grado. Cuando no nos damos a su Majestad, con la determinación que él se da a nosotras, harto hace en dejarnos en oración mental, y visitarnos de cuando en cuando, como a criados que están en su viña; mas estotros son hijos regalados, no los querría quitar de cabe sí, ni los quita, porque ya ellos no se quieren quitar; síntalos a su mesa, dales de lo que come, hasta quitar, como dicen, el bocado de la boca para dárselo.

7. ¡Oh dichoso cuidado, hijas mías! ¡Oh bienaventurada dejación de cosas tan pocas, y tan bajas, que llega a tan gran estado! Mirad qué se os dará estando en los brazos de Dios, que os culpe todo el mundo. Poderoso es para libraros de todo, que una vez que mandó hacer el mundo, fue hecho, su querer es obrar: pues no hayáis miedo, que si no es para más bien del que le ama, consienta hablar con vos: no quiere tan poco a quien le quiere. Pues ¿por qué mis hermanas, no le mostraremos nosotras, en cuanto podemos el amor? Mirad que es hermoso trueco, dar nuestro amor por el suyo: mirad que lo puede todo, y acá no podemos nada, sino lo que él nos hace poder. Pues, ¿qué es esto que hacemos por vos, Señor, hacedor nuestro? Que es tanto como nada, una determinacioncilla. Pues si con lo que no es nada, quiere su Majestad que merquemos el todo, no seamos desatinadas.

8. ¡Oh Señor, que todo el daño nos viene de no tener puestos los ojos en vos! Que si no mirásemos otra cosa sino al camino, presto llegaríamos; mas damos mil caídas, y tropezones, y erramos el camino, por no poner los ojos, como digo, en el verdadero camino. Parece que nunca se anduvo, según se nos hace nuevo: cosa es para lastimar por cierto, lo que algunas veces pasa; por esto digo, que no parecemos cristianos, ni leímos la Pasión en nuestra vida. Pues tocar en un puntico de ser menos, no se sufre, ni parece se ha de poder sufrir; luego dicen, no somos santos. Dios nos libre, hermanas, cuando algo hiciéremos no perfecto, de decir, no somos ángeles, no somos santas. Mirad que aunque no lo seamos, es gran bien pensar, si nos esforzamos lo podríamos ser, dándonos Dios la mano, y no hayáis miedo que quede por él, si no queda por nosotras. Y pues no venimos aquí a otra cosa, manos a la labor, como dicen, no entendamos cosa en que se sirva más el Señor, que no presumamos salir con ella con su favor. Esta presunción querría yo en esta casa, que hace siempre crecer la humildad, y tener una santa osadía, que Dios ayuda a los fuertes, y no es aceptador de personas. Mucho me he divertido, quiero tornar a lo que decía. Conviene saber, qué es oración mental, y qué contemplación: impertinente parece, mas para vosotras todo pasa; y podrá ser que lo entendáis mejor por mi grosero estilo, que por otros elegantes. El Señor me dé favor para ello. Amén.

Capítulo XVII

De cómo no todas las almas son para contemplación, y cómo algunas llegan a ella tarde, y que el verdadero humilde ha de ir contento por el camino que le llevare el Señor

1. Parece que voy entrando en oración, y fáltame un poco de decir, que importa mucho, porque es de la humildad, y es necesaria en esta casa; porque es el ejercicio principal de oración, y como he dicho, cumple mucho que tratéis de entender cómo ejercitaros mucho en la humildad; y éste es un gran punto della, y muy necesario para todas las personas que se ejercitan en oración. ¿Cómo podrá el verdadero humilde pensar, que es tan bueno como los que llegan a ser contemplativos? Que Dios le puede hacer tal, sí, por su bondad, y misericordia, mas de mi consejo siempre se siente en el más bajo lugar, que ansí nos dijo el Señor lo hiciésemos, y nos lo enseñó por la obra. Dispóngase para si Dios le quisiere llevar por ese camino; cuando no, para eso es la humildad, para tenerse por dichosa en servir a las siervas del Señor, y alabarle; porque mereciendo ser sierva de los demonios en el infierno, la trajo su Majestad entre ellas. No digo esto sin gran causa, porque como he dicho, es cosa que importa mucho entender, que no a todos lleva Dios por un camino, y por ventura el que le parece que va más bajo, está más alto en los ojos del Señor.

2. Ansí, que no porque en esta casa todas traten de oración, han de ser todas contemplativas, es imposible, y será grande consolación para la que no lo es, entender esta verdad, que es cosa que lo da Dios: y pues no es necesario para la salvación, ni nos lo pide de premio, no piense que lo pedirá nadie, que por eso no dejará de ser muy perfecta, si hace lo que queda dicho. Antes podrá ser que tenga mucho más mérito, porque es a más trabajo suyo, y la lleva el Señor como a fuerte, y la tiene guardado junto todo lo que aquí no goza. No por eso desmaye, ni deje la oración, y de hacer lo que todas, que a las veces viene el Señor muy tarde, y paga también, y tan por junto, como en muchos años ha ido dando a otros. Yo estuve más de catorce, que nunca podía tener aun meditación, sino junto con lección. Habrá muchas personas desta arte, y otras, que aunque sea con la lección no puedan tener meditación, sino rezar vocalmente, y aquí se detienen más. Hay pensamientos tan ligeros, que no pueden estar en una cosa, sino siempre desasosegados, y en tanto extremo, que si le quieren detener a pensar en Dios, se les va a mil disbarates, y escrúpulos, y dudas.

3. Yo conozco una persona bien vieja, de harto buena vida (que pluguiera a Dios fuera mi vida como la suya) penitente, y muy sierva de Dios, gastar hartas horas, y hartos años en oración vocal, y en mental no haber remedio, cuando más puede, poco a poco en las oraciones vocales se va deteniendo. Y otras muchas personas hay desta manera, y si hay humildad, no creo yo que saldrán peor libradas al cabo, sino muy en igual de los que llevan muchos gustos; y con más seguridad en parte, porque no sabemos si los gustos son de Dios, o si los pone el demonio; y si no son de Dios, es más peligro, porque en lo que el demonio trabaja aquí, es en poner soberbia, que si son de Dios, no hay que temer, consigo traen la humildad, como escribí muy largo en el otro libro.

4. Estotros que no reciben gustos, andan con humildad sospechosos, que es por su culpa, siempre con cuidado de ir adelante, no ven a otros llorar una lágrima, que si ellos no la tienen, no les parezca estar muy atrás en el servicio de Dios, y deben estar por ventura muy más adelante; porque no son las lágrimas (aunque son buenas) todas perfectas. En la humildad, y mortificación, y desasimiento, y otras virtudes, siempre hay más seguridad: no hay que temer, ni hayáis miedo que dejéis de llegar a la perfección, como los muy contemplativos. Santa era santa Marta, aunque no dicen que era contemplativa; pues ¿qué más queréis que poder llegar a ser como esta bienaventurada, que mereció tener a Cristo nuestro Señor tantas veces en su casa, y darle de comer, y servirle, y comer a su mesa? Si se estuviera como la Madalena, embebida, no hubiera quien diera de comer a este divino huésped. Pues pensad que es esta congregación la casa de santa Marta, y que ha de haber de todo; y las que fueren llevadas por la vida activa, no murmuren de las que mucho se embebieren en la contemplación, pues saben que ha de tornar el Señor por ellas, aunque calle la mayor parte, las hace descuidar de sí, y de todo. Acuérdense, que es menester quien le guise la comida, y ténganse por dichosas en andar sirviendo con Marta. Miren que la verdadera humildad está mucho en estar muy prontos en contentarse con lo que el Señor quisiere hacer dellos, y siempre hallarse indignos de llamarse sus siervos.

5. Pues si contemplar, y tener oración mental, y vocal, y curar enfermos, y servir en las cosas de casa, y trabajar, sea en lo más bajo, todo es servir al huésped, que se viene a estar, y a comer, y a recrearse con nosotras, ¿qué más se nos da servirles en lo uno, que en lo otro? No digo yo que quede por nosotras, sino que lo probéis todo, porque no está esto en vuestro escoger, sino en el del Señor: mas si después de muchos años quisiere a cada una para su oficio, gentil humildad será querer vosotras escoger: dejad hacer al Señor de la casa, sabio es, y poderoso, entiende lo que os conviene, y lo que le conviene a él también.

6. Estad seguras, que haciendo lo que es en nosotras, y aparejándoos para contemplación, con la perfección que queda dicha, que si él no os la da, (y a lo que creo, no dejará de dar, si es de veras el desasimiento, y humildad) que tiene guardado este regalo, para dároslo junto en el cielo, y que como otra vez he dicho, os quiere llevar como a fuertes, dándonos acá cruz, como siempre su Majestad la trajo. ¿Y qué mejor amistad, que querer lo que quiso para sí, para vos? Y pudiera ser que no tuviéades tanto premio en la contemplación. Juicios son suyos, no hay que meternos en ellos. Harto bien es, que no quede a nuestro escoger, que luego como nos parece más descanso, fuéramos todos grandes contemplativos. ¡Oh gran ganancia, no querer ganar por nuestro parecer, para no temer pérdida! Pues nunca permite Dios que la tenga el bien mortificado, sino para ganar más.

Capítulo XVIII

Que prosigue en la misma materia, y dice cuánto mayores son los trabajos de los contemplativos, que de los activos. Es de mucha consolación para ellos

1. Pues yo os digo, hijas, a las que no lleva Dios por este camino,

que a lo que he visto, y entendido de los que van por él, que no llevan la cruz más liviana, y que os espantaríades por las vías, y maneras que la da Dios. Yo sé de unos, y de otros, y sé claro, que son intolerables los trabajos que Dios da a los contemplativos: y son de tal suerte, que si no les diese aquel manjar de gustos, no se podrían sufrir. Y está claro, que pues lo es, que a los que Dios mucho quiere lleva por camino de trabajos, y mientras más los ama, mayores, no hay por qué creer que tiene aborrecidos los contemplativos, pues por su boca los alaba, y tiene por amigos. Pues creer que admite a su amistad a gente regalada, y sin trabajos, es disbarate: tengo por muy cierto, que se los da Dios mucho mayores. Y ansí como los lleva por camino barrancoso, y tan áspero, que a las veces les parece que se pierden, y han de comenzar de nuevo a tornarle a andar; ansí ha menester su Majestad darles mantenimiento, y no de agua, sino de vino, para que embriagados con este vino de Dios, no entiendan lo que pasan, y lo puedan sufrir. Y ansí pocos veo verdaderos contemplativos, que no los vea animosos, y determinados a padecer: que lo primero que hace el Señor, si son flacos, es ponerles ánimo, y hacerlos que no teman trabajos. Creo que piensan los de la vida activa, por un poquito que los ven regalados, que no hay más que aquellos: pues yo digo, que por ventura un día de los que pasan no los pudiédeses sufrir. Ansí, que el Señor como conoce a todos para lo que son, da a cada uno su oficio, el que más ve que conviene a su alma, y al mismo Señor, y al bien de los prójimos. Y como no quede por no haberos dispuesto, no hayáis miedo se pierda vuestro trabajo.

2. Mirad que digo, que todas lo procuremos, pues no estamos aquí a otra cosa, y no un año, ni dos solos, ni aun diez, porque no parezca que los dejamos de cobardes. Y es bien que el Señor vea, que no queda por nosotras, como los soldados, que aunque mucho hayan servido, siempre han de estar a punto, para que el capitán los mande en cualquier oficio que quiera ponerlos, pues les ha de dar su sueldo muy bien pagado: y ¿cuán mejor pagado lo pagará nuestro Rey, que los de tierra? Pues como el capitán los ve presentes, y con gana de servir, y tiene ya entendido para lo que es cada uno, reparte los oficios como ve las fuerzas, y si no estuviesen presentes, no les daría nada, ni mandarí en qué sirviesen.

3. Ansí, que hermanas oración mental, y quien ésta no pudiere, vocal, y lección, y coloquios con Dios, como después diré: no deje las horas de oración, que no sabe cuándo llamará el Esposo (no le acaezca como a las Vírgines locas) y la querrá dar más trabajo disfrazado con gusto, y si no se le diere, entiendan que no es para ello, y que le conviene lo otro. Y aquí entra el merecer con la humildad, creyendo con verdad, que aun para lo que hacen, no son. Andar alegres sirviendo en lo que les mandan, como he dicho; y si es de veras esta humildad, bienaventurada tal sierva de vida activa, que no murmurará sino de sí, deje a las otras con su guerra, que no es pequeña. Porque aunque en las batallas el alférez no pelea, no por eso deja de ir en gran peligro; y en lo interior debe de trabajar más que todos, porque como lleva la bandera, no se puede defender, y aunque le hagan pedazos, no la ha de dejar de las manos: ansí los contemplativos han de llevar levantada la bandera de la humildad, y sufrir cuantos golpes les dieren, sin dar ninguno, porque su oficio es padecer como Cristo, llevar en alto la cruz, no la dejar de las manos por peligros en que se vean, sin que muestren flaqueza en padecer, para eso les dan tan honroso oficio.

4. Miren lo que hacen, porque si el alférez deja la bandera, perderse ha la batalla: y así creo que se hace gran daño en los que no están tan adelante, si a los que tienen ya en cuenta de capitanes, y amigos de Dios, les ven no ser sus obras conforme al oficio que tienen. Los demás soldados vanse como pueden, y a las veces se apartan de donde ven el mayor peligro, y no los echa nadie de ver, ni pierden honra: estotros llevan todos los ojos en ellos, no se pueden bullir. Bueno es el oficio, y honra grande, y merced hace el rey a quien le da, mas no se obliga a poco en tomarle.

5. Así que hermanas mías no nos entendemos, ni sabemos lo que pedimos, dejemos hacer al Señor, que nos conoce mejor que nosotras mismas; y la humildad es, contentarnos con lo que nos dan, que hay algunas personas que por justicia parece quieren pedir a Dios regalos. Donosa manera de humildad: por eso hace bien el Conocedor de todos, que pocas veces creo los da a éstos: ve claro, que no son para beber el cáliz suyo. Pues para entender hijas si estáis aprovechadas, será en si entendiere cada una es la más ruin de todas, y que se entienda en sus obras que lo conoce así, para aprovechamiento, y bien de las otras; y no en la que tiene más gustos en la oración, y arrobamientos, y visiones, y mercedes que le hace el Señor desta suerte, que hemos de aguardar al otro mundo, para ver su valor. Estotro es moneda que corre, es renta que no falta, son juros perpetuos, y no censo de al quitar (que estotro quítase, y pónese) una virtud grande de humildad, y mortificación, de gran obediencia en no ir un punto contra lo que manda el prelado, que sabéis verdaderamente que os lo manda Dios, pues está en su lugar.

6. En esto de obediencia es en lo que más había de decir, y por parecerme, que si no la hay, es no ser monjas, no digo nada dello, porque hablo con monjas (y a mi parecer buenas, al menos que lo desean ser) en cosa tan sabida, e importante, no más de una palabra porque no se olvide. Digo, que quien estuviere por voto debajo de obediencia, y faltare, no trayendo todo cuidado en cómo cumplirá con mayor perfección este voto, que no sé para qué está en el monasterio. Al menos yo la aseguro, que mientras aquí faltare, que nunca llegue a ser contemplativa, ni aun buena activa. Esto tengo por muy cierto, y aunque no sea persona que tiene a esto obligación, si quiere, o pretende llegar a contemplación, ha menester para ir muy acertada dejar su voluntad con toda determinación en un confesor que sea tal. Porque esto es ya cosa muy sabida, que aprovechan más desta suerte en un año, que sin esto en muchos: y porque para vosotras no es menester; no hay que hablar dello.

7. Concluyo con que estas virtudes son las que yo deseo que tengáis, hijas mías, y las que procuréis, y las que santamente envidiéis. Estotras devociones no curéis de tener pena por no tenerlas, es cosa incierta. Podrá ser que en otras personas sean de Dios, y en vos permitirá su Majestad sea ilusión del demonio, y que os engañe, como ha hecho a otras personas. En cosa dudosa ¿para qué queréis servir al Señor, teniendo tanto en qué seguro? ¿Quién os mete en esos peligros? Heme alargado en esto tanto, porque sé que conviene, que esta nuestra naturaleza es flaca, y a quien Dios quisiere dar la contemplación, su Majestad le hará fuerte. A los que no, heme holgado de dar estos avisos, por donde también se humillarán los contemplativos. El Señor por quien es nos dé luz para seguir en todo su voluntad, y no habrá de qué temer.

Capítulo XIX

Que comienza a tratar de la oración, habla con almas que no pueden discurrir con el entendimiento

1. Ha tantos días que escribí lo pasado, sin haber tenido lugar para tornar a ello, que si no lo tornase a leer, no sé lo que decía: por no ocupar tiempo habrá de ir como saliere, sin concierto. Para entendimientos concertados, y almas que están ejercitadas, y pueden estar consigo mismas hay tantos libros escritos, y tan buenos, y de personas tales, que sería yerro que hiciédes caso de mi dicho en cosa de oración. Pues como digo, tenéis libros tales, a donde van por días de la semana, repartidos los misterios de la vida del Señor, y de su Pasión, y meditaciones del Juicio, e infierno, y nuestra no nada; y lo mucho que debemos a Dios, con excelente doctrina, y concierto para principio, y fin de la oración.

2. Quien pudiere, y tuviere costumbre de llevar este modo de oración, no hay que decir, que por tan buen camino el Señor le sacará a puerto de luz, y con tan buenos principios el fin lo será. Y todos los que pudieren ir por él llevan descanso, y seguridad, porque atado el entendimiento vase con descanso: mas de lo que quería tratar, y dar algún remedio, si el Señor quisiese que acertase, y si no al menos que entendáis hay muchas almas que pasan este trabajo, para que no os fatiguéis las que le tuviéredes.

3. Hay unas almas, y entendimientos tan desbaratados como unos caballos desbocados, que no hay quien los haga parar, ya van aquí, ya van allí, siempre con desasosiego, es su misma naturaleza, o Dios que lo permite. Heles mucha lástima, porque me parece como unas personas que han mucha sed, y ven el agua de muy lejos, y cuando quieren ir allá, hallan quien los defienda el paso al principio, y medio, y fin. Acaece, que cuando ya con su trabajo, y con harto trabajo, han vencido los primeros enemigos, a los segundos se dejan vencer, y quieren más morir de sed, que beber agua, que tanto ha de costar. Acabóseles el esfuerzo, faltoles ánimo, y ya que algunos le tienen para vencer, también los segundos enemigos, a los terceros se les acaba la fuerza, y por ventura no estaban dos pasos de la fuente de agua viva, que dijo el Señor a la Samaritana(28), que quien la bebiere no terná sed. Y con cuánta razón, y verdad, como dicho de la boca de la misma verdad, que no la terná de cosa desta vida, aunque crece de las cosas de la otra muy mayor de lo que acá podemos imaginar por esta sed natural. Mas con qué sed se desea tener esta sed, porque entiende el alma su gran valor; y es sed penosísima que fatiga, trae consigo la misma satisfacción con que se mata aquella sed; de manera, que es una sed que no ahoga, sino a las cosas terrenas, antes da hartura, de manera, que cuando Dios la satisface, una de las mayores mercedes que puede hacer el alma, es dejarla con la misma necesidad, y mayor queda siempre de tornar a beber esta agua.

4. El agua tiene tres propiedades, que ahora se me acuerda que me hacen al caso, que muchas más terná. La una es, que enfría, que por calor que hayamos, en llegando al agua se quita: y si hay gran fuego, con ella se mata, salvo si no es de alquitrán, que se enciende más. ¡Oh válame

Dios, qué maravillas hay en este encenderse más el fuego con el agua, cuando es fuego fuerte, poderoso, y no sujeto a los elementos, pues éste con ser su contrario no le empece, antes le hace crecer! Mucho valiera aquí poder hablar, quien supiera filosofía, porque sabiendo las propiedades de las cosas, supiérame declarar, que me voy regalando en ello, y no lo sé decir, y aun por ventura no lo sé entender. De que Dios, hermanas, os traiga a beber este agua, y las que ahora bebéis, gustaréis desto, y entenderéis cómo el verdadero amor de Dios si está en su fuerza, y ya libre de cosas de tierra del todo, y que vuela sobre ellas, es señor de todos los elementos del mundo; y como el agua procede de la tierra, no hayáis miedo que mate a este fuego de amor de Dios, no es de su jurisdicción, aunque son contrarios, es ya señor absoluto, no le está sujeto, y así no os espantéis hermanas de lo mucho que he puesto en este libro, para que procuréis esta libertad.

5. ¿No es linda cosa, que una pobre monja de san José pueda llegar a señorear toda la tierra, y elementos? Y ¿qué mucho que los santos hiciesen dellos lo que querían con el favor de Dios? A san Martín el fuego, y las aguas le obedecían; y a san Francisco las aves, y los peces; y así a otros muchos santos, que se veía claro ser tan señores de todas las cosas del mundo, por haber bien trabajado de tenerle en poco, y sujetádose de veras con todas sus fuerzas al Señor dél. Así que como digo, el agua que nace en la tierra, no tiene poder contra este fuego, sus llamas son muy altas, y su nacimiento no comienza en cosa tan baja. Otros fuegos hay de pequeño amor de Dios, que cualquier suceso los amatará, mas a éste no: aunque toda la mar de tentaciones venga, no le harán que deje de arder, de manera que no se enseñoree él dellas. Pues si es agua de la que llueve del cielo, muy menos le amatará, mas que esotra le aviva; no son contrarios, sino de una tierra, no hayáis miedo se hagan mal el un elemento al otro, antes ayuda el uno al otro a su efecto; porque el agua de las lágrimas verdaderas, que son las que proceden en verdadera oración, vienen dadas del Rey del cielo, que le ayuda a encender más, y a hacer que dure, y el fuego, ayuda al agua a enfriar.

6. ¡Oh váleme Dios, qué cosa tan hermosa, y de tanta maravilla, que el fuego enfría, y aun hiela todas las afecciones del mundo cuando se junta con el agua viva del cielo, que es la fuente de donde proceden las lágrimas, que quedan dichas, que son dadas, y no adquiridas por nuestra industria! Así que a buen seguro, que no deja calor en ninguna cosa del mundo, para que se detenga en ellas, si no es para si puede pegar este fuego, que es natural suyo, no se contentar con poco, sino que si pudiese abrasaría todo el mundo.

7. Es la otra propiedad limpiar cosas no limpias. Si no hubiese agua para lavar, ¿qué sería del mundo? ¿Sabéis qué tanto limpia esta agua viva, esta agua celestial, esta agua clara, cuando no está turbia, cuando no tiene lodo, sino que cae del cielo? Que de una vez que se beba, tengo por cierto que deja el alma clara, y limpia de todas las culpas. Porque como tengo escrito, no da Dios lugar a que beban desta agua (que no está en nuestro querer, por ser cosa muy sobrenatural esta divina unión) si no es para limpiarla, y dejarla limpia, y libre del lodo, y miseria en que por las culpas estaba metida: porque otros gustos que vienen por medianería del entendimiento, por mucho que hagan, traen el agua corriendo por la

tierra, no la beben junto a la fuente, nunca falta en este camino cosas lodosas en que se detenga, y no va tan puro, ni tan limpio. No llamo yo esta oración (que como digo va discurriendo con el entendimiento) agua viva: conforme a mi entender, digo, que por mucho que queramos hacer, siempre se pega a nuestra alma (ayudada deste nuestro cuerpo, y bajo natural) algo de camino de lo que no queríamos.

8. Quiérome declarar más. Estamos pensando, qué es el mundo, y cómo se acaba todo para menospreciarlo, y casi sin entendernos nos hallamos metidos en cosas que amamos dél, y deseándolas huir, por lo menos nos estorba un poco pensar cómo fue, y cómo será, y qué hice, y qué haré. Y para pensar lo que hace al caso para librarnos, a las veces nos metemos de nuevo en el peligro. No porque esto se ha de dejar, mas hase de temer: es menester no ir descuidados. Acá lleva este cuidado el mismo Señor, que no quiere fiarnos de nosotros: tiene en tanto nuestra alma, que no la deja meter en cosas que la puedan dañar, por aquel tiempo que quiere favorecerla, sino pónela de presto junto cabe sí, y muéstrale en un punto más verdades, y dala más claro conocimiento de lo que es todo, que acá pudiéramos tener en muchos años. Porque no va libre la vista, ciéganos el polvo como vamos caminando: acá llévanos el Señor al fin de la jornada, sin entender cómo. La otra propiedad del agua es, que harta, y quita la sed: porque sed me parece a mí, quiere decir, deseo de una cosa que nos hace gran falta, que si del todo nos falta, nos mata. Extraña cosa es, que si nos falta, nos mata: y si nos sobra, nos acaba la vida, como se ve morir muchos ahogados.

9. ¡Oh Señor mío, y quién se viese tan engolfada en esta agua viva, que se le acabase la vida! Mas ¿no puede ser esto? Sí, que tanto puede crecer el amor, y el deseo de Dios, que no lo pueda sufrir el sujeto natural, y así ha habido personas que han muerto. Yo sé de una, que si no la socorriera Dios presto, era esta agua viva tan en gran abundancia, que casi la sacaba de sí con arrobamientos. Digo, que casi la sacaban de sí, porque aquí descansa el alma. Parece que ahogada de no poder sufrir el mundo resucita en Dios, y su Majestad la habilita, para que pueda gozar lo que estando en sí no pudiera sin acabársele la vida. Entiéndase de aquí, que como en nuestro sumo Bien no puede haber cosa, que no sea cabal, todo lo que él da es para nuestro bien; y por mucha abundancia que haya desta agua, no hay sobra, que no puede haber demasía en cosa suya: porque si da mucho, hace, como he dicho, hábil al alma, para que sea capaz de beber mucho: como un vidriero que hace la vasija de la manera que ve que es menester, para que quepa lo que quiere echar en ella. En el desearlo, como es de nosotros, nunca va sin falta, si alguna cosa buena lleva, es lo que en él ayuda del Señor; mas somos tan indiscretos, que como es pena suave, y gustosa, nunca nos pensamos hartar desta pena: comemos sin tasa, ayudamos como acá podemos a este deseo, y así algunas veces mata: dichosa tal muerte. Mas por ventura con la vida ayudará a otros para morir por deseo desta muerte. Y esto creo hace el demonio, porque entiende el daño que ha de hacer con vivir, y así tienta aquí de indiscretas penitencias para quitar la salud, y no le va poco en ello. Digo, que quien llegó a tener esta sed tan impetuosa, que se mire mucho, porque crea que terná esta tentación; y aunque no muera de sed, acabará la salud, y dará muestras exteriores, aunque no quiera, que se han de excusar por todas

vías. Algunas veces aprovechará poco nuestra diligencia, que no podremos todo lo que se quiere encubrir: mas estemos con cuidado cuando vienen estos ímpetus tan grandes de crecimiento deste deseo, para no añadir en él, sino con suavidad cortar el hilo con otra consideración, que podrá ser que nuestra naturaleza a veces obre tanto como el amor; que hay personas, que cualquier cosa, aunque sea mala, desean con gran vehemencia. Éstas no creo serán las muy mortificadas, que para todo aprovecha la mortificación. Parece desatino, que cosa tan buena se ataje, pues no lo es, que yo no digo que se quite el deseo, sino que se ataje, y por ventura será con otro que se merezca tanto. Quiero decir algo, para darme mejor a entender. Da un gran deseo de verse ya con Dios, y desatado desta cárcel, como le tenía san Pablo, pena por tal causa, y que debe en sí ser muy gustosa: no será menester poca mortificación para atajarla, y del todo no podrá. Mas cuando viere que aprieta tanto, que casi va a quitar el juicio, como yo vi a una persona no ha mucho, y aunque de su natural impetuosa, pero tan amostrada a quebrantar su voluntad, que me parece lo ha ya perdido, porque se ve en otras cosas: digo que por un rato la vi como desatinada, de la gran pena, y fuerza que se hizo en disimularla, y que en caso tan excesivo, aunque fuese espíritu de Dios, tengo por humildad temer; porque no hemos de pensar que tenemos tanta caridad, que nos pone en tan gran aprieto. Digo, que no terné por malo, si puede (aunque por ventura todas veces no podrá) que mude el deseo, pensando que si vive servirá más a Dios, y podrá ser que dé a luz a algún alma que se había de perder, y que con servir más merecerá por donde pueda gozar más de Dios, y témase lo poco que ha servido: y éstos son buenos consuelos para tan gran trabajo, y aplacará su pena, y ganará mucho, pues por servir al mismo Señor se quiere acá pasar, y vivir con su pena. Es como si uno tuviese un gran trabajo, o grave dolor, consolarle con decir tenga paciencia, y se deje en las manos de Dios, y que cumpla en él su voluntad, que dejarnos en ellas, es lo más acertado en todo. Y que si el demonio ayudó en alguna manera a tan gran deseo, que sería posible, como cuenta, creo, Casiano de un ermitaño de asperísima vida, que le hizo entender, que se echase en un pozo, porque vería más presto a Dios. Yo bien creo que no debía haber vivido con humildad, ni bien; porque fiel es el Señor, y no consintiera su Majestad que se cegara en cosa tan manifiesta; mas está claro, que si el deseo fuera de Dios, no le hiciera mal. Trae consigo la luz, y la discreción, y la medida (esto es claro) sino que este adversario enemigo nuestro, por donde quiera que fuere procura dañar: y pues él no anda descuidado, no lo andemos nosotras. Éste es punto importante para muchas cosas, ansí para acortar el tiempo de la oración, por gustosa que sea, cuando se vienen a acabar las fuerzas corporales, o hacer daño a la cabeza: en todo es muy necesario discreción. ¿Para qué pensáis, hijas mías, que he pretendido declarar el fin, y mostrar el premio antes de la batalla, con deciros el bien que trae consigo llegar a beber desta fuente celestial, y desta agua viva? Para que no os congojéis del trabajo, y contradicción que hay en el camino, y vais con ánimo, y no os canséis; porque como he dicho, podrá ser que después de llegadas, que no os falte sino bajaros a beber en la fuente, lo dejéis todo, y perdáis este bien, pensando no tendréis fuerza para llegar a él, y que no sois para ello. Mirad que convida el Señor a todos, pues es la misma verdad, no hay que dudar. Si no fuera general este

convite, no nos llamara el Señor a todos; y aunque nos llamara, no nos dijera: «Yo os daré de beber». Pudiera decir: «Venid todos, que en fin no perderéis nada, y a los que a mí me pareciere yo les daré de beber»: mas como dijo, sin esta condición, a todos, tengo por cierto, que todos los que no se quedaren en el camino, no les faltará esta agua viva. Denos el Señor, que la promete, gracia para buscarla como se ha de buscar, por quien su Majestad es.

Capítulo XX

Trata cómo por diferentes vías nunca falta consolación en el camino de la oración, y aconseja a las hermanas desto sean sus pláticas siempre

1. Parece que me contradigo en este capítulo pasado de lo que había dicho; porque cuando consolaba a las que no llegaban aquí, dije, que tenía el Señor diferentes caminos por donde iban a él, así como había muchas moradas. Así lo torno ahora a decir, porque como entendió su Majestad nuestra flaqueza, proveyó como quien es; mas no dijo, por este camino vengan unos, y por éste otros, antes fue tan grande su misericordia, que a nadie quitó que procurarse venir a esta fuente de vida a beber. ¡Bendito sea por siempre, y con cuánta razón me lo hubiera quitado a mí! Y pues no me mandó lo dejase cuando lo comencé, y hizo que me echasen en el profundo, a buen seguro que no lo quite a nadie, antes públicamente nos llama a voces: mas como es tan bueno no nos fuerza, antes da de muchas maneras a beber a los que le quieren seguir, para que ninguno vaya desconsolado, ni muera de sed: porque desta fuente caudalosa salen arroyos, unos grandes, y otros pequeños, y algunas veces charquitos, para niños, que aquellos les basta, y más, sería espantarlos ver mucha agua; éstos son los que están en los principios. Así que hermanas, no hayáis miedo que muráis de sed. En este camino nunca falta agua de consolación, tan faltada que: no se puede sufrir: y pues esto es así, tomad mi consejo, y no os quedéis en el camino, sino pelead como fuertes, hasta morir en la demanda, pues no estáis aquí a otra cosa, sino a pelear. Y con ir siempre con esta determinación de antes morir, que dejar de llegar al fin del camino, si os llevare el Señor con alguna sed en esta vida, en la que es para siempre os dará con toda abundancia de beber, y sin temor que os ha de faltar. Plega al Señor no le faltemos nosotras. Amén. Ahora para comenzar este camino, que queda dicho, de manera que no se yerre desde el principio, tratemos un poco de cómo se ha de principiar esta jornada, porque es lo que más importa. Digo, que importa el todo para todo. No digo que quien no tuviere la determinación que aquí diré, deje de comenzar, porque el Señor le irá perfeccionando; y cuando no hiciese más de dar un paso, tiene en sí tanta virtud, que no haya miedo lo pierda, ni le deje de ser muy bien pagado. Es, digamos, como quien tiene una cuenta de perdones, que si la reza una vez, gana, y mientras más veces, más: mas si nunca llega a ella, sino que se la tiene en el arca, mejor fuera no tenerla. Así que aunque no vaya después por el mesmo camino, lo poco que hubiere andado dél, le dará luz para que vaya bien por los otros; y si más anduviere, más. En fin, tenga por cierto no le hará daño el haberle comenzado para cosa ninguna, aunque le deje, porque el bien nunca hace

mal. Por eso a todas las personas que os trataran, hijas, habiendo disposición, y alguna amistad, procurad quitarles el miedo de comenzar tan gran bien. Y por amor de Dios os pido, que vuestro trato sea siempre ordenado a algún bien de aquel con quien habláredes, pues vuestra oración ha de ser para provecho de las almas: y esto habéis siempre de pedir al Señor. Mal parecería, hermanas, no lo procurar de todas maneras. Si queréis ser buen deudo, ésta es la verdadera amistad; si buena amiga, entended que no lo podéis ser sino por este camino. Ande la verdad en vuestros corazones, como ha de andar por la meditación, y veréis claro el amor que somos obligados a tener a los prójimos. No es ya tiempo, hermanas, de juego de niños (que no parece otra cosa estas amistades del mundo, aunque sean buenas) ni haya en vosotras tal plática, que si me queréis, o no me queréis, ni con deudos, ni con nadie, si no fuere yendo fundadas en un gran fin, y provecho de aquel ánima: que puede acaecer, que para que os escuche vuestro deudo, o hermano, o persona semejante una verdad, y la admita, sea menester de disponerle con estas pláticas, y muestras de amor, que a la sensualidad siempre contentan, y acaecerá tener en más una buena palabra (que así la llaman) y disponer más que muchas de Dios, para que después éstas sepan bien; y así yendo con advertencia de aprovechar, no las quito, mas si no es para esto, ningún provecho pueden traer, y podrán hacer daño sin entenderlo vosotras. Ya saben que sois religiosas, y que vuestro trato es de oración, no se os ponga delante, no quiero que me tengan por buena, porque es provecho, o daño común el que en vos vieren, y es gran mal, que a las que tanta obligación tienen de no hablar, sino en Dios, como las monjas, les parezca bien la disimulación en este caso, si no fuese alguna vez para más bien. Éste es vuestro trato, y lenguaje: quien os quisiere tratar, depréndale, o si no guardaos de(29) deprender vosotras el suyo, que será infierno. Si os tuvieren por groseras, poco va en ello; si por hipócritas, menos. Ganaréis de aquí, que no os verá sino quien se entendiere por esta lengua, porque no lleva camino uno que no sabe algarabía, gustar de hablar mucho con quien no sabe otro lenguaje: y así, ni os cansarán, ni dañarán, que no sería poco daño comenzar a hablar nueva lengua, y todo el tiempo se os iría en eso. Y no podéis saber, como yo que lo he experimentado, el gran mal que es para el alma, que por saber la una, se olvide la otra, y es un perpetuo desasosiego, del que en todas maneras habéis de huir; porque lo que mucho conviene para este camino, que comenzamos a tratar, es paz, y sosiego en el alma. Si los que os trataran quisieren deprender vuestra lengua (ya que no es vuestro de enseñar) podéis decir las riquezas que se ganan en deprenderla, y desto no os canséis, sino con piedad, y amor, y oración, porque le aproveche, para que entendiendo la gran ganancia, vaya a buscar maestro que le enseñe; que no sería poca merced, que os hiciese el Señor despertar a alguna alma para este bien. Mas ¿qué de cosas se ofrecen en comenzando a tratar deste camino, aun a quien tan mal ha andado por él como yo? Plega al Señor os lo sepa, hermanas, decir mejor que lo he hecho. Amén.

Que dice lo mucho que importa comenzar con gran determinación a tener oración, y no hacer caso de los inconvenientes que el demonio pone

1. No os espantéis, hijas, de las muchas cosas que es menester mirar para comenzar este viaje divino, que es camino real para el cielo. Gánase yendo por el gran tesoro, no es mucho que cueste mucho a nuestro parecer; tiempo verná que se entienda cuán nonada es todo para tan gran precio. Ahora tornando a los que quieren ir por él, y no parar hasta el fin, que es llegar a beber desta agua viva, como han de comenzar, digo, que importa mucho, y el todo, una grande, y determinada determinación, de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, si quiera llegue allá, si quiere se muera en el camino, o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, si quiera se hunda el mundo: como muchas veces acaece con decirnos, hay peligros, fulana por aquí se perdió, el otro se engañó, el otro que rezaba mucho cayó, hacen daño a la virtud, no es para mujeres, que les podrán venir ilusiones, mejor será que hilen, no han menester esas delicadezas, basta el Pater noster, y Ave María. Esto es así lo digo hermanas, y como si basta: siempre es gran bien fundar vuestra oración sobre oraciones dichas de tal boca como la del Señor. En esto tienen razón, que si no estuviese ya nuestra flaqueza tan flaca, y nuestra devoción tan tibia, no eran menester otros conciertos de oraciones, ni eran menester otros libros. Y así me ha parecido ahora (pues, como digo, hablo con almas que no pueden recogerse en otros misterios, que les parece son artificios, y hay algunos ingenios tan ingeniosos, que nada les contenta) ir fundando por aquí unos principios, y medios, y fines de oración; aunque en cosas subidas no me deterné. Y no os podrán quitar libros, que si sois estudiosas, y teniendo humildad, no habéis menester otra cosa. Siempre yo he sido aficionada, y me han recogido más las palabras de los Evangelios, que libros muy concertados, en especial si no era el autor muy aprobado, no los había gana de leer. Allegada, pues, a este maestro de la sabiduría, quizá me enseñará alguna consideración que os contente. No digo que diré declaración destas oraciones divinas, que no me atrevería, y hartas hay escritas; y que no las hubiera, fuera disbarate, sino consideración sobre las palabras del Pater noster; porque algunas veces con muchos libros, parece se nos pierde la devoción, en lo que tanto nos va tenerla. Que está claro, que el mismo maestro cuando enseña una cosa, toma amor con el discípulo, y gusta de que le contente lo que le enseña, y le ayuda mucho a que lo deprenda, y así hará el Maestro celestial con nosotras; y por eso ningún caso hagáis de los miedos que os pusieren, ni de los peligros que os pintaren. Donosa cosa es, que quiera yo ir por un camino a donde hay tantos ladrones, sin peligros, y ganar un gran tesoro. Pues bueno anda el mundo, para que os lo dejen tomar en paz, sino que por un maravedí de interese se pornán a no dormir muchas noches, y a desasosegaros cuerpo, y alma. Pues cuando yéndole a ganar, o a robar (como dice el Señor que le ganan los esforzados) por camino real (y por camino seguro, por el que fue nuestro Rey, por el que fueron todos sus escogidos, y santos) os dicen hay tantos peligros, y os ponen tantos temores: los que van a su parecer a ganar este bien sin camino, ¿qué son los peligros que llevarán? ¡Oh hijas mías, qué muchos más sin comparación, sino que no los entienden hasta dar de ojos en

el verdadero peligro, cuando no hay quien les dé la mano, y pierden del todo el agua, sin beber poca, ni mucha, ni de charco, ni de arroyo! Pues ya veis, sin gota desta agua, ¿cómo se pasará camino donde hay tantos con quien pelear? Está claro, que al mejor tiempo morirán de sed, porque queramos, que no, hijas mías, todos caminamos para este fuente, aunque de diferentes maneras; pues creedme vosotras, y no os engañe nadie en mostraros otro camino sino el de la oración. Y no hablo ahora en que sea mental, o vocal para todos, para vosotras digo, que lo uno, y lo otro habéis menester. Éste es el oficio de los religiosos: quien os dijere, que esto es peligro, tenedle a él por el mismo peligro, y huid dél, y no se os olvide, que por ventura habréis menester este consejo. Peligro será no tener humildad, y las otras virtudes: ¿mas camino de oración, camino de peligro? Nunca Dios tal quiera, que el demonio parece ha inventado poner estos miedos, y ansí ha sido mañoso a hacer caer a algunos que tenían oración. Y miren tan gran ceguedad, que no miran el mundo de millares, como dicen, que han caído en herejía, y en grandes males sin tener oración, ni saber qué cosa era, y entre muchos destos, si el demonio por hacer mejor su negocio ha hecho caer a algunos bien contados que tenían oración, ha hecho poner tanto temor en las cosas de virtud a algunos. Estos que toman este amparo para librarse, se guarden, porque huyen del bien, por librarse del mal. Nunca tan mala invención he visto, parece del demonio. ¡Oh Señor mío, tornad por vos! Mirad que entienden al revés vuestras palabras: no permitáis semejantes flaquezas en vuestros siervos. Hay un gran bien, que siempre veréis algunos que os ayuden, porque esto tiene el verdadero siervo de Dios, a quien su Majestad ha dado luz del verdadero camino, que por estos temores le crece más el deseo de no parar. Entiende claro por dónde va a dar el golpe el demonio, y húrtales el cuerpo, y quíbrale la cabeza; más siente él esto, que cuantos placeres otros le hacen, le contentan. Cuando en un tiempo de alboroto, en una cizaña que ha puesto, que parece lleva a todos tras sí medio ciegos, porque es debajo de buen celo, levanta Dios uno que les abra los ojos, y diga, que miren les ha puesto niebla en ellos el demonio para no ver el camino: ¡qué grandeza de Dios, que puede más a las veces un hombre solo, o dos, que digan verdad, que muchos juntos! Torna poco a poco a descubrir el camino, dales Dios ánimo. Si dicen que hay peligro en la oración, procura se entienda cuán buena es la oración, si no por palabras, por obras. Si dicen, que no es bien a menudo las comuniones, entonces las frecuente más: ansí que como haya uno, o dos que sin temor sigan lo mejor, luego torna el Señor poco a poco a ganar lo perdido. Ansí que hermanas, dejaos destos miedos, nunca hagáis caso de cosas semejantes de la opinión del vulgo; mirad que no son tiempos de creer a todos, sino a los que viéredes van conforme a la vida de Cristo. Procurad tener limpia conciencia, y menosprecio de todas las cosas del mundo, y creer firmemente lo que tiene la santa madre Iglesia, y a buen seguro que vais buen camino. Dejaos, como he dicho, de temores a donde no hay que temer. Si alguno os los pusiere, declaradle con humildad el camino, decid que tenéis regla, que os manda orar sin cesar, que ansí nos lo manda, y que la habéis de guardar. Si os dijeren que sea vocalmente, preguntad ¿qué si ha de estar el entendimiento, y corazón en lo que decís? Si os dijeren que sí (que no podrán decir otra cosa) veis a donde confiesan, que forzado habéis de

tener oración mental, y aun contemplación, si os la diere Dios allí. Sea bendito para siempre.

Capítulo XXII

En que declara, qué es oración mental

1. Sabed, hijas, que no está la falta para ser, o no ser oración mental, en tener cerrada la boca: si hablando estoy enteramente entendiendo, y viendo que hablo con Dios, con más advertencia que en las palabras que digo, junto está oración mental, y vocal. Salvo si no os dicen que estéis hablando con Dios rezando, el Pater noster, y pensando en el mundo, aquí callo; mas si habéis de estar, como es razón se esté hablando con tan gran Señor, es bien estéis mirando con quién habláis, y quién sois vos, si quiera para hablar con crianza. Porque, ¿cómo podéis hablar, y llamar al rey Alteza, ni saber las ceremonias que se hacen para hablar a un grande, si no entendéis bien qué estado tiene, y qué estado tenéis vos? Porque conforme a esto se ha de hacer acatamiento, y conforme al uso; porque aun esto es menester también que sepáis, si no enviaros han para simple, y no negociaréis cosa. Pues ¿qué es esto Señor mío? ¿Qué es esto mi Emperador? ¿Cómo se puede sufrir? Rey sois Dios mío sin fin, que no es reino prestado el que tenéis. Cuando en el Credo se dice, «vuestro reino no tiene fin», casi siempre me es particular regalo. Aláboos Señor, y bendígoos para siempre; en fin vuestro reino durará para siempre. Pues nunca vos Señor permitáis se tenga por bueno, que quien fuere a hablar con vos sea sólo con la boca. ¿Qué es esto, cristianos? ¿Los que decís no es menester oración mental, entendéis os? Cierto que pienso que no os entendéis, y ansí queréis desatinemos todos, ni sabéis cuál es oración mental, ni cómo se ha de rezar la vocal, ni qué es contemplación, porque si lo supiédes, no condenaríades por un cabo, lo que alabáis por otro. Yo he de poner siempre junta oración mental, con la vocal, cuando se me acordare, porque no os espanten hijas, que yo sé en qué caen estas cosas, que he pasado algún trabajo en este caso; y ansí no querría que nadie os trajese desasosegadas, que es cosa dañosa ir con miedo este camino. Importa mucho entender que vais bien, porque en diciendo a algún caminante, que va errado, y que ha perdido el camino, le acaece andar de un cabo a otro, y todo lo que anda buscando por dónde ha de ir, se cansa, y gasta el tiempo, y llega más tarde. ¿Quién puede decir que es mal, si comienza uno a rezar las Horas, o el rosario, que comience a pensar con quién va a hablar, y quién es el que habla, para ver cómo le ha de tratar? Pues yo os digo hermanas, que si lo mucho que hay que hacer en entender estos dos puntos, se hiciese bien, que primero que comencéis la oración vocal, que vais a rezar, ocupéis harto tiempo en la mental. Sí, que no hemos de llegar a hablar a un príncipe con el descuido que a un labrador, o como a un pobre, como nosotras, que como quiera que nos hablen va bien. Razón es, que ya que por la humildad deste Rey, si como grosera no sé hablar con él, no por eso me deja de oír, ni me deja de llegar a sí, ni me echan fuera sus guardas (porque saben bien los ángeles que están allí la condición de su Rey, que gusta más desta grosería de un pastorcito humilde, que ve que si más supiera, más dijera, que de los muy sabios

letrados, por elegantes razonamientos que hagan, si no van con humildad) así, que no porque él sea bueno, hemos de ser nosotros descomedidos. Si quiera para agradecerle el mal olor que sufre en consentir cabe sí una como yo, es bien que procuremos conocer su limpieza, y quién es. Es verdad, que se entiende luego en llegando como con los señores de acá; con que nos digan quién fue su padre, y los cuentos que tiene de renta, y el dictado, no hay más que saber, porque acá no se hace cuenta de las personas, para hacerlas honra, por mucho que merezcan, sino de las haciendas. ¡Oh miserable mundo! Alabad mucho a Dios, hijas mías, que habéis dejado cosa tan ruin, a donde no hacen caso de lo que ellos en sí tienen, sino de lo que tienen sus renteros, y vasallos; y si ellos faltan, luego falta el mundo de hacerle honra. Cosa donosa es ésta, para que os holguéis, cuando hayáis todas de tomar alguna recreación, que éste es buen pasatiempo, entender cuán ciegamente pasan su tiempo los del mundo. ¡Oh Emperador nuestro, sumo poder, suma bondad, la misma sabiduría sin principio, sin fin, sin haber término en vuestras perfecciones, son infinitas sin poderse comprehender, un piélago sin suelo de maravillas, una hermosura, que tiene en sí todas las hermosuras, la misma fortaleza! ¡Oh váleme Dios, quién tuviera aquí junta toda la elocuencia de los mortales, y sabiduría para saber bien (como acá se puede saber, que todo es no saber nada) para este caso dar a entender alguna de las muchas cosas, que podemos considerar para conocer algo de quién es este Señor, y bien nuestro! Sí, llegaos a pensar, y entender en llegando con quién vais a hablar o con quién estáis hablando. En mil vidas de las nuestras no acabaremos de entender cómo merece ser tratado este Señor, que los ángeles tiemblan delante dél, todo lo manda, todo lo puede, su querer es obrar. Pues razón será, hijas mías, que procuremos deleitarnos en estas grandezas que tiene nuestro Esposo, y que entendamos con quién estamos casadas, qué vida hemos de tener. ¡Oh váleme Dios! Pues acá cuando uno se casa, primero sabe con quién, y quién es, y qué tiene: nosotras ya desposadas, antes de las bodas, que nos ha de llevar a su casa, ¿no pensáramos en nuestro Esposo? Pues acá no quitan estos pensamientos a las que están desposadas, ¿por qué nos han de quitar que procuremos entender quién es este hombre, y quién es su padre, y qué tierra es ésta a donde me ha de llevar, y qué bienes con los que promete darnos, qué condición tiene, cómo podré contentarle mejor, en qué le haré placer, y estudiar cómo haré mi condición que conforme con la suya? Pues si una mujer, ha de ser bien casada, no le avisan otra cosa, sino que procure esto, aunque sea hombre muy bajo su marido. Pues Esposo mío, ¿en todo han de hacer menos caso de vos, que de los hombres? Si a ellos no les parece bien esto, dejenos vuestras esposas, que han de hacer vida con vos. Es verdad, que es buena vida, si un esposo es tan celoso, que quiere no trate con nadie su esposa, linda cosa es, que no piense cómo le harán este placer, la razón que tiene de sufrirle no querer que trate con otro, pues en él tiene todo lo que puede querer. Ésta es oración mental, hijas mías, entender estas verdades. Si queréis ir entendiendo esto, y rezando vocalmente, muy enhorabuena, no me estéis hablando con Dios, y pensando en otras cosas, que esto hace no entender qué cosa es oración mental: creo va dado a entender, plega al Señor, lo sepamos obrar. Amén.

Capítulo XXIII

Trata de lo que importa no tornar atrás quien ha comenzado camino de oración, y torna a hablar de lo mucho que va en que sea con gran determinación

1. Pues digo que va muy mucho en comenzar con gran determinación, por tantas causas, que sería alargarme mucho si las dijese, solas dos, o tres os quiero, hermanas, decir. La una es, que no es razón que a quien tanto nos ha dado, y contino da, que una cosa que queremos determinar a darle, que es este cuidadito (no cierto sin interese, sino con tan grandes ganancias) no se le dar con toda determinación, sino como quien presta una cosa para tornarla a tomar. Esto no me parece a mí dar, antes siempre queda con algún disgusto, a quien han emprestado una cosa, cuando se la tornan a tomar; en especial si la ha menester, y la tenía ya como por suya. O que si son amigos, y a quien la prestó debe muchas dadas sin ningún interese, con razón le parecerá poquedad, y muy poco amor, que aun una cosa suya no quiere dejar en su poder, si quiera por señal de amor. ¿Qué esposa hay, que recibiendo muchas joyas de valor de su esposo, no le dé si quiera una sortija, no por lo que vale, que ya todo es suyo, sino por prenda que será suya hasta que muera? Pues ¿qué menos merece este Señor, para que burlemos dél, dando, y tomando una nonada que le damos? Sino que este poquito de tiempo que nos determinamos de darle, de cuanto gastamos con otros, y con quien no nos lo agradecerá, ya que aquel rato le queremos dar, démosle libre el pensamiento, y desocupado de otras cosas, y con toda determinación de nunca jamás se lo tornar a tomar, por trabajos que por ello nos vengan, ni por contradicciones, ni por sequedades; sino que ya como cosa no mía tenga aquel tiempo, y piense me le pueden pedir por justicia, cuando del todo no se le quisiere dar. Llamo del todo, porque no se entiende, que dejarlo algún día, o algunos, por ocupaciones justas, o por cualquier indisposición, es tomársele ya. La intención esté firme, que no es nada delicado mi Dios, no mira en menudencias, ansí terná qué os agradecer, es dar algo. Lo demás, bueno es a quien no es franco, sino tan apretado, que no tiene corazón para dar, harto es que preste. En fin haga algo, que todo lo toma en cuenta este Señor nuestro; a todo hace como le queremos; para tomarnos cuenta, no es nada menudo, sino generoso; por grande que sea el alcance, tiene él en poco perdonarle, para pagarnos. Es tan mirado, que no hayáis miedo, que un alzar de ojos, con acordarnos dél, deje sin premio. Otra causa, es porque el demonio no tiene tanta mano para atentar; ha gran miedo a ánimas determinadas, que tiene ya él experiencia que le hacen gran daño, y cuanto él ordena para dañarlas, viene en provecho dellas, y de otras, y que sale él con pérdida. Y ya que no hemos nosotros de estar descuidados, ni confiar en esto, porque lo habemos con gente traidora, y a los apercebidos no osa tanto acometer, porque es muy cobarde, y si viese descuido, haría gran daño; mas si conoce a uno por mudable, y que no está firme en el bien, y con gran determinación de perseverar, no le dejará a sol, ni a sombra, miedos le porná, e inconvenientes, que nunca acabe. Yo lo sé esto muy bien por experiencia, y ansí lo he sabido decir, y digo, que no sabe nadie lo mucho que importa. La otra cosa que hace mucho al caso es, que pelea con más

ánimo; ya sabe, que venga lo que viniere, no ha de tornar atrás. Es como uno que está en una batalla, que sabe que si le vencen, no le perdonarán la vida, y que ya que no muere en la batalla, ha de morir después; pelea con más determinación, y quiere vender bien su vida, como dicen, y no teme tanto los golpes, porque lleva delante lo que le importa la vitoria, y que le va la vida en vencer. Es también necesario comenzar con seguridad, de que si no nos dejamos vencer, saldremos con la empresa: esto sin ninguna duda, que por poca ganancia que saquen, saldrán muy ricos. No hayáis miedo que os deje morir de sed el Señor, que nos llama a que bebamos desta fuente. Esto queda ya dicho, y querríalo decir muchas veces, porque acobarda mucho a personas que aún no conocen del todo la bondad del Señor por experiencia, aunque le conocen por fe. Mas es gran cosa haber experimentado con el amistad, y regalo que trata a los que van por este camino, y cómo casi les hace toda la costa. Y los que esto no han probado, no me maravillo que quieran seguridad de algún interesse. Pues ya sabéis que es ciento por uno, aun en esta vida; y que dice el Señor: «Pedí, y daros han»: si no creéis a su Majestad en las partes de su Evangelio, que asegura esto, poco aprovecha, hermanas, que me quiebre yo la cabeza a decirlo. Todavía digo, a quien tuviere alguna duda, que poco se pierde en probarlo, que eso tiene bueno este viaje, que se da más de lo que se pide, ni acertaremos a desear. Esto es sin falta, yo lo sé, y a las de vosotras que lo sabéis por experiencia, por la bondad de Dios, puedo presentar por testigos.

Capítulo XXIV

Trata cómo se ha de rezar oración vocal con perfección, y cuán junta anda con ella la mental

1. Ahora, pues, tornemos a hablar con las almas que he dicho, que no se pueden recoger, ni atar los entendimientos en oración mental, ni tener consideración. No nombremos aquí estas dos cosas, pues no sois para ellas, que hay muchas personas en hecho de verdad, que sólo el nombre de oración mental, o contemplación, parece que las atemoriza; y por si alguna viene a esta casa, que también, como he dicho, no van todos por un camino. Pues lo que quiero ahora aconsejaros (y aun puedo decir enseñaros, porque como madre en el oficio de priora que tengo es lícito) es cómo habéis de rezar vocalmente, porque es razón entendáis lo que decís. Y porque quien no puede pensar en Dios, puede ser que oraciones largas también la cansen, tampoco me quiero entremeter en ellas, sino en las que forzado habemos a rezar (pues somos cristianos) que es el Pater noster, y Ave María; porque no puedan decir por nosotras, que hablamos, y no nos entendemos. Salvo si nos parece basta irnos por la costumbre con sólo pronunciar las palabras, y que esto basta. Si basta, o no, en eso no me entremeto, los letrados lo dirán; lo que yo querría que hiciésemos nosotras, hijas, es, que no nos contentemos con sólo eso, porque cuando digo Credo, razón me parece será que entienda, y sepa lo que creo, y cuando Padre nuestro, amor será entender quién es este Padre nuestro, y quién es el maestro que nos enseñó esta oración. Si queréis decir que ya os lo sabéis, y que no hay para qué se os acuerde, no tenéis razón, que mucho va de maestro a maestro; pues

aun de los que acá nos enseñan, es gran desgracia no nos acordar, en especial si son santos, y son maestros del alma, es imposible si somos buenos discípulos. Pues de tal Maestro, como quien nos enseñó esta oración, y con tanto amor, y deseo que nos aprovechase, nunca Dios quiera, que no nos acordemos dél muchas veces, cuando decimos la oración, aunque por ser flacos no sean todos. Pues cuanto a lo primero, ya sabéis que enseña su Majestad, que sea a solas, que así lo hacía él siempre que oraba, y no por su necesidad, sino por nuestro enseñamiento. Ya esto dicho se está, que no se sufre hablar con Dios, y con el mundo, que no es otra cosa estar rezando, y escuchando por otra parte lo que están hablando, o pensar en lo que se le ofrece, sin más irse a la mano. Salvo si no es algunos tiempos, que o de malos humores (en especial si es persona que tiene melancolía) o flaqueza de cabeza, que aunque más lo procura, no puede, o permite Dios días de grandes tempestades en sus siervos, para más bien suyo; y aunque se afligen, y procuran quietarse, no pueden, ni están en lo que dicen, aunque más hagan, ni asienta en nada el entendimiento, sino que parece tiene frenesí, según anda desbaratado; y en la pena que da a quien lo tiene, verá que no es la culpa suya. Y no se fatigue, que es peor, ni se canse en poner seso a quien por entonces no le tiene, que es su entendimiento, sino rece como pudiere, y aun no rece, sino como enferma procure dar alivio a su alma, y entienda en otra obra de virtud. Esto es ya para personas que traen cuidado de sí, y tienen entendido no han de hablar a Dios, y al mundo junto. Lo que podemos hacer nosotras es, procurar estar a solas, y plega a Dios que baste, como digo, para que entendamos con quién estamos, y lo que nos responde el Señor a nuestras peticiones. ¿Pensáis que se está callando, aunque no le oímos? Bien habla al corazón cuando le pedimos de corazón, y bien es que consideremos, qué somos cada una de nosotras, a quien enseñó esta oración, y que nos la está mostrando. Pues nunca el maestro está tan lejos del discípulo(30), que sea menester dar voces, sino muy junto. Esto quiero yo que entendáis vosotras os conviene, para rezar bien el Pater noster; no os apartar de cabe el Maestro, que os lo mostró. Diréis, que ya esto es consideración, que no podéis, ni aun queréis sino rezar vocalmente; porque también hay personas mal sufridas, y amigas de no se dar pena, que como no lo tienen de costumbre, es la recoger el pensamiento al principio, y por no cansarse un poco, dicen que no pueden más, ni lo saben, sino rezar vocalmente. Tenéis razón en decir, que es oración mental, mas yo os digo cierto, que no sé cómo lo aparte, si ha de ser bien rezado lo vocal, y entendiendo con quién hablamos; y aun es obligación que procuremos rezar con advertencia, y aun plega a Dios que con estos remedios vaya bien rezado el Pater noster, y no acabemos en otra cosa impertinente. Yo lo he probado algunas veces, y el mejor remedio que hallo es, procurar tener el pensamiento en quien enderezo las palabras. Por esto tened paciencia, y procurad hacer costumbre de cosa tan necesaria.

Capítulo XXV

En que dice lo mucho que gana un alma que reza con perfección vocalmente, y cómo acaece levantarla Dios de allí a cosas sobrenaturales

1. Y porque no penséis que se saca poca ganancia de rezar vocalmente con perfección, os digo, que es muy posible, que estando rezando el Pater noster, os ponga el Señor en contemplación perfecta, o rezando otra oración vocal, que por estas vías muestra su Majestad, que oye al que le habla, y le habla su grandeza, suspendiendo el entendimiento, y atajándole el pensamiento, y tomándole, como dicen, la palabra de la boca, que aunque quiere no puede habla, si no es con mucha pena. Entiende, que sin ruido de palabras le está enseñando este Maestro divino, suspendiendo las potencias; porque entonces antes dañarían, que aprovecharían, si obrasen. Gozan sin entender cómo gozan: está el alma abrasándose en amor, y no entiende cómo ama: conoce que goza de lo que ama, y no sabe cómo lo goza: bien entiende que no es gozo que alcanza el entendimiento a desearle, abrázale la voluntad sin entender cómo; mas en pudiendo entender algo, ve que no es éste bien que se puede merecer con todos los trabajos que se pasasen juntos, por ganarle en la tierra: es don del Señor della, y del cielo, que en fin, da como quien es. Ésta, hijas, es contemplación perfecta, ahora entenderéis la diferencia que hay della a la oración mental, que es lo que queda dicho, pensar, y entender lo que hablamos, y con quién hablamos, y quién somos los que osamos hablar con tan gran Señor. Pensar esto, y otras cosas semejantes de lo poco que le hemos servido, y lo mucho que estamos obligados a servir, es oración mental. No penséis es otra algarabía, ni os espante el nombre, rezar el Pater noster, y Ave María, o lo que quisiéredes, es oración vocal; pues mirad qué mala música hará sin lo primero, aun las palabras no irán con concierto todas veces. En estas dos cosas podemos algo nosotros con el favor de Dios: en la contemplación que ahora dije, ninguna cosa; su Majestad es el que todo lo hace, que es obra suya, sobre nuestro natural. Como está dado a entender esto de contemplación muy largamente, y lo mejor que yo lo supe declarar en la relación de mi vida, que tengo dicho escribí, para que viesen mis confesores, que me lo mandaron, no lo digo aquí, ni hago más de tocar en ello. Las que hubiéredes sido tan dichosas, que el Señor os llegue a estado de contemplación, si le pudiédes haber, puntos tiene, y avisos que el Señor quiso que acertase a decir, que os consolarían mucho, y aprovecharían, a mi parecer, y al de algunos que le han visto, que le tienen para hacer caso dél (que vergüenza es deciros yo que hagáis caso del mío) y el Señor sabe la confusión con que escribo mucho de lo que escribo. Bendito sea, que así me sufre. Las que, como digo, tuvieren oración sobrenatural, procúrenle después de yo muerta; las que no, no hay para qué, sino esforzarse a hacer lo que en éste va dicho, ganando por cuantas vías pudieren, y haciendo diligencia, para que el Señor se la dé, suplicándose a él, y ayudándose ellas, y dejen al Señor, que es quien la ha de dar, y no os la negará, si no os quedáis en el camino, sino que os esforcéis hasta llegar a la fin.

Capítulo XXVI

En que va declarando el modo para recoger el pensamiento: pone medios para ello. Es capítulo muy provechoso para los que comienzan oración

1. Ahora, pues, tornemos a nuestra oración vocal, para que se rece de

manera, que sin entendernos, nos lo dé Dios todo junto, y para, como he dicho, rezar como es razón, la examinación de la conciencia, y decir la confesión, y santiguaros, ya se sabe ha de ser lo primero: luego, hija, procurad, pues estáis sola, tener compañía. Pues ¿qué mejor que la del mismo maestro que enseñó la oración que vais a rezar? Representad al mismo Señor junto con vos, y mirad con qué amor, y humildad os está enseñando, y creedme, mientras pudiéredes no estéis sin tan buen amigo. Si os acostumbráis a traerle cabe vos, y él ve que lo hacéis con amor, y que andáis procurando contentarle, no le podréis, como dicen, echar de vos: no os faltará para siempre: ayudaros ha en todos vuestros trabajos: tenerle heis en todas partes. ¿Pensáis que es poco un tal amigo al lado? ¡Oh hermanas! Las que no podéis tener mucho discurso del entendimiento, ni podéis tener el pensamiento sin divertirnos, acostumbraos: mirad que sé yo que podéis hacer esto, porque pasé muchos años por este trabajo, de no poder sosegar el pensamiento en una cosa, y eslo muy grande, mas sí, que no nos deja el Señor tan desiertos, que si llegamos con humildad a pedirselo, no nos acompañe. Y si en un año no pudiéremos salir con ello, sea en más; no nos duela el tiempo en cosa que también se gasta: ¿quién va tras nosotras? Digo que esto puede acostumbrarse a ello, y trabajar, y andar cabe este verdadero Maestro. No os pido ahora que penséis en él, ni que hagáis grandes, y delicadas consideraciones con vuestro entendimiento, no os pido más de que le miréis. Pues ¿quién os quita volver los ojos del alma, aunque sea de presto, si no podéis más, a este Señor? Pues podéis mirar cosas muy feas, ¿y no podéis mirar la cosa más hermosa que se puede imaginar? Si no os pareciere bien, yo os doy licencia que no le miréis, pues nunca, hijas, quita vuestro Esposo los ojos de vosotras. Haos sufrido mil cosas feas, y abominaciones contra él, y no ha bastado para que os deje de mirar, ¿y es mucho, que quitados los ojos destas cosas exteriores, le miréis algunas veces a él? Mirad que no está aguardando otra cosa, como dice a la Esposa, sino que le miremos. Como le quisiéredes le hallaréis: tiene en tanto que le volvamos a mirar, que no quedará por diligencia suya. Ansí como dicen ha de hacer la mujer para ser bien casada con su marido, que si está triste, se ha de mostrar ella triste, y si está alegre (aunque nunca lo esté) alegre: mirad de qué sujeción os habéis librado, hermanas. Esto con verdad, sin fingimiento, hace el Señor con nosotras: que él se hace sujeto, y quiere que seáis vos la señora, y andar él a vuestra voluntad. Si estáis alegre, miradle resucitado, que sólo imaginar cómo salió del sepulcro os alegrará; mas con qué claridad, y con qué hermosura, con qué majestad, qué vitorioso, qué alegre, como quien tan bien salió de la batalla a donde ha ganado un tan gran reino, que todo le quiere para vos. Pues ¿es mucho, que a quien tanto os da, volváis una vez los ojos a mirarle? Si estáis con trabajos, o triste, miradle camino del huerto, qué aflicción tan grande llevaba en su alma, pues con ser el mismo sufrimiento, la dice, y se queja della; y miradle atado a la columna lleno de dolores, todas sus carnes hechas pedazos, por lo mucho que os ama; perseguido de unos, escupido de otros, negado de sus amigos, desamparado dellos, sin nadie que vuelva por él, helado de frío, puesto en tanta soledad, que el uno con el otro os podéis consolar; o miradle cargado con la cruz, que aun no le dejaban huelgo. Miraros ha él con unos ojos tan hermosos, y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores, por

consolar los vuestros, sólo porque os vais vos con él a consolar, y volváis la cabeza a mirarle. ¡Oh Señor del mundo, verdadero Esposo mío! (le podéis vos decir, si os ha enternecido el corazón de verle tal, que no sólo queráis mirarle, sino que os holguéis de hablar con él, no oraciones compuestas, sino de la pena de vuestro corazón, que las tiene él en muy mucho) ¿tan necesitado estáis, Señor mío, y bien mío, que queréis admitir una pobre compañía como la mía, y veo en vuestro semblante, que os habéis consolado conmigo? Pues ¿cómo, Señor es posible que os dejan sólo los ángeles, y que aún no os consuela vuestro Padre? Si es así, Señor, que todo lo queréis pasar por mí, ¿qué es esto que yo paso por vos? ¿De qué me quejo? Que ya he vergüenza de que os he visto tal, que quiero pasar, Señor, todos los trabajos que me vinieren, y tenerlos por gran bien, e imitaros en algo: juntos andemos, Señor; por donde fuéredes tengo de ir; por donde pasáredes, tengo de pasar. Tomad, hijas de aquella cruz, no se os dé nada de que os atropellen los judíos, porque él no vaya con tanto trabajo, no hagáis caso de lo que os dijeren, haceos sordas a las murmuraciones, tropezando, y cayendo con vuestro Esposo, no os apartéis de la cruz, ni la dejéis. Mirad mucho el cansancio con que va, y las ventajas que hace su trabajo a los que vos padecéis, por grandes que los queráis pintar, y por mucho que los queráis sentir, saldréis consolada dellos, porque veréis son cosa de burla, comparados a los del Señor. Diréis, hermanas, que cómo se podrá hacer esto; que si le viérades con los ojos del cuerpo, en el tiempo que su Majestad andaba en el mundo, que lo hiciérades de buena gana, y le mirárades siempre. No lo creáis, que quien ahora no se quiere hacer un poquito de fuerza a recoger siquiera la vista para mirar dentro de sí a este Señor (que lo puede hacer sin peligro, sino con tantico cuidado) muy menos se pusiera al pie de la cruz con la Madalena, que veía⁽³¹⁾ la muerte al ojo. Mas ¿qué⁽³²⁾ debía pasar la gloriosa Virgen, y esta bendita Santa? ¿Qué de amenazas? ¿Qué de malas palabras? ¿Y qué de encontrones? ¿Y qué descomedimientos? Pues con qué gente lo habían tan cortesana, si lo era del infierno, que eran ministros del demonio. Por cierto que debía de ser terrible cosa lo que pasaron, sino que con otro dolor mayor, no sentían el suyo. Así que, hermanas, no creáis fuérades para tan grandes trabajos, si no sois ahora para cosas tan pocas: ejercitándoos en ellas podéis venir a otros mayores. Lo que podéis hacer para ayuda desto, procurar traer una imagen, y retrato deste Señor, que sea a vuestro gusto, no para traerle en el seno, y nunca le mirar, sino para hablar muchas veces con él, que él os dará qué le decir. Como habláis con otras personas, ¿por qué os han más de faltar palabras para hablar con Dios? No lo creáis, al menos yo no os creeré si lo usáis, porque si no, si faltaran, que el no tratar con una persona causa extrañeza, y no saber cómo nos hablar con ella, que parece no la conocemos, y aunque sea deudo; porque deudo, y amistad se pierde con la falta de la comunicación. También es remedio tomar un libro de romance bueno, aun para recoger el pensamiento, para venir a rezar bien vocalmente, y poquito a poquito ir acostumbrando el alma con halagos, y artificio para no la amedrentar. Haced cuenta, que ha muchos años que se ha ido de con su esposo, y que hasta que quiera tornar a su casa, es menester saberlo mucho negociar, que así somos los pecadores. Tenemos tan acostumbrada nuestra alma, y pensamiento a andar a su placer, o pesar, por

mejor decir, que la triste alma no se entiende, que para que torne a tomar amor a estar en su casa, es menester mucho artificio, y si no es ansí, y poco a poco, nunca haremos nada. Y tórnoos a certificar, que si con cuidado os acostumbráis a lo que he dicho, que sacaréis tan gran ganancia, que aunque yo os la quisiera decir, no sabré. Pues juntaos cabe este buen Maestro, y muy determinadas a deprender lo que os enseñare, y su Majestad hará que no dejéis de salir buenas discípulas, ni os dejará, si no le dejáis. Mirad las palabras que dice aquella boca divina, que en la primera entenderéis luego el amor que os tiene, que no es pequeño bien, y regalo del discípulo, ver que su maestro le ama.

Capítulo XXVII

En que trata el gran amor que nos mostró el Señor en las primeras palabras del Pater noster, y lo mucho que importa no hacer caso ninguno del linaje, las que de veras quieren ser hijas de Dios

1. «Padre nuestro, que estás en los cielos». ¡Oh, Señor mío, cómo parecéis Padre de tal Hijo, y cómo parece vuestro Hijo, Hijo de tal Padre! Bendito seáis vos por siempre jamás. ¿No fuera al fin de la oración esta merced, Señor, tan grande? En comenzando nos henchís las manos, y hacéis tan gran merced, que sería harto bien henchirse el entendimiento, para ocupar la voluntad, de manera que no os pudiese hablar palabra. ¡Oh qué bien venía aquí, hijas, contemplación perfecta! ¡Oh con cuánta razón se entraría el alma en sí, para poder mejor subir sobre sí misma a que le diese este santo Hijo a entender, qué cosa es el lugar a donde dice que está su Padre, que es en los cielos! Salgamos de la tierra, hijas mías, que tal merced como ésta no es razón se tenga en tan poco, que después que entendamos cuán grande es, nos quedemos en la tierra. ¡Oh Hijo de Dios, y Señor mío! ¿Cómo dais tanto junto a la primera palabra? Ya que os humilláis a vos con extremo tan grande en juntaros con nosotros al pedir, y haceros hermano de cosa tan baja, y miserable, cómo nos dais en nombre de vuestro Padre todo lo que se puede dar, pues que queréis que nos tenga por hijos, que vuestra palabra no puede faltar; obligasle a que la cumpla, que no es pequeña carga, pues en siendo Padre nos ha de sufrir, por graves que sean las ofensas, si nos tornamos a él, como al hijo pródigo. Hanos de perdonar, hanos de consolar en nuestros trabajos, hanos de sustentar, como lo ha de hacer un tal Padre, que forzado ha de ser mejor que todos los padres del mundo; porque en él no puede haber sino todo bien cumplido, y después de todo esto, hacernos participantes, y herederos con vos. Mirad, Señor mío, que ya que vos con el amor que nos tenéis, y con vuestra humildad no se os ponga nada delante (en fin, Señor, estáis en la tierra, y vestido della, pues tenéis nuestra naturaleza, parece tenéis alguna causa para mirar nuestro provecho) mas mirad que vuestro Padre está en el cielo, vos lo decís, es razón que miréis por su honra; ya que estáis vos ofrecido a ser deshonor por nosotros, dejad a vuestro Padre libre, no le obliguéis a tanto por gente tan ruin como yo, que le ha de dar tan malas gracias. ¡Oh buen Jesús, qué claro habéis mostrado ser una cosa con él, y que vuestra voluntad es la suya, y la suya vuestra! ¡Qué confesión tan clara, Señor mío, qué cosa es el amor que nos tenéis! Habéis andado

rodeando, y encubriendo al demonio, que sois Hijo de Dios, y con el gran deseo que tenéis de nuestro bien, no se os pone cosa delante, por hacernos tan grandísima merced. ¿Quién la podía hacer, sino vos, Señor? Al menos bien veo, mi Jesús, que habéis hablado como Hijo regalado, por vos, y por nosotros, y que sois poderoso para que se haga en el cielo, lo que vos decís en la tierra. Bendito seáis por siempre, Señor mío, que tan amigo sois de dar, que no se os pone cosa delante. Pues ¿paréceos, hijas, que es buen maestro éste? ¿Para aficionamos a que deprendamos lo que nos enseña, comienza haciéndonos tan gran merced? Pues ¿paréceos ahora que será razón, que aunque digamos vocalmente esta palabra, dejemos de entenderla con el entendimiento, para que se haga pedazos nuestro corazón con ver tal amor? Pues ¿qué hijo hay en el mundo, que no procure saber quién es su padre, cuando le tiene bueno, y de tanta majestad, y señorío? Aun si no lo fuera, no me espantara; no nos quisiéramos conocer por sus hijos, porque anda el mundo tal, que si el padre es más bajo del estado en que está su hijo, no se tiene por honrado en conocerle por padre. Esto no viene aquí, porque en esta casa nunca, plega a Dios, haya acuerdo de cosa destas, sería infierno, sino que la que fuere más, tome menos a su padre en la boca, todas han de ser iguales. ¡Oh colegio de Cristo, que tenía más mando san Pedro, con ser un pescador, y lo quiso así el Señor, que san Bartolomé, que era hijo de rey! Sabía su Majestad lo que había de pasar en el mundo sobre cuál era de mejor tierra, que no es otra cosa, sino debatir si será buena para adobes, o para tapias. ¡Válame Dios, qué gran trabajo! Dios os libre, hermanas, de semejantes contiendas, aunque sea en burlas. Yo espero en su Majestad, que sí hará. Cuando algo desto en alguna hubiere, póngase luego remedio, y ella tema no estar Judas entre apóstoles: denla penitencias hasta que entienda, que aun tierra muy ruin no mereció ser. Buen padre os tenéis, que os da el buen Jesús; no se conozca aquí otro padre, para tratar dél. Y procurad, hijas mías, ser tales, que merezcáis regalaros con él, y echaros en sus brazos. Ya sabéis que no os echará de sí, si sois buenas hijas; pues ¿quién no procurará no perder tal Padre? ¡Oh válame Dios!, y que hay aquí en qué os consolar, que por no me alargar más lo quiero dejar a vuestros entendimientos, que por desbaratado que ande el pensamiento, entre tal Hijo, y tal Padre, de fuerza ha de estar el Espíritu Santo, que enamore vuestra voluntad, y os la ate con grandísimo amor, ya que no baste para esto tan grande interese.

Capítulo XXVIII

En que declara qué es oración de recogimiento, y pónense algunos medios para acostumbrarse a ella

1. Ahora mirad que dice vuestro Maestro: «Que estás en los cielos». ¿Pensáis que importa poco saber qué cosa es cielo, y a dónde se ha de buscar vuestro sacratísimo Padre? Pues yo os digo, que para entendimientos derramados, que importa mucho, no sólo creer esto, sino procurarlo entender por experiencia, porque es una de las cosas que ata mucho el entendimiento, y hace recoger el alma. Ya sabéis que Dios está en todas partes, pues claro está, que a donde está el rey, está la corte; en fin, que a donde está Dios, es el cielo: sin duda lo podéis creer, que a donde

está su Majestad, está toda la gloria. Pues mirad que dice san Agustín, que le buscaba en muchas partes, y que le vino a hallar dentro de sí mismo. Pensáis, ¿qué importa poco para un alma derramada entender esta verdad, y ver que no ha menester para hablar con su Padre eterno ir al cielo, ni para regalarse con él, ni ha menester hablar a voces? Por paso que hable, está tan cerca que nos oirá, ni ha menester alas para ir a buscarle, sino ponerse en soledad, y mirarle dentro de sí, y no extrañarse de tan buen huésped, sino con gran humildad hablarle como a padre, pedirle como a padre; contarle sus trabajos, pedirle remedio para ellos, entendiendo que no es digna de ser su hija. Déjese de unos encogimientos que tienen algunas personas, y piensan es humildad. Sí, que no está la humildad, en que si el rey os hace una merced, no la toméis, sino tomarla, y entender cuán sobrada os viene, y holgaros con ella. Donosa humildad, ¿qué me tenga yo al Emperador del cielo, y de la tierra en mi casa, que se viene a ella por hacerme merced, y por holgarse conmigo, y que por humildad, ni le quiera responder, ni estar con él, ni tomar lo que me da, sino que le deje solo? ¿Y que estándome diciendo, y rogando le pida, por humildad me quede pobre, y aun le deje ir, de que ve que no acabo de determinarme?

2. No os curéis, hijas, destas humildades, sino tratad con él como padre, y como con hermano, y como con señor, y como con esposo, a veces de una manera, a veces de otra, que él os enseñará lo que habéis de hacer para contentarle. Dejaos de ser bobas, pedidle la palabra, que vuestro esposo es, que os trate como tal. Mirad que os va mucho en tener entendida esta verdad, que está el Señor dentro de vosotras, y que allí nos estemos con él. Este modo de rezar, aunque sea vocalmente, con mucha más brevedad recoge el entendimiento, y es oración que trae consigo muchos bienes. Llámase recogimiento, porque recoge el alma todas las potencias, y se entra dentro de sí con su Dios, y viene con más brevedad a enseñarla su divino Maestro, y a darla oración de quietud, que de ninguna otra manera; porque allí metida consigo misma puede pensar en la Pasión, y representar allí al Hijo, y ofrecerle al Padre, y no cansar el entendimiento andándole buscando en el monte Calvario, y al huerto, y a la columna.

3. Las que de esta manera se pudieren encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma, a donde está el que le hizo a él, y a la tierra, y se acostumbraren a no mirar, ni estar a donde se distrayan estos sentidos exteriores, crean que llevan excelente camino, y que no dejarán de llegar a beber el agua de la fuente, porque camina mucho en poco tiempo. Es como el que va en una nao, que con un poco de buen tiempo se pone en el fin de la jornada en pocos días, y los que van por tierra tárdanse más. Éstos están ya, como dicen, puestos en la mar; aunque del todo no han dejado la tierra, aquel rato hacen lo que pueden por librarse della, recogiendo sus sentidos.

4. Ansimesmo, si es verdadero el recogimiento, siéntese muy claro, porque acaece alguna operación (no sé cómo lo dé a entender, quien lo tuviere si entenderá) en que parece que se levanta el alma con el juego, que ya ve lo es las cosas del mundo. Álzase al mejor tiempo, y como quien se entra en un castillo fuerte para no temer los contrarios, retira los sentidos destas cosas exteriores, y dales de tal manera de mano, que sin entenderse se les cierran los ojos por no las ver, porque más se despierte

la vista a los del alma. Ansí, quien va por este camino, casi siempre que reza, tiene cerrados los ojos, y es admirable costumbre para muchas cosas, porque es un hacerse fuerza a no mirar las de acá; esto al principio, que después no es menester, mayor se la hace, cuando en aquel tiempo los abre. Parece que se entiende un fortalecerse, y esforzarse el alma a costa del cuerpo, y que le deja solo, y desflaquecido, y ella toma allí bastimento para contra él.

5. Y aunque al principio no se entienda esto, por no ser tanto, que hay más, y menos en este recogimiento, si se acostumbra (aunque al principio da trabajo, porque el cuerpo torna por su derecho, sin entender que él mismo se corta la cabeza en no darse por vencido) mas si se usa algunos días, y nos hacemos esta fuerza, verse ha claro la ganancia, y entenderán en comenzando a rezar, que se vienen las abejas a la colmena, y se entran en ella para labrar la miel. Y esto sin cuidado nuestro, porque ha querido el Señor, que por el tiempo que le han tenido, se haya merecido estar el alma, y voluntad con este señorío, que en haciendo una seña no más, de que se quiere recoger, la obedezcan los sentidos, y se recojan a ella. Y aunque después tornen a salir, es gran cosa haberse ya rendido; porque salen como cautivos, y sujetos, y no hacen el mal que antes pudieran hacer, y en tornando a llamar la voluntad, vienen con más presteza, hasta que a muchas entradas destas, quiere el Señor se queden ya del todo en contemplación perfecta.

6. Entiéndase mucho esto que queda dicho, porque aunque parece oscuro, lo entenderá quien quisiere obrarlo. Ansí que caminan por mar, y pues tanto nos va no ir tan despacio, hablemos un poco de cómo nos acostumbremos a tan buen modo de proceder. Están más seguros de muchas ocasiones: pégase más presto el fuego del amor divino, porque con poquito que sople con el entendimiento, están cerca del mismo fuego, con una centellita que les toque se abrasará todo: como no hay embarazo de lo exterior, estase sola el alma con su Dios; hay gran aparejo para encenderse. Pues hagamos cuenta que dentro de nosotras está un palacio de grandísima riqueza, todo su edificio de oro, y piedras preciosas, en fin, como para tal Señor, y que sois vos parte para que este edificio sea tal (como a la verdad lo es, que es ansí, que no hay edificio de tanta hermosura como una alma limpia, y llena de virtudes; y mientras mayores, más resplandecen las piedras) y que en este palacio está este gran Rey, y que ha tenido por bien ser vuestro huésped, y que está en un trono de grandísimo precio, que es vuestro corazón.

7. Parecerá esto al principio cosa impertinente (digo hacer esta ficción para darlo a entender) y podrá ser aproveche mucho, a vosotras en especial; porque como no tenemos letras las mujeres, todo esto es menester para que entendamos con verdad, que hay otra cosa más preciosa, sin ninguna comparación, dentro de nosotras, que lo que vemos por de fuera. No nos imaginemos vacía en lo interior; y plega a Dios sean solas mujeres las que andan con este descuido, que tengo por imposible, si trajésemos cuidado de acordarnos que tenemos tal huésped dentro de nosotros, que nos diésemos tanto a las cosas del mundo; porque veríamos cuán bajas son para las que dentro poseemos. Pues ¿qué más hace una alimaña, que en viendo lo que le contenta a la vista, harta su hambre en la presa? Sí, que diferencia ha de haber dellas a nosotras.

8. Reiranse de mí, por ventura, y dirán, que bien claro se está esto: y ternán razón, porque para mí fue oscuro algún tiempo. Bien entendía que tenía alma, mas lo que merecía esta alma, y quién estaba dentro della (porque yo me ataba los ojos con las vanidades de la vida, para verlo) no lo entendía. Que a mi parecer, si como ahora entiendo, que en este palacio pequeñito de mi alma cabe tan gran Rey, entonces lo entendiera, no le dejara tantas veces solo, alguna me estuviera con él, y más procurara que no estuviera tan sucia. Mas ¡qué cosa de tanta admiración, que quien hinchiera mil mundos con su grandeza, encerrase en cosa tan pequeña! Así quiso caber en el vientre de su sacratísima Madre. Como es Señor, consigo trae la libertad; y como nos ama, hácese de nuestra medida. Cuando un alma comienza, por no la alborotar de verse tan pequeña, para tener en sí cosa tan grande, no se da a conocer, hasta que va ensanchando esta alma poco a poco, conforme a lo que es menester para lo que pone en ella. Por esto digo, que trae consigo la libertad, pues tiene el poder de hacer grande este palacio. El punto está en que se le demos por suyo con toda determinación, y le desembaracemos, para que pueda poner, y quitar como en cosa propia. Ésta es su condición, y tiene razón su Majestad, no se lo neguemos. Y como él no ha de forzar nuestra voluntad, toma lo que le damos, mas no se da a sí del todo, hasta que nos damos del todo a él (esto es cosa cierta, y porque importa tanto, os lo acuerdo tantas veces) ni obra en el alma, como cuando del todo sin embarazo es suya, ni sé cómo ha de obrar: es amigo de todo concierto. Pues si el palacio henchimos de gente baja, y de baratijas, ¿cómo ha de caber el Señor con su corte? Harto hace de estar un poquito entre tanto embarazo. ¿Pensáis, hijas, que viene solo? ¿No veis que dice su Hijo: «Que estás en los cielos»? Pues un tal Rey a osadas que no le dejen solo los cortesanos, sino que están con él rogándole por nosotros, para nuestro provecho, porque están llenos de caridad. No penséis que es como acá, que si un señor, o prelado favorece a alguno, por algunos fines, o porque quiere, luego hay las envidias, y el ser malquisto aquel pobre, sin hacerles nada, que le cuestan caros los favores.

Capítulo XXIX

Prosigue en dar medios para procurar esta oración de recogimiento: dice lo poco que se nos ha de dar de ser favorecidas de los prelados

1. Por amor de Dios, hijas, no curéis de daros nada por estos favores, procure cada una hacer lo que debe, que si el prelado no se lo agradeciere, segura puede estar lo pagará, y agradecerá el Señor. Sí, que no venimos aquí a buscar premio en esta vida: siempre el pensamiento en lo que dura, y de lo de acá ningún caso hagamos, que aun para lo que se vive no es durable; que hoy está bien con la una, mañana si ve una virtud más en vos, estará mejor con vos, y si no, poco va en ello. No deis lugar a estos pensamientos, que a las veces comienzan por poco, y os pueden desasosegar mucho, sino atajadlos, con que no es acá vuestro reino, y cuán presto tiene todo fin. Mas aun esto es bajo remedio, y no mucha perfección; lo mejor es, que dure, y vos desfavorecida, y abatida, y lo

queráis estar por el Señor que está con vos. Poned los ojos en vos, y miraos interiormente, como queda dicho, hallaréis vuestro Maestro, que no os faltará: mientras menos consolación exterior tuviéredes, mucho más regalo os hará. Es muy piadoso, y a personas afligidas, y desfavorecidas, jamás falta, si confían en él sólo. Así lo dice David, que está el Señor con los afligidos. O creéis esto, o no; si lo creéis, ¿de qué os matáis?

2. ¡Oh Señor mío, que si de veras os conociésemos, no se nos daría nada de nada, porque dais mucho a los que de veras se quieren fiar de vos! Creed amigas, que es gran cosa entender, que es verdad esto, para ver que los favores de acá todos son mentira, cuando desvían algo el alma de andar dentro de sí. ¡Oh váleme Dios, quién os hiciese entender esto! No yo por cierto, que sé que con deber yo más que ninguno, no acabo de entenderlo como se ha de entender.

3. Pues tornando a lo que decía, quisiera yo saber declarar cómo está esta compañía santa con nuestro acompañador santo de los santos, sin impedir a la soledad, que él, y su esposa tienen, cuando esta alma dentro de sí quiere entrarse en este paraíso con su Dios, y cierra la puerta tras sí a todo lo del mundo. Digo que quiere; porque entended, que esto no es cosa sobrenatural del todo, sino que está en nuestro querer, y que podemos nosotros hacerlo con el favor de Dios, que sin esto no se puede nada, ni podemos de nosotros tener un buen pensamiento. Porque esto no es silencio de las potencias, sino encerramiento dellas en sí mismas. Vase ganando esto de muchas maneras, como está escrito en algunos libros, que nos hemos de desocupar de todo para llegarnos interiormente a Dios; y aun en las mismas ocupaciones retirarnos a nosotros mismos, aunque sea por un momento solo. Aquel acuerdo de que tengo compañía dentro de mí, es gran provecho.

4. Lo que pretendo, solo es que veamos, y estemos con quien hablamos, sin tenerle vueltas a las espaldas, que no me parece otra cosa estar hablando con Dios, y pensando mil vanidades. Viene todo el daño de no entender con verdad que está cerca, sino lejos, y cuán lejos si le vamos a buscar el cielo. ¡Pues rostro es el vuestro, Señor, para no mirarle, estando tan cerca de nosotros! No parece nos oyen los hombres, si cuando hablamos no vemos que nos miran, ¿y cerramos los ojos para no mirar, que nos miréis vos? ¿Cómo habemos de entender, si habéis oído lo que os decimos? Solo esto es lo que querría dar a entender, que para irnos acostumbrando con facilidad a ir sosegando el entendimiento para entender lo que habla, y con quien habla, es menester recoger estos sentidos exteriores a nosotros mismos, y que les demos en qué se ocupar; pues así, que tenemos el cielo dentro de nosotros, pues el Señor dél lo está. En fin, irnos acostumbrando a gustar, de que no es menester dar voces para hablarle, porque su Majestad se dará a sentir cómo está allí. Desta suerte rezaremos con mucho sosiego vocalmente, y es quitarnos de trabajo, porque a poco tiempo que forcemos a nosotras mismas para estarnos cerca deste Señor, nos entenderá, por señas; de manera, que si habíamos de decir muchas veces el Pater noster, se nos dará por entendido de una. Es muy amigo de quitarnos de trabajo, aunque en una hora no le digamos más de una vez, como entendamos que estamos con él, y lo que le pedimos, y la gana que tiene de darnos, y cuán de buena gana está con nosotros; no es amigo de que nos quebrems las cabezas, hablándole mucho. El Señor lo enseñe a las que no lo sabéis, y de mí os confieso, que nunca supe qué cosa era

rezar con satisfacción, hasta que el Señor me enseñó este modo, y siempre he hallado tantos provechos desta costumbre de recogimiento dentro de mí, que eso me ha hecho alargar tanto. Concluyo con que quien lo quisiere adquirir (pues como digo está en nuestra mano) que no se canse de acostumbrarse a lo que queda dicho, que es señorearse poco a poco de sí mismo, no se perdiendo en balde, sino ganarse a sí para sí, que es aprovecharse de sus sentidos para lo interior. Si hablare, procurará acordarse que hay con quien hable dentro de sí mismo: si oyere, acordarse ha que ha de oír a quien más cerca le habla. En fin, traer cuenta, que puede, si quiere, nunca se apartar de tan buena compañía, y pesarle cuando mucho tiempo ha dejado solo a su Padre, que está necesitada dél. Si pudiere muchas veces en el día, si no sea pocas, como lo acostumbrare saldrá con ganancia, o presto, o más tarde. Después que se lo dé el Señor, no lo trocaría por ningún tesoro; pues nada se deprende sin un poco de trabajo. Por amor de Dios, hermanas, que deis por bien empleado el cuidado que en esto gastáredes; y yo sé que si lo tenéis un año, y quizá en medio saldréis con ello, con el favor de Dios. Mirad qué poco tiempo, para tan gran ganancia, como es hacer buen fundamento, para si quisiere el Señor levantaros a grandes cosas, que halle en vos aparejo, hallándoos cerca de sí. Plega a su Majestad no consienta nos apartemos de su presencia. Amén.

Capítulo XXX

Dice lo que importa entender lo que se pide en la oración. Trata destas palabras del Pater noster: Santificetur nomen tuum. Aplícalas a oración de quietud, y comiéntala a declarar

1. Ahora vengamos a entender cómo va delante nuestro buen Maestro, y comienza a pedir a su Padre santo para nosotros: y ¿qué le pide, qué es bien lo entendamos? ¿Quién hay, por desbaratado que sea, que cuando pide a una persona grave, no lleva pensado cómo le ha de pedir para contentarle, y no serle desabrido, y qué le ha de pedir, y para qué ha menester lo que le ha de dar, en especial si pide cosa señalada, como nos enseña que pidamos nuestro buen Jesús? Cosa me parece para notar. ¿No pudiéredes, Señor mío, concluir con una palabra, y decir: «Dadnos Padre lo que nos conviene», pues a quien tan bien lo entiende todo, parece que no era menester más? ¡Oh Sabiduría eterna! Para entre vos, y vuestro Padre esto bastaba, que así lo pedistes en el huerto: mostrastes vuestra voluntad, y temor mas dejastes os en la suya; mas a nosotros conoceisnos, Señor mío, que no estamos tan rendidos, como lo estábades vos a la voluntad de vuestro Padre, y que era menester pedir cosas señaladas, para que nos detuviésemos en mirar si nos estaba bien lo que pedimos, y si no, que no lo pidamos. Porque según somos, si no nos dan lo que queremos, con este libre albedrío que tenemos, no admitiremos lo que el Señor nos diere, porque aunque sea lo mejor, como no vemos luego el dinero en la mano, nunca nos pensamos ver ricos.

2. ¡Oh válame Dios!, qué hace tener tan dormida la fe, para lo uno, y lo otro, que ni acabamos de entender cuán cierto ternemos el castigo, ni cuán cierto el premio. Por eso es bien, hijas, que entendáis lo que pedís en el Pater noster, porque si el Padre Eterno os lo diere, no se lo

tornéis a los ojos, y que penséis muy bien siempre qué pedís, si os está bien lo que pedís, y si no, no lo pidáis, sino pedí, que os dé su Majestad luz, porque estamos ciegos, y con hastío, para no poder comer los manjares que os han de dar vida, sino los que os han de llevar a la muerte; ¡y qué muerte tan peligrosa, y tan para siempre! Pues dice el buen Jesús, que digamos estas palabras, en que pedimos, que venga a nosotros un tal reino: «Santificado sea tu nombre, venga en nosotros tu reino».

3. Ahora mirad, hijas, qué sabiduría tan grande de nuestro Maestro: considero yo aquí, y es bien que entendamos, qué pedimos en este reino. Como vio su Majestad, que no podíamos santificar, ni alabar, ni engrandecer, ni glorificar este nombre santo del Padre Eterno, conforme a lo poquito que podemos nosotros: de manera, que se hiciese como es razón, si no nos proveía su Majestad con darnos acá su reino: así lo puso el buen Jesús, lo uno cabe lo otro. Porque entendamos esto, hijas, que pedimos, y lo que nos importa importunar por ello, y hacer cuanto pudiéremos para contentar a quien nos lo ha de dar, os quiero decir aquí lo que yo entiendo: si no os contentare, pensad vosotras otras consideraciones, que licencia nos dará nuestro Maestro, como en todo nos sujetemos a lo que tiene la Iglesia, como lo hago yo siempre: y aun esto no os daré a leer, hasta que lo vean personas que lo entiendan.

4. Ahora pues, el gran bien que me parece a mí hay en el reino del cielo, con otros muchos, es ya no tener cuenta con cosa de la tierra, sino un sosiego, y gloria en sí mismos, un alegrarse que se alegren todos, una paz perpetua, una satisfacción grande en sí mismos, que les viene de ver que todos santifican, y alaban al Señor, y bendicen su nombre, y no le ofende nadie. Todos le aman, y la misma alma no entiende en otra cosa, sino en amarle, ni puede dejarle de amar, porque le conoce; y así le amaríamos acá, aunque no en esta perfección, ni en un ser, mas muy de otra manera le amaríamos de lo que le amamos, si le conociésemos.

5. Parece que voy a decir, que hemos de ser ángeles, para pedir esta petición, y rezar bien vocalmente; bien lo quisiera nuestro divino Maestro, pues tan alta petición nos manda pedir, y a buen seguro que no nos dice que pidamos cosas imposibles; ¿y qué posible sería, con el favor de Dios, venir a esto un alma puesta en este destierro, aunque no en la perfección, que están salidas de esta cárcel, porque andamos en mar, y vamos este camino? Mas hay ratos, que de cansados de andar, los pone el Señor en un sosiego de las potencias, y quietud del alma, que como por señas les da claro a entender a qué sabe lo que se da a los que el Señor lleva a su reino; y a los que se le da acá, como le pedimos, les da prendas, para que por ellas tengan gran esperanza de ir a gozar perpetuamente lo que acá les da a sorbos.

6. Si no dijédes que trato de contemplación, venía aquí bien en esta petición, hablar un poco de principio de pura contemplación, que los que la tienen la llaman oración de quietud: mas como digo que trato de oración vocal, parecerá que no viene lo uno con lo otro aquí. No lo sufriré, yo sé que viene: perdonadme que lo quiero decir, porque sé que muchas personas que rezan vocalmente, como ya queda dicho, los levanta Dios (sin entender ellas cómo) a subida contemplación, por eso pongo tanto, hijas, en que recéis bien las oraciones vocales.

7. Conozco una persona que nunca pudo tener sino oración vocal, y

asida a ésta lo tenía todo; y si no rezaba, íbasele el entendimiento tan perdido, que no lo podía sufrir; mas tal tengamos todas la mental. En ciertos Pater noster que rezaba, a las veces que el Señor derramó sangre, se estaba, y en poco más, rezando dos, o tres horas. Vino una vez a mí muy congojada, que no sabía tener oración mental, ni podía contemplar, sino rezar vocalmente. Preguntele qué rezaba: y vi, que asida al Pater noster, tenía pura contemplación, y la levantaba el Señor a juntarla consigo en unión. Y bien se parecía en sus obras, porque gastaba muy bien su vida; y así alabé al Señor, y hube envidia a su oración vocal. Si esto es verdad, como lo es, no penséis los que sois enemigos de contemplativos, que estáis libres de serlo, si las oraciones vocales rezáis como se han de rezar, teniendo limpia conciencia.

Capítulo XXXI

Que prosigue en la misma materia: declara qué es oración de quietud, y algunos avisos para los que la tienen. Es mucho de notar

1. Pues todavía, quiero, hijas, declarar cómo lo he oído platicar (o el Señor ha querido dármele a entender, por ventura, para que os lo diga) esta oración de quietud, a donde a mí me parece comienza el Señor a dar a entender que oyó la petición, y comienza ya a darnos su reino aquí, para que de veras le alabemos, y santifiquemos, y procuremos lo hagan todos, que es ya cosa sobrenatural, y que no la podemos adquirir nosotros por diligencias que hagamos; porque es un ponerse el alma en paz, o ponerla el Señor con su presencia, por mejor decir, como hizo al justo Simeón, porque todas las potencias se sosiegan. Entiende el alma por una manera muy fuera de entender los sentidos exteriores, que está ya junto cabe su Dios, que con poquito más llegará a estar hecha una cosa con él por unión. Esto no es porque lo ve con los ojos del cuerpo, ni del alma: tampoco no veía el justo Simeón más del glorioso Niño pobrecito, que en lo que llevaba envuelto, y la poca gente con él que iba en la procesión, más pudiera juzgarle por hijo de gente pobre, que por Hijo del Padre celestial; mas dióselo el mismo Niño a entender, y así lo entiende acá el alma, aunque no con esa claridad, porque aun ella no entiende cómo lo entiende, más de que se ve en el reino (al menos cabe el Rey que se le ha de dar) y parece que la misma alma está con acatamiento, aun para no osar pedir.

2. Es como un amortecimiento interior, y exteriormente, que no querría el hombre exterior (digo el cuerpo, porque mejor me entendáis) digo que no se querría bullir, sino como quien ha llegado casi al fin del camino, descansa para poder mejor tornar a caminar, que allí se le doblan las fuerzas para ello. Siéntese grandísimo deleite en el cuerpo, y grande satisfacción en el alma. Está tan contenta de sólo verse cabe la fuente, que aun sin beber está ya harta, no le parece hay más que desear; las potencias sosegadas, que no querrían bullirse, todo parece le estorba a amar. Aunque no están perdidas, porque pueden pensar en cabe quién están, que las dos están libres, la voluntad es aquí la cautiva; y si alguna pena puede tener estando así, es de ver, que ha de tornar a tener libertad. El entendimiento no querría entender más de una cosa, ni la memoria ocuparse en más; aquí ven que esta sola es necesaria, y todas las demás la turban.

El cuerpo no querrían se menease, porque les parece han de perder aquella paz, y ansí no se osan bullir. Dales pena el hablar; en decir «Padre nuestro» una vez, se les pasará una hora. Están tan cerca, que ven que se entienden por señas. Están en el palacio cabe su Rey, y ven que les comienza ya a dar aquí su reino.

3. Aquí vienen unas lágrimas sin pesadumbre algunas veces, y con mucha suavidad. Parece no están en el mundo, ni le querrían ver, ni oír, sino a su Dios. No les da pena nada, ni parece se la ha de dar. En fin, lo que dura, con la satisfacción, y deleite, que en sí tiene, están tan embebidas, y absortas, que no se acuerdan, que hay más que desear, sino que de buena gana dirían con san Pedro: «Señor, hagamos aquí tres moradas.»

4. Algunas veces en esta oración de quietud, hace Dios otra merced bien dificultosa de entender, si no hay gran experiencia; mas si hay alguna, luego lo entenderéis la que la tuviere, y daros ha mucha consolación saber qué es; y creo muchas veces hace Dios esta merced junto con estotra. Cuando es grande, y por mucho tiempo, esta quietud, paréceme a mí, que si la voluntad no estuviese asida a algo, que no podría durar tanto en aquella paz, porque acaece andar un día, o dos, que nos vemos con esta satisfacción, y no nos entendemos: digo los que la tienen. Y verdaderamente ven que no están enteros en lo que hacen, sino que les falta lo mejor, que es la voluntad, que a mi parecer está unida con Dios, y deja las otras potencias libres, para que entiendan en cosas de su servicio: y para esto tienen entonces mucha más habilidad; mas para tratar cosas del mundo, están torpes, y como embobados a veces. Es gran merced ésta a quien el Señor la hace, porque vida activa, y contemplativa es junta. De todo se sirve entonces el Señor; porque la voluntad estase en su obra, sin saber cómo obra, y en su contemplación, las otras dos potencias sirven en lo que Marta; ansí que ella, y María andan juntas.

5. Yo sé de una persona, que la ponía el Señor aquí muchas veces, y no se sabía entender, y preguntolo a un gran contemplativo, y dijo: que era muy posible, que a él le acaecía. Ansí que pienso, que pues el alma está tan satisfecha en esta oración de quietud, que lo más contino debe estar unida la potencia de la voluntad, con el que sólo puede satisfacerla. Paréceme que será bien dar aquí algunos avisos, para las que de vosotras, hermanas, el Señor ha llegado aquí por sola su bondad, que sé que son algunas.

6. El primero es, que como se ven en aquel contento, y no saben cómo les vino (al menos ven que no le pueden ellas por sí alcanzar) dales esta tentación, que les parece podrán detenerle, y aun resollar no querrían. Es bobería, que ansí como no podemos hacer que amanezca, tampoco podemos que deje de anochecer. No es ya obra nuestra, que es sobrenatural, y cosa muy sin poderla nosotros adquirir. Con lo que más deternemos esta merced, es con entender claro, que no podemos quitar, ni poner en ella, sino recibirla como indignísimos de merecerla, con hacimiento de gracias; y éstas no con muchas palabras, sino con un no alzar los ojos como el Publicano.

7. Bien es procurar más soledad, para dar lugar al Señor, y dejar a su Majestad que obre como en cosa suya, y cuanto más una palabra, de rato en rato, suave, como quien da un soplo en la vela cuando ve que se ha

muerto, para tornarla a encender; mas si está ardiendo, no sirve más de matarla. A mi parecer digo, que sea suave el soplo, porque por concertar muchas palabras con el entendimiento, no ocupe la voluntad. Y notad mucho, amigas, este aviso que ahora quiero decir, porque os veréis muchas veces que no os podáis valer con esotras dos potencias. Que acaece estar el alma con grandísima quietud, y andar el entendimiento tan remontado, que no parece es en su casa aquello que pasa; y ansí lo parece entonces, que no está sino como en casa ajena por huésped, y buscando otras posadas a donde estar, que aquélla no le contenta, porque sabe poco, que cosa es estar en su ser. Por ventura es sólo el mío, y no deben ser ansí otros. Conmigo hablo, que algunas veces me deseo morir, de que no puedo remediar esta variedad del pensamiento; otras parece hace asiento en su casa, y acompaña a la voluntad, que cuando todas tres potencias se conciertan, es una gloria, como dos casados que se aman, y que el uno quiere lo que el otro; mas si uno es mal casado, ya se ve el desasosiego que da a su mujer.

8. Ansí que la voluntad cuando se ve en esta quietud, no haga caso del entendimiento, o pensamiento, o imaginación (que no sé lo que es) más que de un loco, por si le quiere traer consigo forzado, ha de ocupar, e inquietar algo; y en este punto de oración todo será trabajar, y no ganar más, sino perder lo que le da el Señor sin ningún trabajo suyo. Y advertid mucho a esta comparación que me puso el Señor estando en esta oración, y cuádrame mucho, y me parece lo da a entender. Está el alma como un niño, que aún mama, cuando está a los pechos de su madre, y ella sin que él paladee échale la leche en la boca para regalarle: ansí es acá, que sin trabajo del entendimiento está amando la voluntad, y quiere el Señor, que sin pensar lo entienda que está con él, y que sólo trague la leche que su Majestad le pone en la boca, y goce de aquella suavidad, que conozca le está el Señor haciendo aquella merced, y se goce de gozarla. Mas no quiera entender cómo la goza, y qué es lo que goza, sino descúidese entonces de sí, que sé quien está cabe ella no se descuidará de ver lo que le conviene. Porque si va a pelear con el entendimiento, para darle parte, trayéndole consigo, no puede a todo, forzado dejará caer la leche de la boca, y pierde aquel mantenimiento divino.

9. En esto se diferencia esta oración de cuando está toda el alma unida con Dios, porque entonces a un sólo este tragar el mantenimiento no hace, dentro de sí lo halla sin entender cómo le pone el Señor. Aquí parece que quiere trabaje un poquito el alma, aunque es con tanto descanso, que casi no se siente. Quien la atormenta es el entendimiento, o imaginación, lo que no hace cuando es unión de todas tres potencias, porque las suspende el que las crió; porque con el gozo que da, todas las ocupa sin saber ellas cómo, ni poderlo entender. Ansí, que como digo, en sintiendo en sí esta oración, que es un contento quieto, y grande de la voluntad, sin saberse determinar de qué es señaladamente, aunque bien se determina, que es diferentísimo de los contentos de acá, que no bastaría señorear el mundo con todos los contentos dél, para sentir en sí el alma aquella satisfacción, que es lo interior de la voluntad. Que otros contentos de la vida, paréceme a mí que los goza lo exterior de la voluntad, como la corteza della, digamos. Pues cuando se viere en este tan subido grado de oración (que es como he dicho, ya muy conocidamente sobrenatural) si el entendimiento, o pensamiento, por más me declarar, a

los mayores desatinos del mundo se fuere, ríase dél, y déjele para necio, y estese en su quietud, que él irá, y verná, que aquí es señora, y poderosa la voluntad, ella se le traerá sin que os ocupéis. Y si quiere a fuerza de brazos traerle, pierde la fortaleza que tiene para contra él, que le viene de comer, y admitir aquel divino sustentamiento, y ni el uno, ni el otro ganarán nada, sino perderán entrambos.

10. Dicen, que quien mucho quiere apretar junto, lo pierde todo; así me parece será aquí. La experiencia dará esto a entender, que quien no la tuviere, no me espanto le parezca muy oscuro esto, y cosa no necesaria. Mas ya he dicho, que con poca que haya lo entenderá, y se podrá aprovechar dello, y alabarán al Señor, porque fue servido se acertase a decir aquí. Ahora pues concluyamos, con que puesta el alma en esta oración, ya parece le ha concedido el Padre Eterno su petición, de darle acá su reino.

11. ¡Oh dichosa demanda, que tanto bien en ella pedimos sin entenderlo! Dichosa manera de pedir. Por eso quiero, hermanas, que miremos cómo rezamos esta oración del Pater noster, y todas las demás vocales; porque hecha por Dios esta merced, descuidarnos hemos de las cosas del mundo, porque llegando el Señor dél todo lo echa fuera. No digo que todos los que la tuvieren, por fuerza estén desasidos del todo del mundo, al menos querría que entiendan lo que les falta, y se humillen, y procuren irse desasiendo del todo, porque si no, quedarse han aquí.

12. El alma a quien Dios le da tales prendas, es señal que la quiere para mucho, si no por su culpa irá muy adelante. Mas si ve que poniéndola el reino del cielo en su casa, se torna a la tierra, no sólo no la mostrará los secretos que hay en su reino, mas serán pocas veces las que le haga este favor, y breve espacio. Ya puede ser yo me engañe en esto, mas véolo, y sé que pasa así, y tengo para mí que por eso no hay muchos más espirituales, porque como no responden en los servicios conforme a tan gran merced, ni tornan a aparejarse a recibirla, sino antes a sacar al Señor de las manos la voluntad, que ya tiene por suya, y ponerla en cosas bajas, vase a buscar a donde le quieran para dar más, aunque no del todo quita lo dado, cuando se vive con limpia conciencia.

13. Mas hay personas, y yo he sido una dellas, que está el Señor enterneciéndolas, y dándolas inspiraciones santas, y luz de lo que es todo, y en fin dándoles este reino, y poniéndolas en esta oración de quietud, y ellos haciéndose sordas; porque son tan amigas de hablar, y de decir muchas oraciones vocales muy apriesa, como quien quiere acabar su tarea, como tienen ya por sí de decirlas cada día, que aunque como digo, les ponga el Señor su reino en las manos, no le admiten, sino que ellas con su rezar piensan que hacen mejor, y se divierten. Esto no hagáis, hermanas, sino estad sobre aviso, cuando el Señor os hiciere esta merced, mirad que perdéis un gran tesoro, y que hacéis mucho más con una palabra de cuando en cuando del Pater noster, que con decirle muchas veces apriesa. Está muy junto a quien pedís, no os dejará de oír, y creed que aquí es el verdadero⁽³³⁾ alabar, y santificar de su nombre, porque ya como cosa de su casa glorificáis al Señor, y alabaisle con más afición, y deseo, y parece no podéis dejarle de conocer mejor, porque habéis gustado cuán grave es el Señor. Así, que en esto os aviso, que tengáis mucho aviso, porque importa muy mucho.

Capítulo XXXII

Que trata destas palabras del Pater noster: Fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra, y lo mucho que hace quien dice estas palabras con toda determinación, y cuán bien se lo pagará el Señor

1. Ahora que nuestro buen Maestro nos ha pedido, y enseñado a pedir cosa de tanto valor, que encierra en sí todas las cosas que acá podemos desear, y nos ha hecho tan gran merced, como hacernos hermanos suyos, veamos qué quiere que demos a su Padre, y qué le ofrece por nosotros, y qué es lo que nos pide, que razón es le sirvamos con algo tan grandes mercedes. ¡Oh buen Jesús! Que tan poco dais (poco de nuestra parte) ¿cómo pedís mucho para nosotros? Dejado que ello en sí es nonada, para donde tanto se debe, y para tan gran Señor; mas cierto, Señor mío, que no nos dejéis con nada, y que damos todo lo que podemos, si lo damos como lo decimos: digo sea hecha tu voluntad, como es hecha en el cielo, así se haga en la tierra.

2. Bien hicistes, nuestro buen Maestro, de pedir la petición pasada, para que podamos cumplir lo que dais por nosotros. Porque cierto, Señor, si así no fuera, imposible me parece: mas haciendo vuestro Padre lo que vos le pedís, de darnos acá su reino, yo sé que os sacaremos verdadero en dar lo que dais por nosotros. Porque hecha la tierra cielo, será posible hacer en mí vuestra voluntad; mas sin esto, y en tierra tan ruin como la mía, y tan sin fruto, yo no sé, Señor, cómo sería posible. Es gran cosa lo que ofrecéis. Cuando yo pienso esto, gusto de las personas, que no osan pedir trabajos al Señor, que piensan está en esto el dárselos luego: no hablo en los que lo dejan por humildad, pareciéndoles no serán para sufrirlos, aunque tengo para mí, que quien les da amor para pedir este medio tan áspero para mostrarle, le dará para sufrirlos. Querría preguntar a los que por temor de que luego se los han de dar no los piden, ¿lo que dicen cuando suplican al Señor, cumpla su voluntad en ellos? O es que lo dicen por decir lo que todos, mas no para hacerlo. Esto, hermanas, no sería bien; mirad que parece aquí el buen Jesús nuestro embajador, y que ha querido entremeter entre nosotros, y su Padre, y no a poca costa suya, y no sería razón, que lo que ofrece por nosotros dejásemos de hacerlo verdad, o no lo digamos. Ahora quiérollo llevar por otra vía. Mirad, hijas, ello se ha de cumplir, que queramos, que no, y se ha de hacer su voluntad en el cielo, y en la tierra, tomad mi parecer, y creedme, y haced de la necesidad virtud.

3. ¡Oh Señor mío, qué gran regalo es éste para mí, que no dejádes en querer tan ruin como el mío, el cumplirse vuestra voluntad, o no! Buena estuviera yo, Señor, si estuviera en mi mano el cumplirse vuestra voluntad en el cielo, y en la tierra. Ahora la mía os doy libremente, aunque a tiempo que no va libre de interese; porque ya tengo probado, y gran experiencia dello, la ganancia que es dejar libremente mi voluntad en la vuestra. ¡Oh amigas, qué gran ganancia hay aquí! ¡Oh qué gran pérdida de no cumplir lo que decimos al Señor en el Pater noster en esto que le ofrecemos!

4. Antes que os diga lo que se gana, os quiero declarar lo mucho que ofrecéis, no os llaméis después a engaño, y digáis que no lo entendistes:

no sea como algunas religiosas, que⁽³⁴⁾ no hacemos sino prometer, y como no lo cumplimos, hay este reparo de decir, que no se entendió lo que se prometía. Ya puede ser, porque decir que dejaremos nuestra voluntad en otra, parece muy fácil, hasta que probando se entiende, que es la cosa más recia que se puede hacer; si se cumple, como se ha de cumplir, es fácil de hablar, y dificultoso de obrar; y si pensaron que no era más lo uno, que lo otro, no lo entendieron. Hacedlo entender a las que acá hicieren profesión, por larga prueba, no piensen que ha de haber solas palabras, sino obras también. Mas no todas veces nos llevan con rigor los prelados, de que nos ven flacos; y a las veces flacos, y fuertes llevan de una suerte: acá no es ansí, que sabe el Señor lo que puede sufrir cada uno, y a quien ve con fuerza, no se detiene en cumplir en él su voluntad.

5. Pues quiero os avisar, y acordar, qué es su voluntad; no hayáis miedo que sea daros riquezas, ni deleites, ni honras, ni todas estas cosas de acá; no os quiere tan poco, y tiene en mucho lo que dais, y quiere os lo pagar bien, pues os da su reino, aun viviendo. ¿Queréis ver cómo se ha con los que de veras le dicen esto? Preguntadlo a su Hijo glorioso, que se lo dijo cuando la oración del huerto: como fue dicho con determinación, y de toda voluntad, mirad si la cumplió bien en él, en lo que le dio de trabajos, dolores, injurias, y persecuciones: en fin hasta que se le acabó la vida con muerte de cruz. Pues veis aquí, hijas, a quien más amaba lo que dio, por dónde se entiende cuál es su voluntad. Ansí que éstos son sus dones en este mundo. Va conforme al amor que nos tiene. A los que ama más da estos dones; mas a los que menos, menos, y conforme al ánimo que ve en cada uno, y el amor que tiene a su Majestad. Quien le amare mucho, verá que puede padecer mucho por él; al que amare poco, dará poco. Tengo yo para mí, que la medida de poder llevar gran cruz, o pequeña, es la del amor.

6. Ansí que hermanas, si le tenéis, procurad no sean palabras de cumplimiento las que decís a tan gran Señor, sino esforzaos a pasar lo que su Majestad quisiere. Porque si de otra manera dais voluntad, es mostrar la joya, e irla a dar, y rogar que la tomen; y cuando extienden la mano para tomarla, tornáosla vos a guardar muy bien. No son estas burlas para con quien le hicieron tantas por nosotros; aunque no hubiera otra cosa, no es razón que burlemos ya tantas veces, que no son pocas las que se lo decimos en el Pater noster. Démosle ya una vez la joya del todo, de cuantas acometemos a dársela. Es verdad, que no nos da primero para que se la demos. Los del mundo hartos harán si tienen de verdad determinación de cumplirlo: vosotras, hijas, diciendo, y haciendo, palabras, y obras, como a la verdad parece hacemos los religiosos. Sino que a las veces, no sólo acometemos a dar la joya, sino ponémosla en la mano, y tornámosela a tomar. Somos tan francos de presto, y después tan escasos, que valiera en parte más que nos hubiéramos detenido en el dar. Porque todo lo que os he avisado en este libro, va dirigido a este punto de darnos del todo al Criador, y poner nuestra voluntad en la suya, y desasirnos de las criaturas, y ternéis ya entendido lo mucho que importa, no digo más en ello; sino diré para lo que pone aquí nuestro buen Maestro estas palabras dichas, como quien sabe lo mucho que ganaremos de hacer este servicio a su Eterno Padre, porque nos disponemos cumpliéndolas, para que con mucha brevedad nos veamos acabado de andar el camino, y bebiendo del agua viva

de la fuente que queda dicha.

7. Porque sin dar nuestra voluntad del todo al Señor, para que haga en todo lo que nos toca conforme a ella, nunca deja de beber desta agua. Esto es contemplación perfecta, lo que dijistes os escribiese; y en esto, como ya tengo escrito, ninguna cosa hacemos de nuestra parte, ni trabajamos, ni negociamos, ni es menester más, porque todo lo demás estorba, e impide, sino decir: Fiat voluntas tua; cúmplase, Señor, en mí vuestra voluntad, de todos los modos, y maneras que vos Señor mío quisiéredes: si queréis con trabajos, dadme esfuerzo, y vengan: si con persecuciones, y enfermedades, y deshonoras, y necesidades, aquí estoy; no volveré el rostro, Padre mío, ni es razón vuelva las espaldas. Pues vuestro Hijo dio en nombre de todos esta mi voluntad, no es razón falte por mi parte, sino que me hagáis vos merced de darme vuestro reino, para que yo lo pueda hacer, pues él me le pidió: disponed en mí como en cosa vuestra conforme a vuestra voluntad.

8. ¡Oh hermanas mías, qué fuerza tiene este don! No puede menos, si va con la determinación que ha de ir, de traer al Todopoderoso a ser uno con nuestra bajeza, y transformarnos en sí, y hacer una unión del Criador con la criatura. Mirad si quedaréis bien pagadas, y si tenéis buen Maestro, que como sabe por dónde ha de ganar la voluntad de su Padre, enseñanos cómo, y con qué le hemos de servir. Y mientras más determinación tiene el alma, y más se va entendiendo por las obras, que no son palabras de cumplimiento, más nos llega el Señor a sí, y nos levanta de todas las cosas de acá, y de nosotros mismos, para habilitarnos a recibir grandes mercedes. Que no acaba de pagar en esta vida este servicio, en tanto le tiene, que ya nosotros no sabemos qué pedirnos, y su Majestad nunca se cansa de dar, porque no contento con tener hecha esta tal alma una cosa consigo, por haberla ya unido a sí mismo, comienza a regalarse con ella, y a descubrirle secretos, y a holgarse de que entienda lo que ha ganado, y que conozca algo de lo que la tiene por dar. Hácela ir perdiendo estos sentidos exteriores, porque no se la ocupe nada (esto es arrobamiento) y comienza a tratar de tanta amistad, que no sólo la torna a dejar su voluntad, mas dale la suya con ella; porque se huelga el Señor, ya que trata de tanta amistad, que manden a veces, como dicen, y cumplir él lo que ella le pide, como ella hace lo que él manda, y mucho mejor; porque es poderoso, y puede cuanto quiere, y no deja de querer. La pobre alma, aunque quiera, no puede lo que querría, ni puede nada sin que se lo den; y ésta es su mayor riqueza, quedar mientras más sirve, más adeudada, y muchas veces fatigada de verse sujeta a tantos inconvenientes, y embarazos, y ataduras, como trae el estar en la cárcel de este cuerpo, porque querría pagar algo de lo que debe. Y es harto boba en fatigarse, porque aunque haga lo que es en sí, ¿qué podemos pagar los que, como digo, no tenemos qué dar, si no lo recibimos? Sino conocernos, y esto que podemos con su favor, que es dar nuestra voluntad, hacerlo cumplidamente. Todo lo demás para el alma que el Señor ha llegado aquí, la embaraza, y hace daño, y no provecho.

9. Miren qué digo, para el alma que ha querido el Señor juntarla consigo por unión, y contemplación perfecta; que aquí sola humildad es la que puede algo, y ésta no adquirida por el entendimiento, sino con una clara verdad, que comprende en un momento, lo que en mucho tiempo no

podría alcanzar trabajando la imaginación, de lo muy nada que somos, y lo muy mucho que es Dios. Doy os un aviso, que no penséis por fuerza vuestra, ni diligencia allegar aquí, que es por demás, antes si teníades devoción, quedaréis frías, sino con simplicidad, y humildad, que es la que lo acaba todo, decir: Fiat voluntas tua.

Capítulo XXXIII

En que trata la gran necesidad que tenemos, de que el Señor nos dé lo que pedimos en estas palabras del Pater noster: Panem nostrum quotidianum da nobis hodie

1. Pues entendiendo, como he dicho, el buen Jesús cuán dificultosa cosa era ésta que ofrece por nosotros, conociendo nuestra flaqueza, que muchas veces nos hacemos entender que no entendemos cuál es la voluntad del Señor, como somos flacos, y él tan piadoso, vio que era menester remedio, y así pídenos al Padre Eterno este pan soberano. Porque dejar de dar lo dado, vio que en ninguna manera nos convenía, porque está en ello toda nuestra ganancia; pues cumplirlo sin este favor, vio ser dificultoso. Porque decir a un regalado, y rico, que es la voluntad de Dios que tenga cuenta con moderar su plato, para que coman otros siquiera pan, que mueren de hambre, sacará mil razones para no entender esto, sino a su propósito. Pues decir a un murmurador, que es la voluntad de Dios, querer tanto para su prójimo como para sí, no le puede poner a paciencia, ni bastar razón para que lo entienda. Pues decir a un religioso, que está mostrado a libertad, y regalo, que ha de tener cuenta con que ha de dar ejemplo, y que mire que ya no son solas palabras, con las que ha de cumplir cuando dice esta palabra, sino que lo ha jurado, y prometido, y que es voluntad de Dios que cumpla sus votos, y mire que si da escándalo, que va muy contra ellos, aunque no del todo los quebrante; y que ha prometido pobreza, y que la guarde sin rodeos, que esto es lo que el Señor quiere, no hay remedio aun ahora de quererlo algunos, ¿qué hiciera si el Señor no hiciera lo más con el remedio que usó? No hubiera sino muy poquitos, que cumplieran esta palabra, que por nosotros dijo al Padre: Fiat voluntas tua.

2. Pues viendo el buen Jesús la necesidad, buscó un medio admirable a donde nos mostró el extremo de amor que nos tiene; y en su nombre, y en el de sus hermanos dio esta petición: El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy, Señor. Entendamos, hermanas, por amor de Dios, esto que pide nuestro buen Maestro, que nos va la vida en no pasar de corrida por ello; y tened en muy poco lo que habéis dado, pues tanto habéis de recibir. Paréceme ahora a mí (debajo de otro mejor parecer) que visto el buen Jesús lo que había dado por nosotros, y cómo nos importa tanto darlo, y la gran dificultad que había, como está dicho, por ser nosotros tales, y tan inclinados a cosas bajas, y de tan poco amor, y ánimo, que era menester ver el suyo para despertarnos, y no una vez sino cada día, que aquí se debió determinar de quedarse con nosotros. Y como era cosa tan grave, y de tanta importancia, quiso que viniese de la mano del Eterno Padre; porque aunque son una misma cosa, y sabía que lo que él hiciese en la tierra, lo haría Dios en el cielo, y lo tenía por bueno, pues su voluntad, y la de

su Padre era una, todavía era tanta la humildad del buen Jesús, en cuanto hombre, que quiso como pedir licencia, aunque ya sabía era amado del Padre, y que se deleitaba en él. Bien entendió que pedíamos en esto, que pidió en lo demás; porque ya sabía la muerte que le habían de dar, y las deshonras, y afrentas que había de padecer.

3. Pues ¿qué padre hubiera, Señor, que habiéndonos dado a su hijo, y tal hijo, y parándole tal, quisiera consentir que se quedara entre nosotros a padecer nuevas injurias? Por cierto ninguno, Señor, sino el vuestro: bien sabéis a quién pedís. ¡Oh váleme Dios, qué gran amor del Hijo, y qué gran amor del Padre! Aun no me espanto tanto del buen Jesús, porque como había ya dicho, Fiat voluntas tua, habíalo de cumplir como quien es. Sé que no es como nosotros, pues como sabe la cumplía con amarnos como a sí mismo, así andaba a buscar a cómo cumplir con mayor cumplimiento, aunque fuese a su costa este mandamiento. Mas vos Padre Eterno, ¿cómo lo consentistes? ¿Por qué queréis cada día ver en tan ruines manos a vuestro Hijo, ya que una vez quisistes lo estuviese, y lo consentistes? Ya veis cómo le pararon, ¿cómo puede vuestra piedad cada día verle hacer injurias? ¡Y cuántas le deben hoy hacer a este santísimo Sacramento! ¡En qué de manos enemigas suyas le debe de ver el Padre! ¡Qué desacato destes herejes!

4. ¡Oh Señor eterno! ¿Cómo aceptáis tal petición? ¿Cómo la consentís? No miréis su amor, que a trueco de hacer cumplidamente vuestra voluntad, y de hacer por nosotros, se dejará cada día hacer pedazos. Vuestro es mirar, Señor mío, ya que a vuestro Hijo no se le pone cosa delante, ¿por qué ha de ser todo nuestro bien a su costa? ¿Por qué calla a todo, y no sabe hablar por sí, sino por nosotros? Pues, ¿no ha de haber quien hable por este amantísimo Cordero? He mirado yo cómo en esta petición sola duplica las palabras, porque dice primero, y pide que nos deis este pan cada día, y torna a decir: Dánoslo hoy, Señor. Es como decirle, que ya una vez nos le dio, que no nos le torne a quitar, hasta que se acabe el mundo, que le deje servir cada día. Esto os entenezca el corazón, hijas mías, hijas mías, para amar a vuestro Esposo, que no hay esclavo que de buena gana diga lo que es, y que el buen Jesús parece se honra dello.

5. ¡Oh Padre eterno!, ¿qué mucho merece esta humildad, con qué tesoro compramos a vuestro Hijo? Venderlo, ya sabemos que por treinta dineros; mas para comprarle no hay precio que baste. Y como se hace aquí una cosa con nosotros por la parte que tiene de nuestra naturaleza. Y como Señor de su voluntad lo acuerda a su Padre, que pues es suya, que nos la puede dar; y así dice: Pan nuestro, no hace diferencia de sí a nosotros, mas hácenos a nosotros unos consigo, para que juntando cada día su Majestad nuestra oración con la suya, alcance la nuestra delante de Dios lo que pidiéremos.

Capítulo XXXIV

Prosigue en la misma materia: es muy bueno para después de haber recibido el santísimo Sacramento

1. Pues en esta petición de cada día, parece que es para siempre. He estado yo pensando, porqué después de haber dicho el Señor cada día, tornó a decir: Dánoslo hoy. Quiero os decir mi bobería; si lo fuere quédese por

tal, que harto lo es meterme yo en esto. Cada día me parece a mí, porque acá le poseemos en la tierra, y le poseeremos también en el cielo, si nos aprovechamos bien de su compañía. Pues no se quedó para otra cosa con nosotros, sino para ayudarnos, y animarnos, y sustentarnos a hacer esta voluntad, que hemos dicho se cumpla en nosotros.

2. El decir hoy, me parece es para un día, que es mientras durare el mundo, y no más; y bien un día para los desventurados que se condenan, que no lo gozarán en la otra. No es a culpa del Señor, si se dejan vencer, que él no los deja de animar hasta el fin de la batalla: no ternán con qué disculparse, ni de qué quejarse del Padre Eterno, porque se le tomó al mejor tiempo. Y ansí le dice su Hijo; que pues no es más de un día, se le deje ya pasar entre los suyos, y puesto a los desacatos de algunos malos, que pues su Majestad ya nos le dio, y envió al mundo por sola su voluntad, y bondad, que él quiere ahora por la suya no desampararnos, sino estarse aquí con nosotros para más gloria de sus amigos, y pena de sus enemigos; que no pide más de hoy ahora nuevamente, que el habernos dado este pan sacratísimo para siempre cierto lo tenemos. Su Majestad nos le dio, como he dicho, este mantenimiento, y maná de la humanidad, que le hallamos como queremos, y que si no es por nuestra culpa, no moriremos de hambre, que de todas cuantas maneras quisiere comer el alma, hallará en el santísimo Sacramento sabor, y consolación. No hay necesidad, ni trabajo, ni persecución, que no sea fácil de pasar, si comenzamos a gustar de los suyos.

3. Pedid vosotras hijas con este Señor al Padre, que os deje hoy a vuestro Esposo, que no os veáis en este mundo sin él, que baste para templar tan gran contento, que quede tan disfrazado en estos accidentes de pan, y vino, que es harto tormento, para quien no tiene otra cosa que amar, ni otro consuelo; mas suplicadle, que no os falte, y os dé aparejo para recibirle dignamente. De otro pan no tengáis cuidado las que de muy de veras os habéis dejado en la voluntad de Dios: digo que en estos tiempos de oración, que tratáis cosas más importantes, que tiempos hay otros, para que trabajéis, y ganéis de comer, mas no con el cuidado. No curéis gastar en eso el pensamiento en ningún tiempo, sino trabaje el cuerpo, que es bien procuréis sustentaros, y descanse el alma: dejad ese cuidado, como largamente queda dicho, a vuestro Esposo, que él le terná siempre. No hayáis miedo que os falte, si no faltáis vosotras en lo que habéis dicho, de dejaros en la voluntad de Dios. Y por cierto, hijas, de mí os digo, que si deso faltase ahora con malicia, como otras veces lo he hecho muchas, que yo no le suplicase me diese pan, ni otra cosa de comer, déjeme morir de hambre. ¿Para qué quiero vida, si con ella voy ganando cada día más muerte eternal? Ansí, que si de veras os dais a Dios, como lo decía, él terná cuidado de vos.

4. Es como cuando entra un criado a servir, que él tiene cuenta con contentar a su señor en todo, mas el señor está obligado a dar de comer al siervo, mientras está en su casa, y le sirve; salvo si no es tan pobre, que no tiene para sí, ni para él. Acá cesa esto, siempre es, y será rico, y poderoso. Pues ¿sería bien andar el criado pidiendo de comer cada día, pues sabe que tiene cuidado su amo de dárselo, y le ha de tener? Con razón le dirá, que se ocupe él en servirle, y en cómo le contentar, que por andar ocupado el cuidado en lo que no le ha de tener, no hace cosa a

derechas. Ansí que hermanas tenga quien quisiere cuidado de pedir ese pan, nosotras pidamos al Padre Eterno, merezcamos pedir el nuestro pan celestial. De manera, que ya que los ojos del cuerpo no se pueden deleitar en mirarle, por estar tan encubierto, se descubra a los del alma, y se le dé a conocer; que es otro mantenimiento de contentos, y regalos, y que sustenta la vida.

5. ¿Pensáis que no es mantenimiento, aun para estos cuerpos, este santísimo manjar, y gran medicina, aun para los males corporales? Yo sé que lo es, y conozco una persona de grandes enfermedades, que estando muchas veces con graves dolores, como con la mano se le quitaban, y quedaba buena del todo. Esto muy ordinario, y de males muy conocidos, que no se podían fingir, a mi parecer. Y porque las maravillas que hace este santísimo pan, en los que dignamente le reciben, son muy notorias, no digo muchas, que pudiera decir desta persona que he dicho, que lo podía yo saber, y sé que no es mentira. Mas a ésta habíala el Señor dado tan viva fe, que cuando oía a algunas personas decir, que quisieran ser en el tiempo que andaba Cristo nuestro bien en el mundo, se reía entre sí, pareciéndole que teniéndole tan verdaderamente en el santísimo Sacramento como entonces, que ¿qué más se les daba?

6. Mas sé desta persona, que muchos años, aunque no era muy perfecta, cuando comulgaba, ni más, ni menos que si viera con los ojos corporales entrar en su posada el Señor, procuraba esforzar la fe, para (como creía verdaderamente que entraba este Señor en su pobre posada) desocuparse de todas las cosas exteriores cuanto le era posible, y entrarse con él. Procuraba recoger los sentidos, para que todos entendiesen tan gran bien: digo no embarazasen al alma para conocerle. Considerábase a sus pies, y lloraba con la Madalena, ni más, ni menos que si con los ojos corporales le viera en casa del fariseo; y aunque no sintiese devoción, la fe la decía que estaba bien allí, y estábase allí hablando con él. Porque si no nos queremos hacer bobas, y cegar el entendimiento, no hay que dudar, que esto no es representación de la imaginación, como cuando consideramos al Señor en la cruz, o en otros pasos de la Pasión que le representamos como pasó. Esto pasa ahora, y es entera verdad, y no hay para qué le ir a buscar en otra parte más lejos, sino que pues sabemos que mientras no consume el calor natural los accidentes del pan, está con nosotros el buen Jesús, que nos perdamos tan buena sazón, y que nos lleguemos a él.

7. Pues si cuando andaba en el mundo, de sólo tocar sus ropas sanaba los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros estando tan dentro de mí, si tenemos fe viva, y nos dará lo que pidiéremos, pues está en nuestra casa? Y no suele su Majestad pagar mal la posada, si le hacen buen hospedaje. Si os da pena no verle con los ojos corporales, mirad que no nos conviene, que es otra cosa verle glorificado, o cuando andaba por el mundo. No habría sujeto que lo sufriese de nuestro flaco natural, ni habría mundo, ni quien quisiese parar en él, porque en ver esta verdad eterna, se vería ser mentira, y burlas todas las cosas de que acá hacemos caso. Y viendo tan gran Majestad, ¿cómo osaría una pecadorcilla como yo, que tanto le ha ofendido, estar tan cerca dél? Debajo de aquellos accidentes de pan está tratable, porque si el rey se disfrazo, no parece que se nos da nada de conversar sin tantos miramientos, y respetos; parece está obligado a sufrirlo, pues se disfrazó. ¿Quién osaría llegar con tanta

tibieza, tan indignamente, con tantas imperfecciones? Como no sabemos lo que pedimos, y como lo miró mejor su sabiduría: porque a los que ve que se han de aprovechar, él se les descubre, que aunque no le vean con los ojos corporales, muchos modos tiene de mostrarse al alma, por grandes sentimientos interiores, y por diferentes vías.

8. Estaos vos de buena gana con él, no perdáis tan buena sazón de negociar, como es la hora después de haber comulgado. Mirad, que este es gran provecho para el alma, y en que se sirve mucho el buen Jesús, que le tengáis compañía. Tened gran cuenta, hijas, de no la perder, si la obediencia no os mandare, hermanas, otra cosa: procurad dejar el alma con el Señor, que si luego lleváis el pensamiento a otra parte, y no hacéis caso, ni tenéis cuenta con quien está dentro de vos, no os quejéis sino de vos. Este pues es buen tiempo, para que os enseñe nuestro Maestro, para que le oyamos, y besemos los pies, porque nos quiso enseñar, y le supliquemos no se vaya de con nosotros. Si esto habéis de pedir, mirando una imagen de Cristo, bobería me parece dejar en aquel tiempo la misma persona, por mirar el dibujo. ¿No lo sería, si tuviésemos mucho un retrato de una persona que quisiésemos mucho, y la misma persona nos viniese a ver, dejar de hablar con ella, y tener toda la conversación con el retrato? ¿Sabéis para cuándo es muy bueno, y cosa en que yo me deleito mucho? Para cuando está ausente la misma persona, y quiere darnos a entender que lo está, con muchas sequedades, es gran regalo ver una imagen de quien con tanta razón amamos; a cada cabo que volviese los ojos la querría ver. ¿En qué mejor cosa, ni más gustosa a la vista la podemos emplear, que en quien tanto nos ama, y en quien tiene en sí todos los bienes? ¡Desventurados destos herejes, que han perdido por su culpa esta consolación con otros!

9. Mas acabado de recibir al Señor, pues tenéis la misma persona delante, procurad cerrar los ojos del cuerpo, y abrir los del alma, y miraros el corazón, que yo os digo (y otra vez lo digo, y muchas lo querría decir) que si tomáis esta costumbre todas las veces que comulgáredes, procurando tener tal conciencia, que os sea lícito gozar a menudo deste bien, que no viene tan disfrazado, que como he dicho, de muchas maneras no se dé a conocer, conforme al deseo que tenemos de verle; y tanto lo podéis desear, que se os descubra del todo: mas si no hacemos caso dél, sino que en recibéndole nos vamos de con él, a buscar otras cosas más bajas, ¿qué ha de hacer? ¿Hanos de traer por fuerza a que le veamos, que se nos quiere dar a conocer? No, que no le trataron tan bien, cuando se dejó ver a todos al descubierto, y les decía claro quién era, que muy pocos fueron los que le creyeron. Y ansí, harta misericordia nos hace a todos, que quiere su Majestad entendamos, que es él el que está en el santísimo Sacramento; mas que le vean descubiertamente, y comunicar sus grandezas, y dar de sus tesoros no quiere, sino a los que entiende, que mucho le desean, porque éstos son sus verdaderos amigos. Que yo os digo, que quien no lo fuere, y no llegare a recibirle como tal, habiendo hecho lo que es en sí, que nunca le importune, porque se le dé a conocer. No ve la hora de haber cumplido con lo que manda la Iglesia, cuando se va de su casa, y procura echarle de sí. Ansí que este tal con otros negocios, y ocupaciones, y embarazos del mundo, parece que lo más presto que puede se da prisa a que no le ocupe la casa el Señor.

Capítulo XXXV

Acaba la materia comenzada con una exclamación al Padre Eterno

1. Heme alargado tanto en esto, aunque había hablado en la oración del recogimiento de lo mucho que importa este entrarnos a solas con Dios, por ser cosa importante; y cuando no comulgáredes hijas, y oyéredes misa, podéis comulgar espiritualmente, que es de grandísimo provecho, y hacer lo mesmo de recogeros después en vos, que es mucho lo que se imprime así el amor deste Señor: porque aparejándonos a recibir, jamás deja de dar por muchas maneras que no entendemos, es como llegarnos al fuego, que aunque le haya muy grande, si estáis desviadas, y escondéis las manos, mal os podéis calentar, aunque todavía da más calor, que no estar a donde no haya fuego. Mas otra cosa es querer llegar a él, que si el alma está dispuesta (digo que esté con deseo de perder el frío) y se está allí un rato, para muchas horas queda con calor, y una centellica que falte la abrasa toda. Y vanos tanto, hijas, en disponernos para esto, que no os espantéis lo diga muchas veces.

2. Pues mirad, hermanas, que si a los principios no os halláredes bien, no se os dé nada, que podrá ser que os ponga el demonio apretamiento de corazón, y congoja, porque sabe el daño grande que le viene de aquí. Haraos entender que hay más devoción en otras cosas que aquí. Creedme, no dejéis este modo, aquí probará el Señor lo que queréis. Acordaos que hay pocas almas que le acompañen, y le sigan en los trabajos, pasemos por él algo, que su Majestad os lo pagará. Y acordaos también, qué de personas habrá, que no sólo quieren no estar con él, sino que con descomedimiento le echan de sí. Pues algo hemos de pasar, para que entienda que le tenemos deseo de ver. Y pues todo lo sufre, y sufrirá por hallar sola un alma que le reciba, y tenga en sí con amor, sea ésta la vuestra; porque a no haber ninguna, con razón no le consintiera quedar el Padre Eterno con nosotros, sino que es tan amigo de amigos, y tan señor de sus siervos, que como ve la voluntad de su buen Hijo, no le quiere estorbar obra tan excelente, y a donde tan cumplidamente muestra el amor.

3. Pues Padre santo, que estás en los cielos, ya que lo queréis, y aceptáis (y claro está no habiades de negar cosa que tan bien nos está a nosotros) alguien ha de haber, como dije al principio, que hable por vuestro Hijo. Seamos nosotras, hijas, aunque es atrevimiento siendo las que somos, mas confiadas en que nos manda el Señor que pidamos, llegadas a esta obediencia en nombre del buen Jesús, supliquemos a su Majestad, que pues no le ha quedado por hacer ninguna cosa, haciendo a los pecadores tan gran beneficio como éste, quiera su piedad, y se sirva de poner remedio, para que no sea tan mal tratado; y que pues su santo Hijo puso tan buen medio, para que en sacrificio le podamos ofrecer muchas veces, que valga tan precioso don, para que no vayan adelante tan grandísimo mal, y desacatos como se hacen en los lugares a donde estaba este santísimo Sacramento, entre estos luteranos, deshechas las iglesias, perdidos tantos sacerdotes, los Sacramentos quitados. Pues ¿qué es esto mi Señor, y mi Dios? O dad fin al mundo, o poned remedio en tan gravísimos males, que no hay corazón que lo sufra, aun de los que somos ruines. Suplícoos Padre

Eterno, que no lo sufráis ya vos: atajad este fuego, Señor, que si queréis, podéis.

4. Mirad, que aún está en el mundo vuestro Hijo, por su acatamiento cesen cosas tan feas, y abominables, y sucias, y por su hermosura, y limpieza, que no merece estar en casa a donde hay cosas semejantes. No lo hagáis por nosotros, Señor, que no lo merecemos; hacedlo por vuestro Hijo, pues suplicaros que no esté con nosotros, no os lo osamos pedir. Pues él alcanzó de vos, que por este día de hoy; que es lo que durare el mundo le dejádeses acá, y porque se acabaría todo, ¿qué sería de nosotros? Que si algo os aplaca, es tener acá tal prenda: pues algún medio ha de haber, Señor mío, póngale vuestra Majestad.

5. ¡Oh mi Dios, quién pudiera importunaros mucho, y haberos servido mucho, para poderos pedir tan gran merced, en pago de mis servicios, pues no dejáis ninguno sin paga! Mas no lo he hecho, Señor, antes por ventura soy la que os he enojado de manera, que por mis pecados vengan tantos males. Pues ¿qué he de hacer, Criador mío, sino presentaros este pan sacratísimo, y aunque nos le distes, tornáosle a dar, y suplicaros por los méritos de vuestro Hijo me hagáis esta merced; pues por tantas partes lo tiene merecido? Ya Señor, ya. Haced que sosiegue este mar; no ande siempre en tanta tempestad esta nave de la Iglesia, y salvadnos, Señor mío, que perecemos.

Capítulo XXXVI

Trata destas palabras: Dimitte nobis debita nostra

1. Pues viendo nuestro buen Maestro, que con este manjar celestial todo nos es fácil, si no es por nuestra culpa, y que podemos cumplir muy bien lo que hemos dicho al Padre, de que se cumpla en nosotros su voluntad, dícele ahora, que nos perdone nuestras deudas, pues perdonamos nosotros; y así prosiguiendo en la oración, dice estas palabras: Y perdonadnos Señor nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Miremos hermanas, que no dice como perdonaremos, porque entendamos, que quien pide un don tan grande como el pasado, y quien ya ha puesto su voluntad en la de Dios, que ya esto ha de estar hecho. Y así dice: Como nosotros las perdonamos. Así, que quien de veras hubiere dicho esta palabra al Señor, Fiat voluntas tua, todo lo ha de tener hecho, con la determinación al menos. Veis aquí cómo los santos se holgaban con las injurias, y persecuciones, porque tenían algo que presentar al Señor cuando le pedían. ¿Qué hará una tan pobre como yo, que tan poco ha tenido que perdonar, y tanto hay que se me perdone? Señor mío, ¿habrá algunas personas que me tengan compañía, y no hayan entendido este punto? Si las hay, en vuestro nombre les pido yo, que se les acuerde de esto, y que no hagan caso de unas cositas que llaman agravios, que parece que hacemos casas de pajitas, como niños, con estos puntos de honra.

2. ¡Oh válame Dios, hermanas, si entendiésemos qué cosa es honra, y en qué está perder la honra! Ahora no hablo con nosotras (que harto mal sería no tener ya entendido esto) sino conmigo, el tiempo que me precié de honra, sin entender cómo era, íbame al hilo de la gente. ¡Oh de qué cosas me agraviaba, que yo tengo vergüenza ahora! Y no era pues de las que mucho

miraban en estos puntos, mas no estaba en el punto principal; porque no miraba yo, ni hacía caso de la honra que tiene algún provecho, porque ésta es la que hace provecho al alma. Y qué bien dijo quien dijo, que honra, y provecho no podían estar juntos, aunque no sé si lo dijo a este propósito; y es al pie de la letra, que el provecho del alma, y esto que llama el mundo honra, nunca pueden estar juntos. Cosa espantosa es ver, que al revés anda el mundo. Bendito sea el Señor, que nos sacó dél. Plega a su Majestad, que esté siempre tan fuera desta casa, como está ahora, porque Dios nos libre de monasterios a donde hay puntos de honra, nunca en ellos se dará mucho a Dios.

3. Mas mirad hermanas, que no nos tiene olvidadas el demonio, también inventa las honras en los monasterios, y pone sus leyes que suben, y bajan en dignidades, como los del mundo, y ponen su honra en unas cositas que yo me espanto. Los letrados deben de ir por sus letras, que esto no lo sé; el que ha llegado a leer teología, no ha de bajar a leer filosofía, que es un punto de honra, que está en que ha de subir, y no bajar: y aun en su seso, si se lo mandase la obediencia, lo ternía por agravio, y habría quien tornase dél, y diría que es afrenta, y luego el demonio descubre razones, que aun en la ley de Dios parece lleva razón. Pues entre monjas la que ha sido priora, ha de quedar inhabilitada para otro oficio más bajo, un mirar en la que es más antigua; que esto no se nos olvida, y aun a las veces parece merecemos en ello, porque lo manda la Orden. Cosa es para reír, o para llorar, que lleva más razón: sé que no manda la Orden, que no tengamos humildad. Mándalo, porque haya concierto; mas yo no he de estar tan concertada en cosas de mi estima, que tenga tanto cuidado en este punto de Orden, como de otras cosas della, que por ventura guardaremos imperfectamente: no esté toda nuestra perfección de guardarla en esto, otras lo mirarán por mí, si yo me descuido. Es el caso, que como somos inclinados a subir (aunque no subiremos por aquí al cielo) no ha de haber bajar.

4. ¡Oh Señor! ¿Sois vos nuestro dechado, y maestro? Sí por cierto: ¿pues en qué estuvo vuestra honra, honrado nuestro? No la perdisteis por cierto en ser humillado hasta la muerte. No, Señor, sino que la ganastes para todos. ¡Oh! Por amor de Dios, hermanas, que llevamos perdido el camino, porque va errado desde el principio. Y plega a Dios, que no se pierda algún alma, por guardar estos negros puntos de honra, sin entender en qué está la honra; y vernemos después a pensar que hemos hecho mucho, si perdonamos una cosita destas, que ni era agravio, ni injuria, ni nada: y muy como quien ha hecho algo, vernemos a que nos perdone el Señor, pues hemos perdonado. Dadnos mi Dios a entender, que no nos entendemos, y que venimos vacías las manos, y perdonadnos vos por vuestra misericordia.

5. Mas qué estimado debe ser este amarnos unos a otros; pues pudiera el buen Jesús ponerle delante otras, y decir: Perdonadnos, Señor, porque hacemos mucha penitencia, o porque rezamos mucho, y ayunamos, y lo hemos dejado todo por vos, y os amamos mucho; y porque perderíamos la vida por vos, y como digo otras cosas que pudiera decir, sino sólo porque perdonamos. Por ventura, como nos conoce por tan amigos desta negra honra, y como cosa más dificultosa de alcanzar de nosotros, la dijo, y se la ofrece de nuestra parte.

6. Pues tened mucha cuenta, hermanas mías, con que dice: Como

perdonamos, ya como cosa hecha, como he dicho. Y advertid mucho en esto, que cuando destas cosas acaecen a un alma, y en la oración que he dicho de contemplación perfecta, no sale muy determinada, y si se le ofrece lo pone por obra de perdonar cualquier injuria, por grave que sea, no estas naderías, que llaman injurias, no fíe mucho de su oración; que al alma a quien Dios llega a sí en oración tan subida, no llegan, ni se les da más ser estimada, que no. No dije bien, que sí da, que mucha más pena le da la honra, que la deshonra, y el mucho holgar con descanso, que los trabajos. Porque cuando de veras les ha dado el Señor aquí su reino, ya no le quiere en este mundo; y para más subidamente reinar, entiende es éste el verdadero camino, y ha visto por experiencia el bien que le viene, y lo que se adelanta un alma en padecer por Dios. Porque por maravilla llega su Majestad a hacer tan grandes regalos, sino a personas que han pasado de buena gana muchos trabajos por él. Porque como dije en otra parte deste libro, son grandes los trabajos de los contemplativos, que ansí los busca el Señor gente experimentada.

7. Pues entended, hermanas, que como éstos tienen ya entendido lo que es todo, en cosa que pasa no se detienen mucho. Si de primer movimiento da pena una gran injuria, y trabajo, aún no lo ha bien sentido, cuando acude la razón por otra parte, que parece que levanta la bandera por sí, y deja casi aniquilada aquella pena, con el gozo que le da ver que le ha puesto el Señor en cosa en que en un día podrá ganar más delante de su Majestad de mercedes, y favores perpetuos, que pudiera ser que ganara él en diez años, con trabajos que quisiera tomar por sí. Esto es muy ordinario, a lo que yo entiendo, que he tratado muchos contemplativos, que como otros precian oro, y joyas, precian ellos los trabajos, porque tienen entendido, que esto los ha de hacer ricos. Destas personas está muy lejos estima suya de nada, gustan que entiendan sus pecados, y de decirlos cuando ven que tienen estima dellos. Ansí les acaece de su linaje, que ya saben, que en el reino que no se acaba, no han de ganar por aquí; si gustasen ser de buena casta, es cuando para más servir a Dios fuera menester; cuando no pésales que los tengan por más de lo que son, y sin ninguna pena desengañan, sino con gusto. Y el caso debe ser, que a quien Dios hace merced de tener esta humildad, y amor grande a Dios, en cosa que sea servirle más, ya se tiene a sí tan olvidado, que aun no puede creer que otros sienten algunas cosas, ni lo tiene por injuria.

8. Estos efectos que he dicho a la postre, son de personas, y almas llegadas a más perfección, y a quien el Señor muy ordinario hace mercedes de llegarlos a sí por contemplación perfecta. Mas lo primero, que es estar determinado a sufrir injurias, y sufrirlas, aunque sea recibiendo pena, digo, que muy en breve lo tiene, quien tiene ya esta merced del Señor de llegar a unión, y que si no tiene estos efectos, ni sale muy fuerte en ellos de la oración, crea que no era la merced de Dios, sino alguna ilusión del demonio, porque nos tengamos por más honrados. Puede ser que al principio, cuando el Señor hace estas mercedes, no luego el alma quede con esta fortaleza, mas digo que si las continúa a hacer, que en breve tiempo se hace con fortaleza, y ya que no la tenga en otras virtudes, en esto de perdonar sí.

9. No puedo yo creer, que alma que tan junto llega de la misma misericordia, a donde conoce lo que es, y lo mucho que le ha perdonado

Dios, deje de perdonar luego con toda facilidad, y quede allanada en quedar muy bien con quien la injurió; porque tiene presente el regalo, y merced que le ha hecho, a donde vio señales de grande amor, y alégrase que se le ofrezca en qué le mostrar alguno.

10. Torno a decir, que conozco muchas personas, que las ha hecho el Señor merced de levantarlas a cosas sobrenaturales, dándoles esta oración, o contemplación que queda dicha, y aunque las veo con otras faltas, e imperfecciones, como ésta no he visto ninguna, ni creo la habrá, si las mercedes son de Dios, como he dicho. El que las recibiere mayores, mire en sí cómo van creciendo estos efectos, y si no viere en sí ninguno, tébase mucho, y no crea que esos regalos son de Dios, que siempre enriquece el alma a donde llega. Esto es cierto, que aunque la merced, y regalo pase presto, que se entiende de espacio en las ganancias con que queda el alma. Y como el buen Jesús sabe muy bien esto, determinadamente dice a su Padre Santo que perdonamos nuestros deudores.

Capítulo XXXVII

Dice la excelencia desta oración del Pater noster, y cómo hallaremos de muchas maneras consolación en ella

1. Es cosa para alabar mucho al Señor, cuán subida perfección es esta oración evangelical, bien como ordenada de tan buen Maestro, y ansí podemos, hijas, cada una tomarla a su propósito. Espántame ver que en tan pocas palabras está toda la contemplación, y perfección encerrada, que parece no hemos menester otro libro, sino estudiar en éste. Porque hasta aquí nos ha enseñado el Señor todo el modo de oración, y de alta contemplación, desde los principiantes, a la oración mental, y de quietud, y unión, que a ser yo para saberlo decir, se podía hacer un gran libro de oración sobre tan verdadero fundamento. Ahora ya comienza el Señor a darnos a entender los efectos que deja, cuando son mercedes suyas, como habéis visto.

2. Pensado he yo, cómo no se había su Majestad declarado más en cosas tan subidas, y oscuras, para que todos las entendiésemos: y hame parecido, que como había de ser general para todos esta oración, que porque pudiese pedir cada uno a su propósito, y se consolase, pareciéndonos le damos buen entendimiento, lo dejó ansí en confuso, para que los contemplativos, que ya no quieren cosas de la tierra, y personas ya muy dadas a Dios, pidan las mercedes del cielo, que se pueden, por la gran bondad de Dios, dar en la tierra: y los que aún viven en ella (y es bien que vivan conforme a sus estados) pidan también su pan, que se han de sustentar sus casas, y es muy justo, y santo, y ansí las demás cosas conforme a sus necesidades. Mas miren, que estas dos cosas, que es darle nuestra voluntad, y perdonar, que es para todos. Verdad es, que hay más, y menos en ello, como queda dicho: los perfectos darán la voluntad como perfectos, y perdonarán con la perfección que queda dicha: nosotras, hermanas, haremos lo que pudiéremos, que todo lo recibe el Señor. Porque parece una manera de concierto, que de nuestra parte hace con su Eterno Padre, como quien dice: «Haced vos esto, Señor, y harán mis hermanos estotro».

3. Pues a buen seguro, que no falte por su parte; ¡oh que es muy buen

pagador, y paga muy sin tasa! De tal manera podemos decir una vez esta oración, que como entienda no nos queda doblez, sino que haremos lo que decimos, nos deje ricos. Es muy amigo tratemos verdad con él tratando con llaneza, y claridad, que no digamos una cosa, y nos quede otra; siempre da más de lo que le pedimos. Sabiendo esto nuestro buen Maestro, y que los que de veras llegasen a perfección en el pedir, habían de quedar tan en alto grado con las mercedes que les había de hacer el Padre Eterno, y entendiendo que los ya perfectos, o que van camino dello (que no temen, ni deben, como dicen, tienen el mundo debajo de los pies, contento el Señor dél) como por los efectos que hace en sus almas, pueden tener grandísima esperanza que su Majestad lo está, y que embebidos en aquellos regalos, no querrían acordarse que hay otro mundo, ni que tienen contrarios. ¡Oh Sabiduría eterna! ¡Oh buen Enseñador, y qué gran cosa es, hijas, un buen maestro sabio, temeroso, que previene a los peligros! Es todo el bien que un alma espiritual puede acá desear, porque es gran seguridad.

4. No podría encarecer con palabras lo que importa esto. Ansí, que viendo el Señor, que era menester despertarlos, y acordarlos, que tienen enemigos, y cuán más peligroso es en ellos ir descuidados, y que mucha más ayuda han menester del Padre Eterno, porque caerán de más alto, y para no andar engañados sin entenderse, pide estas peticiones tan necesarias a todos, mientras vivimos en este destierro, que son: «Y no nos traigas, Señor, en tentación, mas líbranos de mal».

Capítulo XXXVIII

Que trata de la gran necesidad que tenemos de suplicar al Padre Eterno nos conceda lo que pedimos en estas palabras: Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo, y declara algunas tentaciones. Es de notar

1. Grandes cosas tenemos aquí que pensar, y que entender, pues lo pedimos. Ahora mirad, hermanas, que tengo muy por cierto los que llegan a la perfección, que no piden al Señor los libre de los trabajos, y de las tentaciones, y peleas, que éste es otro efeto muy cierto, y grande de espíritu, del Señor, y no ilusión en la contemplación, y mercedes que su Majestad les diere; porque como poco ha dije, antes los desean, y los piden, y los aman. Son como los soldados, que están más contentos, cuando hay más guerra, porque esperan salir con más ganancia: si no la hay, sirven con su sueldo, mas ven que no pueden medrar mucho. Creed, hermanas, que los soldados de Cristo, que son los que tienen contemplación, no ven la hora que pelear. Nunca temen mucho enemigos públicos, ya los conocen, y saben, que con la fuerza que en ellos pone el Señor, no tienen fuerza, y que siempre quedan vencidos, y ellos con gran ganancia: nunca los vuelven el rostro. Los que temen, y es razón teman siempre, y pidan los libre el Señor dellos, son unos enemigos traidores, unos demonios que se transfiguran en ángel de luz, vienen disfrazados: hasta que han hecho mucho daño en el alma no se dejan conocer, sino que nos andan bebiendo la sangre, y acabando las virtudes, y andamos en la misma tentación, y no lo entendemos.

2. Destos pidamos, hijas, y supliquemos muchas veces en el Pater

noster, que nos libre el Señor, y que no consienta andemos en tentación; que nos traiga engañadas, que se descubra la ponzoña, que no nos escondan la luz. Y a la verdad, ¡oh con cuánta razón nos enseña nuestro buen Maestro a pedir esto, y lo pide por nosotros! Mirad, hijas, que de muchas maneras dañan, no penséis que es sólo en hacernos entender, que los gustos que pueden fingir en nosotros, y regalos son de Dios. Éste me parece el menos daño en parte que ellos pueden hacer, antes podrá ser que con esto hagan caminar más apriesa, porque cebados de aquel gusto, están más horas en la oración; y como ellos están ignorantes que es el demonio, y como se ven indignos de aquellos regalos, no acabarán de dar gracias a Dios, quedarán más obligados a servirle: esforzarse han a disponerse, para que les haga más mercedes el Señor, pensando que son de su mano.

3. Procurad, hermanas, siempre humildad, y ver que no sois dignas destas mercedes, y no las procuréis. Haciendo esto, tengo para mí, que muchas almas pierde el demonio por aquí, pensando hacer que se pierdan, y que saca el Señor del mal que pretende hacer nuestro bien. Porque mira su Majestad nuestra intención, que es contentarle, y servirle, estándonos con él en la oración, y fiel es el Señor. Bien es andar con aviso, no haga quiebra en la humildad, con alguna vanagloria, suplicando al Señor os libre en esto. No hayáis miedo, hijas, que os deje su Majestad regalar mucho de nadie, sino de sí. A donde el demonio puede hacer gran daño sin entenderle, es haciéndonos creer que tenemos virtudes, no las teniendo, que esto es pestilencia. Porque en los gustos, y regalos, parece sólo que recibimos, y que quedamos más obligados a servir, acá parece que damos, y servimos, y que está el Señor obligado a pagar, y ansí poco a poco hace mucho daño. Que por una parte enflaquece la humildad, por otra descuidámonos de adquirir aquella virtud, que nos parece la tenemos ya ganada. Y sin sentir pareciéndonos vamos seguros, damos con nosotros en un hoyo, que no podemos salir dél, que aunque no sea de conocido pecado mortal, para llevarnos al infierno todas veces, es que nos desjarreta las piernas para no andar este camino, de que comencé a tratar, que no se me ha olvidado.

4. Yo os digo, que es bien peligrosa esta tentación, yo sé mucho desto por experiencia, y ansí os lo sabré decir, aunque no tan bien como quisiera. Pues ¿qué remedio, hermanas? El que a mí me parece mejor, es lo que nos enseña nuestro Maestro, oración, y suplicar al Padre Eterno, que no permita que andemos en tentación. También os quiero decir otro alguno, que si nos parece, que el Señor ya nos ha dado alguna virtud, que entendamos que es bien recibido, y que nos la puede tornar a quitar, como a la verdad acaece muchas veces, y no sin gran providencia de Dios. ¿Nunca lo habéis visto por vosotras, hermanas? Pues yo sí, unas veces me parece que estoy muy desasida, y en hecho de verdad venido a la prueba lo estoy. Otras veces me hallo tan asida, y de cosas que por ventura el día antes burlara yo dello, que casi no me conozco. Otras veces me parece tengo mucho ánimo, y que a cosa que fuese servir a Dios no volvería el rostro, y probado es ansí, que le tengo para algunas: otro día viene, que no me hallo con él para matar una hormiga por Dios, si en ello hallase contradicción. Ansí unas veces me parece que de ninguna cosa que dijese de mí, o me murmurasen, no se me daría nada, y he probado algunas veces ser ansí, que antes me da contento: vienen días que sola una palabra me

aflige, y querría irme del mundo, porque me parece me cansa en todo. Y en esto no soy sola yo, que lo he mirado en muchas personas mejores que yo, y sé que pasa así.

5. Pues si esto es así, ¿quién podrá decir de sí, que tiene virtud, ni que está rico, pues al mejor tiempo que haya menester la virtud, se halla della pobre? Que no, hermanas, sino pensemos siempre lo estamos, y no nos adeudemos sin tener de qué pagar, porque de otra parte ha de venir el tesoro, y no sabemos cuándo nos querrá dejar en la cárcel de nuestra miseria sin darnos nada. Y si teniéndonos por buenas, nos hace merced, y honra, que es el emprestar, que digo, quedaranse burlados ellos y nosotras. Verdad es, que sirviendo con humildad, en fin nos socorre el Señor en las necesidades; mas si no hay de veras esta virtud, a cada paso, como dicen, os dejará el Señor; y es grandísima merced suya, que es para que la tengáis, y entendáis con verdad, que no tenemos nada, que no lo recibamos.

6. Ahora, pues, notad otro aviso: hácenos entender el demonio, que tenemos una virtud, digamos de paciencia, porque nos determinamos, y hacemos muy continos actos de pasar mucho por Dios, y parécenos en hecho de verdad, que lo sufriríamos; y así estamos muy contentas, porque ayuda el demonio a que lo creamos. Yo os aviso no hagáis caso destas virtudes, ni pensemos las conocemos, sino de nombre, ni que nos las ha dado el Señor, hasta que veamos la prueba. Porque acaecerá, que a una palabra que os digan a vuestro disgusto, vaya la paciencia por el suelo. Cuando muchas veces sufriéredes, alabad a Dios, que os comienza a enseñar esta virtud, y esforzaos a padecer, que es señal que en eso quiere se la paguéis, pues os la da, y no la tengáis, sino como en depósito, como ya queda dicho.

7. Trae otra tentación, y háceos el demonio entender que sois pobre, y tiene alguna razón, porque habéis prometido pobreza con la boca, como el religioso, o porque en el corazón lo queréis ser, como acaece a personas que tienen oración. Ahora bien, prometida la pobreza, o diciendo el que piensa que es pobre, yo no quiero nada, esto tengo, porque no puedo pasar sin ello, en fin, he de vivir para servir a Dios, él quiere que sustentemos estos cuerpos, y otras mil diferencias de cosas que el demonio enseña aquí, como ángel de luz, porque todo es bueno. Y así hácele entender, que ya es pobre, y tiene esta virtud, y que todo está hecho.

8. Ahora vengamos a la prueba, que esto no se conocerá de otra manera, sino andándole siempre mirando a las manos: y si hay cuidado, muy presto da señal, tiene demasiada renta, entiéndese respeto de lo necesario, y no que si puede pasar con un mozo, traiga tres; pónenle un pleito por algo dello, o déjale de pagar el pobre labrador, tanto desasosiego le da, y tanta pena en ello, como sin ello no pudiera vivir. Dirá, que porque no se pierda por mal recaudo, que luego hay una disculpa. No digo yo que lo deje, sino que lo procura, jamás le inquietan, porque nunca piensa le ha de faltar, y que le falte no se le da mucho: tiénelo por cosa accesoria, y no principal: como tiene pensamientos más altos, a fuerza de brazos se ocupa estotro.

9. Pues un religioso, o religiosa, que ya está averiguado lo que es, al menos que lo ha de ser, no posee nada, porque no lo tiene a las veces, mas si hay quien se lo dé, por maravilla le parece le sobra: siempre gusta de tener algo guardado, y si puede tener un hábito de fino paño, no le

pide de ruin, alguna cosilla que pueda empeñar, o vender, aunque sean libros, porque si viene una enfermedad, ha menester más regalo del ordinario. Pecadora de mí, que eso es lo que prometistes, descuidar de vos, y dejarlo a Dios, venga lo que viniere; porque si andáis proveyéndoos para lo porvenir, mas sin distraeros tuviérades renta cierta. Aunque esto se puede hacer sin pecado, es bien nos vamos entendiendo estas imperfecciones, para ver que nos falta mucho para tener esta virtud, y la pidamos a Dios, y la procuremos, porque con pensar que la tenemos, estamos descuidados, y engañados, que es lo peor.

10. Ansí nos acaece en la humildad, que nos parece no queremos honra, ni se nos da nada; viene la ocasión de tocaros en un punto, luego en lo que sentís, y hacéis, se entenderá que sois humildes; porque si algo os viene para más honra, no lo deshecháis, ni aun los pobres que hemos dicho para más provecho, y plega Dios no lo procuren ellos. Y traen ya tan en la boca, que no quieren nada ni se les da nada de nada (como en hecho de verdad lo piensan ansí) que aun la costumbre de decirlo les hace más que lo crean. Mucho hace al caso andar siempre sobre aviso para entender esta tentación, ansí en las cosas que he dicho, como en otras muchas. Porque cuando de veras da el Señor una sola virtud destas, todas parece las trae tras sí; es muy conocida cosa. Mas tórnoos a avisar, que aunque os parezca la tenéis, temáis que os engaña, porque el verdadero humilde, siempre anda dudoso en virtudes propias, y muy ordinariamente le parecen más ciertas, y de más valor las que ve en sus prójimos.

Capítulo XXXIX

Prosigue la misma materia, y da avisos de algunas tentaciones de diferentes maneras, y pone dos remedios, para que se puedan librar dellas. Este capítulo es mucho de notar, ansí para los tentados de humildades falsas, como para los confesores

1. Pues guardaos también, hijas de unas humildades que pone el demonio con grande inquietud, de la gravedad de nuestros pecados, que suele apretar aquí de muchas maneras, hasta apartarse de las comuniones, y de tener oración particular (por no lo merecer, les pone el demonio) y cuando llegan al santísimo Sacramento, en si se aparejan bien, o no, se les va el tiempo que habían de recibir mercedes. Llega la cosa a término de hacer parecer a un alma, que por ser tal, la tiene Dios tan dejada, que casi pone duda en su misericordia. Todo le parece peligro lo que trata, y sin fruto lo que sirve, por bueno que sea; dale una desconfianza que se le caen los brazos para hacer ningún bien, porque le parece que lo que lo es en los otros, en ella es mal.

2. Mirad mucho, hijas, mirad mucho en este punto que os diré, porque alguna vez podrá ser humildad, y virtud teneros por tan ruin, y otras, grandísima tentación; porque yo he pasado por ella la conozco. La humildad, no inquieta, ni desasosiega, ni alborota el alma, por grande que sea, sino viene con paz, y regalo, y sosiego. Aunque uno de verse ruin entienda claramente merece estar en el infierno, y se aflige, y le parece con justicia todos le habían de aborrecer, y que casi no osa pedir misericordia, si es buena humildad, esta pena viene con una suavidad en

sí, y contento, que no querríamos vernos sin ella: no alborota, ni aprieta el alma, antes la dilata, y hace hábil para servir más a Dios. Estotra pena, todo lo turba, todo lo alborota, toda el alma revuelve; es muy penosa. Creo pretende el demonio, que pensemos tenemos humildad, y si pudiese a vueltas, que desconfiásemos de Dios. Cuando ansí os halláredes, atajad el pensamiento de vuestra miseria lo más que pudiéredes; y ponedlo en la misericordia de Dios, y en lo que nos ama, y padeció por nosotros. Y si es tentación, aun esto no podréis hacer, que no os dejará sosegar el pensamiento, ni ponerle en cosa, sino para fatigaros más; harto será si conocéis es tentación. Ansí es en penitencias desconcertadas, para hacernos entender, que somos más penitentes que las otras, y que hacéis algo. Si os andáis escondiendo del confesor, o prelado, o si diciéndoos que lo dejéis, no lo hacéis, es clara tentación; procurad, aunque más pena os dé, obedecer, pues en esto está la mayor perfección.

3. Pone otra bien peligrosa tentación, que es una seguridad de parecernos, que en ninguna manera tornaríamos a las culpas pasadas, y contentos del mundo; que ya le tengo entendido, y sé que se acaba todo, y que más gusto me dan las cosas de Dios. Ésta si es a los principios, es muy mala, porque con esta seguridad no se les da nada de tornarse a poner en las ocasiones, y hacernos dar de ojos, y plega a Dios que no sea muy peor la recaída: porque como el demonio ve, que es el alma que le puede dañar, y aprovechar a otras, hace todo su poder, para que no se levante. Ansí, que aunque más gustos, y prendas de amor el Señor os dé, nunca andéis tan seguras, que dejéis de temer que podéis tornar a caer, y guardaos de las ocasiones.

4. Procurad mucho tratar esas mercedes, y regalos con quien os dé luz sin tener cosa secreta, y tened este cuidado, que en principio, y fin de la oración, por subida contemplación que sea, siempre acabéis en propio conocimiento: y si es de Dios, aunque no queráis, ni tengáis este aviso, lo haréis aun más veces, porque trae consigo humildad, y siempre deja con más luz, para que entendamos lo poco que somos. No me quiero detener más, porque muchos libros hallaréis destes avisos: lo que he dicho es, porque he pasado por ello, y vístome en trabajo algunas veces, y todo cuanto se puede decir, no puede dar entera seguridad.

5. Pues Padre Eterno, ¿qué hemos de hacer, sino acudir a vos, y suplicaros no nos traigan estos contrarios nuestros en tentación? Cosas públicas vengan, que con vuestro favor mejor nos libraremos, mas esas traiciones, ¿quién las entenderá? Dios mío, siempre hemos menester pedirnos remedio, decidnos, Señor, alguna cosa para que nos entendamos, y aseguremos. Ya sabéis que por este camino no van los muchos, y si han de ir con tantos miedos, irán muy menos.

6. Cosa extraña es ésta, como si a los que no van por camino de oración, no tentase el demonio, y que se espanten más todos de uno que engaña más llegado a perfección, que de cien mil que ven en engaños, y pecados públicos, que no hay que andar a mirar si es bueno o malo, porque de mil leguas se entiende. Mas a la verdad tienen razón, porque son tan poquísimos a los que engaña el demonio, de los que rezaren el Pater noster, como queda dicho, que como cosa nueva, y no usada da admiración. Que es cosa muy de los mortales, pasar fácilmente por lo contino que ven, y espantarse mucho de lo que es muy pocas veces, o casi ninguna: y los

mesmos demonios los hacen espantar, porque les está a ellos bien, que pierden muchos por uno que se llega a la perfección. Digo, que es tan de espantar, que no me maravillo se espanten; porque si no es muy por su culpa, van tanto más seguros, que los que van por otro camino, como los que están en el cadahalso(35) mirando el toro, o los que andan poniéndosele en los cuernos. Esta comparación he oído, y paréceme al pie de la letra. No hayáis miedo, hermanas, de ir por estos caminos, que muchos hay en la oración, porque unas aprovechan en uno, y otras en otro. Camino seguro es; más aína os librareis de las tentaciones estando cerca del Señor, que estando lejos. Suplícaselo, y pedíselo, como hacéis tantas veces cada día en el Pater noster.

Capítulo XL

Dice cómo, si procuramos siempre andar en amor, y temor, iremos seguros entre tantas tentaciones

1. Pues buen Maestro nuestro, dadnos algún remedio cómo vivir sin mucho sobresalto en guerra tan peligrosa. El que podemos tener, hijas, y nos dio su Majestad, es amor, y temor; que el amor nos hará apresurar los pasos, el temor nos hará ir mirando a dónde ponemos los pies, para no caer en camino a donde hay tanto en qué tropezar, como caminamos todos los que vivimos, y con esto a buen seguro que no seamos engañadas. Direisme, que en qué veréis que tenéis estas virtudes tan grandes, y tenéis razón, porque cosa muy cierta, y determinada no la puede haber; porque siéndolo de que tenemos amor, lo estaríamos de que estamos en gracia.

2. Mas mirad, hermanas, hay unas señales que parece que los ciegos las ven, no están secretas, aunque no queráis entenderlas, ellas dan voces, que hacen mucho ruido; porque no son muchos los que con perfección las tienen, y así se señalan más. Como quien no dice nada, amor, y temor de Dios. Son dos castillos fuertes, de donde se da guerra al mundo, y a los demonios. Los que de veras aman a Dios, todo lo bueno aman, todo lo bueno quieren, todo lo bueno favorecen, todo lo bueno loan, con los buenos se juntan siempre, y los favorecen, y defienden; no aman sino verdades, y cosas que sean dignas de amar.

3. ¿Pensáis que es posible los que muy de veras aman a Dios, amar vanidades, ni riquezas, ni cosa del mundo, ni deleites, ni honras? Ni tienen tiendas, ni andan con envidias, todo porque no pretenden otra cosa sino contentar al amado: andan muriendo, porque los ame, y así ponen la vida en entender cómo le agradarán más. Que el amor de Dios, si de veras es amor, es imposible esté muy encubierto: si no mirad un san Pablo, una Madalena, en tres días el uno comenzó a entenderse que estaba enfermo de amor (éste fue san Pablo) la Madalena desde el primero día: ¡y cuán bien entendido! Que esto tiene, que hay más, y menos, y así se da a entender; como la fuerza que tiene el amor, si es poco, da a entender poco; si es mucho: mas poco, o mucho, como haya amor de Dios, siempre se entiende. Mas de lo que ahora tratamos (que es de los engaños, e ilusiones que hace el demonio a los contemplativos) no hay poco en ellos, siempre es el amor mucho, o ellos no serán contemplativos; y así no se da a entender mucho, y de muchas maneras. Es fuego grande, no puede sino dar gran

resplandor; y si esto no hay, anden con gran recelo, crean⁽³⁶⁾ que tienen bien que temer, procuren entender qué es, y hagan oraciones, anden con humildad, y supliquen al Señor no los traiga en tentación, que cierto a no haber esta señal, yo temo que andamos en ella; mas andando con humildad, procurando saber la verdad, sujetas al confesor, y tratando con él con verdad, y llaneza, como está dicho, fiel es el Señor. Creed, que si no andáis con malicia, ni tenéis soberbia, con lo que el demonio os pensare dar la muerte, os da la vida, aunque más cocos, e ilusiones os quiera hacer.

4. Mas si sentís este amor de Dios, que tengo dicho, y el temor que ahora diré, andad alegres, y quietas, que por haceros turbar el alma, para que no goce tan grandes bienes, os porná el demonio mil temores falsos, y hará que otros os los pongan; porque ya que no puede ganaros, al menos procura hacernos algo perder, y que pierdan los que pudieran ganar mucho, creyendo son de Dios las mercedes tan grandes a una criatura tan ruin, y que es posible hacerlas, que parece algunas veces tenemos olvidadas sus misericordias antiguas.

5. ¿Pensáis que le importa poco al demonio poner estos temores? No, sino mucho, porque hace dos daños: el uno, que atemoriza a los que lo oyen de llegarse a la oración, pensando que han de ser también engañados: el otro, que se llegarían muchos más a Dios, viendo que es tan bueno, como he dicho, que es posible comunicarse ahora tanto con los pecadores. Póneles codicia, y tienen razón, que yo conozco algunas personas, que esto les animó, y comenzaron oración, y en poco tiempo salieron verdaderos, haciéndoles el Señor grandes mercedes. Ansí que, hermanas, cuando entre vosotras viéredes alguna a quien el Señor las haga, alabadle mucho por ello, y no por eso penséis que está segura, antes la ayudad con más oración, porque nadie lo puede estar mientras vive, y anda engolfado en los peligros deste mar tempestuoso.

6. Ansí, que no dejaréis de entender este amor a donde está, ni sé cómo se puede encubrir. Pues si amamos acá a las criaturas, dicen ser imposible, y que mientras más hacen por encubrirle, más se descubre, siendo cosa tan baja, que no merece nombre de amor, porque se funda en no nada, y es asco poner esta comparación: y ¿habíase de poder encubrir un amor tan fuerte como el de Dios? ¿Tan justo, que siempre va creciendo, teniendo tanto que amar, que no ve cosa para dejar de amar; fundado sobre tal cimiento, como es ser pagado con otro amor, que ya no puede dudar dél, por estar mostrado tan al descubierto con tan grandes dolores, y trabajos, y derramamiento de sangre, hasta perder la vida, porque no nos quedase ninguna duda deste amor? ¡Oh válame Dios, qué cosa tan diferente debe ser el un amor del otro, a quien lo ha probado! Plega a su Majestad nos le dé a entender antes que nos saque desta vida: porque será gran cosa a la hora de la muerte, ver que vamos a ser juzgadas, de quien habemos amado sobre todas las cosas. Seguras podremos ir con el pleito de nuestras deudas, no será ir a tierra extraña, sino propia; pues es a la de quien tanto amamos, y nos ama, que esto tiene mejor (con todo lo demás) que los querer de acá, que en amándole estamos bien seguro que nos ama.

7. Acordaos, hijas mías, aquí de la ganancia que trae este amor consigo, y de la pérdida que es no le tener, que nos pone en manos del tentador, en manos tan crueles, manos tan enemigas de todo bien, y tan

amigas de todo mal. ¿Qué será de la pobre alma, que acabada de salir de tales dolores, y trabajos, como son los de la muerte, cae luego en ellas? ¡Qué mal descanso le viene! ¡Qué despedazada irá al infierno! ¡Qué multitud de serpientes de diferentes maneras! ¡Qué temeroso lugar! ¡Qué desventurado hospedaje! Pues para una noche una mala posada se sufre mal, si es persona regalada (que son los que más deben de ir allá) pues posada para siempre sin fin, ¿qué pensáis sentirá aquella triste alma? Que no queramos regalos, hijas, bien estamos aquí; todo es una noche la mala posada: alabemos a Dios, esforcémonos a hacer penitencia en esta vida. Mas ¡qué dulce será la muerte de quien de todos sus pecados la tiene hecha, y no ha de ir al purgatorio! Como desde acá aun podría ser que comience a gozar de la gloria. No verá en sí temor, sino toda paz; y que no lleguemos a esto, siendo posible, gran cobardía será: supliquemos a Dios, si vamos a recibir luego penas, sea a donde con esperanza de salir dellas, las llevemos de buena gana, y a donde no perdamos su amistad, y gracia, y que nos la dé en esta vida, para no andar en tentación, sin que lo entendamos.

Capítulo XLI

Que habla del temor de Dios, y cómo nos hemos de guardar de pecados veniales

1. ¿Cómo me he alargado? Pues no tanto como quisiera, porque es cosa sabrosa hablar con tal amor; ¿qué será tenerle? ¡Oh Señor mío!, dádmele vos, no vaya yo desta vida, hasta que no quiera cosa della, ni sepa qué cosa es amar fuera de vos, ni acierte a poner este nombre en nadie, pues todo es falso, pues lo es el fundamento, y ansí no durará el edificio. No sé porqué nos espantamos, cuando oyo decir, aquel me pagó mal, estotro no me quiere, yo me río entremí. ¿Qué os ha de pagar, ni qué os ha de querer? En esto veréis quién es el mundo, que en ese mesmo amor os da después el castigo: y eso que es lo que os deshace, porque siente mucho la voluntad de que la hayáis traído embebida en juego de niños.

2. Ahora vengamos al temor de Dios, aunque se me hace mal no hablar en este amor del mundo un rato, porque os librárades dél para siempre: mas porque salgo de propósito lo habré de dejar. El temor de Dios es cosa también muy conocida de quien le tiene, y de los que le tratan; aunque quiero entendáis, que a los principios no está tan crecido, si no es en algunas personas, a quien (como he dicho) da el Señor en breve tanto, y las sube a tan altas cosas de oración, que desde luego se entiende bien. Mas a donde no van las mercedes en este crecimiento, que como he dicho, en una llegada deja un alma rica de todas las virtudes, vase creciendo poco a poco, y vase aumentando el valor, y creciendo más cada día. Aunque desde luego se entiende, porque luego se apartan de pecados, y de las ocasiones, y de malas compañías, y se ven otras señales. Mas cuando ya llega el alma a contemplación (que es de lo que más ahora aquí tratamos) el temor de Dios también anda muy al descubierto, como el amor; no va disimulado aun en lo exterior. Aunque con mucho aviso se miren estas personas, no las verán andar descuidadas, que por grande que le tengamos en mirarlas, las tiene el Señor de manera, que si gran interese se les ofrece, no harán de advertencia un pecado venial: los mortales temen como al fuego. Y éstas

son las ilusiones que yo querría, hermanas, que temiésemos mucho, y supliquemos siempre a Dios, no sea tan recia la tentación que le ofendamos, sino que nos venga conforme a la fortaleza que nos ha de dar para vencerla. Esto es lo que hace al caso, este temor es el que yo deseo, que nunca se quite de nosotras, que es lo que nos ha de valer.

3. ¡Oh, que es gran cosa no tener ofendido al Señor, para que sus esclavos infernales estén atados, que en fin, todos le han de servir, aunque les pese, sino que ellos es por fuerza, y nosotros de toda voluntad! Ansí, que teniéndole contento, ellos estarán a raya, no harán cosa con que nos puedan dañar, aunque más nos traigan en tentación, y nos armen lazos secretos. En lo interior tened esta cuenta, y aviso, que importa mucho; que no descuidéis, hasta que os veáis con tan gran determinación de no ofender al Señor, que perderíades mil vidas antes que hacer un pecado mortal, y de los veniales estéis con mucho cuidado de no hacerlos de advertencia, que de otra suerte, ¿quién estará sin hacer muchos? Mas hay una advertencia muy pensada, y otra tan de presto, que casi haciéndose el pecado venial, y advirtiéndose es todo uno, que no nos podemos entender. Mas pecado muy de advertencia, por muy chico que sea, Dios nos libre dél, que yo no sé cómo tenemos tanto atrevimiento, como es ir contra un tan gran Señor, aunque sea en muy poca cosa: cuanto más que no hay poco, siendo contra una tan gran Majestad, y viendo que nos está mirando, que esto me parece a mí es pecado sobre pensado, y como quien dice: «Señor, aunque os pese haré esto, ya veo que lo veis, y sé que no lo queréis, y lo entiendo; mas quiero más seguir mi antojo, y apetito, que no vuestra voluntad». ¿Y qué en cosa desta suerte hay poco? A mí no me parece leve la culpa, sino mucha, y muy mucha.

4. Mirad, por amor de Dios, hermanas, si queréis ganar este temor de Dios, que va mucho entender, cuán grave cosa es ofensa de Dios, y tratarlo en vuestros pensamientos muy ordinario, que nos va la vida, y mucho más tener arraigada esta virtud en nuestras almas, y hasta que le tengáis, es menester andar siempre con mucho cuidado, y apartarnos de todas las ocasiones, y compañías, que no nos ayuden a llegarnos más a Dios. Tener gran cuenta con todo lo que hacemos, para doblar en ello vuestra voluntad; y cuenta con que lo que se hablare vaya con edificación: huir de donde hubiere pláticas que no sean de Dios.

5. Ha menester mucho para arraigar, y para que quede muy impreso en este temor, aunque si de veras hay amor, presto se cobra: mas en teniendo el alma visto en sí con gran determinación, como he dicho, por cosa criada no hará una ofensa de Dios, aunque después se caiga alguna vez (porque somos flacos, y no hay que fiar de nosotros, cuando más determinados, menos confiados de nuestra parte, que de donde ha de venir la confianza, ha de ser de Dios) no se desanime, sino procure luego pedir perdón. Cuando esto que he dicho entendamos de nosotros, no es menester andar tan encogidos, ni apretados, que el Señor nos favorecerá, y ya la costumbre nos será ayuda para no ofenderle, sino andar con una santa libertad, tratando con quien fuere justo, aunque sean distraídas; porque las que antes que tuviédes este verdadero temor de Dios, os fueran tósigo, y ayuda para matar el alma, muchas veces después os la harán para amar a Dios, y alabarle, porque os libró de aquello que veis ser de notorio peligro. Y si antes fuéredes parte para ayudar a sus flaquezas, ahora lo

seréis, para que se vayan a la mano en ellas, por estar delante de vos, que sin quererlos hacer honra acaece esto.

6. Yo alabo al Señor muchas veces, y pensando de dónde verná, porque sin decir palabra, muchas veces un siervo de Dios ataja las palabras que se dicen contra él: debe ser, que así como acá, si tenemos un amigo siempre se tiene respeto, si es en su ausencia, a no hacerle agravio delante dél, que saben que lo es: y como aquí está en gracia, la misma gracia debe hacer, que por bajo que sea se le tenga respeto, y no le den pena en cosa que tanto entiende ha de sentir como ofender a Dios. El caso es, que yo no sé la causa, mas de que es muy ordinario esto. Así que no os apretéis, porque si el alma se comienza a encoger, es muy mala cosa para todo lo bueno, y a las veces dan en ser escrupulosa, y veisla aquí inhabilitada para sí, y para los otros: ya que no dé en esto será buena para sí, mas no llegará muchas almas a Dios, como ven tanto encogimiento, y apretura. Es tal nuestro natural, que las atemoriza, y ahoga, y aun se les quita la gana (por no verse en semejante apretura) de llevar el camino que vos lleváis, aunque conocen claro ser de más virtud.

7. Y viene otro daño de aquí, que en juzgar a otros (como no van por vuestro camino, sino con más santidad por aprovechar el prójimo, tratan con libertad, y sin esos encogimientos) luego os parecerán imperfectos. Si tienen alegría santa, parecerá disolución; en especial en las que no tenemos letras, ni sabemos en lo que se puede tratar sin pecado, es muy peligrosa cosa; y aun andar en tentación continua (y muy de mala digestión, porque es un perjuicio del prójimo) y pensar, que si no van todos por el modo que vos encogidamente, no van tan bien, es malísimo. Y hay otro daño, que en algunas cosas que habéis de hablar, y es razón habléis, por miedo de no exceder en algo, no osaréis, sino por ventura decir bien de lo que sería muy bien abominádeses.

8. Así que, hermanas, todo lo que pudiéredes sin ofensa de Dios, procurad ser afables, y entender de manera con todas las personas que os trataren, que amen vuestra conversación, y deseen vuestra manera de vivir, y tratar, y no se atemorizen, y amedrenten de la virtud. A religiosas importa mucho esto, mientras más santas, más conversables con sus hermanas, que aunque sintáis mucha pena (si no van sus pláticas todas, como vos las querríades hablar) nunca os extrañéis dellas, y así aprovecharéis, y seréis amadas. Que mucho hemos de procurar ser afables, y agradar, y contentar a las personas que tratamos, en especial a nuestras hermanas.

9. Así que, hijas mías, procurad entender de Dios en verdad, que no mira tantas menudencias como vosotras pensáis, y no dejéis que se os encoja el ánima, y el ánimo, que se podrán perder muchos bienes. La intención recta, la voluntad determinada (como tengo dicho) de no ofender a Dios, no dejéis arrinconar vuestra alma, que en lugar de procurar santidad, sacará muchas imperfecciones, que el demonio le porná por otras vías, y como he dicho, no aprovechará a sí, y a las otras tanto como pudiera. Veis aquí como con estas dos cosas, amor, y temor de Dios, podemos ir por este camino sosegados, y quietos, aunque (como el temor ha de ir siempre delante) no descuidados, que esta seguridad no la hemos de tener mientras vivimos, porque sería gran peligro, y así lo entendió nuestro Enseñador, que en el fin desta oración dice a su Padre estas

palabras, como quien entendió bien, que eran menester.

Capítulo XLII

En que trata destas postreras palabras: Sed libera nos a malo

1. Paréceme tiene razón el buen Jesús, de pedir al Padre nos libre de mal (esto es, de los peligros, y trabajos desta vida) por lo que toca a esta vida, porque en cuanto vivimos, corremos muchos riesgos; y por lo que toca a sí, porque ya vemos cuán cansado estaba desta vida, cuando dijo en la Cena a sus Apóstoles: «con deseo he deseado cenar con vosotros», que era la postrera cena de su vida, a donde se ve cuán sabrosa le era la muerte. Y ahora no se cansarán los que han cien años, sino siempre con deseo de vivir; mas a la verdad no la pasamos tan mal, ni con tantos trabajos, como su Majestad la pasó, ni tan pobremente. ¿Qué fue toda su vida, sino una continua muerte, siempre trayendo la que le habían de dar tan cruel delante de los ojos? Y esto era lo menos, mas tantas ofensas como veía se hacían a su Padre, y tanta multitud de almas como se perdían. Pues si acá, a una que tenga caridad le es esto gran tormento, ¿qué sería en la caridad sin tasa, ni medida deste Señor? Y qué gran razón tenía de suplicar al Padre, que le librase ya de tantos males, y trabajos, y le pusiese en descanso para siempre en su reino, pues era verdadero heredero dél. Y así añadió «Amén»: que en él entiendo yo, que pues con él se acaban todas las cosas, pidió al Padre el Señor, que seamos librados de todo mal para siempre, pues no me desquito de lo que debo, sino que puede ser por ventura cada día me adeudo más. Y lo que no se puede sufrir, Señor, es no poder saber cierto que os amo, ni si son aceptos mis deseos delante de vos.

2. ¡Oh Señor, y Dios mío, libradme ya de todo mal, y sed servido de llevarme a donde están todos los bienes! ¿Qué esperan ya aquí aquellos a quien vos habéis dado algún conocimiento de lo que es el mundo, y tienen viva fe de lo que el Padre Eterno les tiene guardado? El pedir esto con deseo grande, y toda determinación, por gozar de Dios, es un gran efeto para los contemplativos, de que las mercedes que en la oración reciben son de Dios. Así, que los que lo tuvieren, ténganlo en mucho: el pedirlo yo, no es por esta vía, digo que no se tome por esta vía sino que como he tan mal vivido, temo ya de más vivir, y cánsanme tantos trabajos.

3. Los que participan de los regalos de Dios, no es mucho que deseen estar a donde no los gocen a sorbos, y que no quieran estar en vida, a donde tantos embarazos hay para gozar de tanto bien, y que deseen estar a donde no se les ponga el sol de justicia. Haráseles todo oscuro, cuanto acá después ven, y de cómo viven me espanto. No debe ser contento, quien ha comenzado a gozar, y le han dado ya acá prendas de su reino, a donde no ha de vivir por su voluntad, sino por la del rey.

4. ¡Oh cuán otra vida debe ser ésta para no desear la muerte! ¡Cuán diferentemente se inclina aquí nuestra voluntad a lo que es la voluntad de Dios! Ella quiere queramos la verdad, nosotros queremos la mentira; quiere que queramos lo eterno, acá nos inclinamos a lo que se acaba: quiere queramos cosas grandes, y subidas; acá queremos bajas, y de tierra: querría quisiésemos sólo lo seguro, acá amamos lo dudoso. Que es burla,

hijas, sino suplicar a Dios nos libre para siempre de todo mal. Y aunque no vamos en el deseo con tanta perfección, esforcémonos a pedir la petición. ¿Qué nos cuesta pedir mucho, pues pedimos a poderoso? Vergüenza sería pedir a un gran emperador un maravedí. Y para que acertemos, dejemos a su voluntad el dar, pues ya le tenemos dada la nuestra, y sea para siempre santificado su nombre en los cielos, y en la tierra, y en mí sea siempre hecha su voluntad. Amén.

5. Ahora mirad, hermanas, cómo el Señor me ha quitado de trabajo, enseñando a vosotras, y a mí, el camino que comencé a deciros, dándome a entender lo mucho que pedimos, cuando decimos esta oración evangelical. Sea bendito por siempre, que es cierto que jamás vino a mi pensamiento, que había tan grandes secretos en ella, que ya habéis visto que encierra en sí todo el camino espiritual, desde el principio, hasta engolfar Dios el alma, y darla abundantamente a beber de la fuente de agua viva, que dije estaba al fin del camino: y es ansí, que salida della, digo esta oración, no sé ya más ir adelante. Parece nos ha querido el Señor dar a entender, hermanas, la gran consolación que está aquí encerrada, y que es gran provecho para las personas que no saben leer: si lo entendiesen por esta oración, podían sacar mucha doctrina, y consolarse en ella.

6. Pues aprendamos, hermanas, de la humildad con que nos enseña este buen Maestro, y suplicadle me perdone, que me he atrevido a hablar en cosas tan altas, pues ha sido por obediencia. Bien sabe su Majestad, que mi entendimiento no es capaz para ello, si él no me enseñara lo que he dicho. Agradecéselo vosotras, hermanas, que debe haberlo hecho por la humildad con que me lo pedistes, y quisistes ser enseñadas de cosa tan miserable. Si el padre presentado fray Domingo Báñez, que es mi confesor (a quien le daré antes que le veáis) viere que es para vuestro aprovechamiento, y os lo diere, consolarme he que os consoléis: si no estuviere para que nadie le vea, tomaréis mi voluntad, que con la obra he obedecido a lo que me mandastes; que yo me doy por bien pagada del trabajo que he tenido en escribir, que no por cierto en pensar lo que he dicho. Bendito sea, y alabado el Señor por siempre jamás, de donde nos viene todo el bien que hablamos, y pensamos, y hacemos. Amén. Amén.

Avisos de la Santa Madre Teresa de Jesús para sus monjas

1. La tierra que no es labrada, llevará abrojos, y espinas, aunque sea fértil; ansí el entendimiento del hombre
2. De todas las cosas espirituales decir bien, como de religiosos, sacerdotes, y ermitaños.
3. Entre muchos, siempre hablar poco.
4. Ser modesta en todas las cosas que hiciere, y tratare.
5. Nunca porfiar mucho, especial en cosas que va poco.
6. Hablar a todos con alegría moderada.
7. De ninguna cosa hacer burla.
8. Nunca responder a nadie sin discreción, y humildad, y confusión de sí mesma.
9. Acomodarse a la complexión de aquel con quien trata; con el alegre, alegre; y con el triste, triste: en fin hacerse todo a todos, para ganarlos a todos.
10. Nunca hablar sin pensarlo bien, y encomendarlo mucho a nuestro Señor, para que no hable cosa que le desagrade.

11. Jamás excusarse, sino en muy probable causa.
12. Nunca decir cosa suya digna de loor, como de su ciencia, virtudes, linaje, si no tiene esperanza que habrá provecho; y entonces sea con humildad, y con consideración, que aquellos dones son de la mano de Dios.
13. Nunca encarecer mucho las cosas, sino con moderación decir lo que siente.
14. En todas las pláticas, y conversaciones, siempre mezcle algunas cosas espirituales, y con esto se evitarán palabras ociosas, y murmuraciones.
15. Nunca afirme cosa sin saberla primero.
16. Nunca se entremeta a dar su parecer en todas las cosas, si no se lo piden, o la caridad lo demanda.
17. Cuando alguno hablare cosas espirituales, óyalas con humildad, y como discípulo(37), y tome para sí lo bueno que dijere.
18. A tu superior, y confesor descubre todas tus tentaciones, e imperfecciones, y repugnancias, para que te dé consejo, y remedio para vencerlas.
19. No estar fuera de la celda, ni salir sin causa, y a la salida pedir favor a Dios, para no ofenderle.
20. No comer, ni beber, sino a las horas acostumbradas, y entonces dar muchas gracias a Dios.
21. Hacer todas las cosas, como si realmente estuviese viendo a su Majestad, y por esta vía gana mucho una alma.
22. Jamás de nadie oigas, ni digas mal, sino de ti mesma; y cuando holgares desto, vas bien aprovechando.
23. Cada obra que hicieres, dirígela a Dios, ofreciéndosela, y pídele que sea para su honra, y gloria.
24. Cuando estuvieres alegre, no sea con risas demasiadas, sino con alegría humilde, modesta, afable, y edificativa.
25. Siempre te imagina sierva de todos, y en todos considera a Cristo nuestro Señor, y ansí le ternás respeto, y reverencia.
26. Esta siempre aparejada al cumplimiento de la obediencia, como si te lo mandase Jesucristo en tu prior, o prelado.
27. En cualquier obra, y hora, examina tu conciencia; y vistas tus faltas, procura la enmienda con el divino favor, y por este camino alcanzarás la perfección.
28. No pienses faltas ajenas, sino las virtudes, y tus propias faltas.
29. Andar siempre con grandes deseos de padecer por Cristo en cada cosa, y ocasión.
30. Haga cada día cincuenta ofrecimientos a Dios de sí, y esto haga con grande fervor, y deseo de Dios.
31. Lo que medita por la mañana, traiga presente todo el día; y en esto ponga mucha diligencia, porque hay grande provecho.
32. Guarde mucho los sentimientos que el Señor le comunicare; y ponga por obra los deseos que en la oración le diere.
33. Huya siempre la singularidad, cuanto le fuere posible, que es el mal grande a la comunidad.
34. Las ordenanzas, y regla de su religión, léalas muchas veces, y

guárdelas de veras.

35. En todas las cosas criadas mire la providencia de Dios, y sabiduría, y en todas le alabe.

36. Despegue el corazón de todas las cosas, y busque, y hallará a Dios.

37. Nunca muestre devoción de fuera, que no haya dentro; pero bien podrá encubrirla indevoción.

38. La devoción interior no la muestre, sino con grande necesidad: Mi secreto para mí, dice san Francisco, y san Bernardo.

39. De la comida si está bien, o mal guisada, no se queje, acordándose de la hiel, y vinagre de Jesucristo.

40. En la mesa no hable a nadie, ni levante los ojos a mirar a otra. Considerarla mesa del cielo, y el manjar della, que es Dios, y los convidados, que son los ángeles: alce los ojos a aquella mesa, deseando verse en ella.

41. Delante de su superior (en el cual debe mirar a Jesucristo) nunca hable, sino lo necesario, y con gran reverencia.

42. Jamás hagas cosa que no puedas hacer delante de todos.

43. No hagas comparación de uno a otro, porque es cosa odiosa.

44. Cuando algo te reprendieren, recíbelo con humildad interior, exterior, y ruega a Dios por quien te reprendió.

45. Cuando un superior manda una cosa, no digas que lo contrario mandó otro, sino piensa que todos tienen santos fines, obedece a lo que te manda.

46. En cosas que no le va, ni le viene, no sea curiosa en hablarlas, ni preguntarlas.

47. Tenga presente la vida pasada, para llorarla, y la tibieza presente, y lo que le falta por andar de aquí al cielo, para vivir con temor, que es causa de grandes bienes.

48. Lo que le dicen los de casa haga siempre, si no es contra la obediencia; y respóndales con humildad, y blandura.

49. Cosa particular de comida, o vestido, no la pida, sino con grande necesidad.

50. Jamás deje de humillarse, y mortificarse hasta la muerte en todas las cosas.

51. Use siempre a hacer muchos actos de amor, porque encienden, y enternecen el alma.

52. Hagan actos de todas las demás virtudes.

53. Ofrezca todas las cosas al Padre Eterno, juntamente con los méritos de su hijo Jesucristo.

54. Con todos sea mansa, y consigo rigurosa.

55. En las fiestas de los santos piense sus virtudes, y pida al Señor se las dé.

56. Con el examen de cada noche tenga gran cuidado.

57. El día que comulgare, la oración sea ver, que siendo tan miserable ha de recibir a Dios, la oración de la noche, de que le ha recibido.

58. Nunca siendo superior reprehenda a nadie con ira, sino cuando sea pasada, y así aprovechará la reprehensión.

59. Procure mucho la perfección, y devoción, y con ellas hacer todas

las cosas.

60. Ejercitarse mucho en el temor del Señor, que trae el alma compungida, y humillada.

61. Mirad bien cuán presto se mudan las personas, y cuán poco hay que fiar dellas, y ansí asirse bien de Dios, que no se muda.

62. Las cosas de su alma procure tratar con su confesor espiritual, y docto, a quien las comunique y siga en todo.

63. Cada vez que comulgare, pida a Dios al algún don por la gran misericordia con que ha venido a su pobre alma.

64. Aunque tenga muchos santos por abogados, séalo en particular de san José, que alcanza mucho de Dios.

65. En tiempo de tristeza, y turbación, no dejes las buenas obras que solías hacer de oración, y penitencia; porque el demonio procura inquietarte, por que las dejes: antes tengas más que solías, y verás cuán presto el Señor te favorece.

66. Tus tentaciones, e imperfecciones no comuniqués con las más desaprovechadas de casa, que te harás daño a ti, y a las otras, sino con las más perfectas.

67. Acuérdate que no tienes más de una alma, ni has de morir más de una vez, ni tienes más de una vida breve, y una que es particular: ni hay más de una gloria, y esta eterna, y darás de mano a muchas cosas.

68. Tu deseo sea de ver a Dios: tu temor, si le has de perder: tu dolor, que no le gozas; y tu gozo, de lo que te puede llevar allá, y vivirás con gran paz.

DEO GRATIAS.

Índice de las cosas notables que se contienen en este tomo

ABREVIATURAS

V.significaLibro de la Vida de la

Santa

C.íd.Camino de Perfección

A.íd.Avisos

Cap.íd.Capítulo

N.íd. Número marginal

Abstinencia. No se ha de comer, ni beber sino a las horas acostumbradas, y entonces dando gracias a Dios: A. 20. De la comida si está bien, o mal guisada no se queje, acordándose de la hiel, vinagre de Jesucristo: A 39. Ve la palabra: Comida, y Gula.

Advertencias. Deseaba la santa hacer un concierto con cinco personas que se trataban en Dios, para que las unas se advirtiesen a las otras

recíprocamente, los defectos que conociesen: V. cap. 16, n. 4 y 5.

Aflicción. Jamás falta el Señor a las personas desfavorecidas; porque dice David, que está el Señor con los afligidos: C. cap. 2, n. 1. Ve la palabra: Tribulaciones, Penas, Trabajos, y Sequedades.

Agradecimiento. Importa el conocer las mercedes que nos hace Dios para agradecerse las: entonces agradecemos, y amamos más a una persona, cuando reflexionamos en las mercedes que nos ha hecho: V. cap. 10, n. 4. El alma que es amorosa, más se excita para servir a Dios con el conocimiento de que las comunicaciones que tuvo en la oración fueron de su Majestad, que con el temor, y recelo de que serían del demonio: V. cap. 15, n. 9. Era la santa naturalmente agradecida: N. cap. 35, n. 8.

Agrado. Los religiosos han de ser agradables, de suerte que todos amen su conversación: mientras más santos más afables con el prójimo: C. cap. 41, n. 8. Con todos serás manso, y contigo riguroso: A. 54.

Agravios(38). Nunca ha de pensar el religioso que le hacen agravio en su religión: C. cap. 12, n. 3 y 7. Toda persona que quiere ser perfecta ha de huir de pensar en que tuvo razón en lo que hace, y que no la tiene, el que la ejercita: C. cap. 13, por todo el capítulo. Solo ha de pensar el religioso que le agravian cuando le hacen alguna honra: Íbid. n. 1. Las personas religiosas que hacen caso de unas cositas que llaman agravios, parece que hacen casas de pajitas como niños, con estos puntos de honra: C. cap. 36, n. 1. La santa se corría del tiempo en que tomaba por agravio algunas cosas: Íbid. n. 2. Ve las palabras Honras, y Estimación, Ingratitud, y Quejas.

Agua. Pone la santa un símbolo excelente en este elemento para explicar cuatro grados de oración. V. cap. 11, n. 3 y 4. El vaso lleno de agua parece muy limpio, y claro cuando no le da el sol, pero si éste le hiere, aparecen en él muchas motas, así es el alma cuando la hiere el sol de justicia, que entonces conoce ella todas las manchas de sus imperfecciones: V. cap. 20, n. 20. Compara la santa el amor al agua que levanta las arenas en las fuentecillas: acordábase muchas veces del agua viva que dijo el Señor a la Samaritana: V. cap. 30, n. 13. El que bebiere el agua que dijo el Señor a la Samaritana, no tendrá sed de cosas de esta vida: C. cap. 19, n. 3. Explica la santa tres propiedades que tiene el agua. Es cosa maravillosa que crezca el fuego, cuando es grande, con el agua: Íbid. n. 4. El agua de vida eterna, limpia al que la bebe de todas las inclinaciones malas, y culpas: Íbid. n. 7. De esta agua viva salen muchos arroyos, unos grandes, otros pequeños, y a veces algunos charquitos para niños, según el vaso de cada uno: C. cap. 20, n. 1. Ve la palabra: Sed.

Agua bendita. Tiene gran virtud para desviar a los demonios, y dice la santa, que aunque también huyen de la cruz, que suelen volver, pero no con el agua bendita: V. cap. 31, n. 1 y 2. Fue la Santa sumamente devota del agua bendita, y la recreaba el alma, y la daba motivo para admirar la virtud de las palabras con que se bendice y todo lo ordenado por la Iglesia: Íbid. n. 2.

Agustín (san). Fue la santa muy devota suya por haber sido santo pecador. Convirtiose de veras al Señor leyendo en el libro de sus Confesiones: V. cap. 9, n. 6 y 7. Dice el santo, que no hallaba también a Dios en las plazas, en los contentos, y en cuantas partes le solicitaba,

como cuando le buscaba dentro de sí mismo: V. cap. 40, n. 5. Ganáronle para Dios las oraciones de su madre santa Mónica: C. cap. 7, n. 2. Buscaba el santo a Dios en muchas partes, y le halló dentro de sí mismo: C. cap. 28, n. 1.

Ajedrez(39). Sabía la santa este juego: pone en él un símil para el modo con que el alma debe proceder con Dios: C. cap. 46, n. 12.

Alabanzas, o Aplausos. El alma que totalmente está puesta en las manos de Dios, lo mismo se le da cuando la magnifican, que cuando la vituperan: V. cap. 31, n. 6. Por sola una vez que el Señor fuese alabado, y bendito en lo que escribió la santa acerca de su vida, daba por bien empleado el trabajo que la costó escribirlo: V. cap. 40, n. 17.

Alegría. Procúrese andar con alegría espiritual, y santa libertad, sin temor nimio de que por eso se perderá la devoción: V. cap. 13, n. 4. Debemos andar alegres, sirviendo en todo lo que nos mandaren: C. cap. 18, n. 3. Hablar a todos con alegría moderada: A. 6. Cuando estuvieres alegre, no sea con risas demasiadas, sino con alegría humilde, modesta, afable, edificativa: A. 24.

Alma. Muchas veces no puede hacer lo que quiere por las miserias del cuerpo, que la deprimen, y enflaquecen: V. cap. 11, n. 2. Recibe gran consuelo cuando halla escritas en los libros las cosas que a ella la pasan en la oración: V. cap. 14, n. 4. Regalábase la santa considerando que su alma era un huerto, y que el Señor venía a él a coger las flores: Íbid. n. 6. No quiere Dios que reparta los dones que obra en ella, hasta que esté muy fuerte, que no la hagan falta para su propio sustento: V. cap. 17, n. 1. Muchas veces la manifiesta el Señor las virtudes, que pone su Majestad en ella y de aquí se la origina una humildad muy verdadera: Íbid. n. 2. Aunque siente la santa ser una misma cosa el alma, y el espíritu, pone una comparación excelente para manifestar alguna manera de distinción en el espíritu, y el alma: V. cap. 18, n. 1. Suele padecer el alma, una pena tan espiritual, y llena de desamparo, que se hace a sí misma muchas veces aquella pregunta de David: ¿Dónde está tu Dios? V. cap. 20, n. 8. El alma que llegó a conseguir las alas de paloma que menciona David, se pone sobre todo lo criado, ya no parece que es ella la que obra, sino Dios en ella: Íbid. n. 16. Refiere largamente la santa lo mucho que padece el alma en algunas tribulaciones; y sequedades, y lo poco que puede si se esconde la gracia: V. cap. 30, n. 3, y siguientes. Algunas veces dice la santa, que da una bobería de alma, que anda ésta como un asnillo: Íbid. n. 12. Mostró el Señor a la santa cómo asiste la santísima Trinidad en el alma, que está en gracia: en los papeles de la santa que están al fin de la Vida, n. 12. Ande el alma con santa libertad, y temor de Dios, sin inhabilitarse con escrúpulos, y apretamientos, que la dañan mucho: C. cap. 41, n. 5, y siguientes. Acuérdate que no tiene más de un alma, y darás de mano a muchas cosas: A 67.

Alonso Sánchez de Cepeda (el señor), padre de la santa(40). Fue varón de mucha virtud, de gran verdad, religión, y caridad con los enfermos, y esclavos: V. cap. 1, n. 1. Quiso tanto a la santa, que el demasiado amor le expuso a que la hija muriese sin confesión: V. cap. 5, n. 4. Persuadió la santa a que tuviese oración mental, y aprovechó en ella mucho: V. cap. 7, n. 6. Era muy devoto del paso de la cruz a cuestras; quince días antes de su muerte le dio el Señor aviso de ella. Asistióle la

santa en la última enfermedad, y murió como un ángel: V. cap. 7, n. 8.
Viole la santa en el cielo: V. cap. 38, n. 1.

Álvaro de Mendoza (don). Fue obispo de Ávila, y el que admitió el primer monasterio de la santa: V. cap. 36, n. 1. Fue de ilustre linaje, muy apasionado de la santa, y muy virtuoso. C. cap. 5, n. 4.

Ambición. El anhelo de ser más, y puntillos de honra, le aborrece la santa en sus hijos: C. cap. 7, n. 8.

Amigos. Dice la santa, que para caer tenía muchos amigos, que la ayudasen, mas para levantar quedaba sola: V. cap. 7, n. 13. Como los amigos del mundo se suelen congregarse para ofender a Dios, deseaba la santa que ella, y otras cuatro personas, que se trataban en el Señor, se juntasen para hacer el concierto de advertirse unas a otras los defectos que tuviesen, para perfeccionarse: V. cap. 16, n. 5. Púedese tratar con Cristo como con amigo, aunque es Señor, porque su señorío no es como los de este mundo, que se funda en autoridades postizas: V. cap. 37, n. 2. Véase las palabras: Amistad, y Trato espiritual, y Compañías.

Amistad. El trato, y amistad entre hombre, y mujer, aunque sea con intención honesta es peligrosa en siendo demasiada: V. cap. 5, n. 2. Es engañosa la amistad con los hombres, solo con Dios es verdadera: V. cap. 21, n. 1. Son muy perjudiciales las amistades particulares en las religiones, y especialmente entre las monjas: C. cap. 4, a. 4. La verdadera amistad consiste en enseñar el camino de la verdad a la persona con quien se trata, y en encomendarla a Dios: C. cap. 20. Ve las palabras: Amigos, y Trato espiritual.

Amor de Dios. El que tiene amor, se alegra con el retrato del amado: y cap. 9, n. 5. Son siervos del amor los que se ejercitan en la oración mental: V. cap. 11, n. 1. Somos muy duros, y muy tardíos en darnos desde luego del todo a Dios, y por eso no llegamos presto a conseguir el amor perfecto de Dios: Íbid. El amor de Dios no está en tener lágrimas, y gustos espirituales, sino en obrar con fortaleza: V. cap. 11, n. 8. Refiere la santa el encendido amor de Dios, en que solía arder su corazón: V. cap. 29, n. 7, y siguientes. Algunas veces entra el Señor en las almas una saeta de amor suya, que parece lleva yerba para aborrecerse a sí mismas, por amor de este Señor: Íbid. n. 9. Dice la santa, que bien la parece que ama a Dios, pero que la descontentan las obras: V. cap. 30, n. 21. El amor no puede sosegar, y como no cabe en el alma, sale hacia el prójimo, y en alabanzas de Dios: Íbid. n. 13. Es gran consuelo a las almas amorosas el poder hacer mucha penitencia, para que el fuego del amor tenga combustible, porque si no se deshace entre sí, y se hace ceniza: Íbid. Se tiene gusto en dar por el amado aquella joya, cuya posesión nos era muy gustosa, pruébalo la santa con un ejemplo: V. cap. 35, N. 8. Al que ama a Dios, las cosas más pesadas se las hace ligeras, y dulces su Majestad: Íbid. n. 9. Seguro va el que ama a Dios por el camino de la perfección; pues apenas tropieza en algo por su flaqueza, cuando su Majestad le da la mano, y le levanta: Íbid. Cuando su Majestad concede algunos beneficios a las almas por medio de la oración de las personas santas, se aviva mucho en éstas el amor de Dios: V. cap. 39, n. 5. El amor de Dios consume al hombre viejo de faltas, y tibieza, miseria, y hace otra al alma después de abrasada en este incendio, renace como el ave Fénix a nueva fortaleza, y puridad de vida: V. cap. 39, n. 15. A los que aman a Dios, no los recata

su Majestad sus secretos. Dijo el Señor a la santa: ¿sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira, lo que no es agradable a mí: V. cap. 40, n. 1. Distingue la santa dos clases de amor, uno puramente espiritual, y otro también espiritual, pero que tiene en sí algo de sensual, como el de los parientes, y dice que no es malo: C. cap. 4, n. 7. Si se usa bien de este segundo amor, y se guarda templanza, y discreción en él, se irá perfeccionando, y lo que tiene de sensualidad, se hará virtuoso, pero es muy difícil de discernir entre estas dos calidades: Íbid. Es cosa de gran perfección, y precio el amor puro espiritual: C. cap. 6, n. 1. Al alma a quien Dios ha dado a conocer clara, y particularmente lo que es Criador, y criaturas, y las cosas del mundo, ama muy de otro modo, que aquellos que no tienen este conocimiento: Íbid. n. 2. Son estas almas de vista generosa, y no paran su amor en los cuerpos, por hermosos que sean, solo aman ellos aquello en que resplandece el Criador: Íbid. Los que aman estas cosas visibles solo por su hermosura, es lo mismo que amar a la sombra sin cuerpo: Íbid. Este amor puramente espiritual, no se le da mucho de no ser correspondido de las criaturas; y aunque sea muy amada de otro la persona que le tiene, no por eso se muestra deudor, y fía a Dios el que pagará: Íbid. n. 3. Es ceguedad querer que nos quieran: Íbid. Solo ama el que tiene este divino amor a las personas que la ayudan con su enseñanza, y doctrina, y a las que ve en disposición para darse a Dios: Íbid. n. 4, y 5. Se ríen estas almas del tiempo en que desearon mucho ser amadas de las criaturas, porque conocen que este amor no trae consigo cosa de importancia, sino aire y cosas que lleva el viento: Íbid. n. 4. No sosiega el alma que tiene este amor, sino ve muy aprovechada la persona a quien ama. Continuamente pide a Dios por ella, y nada siente de sus trabajos, sino lo que pueda apartar del servicio de Dios: Íbid. Es hermoso cambio dar nuestro amor por el amor de Dios: C. cap. 16, n. 7. Al fuego grande del amor de Dios no te apagan las aguas penosas de esta vida. Señorea a todos los elementos de este mundo: C. cap. 19, n. 4. Al fuego de amor de Dios que no es grande, le suele matar cualquier suceso adverso de la vida: Íbid. n. 5. Con las lágrimas dadas de Dios, se aumenta el fuego de su amor. Íbid. Suele crecer tanto el amor de Dios, que no le puede aguantar el sujeto, y así ha habido personas que han muerto con este fuego: Íbid. n. 9. Quien más conoce a Dios, más le ama: C. cap. 30, n. 4. La medida para poder llevar gran cruz, o pequeña, es el amor: C. cap. 32, n. 5. Amor, y temor de Dios son dos castillos donde guerrea el alma contra el mundo, y el demonio. Con estas dos virtudes se puede lograr seguridad para pasar esta vida: C. cap. 40, n. 1 y 2. El amor de Dios hace apresurar los pasos; el que le tiene ama todo lo bueno, se junta con los buenos, los favorece, los loa, y ama a solas las verdades: Íbid. El que tiene verdadero amor de Dios, no puede amar las riquezas, ni cosas de esta vida, ni tiene envidias, ni contiendas: Íbid. n. 3. El amor no se puede esconder en quien le tiene; es como el fuego, que luego abre bocas para manifestarse: Íbid. Es muy distinto el amor de Dios, de aquel que se tiene a las criaturas; el de Dios crece, porque halla siempre nuevas causas de amar, y tiene la seguridad de la correspondencia, fundada en lo que Cristo padeció por nosotros: Íbid. n. 6. El no tener amor de Dios, nos pone en manos del demonio, y en la tentación: Íbid. n. 7. Es falso el amor que se tiene a las criaturas. La

santa se reía cuando oía decir, aquel me pagó mal; este otro no me quiere: juzgando a estos aprecio, y locuciones, juego de niños: C. cap. 41, n. 1. El mundo da el castigo al fin de la vida a los que le amaron, por lo que siente la voluntad el haberle amado: Íbid. No podía sufrir la santa el no saber de cierto si amaba a Dios, y si le eran aceptos sus deseos: C. cap. 42, n. 1. Usa siempre hacer muchos actos de amor, porque encienden, y enternecen el alma: A. 51. Véanse las palabras: Caridad y Voluntad.

Amor propio. No basta desasirnos de los deseos, y cosas del mundo, si no dejamos a nuestro amor propio. Es lo más arduo el ir contra el amor propio, porque esta muy dentro de nosotros mismos: C. cap. 10, n. 2. El que pierde el amor propio, no apetece los regalos: C. cap. 11, n. 1. El amor propio tiene perdidos a muchos monasterios, y mientras más es cuidado, se hace más insolente: Íbid. El religioso que de una vez no se determina a tragar la muerte, y la falta de salud, no le dejará hacer cosa buena su amor propio: Íbid. n. 3.

Ángeles. Uno hirió el corazón de la santa con un dardo, y dice esta, que vio en el cielo, que hay mucha diferencia de unos ángeles a otros. V. cap. 29, n. 11. Vio la santa una gran batalla entre los ángeles, y los demonios: V. cap. 31, n. 4. Vio la santa a mucha multitud de ángeles, que subían al cielo con María santísima, y su sagrado Esposo en una aparición que tuvo: V. cap. 33, n. 9. Vio la santa a gran multitud de ángeles asistiendo al trono de la Divinidad: V. cap. 39, n. 15. Estando en oración la santa se vio en una ocasión rodeada de ángeles: V. cap. 40, n. 8. No apartan los ángeles, que son las guardas, y criados de Dios, al pobre humilde, cuando llega a tratar con su Majestad, como lo hacen las guardias de los reyes de la tierra: C. cap. 22, n. 1. Ve las palabras: Querubines, y Serafines.

Ánimo. Tuvo la santa un ánimo más grande que de mujer: V. cap. 8, n. 5. Se acobarda el ánimo pareciéndonos que no somos capaces de grandes bienes, si en empezando el Señor a darnoslos, nos atemorizamos con el recelo de que nos vendrá vanagloria. Si no conocemos que el Señor nos favorece, no tendremos ánimo para grandes cosas: V. cap. 10, n. 4. Es menester grande ánimo a los principios para resolverse el alma a tener oración, por las muchas contradicciones que pone el enemigo para estorbárnoslo: V. cap. 11, n. 2. Es el Señor muy amigo de almas animosas, y ninguna de éstas queda baja en la virtud. Importa mucho no apocar los deseos, y esperar confiados en Dios, que con su ayuda seremos santos, como lo fueron otros: V. cap. 13, n. 1, 2, y 3. Se necesita mucho ánimo, aun para gozar las grandes mercedes, que suele hacer el Señor al alma en la oración: V. cap. 17, n. 1. Es necesario grandísimo ánimo para entregarse el alma a los arrobamientos: V. cap. 20, n. 3. Tenía valor la santa para combatir a todo el infierno, y con una cruz en la mano desafiaba a los demonios: V. cap. 25, n. 10. Es menester mucho valor para ver en esta vida a los cuerpos gloriosos: V. cap. 28, n. 2. Es menester grande ánimo para dedicarse a la virtud, por la guerra que hace el mundo a los que la siguen: V. cap. 31, n. 7. Es menester más ánimo para recibir algunas finezas amorosas de Dios, que para pasar grandes trabajos: V. cap. 39, n. 14. Tengamos tanta osadía para pensar que podemos ser santos, que Dios ayuda a los fuertes, y no disculpemos nuestros defectos con decir no somos santos, ni ángeles: C. cap. 16, n. 8. Ve la palabra: Determinación.

Antonio de Padua (san). Fue muy amante de la humildad de Cristo. V. cap. 22. y 4.

Aprovechamiento en la virtud. Cuando Dios quiere, en un instante pone al alma en mucha perfección. V. cap. 21, n. 4. Es error tasar el aprovechamiento por los años que se tiene ejercicio de virtud; el amor, y efectos santos son la regla para el aprovechamiento de las almas. V. cap. 39, n. 7. En medio año aprovechan más unas personas, que otras en muchos, si se disponen mejor, porque Dios concede el aprovechamiento según la disposición, o como quiere: *Íbid.* Los que han caminado muchos años por la oración, y virtud, y ven a otras almas que ca poco tiempo caminan más ligeras, no las condenen, ni las detengan; humíllense a vista de su fervor: *Íbid.* n. 8. Oración, o virtud, que en poco tiempo, produce muchas determinaciones para servir a Dios, es mejor que la de muchos años sin estos efectos: *Íbid.* n. 7, y 8. El que juzga que porque ha muchos años que sirve al Señor merece regalos, y consuelos, no llegará a la cumbre del espíritu: *Íbid.* n. 11. En empezando Dios a obrar en el alma, la hace tantas mercedes, y da tales alientos, que la parece poco cuanto se puede hacer en esta vida por su Majestad: C. cap. 12, n. 1. Véanse las palabras: Perfección y Perfectos en la virtud.

Arrepentimiento. Sentía grandemente la santa los deslices de su mocedad: V. cap. 1, n. 3. Ve la palabra: Contrición.

Arrobamiento y vuelo de espíritu. Es diverso en alguna manera el vuelo del espíritu, de la unión, aparta al alma mucho más de las criaturas. Pone la santa una comparación excelente para declararlo: V. cap. 18, n. 3. Vuelo de espíritu, arrobamiento, y éxtasis, son una misma cosa, solo con diferencia en los nombres. Son más aventajados que la unión, y causan efectos más superiores en el alma: V. cap. 20, n. 1. En el arrobamiento coge Dios al alma al modo que las nubes, o el sol elevan los vapores de la tierra, y la levanta hacia el cielo, para mostrarla el reino que la tiene preparado: *Íbid.* n. 2. En los arrobamientos parece que el alma no anima con el cuerpo: a este le va faltando el calor natural con gran deleite: *Íbid.* Al arrobamiento no le puede el alma resistir, ni tiene fuerzas para ello, como sucede en la unión sola. Elévase el cuerpo regularmente, y dice la santa, que habiendo algunas veces intentado resistirle, la parecía que peleaba con un jayán muy fuerte, y que quedaba muy quebrantada: *Íbid.* n. 3. Queda aquí el alma con un conocimiento muy espantoso, y admirable de la grandeza, y majestad de Dios, muy humillada, y llena de temor amoroso, desasida de todo, y con otros efectos que refiere la santa: *Íbid.* n. 5. Refiere largamente una especie de pena muy espiritual; que suele dar el Señor después de este grado de oración: y asegura la dijo su Majestad que tuviese en más esta merced, que todas las que la había hecho: V. cap. 20, desde el n. 15. hasta el 13. Después de los arrobamientos solía quedar la Santa tan ligera, y expedita, que parece se la quitaba toda la pesadez natural del cuerpo: *Íbid.* n. 13. Aunque lo ordinario es no perderse del todo el sentido en los arrobamientos; en lo muy subido de la unión de todas las potencias solía perderle la santa, y entonces dice, que el cuerpo, ni ve, ni oye, ni siente: *Íbid.* No se desconsuele el que se viere como atado el cuerpo muchas horas en el arrobamiento, aunque el entendimiento, y la memoria anden algo distraídos: *Íbid.* n. 15. Queda el alma después de los arrobamientos con efectos

admirables, todo lo abandona, no la queda más voluntad que hacer la de Dios; se la cayó ya el pelo malo, no teme a los peligros, antes los desea; y si vio deja estos efectos, no fue verdadero el arrobamiento, sino se puede recelar que lo fue, como los que refiere san Vicente: *Íbid.* n. 16. Hállase aquí el alma con un señorío muy grande sobre todo lo criado. Se queda corrida de sí misma por el tiempo que apreció la honra, el dinero, deleites de la tierra, y lo demás que aprecia el mundo, y conoce que todo es mentira, y engaño cuanto no es Dios: *Íbid.* n. 17, y siguientes. Las almas que llegan a este estado, nada se les pone por delante que no ejecuten por Dios. Sienten mucho el volver a tratar con las gentes, el comer, dormir, y todo las cansa, y andan vendidas como en tierra ajena: V. cap. 21, n. 2. y 3. Tuvo la santa mucha pena porque se empezaron a publicar sus arrobamientos, por experimentarlos algunas veces delante de gentes: V. cap. 29, n. 12. Dudaba la santa cuál sería el motivo de no tener arrobamientos ya, y la dijo el Señor, que era menester atender a la flaqueza de los maliciosos en los papeles de la santa, que están después de la Vida, n. 5. Ve las palabras: Oración, Unión, Mercedes de Dios, Visiones, y Revelaciones.

Ávila (El Padre Nuestro). Después que la santa escribió su vida, quiso que la viese este venerable varón, diciendo que ella quedaba consolada si él la aprobaba: V. cap. 40, n. 18.

Avisos. Dábaselos Dios muchas veces a la santa para que se los diese a su confesor, y a doña Guiomar de Ulloa, pertenecientes a la fundación del convento de san José de Ávila: V. cap. 32, n. 6. Sentía mucho la santa dar a otras personas los avisos que la ordenaba el Señor. Dióselos varias veces a un padre dominico, y le aprovecharon mucho: V. cap. 31, n. 6. Encargó el Señor a la santa, que no dejase de escribir los avisos que la daba: en los papeles, que están después de la Vida: n. 6.

Baltasar Álvarez (El padre). Fue este religioso el segundo confesor de la santa de los de la Compañía de Jesús, y quien la puso en mucha perfección: V. cap. 24, n. 3. Padeció las persecuciones porque confesaba a la santa, y nunca la quiso dejar, aunque otros le decían se guardase de ella. Este padre la consolaba, y fortalecía con mucha discreción, y santidad: V. cap. 28. y 12.

Beatriz de Ahumada (doña) madre de la santa. Fue señora de gran virtud, honestidad y hermosura, sin hacer caso de ella; pasó muchas enfermedades, y trabajos; murió de 33 años: V. cap. 1, n. 1. Viola la santa en el cielo: V. cap. 38, n. 1.

Beneficios. Deshacía nuestro Señor el corazón de la santa representándola a los beneficios soberanos, y recordándola sus defectos: V. cap. 38, n. 11. Ve las palabras: Favores de Dios, y Mercedes de Dios.

Bernardo (san). Fue muy amante de la humanidad de Cristo: V. Capítulo 22, n. 4. Mi secreto para mí, dice san Bernardo: A. 38.

Bienes temporales. Los del mundo hacen oraciones porque el Señor los dé bienes temporales, y muchas veces si su Majestad se los concediese, se perderían: C. cap. 1, n. 2. Ve las palabras: Riquezas y Dineros.

Caídas en la culpa. Suelen servir para levantarse el alma a mayor virtud: V. cap. 19 n. 2.

Camino. El que no deja de andar siempre, va adelante, dícelo la santa para que no se deje del todo la oración, pues con ella a la larga, o a la

corta llegará al cielo: V. cap. 19, n. 6. Pedía a Dios la santa que la llevase por otro camino, que no diese sospechas, aunque en su interior siempre apreciaba el que llevaba: V. cap. 27, n. 1. Errado lleva el camino para el cielo, el que piensa llegar allá por placeres, y honras: V. cap. 27, n. 9. Es yerro buscar otro camino los Carmelitas descalzos, que aquel que nos dejaron descubierto, y siguieron nuestros antiguos, padres: C. cap. 4, n. 3. Erramos el camino del cielo, y damos en él caídas, por no tener puestos los ojos, y fijos en Dios: C. cap. 16, n. 8. No a todos lleva Dios por un camino, y por ventura al que le parece que va por el más bajo, está más alto en los ojos de Dios: C. cap. 17, n. 1. Importa mucho el saber el alma, y tener seguridad de que va bien en el camino que lleva en la carrera espiritual: C. cap. 22, n. 1. Ten presente lo que te falta de andar de aquí al cielo: A. 47.

Caridad(41). Crece la caridad cuando es comunicada en conversaciones santas: V. cap. 7, n. 13. Procuremos mirar a las virtudes que viésemos en los otros, y cubramos sus faltas con la consideración de las nuestras: V. cap. 13, n. 8. Deben sentirse las penas del prójimo aunque sean pequeñas: C. cap. 7, n. 4 y 5. Es muy propio de la caridad con el prójimo excusarle el trabajo, hurtándole las ocasiones, trabajando en ellas por él: Íbid. n. 8. No pienses faltas ajenas, sino las virtudes, y tus propias faltas: A. 28. Dice la santa, que pusiera mil vidas porque no se perdiese un alma: C. cap. 1, n. 1. Véase en la V. cap. 32, n. 3. Las conversaciones del Carmelita descalzo todas han de ir determinadas al provecho espiritual del amor del prójimo: C. cap. 20, n. 1. Véase la palabra: Amor de Dios.

Cartas. A la primera carta que recibió de la santa una persona eclesiástica de mal vivir, se confesó, y mudó de vida; y leyendo las cartas que ella le continuó en escribir, se aquietaba, y libraba de muchas tentaciones que tenía: V. cap. 31, n. 3.

Castidad. Naturalmente aborrecía la santa las cosas deshonestas: V. cap. 2, n. 3. Hemos de ser modestos en cuanto hiciéremos, y tratáremos A. 4.

Castigo. Para el corazón noble es recio castigo el recibir favores por las ingratitudes: V. cap. 7, n. 11. Ve la palabra: Reprehensiones.

Catalina de Sena (santa). Fue muy enamorada de la humanidad de Cristo: V. cap. 22, n. 4.

Celda. El religioso ha de guardar su celda, y a la salida pedir la asistencia de Dios: A. 19.

Celo(42). Aun estando imperfecta la santa practicaba virtud, deseando que otros sirviesen a Dios, y enseñándolos el modo de tener oración, y persuadiéndolos para ello: V. cap. 7, n. 7. Véase en la V. cap. 8, n. 1. No hará mucho provecho en las almas, el que no tenga fuertes las virtudes. Si persuade al bien, y es defectuosa su vida, tentará con su persuasión: V. cap. 13, n. 7. Por librar un alma del infierno, decía la santa, que pasaría mil muertes de buena gana. Sacó estos impulsos de la visión, que tuvo del infierno: V. cap. 32, n. 3. Véase en el cap. 1, n.(43)

Ceremonias. Decía la santa, que padecería mil muertes antes que ir contra la menor ceremonia de la Iglesia: V. cap. 33, n. 3.

Cielo. El mirar hacia el cielo, recoge al alma: V. cap. 38, n. 5. Ve la palabra: Gloria.

Clara (santa)(44). Se apareció a nuestra santa madre, y la esforzó

para que continuase en la fundación de su primer convento, y la inspiró espíritu de verdadera pobreza, para entablarla en él: V. cap. 33, n. 8. De un convento de monjas de esta santa socorrieron al de nuestra santa madre: Íbid. Quería esta santa, que sus monasterios estuviesen murados con las virtudes de la humildad, y la pobreza: C. cap. 2, n. 5.

Clavo. Dio Cristo a la santa la mano derecha con un clavo, en señal de que la admitía por su esposo: en los papeles de la santa, que están al fin de la V. n. 17. Apareciose Cristo a la santa sacando con la mano derecha un clavo, que tenía en la izquierda, y con él sacaba la carne: V. cap. 39, n. 1.

Cobardía. El que se contenta con poco en el servicio de Dios, y en esto apoca los deseos, las cosas muy leves se le harán pesadas. Lleva paso de gallina en la virtud. Solo en el estado de casados se puede sufrir este modo de proceder: V. cap. 13, n. 4. Ve la palabra: Temores.

Codicia. Lamenta el Señor la codicia del género humano en una reprensión que dio a la santa: V. cap. 33, n. 7.

Comida, o banquetes(45). No pidas cosa particular de comida sin gran necesidad: A. 49. Ve las palabras: Abstinencia, y Gula.

Compañías. Las malas ocasionan gran daño en la mocedad: V. cap. 2, n. 1. El trato del vicioso imprime sus inclinaciones en el natural más virtuoso, como lo experimentó la santa por una mala compañía: V. cap. 2, n. 2. Es don de Dios la buena compañía: Íbid. n. 4. La de Cristo es la única que asiste, y fortalece en los trabajos: V. cap. 22, n. 3. Solo los que viven en el cielo dice la santa, que la hacían compañía, y tenía por vivos, no los del mundo, a quienes reputaba muertos: V. cap. 38, n. 5. Dice la santa, que a la que fuese alborotadora, y amiga de inquietudes, que no la den el hábito, por que su compañía echará a perder a las demás monjas: C. cap. n. 8. Ve las palabras: Amigos, Amistad, Trato espiritual, y Conversaciones.

Comparaciones. Aun en las cosas temporales son malas, cuánto más lo serán en las espirituales: V. cap. 39 n. 11. No hagas comparación de uno a otro, que es cosa odiosa: A. 43.

Comunión sacramental. Cuando comulgaba la santa pensaba en la conversión de la Magdalena, y a su imitación se ponía a los pies Cristo: V. cap. 9, n. 2. Acabando un día de comulgar la santa, la dio Dios a entender el modo con que explica el tercer grado de oración: V. cap. 16 n. 1. Véase aquí el n. 4. Cuando comulgaba la santa, se gozaba muy especialmente con la santísima Humanidad de Cristo: V. cap. 22, n. 2. Quitaron a la santa las comuniones, cuando recelaban que su espíritu era malo: V. cap. 25, n. 8. Se representa su Majestad sacramentado en algunas almas tan señor de aquella posada, que parece las deshace en veneración: V. cap. 28, n. 7. Cuando la santa se solía hallar ahogada en penas, se la quitaban con la comunión, y quedaban sana en el alma, y el cuerpo: V. cap. 30. Cuando la santa comulgaba muchas veces, se la espeluzaban los cabellos, considerando la grandeza del Señor que recibía: trata largamente de esto: V. cap. 38, n. 13. Tenía la santa algunas veces tal ansia por la comunión que aunque la pusieran lanzas, no dejara de romper por ellas para recibirla: V. cap. 39, n. 15. En una de estas ocasiones, que la costó trabajo ir a la iglesia, la puso el Señor en un arrobamiento, que la duró dos horas, y la parecía se abrían los cielos, y que veía un trono, donde

entendió estaba la Divinidad, con gran multitud de ángeles: Íbid. Llegando a comulgar la santa un día de Ramos se la llenó la boca de sangre, diciéndola el Señor: «Quiero que te aproveche mi sangre»; y en este favor quedó la santa, con mucho aprovechamiento para comulgar: en los papeles de la santa, que están después de la Vida, n. 2. Cuando la santa comulgaba, se disponía con tanta fe, como si viera con los ojos corporales entrar al Señor en su morada y se consideraba a sus pies como la Magdalena en casa del fariseo: C. cap. 34, n. 6. El mejor tiempo para negociar con Dios, es después de la comunión: persuade eficazmente la santa el que nos estemos con su Majestad: Íbid. n. 8. Trae gran provecho al alma el comulgar espiritualmente, y recogerse después con nuestro Señor: C. cap. 35, n. 1. El día que comulgares, la oración sea ver, que siendo tan miserable, has de recibir a Dios; y la oración de la noche, de que le has recibido: A. 57. Cada vez que comulgues, pide a Dios algún don especial: A. 63. Ve la palabra: Eucaristía.

Condenados(46). Vio la Santa como jugaban, y maltrataban los demonios al cuerpo de una persona que se condenó: V. cap. 38, n. 16. Véase la palabra: Infierno.

Confesión. Jamás dejó la santa culpa por confesar advertidamente. Era muy amiga de confesarse frecuentemente: V. cap. 3, n. 4. Dispónese la santa para hacer confesión general, y la entra una aflicción grandísima a vista de sus pecados: V. cap. 2 n. 7. Véase las palabras: Confesores, y Maestro espiritual.

Confesores. En veinte años no encontró la santa confesor que la entendiese, ni ayudase: V. cap. 4, n. 2. Dice la santa, que la ocasionaron muchos perjuicios algunos confesores medio letrados, y que los doctos nunca la engañaron. Dice, que en siendo los confesores virtuosos, es mejor no tener letras, que el tener pocas, y da la razón para ello: V. cap. 5, n. 2. Un confesor la dio un dictamen muy errado, y los más la abonaban los pasatiempos, y conversaciones que tenía: V. cap. 8, n. 6. Hay pocos confesores, y maestros de espíritu, que no sean excesivamente prudentes, y su cobardía es causa de que las almas no aprovechen mucho: V. cap. 13, n. 5. El confesor, aunque no trate de oración, puede ser muy útil, si es gran letrado. Explica la santa su dictamen en abono de las letras: V. cap. 13, n. 12 y 13. El confesor si fuere letrado, y le falta virtud, adquirirá ésta si le tratan almas de oración, como sucedió a la santa con algunos: Íbid. n. 13. Pásase mucho trabajo con los confesores, que no son letrados, ni tienen experiencia de las cosas espirituales: V. cap. 20, n. 15. Quedó el alma de la santa como en un desierto en una ocasión que mudaron de Ávila a su confesor: V. cap. 24, n. 3. Solo el confesor de la santa no la ponía espanto en aquella recia aflicción, que padeció, cuando otros hombres doctos y virtuosos fueron de sentir de que su espíritu le manejaba el demonio: V. cap. 25 n. 8. Más miedo tenía la santa a los confesores espantadizos, que temen mucho al demonio, que al mismo demonio: Íbid. n. 12. Muchas veces dijo Cristo a la santa, que no ocultase nada al confesor, y que le buscase siempre docto: V. cap. 26, n. 3. Tenía la santa un confesor que la mortificaba y ejercitaba mucho, y fue el que más la aprovechó. Quería dejarle, y la reprehendía el Señor: Íbid. Un confesor aconsejó a la santa, no diese ya más parte de las mercedes que Dios la hacía, y su Majestad la dio a entender había sido mal aconsejada: V. cap.

28, n. 12. Llegó la santa a tal fatiga, que receló no hubiese quien la quisiese confesar: V. cap. 28, n. 12, y el cap. 29, n. 3, y en el cap. 40, n. 16. Uno de los confesores de la santa hizo juicio, que sus revelaciones eran del demonio, y la mandó se santiguase, y le diese higas: V. cap. 29 n. 4. Cuando la santa estaba más fatigosa, y penosa, hallaba desabrimiento, y palabras pesadas en los confesores, sin poderlas ellos excusar: V. cap. 30, n. 9. A las personas que más quería la santa eran sus confesores, y estos a los principios recelaban fuese con algún apego, y la mostraban desagrado, hasta que conocían era todo su amor espiritualísimo, y en Dios: V. cap. 37, n. 2. Estando la santa escrupulosa sobre si quería mucho a sus confesores, la dijo el Señor, que el enfermo no podía menos de querer, y agradecer a médico, que le daba la salud: V. cap. 40, n. 14. Sintiendo la santa la ausencia de su confesor, y dándola esto cuidado por si estaba asida a él, la dijo el Señor, que así como los mortales anhelan comunicar entre sí sus contentos sensuales, que desea también el alma tratar sus cosas con quien la entiende: en los papeles que están al fin de la V. n. 8. Al confesor que es santo, y aprovecha al alma de la religiosa, o mujer que confiesa, le cobra esta naturalmente amor, y entonces el demonio, porque le deje, la hace guerra, y batería con escrúpulos, sobre el amor que ve que le tiene: C. cap. 4, n. 7 y 8. Suele ser buen principio para aprovechar el alma tener amor al confesor santo y espiritual; pero es muy peligroso si le faltan estas circunstancias, y siempre conviene andar con gran cuidado. Íbid. n. 8. Es aviso de la santa cuando el confesor en todas sus pláticas no lleva más asunto, que el aprovechamiento de la confesada, y le ve temeroso de Dios, que no le deje, ni se fatigue por la afición que le tiene; pero si cuando en ellas va encaminado a alguna vanidad: Íbid. n. 8. Hacen gran daño en los monasterios, y especialmente en los muy encerrados, los confesores que no son santos, y espirituales: Íbid. Aunque el confesor sea virtuoso, si no tiene muchas letras, no conviene gobernarse la religiosa por él en un todo; y aunque tenga ambas cosas, será conveniente que alguna vez trate con otros: C. cap. 5, por todo él. La santa dice, que trató con un que había leído todo el curso de teología, y que la hizo mucho daño en cosas que la decía no eran nada; y esto la sucedió con otros dos, o tres: Íbid. n. 2. No quiere la santa, que los confesores que señala la religión a sus monjas, tengan el carácter de vicarios, ni jurisdicción sobre ellas. Solo han de ser para confesarlas, y celar el recogimiento, y honestidad del convento, y cuando hubiere falta, dar cuenta a los prelados: Íbid. n. 4. Procura tratar las cosas de tu alma con un confesor espiritual y docto, y síguele en todo. A. 62. Ve la palabra: Maestro espiritual.

Confianza. Hasta que la Santa desconfió de sí, y puso toda la confianza en Dios, no se convirtió totalmente a su Majestad: V. cap. 9, n. 2. La confianza en Dios ponía un esfuerzo admirable en la santa para combatir al demonio: V. cap. 25, n. 10. Si tenemos confianza, saldremos con victoria en las cosas de la virtud: V. cap. 31, n. 8. Ve la palabra: Esperanza.

Conformidad, y sufrimiento. Túvola la santa ejemplarísima en sus enfermedades: V. cap. 5, por todo el capítulo, y véase el capítulo siguiente. El alma que ne llega al tener grado de oración, que señala la santa, se ha de dejar toda en las manos de Dios, tan pronta para la vida,

como para la muerte, para el cielo, como para el infierno: V. cap. 17, n. 1. Persuade ta santa largamente a sus hijas el que sean sufridas en sus enfermedades: C. cap. 10, n. 4, y en el cap. 11, por todo él. Ve la palabra: Paciencia.

Conocimiento. Importa conocer las mercedes que Dios nos hace para agradecerlas. No es falta de humildad este conocimiento: V. capítulo 10, n. 4.

Conocimiento propio. Es el pan con que se han de comer los manjares espirituales. A todos conviene esta meditación; pero tómesese con tasa. Por subida que sea la oración, en el principio, y en el fin siempre se ha de acabar en el propio conocimiento: C. cap. 39, n. 4. Ve la palabra: Humildad.

Consejos. En todas las cosas dice la santa, que la aconsejaba el Señor, hasta decirle cómo se había de portar con los flacos, y otras personas: V. cap. 40, n. 14. Ve la palabra: Consulta.

Consuelo. Sirve de consuelo a las personas espirituales, el leer que los santos padecieron penas semejantes a las suyas: V. cap. 20, n. 7. Aunque el Señor dejaba en muchas aflicciones a la santa, después la consolaba, y así no podía por esto dejar de apetecer a los trabajos: V. cap. 40, n. 15. Ve la palabra: Gustos espirituales.

Consulta. Cuando la santa consultaba algún negocio, callaba las revelaciones que había tenido acerca de él, para que la diesen la resolución según las reglas naturales: V. cap. 32, n. 8. Hay muchos perjuicios en el mundo, por hacerse las cosas sin consulta: C. cap. 4, n. 8. Valiose la santa de la consulta de personas doctas, y de virtud para determinar el punto de confesores para sus monjas: C. cap. 5, n. 4. Véase la palabra: Consejos.

Contemplación. Los torpes de imaginación, y poco discursivos, si perseveran, aunque con mucho trabajo, llegan antes a la contemplación, que los expeditos en esta potencia: V. cap. 4, n. 3. No impide la humanidad de Cristo para llegar a la contemplación de la divinidad. Defiende esto la santa con muchas razones: V. cap. 2, por todo él. Las virtudes se requieren en más alto grado para la contemplación, que para la meditación: C. cap. 16, n. 4. Suele el Señor levantar a contemplación a personas que están en mal estado, para que se enmienden. Íbid. n. 4 y 6. Hace el Señor esta prueba con muchos, pero son pocos los que se disponen para gozar de esta merced: si corresponden no quedará por el Señor el levantarlos a grado muy alto: Íbid. n. 5. Los que solo tienen meditación, son como criados de Dios, que asisten en su viña: los contemplativos son hijos regalados, que los pone a su mesa. Íbid. Al verdadero humilde nunca le parece que es tan bueno, que le haya de poner el Señor en el estado de los contemplativos: no a todos lleva Dios por un camino, y a veces el que parece, más bajo, es más subido en los ojos de Dios: C. cap. 17, n. 1. No se desconsuele, el que no es contemplativo, que en la casa de Dios ha de haber de todo, y acaso merecerá más en la vida activa: y cuando menos se piense lo pondrá el Señor en la contemplativa, aunque sea tarde: Íbid. por todo el capítulo. Son intolerables los trabajos de los contemplativos. No admite el Señor a su amistad gente regalada: C. cap. 18, por todo él. Los contemplativos son muy animosos para padecer trabajos: Íbid. n. 1. Los contemplativos son los que llevan la bandera en las batallas de esta vida:

pone la santa un símil excelente en el alférez, para explicar su obligación, y los trabajos que padecen: *Íbid.* n. 3 y 4. Explica la santa brevemente lo que es contemplación perfecta: C. cap. 25, n. 1. Los verdaderos contemplativos no están asidos a la honra; estiman los trabajos, más que los del mundo el oro, y las riquezas: no se envanecen con su linaje, ni reciben injuria en nada, y si no sienten estos efectos, no es perfecta su contemplación: C. cap. 36, n. 6, y siguientes. El pedir a Dios con ansia viva, que nos libre de todo mal, y nos lleve a gozar su reino, es efecto de la contemplación verdadera. No pueden los que la han experimentado dejar de desear el ir al cielo: C. cap. 42, n. 2 y 3. Ve las palabras: Oración, Arrobamiento, Visiones, Mercedes de Dios, y Unión.

Contrición. El pecador contrito templa el sentimiento de sus culpas, con el consuelo que le resulta de que en él resplandezca la misericordia divina: V. cap. 4, n. 2. Sentía a veces la santa tanto sus culpas que no se atrevía a ir a la oración, por parecerla no podría sufrir el sentimiento que en ella le ocasionarían sus defectos, a vista de los favores, que debía al Señor: V. cap. 6, n. 2. Estando el alma en los brazos de Dios, no puede temer a todo el mundo: C. cap. 16, n. 7. Ve las palabras: Arrepentimiento, y Lágrimas.

Conversaciones. Fue inclinada la santa a pasatiempos de buena conversación, y la hicieron daño: V. cap. 2, n. 3. Estas conversaciones resfriaron a la santa en la virtud, tanto que dejó por ellas la ovación mental: V. cap. 7, n. 1. Aunque el trato, y conversación con los del mundo sea permitido en algunos monasterios, siempre es perjudicial: V. cap. 7, n. 3. Las conversaciones espirituales son muy necesarias a las personas que tratan de oración. No se dejen por el recelo de que los podrá venir vanagloria en tratar de cosas levantadas: V. cap. 7, n. 12. Dice la santa, que si no hubiera conversado con personas de oración, que cayendo, y levantando hubiera dado en el infierno: porque para caer tenía mucho amigos que la ayudasen, mas para levantar se hallaba sola: V. cap. 7, n. 13. Así que se aparta la santa de conversaciones inútiles, encuentra al Señor que la regala: V. cap. 9, n. 7. Tenía la santa algunas conversaciones, que aunque lícitas, no la quería Dios en ellas, y la dijo su Majestad no quería que tratase con hombres, sino con ángeles: V. cap. 24, n. 3. Desde esta ocasión jamás tuvo gusto de hablar con personas, que no trataban de Dios, aunque fuesen muy amigos, y parientes: *Íbid.* Véase en el Camino de Perfección el cap. 4, n. 8. En los tiempos de mucha sequedad no se puede tener conversación con gentes: V. cap. 30, n. 9. Tenía la santa conversaciones continuas con Cristo como con un amigo: V. cap. 37, n. 2. Dijo el Señor a la santa, que la conversación de los buenos no dañaba, mas que procurase fuesen sus palabras pesadas, y santas: V. cap. 40, n. 14. El religioso, cuanto más santo, ha de ser más afable, de suerte que todos amen su conversación: C. cap. 44, n. 8. Ve las palabras: Trato espiritual, Amistad, Compañías, y Palabras.

Conversiones. Cuando por medio de la santa se convertía alguna alma, la atormentaban regularmente los demonios: V. cap. 31, D. 2. Convirtió a un sacerdote sacándole de un estado muy perdido: V. cap. 5, n. 2. Mejoró mucho en la virtud con el trato de la santa el padre presentado fray Domingo Ibáñez, dominico: V. cap. 33, n. 3. Gana para Dios a otro padre dominico con circunstancias muy especiales, que refiere largamente la

santa: V. cap. 34, n. 4, y siguientes. Manifestola el Señor a un sacerdote diciendo misa, a quien los demonios rodeaban la garganta con sus cuernos, para que hiciese oración por él: V. cap. 38, n. 15. Las oraciones de la santa restauraron a la virtud a una persona que se había estragado, y el demonio la mostró grande ira, rasgando unos papeles: V. cap 39, n. 4.

Corazón. Es gran martirio para el corazón enamorado de Dios, el ver en su miseria el riesgo que tiene para volverá caer en sus defectos: V. cap. 7, n. 11. Es muy tarde el corazón del hombre para darse luego del todo a Dios, y por eso no entra en él prontamente el amor divino: V. cap. 11, n. 1. Tenemos unos corazones tan apretados, que nos parece nos ha de faltar la tierra, en queriéndonos descuidar algo del cuerpo: V. cap. 13, n. 4. Si al corazón del hombre le dan más tesoros, que los que caben en su cortedad, le quitan la vida, como sucedió al labrador que refiere la santa: V. cap. 38, n. 14.

Coro. La mucha honrilla que tenía la santa, la ocasionaba el errar muchas veces en las cosas del coro: V. cap. 31, n. 10, y 11. El coro no mata a nadie y aunque muchos huyen de él: C. cap. 10, n. 5.

Corona de espinas. Era la santa muy devota del paso de la corona de espinas. Apareciósele Cristo con una corona de gran resplandor en el lugar en que tuvo la de espinas: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 11. Sintiendo mucho la santa los dolores, que su Majestad habría tenido con las espinas, dijo el Señor a la santa, que no le tuviese lástima por aquellas espinas, sino por las muchas que ahora le daban:

Íbid.

Correspondencia. Es injusta, y mala la que se tiene a las criaturas, si de ella se sigue ofensa de Dios: V. cap. 5, n. 2. Hay pocos perfectos, porque en los principios no corresponden a las mercedes que Dios los hace: C. cap. 34, n. 12.

Cortesía, y buena crianza. Corresponde a la buena crianza el tener atención a las circunstancias, y dignidad de las personas con quienes hablamos, para darlas el respeto, y tratamiento, que las corresponde: C. cap. 22, n. 1. De ninguna cosa se ha de hacer burla: A. 7. Véase la palabra: Educación.

Cosas pequeñas. Aunque sean muy menudas, y de poca monta las cosas que se hacen por Dios, las da su Majestad tomo, y valor, y ayuda para cosas mayores: V. cap. 31, n. 11. Los letrados por sus ocupaciones, y ser varones fuertes, no suelen hacer caso de algunas cosas pequeñas, que dañan a la flaqueza de las mujeres: en el prólogo al Camino de Perfección. Por esto la santa puso remedio para muchas menudencias en sus hijas: Íbid. A la Santa hizo mucho daño un confesor docto, porque no reparaba en cosas menudas, y esto la sucedió con otros tres: C. cap. 5, n. 2. A veces cosas muy pequeñas traen tanta fatiga, y trabajo a algunas almas, como en otras las muy grandes: C. cap. n. 4. Se ha de traer gran cuidado con las cosas pequeñas, para no dejar que se apegue el corazón a alguna por menuda que sea: C. cap. 10, n. 2. No hay que despreciar las cosas pequeñas, que crecen como la espuma: C. cap. 12, n. 7. Lo que hoy no parece nada, es mañana pecado venial, y después crece. Daña mucho en congregaciones el no reparar en lo poco: C. cap. 13, n. 2. Acostumbrándose el alma a obrar con perfección en cosas pequeñas, se dispone para hacerlo en las grandes: C. cap. 15, n. 2.

Costumbre. Si supiese el daño, que hace el que introduce una mala costumbre, antes quisiera perder la vida, que ser causa de ella: C. capítulo 13, n. 2. Es mal el de una costumbre viciosa, que camina en muchas edades, porque el demonio no la deja caer: Íbid. Por respetos de bien poca entidad se suelen dejar olvidar en las religiones sus santas costumbres: C. cap. 14, n. 2.

Credo. Tenía la santa especial consuelo, y regalo, cuando decía en las palabras del Credo, que el reino de Dios no tiene fin: C. cap. 22, n. 1. Ve las palabras: Evangelio, Escritura sagrada, y Fe.

Criadas, y sirvientes. Regularmente las ciega el interés: para todo lo malo, dice la santa hallaba aparejo en ellas: V. cap. 2, n. 3. Hay poco que fiar de los criados, el que es valido es siempre malquisto: V. cap. 34, n. 3. Los de doña Luisa de la Cerda envidiaban a la santa lo mucho que su ama la favorecía: no obstante aprovecharon en la virtud los días que vivió en aquella casa: Íbid.

Criador. Hasta que el alma esté muy aprovechada se debe valer de la meditación, para subir a Dios por las criaturas: V. cap. 22, n. 4. En todas las cosas criadas mire la providencia de Dios, y sabiduría, y en todas le alabe: A. 35. Ve la palabra Criaturas.

Criaturas. La vista de los campos, aguas, flores, y otras criaturas insensibles, recogían a la santa, y llevaban el espíritu hacia su Criador: V. cap. 9, n. 4. Ve la palabra: Criador.

Cristo nuestro bien(47). Empezó la santa a tener oración representando a su Majestad dentro de su interior: V. cap. 4, n. 3. Dice la santa, que Cristo fue su maestro, y que en un momento la hacía entender las cosas de su alma, para poder declarárselas a sus confesores: V. capítulo 12, n. 4. Se ha de acostumar el alma a representar dentro de sí a Cristo, para enamorarse de su santísima humanidad: V. capítulo 12, n. 1. Pone la Santa una consideración de Cristo nuestro bien en el paso de la columna, para enseñar a tener meditación: V. cap. 13, n. 10 y 14. No puede ser estorbo la humanidad de Cristo para contemplar en la divinidad: V. cap. 22, por todo el capítulo. Fue la santa devota toda su vida de la humanidad de Cristo, y siempre deseaba tener delante su retrato: Íbid. n. 2. Es el verdadero amigo que asiste en los trabajos: es la puerta, y camino por donde hemos de entrar, para que Dios nos comunique sus mercedes, y secretos: Íbid. n. 3. Cristo ha de ser nuestro dechado. Todos los santos contemplativos lo traían cerca de sí: Íbid. Sin la humanidad de Cristo, anda el alma sin arrimo; somos humanos, y no ángeles, y así hemos de contemplar a Dios humanado; lo contrario suele ser falta de humildad: Íbid. n. 5 y 6. Siempre que pensemos en Cristo nos hemos de acordar del amor que nos tiene, para conseguir amarle, que amor saca amor: Íbid. n. 8. Pinta la santa la hermosura, y majestad de la humanidad de Cristo, y dice la razón que tuvieron los demonios para huir de su Majestad cuando bajó al limbo, y el espanto que sentirán los condenados en el día del Juicio: V. cap. 28, n. 8. Véase a este asunto el cap. 38, n. 13. La hermosura de Cristo que quedó impresa en el alma de la santa la quitó la inclinación para no dejarse, llevar del atractivo de las criaturas: V. cap. 37, n. 2. Tenía la santa conversación continua con su Majestad, veía que aunque era Dios, era hombre, y que no se espanta de nuestras miserias, y esta clemencia, y trato soberano la llenaba de amor: Íbid. No se necesitan

terceros para tratar con Cristo, como para con los reyes de este mundo: en sí solo se ve toda la grandeza, y majestad, sin que haya menester de acompañamiento, ni de las autoridades postizas de los grandes de la tierra: Íbid. n. 2 y 3. Después que Cristo subió a los cielos según se lo dijo a la santa nunca bajó a la tierra, sino en el Sacramento. Después de resucitado se apareció a su santísima Madre, por estar muy necesitada: en los papeles de la santa, que están al fin de la V. n. 9. Muchas veces precisamos a Cristo los cristianos a andar a brazos con el demonio: C. cap. 16, n. 5. Estaba ya su Majestad cansado de la vida, cuando en la Cena dijo a los Apóstoles: «Con deseo he deseado cenar con vosotros y le era sabrosa la muerte»: C. cap. 42, n. 1. La vida de Cristo fue continua muerte, pues la tuvo siempre con todos sus tormentos delante de los ojos: Íbid. Véase las palabras: Pasión, y Corona de espinas.

Cruz. Todos la han de llevar a imitación de Cristo, los que se dan a la virtud, aunque hay diversidad de cruces: V. cap. 11, n. 3. El no resolverse, algunos desde el principio a llevar la cruz, es causa de que no adelanten en el camino espiritual: Íbid. n. 9. Importa mucho ser el alma amiga de la cruz, para que el demonio no la engañe con gustos, y deleites, que él finge: V. cap. 15, n. 7. Es muy delgada, y pesada la cruz que trae consigo el amor de Dios, aunque el alma jamás quiere verse libre de ella: V. cap. 16, n. 3. Conviene enamorarnos de la cruz, y no buscar más consuelo, que hacer compañía a Cristo en sus penas, y desamparo de criaturas: V. cap. 22, n. 6. Cogía la santa una cruz en la mano, y desafiaba a los demonios: V. cap. 25, n. 10. Las más veces se representaba su Majestad a la santa resucitado, aunque fuese en la hostia, otras en la cruz, en el huerto, otras con la corona de espinas, y llevando la cruz; pero siempre la carne glorificada: V. cap. 29, n. 3. La Virgen puso a la Santa una cruz de mucho valor, colgando de un collar de oro: V. cap. 33, n. 9. La medida para llevar gran cruz, o pequeña, es el amor: C. cap. 32, n. 5. Véase las palabras: Mortificación, y Trabajos.

Cuerpo. Muchas veces no puede el alma lo que quiere, por la enfermedad que la ocasiona la miseria del cuerpo: V. cap. 11, n. 9. Se le ha de aliviar alguna vez por amor de Dios, con el fin de que recobre fuerzas, para servir mejor al alma: Íbid. Algunas veces participa el cuerpo del deleite y regalo, que goza el alma en la oración: V. capítulo 17, n. 7. Las almas perfectas sienten mucho la servidumbre de tener que asistir al cuerpo: V. cap. 21, n. 3. Causa tanto espanto la hermosura de un cuerpo glorioso, que es necesario mucho ánimo para mirarle, cuando Dios se le manifiesta al alma, que está en carne mortal: V. cap. 28, n. 2. En algunos ímpetus del amor de Dios no siente, el cuerpo derramar sangre, y otras mortificaciones, más que si estuviese muerto: V. cap. 29, n. 10. Sentía mucho la santa el verse precisada a cuidar del cuerpo: V. cap. 40, n. 4. El principal cuidado del espiritual ha de ser perder el amor a su propio cuerpo: C. capítulo 10, n. 4. Mientras más cuidado se tiene con él, más necesidades descubre. Es causa de la relajación de muchos monasterios. Engaña al alma, y no la deja medrar: C. cap. 11, n. 2. En empezando a rendir, y sujetar al cuerpo, no nos aflige, ni molesta tanto: Íbid. n. 3. Importa mucho resolverse el religioso a tragar de una vez la muerte, y falta de salud, para rendir al cuerpo, porque en él vence al mayor enemigo de la vida: Íbid.

Culto divino. Todos los años celebraba la santa la fiesta del señor san José con el mayor esmero que podía: V. cap. 6, n. 3. Hacía pintar la imagen del Señor en muchas partes. Procuraba tener oratorio, y le aseaba con cosas de devoción: V. cap. 7, n. 1.

Cumplimientos mundanos. Eran martirio para la santa. Es necesaria lo a la vida para aprenderlos, y nunca dejara de haber faltas según es rígida la ley del cumplimiento mundano: V. cap. 37, n. 2, y siguientes. Véase el cap. 34, n. 2, y 3. Ve las palabras: Reyes, Señorío, Palacio, y Política mundana.

Curiosidad. La santa no se metía en averiguar en las mercedes que el Señor la hacía, mas de aquello que su Majestad la daba a entender en ellas, y cuanto más difíciles eran las cosas, la hacían más devoción, porque nunca dudó que Dios lo puede todo: V. cap. 28, n. 6. En cosas que no te van, ni te vienen, no seas curioso el hablarlas, ni preguntarlas: A. 46.

David. Consolábase la santa con un verso de este santo Profeta, en que dice: *Vigilari, et factum sum sicut passer solitarius in tecto*: por considerar que este santo había padecido penas semejantes a las suyas: V. cap. 20, n. 7.

Daza (el Maestro). Fue muy apasionado de la santa, y el que puso el Santísimo en el convento de san José, y dio el hábito a las cuatro primeras de sus hijas, ayudando siempre mucho a la santa: V. capítulo 36, n. 3. Asistió en una gran junta, que se hizo para deshacer el monasterio, y él solo contra todos, consiguió no se ejecutase: *Íbid.* n. 10.

Deleites. Los del mundo son ceguedad, y con estos se compra el trabajo: V. cap. 20, n. 20. Ve la palabra: Gustos espirituales.

Demonio. Algunas veces atemoriza a las almas para que no traten, y hablen con otras en puntos espirituales, haciéndolas creer, que caerán en vanagloria: V. cap. 7 n. 12. Ata Dios a los demonios para que no acometan a las almas, que tratan de oración: V. cap. 8, n. 4. Pone el demonio mucho miedo a las almas, para impedirles no se resuelvan a tener oración: *Íbid.* n. 5. Véase a este asunto en la Vida, cap. 11, n. 2. Muchas veces tienta a las almas con falsa humildad, para que no cobren grandes intentos de servir a Dios en cosas heroicas, que hicieron los santos; persuadiéndoles a que este designio es soberbia: V. cap. 13, n. 3. Cuando las personas virtuosas hacen cosas defectuosas, se vale el demonio de su virtud para autorizar lo malo, porque otros lo ejecuten: V. cap. 11, n. 7. Para conocer cuando el demonio se transforma en ángel de luz, es forzoso que el alma sea muy experimentada, y puesta en la cumbre de la oración: V. cap. 14, n. 5. Suele aprovechar a las almas con el deleite, que las da en la oración, si ellas son desinteresadas, y amigas de cruz, y enderezar el tal deleite a Dios: V. cap. 15, n. 6, y 7. Sabe el demonio que tiene perdidas las almas que tratan de oración mental, y por eso pone tanta eficacia para separarlas de este santo ejercicio: V. cap. 19, n. 2. No tenía fuerzas el demonio para tentar a la santa contra las cosas de la fe: *Íbid.* n. 8. El demonio se vale de las mercedes que Dios nos hace, para ponernos en falsa confianza, y excitarnos a entrar en las ocasiones en que podamos ofender a su Majestad: *Íbid.* n. 7. Pone mucho estudio el demonio para embarazar a las almas el que traten con personas amigas de Dios, que las puedan dar luz: V. cap. 23, n. 2. Solo dos, o tres veces quiso el demonio engañar a

la santa con hablas interiores, y luego la avisó el Señor. Refiere largamente los malos efectos que dejan estas hablas: V. cap. 5, n. 6, y siguientes. No permite Dios que engañe el demonio al alma que desconfía de sí, y esta fuerte en la fe: Íbid. n. 7. Temen los demonios a quien no los teme. Más daño nos puede venir de un pecado venial, que de todo el infierno. Sus armas son nuestros defectos. Son amigos de mentira, y no hacen pacto con quien anda en verdad: Íbid. n. 10, y 11. Más miedo tenía la santa a los confesores que temen al demonio, que al mismo demonio: Íbid. n. 12. El demonio puede introducirse más en las visiones imaginarias, que en las intelectuales: V. cap. 28, n. 3. Algunas veces da Dios licencia al demonio para que tienta a las almas, como al santo Job, y entonces dice la santa, que parece que juega con ellas a la pelota: V. cap. 30, n. 7. Aparecióse a la santa el demonio, y la dijo, lleno de rabia, que bien se había librado de sus manos, pero que él la volvería a ellas: V. cap. 31, n. 1. De los dolores, y tormentos que la ocasionaban los demonios, sacaba la santa la consideración de los cruelísimos que serán los que ejecuten con los condenados, cuando los tienen ya por suyos: V. cap. 31, n. 1. Regularmente la atormentaban los demonios, cuando por medio de la santa se convertía alguna alma: Íbid. Convirtió a una persona eclesiástica, a quien fatigaban mucho los demonios y pidió a Dios la dejasen libre, y que la atormentasen a ella, y así sucedió, pues pasó un mes de crueles tormentos: Íbid. n. 3. Estando la santa una noche de las Ánimas rezando unas oraciones, se la puso el demonio tres sobre el libro, y vio salir algunas almas del purgatorio: Íbid. n. 4. Los demonios están muy aterrados, y cobardes a vista de la Eucaristía: V. cap. 38, n. 15. Son muchas las sutilezas del demonio para tentar a las religiosas, y almas encerradas; pues conoce son necesarias muchas armas para combatirlas: en el prólogo del Camino de la Perfección. Quisiera ver al demonio junto a Cristo cuando le tentó en el desierto. Que miedo llevaría este desventurado, sin saber por qué: V. cap. 16, n. 5. Tiene el demonio gran miedo a las almas totalmente determinadas al servicio de Dios; a las que son mudables no las deja vivir: C. cap. 23, n. 1. Se transforma en ángel de luz, y no la deja conocer, hasta que ha bebido la sangre al alma, y destruídola las virtudes. Ésta es la mayor de las tentaciones: C. cap. 38, n. 2. Si no tenemos soberbia, y andamos sin malicia, con lo mismo que el demonio procura matarnos, nos dará la vida, por más ilusiones que nos ponga: C. cap. 40, n. 3. Teniendo a Dios contento no nos puede hacer mal el demonio, porque su Majestad le tiene atado: C. cap. 40, n. 3. Ve las palabras: Infierno, y Condenados.

Desasimiento. Después de los arrobamientos verdaderos queda el alma con un desasimiento muy notable de todas las cosas: V. cap. 20, n. 16, y siguientes. No se desconsuele si no viere en sí el desasimiento que quisiera tener, que andando el tiempo, Dios se le dará si no desconfía: V. cap. 31, n. 8. Véase en el Camino de Perfección, cap. 8, n. 1. A la santa la parecía que estaba desasida de todo y refiere un lance, en que conoció, que no era así: Íbid. Todo el bien del alma consiste en desprenderse de todo lo criado, y entregarse al Criador: ejecutado esto su Majestad va infundiendo las virtudes: C. cap. 8, n. 4. No basta dejar al mundo, y los parientes, si no nos desasimos de nosotros mismos: C. cap. 10, n. 1. Es gran medio para no asirse a cosa de esta vida, el considerar la vanidad,

que es todo, y cuán presto se acaba: Íbid. n. 2, El amor de Dios y la humildad, no pueden estar en perfección, sin gran desasimiento de lo criado: C. cap. 16, n. 1. La condición de Dios es no darse del todo a nosotros si no nos desembarazamos de lo criado, le dejamos libre el corazón, para que quepa en él sin estorbo de gente baja, y baratijas: C. cap. 28, n. 8. Despega el corazón de todas las cosas, y busca, y hallarás a Dios: A. 36.

Deseos. Por grandes deseos que vean en sí, las almas, y determinaciones, después de las mercedes que el Señor las hace en la oración, si en la realidad no son muy mortificadas, y curtidas en trabajos, y no tienen verdadero desasimiento del mundo, no se fíen de sí, ni se expongan a las ocasiones, ni repartan todavía de las mercedes que Dios las hace, hasta estar más fuertes: V. cap. 15, n. 7. El que ve que no acaba de lograr las virtudes en sí, que desea mucho, no se desconsuele, que teniendo confianza en Dios, su Majestad le dará en obras, lo que a los principios tiene en deseos: V. cap. 31, n. 8. No nos hemos de contentar con hacer poco, sino que debemos ejecutar cuanto esté de nuestra parte, aunque no sea por otro motivo, que el huir de las penas del infierno: V. cap. 32, n. 4. Importa mucho tener altos pensamientos, o deseos, para que lo sean las obras. C. cap. 4, n. 1. Es necesario reportar los deseos de morir, cuando nacen de ímpetus del amor de Dios, mudando el pensamiento a que será mejor vivir más, para servir a su Majestad: C. cap. 19, n. 9. Los deseos dados de Dios traen consigo luz, y discreción; los que pone el demonio, falta de humildad, como sucedió al ermitaño a quien tentó para que se echase en un pozo, para ver más presto a Dios: C. cap. 19, n. 9. Anda siempre con grandes deseos de padecer por Cristo en cada ocasión: A. 29. Guarde mucho los sentimientos que el Señor le comunicare, y ponga por obra los deseos, que en la oración le diere: A. 32. Tu deseo sea de ver a Dios, y vivirás con gran paz: A. 68. Ve la palabra: Voluntad.

Determinación, y resolución(48). Aunque a los principios no haya muy fuerte determinación, no por eso se deje de emprender el tener oración, que Dios la fortalecerá: C. cap. 20, n. 1. La determinación para seguir el camino del cielo por medio de la oración, ha de ser tan robusta, que no la mitiguen ni la muerte, ni la honra, ni peligro, o respeto de esta vida: C. cap. 21, n. 1. Cuando la determinación de servir a Dios es grande, y verdadera, no tiene el demonio mucha mano para tentar al alma, porque la tiene miedo, y sabe que saldrá mal: C. cap. 23, n. 1. El que está totalmente determinado a caminar al cielo, pelea con más valor, como el soldado que hace ánimo a vencer, o morir en la batalla: Íbid. Ve la palabra: Ánimo.

Devoción. No importa que el alma no tenga devoción, como ande siempre con ansias de agradar a Dios: V. cap. 12, n. 1. Suele haber algunas devociones impetuosas, que ahogan el espíritu, al modo de la olla que cuece demasiado. Se han de atajar estos arrebatamientos con suavidad, como al niño que llora aceleradamente: V. cap. 29, n. 8. Nunca muestres de fuera, lo que no tengas adentro; pero bien puedes encubrir la devoción: A. 37. La devoción interior no la muestres sin gran necesidad: A. 38. Procure mucho la devoción, y con ella hacer todas las cosas: A. 5.

Devociones. Aborrecía la santa a las devociones ridículas de ceremonias, y superstición, y solo amaba a las aprobadas por la Iglesia V.

cap. 6, n. 3.

Dictámenes. Los que no son muy rectos, sabios, y considerados, hacen mucho perjuicio, como sucedió a la santa por los que la dieron hombres medio letrados: V. cap. 5, n. 2. Véase cap. 7 del libro de la vida n. 3. Un confesor necio dijo a la santa, que aun para subida contemplación no la serían impedimento los pasatiempos, y conversaciones que tenía: V. cap. 8, n. 6. No es bien introducirse al decir su parecer cuando no se lo piden, si no lo dicta la caridad. A. 16.

Difuntos. Vio la santa a un provincial después de muerto que se le apareció glorioso como de edad de treinta años, aunque era muy viejo: V. cap. 38, n. 17 y 18. Vio en otra ocasión subir al cielo, acompañado de Cristo a un religioso de la compañía de Jesús: Íbid. n. 21. Vio a un fraile de la Orden subir al cielo, sin entrar en el purgatorio, por haber guardado su profesión, y valerle, las bulas de la Orden: Íbid. n. 22. De las innumerables personas que supo la santa se salvaron, solo refiere que fueron tres las que no entraron en el purgatorio; y fueron san Pedro de Alcántara, el religioso de la Orden, y el padre dominico, que parece ser el presentado fray Pedro Ibáñez: Íbid. n. 3.

Dineros. El alma favorecida del Señor que ha gozado sus comunicaciones espirituales, se ríe de sí misma por el tiempo en que tuvo en algo a los dineros: V. cap. 20, n. 18. Si con ellos se pudiesen comprar los bienes espirituales, fueran dignos de precio; pero solo se compra con ellos la inquietud, y el infierno: Íbid. n. 19. Dineros y honras andan siempre juntos, y quien quiere la honra, no aborrece el dinero. Quien no tiene dinero, no es honrado en el mundo: C. cap. 2, n. 3, y 4. Véase las palabras: Riquezas, y Interés.

Dios. Siempre ayuda y favorece el Señor en los grandes aprietos, a los que se hacen fuerza por su Majestad: V. cap. 4, n. 1. A los principios nos ponen espanto las cosas del servicio de Dios, permitiéndolo así su Majestad para darnos más premio, si nos ayudamos: Íbid. Ninguna obra buena, por pequeña que sea, deja sin premio aun en esta vida. Dora, y encubre nuestras culpas, y a las acciones imperfectas las va poco a poco perfeccionando su misericordia: V. cap. 4, n. 4. Muchas veces encubre el Señor los defectos de los buenos, porque no se desacredite la virtud: V. cap. 7, n. 10. Es tan buen amigo, que en arrepintiéndonos de veras, nos perdona luego, y nos vuelve a hacer las mercedes, que nos hacía antes de las culpas. Nadie le tomó por amigo, sin que se lo pagase: V. cap. 8, n. 3. Véase el n. 4 de este cap., y el cap. 19, n. 7, y el cap. 19, n. 7 y 8. Véase a este propósito en la Vida, cap. 9, n. 8. No se niega Dios a nadie, cuando le buscamos de veras: poco a poco nos fortalecerá su Majestad para que consigamos victoria de nuestras pasiones: V. cap. 11, n. 2. Cuando el Señor se comunica al alma, la deja llena de humildad, y con otros efectos para dedicarse a la virtud, que no pueden dejar de conocerse el que son de su Majestad: V. cap. 15 n. 9. Solo espera el Señor que nos dispongamos, para llenarnos de mercedes espirituales: V. cap. 19, n. 3. Quien se aparta de Dios se desvía de la luz, y andará siempre tropezando: cap. 19, n. 6. En los arrobamientos conoce el alma, la grandeza, y majestad de Dios: V. cap. 20, n. 5. Cuando Dios se comunica al alma, entonces se descubren en ella las más pequeñas motas de imperfección: Íbid. n. 20. Dios comunica sus mercedes a un alma, aunque no esté dispuesta, y no a otras, solo

porque quiere, para manifestación de su grandeza, obrando maravillas en la tierra más ruin: V. cap. 21, n. 4. Es el verdadero amigo; todas las cosas faltan, mas su Majestad no puede faltar: V. cap. 25, n. 9. Suele poner a la criatura en el extremo del mayor trabajo, para manifestar lo fino de su amor cuando la socorre: Íbid. Dice la santa, que se levanten contra ella todas las criaturas, y que la atormenten los demonios, que no se la da nada teniendo a Dios: Íbid. Las cosas que se hacen por Dios, aunque sean pequeñas, las estima su Majestad, y las da tomo, y ayuda para cosas mayores: V. cap. 31, n. 11. Todo es cabal en Dios, y lo ordena a nuestro bien, dando a cada uno según su capacidad: C. cap. 19, n. 9. Explica la santa algunas de las perfecciones, y grandezas de Dios, en contraposición de las miserables, que en los hombres aprecia el mundo, para que meditemos en ellas: C. cap. 22, n. 1. Dios esta en todas las cosas, y especialmente en el alma del justo, donde éste le debe buscar sin tener precisión de ir al cielo con la consideración: C. cap. 28, n. 1, y siguientes.

Discordia. Más quería la santa que entrase fuego en sus conventos, que alteraciones de la paz. Se la helaba la sangre pensando que en algún tiempo la pudiera haber: C. cap. 7, n. 8. Véase la palabra: Paz.

Discreción. Suele ser falsa la del mundo, y se sirve a Dios poco con ella: V. cap. 26, n. 9.

Disculpa. Padeció la santa muchos oprobios, y cargos que la hicieron sobre la fundación de su primer convento, sin disculparse: V. Capítulo 36, n. 6. Trata la santa del bien que trae al alma el no disculparse: C. cap. 15, por todo él. Rara vez le parece a la criatura que la falta razón para disculparse. Es grande humildad el verse condenada sin culpa, y no disculparse, imitando al Señor: Íbid. n. 1. En algunos casos en que es preciso decir la verdad, no es defecto disculparse: Íbid. Para practicar esta virtud no son necesarias fuerzas personales, ni se hace daño a la salud: Íbid. n. 1, y 2. Nunca somos condenados sin culpa, pues aunque alguna vez no la tengamos en la materia que nos imputan, la tenemos en otras: Íbid. No llegará a la cumbre de la perfección el que tiene la costumbre de disculparse: Íbid. n. 4. Es gran confusión para la que culpa a otra, el ver que no se disculpa, especialmente cuando la recarga sin razón, y en esto se suele aprovechar más que en diez sermones: Íbid. Siempre se descubre el no estar culpada la persona que no se disculpó cuando la condenaban sin motivo, y el Señor vuelve por ella, como lo hizo por la Magdalena en casa del fariseo, y con su hermana Marta: Íbid. Gánase gran libertad de espíritu no disculpándose, y aunque a los principios cuesta esto mucho, no es imposible el practicarlo: Íbid. 5. Es malísima razón el decir, que no somos santos, ni ángeles para no disculparnos de nuestros defectos y miserias, porque aunque no lo somos, lo podemos ser esforzándonos: C. cap. 16, n. 8. Jamás nos hemos de excusar, sino en muy probable causa. A. 11.

Doctores, y Varones ejemplares que defienden la Iglesia con sus letras, y virtud. Persuade mucho la santa a sus hijas hagan oración por éstos, para que triunfen de las herejías: C. cap. 3, n. 1, y siguientes. Necesitan estos varones virtud heroica, porque son los capitanes de los cristianos, y han de tratar con las gentes, y pisar los palacios: Íbid. n. 1 y 2. En lo exterior han de hacerse a vivir al modo de los hombres, siendo en lo interior ángeles: Íbid. n. 2. Si tienen imperfecciones, no

merecen el nombre de capitanes, ni conviene que salgan de sus celdas, porque el mundo al instante los entenderá sus faltas, y no harán provecho: *Íbid.* Véase las palabras: Sabios, Escritos, y Letras.

Doctrina. Dice la santa, que si alguno dudase en la verdad de lo que ella escribía, que viniese a tratarlo con ella, que Dios la ayudaría para salir con su verdad adelante: V. cap. 18, n. 4. Dice también, que es doctrina, que la enseñó el Señor, el avisar a las almas, que no se expongan a las ocasiones, aunque hayan recibido mercedes del Señor, si no son muy mortificadas y desasidas de todo: V. cap. 19, n. 7. Véase las palabras: Sabios, Escritos, Doctores, Libros, y Letras.

Domingo Báñez (padre maestro fray), dominico. Fue catedrático de prima de Salamanca, hombre de grandes talentos, y autoridad, defendió el monasterio de san José de Ávila, y aquietó la furia de toda la ciudad, que lo quería deshacer, y gobernó la santa mucho tiempo: V. cap. 36, n. 8. Envíele la santa el libro de Camino de Perfección para que le aprobase, y reconociese si era a propósito para que le leyesen sus monjas: C. cap. 42, n. 6.

Dominicos (padres). Permaneció la santa en algunos errores, que la enseñaron sujetos medio letrados más de diez y siete años, hasta que un padre dominico muy docto se los quitó, enseñándola la verdad: V. cap. 5, n. 2. El padre dominico confesor del padre de la santa, lo fue después suyo: fuele muy útil su comunicación, y desde que le trató, no volvió a dejar la oración mental: V. cap. 7, n. 8, y 9. Un padre dominico muy docto la declaró una tentación, que tenía con capa de humildad: V. cap. 31, n. 4. Pidió al Señor con grande instancia por un padre dominico de grande entendimiento, diciéndole: Señor, éste es bueno para amigo, y su Majestad la concedió la súplica: V. cap. 34, n. 4, y siguientes. Dábale Dios avisos por medio de la santa, y se convirtió todo a su Majestad: aprovechó mucho a él, y otras almas, y a su religión. Díjola el Señor en muchas visiones cosas de grande admiración, y otra vez le vio con mucha gloria que le levantaban los ángeles: *Íbid.* Oyéndole hablar la santa cosas divinas, la vino un grande arrobamiento; y vio a Cristo mostrando mucho contento, por lo que allí se hablaba: *Íbid.* Vio la santa sobre la cabeza de un padre dominico al Espíritu Santo en forma de paloma, y entendió que ganaría muchas almas: V. cap. 38, n. 8. Véase las palabras: Fray Domingo Báñez, y Fray Pedro Ibáñez.

Dones y Gracias del Señor. Los da su Majestad a quien quiere, y cuando quiere, sin que esto se regule por los años en que se practica la virtud: V. cap. 34, n. 6.

Dudas. Dudando la santa si las mercedes que Dios la hacía, serían, o no suyas, la reprendió su Majestad, y la dijo, que haría mal en dudar esto, habiéndola dicho tantas personas, que eran de Dios: V. cap. 39, n. 19.

Edificios. Mira la palabra: Fábricas.

Educación, o Crianza. Han de cuidar los padres sean sus hijos devotos, y que lean en buenos libros: V. cap. 1, n. 1. Véase la palabra: Cortesía.

Ejemplo(49). Es muy útil para los hijos el que reciben del buen porte de los padres: V. cap. 1, n. 1. Las personas que profesan virtud, causan mucho daño con sus faltas, porque el demonio se vale de su buena opinión,

y virtud para autorizarlas, porque otros las ejecuten: V. cap. 11, n. 7. Muchas veces por el pretexto del buen ejemplo autorizamos el faltar, encubriendo nuestros defectos, contra la humildad: V. cap. 31, n. 10. Procuró la santa que las primeras de sus hijas fuesen muy ajustadas, para ejemplo de las venideras: V. cap. 36, n. 3. Cristo dijo a la santa, que avisase a sus frailes, enseñasen más con obras, que con palabras: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 20. Pónenos(50) la santa delante de la consideración el ejemplo de suma pobreza de nuestros padres antiguos del Carmen, para excitarnos a la observancia de esta santa virtud: C. cap. 2, n. 4. La casa de Cristo fue el portal, y la cruz, y esto lo pone la santa por ejemplo, para que las casas de sus hijas no sean magníficas: Íbid. n. 5. Los que viven en congregación deben mirar mucho sus acciones, para que no den mal ejemplo; y se evite el que se originen costumbres viciosas: C. cap. 13, n. 2. Sean tales las acciones externas del religioso, que saquen de ellas ganancia, y doctrina sus hermanos: C. cap. 12, n. 6. Jamás hagas cosa, que no puedas hacer delante de todos: A. 42.

Empresas(51). Cuando se siguen las empresas solo por Dios, aunque no se consigan, no se inquieta el espíritu, no obstante que pierdan el logro los trabajos ejecutados en ellas: V. cap. 33 n. 1.

Encarnación (Convento de la) de Ávila donde la santa entró monja. Se servía a Dios mucho en esta casa, y había religiosas ejemplares. Era casa grande, y deleitosa: V. cap. 32, n. 5. A la santa la dijo Cristo, que eran hermanas suyas las religiosas de este convento, y que por asistirles no perderían las casas de la reforma: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 4.

Enfermedades. La buena conciencia, y obras virtuosas comunican fortaleza para sufrir el martirio de las enfermedades: V. cap. 4, n. 4. Padebió una religiosa vierta enfermedad muy molesta, y la santa tenía envidia a su paciencia: V. cap. 5, n. 1. Padebió la Santa muchas enfermedades. Son muy crueles las que traen consigo dolores recios: V. cap. 5, n. 3. Quedó la santa después de un parasismo que tuvo, maravillosamente lastimada en su cuerpo: V. cap. 6, n. 1. Refiere la santa los muchos achaques, y enfermedades que tuvo: V. cap. 7, n. 7. Cuando la santa estaba mala, dice que estaba mejor con Dios: V. cap. 8, n. 1. Hasta que la santa empezó a no hacer caso del cuerpo, siempre estuvo más enferma. Pone el demonio muchas veces tentación con pretexto de la salud corporal, para embarazarnos la mortificación, y otras buenas obras: V. cap. 13, n. 6. La santa se ponía buena algunas veces con las mercedes que el Señor la hacía en la oración: C. cap. 18, n. 7. Las enfermedades de la santa se las daba Dios, porque hacía en sus primeros años poca mortificación: V. cap. 24, n.1. A los grandes dolores, y accidentes del cuerpo que padeció la santa, se le solían juntar muchas penas del alma, y entonces era muy cruel el trabajo: V. cap. 30, n. 5. Pasó la santa, en sentir, de los médicos, los mayores dolores que se padecen en esta vida: V. cap. 32, n. 2. Mandó Cristo a la santa, que en sus conventos se tuviese gran cuidado, y asistencia con las enfermas: consta de los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 11. Es cosa muy imperfecta en las monjas andarse siempre quejando de unos malecillos, que se pueden bien sufrir. El mal, o enfermedad verdadera, ella misma se queja, sin que el

enfermo la exagere: C. cap. 11, n. 1. El quejarse y medicinarse sin necesidad tiene echado a perder muchos monasterio: Íbid. n. 2. Si no se determina la religiosa de una vez a tragar la muerte, y falta de salud, no hará cosa de provecho: Íbid. n. 3. Con la comunión sacramental sanaba muchas veces la santa de sus males. Es también este divino pan medicina para el cuerpo: C. cap. 34, n. 5. Véase la palabra: Salud.

Entendimiento. En cosas del cielo, y asuntos muy elevados, y espirituales, no podía la santa trabajar mucho con su entendimiento: V. cap. 9, n. 4. En muchos años no entendió la santa lo que leía en los libros, y cuando el Señor la daba a entender las cosas, no acertaba a dar razón de ellas a sus confesores, hasta que el Señor, que fue su maestro, la enseñó también esto: V. cap. 12, n. 4. En la oración de quietud no ha de practicar muchos discursos el entendimiento, porque estorbará su labor a la voluntad: V. cap. 15, n. 4 y 5. Queda espantado muchas veces viendo las mercedes que el Señor obra en el alma: V. cap. 17, n. 4. Estando unida con Dios, y la voluntad en suma quietud, sucede a veces estar libre el entendimiento para entender, tratar en negocios de caridad: Íbid. n. 3. Sin que él trabaje con sus actos, y discursos, suele conocer maravillosas cosas, que se le manifiestan en la oración, y se las dan como guisadas: V. cap. 19, n. 1. El bullicio del entendimiento, imaginación, y de la memoria que suelen traer estas potencias, cuando la voluntad está unida con Dios, le compara la santa al que trae la lengüecilla de los relojes de sol: V. cap. 20, n. 14. Dice la santa, que su entendimiento era muy rudo: V. cap. 28, n. 6. En algunos tiempos de sequedad anda el entendimiento, como un loco furioso, sin que nadie le pueda detener: V. cap. 30, n. 11. Algunas veces se paraba la Santa a mirarle, y la daba risa ver su desvarío, aunque nunca se le iba a cosas malas, sino indiferentes: Íbid. En viendo la santa una persona de buen entendimiento, y partidas, al punto procuraba ganarla para Dios, y se lo pedía a su Majestad: V. cap. 34, n. 5. Los malos entendimientos no son para el Carmen descalzo. Juzgan éstos que entienden mejor que los sabios: C. cap. 14, n. 1. Un mal entendimiento es enfermedad irremediable: regularmente está acompañado de malicia. El buen entendimiento, si empieza a inclinarse al bien, se ase a él con fortaleza, y a lo menos puede servir en las comunidades para dar consejo; el malo para nada, sino para dañar: Íbid. El mal entendimiento no se conoce en todos prontamente, porque hay muchos que hablan bien, y entienden mal: Íbid. n. 1. Hay almas, y entendimientos tan desbaratados, como unos caballos desbocados, que no pueden sosegar en la meditación en cosa alguna: C. cap. 19, n. 3. La tierra que no es labrada llevará espinas, y abrojos: así el entendimiento del hombre: A. 1.

Envidia(52). No ha de pensar el religioso, o religiosa en si tratan mejor que a él a los demás: C. cap. 12, n. 3, 4. Cuando el superior favorece con especialidad a alguno, el favorecido ocasiona envidias, y se hace malquisto: C. cap. 28, n. 8.

Ermitaños(53). En el Carmen descalzo no sólo se debe, hacer vida de religiosos, sino también de ermitaños: C. cap. 13, n. 4.

Escarmiento. Pide la santa el que escarmienten las monjas en el daño que a ella la hizo los pasatiempos que tuvo de conversaciones no necesarias: V. cap. 7, n. 5. Véase la palabra: Arrepentimiento.

Escritos. Escribía la santa llena de ocupaciones, y como hurtando el

tiempo, y sentía esta ocupación, porque la estorbaba hilar: V. cap. 10, n. 5. Véase el cap. 39, n. 12, y el cap. 40, n. 17. Para escribir las cosas encumbradas de la oración dice la santa que necesita el alma estar actualmente experimentándolas en el espíritu, porque si no se puede concertar el lenguaje: V. cap. 14, n. 5. Dice la santa, que uno de los fines que tuvo para escribir las mercedes que el Señor la hacía, fue el engolosinar a las almas, para enamorarlas de este bien: V. cap. 18, n. 4. Véase a este propósito en la V. cap. 19, n. 2. Dice la santa, que deja muchas cosas por escribir de su vida, porque no tiene tiempo, y sería alargarse mucho: V. cap. 30, n. 14. Dijo que no refería todas las almas que por su medio habían salido de pecado, y del purgatorio, porque sería cansar y cansarse: V. cap. 39, n. 5. El Señor la enseñaba lo que había de y por eso dice ella, que hacía escrúpulo de quitar una sílaba, de aquello que su Majestad la daba a entender: Íbid. n. 6. Por sola una vez que el Señor fuese alabado en lo que la santa escribió de su vida, daba por bien empleado el trabajo que la costó el escribirlo: V. cap. 40, n. 17. Después que escribió la santa su vida, dice que pasó mucho en verse escrita, porque le atormentaba la memoria de sus miserias: Íbid. n. 18. Sujeta la santa sus escritos a la corrección de la Iglesia, y de los doctos, a quienes se los remitía para que los corrigiesen: en el principio del libro Camino de Perfección. Escribió la santa el libro de Camino de Perfección, a ruegos de sus hijas las de san José de Ávila: en el prólogo a dicho libro. Dice la santa, que no escribía cosa de que no tuviese experiencia en sí, o en otras personas: Íbid. Dice también, que algunas veces no entiende lo que escribe, y quiere el Señor sea bien dicho: C. cap. 6, n. 1. Dice asimismo, que cuando escribe acerca de las virtudes, que si acierta en algo, es por cuanto entiende, y escribe por el vicio opuesto que ha tenido contra las virtudes: C. cap. 8, n. 1. Dice que quiso el Señor acertase a explicar lo que escribe en el libro de su Vida; y que algunos que lo vieron lo aprobaron. Aconseja, a sus hijas que lo lean, si Dios las ha puesto en contemplación, pero si no, que se guíen por la doctrina que da en el Camino de Perfección, hablando de la oración mental, y vocal: C. cap. 25, n. 1. Dice como todo lo que ha escrito en dicho libro se lo enseñó el Señor, pues ella no tenía entendimiento para discurrirlo: C. cap. 42, n. 6. Véase las palabras: Doctrina, Doctores, Sabios, Libros, y Letras.

Escritura sagrada. Dice la santa, que padecería mil muertes por cualquiera de las verdades de la Escritura: V. cap. 33, n. 3. En un arrobamiento dijo el Señor a la santa, que todo el daño que viene al mundo se funda en no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad, y que no faltará una tilde de ella: V. cap. 40, n. 1. Quedó la santa con gran valor de este arrobamiento para cumplir la más pequeña parte de la Escritura: Íbid. Véase las palabras: Evangelio, Credo, Fe, y Herejes.

Escrúpulos. El alma escrupulosa se hace inhábil para aprovechar a otras, y aun para sí, no llegará almas a Dios, porque antes huyen de su trato, por no verse en las apreturas de los escrúpulos: C. cap. 41, n. 6. Los escrupulosos regularmente sienten mal de los que proceden con libertad santa, y a veces cometen la injusticia de no decir, ni hablar en lo que están obligados, por miedo falso de no exceder. Íbid. n. 7.

Esperanza. Conviene tener segura esperanza, y confianza, en que

alcanzaremos la perfección, si peleamos con constancia, y no volvemos atrás: C. cap. 23, n. 1. Véase la palabra: Confianza.

Espíritu. No siempre se ha de tener atajo el espíritu; conviene a veces dejarle obrar: V. cap. 33, n. 4, y 5.

Espíritu Santo. En una víspera del Espíritu Santo vio la santa una paloma muy hermosa sobre su cabeza, y en este arrobamiento quedó su alma muy acrecentada en el amor de Dios y todas las virtudes: V. cap. 38, n. 6, y 7. Otra vez vio esta misma paloma sobre la cabeza de un padre dominico: *Íbid.* n. 8.

Esposa. Dio Cristo a la santa su mano derecha, enseñándola el clavo, en señal de que sería su esposa, y la dijo: «Desde aquí adelante no solo como de Criador, y como de Rey, y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía»: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 17. La esposa de Cristo ha de apetecer ser deshonrada como su divino Esposo: C. cap. 13, por todo él. La esposa debe estar instruida en las calidades del esposo, y las almas religiosas en las del suyo, que es Cristo, meditando siempre en sus perfecciones: C. cap. 22, n. 1. ¿Qué esposa hay, que recibiendo muchas joyas de valor del esposo, no le dé siquiera una sortija? ¿Pues por qué no han de hacer lo mismo las almas religiosas con Cristo, dándole algo en prenda, y señal de que constantemente serán suyas? C. cap. 23, n. 1.

Estimación. Sentía mucho la santa que hiciesen aprecio de ella, y la estimasen: V. cap. 34, n. 4. Véase el cap. 34, n. 2. Porque la estimaban en el lugar que estaba, quiso dejar su monasterio, y irse a otro muy lejos de allí: *Íbid.* n. 6. Véase las palabras: Honra, Agravios, y Mayorías.

Eternidad. Considerando la santa en su niñez qué pena, y gloria eran ara siempre, se la quitó el amor a la vida, y a las cosas del mundo: V. cap. 1, n. 2.

Eucaristía(54). Muchas veces vio la santa descubiertamente a Cristo en la hostia. Dice la majestad que trae consigo esta representación: V. cap. 38, n. 13. Pondera la santa la sabiduría del Señor en ofrecerse recatado en el Sacramento para que así tengamos ánimo para llegarnos a su Majestad, lo que no sucedería si se nos manifestase su grandeza: *Íbid.* n. 14. Era tanta la aflicción, y compunción que experimentaba la santa en vista de su miseria, para recibir la comunión, que la parecía por aquel sentimiento hacer algo en servicio del Señor: *Íbid.* Llegando la santa a comulgar vio a dos demonios que con sus cuernos rodeaban la garganta del sacerdote, y la manifestó el Señor esta visión para que entendiese la fuerza que tienen las palabras de la consagración: *Íbid.* n. 15. Gustaba la santa de que las Formas fuesen grandes: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 17. Hace la santa una exclamación al Padre Eterno, quejándose de que permita ser su Hijo tan maltratado de los hombres en el Sacramento: C. cap. 34, n. 3, y siguientes. Cristo se quedó en la Eucaristía para animarnos y sustentarnos, para que hagamos la voluntad del Padre: C. cap. 34, n. 1. De cuantas maneras quisiere comer el alma hallará sabor, y consolación en el de este santísimo Sacramento: no hay trabajo que no sea fácil, si le empezamos a gustar: *Íbid.* n. 2. Es la Eucaristía medicina, no sólo del alma, sino del cuerpo. La santa sanaba muchas veces con ella de sus enfermedades, y era tanta su fe, que se reía cuando oía decir a algunas personas, que quisieran haber vivido en el

tiempo de Cristo para conocerle, y tratarle, pareciéndola que lo mismo se logra teniéndole en la Eucaristía: C. cap. 34, n. 5. Si el Señor cuando andaba en el mundo, con solo tocar sus ropas los enfermos, quedaban sanos, ¿cuanto más sanará a los que le reciben dignamente sacramentado? Íbid. n. 7. Está tratable disfrazado entre los accidentes, y si no fuese así, nadie se atreviera a acercarse a su majestad, ni habría mundo, ni quien quisiese parar en él, porque a vista de la verdad eterna, se conocería ser mentira, y burla todas las cosas de la tierra: Íbid. Hay muchas personas, que no sólo no quieren estar con el Señor, sino que le apartan, y echan de sí: esta consideración, dice la santa debe mover a los espirituales para recibir al Señor con gran amor, y devoción: C. cap. 35, n. 2. Exclama la santa al Padre Eterno pidiéndole remedie las irreverencias, que se hacen en el mundo contra su Hijo sacramentado: Íbid. n. 3, y siguientes. Ve la palabra: Comunión sacramental.

Evangelio. Fue muy devota la santa del Evangelio de la Samaritana: V. cap. 30, n. 13. A la santa la recogían más las palabras de los Evangelios, que todas las de otros libros: C. cap. 21, n. 1. Véase las palabras: Credo, Escritura sagrada, y Fe.

Exageración. Nunca se han de encarecer mucho las cosas, sino con moderación decir lo que siente: A. 13.

Examen de conciencia. En cualquiera obra, y hora examina tu conciencia: vistas tus faltas, procura la enmienda con el favor divino, y por este camino alcanzarás la perfección: A. 27. Con el examen de la noche tendrás gran cuidado: A. 56.

Exclamación, y peroración. Hace la santa una peroración admirable al Señor llena de humildad, pidiéndole entre otras cosas, el que todos la aborrezcan: C. cap. 15, n. 3.

Experiencia. Es muy provechosa en los directores de las almas, mas si no la tienen, y son humildes con letras, y conocen que no alcanzan muchas maravillas, que Dios obra en ellas, dispondrá su Majestad que no yerren en su gobierno: V. cap. 34, n. 6 y 7. No escribía la santa cosa de que no tuviese experiencia en sí, o en otras personas: en el prólogo al Camino de Perfección. El que tiene experiencia del amor, y finezas con que el Señor se comunica al alma, le mueve mucho más su infinita bondad, que aquel que solo la conoce, por la fe: C. cap. 23, n. 1.

Fábricas, y edificios. Previene la santa, que no sean suntuosos los conventos de sus monjas que si exceden en esto, que pide a Dios que se caigan, y las coja debajo: C. cap. 2, n. 5. Se han de caer estas casas el día del Juicio, y conviene que sean chicas, para que no hagan mucho ruido. No es justo hacer casas magníficas con limosnas, o sangre de los pobres: Íbid. No pone la santa a sus monjas tanta estrechura acerca de las huertas, pues dice conviene el que tengan campo con algunas ermitas, porque ayuda para la oración: Íbid.

Favorecidos, o validos. Los favores del mundo todos son mentira: C. cap. 29, n. 2.

Favores de Dios. Los favores de Dios en retorno de las culpas, son castigo muy penoso para el alma amorosa: V. cap. 7, n. 11. Véase las palabras: Mercedes de Dios, y Beneficios.

Fe. No tenía fuerzas el demonio para tentar a la santa en materias de fe: V. cap. 19, n. 5. Al alma muy fuerte en la fe, no permitirá el Señor

que la engañe el demonio: V. cap. 25, n. 7. Aunque viese esta alma que se abrían los cielos para probar algo de lo que contradice a la fe, no la daría a crédito: por defender cualquiera verdad canonizada por la Iglesia se desmenuzará con el demonio: Íbid. El tener muerta a fe no nos deja entender lo cierto que tenemos el castigo, y el premio: C. cap. 30, n. 2. Cuanto más difíciles eran las cosas, la hacían más devoción a la santa, y las creía mejor: V. cap. 28, n. 6. Véase las palabras Escritura, Evangelio, Credo, y Herejes.

Fénix. Puso la santa una comparación en el modo como renace esta ave, de su ceniza después de abrasada, para significar como se renueva el alma en todo lo bueno con el incendio del amor de Dios; y la dijo su Majestad, que había hecho buena comparación: V. cap. 39, n. 15.

Festividades. Era muy devota de la festividad de Corpus-Cristi: V. cap. 3, n. 7. Un día de santa Clara se apareció esta santa a nuestra santa Madre: V. cap. 33, n. 8. En una festividad de nuestra Señora de la Asunción recibió la santa mi favor, y aparición de gran gloria de María Santísima, y su sagrado Esposo: Íbid. n. 9. En una víspera del Espíritu Santo recibió un favor especialísimo, poniéndosela una paloma muy hermosa sobre su cabeza: V. cap. 38, n. 8. Un día de la Asunción de nuestra Señora vio la santa, y se la representó su subida a los cielos, y la alegría y solemnidad con que fue recibida: V. cap. 39, n. 17. Era la santa muy devota de la festividad del Domingo de Ramos, y en más de treinta años comulgaba en este día, para hospedar al Señor en consideración de la desatención de los judíos, que después de la entrada en Jerusalén, no le convidaron a comer: en los papeles de la santa, que están después de la Vida, n. 2. Llegando la santa a comulgar un día de Ramos, se la llenó la boca de sangre, y la dijo su Majestad: «Yo quiero que mi sangre te aproveche, etc.» Íbid. Víspera de san Sebastián recibió la santa un favor muy grande de María Santísima: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 7. En las fiestas de los santos piense sus virtudes, y pida a Dios se las dé: A. 55. Véase la palabra: Santos.

Ficción. Dice la santa, que los que fingen que Dios les habla al interior, que les es más fácil el decir, que lo oyen con los oídos corporales: V. cap. 25, n. 5. Véase la palabra: Verdad.

Fin. Trabajos que tienen fin no son trabajo, ni se debe hacer caso de ellos: C. cap. 3, n. 3. Para no aficionarse a cosa de esta vida, es buen medio el considerar, cuán presto se acaba todo: C. cap. 10, n. 2. Sentía la santa gran regalo interior siempre que oía las palabras del Credo, que dicen, que el reino de Dios no tiene fin: C. cap. 22, n. 1. Véase la palabra: Intención.

Finezas, y palabras amorosas. El Señor solía decir a la santa estas palabras: Ya eres mía, y yo soy tuyo. Y la santa también le solía decir: ¿Qué se me da a mí de mí, sino de vos? V. cap. 39, n. 14. Las ternuras, y palabras amorosas son muy de mujeres, y las aborrecía santa Teresa nuestra madre: C. cap. 7, n. 7.

Francia. Lloraba la santa con gran fatiga los daños que contra la fe hicieron los luteranos en la Francia, y se movió a fundar la vida estrecha, que estableció en la reforma, para pedir a Dios, con su familia, por los defensores de la Iglesia: C. cap. 1, n. 1 y 2.

Francisco de Asís (san). Las llagas de este santo significan el amor

que tuvo a la humanidad de Cristo: V. cap. 22, n. 4. Le obedecieron las aves y los peces: C. cap. 19, n. 5. Mi secreto para mí, dice san Francisco: A 38.

Francisco de Borja (san). Trata a la santa, aprueba su espíritu, y la ordena que no resista más a las mercedes de Dios: V. cap. 24, n. 2.

Francisco de Salcedo (el señor). Por medio de este caballero empezó la santa a tratar con personas que la gobernasen. Refiere la santa largamente las especiales virtudes, y prendas de este caballero: V. capítulo 23, n. 3, 4 y 5. No había para la santa mayor descanso, que el tratar con este caballero. Refiere la humildad, y discreción con que la iba sobrellevando: Íbid. n. 4. Cuida mucho de la santa, aunque le parecía a los principios, que las cosas especiales que experimentaba en su espíritu eran del demonio: Íbid. n. 7. Alegrose mucho este caballero cuando san Francisco de Borja aprobó el espíritu de la santa, a quien siempre ayudaba en cuanto podía: V. cap. 24, n. 2. El grande amor que este caballero tuvo a la santa fue causa para estar tan fuerte, en los recelos de que sus revelaciones las causaba el demonio, por asegurarla más. Aun aprobándola el espíritu san Pedro de Alcántara no se aquietó del todo: V. cap. 30, n. 3. Ayudó mucho a la santa en la fundación del primero de sus conventos: V. cap. 31, n. 8. Véase el cap. 36, n. 10. Estuvo siempre muy firme en que el monasterio de san José se fundase sin renta: V, cap. 36, n. 12.

Fuego. Padeció, y experimentó la santa el furor del fuego del infierno en una visión que tuvo: V. cap. 32, n. 1 y siguientes. El fuego natural, si es grande, crece con el agua. Y al del amor de Dios, cuando está en su fuerza, no le apagan las aguas de las penalidades de esta vida: C, cap. 19, n. 4.

Galas. En sus mocedades fue la santa inclinada a las galas, y otras vanidades: V. cap. 2, n. 1. Los adornos exteriores suelen ser más martirio, que conveniencia, y decía la santa, que Dios la librara de mala compostura: V. cap. 34, n. 2 y 3. Véase la palabra: Trajes.

Gaspar de Salazar (el padre jesuita). Fue varón de mucho espíritu, y talento para adelantar las almas en la perfección, Aprovechó mucho a la santa, conoció los fondos de su alma, y esta aun antes de tratarle en el gozo que sintió en sí, barruntó lo mucho que la había de servir: V. cap. 33, n. 5. Dijo Dios a la santa en algunas visiones cosas de grande admiración de este religioso: V. cap. 34, n. 7. Vio la santa algunas veces que el Señor le hacía grandes mercedes. Siendo perseguido, vio la santa a Cristo en la cruz al alzar la hostia; y la dijo algunas palabras, que dijese a este religioso para su consuelo, y lo que le había de suceder: V. cap. 38, n. 9.

Gerónimo (san). En el desierto lo atormentaba el demonio con malos pensamientos: V. cap. 11, n. 6.

Gloria. El que se determina a buscar solo los bienes eternos, así los apetece, que por ningún interés temporal dejará de adquirirlos, como sucedía a la santa: V. cap. 5, n. 1. Los deseos de la gloria quitan el miedo de la muerte: V. cap. 21, n. 3. ¡Quién ve, o considera la gloria que Dios nos tiene prevenida, que no conozca es nada todo cuanto podemos padecer por tal premio! V. cap. 26, n. 6. Dios enseñó en un arrobamiento a la santa el modo con que se entienden los bienaventurados en el cielo: V.

cap. 27, n. 7. Algunas veces manifiesta Dios al alma las maravillas de la gloria: *Íbid.* Si pudiera haber vergüenza en el cielo, la tuvieran los bienaventurados por lo que dejaron de trabajar por Cristo, gozando la gloria a costa de su Majestad: *Íbid.* n. 9. Será sumo el gozo accidental que tendrá en el cielo aquel que en esta vida, en cuanto pudo, no dejó de hacer cosa alguna por amor de Dios: *Íbid.* Aunque en el cielo no hubiese más gloria, que ver la hermosura de la humanidad de Cristo, y la de los cuerpos, gloriosos, fuera grandísima: V. cap. 28, n. 3. El Señor reveló a la santa muchos secretos de la gloria que se dará a los buenos, y castigo a los malos: V. cap. 32, n. 5. Una hermana de la santa, que murió de repente, antes de los ocho días de su muerte se la apareció gloriosa: V. cap. 34, n. 11. En el cielo hay diversidad de grados de gloria, y los más santos los gozan más subidos, y por eso decía la santa, que por gozar un poquito más de gloria, que de buena gana pasaría en esta vida todos los trabajos, aunque durasen hasta el fin del mundo: *Íbid.* En un arrobamiento puso el Señor a la santa en la gloria, y entre otras cosas vio en ella a su padre, y a su madre: V. cap. 38, n. 4. Mostrando el Señor a la santa las grandezas de la gloria, la dijo: Mira hija lo que pierden los que son contra mí. Los que las han visto, desprecian todo lo terreno: *Íbid.* n. 2 y siguientes. En un mal de corazón que tuvo la santa en casa de doña Luisa de la Cerda, la sacaban sus joyas para alegrarla, y como ella había visto las riquezas del cielo, se reía de ver, que se apreciaban las de la tierra: *Íbid.* n. 4. Conviene el pensar en las grandezas de la gloria, y en que es nuestra patria, para pasar con alivio, y gusto los trabajos que se padecen en este camino: *Íbid.* n. 5. Entre los bienes de la gloria, lo es muy grande el no tener ya cuenta con cosa de la tierra; un sosiego y alegrarse de que se alegren todos, y una satisfacción grande, que se origina en los bienaventurados, de que todos santifiquen el nombre del Señor: C. cap. 30, n. 4. Acuérdate de que no hay más de una gloria, y esta eterna, y darás de mano a muchas cosas: A. 76. Véase la palabra: Cielo.

Gonzalo de Aranda. Fue un sacerdote, que ayudó mucho a la santa en la fundación de su primer convento, y el que fue a la corte a defenderle en el pleito que puso para su deshición la ciudad de Ávila: V. cap. 36, n.

10.

Gracia divina. Reveló el Señor a la santa en una ocasión el que estaba en gracia: V. cap. 34, n. 6. Los regalos espirituales no es señal cierta de estar el alma en gracia; más segura lo es la seguridad de la buena conciencia: en los papeles de la santa, que están después de la Vida, n. 6. La gracia depende totalmente de Dios, nadie la puede adquirir sin su Majestad: *Íbid.* Nadie la pierde sin entender que la pierde. Sin Dios no nos podemos mantener un instante en ella: *Íbid.* Manifestó el Señor a la santa cómo asisten las tres divinas personas en el alma que esta en gracia: *Íbid.* n. 12. Vio en otra ocasión cómo está Dios en el alma que está en gracia y el gran poder que la viene de la asistencia que tiene en ella la Santísima Trinidad. Diéronsele aquí a entender las palabras de los Cantares: *Dilectus meus descendit in hortum suum*: *Íbid.* n. 16. El siervo de Dios, con una palabra suya ataja las que se dicen contra Dios: la santa atribuye este efecto a la gracia divina, por el respeto que ocasiona, para que en su presencia no sea Dios ofendido: C. cap. 41, n. 6.

Gracias, y alabanzas. Deshácese la santa en alabanzas del Señor por

la fineza con que se comunica a las criaturas en este valle de miserias, y dice, que algunas veces se desahoga con decir desatinos a su Majestad: V. cap. 18, n. 2. No halla el alma cosa que la baste para dar gracias a Dios cuando su Majestad la da a entender su misericordia en no tenerla en el infierno después que pecó: V. cap. 19, n. 1.

Grandezas de Dios. El alma se queda absorta, y espantada, cuando el Señor la manifiesta sus grandezas: V. cap. 20, n. 20. Véase la palabra: Majestad.

Guiomar de Ulloa (Doña). Fue una señora viuda muy amiga de la santa, y a quien el Señor sentó con gran firmeza la especie de la fundación del convento de san José de Ávila: V. cap. 32, n. 5. Ayudó mucho a la santa en esta empresa, y pasó tantas persecuciones, que no la querían absolver los confesores, si no desistía de ella: *Ibid.* n. 6 y 7.

Gula. Si se le dice a un regalado, y rico, que modere su plato, siquiera para otros que mueren de hambre, sacará mil razones para no hacerlo: C. cap. 33, n. 1. Véase las palabras: Comida, y abstinencia.

Gustos, o contentos espirituales. Sola una vez pidió la santa a Dios la diese, contentos espirituales, estando muy seca; pero en lo demás de su vida jamás le hizo esta petición: V. cap. 9, n. 8. Véase el cap. 39, n. 11. Explica la santa el modo cómo puede el alma sacar algún gusto, y ternura, ni bien toda espiritual, y sensual, aunque útil, valiéndose de santas consideraciones: V. cap. 10, n. 12. Dice que los gozos de la oración son semejantes a los que tienen los del cielo, que cada uno contento, y satisfecho con los suyos, aunque sean inferiores a los de los otros: V. cap. 10, n. 3. Véase en la Vida, cap. 37, n. 1. Dice la santa, que es donoso intento el querer muchos gustos, y consolaciones espirituales, sin acabar de arrancar el corazón de la tierra, ni acabar de darnos del todo al Señor: V. cap. 11, n. 2. Una hora de los gustos, y consuelos espirituales, que dio el Señor a la santa en la oración, dice que la apreciaba tanto, que la parecía quedaban muy pagadas todas las congojas de su vida: V. cap. 11, n. 6. Véase en la Vida, cap. 27, n. 8. No se pare a considerar el alma de oración, porque en poco tiempo da Dios otros consuelos, y gustos espirituales, y no a ella: V. cap. 11, n. 7. Tiene andado gran parte del camino de la virtud el alma que empieza a tener oración, sin desear consuelos en ella. Para mujercillas flacas como ella, dice la santa, que conviene llevarlas Dios con regalos, pero no a hombres de tomo, de letras, y entendimiento: *Ibid.* n. 8. No se ha de levantar el espíritu a cosas sobrenaturales, y extraordinarias, por gozar gustos espirituales, que es falta de humildad, y no conseguirá nada, y quedará más seco: V. cap. 12, n. 1, 2, y 3. Más vale un instante de los gustos espirituales que da Dios en la oración, que todos los contentos, y riquezas del mundo: V. cap. 14, n. 3. Véase el cap. 18, n. 5. Estos consuelos de Dios ocupan tanto al alma, que parece llenan el vacío, que en ella tenía hecho la culpa: *Ibid.* n. 4. Los contentos que da el Señor en la oración, no puede el alma dejar de apreciarlos mucho de los que da el demonio no hace caso, si es alma desinteresada, y amiga de cruz; y si ella endereza el deleite a Dios, aunque sea dado del demonio, granara con él, y perderá este enemigo: V. cap. 15, n. 6, y 7. Algunas devocioncitas de lágrimas, y fervorcillos gustosos, que se suelen sentir en la oración, aunque sean buenos sentimientos, no sirven para determinar si el espíritu

es bueno, o malo: V. cap. 25, n. 6. El gusto, y deleite que ocasiona el demonio, solo puede engañar a quien no los hubiere tenido de Dios: Íbid. Hay mucha diferencia, y exceso en los gustos que el Señor da en esta vida, respecto de unas mercedes, o comunicaciones a otras: V. cap. 37, n. 1. El que juzga que porque ha muchos años que tiene oración, merece gustos, y regalos no llegará a la cumbre del espíritu: V. cap. 39, n. 11. Suele el Señor dar gustos espirituales, y aun subir a la contemplación a las almas perdidas, para ganarlas por medio de este regalo, y ternuras, si ellas se disponen, y cooperan: C. cap. 16, n. 6. El que camina en la virtud sin gustos espirituales, va más seguro: V. cap. 17, n. 3, y 4. Si a los contemplativos no diese el Señor algunos regalos espirituales, no pudieran tolerar los grandes trabajos que ocurren en este camino de la contemplación: C. cap. 18, n. 1. Algunas personas parece que por justicia piden a Dios regalos; faltan a la humildad, no se los dará el Señor, porque no son estos para beber el cáliz de su Pasión: Íbid. n. 5. Los gustos el que es verdadero espiritual los ha de guardar para la otra vida. Son censos al quitar, no perpetuos, ni renta, ni juros, que no faltan, como las virtudes: Íbid. Virtudes, y no gustos espirituales quiere la santa que apetezcan sus hijos; en aquellas hay seguridad, en esto mucha duda si son ilusión, o dados de Dios: Íbid. n. 7. Véase, la palabra: Consuelo.

Hablas interiores. La primera habla que tuvo la santa del Señor fue cuando reflexionando ella en las muchas mercedes que la franqueaba, y por qué no se las hacía a otras personas mejores, la dijo su Majestad: Sírveme tú a mí, y no te metas en eso; V. cap. 19, n. 5. Díjola el Señor: Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles: V. cap. 24, n. 3. Cuando son de Dios estas hablas, son unas palabras muy formadas, que aunque no las oyen los oídos, no puede resistir el alma para dejarlas de entender: V. cap. 25, y por todo él trata la santa de estas hablas. Explica largamente las señales que hay para conocer son estas hablas de Dios: Íbid. Obran estas hablas lo mismo que dicen, y no se quedan en palabras: Íbid. n. 5. Véase en la Vida, cap. 26, n. 2. Traen las hablas de Dios autoridad, y majestad tan grande, que sin reflexionar el alma en quien las dice, la deshacen en amor, si son cariñosas, y en temor, si son de reprehensión: V. cap. 25, n. 4. El alma que experimenta estas hablas, nunca las olvida del todo aunque haya pasado mucho tiempo: Íbid. n. 6. Refiere, los malos efectos que dejan estas hablas, cuando son del demonio, la inquietan y afligen, aunque no es malo lo que dicen; y es que el alma barrunta, o percibe, y siente el mal espíritu: Íbid. n. 6. Estando la santa sumamente afligida recelando que en su espíritu la hablaba el demonio, la dijo su Majestad: No hayas miedo, hija, que yo soy, y no te desampararé, no temas: V. cap. 25, n. 9. En estas hablas reprendía muchas veces el Señor a la santa sus imperfecciones, y la enseñaba lo que había de hacer. Estando ella muy perseguida de las criaturas, la dijo: ¿De qué temes? ¿No sabes que yo soy todopoderoso? Yo cumpliré lo que te he prometido: V. cap. 26, n. 2. Otra vez la dijo Cristo, que no era obedecer, que no estaba determinada a padecer, que pusiese los ojos en lo que su Majestad padeció por ella, y todo lo haría fácil: Íbid. n. 3. Cuando sentía la santa que se hubiesen quitado algunos libros en romance, la dijo Cristo: No tengas pena, que yo le daré libro vivo: Íbid. n. 5. Más efecto

hace una palabra del Señor para introducimos el conocimiento de nuestra miseria, que cuantas consideraciones podemos hacer nosotros a este fin. La palabra del Señor trae, consigo esculpida una verdad, que no se puede negar: V. cap. 38, n. 11. Véase las palabras: Mercedes de Dios, y Oración.

Hechizos. Dudaba la santa que los hubiese, aunque refiere un caso de un sacerdote a quien una mala mujer se los tenía puestos en un idolillo de cobre: V. cap. 5, n. 2.

Herejes. Se ciegan voluntariamente en sus errores contra lo que sienten en su interior: V. cap. 7, n. 2. Manifestó el Señor a la santa la perdición de los herejes en una visión en que la representó al alma en un espejo, el cual se ponía oscurecido en aquellos que están en pecado mortal; pero respecto de los herejes quedaba quebrado el espejo, que es peor: V. cap. 40, n. 4. En una visión vio la santa en un campo grande a los de una religión peleando, y venciendo a los herejes: Íbid. n. 10. Dijo Cristo a la santa, que lo que el demonio ejecutaba con los luteranos es apartarlos de todos los medios, que les puedan despertar de su error, y así los quita el que adoren a las imágenes: los papeles de la santa después de la Vida, n. 3. Lloraba la santa con gran fatiga los daños que hicieron los luteranos en la Francia: C. cap. 1, n. 1. Traen muy apretado los herejes a nuestro Redentor, y quisieran ponerle otra vez en la cruz: Íbid. Pone la santa un símil excelente para persuadir a sus hijas el contento que han de tener para pelear, por medio de la oración, contra los herejes, pidiendo a Dios fortaleza a los varones ejemplares de letras, que los contradicen: C. cap. 3, n. 1, y siguientes. Hace la santa una peroración admirable al Padre Eterno contra los herejes: Íbid. n. 4. Son desventurados los herejes por haber perdido por su culpa la consolación que inspiran en las almas las imágenes santas: C. cap. 34, n. 8. Véase las palabras: Fe, Iglesia, y Escritura sagrada.

Hermanos. Todos los de la santa fueron aplicados a la virtud: V. cap. 1, n. 1. En su niñez tuvo la santa más amor a su hermano Rodrigo, que a los demás hermanos: V., cap. 1, n. 2. Persuadió la santa a un hermano suyo a que fuese religioso: V. cap. 4, n. 1. Véase la palabra Parientes.

Hermosura. No se da en lo criado semejanza para poder comprenderse la hermosura, y claridad de la humanidad de Cristo, y de las cosas de la gloria: V. cap. 28, n. 4.

Hijos. Las virtudes que advierten en sus padres les estimula para ser virtuosos: V. cap. 1, n. 1. Obligó Cristo al Padre Eterno con las primeras palabras del Padre nuestro a que nos admitiese por sus hijos, y a que nos perdone nuestras ofensas, por ser mejor Padre que todos los del mundo: C. cap. 27, n. 1.

Hilarión (san). Era muy devota la santa de este santo, le pedía alcanzase de Dios no la engañase el demonio: V. cap. 27, n. 1.

Hipocresía. Dice la santa que nunca incurrió en este vicio: V. cap. 7, n. 1.

Hombres. Gustan más de las mujeres honestas, que de las que no lo son: V. cap. 5, n. 2. El hombre que es el que debe más a Dios entre todas las criaturas, es el que más le agravia, y ofende: C. cap 1, n. 2.

Honra. Fue extremado el amor que la Santa tuvo a la honra. Sirviola grandemente para no practicar acciones descubiertamente malas: V. cap. 2, n. 2. Véase todo el cap. 3 del libro de su Vida. Era la santa honrada, que

no podía faltar a su palabra: V. cap. 3, n. 3. Jamás tuvo modales bajas, y rateras, como hablar por agujeros, y escondites y dice la movía a esto el que por el que por ella no perdiesen la opinión las religiosas de su convento: V. cap. 7, n. 1. El alma muy asistida de Dios se corre de sí misma por el tiempo en que tuvo aprecio a la honra del mundo, conoce que es mentira, y engaño aquello que los mundanos tienen por honra: V. cap. 20, n. 18. El alma que vive en verdad, se ríe de las personas religiosas, y de oración, que hacen mucho caso de puntos de honra, diciendo que es discreción, y autoridad de su estado el cuidarla: V. cap. 21, n. 5. No es posible caminar al cielo con honras humanas, habiendo caminado Cristo por tantos desprecios: V. cap. 27, n. 9. Aquel gozará la verdadera honra, que en esta vida quiso ser despreciado por Cristo: Íbid. n. 9. La persona espiritual que conoce en sí algún puntito de honra, si quiere aprovechar, es preciso que corte esta cadena, o ligadura: V. cap. 31, n. 9. Algunas personas hacen santas obras, y todavía se están arraigadas en la tierra, y no sanan las virtudes, porque las roe la carcoma de la honra: Íbid. Así como en el canto de órgano un punto que se yerre descomponen toda la música, de la misma suerte quita la armonía de las demás virtudes el puntillo de la honra: Íbid. Cristo caminó lleno de injurias, y es error el querer proceder nosotros con mucha honra: Íbid. n. 10. La mucha honra que en sus principios tenía la santa, la estorbaba para ejecutar bien las cosas del coro, y Oficio divino, porque la daba vergüenza cuando las erraba: luego que perdió este defecto, las hacía mejor: Íbid. n. 10, y 11. Cada uno pone la honra en aquello que quiere: Íbid. n. 11. Quiere Dios que no se desacrediten los difuntos en esta vida, aunque estén condenados en la otra: V. cap. 38, n. 16. Dijo Cristo a la santa: Mi honra es tuya, y la tuya mía. Cuidarás de mi honra como verdadera esposa: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 17. No es honrado en el mundo quien no tiene dinero, porque siempre andan juntos honras, y dineros. La santa pobreza trae consigo una verdadera honra, que no se puede sufrir: C. cap. 2, n. 3, y 4. El monasterio donde entra el puntillo de honra, luego se relaja: C. cap. 12, n. 4. Honra, y provecho no pueden estar juntos. Entiéndelo la santa por el provecho del alma, y dice la daba vergüenza de los tiempos en que por la honra se agraviaba de algunas cosas: C. cap. 36, n. 2. En los monasterios donde entra la honra, no se servirá mucho a Dios. Introdúcela en muchos el demonio, y pone sus leyes que suben, y bajan en dignidades, juzgando deshonor cuando descienden en los oficios: Íbid. n. 2 y 3. Obliga mucho al Señor el que perdonemos las injurias no atendiendo a la honra del mundo, a que somos tan inclinados: Íbid. n. 5. A las almas que han llegado a contemplación perfecta, lo mismo se las da de la honra, que de la deshonor, y aun quieren más ésta; y si no sienten este efecto, no es segura su contemplación: Íbid. n. 6. Véase las palabras: Agravios, Estimación, y Mayorías.

Humildad. La santa anhela más publicar sus pecados, que referir sus virtudes: en el proemio al libro de la Vida. Muchas veces nos engaña el demonio con capa de humildad, como sucedió cuando persuadió a la santa dejase la oración, por no ser digna de tratar con Dios estando tan defectuosa: V. cap. 7, n. 1 y 6. Pide la santa a su confesor que publique sus pecados, y recate los favores que el Señor la hizo: V. cap. 10, n. 5. Muchas veces nos trata el Señor con sequedades, para que conozcamos

nuestra miseria, y no nos ensoberbecemos como Lucifer: V. cap. 11, n. 6. Es falta de humildad el levantar el espíritu, sin que Dios le levante, a cosas sobrenaturales: V. cap. 12, por todo él. La humildad tiene una excelencia, que no hay obra a quien acompañe esta virtud, que deje disgustada al alma: V. cap. 12, n. 3. Es humildad falsa la que mueve a no tener deseos animosos en la virtud, amedrentando al alma con el engaño de que será soberbia tener estos deseos: V. cap. 13, n. 3. Más sirve esta virtud para la oración, que todas las letras, y sabiduría del mundo: V. cap. 15, n. 5 y 6. El mayor peligro que padeció la santa fue cuando el demonio la tentaba a que dejase la oración, con capa de humildad, socorriola en esto un padre dominico: V. cap. 19, n. 6. El alma perfectamente humilde no se la da nada en decir bienes de sí, o que los digan otros, porque todos los atribuye a Dios: V. cap. 20, n. 20. El alma verdaderamente humilde a quien el Señor ha comunicado sus mercedes, y que está fuerte en la virtud, no se distrae del Señor en los mayores bullicios, y trato de gentes: V. cap. 21, n. 6. Todo el cimiento de la oración consiste en la humildad. Nunca hace Dios grandes mercedes a las almas, sino es cuando están deshechas en su abatimiento: V. cap. 22, n. 7. Véase el cap. 38, n. 11 y 12. La humildad causa muchos bienes a quien la tiene, y en aquellos que se arriman a él: V. cap. 23, n. 4. De todas las herejías, y pecados del mundo, la parecía algunas veces a la santa que ella era la causa; y dice, que ésta era una humildad falsa, que la ponía el demonio, para excitarla a desesperación, y que éste es un ardid de los más sutiles que inventa el enemigo: V. cap. 30, n. 6 y 7. Dijo Cristo a la santa, que tuviese en la memoria las palabras que dijo su Majestad a los Apóstoles, de que no había de ser más el siervo, que el señor: en los papeles de la santa, que están después de la Vida, n. 1. Santa Clara, y nuestra santa madre deseaban que sus monasterios estuviesen murados con la virtud de la humildad, y la pobreza: C. cap. 2, n. 5. Es la humildad hermana de la mortificación, andan siempre juntas estas dos virtudes: C. cap. 10, n. 2. Son estas virtudes señoras de todo lo criado, quien las tuviere bien puede salir a pelear con todo el mundo. Es suyo el reino de los cielos: no se dejan conocer de quien las tiene, mas sí de los demás: Íbid. n. 3. Al verdadero humilde no se atreve el demonio a tentar ni con primeros movimientos de mayorías: C. cap. 12, n. 5. Cuanto el alma tuviere de humildad, tendrá de aprovechamiento en el camino de la virtud: Íbid. Los genios amigos de ser estimados y reparadores de faltas ajenas, y no de las propias, nacen de poca humildad, no son para el Carmen descalzo: C. cap. 13, n. 3. Crece, mucho la humildad cuando es la criatura condenada sin culpa, y entonces no se disculpa: C. cap. 15, n. 1. No hay dama que así rinda al Señor como la humildad, ésta le trajo del cielo a las entrañas de la Virgen, y con ella le traeremos nosotros de un cabello a nuestras almas: C. cap. 16, n. 1. No puede haber amor de Dios sin humildad, ni humildad sin amor, ni estar estas dos virtudes en perfección sin gran desasimiento de todo lo criado: Íbid. Crece la humildad cuando se junta con una santa osadía, de que, ayudada de Dios, podrá hacer las obras de los santos: C. cap. 16, n. 8. La humildad es el ejercicio principal de la oración, y el punto más sustancial para las personas que tratan de ella: C. cap. 17, n. 1. El verdadero humilde nunca piensa en que es tan bueno que Dios le pondrá en contemplación, aunque sabe que lo puede hacer;

conténtase con servir en el estado más bajo: Íbid. Más le agrada al señor el estilo grosero de un pastorcillo humilde, que no sabe más cuando habla con su Majestad, que los razonamientos muy concertados de muchos sabios: C. cap. 22, n. 1. Es humildad necia el dejar de hablar con Dios con palabras tiernas, y amorosas, por juzgar el alma que esto es demasía: C. cap. 28, n. 1 y 2. A veces pone el demonio una tentación de unas humildades inquietas por la gravedad de nuestros pecados, que hacen mucho daño si no se vencen. La verdadera humildad trae mucha quietud, y suavidad: C. cap. 39, n. 1 y 2. Con esta tentación intenta el 1 demonio hacernos creer que somos humildes, de camino que desconfiemos de la misericordia de Dios: Íbid. n. 2. Nunca decir cosa suya digna de loor, como de su ciencia, virtudes, y linaje si no tiene esperanza que hará provecho, y entonces con humildad, y consideración de que aquellos dones son de la mano de Dios: A. 12. Siempre te imagina siervo de todos, y en todos considera a Cristo nuestro bien, y los tendrás respeto, y reverencia: A. 25. Jamás deje de humillarse hasta la muerte en todas las cosas A. 50. Véase la palabra: Conocimiento propio.

Iglesia. Regalábase, el espíritu de la santa considerando cuán bien ordenado era todo lo que determina la Iglesia: V. cap. 31, n. 2. Decía la santa, que padecería mil muertes antes que ir contra la menor ceremonia de la Iglesia: V. 33, n. 3. Tuvo gran gozo la santa cuando vio fundado su primer convento, porque había una iglesia más en que el Señor fuese alabado: V. cap. 36, n. 3. Estando en oración se vio una vez rodeada de ángeles, y se la dio a entender el gran provecho que había de hacer una religión en los últimos tiempos: V. cap. 4, n. 8. En todo lo que decía y escribía la santa se sujetaba siempre a la corrección de la Iglesia: C. cap. 30, n. 3. Véase las palabras: Evangelio, Credo, Escritura sagrada, y herejes.

Imágenes. Fue la santa muy devota de las santas imágenes y hacía pintar la del Señor en cuantas partes podía: V. cap. 7, n. 1. Conviértese la santa, y muda de costumbres a vista de una imagen muy llegada de nuestro Redentor, que encontró en un oratorio: V. capítulo 9, por todo él. La santa no podía representar bien en su imaginación la figura de Cristo, y por eso dice que era tan amiga de ver las imágenes. Laméntase de los herejes, que pierden este bien por no darlas adoración. El que ama a Cristo, desea ver su retrato: V. capítulo 9, n. 5. Jamás se borraba de la imaginación de la santa la imagen que Cristo la imprimió de su hermosura: V. cap. 37, n. 2. Dijo Cristo a la santa, que no impidiese a las monjas el tener imágenes, sino los muchos adornos en ellas, porque despiertan el amor: en los papeles que están después de la Vida de la santa, n. 3. Aconseja la santa que traiga cada uno consigo una imagen, o pintura en que esté retratado nuestro Señor, para mirarle muchas veces al día, y consolarse con su Majestad: C. cap. 26, n. 1.

Imaginación. Los que son muy expeditos en esta potencia suelen aprovechar más en la oración, aunque caminan con mucho trabajo. La de la santa no era muy hábil, ni podía representar en sí la figura de Cristo: V. cap. 9, n. 4 y 5. Véase a este propósito en la V. cap. 12, n. 2. Suele bullir como las mariposas que rodean la luz, cuando el alma, la voluntad, y el entendimiento están unidas con Dios. Cansaba a la santa mucho esta potencia, y no halló más remedio en estas ocasiones, que no hacer caso de

ella: V. cap. 17, n. 5. Hemos de sufrirla con paciencia como Jacob a Lía. Algunas veces la recoge el Señor para que se queme en el fuego en que están la voluntad, y el entendimiento: Íbid. n. 6. Véase la palabra: Pensamiento.

Imperfecciones(55). Cuando en el alma entra el sol de justicia, conoce ella con mucha claridad las telarañas y los átomos más leves de sus imperfecciones: V. cap. 20, n. 20. Dice la santa, que muchas veces quisiera estar sin sentido por no ver tantas faltas en ella: V. cap. 39, n. 5. En todas las cosas, y hasta en las buenas que hacía la santa la parecía estar todas llenas de imperfecciones, y así lo bueno que había en ellas se lo atribuía a Dios: Íbid. n. 10. Véase la palabra: Pecado venial.

Inconstancia. Mira bien cuán presto se mudan las personas, y cuán poco hay que fiar de ellas; y ásete de Dios, que no se muda: A. 61. Véase la palabra: Perseverancia.

Indulgencias, y Bulas. Para que al religioso aprovechen las de su Orden, es preciso que haya guardado las obligaciones de su estado: V. cap. 38, n. 22.

Infierno. ¿Quién considera las penas de los condenados, que no se le hagan suaves todos los trabajos de esta vida, para agradecer al Señor que nos librase de ellas? V. cap. 26, n. 6. Vio y padeció la santa en una visión las penas, y lugar del infierno. Refiere el horror de este sitio: V. cap. 32, n. 1 y siguientes. Cuando la santa se acordaba de la visión primera que tuvo del infierno, dice que la faltaba el calor natural: Íbid. n. 2. Las penas del infierno en quien bien las considera, hacen fáciles todos los trabajos de esta vida: Íbid. De esta visión del infierno sacó la santa un dolor gravísimo por las almas que se pierden: Íbid. n. 3. Reflexiona la santa en las muchas enfermedades que pasó, y en las virtudes que en su natural puso el Señor, y a vista de esto se admira del lugar que tenía preparado en el infierno: Íbid. n. 4. El Señor reveló a la santa muchos secretos pertenecientes al infierno que se dará a los malos, y gloria a los buenos: V. cap. 32, n. 5. Estando la santa considerando el lugar que tenía merecido en el infierno, recibió un favor especialísimo del espíritu Santo: V. cap. 38, n. 6 y 7. Nunca se olvidaba la santa del lugar que la tenía preparado el demonio en el infierno: V. cap. 40, n. 1. Véanse las palabras: Condenados, y Demonio.

Ingratitud. Por no ser desagradecida se mantenía la santa en algunas amistades, que aunque no malas, quería su confesor que las dejase: V. cap. 24, n. 3. Véase la palabra: Agravios.

Inmensidad(56). Dios está en todas partes, y en donde está su Majestad está toda su gloria: C. cap. 28, n. 1. Especialmente asiste en el alma del justo, y es digno de admiración, que un Señor de tan inmensa grandeza quepa dentro de nosotros: Íbid. n. 8. Como es Señor, hace lo que quiere; y como nos ama se hace a nuestra medida, y también ensancha a nuestras almas: Íbid.

Inquisición (Tribunal de la santa). Cuando la santa intentó su primera fundación, la ponían temores con este santo tribunal, y respondió, que si fuese necesario, que ella le iría a buscar: V. cap. 33, n. 3.

Inspiración de Dios. Cuando la santa sentía en sí alguna inspiración del Señor, no podía sosegar, ni tener oración, hasta tanto que la seguía: V. cap. 35, n. 6.

Instrumento. Resulta gran gozo en el alma virtuosa cuando el Señor la toma por instrumento para obrar cosas de su servicio: V. cap. 36, n. 3.

Intención. No se ha de obrar el mal, aunque sea con el fin de hacer bien: V. cap. 5, n. 2. Se ha de llevar en todo intención recta, y no conviene arrinconar el alma, sino caminar con santa libertad, pues Dios no mira tantas menudencias como a veces pensamos nosotros: C. cap. 41, n. 9. Véase la palabra: Fin.

Intercesión. Dijo Cristo a la santa, que ejecutaría cuanto le pidiesen por medio de san Pedro de Alcántara: V. cap. 27, n. 11. Por las oraciones de la santa volvió Dios la vista a una persona ciega y la dijo ejecutaría cuanto le pidiese: V. cap. 39, n. 1.

Interés. Todo el mundo andaría concertado si faltasen en él los intereses de la honra, y del dinero: V. cap. 20 n. 19. Los del mundo por un maravedí de interés dejarán de dormir muchas noches: C. cap. 21, n. 1. Véanse las palabras: Honra, Dinero, y Estimación.

Ira. Algunas veces la pone el demonio en las almas santas tan fuerte, que tienen impulsos de despedazar a todos: V. cap. 30, n. 9. Algunas veces se enojaba la santa contra sí misma por estar precisada a cuidar de sí: V. cap. 40, n. 15. No reprendas con ira, y aprovechará la corrección: A. 58.

Jesuitas. Antes de conocerlos, ni tratarlos la santa los tenía en suma veneración por el modo de vida de oración que llevaban; mas no se juzgaba digna de tratarlos, ni fuerte para obedecerlos: V. cap. 23, n. 1. Dice la santa, que permitió el Señor que no entendiese a su alma un clérigo santo, para que así lograrse ella la fortuna de tratar a los padres de la Compañía: Íbid. n. 4. No se atrevía a tratar con estos religiosos, por parecerla que estaba más obligada a ser buena con su trato, y desconfiaba de sí: Íbid. n. 7. Confiésase generalmente con un padre jesuita, aprueba este su espíritu, la pone en más mortificación, y la deja consolada, y muy aprovechada: Íbid. n. 8. Dice la santa, que sus confesores fueron casi siempre de estos benditos padres de la Compañía: Íbid. Hacía especial oración porque el Señor la diese gracia para tratar con estos padres, y porque no volviese atrás, para que ellos no perdiesen la reputación por ella: V. cap. 24, n. 1. Solo de percibir la santa la santidad de vida, y porte de estos religiosos, dice que sentía mucho aprovechamiento su alma: Íbid. n. 3. Observan con grande extremo la virtud de la obediencia sin ejecutar negocio alguno sin licencia de sus prelados: V. cap. 33, n. 4. Fue la santa muy consolada a consolar a doña Luisa de la Cerda, porque en el lugar que estaba esta señora había casa de los padres de la Compañía de Jesús: V. cap. 34, n. 2. De toda la Orden junta de la Compañía vio la santa grandes cosas: algunas veces los vio en el cielo con banderas blancas: V. cap. 38, n. 10. Tenía la santa en gran veneración a esta esclarecida familia, porque experimentaba conformaban sus obras, y vida con aquello que el Señor la había dado a entender de ellos: Íbid. Vio subir al cielo acompañado de Cristo a un religioso de esta Orden: V. cap. 38, n. 21. Estando en un colegio de la Compañía de Jesús vio la santa al tiempo de los hermanos de aquella casa, en dos ocasiones, un palio muy rico sobre sus cabezas; y cuando comulgaban otras personas no sucedía esto: V. cap. 39, n. 17. Véanse las palabras: El padre Baltasar Álvarez, y el padre Gaspar de Salazar.

Jesús. Nunca faltaba este divino nombre de la boca de san Pablo,

porque siempre le tenía en el corazón: V. cap. 22, n. 4.

Job (el santo). Tuvo la santa mucha devoción con este santo, y el haber leído en san Gregorio sus trabajos la sirvió para tener ella paciencia en sus enfermedades: V. cap. 5, n. 3.

Jornadas, o viajes. Pensando la santa en que la censuraban con razón por andar en las jornadas de sus fundaciones, y que sería mejor estarse recogida en oración, la dijo su Majestad, que no estaba la ganancia en procurar gozarle, sino en hacer su voluntad: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 13. Pensando también el que sería voluntad de Dios el estar encerrada, y no andar en viajes, por lo que dice san Pablo acerca del recogimiento de las mujeres, la dijo el Señor: Dilos, que no se rijan por sola una parte de la Escritura, sino que miren a otras: *Íbid.*

José de Ávila (Convento de san. El primero de toda la reforma del Carmen). Primera ocasión con que se excitó la fundación de este convento en una casual conversación que tenía la santa con otras religiosas: V. cap. 32, n. 5. Después de haber comulgado la dijo un día el Señor, que intentase la fundación de este convento, y que se nombrase san José: *Íbid.* n. 6. Dijo su Majestad que este convento sena una estrella que diese de sí gran resplandor: *Íbid.* Mandó el Señor a la santa que dijese a su confesor, que le mandaba, y rogaba no fuese contra esta fundación: *Íbid.* Vienen el provincial, y el confesor en que se intente esta fundación. Apruébala san Pedro de Alcántara, y se levantan muchas persecuciones contra la santa: *Íbid.* Arrepíentese el provincial, y niega el permiso para el monasterio, lo que tuvo la santa por especial providencia, para que se mejorase la idea. Cesó por entonces por mandado de su confesor: *Íbid.* n. 7. Véase el cap. 33, n. 1. Consultan sobre esta fundación al padre presentado fray Pedro Ibáñez, y resuelve que será del servicio de Dios, y se ofrece a defender su dictamen, y ayuda mucho a su logro cap. 32, n. 8. Continúan, y crecen las persecuciones contra la santa, y queda ésta con gran paz, y sin ningún sentimiento cuando la mandaron cesar en el monasterio, no obstante lo mucho que había trabajado en él: V. cap. 33, n. 1. Aunque la santa, por no faltar a la obediencia, no hacía diligencia para esta fundación, el presentado dominico, y doña Guiomar las continuaban por la vía de Roma: *Íbid.* n. 3. Vuelve el Señor a instar a la santa para que procure promover la fundación de este convento: *Íbid.* n. 5. Parécela pequeña la casa, y la manda el Señor que entre en ella, dándola una reprensión muy severa: *Íbid.* n. 7. Apareciöse la Virgen a la santa y la dijo, que se haría este convento, y que se serviría mucho a Dios en él, y que en esto no habría quiebra jamás: *Íbid.* n. 9. Trata la santa a la venerable María de Jesús, beata del Carmen, y con esta ocasión se inclina a fundar el monasterio sin renta: V. cap. 35, n. 1. Opónense el confesor, y otros letrados a esta idea; apruébala san Pedro de Alcántara, y la manda Cristo que la siga, diciéndola muchas cosas en alabanza, y honor de la pobreza: *Íbid.* n. 2, y 4. Dijo Cristo a la santa, que este convento era el paraíso de sus deleites: y refiere ella la mucha virtud de las primeras religiosas de este convento: *Íbid.* n. 8. Fundose este convento, y se puso el Santísimo en el día de san Bartolomé año de 1562, y dio la santa el hábito a las cuatro primeras de sus hijas: V. cap. 36, n. 3. Luego que se concluyó el monasterio acometió a la santa una cruel tentación, que la afligió mucho.

Diola Señor luz, y la venció: Íbid. n. 5, y 6. Dala el provincial licencia para que venga a vivir a este convento, y antes de entrar en la clausura, estando haciendo oración en la iglesia, tuvo un arrobamiento donde vio a Cristo, que la ponía una corona, agradeciéndola lo que había trabajado en esta fundación: Íbid. n. 13. Otra vez, estando en el coro con sus monjas, vio a María Santísima con mucha gloria, y un manto blanco, que debajo de él las amparaba a todas; en lo cual entendió la santa la mucha gloria que habían de alcanzar las hijas de aquella casa: Íbid. n. 14. Aquietose la ciudad, se mudó la contradicción en veneración. Asístenlas con limosnas, refiere la santa el modo de vida de aquellas religiosas y pide a su confesor no borre lo que ha historiado sobre esta fundación: Íbid. n. 14, y 15. Refiere la santa con el valor, y santidad que se ofrecían a servir a Dios, y a encerrarse algunas doncellas mozas en aquella casa, y lo que aprovechaban en poco tiempo: C. cap. 39, n. 7. Dijo Cristo a la santa, que en los tiempos venideros sucederían muchos milagros en la iglesia de aquel convento, y que la nombrarían la iglesia santa: en los papales de la santa, que están al fin de la Vida, n. 12.

José de Carmelitas descalzas de Medina del Campo (Convento de san)(57). Dijo Cristo a la santa que su fundación había sido milagrosa: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 11.

José de Carmelitas descalzas de Toledo (Convento de san). Aconsejando a la santa que no diese el enterramiento en este convento a persona que no fuese caballero, la dijo el Señor: ¿Por ventura serán los grandes del mundo, grandes delante de mí? ¿O habéis de ser yo vosotras estimadas por linajes, o por virtudes? En los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 17.

José de Malagón (Convento de san). En este convento recibió la santa el gran favor que la comunicó su Majestad cuando se la apareció Cristo con una corona de gran resplandor, en lugar de la de espinas, y la dijo su Majestad, que las casas que fundase en lugares pequeños, fuesen como esta de Malagón: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 11. En las grandezas, y milagros que practicó el Señor en la fundación de este convento, dice la santa dio a entender su Majestad lo mucho que se le había de servir en esta casa: C. cap. 1, n. 1. En san José de Ávila, ni en los demás conventos de la reforma las cosas que se han de pedir a Dios no son propiamente bienes temporales: Íbid. n. 2.

José (san) nuestro padre(58). Tomó la santa por abogado a este santo patriarca, y habla largamente en sus alabanzas, y prerrogativas: V. cap. 6, n. 3. Atribuye la santa al señor san José la fortuna de haber logrado el tratar ella a san Pedro de Alcántara: V. cap. 30, n. 5. Le dio el Señor virtud para patrocinar en todas las cosas. Jamás le pidió la santa cosa que no la viese cumplida: V. cap. 6, n. 3. No se puede pensar en Cristo, y su Madre sin acordarse de san José en los tiempos que vivió con ellos: Íbid. Personas de oración deben ser muy devotas de este santo tomándole por nuestro: Íbid. Ofrece a la santa que no la faltarán dineros para pagar los oficiales que trabajaban en la fundación de su primer convento, y la provee de ellos milagrosamente: V. cap. 33, n. 9. Dijo Cristo a la santa, que su primer convento se llamase san José, y que este santo las guardaría a la una puerta, y la Virgen a la otra: V. cap. 32, n. 6. Apareciose con María Santísima a la santa, y la vistieron una ropa muy blanca: V. cap.

33, n. 9. Aunque tengas muchos santos por abogados, ten particularmente devoción con san José, que alcanza mucho de Dios: A. 64.

Juan de la Cruz (Nuestro padre san). Estando para dar comunión a la santa partió la forma para darla también a otra religiosa, y entendió la santa lo hacía por mortificarla, por cuanto gustaba fe formas grandes; y Cristo la dijo entonces: No hayas miedo, hija, que nadie sea parte para quitarte de mí: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 17.

Juan de Ovalle, cuñado de la santa. Diole Dios un mal, porque convenía así para que la santa pudiese salir a asistirle, y con este pretexto atender a que se formalizase el convento, y estuvo malo solo los días, que se necesitaron para este fin: V. cap. 36, n. 2.

Judas. Dice la santa, que cuando el demonio la tentaba para que no se llegase a Dios por medio de volver a la oración mental, que la parece que esto era el principio de la tentación que puso a Judas: V. cap 19, n. 6.

Juicio, o sentencia. Algunas veces la parecía a la santa que se veía en el juicio de Dios: V. cap. 26, n. 2. Comparece la santa en juicio delante de su provincial, donde la hacen muchos cargos por la fundación de su primer convento: V. cap. 36, n. 6. No hemos de juzgar a los otros en sus trabajos, aunque sean pequeños, por la fortaleza, que en aquella línea podrá suceder nos haya dado Dios, sino por el tiempo en que estábamos flacos: C. cap. 7, n. 5. El alma que en esta vida ha amado a Dios sobre todas las cosas, camina a la otra vida muy consolada, por saber que la ha de juzgar el juez, a quien ella ha tenido mucho amor: V. cap. 40, n. 6.

Juventud(59). En esta edad hace mucho perjuicio el tratar con personas que no son virtuosas: V. cap. 2, n. 1.

Lágrimas. Algunas veces se enojaba la santa con las que tenía, porque no acababan de enmendarla sus defectos: V. cap. 6, n. 2. Aunque desconfiaba la santa de sus lágrimas por considerarlas mujeriles, dice que la aprovecharon mucho: V. cap. 9, n. 8. Dice la que santa, que algunas veces las sacan las almas como por fuerza, y que otras veces las da el Señor, sin que las puedan resistir; y vale más una lágrima de estas últimas, que todos los tesoros del mundo, por ser testimonio de que tenemos a Dios contento, y de que nos quiere para su casa: V. cap. 10, n. 3. Véanse las palabras: Contrición, y Arrepentimiento.

Letras, y letrados. Es mejor no tener letras, que el tener pocas: los medio letrados causaron algunos yerros en la santa, hasta que un padre dominico la sacó de ellos. Los grandes letrados nunca la engañaron: V. cap. 5, n. 2. Son muy precisas las letras para saber explicar las cosas de oración: V. cap. 14, n. 4. En la oración de quietud sirve poco el uso de las letras. Los muy doctos, en estas ocasiones solo han de estudiar en hacer actos de humildad, para otras ocasiones sirven más las letras, que todos los tesoros de este mundo: V. cap. 15, n. 5, y 6. En la ciencia del espíritu suele hacer el Señor más sabia a una viejecita, que a los letrados del mundo: V. cap. 34, n. 7. Persuade la santa a sus hijas hagan oraciones por los doctos, que defienden a la Iglesia contra los herejes: C. cap. 1, y en el cap. 3, por todo él. Son gran cosa letras para dar luz. Trata largamente la santa de lo importante que es las tengan los confesores de sus monjas: C. cap. 5, por todo él. Véanse las palabras: Doctores, Doctrina, Sabios, Libros.

Leyes, Constituciones, y Reglas(60). El primer impulso que tuvo la santa para entregarse del todo a Dios después que vio el infierno, y otros muchos secretos, fue el dedicarse totalmente a la observancia de sus leyes, y obligaciones de su estado: V. cap. 32, n. 5. Dice la santa, que parece que finge el Señor trabajo en su santa ley, porque en la realidad no le hay para el que le ama: V. cap. 35, n. 9. Todas las leyes, y santas costumbres que plantó la santa en su primer convento, no obstante ser estrechas, dice que son fáciles de observar, y amenaza con el gran cargo que se hará a la que fuere causa de su relajación: V. cal. 36, n. 15. Las leyes del mundo desatinan al que las sigue: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, y 18. El fin de la santa fue, que se guardase en sus monasterios la regla primitiva de nuestra Señora del Carmen, con el rigor, o perfección que comenzó la Orden: C. cap. 3, n. 3. El mejor medio para que Dios conceda nuestras peticiones a los Carmelitas descalzos es el guardar la regla, y nuestras leyes: encarga esto mucho la santa, y dice, que en esto no nos pide cosa nueva, sino aquello a que estamos obligados por nuestra profesión: C. cap. 4, n. 1. Haciendo lo que manda la regla de los Carmelitas, que es orar sin cesar, se cumplirán los ayunos, disciplinas, y silencio, que manda la Orden: Íbid. n. 2. Es yerro en los Carmelitas descalzos, dice la santa, buscar otro camino para la observancia, y progreso de la religión, que aquel que descubrieron, y siguieron nuestros antiguos padres: Íbid. n. 3. Todo nuestro bien consiste en tener verdadera luz para saber cómo se ha de guardar la ley de Dios: C. cap. 5, n. 2. Las ordenanzas, y regla de su religión, léalas muchas veces, y guárdelas de veras: A. 34. Véanse las palabras: Observancia, y Religión.

Liberalidad. Nunca se cansa el Señor de dar, y hacernos mercedes: V. cap. 19, n. 8. En el camino de la oración se ha de andar con libertad santa, puesta el alma en las manos de Dios, para que haga de ella lo que gustare: V. cap. 22, n. 7. La voluntad del Señor no es darnos en esta vida riquezas, y regalos, sino trabajos, como a su divino hijo: C. cap. 32, n. 5. Somos tan francos de presto para con Dios, y después tan escasos, que en parte valiera más que nos hubiéramos detenido en darle, u ofrecerle, lo que luego le volvemos a quitar: Íbid. n. 6. No podemos dar nada a Dios si su Majestad no nos lo da primero, y esta es nuestra mayor riqueza: Íbid. n. 8. El que viere en sí gran temor de Dios, ande con libertad santa, y no con apreturas escrupulosas que inhabilitan al alma, para no hacer provecho a otros: C. capítulo 41, n. 5, y 6.

Libertad. Es la pérdida que más siente el natural humano: V. cap. 9, n. 7. Es verdadera libertad el tener por cautiverio el vivir, y tratar conforme a las leyes del mundo: V. cap. 16, n. 5. Refiere la santa algunas tentaciones que padeció, que la impedían la libertad santa: V. cap. 31, n. 4, y siguientes.

Libros. Sirve mucho en la juventud para la adquisición de las virtudes, la lección de libros espirituales. Leyendo las vidas de los mártires se excitó la santa para ser mártir: V. cap. 1, n. 1, y 2. Los libros de caballerías hicieron mucho perjuicio a la santa: V. cap. 2, n. 1. Los libros espirituales despertaron a la santa para enmendar su vida, y ser religiosa: V. cap. 3, n. 2, y 3. Por el libro intitulado Tercer Abecedario aprendía la santa a tener oración, y la servía de maestro. Sin libro no se atrevía a ir a la oración: V. cap. 4, n. 2, y 4. El mismo

Cristo fue el libro en que aprendió la santa: V. cap. 26, N. 5. En los tiempos de mucha sequedad no aprovechan los libros, ni el alma entiende lo que lee: V. cap. 30, n. 8. Como la santa leía en los libros cosas altas que la pasaban a ella, la parecía poca humildad juzgar que las tenía como otros santos; y san Pedro de Alcántara la quitó esta tentación: Íbid. n. 12. A la santa la recogían más las palabras del Evangelio, que todas las de otros libros, y no gustaba de leer éstos si el autor no era muy aprobado: Cap. 21, n. 1. La oración del Padre nuestro es un libro donde se puede estudiar toda la contemplación, y perfección cristiana: C. cap. 37, n. 1. Véanse las palabras Escritos, y Doctrina.

Limosna. No se ha de solicitar con artificios, ni con ansia de contentar a los del mundo por adquirirla; contentando a Dios, su Majestad proveerá: C. cap. 2, n. 1. Es vicioso el demasiado conato en la adquisición de la limosna; debe fiarse de Dios, que es quien mueve el corazón de quien la puede dar: Íbid. Cuando hay demasiado cuidado, y ansia de que den, muchas veces se pide sin necesidad: Íbid. n. 2.

Lisonja. El pobre no ha de solicitar su remedio con artificios, y lisonjeando a los del mundo: C. cap. 12, n. 1. La santa decía, que qué se la daba a ella de los reyes, y señores, si no quería sus rentas, y honras, ni tenerlos contentos, si en esto se atravesaba el descontentar a Dios: Íbid. n. 3.

Locos, y locura. Desea la santa que estén todos locos de amor de Dios: V. cap. 16, n. 4.

Luisa de la Cerda (Doña). Fue esta gran señora muy apasionada de la santa, y hallándose muy afligida por la muerte de su marido, consiguió de los prelados pasase la santa a consolarla: V. cap. 34, n. 1. Era esta señora muy temerosa de Dios, consolose mucho con la santa; cobrola grande amor, y la santa a ella: Íbid. n. 2.

Madres. Deben enseñar la devoción con María Santísima, y otros santos a sus hijos si quieren que sean virtuosos: V. cap. 1, n. 1. Cualquiera defecto que manifiesten en sus modales, le imitan los hijos: V. cap. 2, n. 1.

Maestro espiritual. Es gran trabajo para un alma el verse sola sin director que la gobierne: V. cap. 12, n. 4. Cristo fue el maestro de la santa: V. cap. 12, n. 4. Consúltense las determinaciones animosas con el maestro espiritual, y procúrese sea éste de espíritu esforzado, y no tan cobarde, que solo dé alientos a las almas para cazar lagartijas: V. cap. 13, n. 2. Sea experimentado, que si no errará mucho: Íbid. n. 11. El maestro que no sabe más que un camino, no sabrá gobernar a muchos: V. cap. 22, n. 11. Se necesita gran cordura, viveza y discreción para conocer las almas, y no recargarlas el maestro con más estrecheces y aprietos, que los proporcionados a sus fuerzas: V. cap. 23, n. 3, y 4. Ándese con gran tiento para decir a las almas que es malo el espíritu que llevan, y que las engaña el demonio, especialmente si son mujeres. Íbid. n. 6. Al maestro espiritual nada se ha de callar porque de lo contrario podrá el demonio engañar al alma: V. cap. 25, n. 8. Véase en la V. cap. 26, n. 3. Con los que trataba la santa las cosas de su alma, les declaraba hasta los primeros movimientos, y argüía, y ponía razones contra ella misma, para que mejor se enterasen de su espíritu: V. cap. 30, n. 2. Debieran todas las personas de oración tomar por maestro a san José, para no errar el

camino: V. cap. 6, n. 3. Yerran mucho en querer conocer los espíritus, sin tener espíritu; no obstante aunque le falte a alguno, si tiene buenas letras, podrá gobernar las almas por lo exterior, y interior que va conforme a vía natural, y en lo sobrenatural en cuanto se advierta que va conforme a la Escritura. En lo demás que no entiende, no se meta: V. cap. 34, n. 6. No se espante, ni le parezcan cosas imposibles las maravillas que Dios obra en algunas almas, sino procure esforzar la fe, y humillarse viendo las grandezas de Dios, y no errará: Íbid. n. 7. Todo el bien que el alma puede lograr en esta vida, consiste en tener un maestro bueno, sabio, y temeroso, que previene los peligros: C. cap. 37, n. 4. Véase la palabra: Confesores.

Majestad. Pondera la santa la gran majestad que trae consigo la presencia de Cristo, y el asombro, y veneración que infunde en el alma: V. cap. 28, n. 8, y en el cap. 38, D. 13. Véase la palabra: Grandezas de Dios.

María de Jesús (Venerable) beata del Carmen. Apareciósele nuestra Señora, y la mandó fundar un convento de la Orden. Fue a pie a Roma por los despachos, y fue persona de mucha penitencia, y virtud: V. cap. 35, n. 1. Trata con la santa, y la da noticia cómo nuestra regla, antes que se relajase, mandaba que no se tuviese propios, o haciendas, y se determina la santa a fundar sin ellos su primer convento: Íbid. Hizo en Alcalá un convento muy ejemplar de Carmelitas: V. cap. 36, n. 14.

María Magdalena (santa)(61). Era la santa muy devota de la Magdalena, y pensaba muchas veces en su conversión cuando comulgaba, y la ponía por intercesora para que el Señor la perdonase: V. cap. 9, n. 2. El amor de Dios la obligaba a aborrecer la vida: V. cap. 21, n. 3. Al primer día de su conversión empieza a dar señales de que estalla enferma de amor de Dios: C. cap. 40, n. 3.

María Santísima. Admite por hija a la santa cuando a ésta se la murió su madre: V. cap. 1, n. 3. Es el asilo que buscan las almas después que se levantan del pecado, para que las alcance misericordia del Señor, y virtud para perseverar: V. cap. 19, n. 3.

Martín (san). A san Martín obedecieron el fuego, y las aguas: C. cap. 19, n. 5.

Mayorías(62). Dice la santa que se la hiel a la sangre pensando el que pueda haber entre sus hijos deseos de ser más, y puntillos de honras: C. cap. 7, n. 7. Se debe tener sumo cuidado en los movimientos interiores, si caminan a mayorías. No se debe parar el religioso en su antigüedad, ni en otros derechos, para pensar que no te tratan tan bien como a los demás: C. cap. 12, n. 3. Cuando el religioso, o religiosa se viere tentado con deseos de mayorías, descubra al prelado su tentación, y pida algún oficio bajo, y con esto vencerá al demonio: Íbid. n. 6. Véanse las palabras: Estimación, Honra, y Agravios.

Médico. Regularmente se pone de parte de la flaqueza del religioso, cuando éste por huir de la observancia se quiere curar con demasía: C. cap. 10, n. 6.

Meditación. La santa meditaba en Cristo representándole dentro de sí misma, y dice se hallaba mejor en los pasos donde le consideraba más solo, especialmente en la oración del huerto. Siempre que se acostaba, antes de dormir, meditaba en este paso, y dice la aprovechó mucho: V. cap. 9, n. 3.

Los que no tienen expedito el entendimiento para meditar, y sacan muchos discursos, si son constantes, y llegan a aprovechar, adelantan mucho, por cuanto se ejercitan más en el amor, pero caminan con gran trabajo: V. cap. 9, n. 4. Véase a este asunto en la V. cap. 6, n. 2. La meditación es el principio para alcanzar todas las virtudes, y ningún cristiano, por perdido que sea, ha de dejar de solicitar tenerla: C. cap. 16, n. 2. Algunas veces meditando en las cosas del mundo, para despreciarlas, nos solemos meter en las que amamos: en todo es menester cuidado para defendernos del demonio: C. cap. 19, n. 8. Véanse las palabras: Oración, y Contemplación.

Memoria(63). Inquieta bastante esta potencia, cuando el alma, la voluntad, y el entendimiento están unidas con Dios. Enfadábase con ella la santa, y no halló más remedio, que no hacer caso de ella: V. cap. 17, n. 5. Cristo dijo a la santa, que tuviese en la memoria las palabras que dijo su Majestad a los Apóstoles, de que no había de ser más el siervo, que el señor: en los papeles de la santa, que están después de la Vida, n. 1.

Mercedes de Dios. Es una merced el dar el Señor la merced, otra en tender mercedes, y qué gracia, y es otra el saber decirla, y el saber explicar cómo es: V. cap. 17, n. 4. Espantan a los que tienen ofuscado el entendimiento en cosas de la tierra, las mercedes que hace el Señor a sus criaturas: V. cap. 18, n. 2. Pedía la santa al Señor pusiese tasa en las mercedes que la hacía, y se desposeía de ellas, porque su Majestad las colocase, en otras que pudiesen mejor que ella aprovechar a otras almas: Íbid. A las almas de muy robusta virtud suele el Señor no hacerlas grandes mercedes en esta vida de gustos espirituales, reservándoselas para la otra: V. cap. 19, n. 3. Aunque sean las mercedes de Dios, hace el demonio cuanto puede para valerse de ellas, excitar con falsa confianza a las almas, para que se metan en ocasiones de ofender a su Majestad: Íbid. n. 7. Las mercedes que el Señor nos hizo después que faltamos, ayudan para perdonarnos su Majestad, como a gente que ya era de su casa: Íbid. n. 8. Cuando el Señor manifiesta querer hacer al alma algunas mercedes grandes, como arrobamientos, etc. y ella lo resiste con humildad, aunque su Majestad las suspenda, dejan los mismos efectos, que cuando las hace: V. cap. 20, n. 5. La santa se desapoderaba de las mercedes que el Señor la hacía, porque su Majestad las pusiese en los reyes: V. cap. 21, n. 1. No hace el Señor señaladas mercedes a las almas, sino en los tiempos que están deshechas en humildad: V. cap. 22, n. 7. Cuanto más resistía la santa a la comunicación interna sobrenatural, por obedecer al confesor, tanto más la alimentaba el Señor las mercedes, y recibos espirituales: V. cap. 24, n. 1. Una de las grandes mercedes que Dios hizo a la santa, dice ella que fue el darla ánimo para no temer al demonio: V. cap. 26, n. 4. Algunas mercedes de las que hace Dios a las almas, por la misma grandeza suya, traen la sospecha para quien las recibe, de que no serán ciertas, por no merecerlas el sujeto, y es menester mucha fe para creerlas: V. cap. 27, n. 6. En las mercedes de Dios no ha de intentar el alma conocer, ni recibir más de aquello que su Majestad la diese, porque es falta de humildad: V. cap. 29, n. 1, y 2. Todas las mercedes que el Señor hizo a la santa, se la solían olvidar en los tiempos de tribulación, y si se la acordaban, era para dudar de ellas, y recelar que engañaba a los que se las había comunicado: V. cap. 30, n. 6. Estando muy fatigada, y sintiendo

que se publicasen las mercedes que Dios la hacía, la dijo su Majestad, que en esto no podía haber sino dos cosas, o que murmurasen de ella, o alabasen al Señor: V. cap. 31, n. 5. Tiene mil ojos el mundo para fiscalizar a las almas a quienes Dios franquea sus mercedes. Bien se pueden éstas preparar para ser mártires del mundo: V. cap. 31, n. 6. Una de las mayores mercedes que Dios hizo a la santa fue el ponerla en espíritu en el infierno, por los grandes efectos que sacó de ella: V. cap. 32, n. 2. La noticia de las mercedes que Dios hace a sus siervos, sirve para que las almas se exciten a servirle: V. cap. 33, n. 1. Vio una paloma sobre su cabeza, que era el Espíritu Santo, y a esta misma, en otra ocasión, sobre la cabeza de un padre dominico: Íbid. n. 6, 7, y 8. Vio la santa en un arrobamiento a la humanidad de Cristo en los pechos del Padre y se halló presente a la Divinidad: Íbid. n. 12. Fue ésta la mayor de las mercedes que recibió la santa, y refiere los efectos que deja: Íbid. n. 13. En un arrobamiento, que la duró dos horas, vio la santa que se abrían los cielos, y vio un trono, sostenido de unos animales, que la parecían figura de los Evangelistas, donde asistía la Divinidad, a cuya vista la parecía un hormiguero todo lo de la tierra: Íbid. n. 15. Aunque sintió mucho la santa que se publicasen las mercedes que Dios la hacía, después llegó a tal desasimiento de todo, que no se la daba nada de esto: V. cap. 40, n. 16. Dijo Cristo a la santa, que no podía haber regla cierta en las mercedes que hace su Majestad a las almas, porque unas veces convienen de una manera y otras de otra: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida: n. 8. Aparecióse Cristo a la santa, y la tomó las manos, y las llegaba a su costado, diciéndola: «Mira mis llagas»: Íbid. n. 9. Quejábase la santa con Cristo, diciéndole, que pues la había de hacer tan grandes mercedes, que por qué la había dejado de su mano para ser tan ruin: Íbid. n. 12. Dio Cristo la mano a la santa mostrándola un clavo en señal de que la recibía por esposa, y la fiaba su honra, y la santa le dijo: O que ensanchase su bajeza, o no la hiciese tanta merced: Íbid. n. 17. Aunque la merced pase presto, deja en el alma las ganancias: Íbid. n. 10. Véanse las palabras: Beneficios, y favores de Dios, Oración, Arrobamientos, Visiones, y Hablas interiores.

Mérito. No se ha de contentar el alma con pequeña virtud; ha de esforzar los deseos para aspirar a la más heroica: V. cap. 10, n. 4. Aunque no fuera por más motivo que el librarse de las penas del infierno no debe el hombre omitir obra santa de todas aquellas que están en su posibilidad: V. cap. 32, n. 4. Será gran consuelo, y gozo accidental, el que tendrá en el cielo aquel que en esta vida no dejó cosa que hacer por Dios, en cuanto estuvo de su parte: V. cap. 27, n. 9. Cuanto mayores son nuestros méritos, somos más deudores al Señor, porque nos los dio su Majestad, y así no nos hemos de juzgar dignos de mayor regalo, por los muchos años en que hemos servido a Dios: V. cap. 39, n. 11. Puede tenerse más mérito en la vida activa, que en la contemplativa: C. cap. 17, por todo él. Véase la palabra: Premio.

Miguel Arcángel (san). Fue muy devota suya la santa, y le pedía muchas veces la librase de que el demonio no la engañase: V. cap. 26, n.

1.

Miseria humana. Muchas miserias padece el hombre, que le parecen son culpables, y a veces no lo son delante de Dios, por cuanto provienen de

indisposición corporal, y otras flaquezas naturales: V. cap. 11, n. 9. Conócese nuestra miseria cuando Dios se retira de nosotros. Tiene su Majestad lástima de los que viven en este miserable mundo: V. cap. 39, n. 14. Véase la palabra: Vida humana.

Misericordia. Resplandece mucho el excesivo amor que el Señor nos tiene, en la misericordia con que nos perdona cuando nos volvemos a su Majestad: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 12.

Monasterio de religiosos, y religiosas. Hizo algún perjuicio a la santa el no vivir en monasterio encerrado, y dice, que monasterio de mujeres con libertad, es paso para caminar al infierno. Aconseja a los padres no entren en ellos a sus hijas, y da gran doctrina a este propósito: V. cap. 7, n. 2. En algunos monasterios está muy borrada la labor de sus patriarcas, y padres antiguos: *Íbid.* Véase la palabra: Religión.

Mortificación. Hacía poca la santa, hasta que un padre de la Compañía la impuso en la práctica de esta virtud: V. cap. 23, n. 8. La falta que tuvo la santa en sus primeros años de mortificación, fue la causa por qué el Señor la dio tantas enfermedades: V. cap. 24, n. 1. Refiere la santa la heroica mortificación de san Pedro de Alcántara: V. cap. 27, n. 10. Cuando el amor de Dios es grande, le desea el alma para desahogo, y la sirve de alivio el derramar sangre: V. cap. 29, n. 10. Aparecióse glorioso san Pedro de Alcántara a la santa, y la dijo, que dichosa penitencia había sido la que había hecho, pues tanto premio había alcanzado: V. cap. 36, n. 12. Pensando la santa que era ninguna su penitencia, respecto de la que hacía otra persona, y que sería mejor hacer más, aunque se lo impedían sus confesores, la dijo Cristo: «Eso no, hija: ¿ves toda la penitencia que haces? en más tengo yo tu obediencia»: en los papeles a santa que están al fin de la Vida, n. 15. Cuando las penitencias, y oraciones de los Carmelitas descalzos no van dirigidas al fin de que asista el Señor a los preladados de la Iglesia, y aumento de la fe, no cumplen con su instituto: C. capítulo 3, n. 5. Andan juntas, y son hermanas la mortificación, y la humildad. Son señoras estas dos virtudes de todo lo criado, y el que las tuviere puede salir a pelear con todo el mundo: C. cap. 10, n. 3. El principal cuidado del espiritual, ha de ser el perder el amor al cuerpo: úsase mucha discreción en esta materia: *Íbid.* n. 4. Es grande la guerra que dan especialmente a monjas, el amor de la salud, y regalo del cuerpo: *Íbid.* Algunas personas hacen mortificaciones indiscretas, y luego no hacen ninguna, ni observan las cosas pequeñas a que están obligadas: *Íbid.* n. 5. En abrazando de veras la mortificación, y saliendo de la tierra de Egipto, que es el amor propio, todas las cosas se hacen dulces, y en las más ásperas se encuentra el maná: *Íbid.* n. 4. En la mortificación interior consiste el que la exterior sea bien ordenada, y más meritoria: C. cap. 12, n. 1. Adquiérese a mortificación interior caminando poco a poco, quebrantando la voluntad, y apetito en las cosas más menudas, y todo se logra en perdiendo el cuidado de nosotros mismos, sin detenernos en dar la vida por nuestro Señor: *Íbid.* n. 2. En las virtudes interiores, que no quitan la salud, quiere la santa que se ponga más estudio, que en penitencias demasiadas: C. cap. 15, n. 2. Cuando ve el demonio a las almas encendidas en el amor de Dios, las excita a penitencias indiscretas, para que mueran, y no le hagan perjuicio; ándese con discreción, y cuidado en

esto: C. cap. 19, n. 9. La tierra que no es labrada, llevará espinas, y abrojos: A. 1. Jamás deje de mortificarse hasta la muerte en todas las cosas: A. 50. Véanse las palabras: Cruz, y Trabajos.

Muerte. Si no estuviésemos asidos a las cosas de la vida, no temeríamos tanto la muerte: V. cap. 21, n. 3. La desean con gran ansia muchas almas amorosas por verse con Dios: V. cap. 29, n. 11. Véase en la Vida, cap. 30, n. 11. Tuvo noticia de que su hermana había de morir de repente, como sucedió: V. cap. 34, n. 10. Después que el Señor mostró a la santa las grandezas de la gloria, perdió el miedo a la muerte. Los que de veras aman a Dios mueren con más suavidad, y menos dolores: V. cap. 38, n. 4. A los que viven en el mundo reputaba la santa por muertos, y solos vivos a los que moran en el cielo: Íbid. n. 5. La santa deseaba el morir, si la faltaban trabajos: V. capítulo 40, n. 15. Acuérdate que has de morir sola una vez, y darás de mano a muchas cosas: A. 67.

Mujeres. Las que pierden la vergüenza a Dios, no habrá deformidad que no ejecuten. Gustan los hombres más de las mujeres virtuosas, que de las deshonestas: V. cap. 5, n. 2. Considerando la santa que era mujer, dice que se le calan las alas del corazón para ponerse a escribir sus obras: V. cap. 10, n. 5. El levantar el espíritu a cosas sobrenaturales sin que Dios le levante, es muy arriesgado, especialmente en mujeres, porque dan puerta al demonio para que las engañe: V. cap. 12, n. 5. Cuando una mujer está muy asistida de Dios, y en fuerza del espíritu publica las grandezas de su Majestad, y reprende lo malo, cargan sobre ella muchas persecuciones, juzgándola por poco humilde, y que quiere enseñar: V. cap. 20, n. 17. Tienen gran necesidad de maestro espiritual experimentado, y cumplen con buscarle, porque si no le encuentran, el Señor será su maestro: V. capítulo 40, n. 6. Suele el Señor hacerlas más mercedes que a los hombres, según lo experimentó la santa, y se lo dijo así san Pedro de Alcántara, dándole muchas razones en favor de las mujeres: Íbid. Por pequeñas que sean las imperfecciones dañan mucho a la flaqueza de las mujeres: en el prólogo al Camino de Perfección. Cristo favoreció, y miró con mucha piedad a las mujeres cuando andaba en el mundo: C. cap. 3, n. 4. Son muy dadas las mujeres a las ternuras, y palabras amorosas, aborrecíalas la santa: C. cap. 7, n. 7. Las casadas pasan grandes trabajos; muchas veces por no desazonar a los maridos, no se atreven a quejar en sus enfermedades: C. cap. 11, n. 2. Las mujeres han de ser predicadoras de obras, ya que san Pablo las quita lo sean de palabras: C. cap. 15, n. 4. La casada se ha de acomodar al humor que viese en el semblante del marido para tenerle contento: de esta sujeción libró Dios a las religiosas: C. capítulo 26, n. 1.

Mundo. Dios y el mundo no son compatibles, y las almas que quieren unir estos dos extremos en su afecto, viven con gran penalidad, como sucedió a la santa algunos años: V. cap. 8, n. 1. Véase en la V. cap. 8, n. 1. En el mundo no puede haber gusto, ni consuelo verdadero, y cumplido: los que el Señor suele dar en la oración, vale más un momento de ellos, que todas las riquezas de la tierra: V. cap. 14, n. 3. Todo el mundo andaría concertado si faltasen en él los intereses de la honra, y el dinero: V. cap. 20, n. 19. El mundo va ganando honra, porque hay pocos que le conocen: V. cap. 27, n. 9. Están muy olvidadas en el mundo las cosas de perfección: Íbid. El mundo es verdugo de los que se dedican a servir a

Dios, no permite faltas en los buenos, de mil leguas se las conoce, y en un día le parece que ha de hacer el que empieza, lo que hicieron los santos: V. cap. 31, n. 6, y 7. El Señor dijo a la santa, ¿qué sería del mundo si no fuese, por los religiosos? V. cap. 32, n. 6. Martiriza con sus cumplimientos, y puntos a las lamas que tratan de Dios; es corta la vida para aprenderlos: V. cap. 37, n. 5, y 6. Manifestó Dios a la santa en una ocasión el retrato de la batería, y guerra, que hace el mundo a las almas espirituales: V. cap. 39, n. 12. Anda desatinado el que sigue las leyes, y estimaciones del mundo: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 18. El mundo da el castigo al fin de la vida a todos los que le amaron en el sentimiento, que deshace a la voluntad, por haberse empleado en su amor: C. cap. 41, n. 1. No hace mucho quien deja al mundo; pues si en él se tiene tan poca ley a Dios, menos se practicará con las criaturas: C. cap. 1, n. 2. Es muy usado en el mundo dejar los hombres al que conocen que no los pueden ayudar por ser pobre: C. cap. 9, n. 3. En entrando Dios en el alma, echa fuera todas las cosas del mundo: C. cap. 31, n. 11. Véanse las palabras: Señorío, Seglares, Cumplimientos mundanos, Política, Reyes, y Palacio.

Murmuración. Jamás tuvo este vicio la santa. Hablaba bien del prójimo, y se vino a entender, que donde ella estaba, tenían todos guardadas las espaldas: V. cap. 6, n. 22. Disculpaba la santa delante de Dios muy de veras a las personas que murmuraban de ella: V. cap. 19, n. 3. Quiere Dios que aun las cosas buenas se suspendan algunas veces por quitar materia de murmuración a los maliciosos: en los papeles de la santa, que están después de la Vida, n. 5. No murmuren los de la vida activa de los contemplativos: C. cap. 17, n. 4. Si se le dice a un murmurador, que es voluntad de Dios, que quiera para su prójimo lo mismo que para sí, no lo puede llevar en paciencia: C. cap. 33, n. 1. Jamás digas, ni oigas mal, sino de ti mismo, y cuando te alegres de esto vas aprovechando bien. A.

22.

Natural. El genio del hombre camina antes hacia el mal, que hacia el bien: V. cap. n. 1, y 2. Nuestro natural es tan hambriento de cosas sabrosas, que se entremete en las espirituales, para probarlas, y se queda frío: V. cap. 15, n. 3.

Negocio, y dependencias. Estando la santa escrupulosa porque andaba en dependencias, la dijo el Señor, que no podía excusarlo, que mirase a su Majestad, y llevase recta intención, y lo haría bien: en los papeles de la santa, que están después de la Vida, n. 4.

Nobleza. La del mundo es nada delante de los ojos de Dios. Las hijas de la santa no han de ser estimadas por nobleza, sino por virtudes: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 18. En las religiones no se ha de tratar de quién tiene padres más nobles: C. cap. 27, n. 1. En el colegio de Cristo san Pedro tenía el primer lugar, siendo un pescador, no san Bartolomé, que era de sangre real: Íbid. El disputar sobre quién es más noble, es lo mismo que debatir sobre si una tierra es mejor para adobes, que para tapias: Íbid. Toda nuestra nobleza consiste en ser hijos de Dios: Íbid. Los contemplativos, o muy espirituales, no hacen caso de su nobleza: C. cap. 36, n. 7. Nunca hemos de decir cosa en loor de nuestro linaje: A. 12. Véase la palabra: San José de Toledo.

Novicios, y Noviciado. La persona que experimentare antes de

profesar, que no tiene fuerzas para observar las estrecheces de la religión, váyase a otra menos austera: C. cap. 8, n. 2, y en el cap. 13, n. 3. El novicio que le pareciere le ejercitan sin razón, vuélvase al mundo, que no es para religión: C. cap. 13, n. 1. Las novicias que descubren genio de querer ser estimadas, y poco humildes, reparadoras de faltas ajenas, y que no acaban de conocer las suyas, no son para los conventos de la santa: Íbid. n. 3. Éstas harán gran servicio a Dios en volverse a sus casas, y a lo menos se las deberá detener la profesión mucho tiempo, hasta experimentar su enmienda: Íbid. Por no volver el dote en convento de monjas, y por el respeto de los parientes de las novicias, se quedan con ellas, no siendo para la religión: Íbid. n. 4. En diez años dice la santa que quisiera no se fuese la profesión a las novicias, por no aventurarlas a un infierno en esta vida, y la otra, hasta experimentar si son a propósito para la religión: Íbid. Aunque el novicio no se pueda desasir de todo en lo interior en breve tiempo, en lo exterior lo ha de ser presto: Íbid. n. 5. Examínese el fin con que los novicios, y novicias vienen a la religión, que si es solo por remediarse, no saldrán buenos: C. cap. 14, por todo él. Si no tienen buen entendimiento, no son a propósito para hijos de la santa. Se ha de mirar con gran madurez el admitirlos a la profesión: Íbid. Hágase entender a los novicios a lo mucho que se ofrecen en la profesión, que es sujetarse a la voluntad de otro; y esto sea, que lo sepa por experiencia de las obras, y no sólo por palabras, porque no se llame a engaño: C. cap. 32, n. 4. Véanse las palabras: Religión, y Vocación.

Obediencia. Todo lo puede esta virtud: V. cap. 18, n. 4. Escribió su vida la santa por la obediencia: V. cap. 10, n. 5. Obedecía la santa con facilidad a su confesor, porque le miraba en lugar de Dios: V. cap. 24, n. 1. Dijo Cristo a la santa, que no se daba obediencia sin estar el alma determinada a padecer: cap. 26, n. 3. Si el Señor mandaba alguna cosa a la santa en la oración, y el confesor la decía, y ordenaba lo contrario, la volvía su Majestad a mandar que obedeciese al confesor: Íbid. n. 5. No apartándose el alma de lo que la ordena su director, aunque el demonio la finja muchas visiones, y revelaciones, no la harán daño: V. cap. 28, n. 12. La gran obediencia de la santa se manifestó en aquellas higas que daba a nuestro Señor por obedecer a su confesor, teniendo en su ánimo por muy fijo, que era su Majestad, y no el demonio, quien la asistía en sus visiones: V. cap. 29, n. 4, y 5. Por no faltar a la obediencia, no quería la santa intervenir en diligencia perteneciente a la fundación del primero de sus conventos, después que la mandaron cesase en ella: V. cap. 33, n. 3. En esta virtud fundaba la santa su seguridad: V. cap. 34, n. 2. La virtud de la obediencia, y mortificación, es juro perpetuo, moneda que corre, renta que no falta, como los gustos espirituales que son censos al quitar: C. cap. 18, n. 3. Aun las personas seculares deben tener confesor a quien obedecer, si quieren aprovechar: Íbid. Está siempre dispuesto al cumplimiento de la obediencia, como si te lo mandase Cristo en tu prelado: A. 26. Cuando un superior manda una cosa, no diga que lo contrario manda otro, si no piensa que todos tienen santos fines; obedece a lo que te mandan: A. 45. Lo que te dicen los de casa hazlo siempre, si no es contra la obediencia, y responde con blandura: A. 48.

Obispo. Pidió una persona a la santa rogase a Dios la diese a

entender si convendría tomar un obispado; y la dijo su Majestad, que cuando él entendiese, que el verdadero señorío es no poseer nada, que entonces le podría tomar: V. cap. 40, n. 11.

Obras. Dice la santa, que la parece que ama a Dios; pero que la descontentan las obras: V. cap. 30, n. 12. Dice, que como es para nada, y el amor la excitaba a obrar, que algunas veces, conociendo que no era para más, se ejercitaba en poner flores, y ramitos a imágenes, en barrer, y otras cositas tan bajas: Íbid. n. 13. Cualquiera obra que hagas, dirígela a Dios, y pídele sea para su honra, y gloria: A: 23. Jamás hagas cosa, que no puedas hacer delante de todos: A. 42.

Observancia. El primer impulso que tuvo la santa después que vio el infierno, y recibió otras grandes mercedes de Dios, fue el hacer propósito de servir a su Majestad en un todo, y para esto el primer paso le encaminó a la observancia de sus leyes, y obligaciones de su estado: V. cap. 32, n. 5. Pide la santa a su confesor, que no rasgue la relación que le remite de las especiales providencias, que usó el Señor en la fundación de su primer convento, para que con su noticia se esfuercen las monjas, en todas las edades, al cumplimiento de su observancia: V. cap. 36, n. 15. Dice la santa que es fácil la observancia de las estrecheces que estableció en su Orden, y amenaza con el riguroso cargo que se hará a quien fuese causa de su relajación: Íbid. Dice que cuando en sus conventos, se fuere faltando a lo que dejó establecido en ellos, y especialmente en punto de pobreza, que entonces clamen a Dios las monjas, y que la más chiquita se lo represente a la prelada, para que se remedie: C. cap. 2, n. 3. Tres cosas necesita observar (dice la santa) el que lleva camino de oración, las cuales guardaron, y ordenaron nuestros antiguos padres en su constitución, y son: amor unos con otros, desasimiento de todo lo criado, y verdadera humildad: C. cap. 4, n. 3. Véanse las palabras: Leyes, y Religión.

Ocasión. A la ocasión se siguen los peligros V. cap. 2, n. 3. Al alma que tiene total desengaño, y está perfecta, no la distraen, ni dañan las ocasiones de bullicio, como sucedía a la santa después de algunas mercedes grandes, que el Señor la hizo: V. cap. 21, n. 5.

Oferta. Los religiosos ofrecen muchas veces hacer la voluntad de Dios, y como no la cumplen siempre, parece que no entendieron lo que prometían: C. cap. 32, n. 4. Decir en el Pater noster que haremos la voluntad de Dios, y no cumplirla, es burlarse de su Majestad, y lo mismo que ofrecer la joya, y retirarla cuando nos la van a tomar: Íbid. n. 6. Véase la palabra: Propósitos.

Oír. Cuando alguno hablare cosas espirituales, óiganse con humildad, tornando para sí lo bueno: A. 17.

Ojos. Hablan los ojos, y los amantes se entienden con solo mirarse: V. cap. 27, n. 7. Después que la santa vio a Cristo, deseaba que sus ojos no se parasen en cosas de la tierra: Íbid. n. 8. San Pedro de Alcántara jamás levantaba los ojos, y a los frailes los conocía por el habla, y no por el semblante: Íbid. n. 10. La vista de los ojos de Cristo, determinada al alma en la visión imaginaria, tiene tanta fuerza, que el alma no la puede sufrir, y queda en arrobamiento: V. capítulo 29, n. 1. Dos años estuvo la santa deseando entender el color, y tamaño de los ojos de Cristo para saberlo explicar al confesor, y no lo consiguió: Íbid. A la santa le parecía burla lo que veía con los ojos del cuerpo, y solo realidad lo que

miraba con los ojos del alma: V. cap. 38, n. 5. Es admirable costumbre el cerrar los ojos para tener oración: C. cap. 28, n. 4.

Omnipotencia. A Dios no se le puede atar las manos, ni resistir a su poder: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 13. Dijo Cristo a la santa, que era grande su poder: *Íbid.* n. 14. Véanse las palabras: Majestad, y Grandezas de Dios.

Oración mental.

Primer grado de oración en que se incluye la oración de recogimiento.

Procuraba la santa representar dentro de su interior a Jesucristo, y esta fue su primera manera de oración. Sin la ayuda de algún libro no se atrevía a tener oración. Sirve mucho para ella la lección espiritual: V. cap. 4, n. 2, y los siguientes. A los torpes de imaginación les conviene mucho pureza de conciencia, y la lección espiritual para poder perseverar en la oración: V. cap. 4, n. 3. Algunas veces no se atrevía la santa a ir a la oración por no poder sufrir el sentimiento de sus culpas cuando eran repetidos sus defectos: V. cap. 6, n. 2. Dice la santa, que sean muy devotas de san José las almas de oración, y que le tomen por maestro en este santo ejercicio: V. cap. 6, n. 3. Dejó la santa la oración durante un año con pretexto de falsa humildad, y fue ésta la mayor tentación que dice tuvo: V. cap. 7, n. 1, y 6. Véase en la Vida, cap. 19, n. 2. Las enfermedades no siempre son excusa para dejar de tener oración, pues siempre dejan algún rato para ella, y cuando no le hay, el sufrirlas con paciencia por Dios es verdadera oración: V. cap. 7, n. 7. Padeció la santa muchas batallas en la oración, y sequedades, porque no acababa de apartarse de sus pasatiempos: *Íbid.* n. 9. A las personas que tratan de oración les conviene mucho, especialmente a los principios, hablar con personas, que también la tengan, y no se deje esto por recelo de que les venga vanagloria: *Íbid.* n. 12. Es grandísimo bien el que hace Dios al alma, que la inclina a tener oración mental; pues aunque esté muy imperfecta, y aunque caiga algunas veces en culpas, si persevera en ella, la sacará su Majestad a puerto de salvación: V. cap. 8, n. 2. A los principios suele fiar el Señor muchos trabajos, sequedades, y tentaciones a los que se resuelven a tener oración, para probar si son a propósito para beber su cáliz, antes que ponga en ellos celestiales tesoros: V. cap. 11, n. 3, y véase aquí el n. 6. Simbolízase al alma de oración en el huerto, o jardín, el cual ha de tener cuidado de regar la criatura con la primera agua, que corresponde a este grado de oración: V. cap. 11, n. 3, y 4. Declara la santa cómo han de sacar el agua del pozo, muy a su trabajo, los de este primer grado, recogiendo los sentidos, meditando en sus culpas, en la Pasión de Cristo, y otras santas consideraciones: *Íbid.* n. 5. Explica con excelente doctrina lo que debe hacer el alma para sufrir, y defenderse de las sequedades, y pensamientos enfadosos, que suelen ocurrir en este primer grado: *Íbid.* n. 6. Consuélese mucho quien se viere con determinación de seguir a Cristo, y perseverar en la oración, por más sequedades, y trabajos que le cueste, qué camino lleva seguro de salvación: *Íbid.* n. 7. Véase aquí el n. 8. Algunos en no obrando mucho con el entendimiento, les parece que no hacen cosa en la oración, y entonces suele aprovechar más la voluntad: *Íbid.* n. 9. Véase en la V. cap. 22, n. 7. Muchas miserias que padece el alma en la oración, aunque a ella le parezcan faltas, muchas veces no lo son delante de Dios, porque suelen

originarse de indisposición corporal, y revolución de los humores: *Íbid.* Algunas veces convendrá dejar la oración, y mudarla en lección, y otros ejercicios santos, cuando aprietan mucho al alma las miserias del cuerpo, nacidas de indisposición natural: *Íbid.* Conviene estar alerta para cuando quiere dar Dios al alma el agua de la consolación, para aplicarse⁽⁶⁴⁾ a sacarla, mediante, mayor aplicación a la oración: *Íbid.* En este primer grado de oración no ha de procurar el espíritu subir, o levantarse a cosas sobrenaturales, no pase de su meditación, ni quiera gustos que no le dan, porque se quedará con más sequedad, y es soberbia: V. capítulo 12, por todo él. Véase en la V. cap. 22, n. 7, y 8. Importa mucho en este primer grado no acobardar el ánimo, ni apocar los deseos, se ha de esforzar para tener esperanza de hacer grandes cosas con el ayuda de Dios, y no se ha de atender a la tentación que pone el demonio, para que no las ejecutemos con el miedo de que perderemos la salud: V. cap. 13, n. 1, hasta el 7. En estos principios suele acometer una tentación, que es desear con indiscreción, el que todos sean muy ajustados, y hay riesgo en amonestarlos a ello, no siendo con gran prudencia: *Íbid.* n. 7. Otra tentación pone el enemigo, que es el que se sienta con inquietud las culpas que hacen otros, para instigar a que se remedien con indiscreción, de que dice la santa se originan muchos yerros: *Íbid.* n. 8. Los muy discursivos se han de moderar, pausando los discursos, y poniéndose a mirar a Cristo en algún paso de su Pasión, representándole sencillamente sus necesidades: *Íbid.* n. 10. Como en el cielo hay muchas moradas, hay también diversos caminos en la oración, unos aprovechan más en unas consideraciones, y otros en otras; vea cada uno en lo que aprovecha, y gobiérnese por el maestro espiritual: *Íbid.* n. 10, y 11. Prueba la santa con razones, el que no impide la humanidad de Cristo para llegar a la contemplación de la divinidad: V. cap. 22, por todo él. La causa de no aprovechar mucho las almas, es porque se apartan en la oración de la humanidad de Cristo, por contemplar en la divinidad: V. cap. 22, n. 2. El alma que se aflige, y melancoliza mucho meditando en la Pasión de Cristo, considérole otras veces glorioso, resucitado y en otros misterios gozosos: V. cap. 22, n. 3. Cuando los confesores mandaron a la santa que no tuviese oración por recelar que la engañaba el demonio, la dijo el Señor, que los avisase que aquello era tiranía: V. cap. 29, n. 5. Algunas veces pone el Señor al alma en sequedad, y la quita la oración, para que se ocupe en otras obras meritorias: V. cap. 37, n. 4. Oración, aunque sea de poco tiempo, si produce grandes efectos, y determinaciones de servir a Dios, es mucho mejor que la de muchos años sin estos efectos: V. cap. 39, n. 9. Tuvo la santa una visión, en que la representó Dios a su alma en un espejo, y a Cristo en el centro de ella misma, y esto la sirvió para enseñarse a recogerle, considerando al Señor dentro de ella misma, y dice que no es menester ir al cielo, ni a otra parte para buscarle, porque le tenemos en nosotros mismos: V. capítulo 40, n. 5. Los de la vida activa no dejen la oración porque no acaban de conseguir la contemplación, que el Señor no la da a todos, y por el medio de la oración mental, y vocal, y otros ejercicios activos podrá ganar más que en la contemplación: C. cap. 17, por todo él. Los que tienen expedito entendimiento para meditar en la Pasión de Cristo, y otras consideraciones santas, caminan con descanso, y aprovecharán, porque el Señor los sacará a puerto de luz: C. cap. 19, n. 1

y 2. Los que no pueden meditar por tener el entendimiento, y imaginación desbaratado, como unos caballos desbocados, van con mucho trabajo, porque no pueden hacer pie en cosa alguna: Íbid. n. 3. Necesitan estas almas de mucha constancia para llegar a encontrar el agua viva, que dijo el Señor a la Samaritana porque hay muchos enemigos que los estorben en el camino: Íbid. El que caminare valeroso en la oración con el propósito de pelear, y morir, antes que dejarla, no le faltará el agua viva, ni morirá de sed: C. cap. 20, n. 1. Aunque a los principios haya cobardía, y no fuertes resoluciones para emprender el tener oración, no por eso se deje de empezar, que el Señor perfeccionará el propósito: Íbid. El que quisiere aprovechar en el camino del cielo mediante la oración, se ha de resolver con determinación tan firme a proceder por ella, que no le detenga ningún peligro, ni respeto de esta vida: C. cap. 21, n. 1. Siempre se ha de fundar la oración mental sobre oraciones dichas por la boca de Cristo: Íbid. Si no fuese tanta la flaqueza, y tibieza de nuestra devoción, no se necesitaban más libros, ni concierto para tener oración mental, que la oración del Padre nuestro: Íbid. Los del mundo no miran a innumerables que cayeron en herejías sin tener oración, y porque tal cual que la tenía cayó en algún defecto, levantan miedos para huir de ella: Íbid. Explica la santa como se ha de tener la oración, y la atención que se necesita a Dios: C. cap. 22, n. 1. Refiere algunas causas para significar lo mucho que importa el que la determinación para tener siempre oración sea muy fuerte, para no volver atrás: C. cap. 23, n. 1. Por poco entendimiento, y discurso que tenga la criatura, puede tener buena oración solo con mirar a Dios, y representarle dentro de sí misma. Enseña la santa admirablemente a recoger el pensamiento: C. cap. 26, por todo él. Explica la santa lo que es oración de recogimiento, y cómo hemos de buscar a Dios dentro de nosotros mismos, sin ser preciso el ir a buscarle al cielo: C. cap. 28, por todo él. Se ha de hablar con Dios en la oración con grande amor, y palabras tiernas, porque es grosería, y necedad, dejar de decirlas por parecerla que semejantes locuciones tienen falta de humildad: Íbid. n. 1, y 2. Quien camina en la oración mirando a Dios en su alma, es como el que va en una nave, que en pocos días anda la jornada: Íbid. n. 3. Este método es muy útil para recoger los sentidos, y para que se despierte la vista del alma, se pega más presto el fuego del amor divino: Íbid., y en los números siguientes. Pone la santa la comparación excelente para esta oración de recogimiento, haciendo al alma un palacio de muchas preciosidades, donde habita el Señor: Íbid. n. 6, y siguientes. Explica la santa brevemente la contemplación adquisita en fe sencilla, de que tratan muchos libros: C. cap. 29, n. 3, y siguientes. Dice la atención que el alma ha de tener en ella a su Dios, y como el pensar en cosas vanas en esta ocasión, es volver las espaldas al Señor: Íbid. n. 4. Pone mucho esfuerzo la santa en que las oraciones vocales se recen con gran atención, por cuanto a muchas personas levanta el Señor a subida contemplación desde la oración vocal bien dicha: C. cap. 30, n. 6. La santa trató a una persona, que, asida a la oración del Padre nuestro; gastaba en ella algunas horas, y el Señor la ponía en contemplación pura, y a unión: Íbid. 7. Guarde mucho los sentimientos que el Señor le comunicare: A. 32. Segundo grado de oración, y en él se contiene la oración de quietud.

A este grado tocan ya cosas sobrenaturales, recógese el alma dentro

de sí misma con sus potencias; el contento que aquí se experimenta, aunque las potencias no se pierden, y la voluntad se cautiva a Dios, llena de amor: V. cap. 14, n. 1. La memoria, entendimiento, o imaginación, algunas veces ayudan a la voluntad, otras veces la estorban, no queriendo sosegarse. No se haga caso de ellas. Es esta oración que no cansa, por ser muy sabrosa: Íbid. n. 2. En este grado de oración van creciendo las virtudes; se le da al alma a entender, que Dios se la comunica, recibe noticia de las cosas del cielo, y empieza a desestimar las de la tierra: Íbid. No bastan diligencias algunas para adquirir el alma esta comunicación. Dala el Señor solo cuando quiere: Íbid. n. 3. En este grado de oración suelen venir muchas sequedades, y entonces debe el alma estar más aplicada para quitar las malas yerbas que brota la inclinación terrena: Íbid. n. 6. El deleite que da Dios al alma en este grado de oración, como ella no ha visto más, la parece tan grande, que no la queda que desear. Está muy satisfecha con Dios, y aunque el entendimiento, y la memoria no se quieten, no la apartan de su sosiego, y ella suele recoger a estas potencias, si bien no se atreve a bullir, porque no se la vaya aquel gozo: V. cap. 15, n. 1. Son muchas las almas que llegan a este grado de oración, y pocas las que pasan adelante. Conozca el alma la dignidad tan grande en que el Señor la pone, avecindándola al cielo con estas comunicaciones, y aunque afloje, no deje jamás la oración, porque se perderá: Íbid. n. 2. En este grado de oración empieza a encenderse una centellica del amor de Dios, que es principio de todos los bienes. Es señal, o prenda que da Dios al alma, de que la escoge para grandes cosas, si ella se apareja, y no vuelve atrás, y aprovechará a muchas almas: V. cap. 15, n. 3. No ha de formar muchas palabras, y discursos el entendimiento en esta oración, que dañará a la voluntad; estese ésta en su sosiego, y no haga caso de él: Íbid. n. 4, y 5. Entiéndense muchas cosas en esta oración, y dice la santa, que en ella penetraba muchas veces el sentido de los salmos sin saber latín: n. 5. En esta oración de quietud no le ha de dejar del todo la meditación, y algunas oraciones vocales, dichas con suavidad: Íbid. n. 6. Si la quietud de esta oración es dada de Dios, empieza con devoción, y deja humildad; si la causa el demonio, deja inquietud, y soberbia: mas si el alma es amiga de cruz, desinteresada, y endereza solo a Dios el deleite que aquí siente, aunque sea del demonio, la aprovechará, y él perderá en ocasionarle: Íbid. n. 6, y 7. Véase aquí el n. 8. Cuando la santa empezó a tener oración de quietud, no pensaba en la humanidad de Cristo, por parecerla que cualquiera cosa corpórea la sería estorbo para contemplar en la divinidad. Laméntase mucho de haber seguido esta opinión: V. cap. 22, por todo el capítulo. Explica la santa largamente la oración de quietud sobre las palabras del Padre nuestro: Venga a nos el tu reino: C. cap. 34, por todo él. Explica otra merced que suele su Majestad hacer en este grado de oración: Íbid. n. 4. Da algunos avisos para esta oración de quietud: Íbid. n. 6. Es tanto el gusto que siente en ella el alma, que quisiera decir con san Pedro: Hagamos aquí tres moradas: Íbid. n. 3. Es bobería pensar que por diligencias propias podrán hacer que persevere aquel gusto, como lo intentan algunas personas, que no se atrevan a resollar: Íbid. n. 6. Está el alma en la oración de quietud como un niño a los pechos de su madre, y ella, sin que él paladee, le echa la leche en la boca para regalarle: Íbid. n. 8. Diferénciase esta

oración de la unión, en que en ella parece pone Dios el alimento en la boca, y es menester que el alma ponga de su parte el tragarle; mas en la unión se le ponen ya como tragado en el estómago: *Íbid.* n. 9.

Tercer grado de oración, y en él se contiene la unión no consumada.

En este grado de oración siente el alma como un sueño en sus potencias, que ni del todo se pierden, ni entienden como obran; el gusto, y suavidad es mucho mayor que en la oración del segundo grado: V. cap. 16, n. 1. En esta oración solo tienen facultad las potencias para alabar a Dios, en esto se deshace el alma, deseando que todas las criaturas le glorifiquen, y suele prorrumpir en hacer versos para alabarle, en los desatinos que llama santos la santa: *Íbid.* n. 2, y 3. En este estado quisiera el alma pasar infinitos tormentos por Dios, y se lo hacen pocos los que sufrieron los mártires por su Majestad. Quisiera ya verse libre de esta vida: el comer la mata, el dormir la acongoja, y mucho más siente lo poco que ha servido al Señor: *Íbid.* Suele sentir el alma tanto gozo en esta oración, que a veces parece que va a espirar. Sin violencia se deja en un todo en las manos de Dios, tan pronta para la muerte, como para la vida, y para el cielo, como para el infierno: V. cap. 17, n. 4. En esta oración crecen mucho las virtudes; pero todavía no da el Señor licencia a la criatura para que reparta con otro los dones que la comunica, hasta estar más fuerte, muéstrala el Señor las virtudes que ha puesto en ella, sin que la ocasione soberbia, sino una humildad profundísima: *Íbid.* n. 1, y 2. En esta oración se experimenta unión con Dios muy conocida de toda el alma, aunque da el Señor licencia a las potencias para que entiendan, y gocen de lo mucho que obra allí. Estando la voluntad unida, y amando en mucha quietud, pueden el entendimiento, y la memoria entender, y tratar en negocios, y obras de caridad: *Íbid.* n. 3. Es tan grande el descanso, y gloria del alma, que conocidamente goza el cuerpo de su deleite en este grado de oración: *Íbid.* n. 7. En este tercer grado de oración algo trabaja el alma, aunque su trabajo va acompañado de gran gloria, y deleite; en el cuarto grado todo es gozar: V. cap. 18, n. 1. Las almas que han llegado a este grado de oración, aprecian en nada la honra: C. cap. 36, n. 6. Cuarto grado de oración, y en él se contiene la unión perfecta.

En este grado de oración entiéndese que se goza un bien, en quien se encierran todos los bienes, mas no comprende, este bien. Todos los sentidos se ocupan en este gozo, sin que alguno pueda desviarse a otra cosa cap. 18, n. 1. El agua del cielo, que pertenece a este grado de oración suele venir cuando más descuidada está el alma, y a los principios, después de oración muy larga. Algunas veces falta, y queda el alma en sequedad, y entonces necesita valerse de las aguas antecedentes: *Íbid.* n. 5. Siente el alma en esta oración un deleite, que la hace desfallecer con su suavidad, y en cierta manera se desmaya, la falta el huelgo, y las fuerzas corporales, no puede apenas mover las manos, abrir los ojos, ni entiende lo que oye, ni habla, y no hace daño a la salud, aunque sea larga la oración, si la conforta, como sucedía a la santa: *Íbid.* n. 6. El estar unidas todas las potencias en esta oración, dura poco tiempo: media hora dice la santa que la parece mucho; pero después que se desvía el entendimiento, y la memoria, con facilidad se suelen recoger, y en estas alteraciones se puede gastar mucho espacio, porque la voluntad regularmente está unida, y mantiene la tela: *Íbid.* n. 7. Dijo el Señor a

la santa, que lo que el alma hacía en esta oración, era deshacerse para ponerse más en su Majestad. Tiene entonces una certidumbre muy firme de que el Señor está con ella, y faltan las potencias, o se suspenden, de manera que no se entiende el que obran. Queda el alma de esta oración con gran ternura, bañada de lágrimas, sin haber sentido cuando las lloró, queda muy animosa, y si la hiciesen pedazos por Dios la fuera de gran deleite. Hace promesas heroicas, aborrece muy de veras todo lo vano, y temporal, se humilla muy de corazón, conoce su vida pasada, y la misericordia de Dios en no tenerla en el infierno: V. cap. 19, n. 1. En este grado de oración ya puede el alma empezar a repartir con el prójimo las mercedes que Dios la hace, sin que la hagan falta. Si es alma que ha pasado muchos trabajos, pocas veces le falta el agua, que aquí descende del cielo; mas si se descuida, y no coopera con ella, se podrá perder: Íbid. n. 2. Pocos llegan a este grado de oración sin haber pasado grandes trabajos: Íbid. Véanse las palabras: Visiones, Revelaciones, Mercedes de Dios, Unión, Arroamientos, y Oración vocal, Meditación, y Contemplación.

Oración vocal. Son más útiles las oraciones que nacen de los deseos, y necesidad del espíritu, que algunas compuestas por otros: V. cap. 12, n. 1. Quien no puede contemplar, tenga Oración mental, y si esta no puede vocal, lección, o coloquios con Dios: C. cap. 18, n. 3. Enseña la santa cómo se ha de tener la oración vocal: C. cap. 24, por todo él. Rezando el Padre nuestro como se debe, suele el Señor poner a las almas en contemplación perfecta: C. cap. 25, n. 1. Si no se pone en la oración vocal la atención a Dios, no pueden ir las palabras con concierto, y hace mala música la tal Oración: Íbid. Explica la santa el grande amor que nos manifiesta el Señor en las primeras palabras del Padre nuestro: C. cap. 27, n. 1. Se había de hacer nuestro corazón pedazos de amor al contemplar esta palabra Padre nuestro: no solo se ha de decir con la boca, sino se ha de procurar penetrar con el entendimiento: Íbid. Representa la santa a Cristo la grandeza, y majestad de su Padre soberano, para significar nuestra bajeza, y la excelencia a que nos levanta haciéndonos sus hijos: Íbid. Para hablar con Dios no son necesarias muchas palabras, ni dar voces: una hora se puede gastar en rezar el Padre nuestro: C. cap. 29, n. 4. Explica la santa lo que debemos entender cuando decimos aquellas palabras del Padre nuestro: Venga a nos tu reino. C. cap. 30, n. 3, y siguientes. Hay algunas almas tan asidas a concluir las oraciones vocales, que tienen de costumbre, que aun poniéndolas el Señor en contemplación al rezarlas, no quieren dejar de hablar, por acabar su tarea: C. cap. 31, n. 13. Más vale una palabra de cuando en cuando del Padre nuestro en estas ocasiones, que decirle todo muchas veces de prisa: Íbid. No sean palabras de cumplimiento las que decimos cuando rezamos las palabras: Hágase tu voluntad, así en la tierra, como en el cielo. Explica la santa lo mucho que ofrecemos en esto, y cómo se debe hacer: C. cap. 32, por todo él. Trata la santa de la excelencia de la oración del Padre nuestro, y como en ella se encierra toda la contemplación, y perfección. C. cap. 37, n. 1. Con tales veras podemos decir la oración del Padre nuestro, de suerte que entienda su Majestad no nos queda otra cosa en el interior, que lo que dicen las palabras, que de una vez que la recemos así nos enriquezca su Majestad de bienes espirituales: Íbid. n. 3. Son poquísimos a los que engaña el demonio; si rezan la oración del Padre nuestro cómo se debe

rezar: C. cap. 39, n. 6. Están encerrados grandes secretos en la oración del Padre nuestro, y en ella se encierra todo el camino espiritual, desde el principio, hasta engolfar el alma en Dios: C. cap. 42, n. 5.

Pablo (san). Dice la santa, que algunas veces la parecía estaba su alma, como san Pablo, crucificada al mundo: V. cap. 20, n. 8. Las almas perfectas desean ser desatadas de la vida, como San Pablo: V. cap. 21, n. 3. El amor de Dios le hacía aborrecer esta vida: Íbid. Nunca faltó de su boca el nombre de Jesús: V. cap. 22, n. 4. Díjola el Señor, que san Pedro, y san Pablo la asistirían siempre, y así los veía muchas veces a su lado izquierdo: V. cap. 29, n. 4. A los tres días empezó san Pablo a dar señales de que estaba enfermo del amor de Dios: C. cap. 40, n. 3.

Paciencia. Túvola muy grande la santa en sus enfermedades: V. cap. 5, n. 3. Véase a este asunto el capítulo siguiente. Algunas veces nos hace creer el demonio que tenemos ya esta virtud, y viniendo a la prueba, con una palabra de disgusto va la paciencia por el suelo: C. cap. 38, n. 6. Véase la palabra: Conformidad.

Padres. Deben cuidar de que sus hijos traten solo con personas virtuosas, especialmente en la mocedad: V. cap. 2, n. 1. Aun los padres que son virtuosos suelen tener tanto amor a los hijos, que en él faltan a Dios: V. cap. 5, n. 4. En las primeras palabras del Padre nuestro obligó Cristo al Padre soberano a que nos admitiese por sus hijos, a que nos perdonase, nos consolase en los trabajos, y nos sustentase como verdadero padre: C. cap. 27, n. 1. No hay hijo en el mundo, que no procure saber quién es su padre, cuando es honrado; pero si no lo es, no será mucho que no lo procure, porque el mundo desconoce a los de bajo estado: Íbid.

Padres antiguos de la religión del Carmen (Nuestros santos). Nuestros padres antiguos de la religión fueron muy dados a la virtud de la pobreza: C. cap. 2, n. 4. Padedieron muchos trabajos, enfermedades, y fatigas con gran sufrimiento: C. cap. 11, n. 3.

Palabras. Por medio de las espirituales de una religiosa, y de un tío de la santa la llamó el Señor al estado religioso: V. cap. 3, en todo él. La presencia de los siervos de Dios, y una palabra suya, ataja las palabras que se dicen contra Dios, al modo que nadie se atreve a murmurar de aquel, cuyo amigo está presente: C. cap. 41, n. 6. De todas las cosas espirituales decir bien, como de sacerdotes, religiosos, y ermitaños: A. 2. Entre muchos siempre hablar poco: A. 3. Hablar a todos con alegría moderada: A. 6. Nunca hablar sin pensarlo bien, y encomendarlo a nuestro Señor para no errar: A. 10. No se han de decir palabras de mucha exageración: A. 13. En todas las conversaciones mezcle palabras espirituales para evitar las murmuraciones: A. 14. Nunca se afirmen las cosas sin saberlas primero: A. 15. Nunca decir cosa suya digna de loor, etc.: A. 12. Delante del superior nunca has de hablar sino lo necesario, y con gran reverencia: A. 41. En cosas que no te van, ni te vienen no seas curioso en hablarlas, ni en preguntarlas: A. 46. Véanse las palabras: Conversaciones, Compañía, Amistad, Amigos, y Trato espiritual.

Palacio. Los pobres, los desvalidos, y las personas de desengaño, que dicen y verdades, no son para los palacios: V. cap. 37, n. 2. Necesitan heroica virtud las personas ejemplares para tratar en los palacios, sin faltar a Dios: C. cap. 3, n. 1, y 2. Véanse las palabras: Señorío, Reyes, y Cumplimientos mundanos.

Parientes. Causó gran daño en las costumbres de la santa la conversación, y trato con unos primos suyos: V. cap. 2, n. 1. El tratar con ellos era cruz para la santa: V. cap. 24, n. 4. A la santa la parecía que estaba desasida de sus deudos, y en unos trabajos que padecía una hermana suya, conoció que no era así, porque los sentía ella con demasía: V. cap. 31, n. 8. Está imperfecto el religioso que desea ver a sus parientes, y debe abstenerse de esto para curarse de semejante perjuicio: C. cap. 8, n. 2. Refiere la santa los muchos daños que ocasiona a los religiosos el trato de sus parientes, y dice, que nadie la ayudó menos en sus trabajos, que los deudos: C. cap. 9, por todo él. Si los parientes del religioso le hacen algún regalo para el cuerpo, lo paga bien el espíritu: Íbid. n. 1. Los mejores, y verdaderos parientes del religioso, son los que son muy siervos de Dios, porque en estos se encuentran padres, y hermanos: Íbid. n. 3. A los parientes se apega más que a ninguna otra cosa la voluntad del religioso, y el que dijere, que es virtud el quererlos tratar, yerra: Íbid. n. 3. El verdadero parentesco se conoce en procurar el bien espiritual del pariente, enseñándole el camino de la verdad: C. cap. 20, n. 1. Véase la palabra: Hermanos.

Pasión de Cristo. Dice la santa, que era tan recia de corazón, que aunque meditaba en ella no podía llorar: V. cap. 3, n. 1. Las penas del Señor sirvieron a la santa para resolverse, con su meditación, a ser religiosa: V. cap. 3, n. 3. La santa halla gran consuelo en los pasos donde meditaba al Señor más solo, especialmente en la oración del huerto: V. cap. 9, n. 3. En la meditación se ha de considerar principalmente en la Pasión de Cristo: V. cap. 11, n. 5, y 6. Véase el cap. 12, n. 1. La Pasión de Cristo ha de ser meditación para los que empiezan, para los aprovechados, y perfectos. Pone la santa una consideración de su Majestad en el paso de la columna, para enseñar a meditar: V. cap. 13, n. 10, y 14. Todos los trabajos de la vida se hacen llevaderos para el alma que considera al Señor delante de los jueces, y en otros pasajes de su Pasión sagrada: V. cap. 22, n. 3. Hace la santa una peroración al Padre Eterno, arguyendo a su Majestad con la Pasión de su Hijo soberano, para que oiga la oración de su familia contra los herejes: C. cap. 3, n. 4. Recopila devotísimamente la santa los pasos de la Pasión de Cristo, para enseñar el modo de la presencia de Dios, que se ha de tener en la oración: C. cap. 26, n. 1. Véanse las palabras: Cristo, y Corona de espinas.

Patria. Conviénele al religioso huir de su patria, por evitar el gran daño que ocasiona a su espíritu el trato de sus parientes: C. cap. 9, por todo él, y especialmente en el n. 4.

Patrocinio. Dice la santa, que no tenía alguna ayuda, sino para que la excitase a caer: V. cap. 19, n. 6. Dijo Dios a la santa la concedería cuanto le pidiese por medio de san Pedro de Alcántara: V. cap. 27, n. 11. Díjola el Señor, que haría cuanto ella le pidiese, porque sabía su Majestad, que siempre pediría lo que fuese de su honra, y gloria: V. cap. 39, n. 1. Véase la palabra: Intercesión.

Paz, y concordia. Cristo dijo a la santa, que avisase a los religiosos de su Orden, que estuviesen unidas siempre las cabezas, que así iría en aumento la reforma: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 20. Encarga mucho la santa el que vivan en paz sus hijas, amándose, y trabajando unas por otras: C. cap. 7, n. 8. El principal daño

de los monasterios es el faltar de ellos la concordia, y señal cierta de haber echado fuera de él al Señor: *Íbid.* Tu deseo sea de ver a Dios: tu temor, si le has de perder: tu dolor, que no le gozas; y tu gozo, de lo que te puede llevar allá, y vivirás con gran paz: A. 68. Véase la palabra: *Discordia*.

Pecados, y defectos. Dice la santa que por ninguna vía sufriera un día andar su alma en pecado mortal, si ella entendiera que lo era: V. cap. 6, n. 2. Pide a su confesor que publique sus pecados, y recate los favores que el Señor la hacía: V. cap. 10, n. 5. Uno de los efectos del pecado es el desconcierto, y bullicio con que quedó nuestra imaginación, y memoria: V. cap. 17, n. 5. El que no vuelve a tener oración por parecerle que no está dispuesto hasta que se limpie de sus pecados, no se enmendará, porque ella es el medio para que el alma se arrepienta: V. cap. 19, n. 6. En viéndose la santa con alguna cosa, por leve que fuese, que era ofensa de Dios, no podía sosegar hasta que se la quitaba: V. cap. 24, n. 1. Cuando el Señor quería hacer alguna merced señalada a la santa, regularmente la traía a la memoria sus pecados: V. cap. 26, n. 2. La muerte más recia que había para la santa, era el pensar, o dudar si tenía ofendido a Dios: V. cap. 34, n. 6. Es grande el señorío que tiene el demonio en el alma que está en pecado mortal: V. cap. 40, n. 4. Pone la santa un símil de la majestad divina en un diamante mayor que el mundo, donde se contienen todas las cosas, y se espanta el que se ejecuten culpas, y deshonestidades feas dentro de esta majestad: *Íbid.* n. 7. Estando la santa muy dolorosa por los tormentos que el Señor habría sentido en la coronación de espinas, dijo su Majestad a la santa, que no le tuviese lástima por aquellas espinas, sino por las muchas que ahora le ponían los pecadores: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 11. Mostró el Señor a la santa cómo está el alma en pecado mortal sin ningún poder, del todo atada, y liada, tapados los ojos, sin ver, oír, ni andar, y en grande oscuridad: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 16.

Pecado venial. La primera piedra del bien espiritual ha de ser la buena conciencia, y huir del pecado venial: C. cap. 5, n. 2. Siempre andamos llenos de culpas, porque siete veces cae el justo en el día, y es mentira decir que no tenemos pecado: V. cap. 15, n. 2. Los que tienen gran temor de Dios no harán un pecado venial advertidamente por interés alguno: C. cap. 41, n. 2. Se ha de tener gran cuidado en no hacer pecado venial deliberadamente. Nadie está libre de ejecutarlos con imperfecta deliberación: *Íbid.* Dice la santa, que no sabe cómo puede ser pecado leve aquel que se ejecuta con toda advertencia, y muy sobre pensado, y como quien dice: Señor, aunque os pese, haré esto, y quiero más seguir mi antojo, que vuestra voluntad: *Íbid.* Por más determinados que estemos al bien, hemos de faltar algunas veces por nuestra gran flaqueza: *Íbid.* n. 5. Véase la palabra: *Imperfecciones*.

Pedro apóstol (san)(65). Dice la santa, que a san Pedro lo perdonó su Majestad una vez que faltó, pero que a ella fueron muchas: V. cap. 19, n. 6. Págase el señor mucho del alma, cuando deshecha en humildad al mismo tiempo que conoce la quiere hacer su Majestad alguna merced, le dice como san Pedro: Apártate de mí, Señor, que soy hombre pecador: V. cap. 22, n. 7. Un día de este santo experimentó la santa una visión intelectual de Cristo, sintiendo a su Majestad que la hacía compañía, y estaba a su lado

derecho: V. cap. 27, n. 2. Díjola el Señor, que san Pedro, y san Pablo la guardarían para no ser engañada, y así lo experimentaba algunas veces, que la asistían a su lado izquierdo: V. cap. 29, n. 4.

Pedro de Alcántara (san). Dijo a la santa que las visiones intelectuales eran de las más subidas: V. cap. 27, n. 3. Hace la santa un resumen de la heroica mortificación, virtudes, y vida de este santo: Íbid. n. 10, y 11. Vio la santa en una ocasión arrobado. Después le vio muchas veces glorioso, una de ellas fue cuando espiró. Vuelve la santa a tratar de la heroica vida de este santo. Logra comunicarle, y uno a otro se corresponden con un amor, y amistad muy confiada. Entiende luego el santo todos los fondos del alma de la santa, y aprueba su espíritu: V. cap. 30, n. 2, y siguientes. Aprueba el santo el designio de la santa en orden a fundar el primer convento de la reforma: V. cap. 32, n. 6. Fue el santo el todo para que la santa consiguiese la fundación de su primer monasterio. Por su autoridad lo admitió el obispo; y dice la santa, que parece guardó Dios su vida hasta este logro, porque luego se murió: V. cap. 36, n. 1. Aparécesele después de muerto glorioso, y la dice con rigor, que en ninguna forma permita tenga renta su primer convento: V. cap. 36, n. 12.

Pedro Ibáñez, (el padre presentado, fray) dominico. Mejoró mucho en la virtud con el trato de la santa, y después la servía no solo con sus grandes letras, sino con la experiencia, por haberse dado mucho a la oración: V. cap. 33, n. 3. Sin tener precisión alguna propia dispuso el Señor volviese a Ávila los días forzosos que la santa le hubo menester para que aquietase las revoluciones de esta ciudad contra el convento de san José, y alcanzase la licencia del provincial para que la santa fuese a vivir en él: V. cap. 36, n. 13. Vio la santa que María santísima le ponía una capa muy blanca por lo que ayudó a la santa, y en señal de que guardaría a su alma en pureza, y libre de culpa: murió de allí a pocos años, y santo Tomás lo asistió en la muerte; después se apareció a la santa algunas veces glorioso: V. cap. 38, n. 9.

Penas. Refiere la santa muy difusamente una pena muy espiritual, y notable en que el Señor ponía en muchos tiempos a su alma: V. cap. 20 desde el n. 5 hasta el 13. En esta pena dice la santa que la faltaban los pulsos, que las manos se la quedaban yertas, abiertas las canillas, y todo el cuerpo descoyuntado: Íbid. n. 9. Refiere otro linaje de penas horribles que solía padecer en tiempos de sequedad: V. cap. 30, n. 6, y siguientes. Suele el Señor dar una pena amorosa a las almas, que aunque las deshace el dolor, la aprecian más que todos los deleites de la vida: V. cap. 29, n. 9, y siguientes. Véase el cap. 30, n. 1. Véanse las palabras: Aflicción, Sequedades, y Trabajos.

Pensamientos. Ni un solo pensamiento malo la parecía a la santa que había de tener el alma a quien Dios hace muchas mercedes: V. cap. 31, n. 4. Hay pensamientos tan ligeros, que nunca pueden estar sosegados, y si los precisan a detenerse en Dios, al instante se van a mil disparates, escrúpulos, y dudas: C. cap. 17, n. 2. Enseña la santa excelentemente el modo de recoger el pensamiento para tener oración: C. cap. 26, n. 1. Está tan acostumbrado nuestro pensamiento a andar a su placer, y libertad, que el alma de mucho artificio, y maña para recogerle hacia Dios en la oración: Íbid. Sucede estar el alma muy sosegada en la oración de quietud, y andar el pensamiento tan remontado como si estuviese en casa ajena,

buscando otra posada. Algunas veces se deseaba morir la santa por no sufrir a su pensamiento: C. cap. 31, n. 7.

Perdón. En las primeras palabras del Padre nuestro precisó Cristo a su Eterno Padre a que nos perdonase nuestras culpas por habernos hecho hijos: C. cap. 27, n. 1. Reflexiona la santa en que no decimos en el Padre nuestro perdonaremos a nuestros deudores, sino que perdonamos: C. cap. 36, n. 1. En haber dado por causal Cristo en la oración del Padre nuestro, que porque perdonarnos a nuestros deudores, nos perdone Dios nuestras culpas, y no porque ayunamos, o ejercitamos otras virtudes, se infiere lo mucho que obliga al Señor, y le agrada el que perdonemos las injurias: Íbid. n. 5. Todos los cristianos están obligados a perdonar las injurias, y a conformarse con la voluntad de Dios: C. cap. 37, n. 2.

Perfección. En entendiendo la santa que alguna cosa era de mayor perfección, el gusto que la daba el que Señor se servía más en ella, la quitaba la pena, y trabajo de su ejecución: V. cap. 35, n. 7. Dice la santa, que no sale qué temen los que se acobardan para seguir el camino de la perfección, siendo carrera real, en que nos guía Dios; y admira el que no se tema el seguir el de la vanidad del mundo, siendo senda tan llena de peligros: Íbid. n. 9. Dice la santa, que si cuando intentó su primer convento la hubieran dicho que se cometía en aquellas diligencias la más leve imperfección, que hubiera dejado, aunque fuesen mil conventos, antes de ejecutarla: V. cap. 36, n. 3. Previene la santa a sus hijas se informen de aquello que es más perfecto, para ejecutarlo, y por eso quiso que tratasen sus almas con hombres doctos: C. cap. 3, n. 3. La primera piedra de la buena conciencia es huir de los pecados veniales, y seguir lo más perfecto: C. cap. 5, n. 2. El alma perfecta en cualquiera estado puede estar desasida de todo, y humillada: C. cap. 12, n. 4. El alma determinada de veras a servir a Dios, no ha de entender cosa que sea de mayor perfección, que no la ejecute: manos a la obra, y ejecútela, pues ya no vive para otro asunto: C. cap. 16, n. 8. Gana mucho el demonio cuando engaña, y hace volver atrás a alguna alma que iba caminando, adelantada en la perfección: C. cap. 39, n. 6. Ayuda mucho para alcanzar la perfección el examen de conciencia en toda hora: A. 27. Procura mucho la perfección, y haz con ella todas las cosas: A. 59. Véanse las palabras: Aprovechamiento, y Perfectos en la virtud.

Perfectos en la virtud. Nunca camina sola el alma de ejemplar virtud, porque lleva muchos al cielo, atraídos de su ejemplo: V. cap. 11, n. 2. Los perfectos tuvieren vergüenza de abandonar las cosas del mundo, solo porque no son duraderas; únicamente las dejan por el amor que tienen a Dios, aunque fuesen eternas. Algunas veces los deja el Señor en tanta miseria, que necesitan volver a tomar las primeras armas de la oración, como son las meditaciones del infierno, muerte, gloria, y otras semejantes: Íbid. A las almas perfectas las da el Señor ánimo para emprender cosas muy arduas en su servicio; y a los que no lo son los parece que aquellos deseos son tentación: V. cap. 20, n. 16. Cuando Dios quiere, en un punto pone al alma en la perfección, aunque si ella se ayuda, también la logrará por los términos regulares, de que tratan los libros de oración: V. cap. 21, n. 4. Véanse las palabras: Aprovechamiento, y Perfección.

Persecuciones. Tuvo muchas la santa motejándola el que se quería

hacer santa: V. cap. 19, n. 4. Padeció la santa muchas persecuciones sobre la duda de si su espíritu era del demonio: V. cap. 25, n. 8, y siguientes. Véase el cap. 26, n. 2, y el cap. 28, n. 11, 12, y 13, y el cap. 30, n. 3. Cuando la santa se hallaba estimada, dice que andaba muy temerosa, y cobarde, pero que en las persecuciones se hallaba su alma con gran señorío: V. cap. 31, n. 4.

Perseverancia, y constancia. Es muy difícil a la flaqueza humana la perseverancia en el bien, por más encumbrada que se vea el alma en la virtud: dalo a entender la santa refiriendo sus caídas, después de haber recibido muchos favores del Señor: V. cap. 6, n. 4. El que no camina adelante vuelve siempre atrás de mal en peor: V. cap. 15, n. 2. Muchas almas vuelven atrás por no tener fuerza para sufrir el martirio que causa el mundo a los que se dedican a la virtud: V. capítulo 31, n. 7. No nos hemos de contentar con aplicarnos solo un año, dos, o diez, a servir al Señor en la oración, sino toda la vida: C. cap. 18, n. 2. Se necesita mucha perseverancia para caminar en la oración, hasta encontrar el agua viva, que dijo Cristo a la Samaritana, porque hay muchos enemigos que estorban este camino: C. cap. 19, n. 3. No faltará a ninguno esta agua viva, como no se pare en el camino, y vuelva atrás: *Íbid.* n. 9. Como haya perseverancia en el que emprende caminar por la oración, no le faltarán aguas de consolación, porque el Señor ofrece a todos el agua viva: C. cap. 20, n. 1. Véase la palabra: Inconstancia.

Pláticas, y conversaciones espirituales. Estando la santa hablando de Dios con un padre dominico, la vino un arrobamiento, y vio a Cristo con gran gloria mostrando contento por lo que allí se ataba: V. capítulo 24, n. 8. Véanse las palabras: Conversaciones, Trato espiritual, Palabras, y Amistad.

Pobreza, y pobres. Rara vez se desase de todo el corazón humano, aunque se lo parezca, ofrece a Dios la renta, y los frutos, pero se queda con la propiedad de la raíz. Nos determinamos a ser pobres, y después hacemos diligencias para que no nos falte algo: V. cap. 11, n. 1. Tiene la santa grandes deseos de pobreza, y se inclina a fundar en ella su primer convento: V. cap. 35, n. 1. El no ser algunos monasterios pobres no muy recogidos, no se ocasiona de ser pobres, porque no lo serían si fuesen recogidos. Las rentas son causa de la inquietud, y distracción: *Íbid.* Dijo Cristo a la santa muchas cosas en honor de la pobreza. Desde que se determinó a ser pobre, la parecía que era señora de todas las riquezas del mundo: *Íbid.* n. 4. A quien sirve a Dios nunca le falta lo necesario: *Íbid.* n. 4. Dijo Cristo a la santa, que por cosa de mantenimiento corporal, no se perdiere la paz en sus conventos, que su Majestad los socorrería: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 11. El verdadero pobre no ha de solicitar con artificios lo que necesita, ni en fuerza de contentar a los del mundo, sino sirviendo, y contentando a Dios, que es quien mueve los corazones para que se dé la limosna: C. cap. 2, n. 1. Es cuidado de rentas ajenas el estar pensando siempre el pobre cuándo el rico le dará limosna: *Íbid.* Nunca falta Dios al que en él confía, y le sirve, y si tal vez le retira lo necesario, es para más interés suyo: *Íbid.* La santa estaba alegre cuando la faltaba lo preciso, y triste si la sobraba: *Íbid.* n. 2. Reprende el Señor a la santa la codicia del género humano: V. cap. 33, n. 7. En cumpliendo cada uno con sus obligaciones, especialmente

los religiosos, Dios da lo que se necesita para pasar la vida: V. cap. 36, n. 14. Con los reyes, y personas grandes no tienen entrada los pobres: V. cap. 37, n. 2. La honra del pobre consiste en ser verdadero pobre. Trae consigo la santa pobreza una honra, que no se puede sufrir: no ha menester contentar a los hombres, sino es a Dios; a nadie necesita, y así tiene muchos amigos: C. cap. 2, n. 4. La pobreza ha de ser la divisa que traigan las banderas de las familias religiosas, y los muros con que se guarnezcan los monasterios, y así estará en ellos la honestidad, y todo lo demás fortalecido: Íbid. n. 4, y 5. Al que es pobre, luego le dejan los del mundo: C. cap. 9, n. 3. Muchas veces nos hace creer el demonio que tenemos esta virtud, especialmente a los religiosos, y viniendo a la prueba no es así: C. cap. 38, n. 7, y siguientes. Inspira el demonio muchas razones, y motivos para que podamos tener cosas contra la pobreza. Al religioso le da a entender que es razón tener un buen hábito, y algo reservado que vender por si le viene una enfermedad: Íbid.

Poesía. Algunas almas hacen versos, movidas del exceso amoroso de Dios, que su Majestad las comunica en la oración: V. cap. 16, n. 3.

Política mundana. Se funda en autoridades postizas: con los grandes ha de haber hora de hablar con señaladas personas, y no han de ser los pobres: V. cap. 37, n. 2. Son cortas las vidas para aprender los puntos, y cumplimientos del mundo, y martirizan al alma que trata con Dios: Íbid. n. 5, y 6.

Porfías. Nunca porfiar mucho, especialmente en cosas que va poco: A. 5.

Potencias. Después del arrobamiento suelen andar las potencias, dos, o tres días, como absortas, o embebecidas, y fuera de sí: Íbid. n. 15. Refiere la santa cómo se la solían ofuscar las potencias, y virtudes del alma en algunos tiempos de sequedad, y pena: V. cap. 30, n. 6, y siguientes. Explica la santa como suelen andar las potencias en la oración de quietud: C. cap. 31, por todo él. Cuando están unidas las tres potencias del alma es una gloria, y paz semejante a la de dos casados, que se aman, y quiere el uno lo mismo que el otro: Íbid. n. 7. Véase la palabra: Entendimiento.

Predicadores. Hacen poco provecho en los sermones cuando los fundan en mucha discreción, fáltalos la locura santa del amor de Dios, que tenían los Apóstoles; y para hacer su oficio como deben, han de tener abandonada la honra, y todas las cosas de la tierra: V. cap. 16, n. 5. El predicador que tiene mucho amor de Dios, da gracias a su Majestad, porque le dio talento para ganar almas: V. cap. 30, n. 14. Persuade la santa a sus hijas, que sea su principal empleo hacer oración por los predicadores, y todos aquellos que defienden la fe: V. cap. 3, n. 1, y siguientes. Si el predicador no está muy fortalecido en virtud, hará poco provecho, y por más que lo encubra le entenderán las faltas los del mundo: Íbid. n. 2.

Prelados, y prelacías. Es gran desgracia tener un prelado sin letras, y corto entendimiento, y ninguna experiencia: V. cap. 11, n. 13. Sentía mucho la santa el tener oficios, y especialmente el de la prelación, por el cargo de conciencia: V. cap. 35, n. 5, y 6. Es muy arriesgada la salvación de los prelados: V. cap. 38, n. 17. Solo está dispuesto para obtener justamente las prelacías el que no las quiere, ni desea: V. cap. 40, n. 11. Dijo Cristo a la santa, que la prelada que no asiste bien a las

enfermas era como los amigos de Job: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 11. Si el prelado es santo, lo serán los súbditos: C. cap. 3, n. 5. Muchas veces puede condescender el prelado con la flaqueza del súbdito cuando éste pide te alivie, aunque en la realidad no esté necesitado: C. cap. 10, n. 10. Al superior, y al confesor se han de descubrir las tentaciones, y repugnancias, para que las curen con el consejo: A. 18. Cuando seas prelado no reprendas con ira, y así aprovechará la reprehensión: A. 58.

Premio. Aun en esta vida nos premia el Señor cualquier cosa, por pequeña que sea, hecha en obsequio de su Majestad: V. cap. 11, n. 6. Todos los trabajos que pasó la santa dice que eran muy galardonados, con una hora de las que el Señor la dio de consuelos espirituales en la oración: *Íbid.* El premio se ha de dar a proporción de las obras: V. cap. 21, n. 2. Véase la palabra: Mérito.

Presencia de Dios. Dice la santa que es menester gran ánimo para ofender a Dios, y ponerse en su presencia en la oración: V. cap. 8, n. 1. A deshoras solía venir a la santa una presencia, o asistencia de Dios tan viva, a quien ella nombra mística teología, que la suspendía el alma, sin ejercicio de discurso, ni memoria, y poniendo en amor a la voluntad: V. cap. 10, n. 1. Muchas veces experimentan las almas en la oración la presencia de Dios con tanta claridad, que perciben ellas, que el mismo Señor las habla, y asiste: V. cap. 14, n. 3, y 4. Algunas almas gozan una presencia de Dios, que parece que en queriendo comenzar a tener oración, hallan con quien hablar, y entienden que las oye su Majestad: V. cap. 27, n. 4. Cuanto hacía la santa lo ejecutaba para servir al Señor, porque le traía tan presente, que le tenía por testigo de sus obras: V. cap. 28, n. 1. Se ha de hacer presente a Dios, para que su Majestad le emplee, y premie, como lo hace el soldado a su capitán: C. cap. 18, n. 2. No ha de detenerse por murmuraciones, trabajos, ni respeto de la vida, el que quiere llegar a encontrar el agua viva por medio de la oración, ha de ser inflexible su constancia: C. cap. 21, n. 1. Explica la santa la presencia, y atención que se ha de tener, especialmente cuando se está en la oración: C. cap. 22, n. 1. La compañía que ha de procurar el alma para orar, es la del mismo Dios, haciéndose presente a su Majestad: C. cap. 26, n. 1, y en todo el capítulo hay mucha doctrina, que sirve para la presencia de Dios. Si el alma se acostumbra a traer al Señor presente, como verdadero amigo, no se podrá hallar sin su Majestad, ni apartarle de sí: *Íbid.* Esta presencia es socorro, y ayuda para llevar bien los trabajos de la vida: *Íbid.* Aunque no haya mucho entendimiento, ni discurso, se logra el bien de esta presencia, solo con que el alma vuelva los ojos hacia su Majestad: *Íbid.* Solo aguarda el Señor que le miremos, y le tengamos presente: *Íbid.* No hay trabajo que no se haga dulce teniendo presente al Señor. Recopila la santa los pasos de la Pasión de Cristo, y otros misterios, para que mirando a su Majestad en ellos, encontremos alivio, y fuerzas para llevar bien las penalidades temporales: *Íbid.* Quien ahora no trae al Señor dentro de sí, y se deleita con su presencia, y le busca, también poco se moviera a amarle cuando su Majestad estaba en la cruz, ni lo buscara cuando estaba en poder de los judíos: *Íbid.* No es necesario ir al cielo con la consideración para hacernos presentes a su Majestad; tenemosle dentro de nosotros mismos, y allí le hemos de mirar: C. cap. 28, por todo él. Si

pusiésemos la atención a Dios, que está en nosotros mismos, presto daríamos de mano a las cosas del mundo: *Íbid.* 7. Da la santa mucha doctrina perteneciente a la presencia de Dios: C. capítulo 29, n. 3, y siguientes. Duélase el espiritual de los ratos que advirtiere en el día haber faltado a la presencia de Dios, y acostúmbrese a tenerla las(66) más veces que pueda: *Íbid.* n. 4. Hemos de hacer todas las cosas como si realmente estuviésemos viendo a su Majestad, y por esta vía ganará mucho el alma: A. 21.

Pretensión. El pobre en sus pretensiones necesita padecer muchos rodeos, y trabajos para hablar a los ministros, y personas grandes: V. cap. 37, n. 2.

Profecía. Todas las hablas proféticas que tuvo la santa de Dios, dice que salieron verdaderas, y que se cumplieron: V. cap. 25, n. 3. Véase en la Vida, cap. 26, n. 2. Nunca se olvidan al alma las palabras proféticas, que la dice Dios: *Íbid.* n. 10. Tuvo luz de profecía acerca de la muerte de su hermana, y la fue a disponer: *Íbid.* n. 10.

Propósitos, y ofrecimientos. Haga cada día cincuenta ofrecimientos a Dios de sí, y esto haga con gran fervor, y deseo: A. 30. Ofrece todas las cosas al Padre Eterno, juntamente con los méritos de su hijo Jesucristo: A. 53. Véase la palabra: Oferta.

Purgatorio. La consideración de que los pecados de la santa merecían el infierno, la sirvió para ser monja, juzgando que los trabajos de este estado, no serían mayores que las penas del purgatorio, que ella quería padecer en esta vida: V. cap. 3, n. 3. Una pena muy espiritual, que padecía la santa muchos tiempos, era tan extraña, y activa, que dice se acrisolaba en ella el alma, y la servía de purgatorio: V. cap. 20, n. 12. Una noche, de las Ánimas, estando la santa haciendo oración por ellas, vio salir a algunas del purgatorio: V. cap. 31, n. 4. Estuvo la hermana de la santa, que murió de repente, menos de ocho días en el purgatorio: V. cap. 34, n. 10, y 11. Cuando la santa conocía que algún alma salía del purgatorio, aunque no se asegurase totalmente de la visión, no podía encomendarla mucho a Dios, pareciéndola era dar una limosna al rico: V. cap. 38, n. 18. Descuéntanse mucho las penas del purgatorio por la oración que se hace por el bien de las almas, y aumento de la fe: C. cap. 3, n. 3. Porque se salvase solo un alma tomaba la santa de buena gana estar en el purgatorio hasta el fin del mundo: *Íbid.* Dice la santa, que fuera cansar el referir todas las almas que el Señor sacó del purgatorio por medio de sus oraciones: V. cap. 39, n. 5. De las innumerables almas que supo la santa se salvaron, ningunas más que tres subieron al cielo sin pasar por el purgatorio: V. cap. 38, n. 23. Véase la palabra: Mérito.

Quejas(67). Daba la santa amorosas quejas al Señor cuando la ponía en sequedad: V. cap. 37, n. 5. Estaba un hermano de la santa en peligro de su salvación, y la santa se quejaba con Cristo, diciéndole: Si yo viera, Señor, en este peligro a un hermano vuestro, no me quedaría cosa que hacer por remediarle: *Íbid.* n. 14. El quejarse en las monjas, dice la santa que teme se ha hecho ya costumbre: C. cap. 10, n. 6. Es cosa muy imperfecta en las personas religiosas el andarse siempre quejando de ligeros males, que solo con el sufrimiento se pueden curar: C. cap. 11, n. 1. Véase la palabra: Agravios.

Querubín. Vio la santa multitud de querubines, y serafines asistiendo

al trono de la Divinidad: V. cap. 39, n. 15. Véanse las palabras: Serafines, y Ángeles.

Recreación. En muchas cosas decentes se sufre tomar recreación al alma virtuosa, para volver con más fuerza a los ejercicios santos: V. cap. 13, n. 1. En la hora de recreación que tienen las Carmelitas es voluntad de la santa que se diviertan, y alegren en Dios: C. cap. 7, n. 6. La recreación de los religiosos, y religiosas Carmelitas descalzos ha de ser entender, y tratar de cuán ciegamente pasan su tiempo los del mundo gastándole en puntos de vanidad: C. cap. 22, n. 1.

Reforma del Carmen. Excitaba el Señor a la santa para que se diese prisa a fundar sus conventos, diciéndola recibiese cuantas monjas la diesen, y que todas las casas estuviesen debajo del gobierno de un prelado: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 11. Dijo Cristo a la santa, que tenía su descanso en las almas, que hay en las casas de la reforma, y que escribiese la fundación de estos conventos: Íbid. Díjola también, que en sus días vería muy adelantada a esta Orden de la y Virgen: Íbid. n. 19. Dio Cristo a la santa cuatro avisos para los religiosos de la reforma: Íbid. n. 20. Es yerro buscar otro camino los Carmelitas descalzos, que aquel que descubrieron, y siguieron nuestros antiguos padres: C. cap. 4, n. 3. Son muy perjudiciales entre, los Carmelitas descalzos las amistades particulares, especialmente entre las monjas: abomínalas la santa: C. cap. 4, n. 4. En las preladas es mayor inconveniente la amistad particular con alguna. Se han de cortar luego desde los principios estas amistades, y por quitar las ocasiones de particularidad no quiso la santa que en los conventos de sus hijas hubiese pieza común para juntarse a hacer labor: Íbid. n. 5. Si en la reforma se permite algún trato con los parientes, o deudos, es para el consuelo de éstos, mas no para el de los religiosos: C. cap. 8, n. 2. En la reforma no sólo se ha de llevar la vida de religiosos, y religiosas, sino de ermitaños, ermitañas: C. cap. 13, n. 4. Al que escoge Dios para la reforma, se le hace muy dulce, y suave todo lo que en ella se profesa: Íbid. Son un cielo los conventos de la reforma para quien se contenta solo con Dios: el que quiere otra cosa todo lo perderá, y vivirá descontento: Íbid. n. 5. Todos los individuos de la reforma deben aconsejar el que tengan oración a las personas que tratan: sus conversaciones han de ser dirigidas al bien de las almas: C. cap. 20, n. 1.

Cítanse las señaladas pependencias, que practicó el Señor por medio de la santa para la erección de la reforma, en su primer convento de san José de Ávila.

Fue una, y la primera el excitarse esta grande obra en la conversación que tuvo la santa con unas religiosas de su convento: V. cap. 32, n. 5. Otra, la firme impresión que hizo esta especie en doña Guiomar de Ulloa, cuando se la refirió la santa, pues desde luego se dedicó a dar disposiciones para la renta del primer convento cuyo lado ayudó mucho a su fundación: Íbid. Otra, el decir el Señor a la santa, y mandarla, que intentase este monasterio, asegurándola, que se lograría, y haciéndola las promesas de que su Madre santísima las guardaría a una puerta, y san José a la otra, y que su Majestad andar con ellas dentro del convento, y que le nombrase san José, dejándola en esta revelación con los efectos admirables que refiere la santa: Íbid. n. 6. Otra, la clemente benignidad de Cristo,

cuando habló a la santa, y la previno dijese de su parte a su confesor, que le mandaba, y le rogaba no fuese contra la fundación: Íbid. Otra, aquel vigilante, y amoroso cuidado con que el Señor la alentaba, y consolaba para que no perdiese el ánimo, ni decayese del intento cuando la resultaron innumerable persecuciones, y fatigas por las criaturas, y aun de su confesor, sobre la idea de esta fundación: Íbid. n. 6, y en el cap. 33, n. 2. Otra, el disponer su Majestad, que el padre provincial Fr. Ángelo de Salazar mudase de dictamen, y negase la licencia, que antes había ofrecido, la cual sirvió, como advierte la santa, para que así se enderezase mejor el designio de la fundación: Íbid. n. 1. Otra, y muy especial, fue el mover Dios el ánimo del padre presentado Fr. Pedro Ibáñez, para que aprobase la fundación, cuando la santa, y doña Guiomar le consultaron, siendo así que cuando se encargó de la consulta lo hizo con intención de apartarlas del propósito, y fue tan al contrario, que se ofreció a defenderle, y le siguió tanto, que el mismo le solicitaba por Roma cuando la santa no podía hablar en el asunto: V. cap. 33, n. 8. Otra, disponer el Señor mudasen al padre rector de la Compañía, de genio algo temeroso, y que era causa de que el padre Baltasar Álvarez, confesor de la santa, la llevase por camino apretado, atándola el espíritu, y puso Dios en su lugar por rector de aquella casa al padre Gaspar de Salazar, varón de gran talento, que conoció al instante el espíritu de la santa, y le dio rienda, y santa libertad para poder volver a tratar de la fundación: Íbid. n. 4, y 5. Otra, fue el mandarla el Señor (después de cinco, o seis meses que había cesado la fundación) que volviese a emprenderla, dándola razones, y motivos, que de su parte había de exponer al padre rector, y confesor, para que no se lo estorbasen: Íbid. 5. Otra, aquella providencia milagrosa que tuvo el Señor para socorrerla con los dineros necesarios para la obra, ofreciéndola, por medio del Señor san José, que no la faltarían, y que así ajustase los oficiales: Íbid. n. 6, y 7. Otra, aquella sería reprensión que la dio, cuando pareciéndole a la santa chica la casa, la mandó entrarse en ella, diciéndola: ¡Oh codicia del género humano, que aun tierra piensas que te ha de faltar! Íbid. Otra fue, estar la santa inclinada a dar la obediencia del convento a los prelados de la Orden, y avisarla el Señor que no lo hiciese, dándola las razones por qué no convenía por entonces, y previniéndola el medio por donde vendría el despacho, o Breve, que no se acababa de conseguir por la vía que se solicitaba: Íbid. n. 9. Otra, el excitar el Señor a doña Luisa de la Cerda para que alcanzase del provincial mandase a la santa fuese a consolarla en la pena que padecía por la muerte de su marido, lo cual convino mucho para el logro de la fundación, porque ausente la santa en aquel tiempo de Ávila, se deshacía la trama, que el demonio tenía fraguada contra ella, según Cristo se lo previno a la santa, ordenándola que marchase: V. cap. 34, n. 1. Otra fue, el avisar el Señor a la santa, que fundase el convento en pobreza, diciéndola muchas alabanzas en honor de esta virtud, para hacerla pobre: V. cap. 35, n. 4. Otra fue, y de las más especiales, mover el Señor al provincial para que levantase el precepto a la santa, y pudiese volverse a su convento cuando estaba en casa de doña Luisa de la Cerda, y mandarla su Majestad que marchase luego, y consentirlo la señora, mortificando el mucho amor que cobró a la santa, todo esto providenciado para que ella estuviese en Ávila al mismo tiempo que llegó el Breve de

Roma, para el monasterio, pues se recibió la misma noche que entró la santa en aquella ciudad: Íbid. n. 5, y siguientes. Véase el cap. 36, n. 1, y siguientes. Otra fue, el disponer Dios estuviere a esta sazón en Ávila san Pedro de Alcántara, cuya autoridad fue el todo para que el señor obispo don Álvaro de Mendoza admitiese el monasterio, y advierte la santa, que parece le tenía guardado Dios para que finalizase esta grande obra, pues murió de allí a pocos días: V. cap. 36, n. 1. Otra fue, disponer el Señor que Juan de Ovalle, cuñado de la santa, cayese malo, para que con este motivo saliese la santa del convento de la Encarnación a asistirle, y pudiese atender a formalizar su primer convento, durando la enfermedad solos los días que hubo menester la santa para este fin: Íbid. n. 2. Otra, el dar el Señor espíritu, y valor tan firme al padre maestro Fr. Domingo Báñez para que él solo pudiese rebatir la fuerza del corregidor, cabildo, religiones, y toda la ciudad de Ávila, cuando se juntaron para deshacer el convento de san José después que se acababa de fundar: Íbid. n. 8. Otra, cuando en el fervor de estas borrascas se inclinaba la santa a que el monasterio tuviese renta, para que se aplacasen, y la avisó el Señor que no hiciese tal cosa, disponiendo también su Majestad el que la apareciese, glorioso san Pedro de Alcántara, diciéndola esto mismo con algún rigor, y severidad: Íbid. n. 8, y 12. Otra, el traer el Señor al padre maestro presentado Fr. Pedro Ibáñez a tan buena ocasión, que fue forzosa su autoridad, letras, y opinión de virtud para acabar de aquietar los ánimos, que perseguían a la fundación, alcanzando del provincial que se fuese la santa al convento de san José a vivir con sus hijas, siendo así que no tenía entonces precisión alguna de venir a Ávila, donde estuvo lo forzoso, que fue inexcusable para este asunto como lo nota la santa: Íbid. n. 13. Otra providencia fue, el prevenirla su Majestad, que todas las casas de su Orden anduviesen debajo de un gobierno de prelado, y también el excitarla al aumento de la religión, cuando hallándose la santa muy dolorosa, por las espinas que ocasionaban al Señor los pecadores, y preguntándole la santa, que podía ella hacer para remediarlo, la dijo su Majestad, que se diese prisa a hacer estas casas, que con las almas de ellas tenía su descanso, y que tomase cuantas monjas la diesen, y que los conventos que fundase en lugares pequeños fuesen como el de Malagón: consta en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 11. Otra, los cuatro avisos que el Señor dio a la santa para que la reforma se mantuviese siempre en aumento: Íbid. n. 20. Haciéndose cargo la santa de todas estas providencias milagrosas, que practicó el Señor para la creación de su reforma, pide a su confesor, que reserve toda la relación que escribió para dejarnos su noticia, aunque le parezca conveniente romper lo demás, que pertenece a su vida, y mercedes, que Dios la hizo, para que en vista de tales conatos de su Majestad se esfuercen los de su familia a mantener en perpetua observancia lo que tanto costó al Señor, y a la santa: cap. 36, n. 15.

Regalos, y presentes. Los regalos del mundo eran cruz, y tormento para la santa: V. cap. 34, n. 2. El que se hace a los Carmelitas descalzos es para todos, y le goza el común: C. cap. 9.

Religión, Religiosos, y Religiosas. Hace el Señor dulces cosas, y trabajos de la religión después que nos costó mucho determinarnos a este estado: V. cap. 4, n. 1. El alma que vive en verdad se ríe de los

religiosos que hacen mucho caso de su honra por autorizar el estado; que sabe que aprovechará más en no defenderla por amor de Dios: V. cap. 21, n. 5. Según el errado inicio del mundo, hasta el religioso, y la monja parecen mal si traen cosa vieja: V. cap. 27, n. 9. Lamenta la santa el que los religiosos no enseñen con las obras lo poco en que se ha de apreciar el mundo, y que no sean un dibujo de Cristo, y los Apóstoles: Íbid. Hay muchos religiosos, y personas espirituales con muchas virtudes, y porque están asidos al puntillo de la honra, no producen fruto: V. cap. 31, n. 9. El Señor dijo a la santa, que aunque las religiones estaban relajadas, que se servía mucho a su Majestad en ellas, y que ¿qué fuera del mundo, si no fuese por los religiosos? V. cap. 32, n. 6. Pasaron los santos patriarcas muchas persecuciones, y trabajos en la fundación de sus religiones: Íbid. Es muy recia la tentación, que acomete al religioso, o religiosa de descontento en el estado; permitiósela el Señor a la santa así que acabó de hacer del primero de sus conventos para que se compadeciese si viese a alguna con ella: V. cap. 36, n. 6. Hasta en las religiones, donde nunca se debieran ver, entran los cumplimientos, y puntos del mundo: V. cap. 37, n. 6. Algún santo hubo de decir: que las religiones habían de ser corte de crianza para los que fueran cortesanos del cielo, y se ha entendido al revés: Íbid. Estando la santa un día en oración, se la dio a entender el gran provecho que había de hacer una religión en los últimos tiempos: V. cap. 40, n. 8. Otra vez se le apareció un santo de una Orden, que entonces estaba algo caída, con un libro en que estaba escrito un letrado, que decía: En los tiempos advenideros florecerá esta Orden, y habrá muchos mártires: Íbid. n. 9. Otra vez vio a seis, o siete religiosos de esta misma Orden con espadas en las manos, y se la dio a entender defenderían la fe; y en otra ocasión vio a los de esta Orden en un gran campo peleando con los herejes, y el santo de la dicha Orden se la apareció muchas veces, agradeciéndola la oración que hacía por su Orden: Íbid. n. 10. Cada religioso debe procurar por sí con su buena vida, el que su religión sirva a la Iglesia: Íbid. A la religión la tenía la santa por puerto seguro; desde ella miraba, como desde lo alto, las cosas de la tierra sin que la ocasionasen pena ni alegría: Íbid. n. 16. Persuade la santa a su familia, que pidan a Dios por el fervor, y aumento de las religiones, diciendo que ya solo nos ha de valer el fervor eclesiástico, y no el secular: C. cap. 3, n. 1, y siguientes. Los más de los varones ejemplares, y capitanes de la Iglesia, que defienden la fe, dice la santa que están en las religiones: Íbid. Es gran bien el que hace el Señor a quien concede vocación de religioso. Si antes de profesar conoce que no tiene fuerzas para observar las estrecheces de la religión, que es muy austera, múdese a otra menos rigurosa: C. cap. 8, n. 1, y 2. El religioso que desea tratar a sus parientes es imperfecto: Íbid. Son innumerables los daños causa al religioso el trato de parientes. Se le pegan todos sus trabajos, y no puede gozar de sus contentos: y está tan autorizado este daño, que se tiene ya por falta de virtud el no quererlos tratar: C. cap. 9, por todo él. Es mucha la guerra que dan, especialmente a las religiosas, el regalo del cuerpo, y amor a la salud. Algunas parece que vienen a la religión solo para cuidar de no morir: C. cap. 10, n. 4. Algunas procuran tanto el cuidar de la salud con el pretexto de observar lo que manda la Orden, que por atender a ella, no lo observan en toda la vida: Íbid. El que de

una vez no se determina a tragar la muerte, y falta de salud, no hará cosa buena, cautivado de su amor propio: C. cap. 11, por todo él. La vida del religioso es un martirio continuado, y largo: C. cap. 12, n. 2. El oficio del religioso es la oración: C. cap. 21, n. 1. En las religiones no se ha de tratar de puntos de nobleza, porque el religioso solo la tiene en ser hijo de Dios: C. cap. 27, n. 1. Véase en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 18. Los del mundo hartos hacen en tener determinación de cumplir lo que ofrecen a Dios; los religiosos han de juntar las obras con las palabras: C. cap. 32, n. 6. Véanse las palabras: Leyes, Observancia, Monasterio, Perfectos, Perfección, Novicios, y Vocación.

Religiosas Carmelitas descalzas. Dice la santa, que espera en Dios, que sus hijas no tendrán inclinación especial a los confesores que no fueren muy santos, y espirituales, ni que apetecerán conversaciones, o pláticas con personas que no son aficionadas a hablar de Dios: C. cap. 4, n. 8. Quiere la santa que sus hijas traten sus almas con personas de letras, y que no las precisen a solo un confesor ordinario: C. cap. 5, en todo él. Cosas pertenecientes al amor profano, ni se han de ver, ni oír entre las Carmelitas descalzas: Cap. 7, n. 1. Deben amarse con gran caridad, sintiendo unas los trabajos de otras, especialmente las faltas que vieren en las hermanas, ejecutando la virtud contraria para enseñarlas, y corregirlas con la obra, y haciendo oraciones por ellas: Íbid. n. 4, 5, y 6. Aborrece la santa las ternuras, y palabras amorosas entre sus hijas, son muy de mujeres, y no quiere lo sean las Carmelitas, sin varones fuertes: Íbid. n. 7. Alabe mucho al Señor la Carmelita descalza, porque su Majestad la llamó a estado tan dispuesto para servirle, como lo ejecutaba la santa: C. cap. 8, n. 1. Refiere la santa el perjuicio que hace a sus hijas el tratar a sus parientes: C. cap. 9, por todo él. La persona que no quiere llevar cruz, sino que sea puesta en razón, no es para Carmelita descalza: C. cap. 13, por todo él. Las condiciones amigas de ser estimadas, y que reparan mucho en faltas ajenas, y no en las suyas, no son para Carmelitas descalzas: Íbid. n. 3. Las Carmelitas descalzas, dice la santa, que no han de ser honradas, porque son pobres, no han de tener apego a cosas del mundo: Íbid. n. 4. Las necias no son para Carmelitas descalzas: C. cap. 14, en todo él. La Carmelita descalza con todas las personas que trate ha de procurar persuadirlas a que tengan oración, y no ha de tratar a nadie si no es con este designio, porque su profesión es de hacer por las almas, así en oraciones, como en palabras: C. cap. 20, n. 1. Solo ha de hablar de Dios con los del mundo, y que entiendan éstos que ellas no saben otro lenguaje: Íbid. Aunque no es propio de las mujeres enseñar, pueden las religiosas mostrar a los que tratan el camino del cielo, para que busquen estos(68) maestros que los dirija en él: Íbid. Así como la desposada debe estar instruida en las circunstancias de su esposo, de qué tierra, qué bienes, qué calidad, y natural tiene, debe la Carmelita descalza estarlo en las del suyo, que es Cristo, meditando siempre en sus divinas perfecciones: C. cap. 22, n. 1. Las Carmelitas descalzas cuanto fueren más santas, han de ser más afables, de suerte que todos amen su conversación: C. cap. 41, n. 8.

Reloj. Tenía la santa consuelo en oír el reloj porque pasada la hora,

se acercaba más a la muerte para ver a Dios: V. cap. 40, n. 15.

Reprensiones. Aparecióse Cristo a la santa con semblante de mucho rigor, y la reprendió las amistades, y conversaciones que tenía. También la reprendió esto mismo por medio de la aparición de un sapo horroroso, estando con la persona con quien tenía amistad: V. cap. 7, n. 3. Reprende el Señor a la santa por parecerla chica la casa, que se había comprado para el primero de sus conventos: V. cap. 33, n. 7. En la oración solía encontrar la santa la reprensión verdadera: V. cap. 38, n. 11. Reprendió el Señor a la santa porque andaba si sus revelaciones serían falsas, o no, y la dijo su Majestad: ¡Oh hijos de los hombres!, ¿hasta cuándo seréis duros de corazón?: V. cap. 39, n. 16. Nunca reprender a nadie sin discreción, humildad, y confusión propia: A. 8. Cuando algo te reprendieren, recíbelo con humildad interior, y exterior; y ruega a Dios por quien te reprendió: A. 44. No reprendas con ira, y aprovechará la reprensión: A. 58. Véase la palabra: Castigo.

Respuestas. La santa respondía, y daba razones con sencillez a los que dudaban de su espíritu, y éstos decían que los quería enseñar, y que se tenía por sabia: V. cap. 28, n. 13. Véase aquí el cap. 29, n. 3. Responde con blandura: A. 48.

Revelaciones. Las grandes virtudes que las revelaciones dejaban en la santa, la aseguraban para defenderse de los celos en que otros la ponían de que era del demonio: V. cap. 28, n. 11. Aunque a la santa la pareciese que era cierta la revelación, si el confesor, o letrado a quien consultaba juzgaba que no lo era, no la seguiría, ni obraría por el sentir de su juicio, o dictamen: V. cap. 32, n. 8. Véanse palabras: Mercedes de Dios, Visiones, Oración, Arrocamiento, y Unión.

Reyes(69). Si los reyes conociesen la verdad, y viviesen en ella, todo el reino andaría concertado: V. cap. 24, n. 1. Están más obligados a mirar por la honra de Dios, que los demás hombres: Íbid. Deben los reyes anteponer el aumento de la fe a los demás intereses de su reino: Íbid. La santa los encomendaba mucho a Dios, y dice, que cuando mueren hay señales en el cielo, como en la muerte de Cristo: Íbid. Con el rey no tienen entrada los pobres. Su reino es armado de palillos, fundado en autoridades postizas, no se le conoce por la persona, sino por el acompañamiento que lleva: V. cap. 37, n. 2, y 3. Es razón se tema a los reyes, y personas que representan ser cabezas: Íbid. n. 5. Decía la santa, qué se me da a mí de los reyes, y señores del mundo, si no quiero sus rentas, ni tenerlos contentos, si un tantico se atraviesa haber de descontentar en algo a Dios: C. capítulo 2, n. 3. Deseaba la santa el ser amada de las personas santas, mas que el serlo de los reyes, y señores del mundo: C. cap. 6, n. 2, y 3. Véanse las palabras: Señorío, Cumplimientos mundanos, Palacio, y Política.

Riquezas. Aquel se hallará rico, que dejó las riquezas por Jesucristo: V. cap. 27, n. 9. Las riquezas traen consigo muchos cuidados: V. cap. 35, n. 1. La verdadera riqueza, y señorío es no poseer nada: V. cap. 40, n. 11. El que no es rico, no se tiene en el mundo por honrado; siendo así, que la pobreza trae consigo a la verdadera honra: C. cap. 2, n. 3, y 4. Véanse las palabras: Dineros, y Interés.

Ruegos, Petición, Oraciones por otros. Dijo a la santa Cristo, que ejecutaría cuanto ella le pidiese: V. cap. 39, n. 1. Estando pidiendo por

una persona, oyó con los oídos corporales una voz muy suave, y entendió se haría lo que pedía: *Íbid.* n. 3. Cuando el sacaba de pecado a alguna alma, o la hacía otro beneficio, se sentía más obligada a servir más a su Majestad: *Íbid.* n. 5. Aquellas cosas que la santa al Señor, cuando no convenía su logro, sentía en sí gran tibieza para pedir las. Lo contrario la sucedía cuando su Majestad quería concederlas: *Íbid.* Dice, que cuando pedía a Dios intereses temporales para aquellas personas que se lo encomendaban, que la parecía no la oía Dios: C. cap. 1, n. 2. Deben hacer los Carmelitas, y todos, oraciones por los que los socorren con limosnas. Algunos de los que las dan se librarán del infierno por las oraciones de aquellos que las reciben: C. cap. 2, n. 5. Dice a nuestro Señor, que no nos oiga a los Carmelitas descalzos cuando le pedimos honras, y dineros, y cosas que sepan a mundo: C. cap. 3, n. 4. Hace la santa una peroración excelente al Padre Eterno proponiéndole los méritos de su Hijo Soberano con razones para que su Majestad la oiga, y a toda su familia, en las oraciones que hacen por el aumento de la Iglesia, destrucción de las herejías: *Íbid.* Pide eficazmente a sus hijas la encomienden a Dios, y supone que su principal conato ha de ser el hacer oraciones por los reyes, prelados de la iglesia, y especialmente por los que las gobiernan: *Íbid.* n. 5. Hizo muchas oraciones la santa para que el Señor diese a luz acerca del método que se había de tornar en punto de confesores para sus monjas: C. cap. 5, n. 4. Quien va a pedir a persona grave, lleva muy pensado lo que ha de pedir, y lo mismo debe ejecutar el que pide a Dios, mediante la oración del Padre nuestro: C. cap. 30, n. 1. Se reía la santa de aquellos que no se atreven a pedir trabajos a Dios, por el miedo de que su Majestad se los dará luego: C. cap. 32, n. 2. Es lícito a los del mundo el pedir a Dios lo temporal que necesitan para sustentar sus casas: C. cap. 37, n. 2. A Dios le hemos de pedir mucho, y no poco, así como sería vergüenza pedir un maravedí a un gran emperador. C. cap. 42, n. 4. Después de pedir a Dios, hemos de desear que se haga su voluntad, y no la nuestra, si no es conforme a la suya: *Íbid.*

Sabios. Dice la santa, que la ocasionaran muchos daños algunos sujetos medio letrados: V. cap. 5, n. 2. Aquel es tenido por sabio, el cual quiso ser tenido por loco en esta vida, a imitación de Cristo: V. cap. 27, n. 9. Es ignorancia el pensar que se sirve más a Dios, porque nos tengan por sabios, y discretos: *Íbid.* Véanse las palabras: Doctrina, Escritos, Doctores, y Letras.

Sacerdocio, y Sacerdotes. Convirtió la santa a un sacerdote de mala vida: V. cap. 5, n. 2. Los sacerdotes están más obligados a ser buenos, que los que no lo son: V. cap. 38, n. 15.

Sacramentos. El alma virtuosa, que por su flaqueza tuvo alguna caída, recurre ansiosa a los sacramentos de la Confesión, y Comunión, dando a Dios muchas gracias por la virtud que puso en ellos para sanar de nuestras llagas: V. cap. 19, n. 3.

Saeta, o dardo. Introduce veces introduce el Señor en las almas una saeta de su amor, que parece lleva yerba para aborrecerse a sí mismas por amor de Dios: V. cap. 29, n. 9. Cuando el Señor hiere al alma con esta saeta, está como herida, que menciona David: *Íbid.* n. 10. Refiere la santa el modo con que el ángel hirió a su corazón con el dardo: *Íbid.* n. 11.

Salud. Deseámosla muchas veces, y suele ser causa de muchos males

espirituales: V. cap. 6. Véase la palabra: Enfermedad.

Salvación. Dice la santa, que no tenía fuerzas su alma para salvarse sin las grandes mercedes que el Señor la hacía: V. cap. 18, n. 2.

Samaritana. Era la santa muy devota de esta dichosa mujer, y la tenía dibujada a donde estaba siempre cuando niña, con un letrado, que decía: Domine, da mihi aquam: V. cap. 30, n. 13. Se necesita en la oración de mucha constancia para llegar hasta encontrar el agua que dijo el Señor a la Samaritana: C. cap. 19, n. 3.

Sangre. Dijo Cristo a la santa, que quería su Majestad la aprovechase su sangre: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 2.

Santos. No encontraba la santa en ninguno de los que fueron grandes pecadores con quien consolarse, por parecerla que después que los llamó el Señor, no le volvieron a ofender: en el proemio al libro de la Vida.

Recurrió la santa a los médicos del cielo, que son los santos, cuando conoció no la podían valer los médicos de la tierra: V. capítulo 6, n. 3.

No han de acobardarnos las obras de los santos, pareciéndonos que es falta de humildad el hacer ánimo de ejecutarlas, antes bien, fiados en Dios,

hemos de formar deseos de imitarlas: V. cap. 13, n. 4. Las almas, después que se levantan de las culpas, recurren ansiosas al patrocinio de los santos, para que las alcancen virtud del Señor para perseverar: V. cap.

19, n. 3. El amor de Dios les hacía aborrecer la vida: V. cap. 21, n. 3.

Todos los santos contemplativos fueron devotísimos de la humanidad de Cristo: V. cap. 22, n. 4. Hacía la santa muchas oraciones a los santos porque Dios la llevase por otro camino, que no fuese sospechoso: V. cap.

26, n. 1. Aunque no seamos santos, lo podemos ser. Es malísima disculpa el decir, que no somos santos, ni ángeles, para disculpar nuestros defectos:

C. cap. 16, n. 8. En las fiestas de los santos piense sus virtudes, y pida a Dios se las dé: A. 55. Véase la palabra: Festividades.

Secreto. Nada se le oculta a Dios; y si entendiésemos bien esto no ejecutaríamos cosas malas: V. cap. 2, n. 3. El Señor reveló a la santa muchos secretos pertenecientes a la gloria que se dará a los buenos, e infierno a los malos: V. cap. 32, n. 5. Las mercedes de la santa no se publicaron por culpa suya: sentía mucho esto, pero después la puso el Señor en paraje que no lo sentía: V. cap. 40, n. 16. Guarde mucho los sentimientos que el Señor le comunicare en la oración: A. 32. Recálese la devoción: A. 37. La devoción interior no la muestres sin gran necesidad; Mi secreto para mí, dice san Francisco, san Bernardo: A. 38.

Sed. Pone la santa un símil en la sed, y el agua, para explicar almas en la oración: C. cap. 19, n. 3. El que fuere constante, y caminase por la oración buscando el agua viva, no morirá de sed en la carrera: C. cap. 20, n. 1.

Seglares. Muchas personas de suposición por lograr el trato de la santa alcanzaban de sus prelados, que viniese algunas veces a sus casas. Sentíalo ella: V. cap. 32, n. 5. Cristo dijo a la santa, que avisase a sus frailes tratasen poco con seglares, y esto para bien de sus almas: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 20. Véanse las palabras: Mundo, Señorío, Cumplimientos mundanos, y Política mundana.

Seguridad. No la hay en esta vida, especialmente en la firmeza de nuestra perseverancia, por más encumbrada que se vea el alma en la virtud: V. cap. 6, n. 4. En la humildad, mortificación, y desasimiento de todo

está la seguridad del espíritu, no en los regalos espirituales: C. cap. 17, n. 4. Suele poner el demonio una tentación de seguridad, acerca de que ya no volveremos atrás en la virtud, la cual es muy perjudicial: C. cap. 39, n. 3.

Semana santa. En ella solía la santa padecer mucha tenebrosidad, y penas muy fuertes: V. cap. 30, n. 7.

Señorío, Señores, y Grandezas de tierra. El alma que ha gozado las grandes mercedes que el Señor suele hacer en la oración, queda con un señorío sobre todo lo criado, despreciándolo, y conociendo que todo es engaño, y mentira: V. cap. 20, n. 17, y siguientes. El señorío del mundo es un engaño, cuanto más grande, trae mayores cuidados, no deja comer, beber, ni vestir conforme al gusto, sino precisado al estado: V. cap. 34, n. 2. Aborreció la santa el ser señora. La mayor mentira del mundo es llamar señores a las personas de alto estado, porque en la realidad son esclavos: Íbid. n. 3. Con las mercedes que el Señor hacía a la santa no la espantaba la grandeza del mundo, y así estaba tratando a las grandes señoras con tanta libertad, como si no lo fuesen: Íbid. n. 2. El señorío del mundo está fundado en autoridades postizas: V. cap. 37, n. 2. Los grandes del mundo son nada delante de Dios en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 18. Véanse las palabras: Reyes, Cumplimientos mundanos, Palacio, y Política mundana.

Sequedades. No se deje la oración por las sequedades. Da la santa excelente doctrina para que las podamos sufrir: V. cap. 11, n. 6. Véase aquí el n. 8. En las sequedades se ha de aplicar el alma con más esfuerzo a quitar las malas yerbas de sus inclinaciones: V. cap. 14, n. 6. Refiere la santa largamente las horrorosas sequedades, desolaciones, y otras penas que padecía en algunos tiempos: V. cap. 30, n. 6, y siguientes. Algunas veces está el alma inútil para todo lo que es oración, y pensamientos buenos, para que conozca lo que es en sí, cuando Dios no obra en ella. Entonces se debe ocupar en otras obras meritorias: V. cap. 37, n. 4. Quejábase la santa con Dios cuando estaba en sequedad, y le dijo una vez: Creo Señor, que si fuera posible esconderme yo de vos, como vos de mí, que pienso, y creo del amor que me tenéis, que no lo sufriríades: Íbid. n. 5. En tiempo de tristeza, y turbación, no dejes las buenas obras que solías hacer de oración, y penitencia; antes tengas más que solías, y verás cuán presto te favorece el Señor: A. 65. Véanse las palabras: Aflicción, Trabajos(70), Penas, y Tribulaciones.

Serafines. Vio la santa mucha multitud de serafines, y querubines, con más hermosura que la de otros ángeles, que antes había visto en el cielo, y estaban asistiendo al trono de la Divinidad: V. cap. 39, n. 15. El ángel que hirió a la santa la parece que fue serafín: V. cap. 29, n. 11. Véanse las palabras: Querubines, y Ángeles.

Sermones. En los sermones sentía la santa gran reprehensión en su conciencia. Siempre los oía de buena gana, aunque no fuesen muy excelentes: V. cap. 8, n. 6. Se convierten pocos en los sermones, porque los predicadores predicán con juicio, y seso muy concertado a las cosas del mundo: V. cap. 16, n. 5.

Silencio. Porque sus hijas guardasen mejor el silencio, y se acostumbraesen a la soledad, para estar dispuestas para la oración, no quiso que tuviesen pieza común para juntarse a hacer labor: C. cap. 4, n.

5.

Simeón el Justo. Con los ojos solo veía este santo al Niño Dios, pobrecito, y sin comitiva; pero en el alma le dio su Majestad a entender su grandeza: con este ejemplo explica la santa la oración de quietud: C. cap. 31, n. 1.

Singularidad. Huye siempre la singularidad cuanto te fuere posible, que es gran mal a la comunidad: A. 33. Cosa particular de comida, o vestido no la pidas sin gran necesidad: A. 49.

Sol. Es oscura su luz, para que por ella se pueda conocer la claridad, y hermosura de las cosas de la gloria: V. cap. 28, n. 4.

Sueño. San Pedro de Alcántara en cuarenta años durmió solo hora, y media entre noche, y día: V. cap. 27, n. 10. Llegó la santa a tal perfección, y desasimiento de lo criado, que la parecían sueño las cosas de la vida, sin que la diesen pena, ni contento: V. cap. 40, n. 16.

Temor de Dios. El temor de Dios es un castillo donde se guerrea contra el mundo, y demonio. Amor, y temor de Dios es el único remedio para tener seguridad en esta vida: C. cap. 40, n. 1, y 2. Al que tiene temor de Dios, luego se le conoce porque se aparta de las ocasiones. Los contemplativos le tienen muy descubierto, y no harán un pecado venial con advertencia, por mucho interés que consigan por ejecutarle: C. cap. 41, n. 2. El que de veras viere en sí tan gran temor de Dios, que antes perderá mil vidas que ofenderle, ande con santa libertad, no encogido, ni apretado demasadamente, aunque se junte con personas distraídas, a las cuales podrá servir para que se vayan a la mano: Íbid. n. 5. Hemos de llevar delante de todas las cosas el temor de Dios: Íbid. n. 9. Ten presente la vida pasada para llorarla, y la tibieza presente, y lo que te falta de andar de aquí al cielo, para vivir con temor, que es causa de grandes bienes: A. 47. Ejercítate mucho en el temor de Dios, que trae al alma compungida, y humillada: A. 60. Tu deseo sea de ver a Dios: tu temor, si le has de perder: tu dolor, que no le gozas; y tu gozo, de lo que te puede llevar allá, y vivirás con gran paz: A. 68.

Temores, y celos. Empieza la santa a recelar si el demonio la engañaba: V. cap. 23, por todo él. Estuvo dos años la santa en estos celos, porque cinco, o seis siervos de Dios, muy letrados, que sabían sus cosas, decían que su espíritu era del demonio: V. cap. 25, n. 8. Más miedo tenía la santa a los confesores, que temen mucho al demonio, que al mismo demonio: Íbid. n. 12. Solo se ha de temer el ofender a Dios: teniendo a su Majestad contento, no hay que temer al demonio, ni a cosa de esta vida: V. cap. 26, n. 1. Pasadas las visiones, y revelaciones solía tentar el enemigo a la santa con los temores de que no serían ciertas: V. cap. 28, n. 3. Llevaba el Señor a la santa por camino de temor, y no acababa de asegurarse con lo que otros la decían acerca de que su espíritu era bueno: V. cap. 30, n. 4. Dice la santa, que no se tenga miedo a los espantajos que suele poner el demonio, porque en no dándose nada, pierden las fuerzas: V. cap. 31 n. 4. Véase la palabra: Cobardía.

Tentación. La mayor tentación que padeció la santa fue dejar la oración mental durante un año, con pretexto de falsa humildad: V. cap. 7, n. 1, y 6. A los principiantes en la oración les suele venir un deseo muy inquieto de que todos sean buenos, y sentimiento indiscreto de las culpas que hacen, que les pone el enemigo para que lo remedien, se siguen muchos

yerros: V. cap. 13, n. 7, y 8. Algunas veces, dice la santa, que era tan tentada, que todas las vanidades, y flaquezas de la vida pasada, tornaban a despertar en ella: V. cap. 31, n. 4. Tuvo una tentación de sentir con tanto exceso el que se declarasen las mercedes que Dios la hacía, que quisiera más, que la enterrasen viva: Íbid. También la tuvo en sentir que la alabasen, y pedía a Dios diese a conocer a estas personas sus pecados; y ella en la mejor forma que podía se los declaraba, cuando conceptuaban bien de ella: Íbid. n. 6. Tuvo una tentación muy recia así que acabó de hacer el primero de sus monasterios, recelando si sería voluntad(71) del Señor: díola su Majestad luz, y la venció: V. cap. 36, n. 4, y siguientes. Usa de nuevas armas el demonio para tentar a las almas religiosas: en el prólogo al Camino de Perfección. La mayor de las tentaciones es cuando el demonio se transforma en ángel de luz, no tanto porque nos hace creer, que los gustos que él finge son de Dios, sino porque nos infunde vanidad, y chupa la sangre del alma, y la deja sin virtudes: C. cap. 38, n. 1, y siguientes. Hácenos gran perjuicio el demonio cuando nos hace creer, que tenemos virtudes: Íbid. n. 3. Da la santa avisos para defendernos de algunas tentaciones del demonio: C. cap. 39, por todo él. Siempre se ha de recurrir al Señor para que nos libre de las tentaciones: C. cap. 39, n. 5. Pone muchas veces el demonio una tentación de temor falso a las almas adelantadas en la perfección, haciéndolas creer que las mercedes que reciben no serán de Dios, por ser ellas ruines, y consigue desasosegarlas: C. cap. 40, n. 4. Intenta el demonio en esta tentación el que se cobre miedo a la oración, y que no se entreguen a ella muchas almas: Íbid. n. 5. Al superior, y confesor se han de comunicar las tentaciones, para que las remedien con el consejo: A. 18. No comuniques tus tentaciones, e imperfecciones con las más desaprovechadas de casa, que te harás daño a ti, y a las otras, sino con las más perfectas: A. 66.

Terrenas (cosas). Después que el alma ha experimentado las mercedes de Dios, como arrobamientos, etc., se hacen tan extrañas las cosas de esta vida, que la es muy penosa: V. cap. 20, n. 5. El que tiene en algo las cosas temporales, siente dejarlas, y todo lo que hace es imperfecto, y perdido; y aquí viene bien (dice la santa) el decir, que es perdido quien tras perdido se anda: V. cap. 34, n. 8.

Trabajos. Aun en esta vida los paga el Señor por varios caminos a los que los pasan por su Majestad: V. cap. 4, n. 1. Sin haber pasado recios trabajos, pocos llegan a la unión con Dios: V. cap. 19, n. 2. Fueron muy recios los que padeció la santa cuando cinco, o seis hombres doctos, y virtuosos dijeron, que su espíritu tenía demonio: V. cap. 25, n. 8. El mayor trabajo que padeció la santa fue la persecución de personas buenas; así se lo dijo san Pedro de Alcántara: V. cap. 30, n. 3. Véase en la Vida el cap. 28, n. 11, 12, y 13, y el capítulo 29, n. 3. Cuando se juntan los dolores corporales con las penas espirituales del alma, es un recio trabajo: V. cap. 30, n. 5. Refiere la santa difusamente los grandes trabajos que solía padecer en el alma: V. cap. 30, n. 6, y siguientes. Cuando los demonios atormentaban a la santa con dolores, y otras penalidades, pedía al Señor, que como la diese paciencia, que durase aquel martirio hasta el fin del mundo. Fueron innumerables las veces que la atormentaban: V. cap. 31, n. 1, y siguientes. Todos los trabajos de la vida se la hacían suaves a la santa después que vio el infierno: V. cap.

32, n. 2, y 3. No podía la santa dejar de desear trabajos, por lo mucho que crecía con ellos en el amor de Dios: V. cap. 33, n. 3. Hasta que se deja todo por Dios, no da su Majestad la luz de lo mucho que se gana en padecer: V. capítulo 34, n. 9. Cuando a la santa se la ofrecían ocasiones de padecer, no podía sosegar hasta que se arrojaba a los trabajos: V. cap. 35, n. 6, y 7. Por gozar un poquito más de gloria, decía la santa, que padecería de buena gana todos los trabajos de esta vida hasta el fin del mundo: V. cap. 37, n. 1. Viose la santa en algunas ocasiones tan perseguida, y acosada, que faltándola todo el auxilio humano, no tenía más amparo, que levantar los ojos al cielo, y el Señor la socorría: V. cap. 39, n. 12, y 13. Son muy apreciables los trabajos por el premio que tendrán de Dios: Íbid. n. 14. Tanto deseaba la santa los trabajos, que sin ellos no podía aguantar la vida, y así, decía regularmente a su Majestad: Señor, o morir, o padecer: V. cap. 40, n. 15. No está el merecer en gozar, sino en obrar, y padecer, y amar: en los papeles de la santa, que están después de la Vida, n. 1. A quien Dios más ama da mayores trabajos, como lo hizo con su Hijo: Íbid. Con gran gusto daba la santa por bien empleados todos los trabajos que pasó en fundar la reforma, con tal que su familia sea parte para alcanzar de Dios asistencia, para que los varones doctos, y virtuosos, que defienden la fe, sean perfectos, y triunfen de las herejías: C. cap. 3, n. 3. Trabajos que se acaban, no son trabajos, ni se debe hacer caso de ellos: Íbid. A veces en cosas muy pequeñas se siente tanto trabajo, como otras en cosas grandes, y penosas: C. cap. 7, n. 4. Los contemplativos no piden al Señor los libre de trabajos, antes los desean; son como los soldados, que anhelan por las batallas para enriquecerse: C. cap. 38, n. 1. Debemos andar con grandes deseos padecer por Cristo: A. 29. Véanse las palabras: Sequedades, Tribulaciones, Penas, Aflicción, Cruz, y Mortificación.

Trajes, o vestidos. El engaño del mundo gradúa de poca edificación el no andar con mucha compostura cada uno en su estado. Aun el religioso, clérigo, y monja no han de traer cosa vieja: V. cap. 26, n. 9. Véase la palabra: Galas.

Trato espiritual. Todo el bien del alma consiste en tratar en sus principios con personas espirituales, que la den luz: V. cap. 23, n. 2. Hizo gran provecho a quien trataba a la santa el ver en ella la gran determinación que el Señor la dio para apartarse de todas las cosas por su Majestad: V. cap. 24, n. 4. Cuán diferentemente se puede tratar con Cristo, que se comercia con los reyes, y personas grandes del mundo: V. cap. 37, n. 2, 3, 5, y 6. Dijo Cristo a la santa, que así como anhelan los mortales comunicar sus gozos sensuales, que así también el alma desea tratar sus penas, y secretos con el confesor que la entiende: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 8. Es gran medio para tener a Dios el tratar con sus amigos, y el adquirir sus oraciones. Si no fuera por haber comunicado con personas santas, dice nuestra santa madre, que se hubiera perdido: C. cap. 7, n. 3. Con la falta de trato se desconocen las personas, y se hacen extrañas; de suerte, que el parentesco, y la amistad se rinden con la falta de comunicación: C. cap. 26, n. 1. Acomodarse a la complexión de aquel con quien se trata: con el alegre, alegre: con el triste, triste; en fin, hacerse a todos para ganar a todos: A. 9. Véanse las palabras: Amigos, Amistad, y Compañías.

Tribulaciones. Refiere la santa las crueles en que el Señor solía dejar a su alma con varios tormentos de tentaciones: V. cap. 30, n. 6, y siguientes. Daba el Señor licencia al demonio para que la tentase, como al santo Job, y dice, que parece jugaba a la pelota con su alma: Íbid. n. 7. En estos lances tenía la fe como dormida, y las demás virtudes, tibio el amor, sin hallar alivio en cosa alguna. Dice no la dio Dios a entender en una visión eran estas penas traslado de las del infierno: Íbid. n. 8. Comulgando, o diciéndola el Señor algunas palabras como éstas: No estés fatigada, no hayas miedo, quedaba libre de estas penas: Íbid. n. 10. De estas tribulaciones sale el alma como el oro el crisol, y la suele después hacer el Señor tan altas mercedes, que se hace nada el trabajo pasado, y se desea el volver a él: Íbid. Véanse las palabras: Aflicción, Trabajos, Penas, y Sequedades.

Trinidad (La santísima). En un punto suele el Señor dar a entender al alma este divino misterio, y queda tan sabia, que disputaría su verdad con todos los teólogos del mundo: V. cap. 27, n. 6. Rezando la santa el símbolo de san Atanasio: Quicumque vult salvus esse, se la dio a entender el misterio de la santísima Trinidad: V. cap. 39, n. 16. Otra vez se la dio a entender este misterio, y las tres divinas personas las veía dentro de su alma, y cada una la hablaba distintamente, y que la decían hallaría mejoría en tres cosas, por merced especial de cada una; que son, en la caridad, en padecer con contento, y en sentir la caridad con encendimiento en el alma: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, n. 1 2. Entendió también en esta ocasión cómo asisten las tres divinas personas en el alma que está en gracia: Íbid. Desde esta ocasión quedaron muy imprimidas en el alma de la santa las tres divinas personas: Íbid. Vio en otra ocasión en visión intelectual a la santísima Trinidad, y cómo el alma que está en gracia tiene un señorío que domina toda la tierra, por razón de esta divina asistencia: Íbid. n. 16.

Unión. En el tercer grado de oración que asigna la santa, se une toda el alma con Dios, aunque suele dejar libertad al entendimiento, y memoria, para que entiendan, y se ejerciten en negocios de caridad: V. cap. 17, n. 3. Hay otra manera de unión, aunque no completa, es cuando coge el Señor para sí a la voluntad, y entendimiento, y se queda éste sin actos discursivos mirando, y ve tanto, que no sabe hacia dónde mirar, y un objeto por otro se le pierde de vista, de suerte, que después no sabe dar señas de cosa alguna: Íbid. n. 4. La unión se da cuando de dos cosas divisas se hace una: V. cap. 18, n. 2. El alma que ha llegado a la unión con Dios se aflige con verse encerrada en la cárcel del cuerpo, y no poder hacer nada por su Majestad, y lo mejor que puede hacer, es conocer, que no puede por sí cosa alguna si el Señor no se la da: C. cap. 32, n. 8. En la contemplación, y unión perfecta, solo la humildad puede algo; y no ha de ser humildad adquirida por el entendimiento, sino difundida por Dios: Íbid. n. 9. Véanse las palabras: Oración, Contemplación, Arrobamientos, Mercedes de Dios, y Visiones.

Validos, o Privados. Los de los reyes, y señores grandes, no suelen ser personas que tienen al mundo debajo de los pies, ni que hablen verdades: V. cap. 37, n. 2.

Verdad. Fue naturalmente inclinada la santa a esta virtud, y por eso aborrecía a la hipocresía; y aun estando defectuosa sentía que las gentes

la tuviesen por buena: V. cap. 7, n. 1. Véase a este propósito en el mismo cap. n. 6. Es dichosa el alma que viene a conocer la verdad, y vive en ella: V. cap. 21, n. 1. Dice la santa, que perdería la vida por el interés de dar a entender al mundo una verdad de las que el Señor la enseñaba: *Íbid.* Por cosa del mundo no diría la santa una mentira: V. cap. 28, n. 3. La verdad no se trata, ni versa en los palacios de los reyes: V. cap. 37, n. 2. Las almas que han llegado a entender la verdad, pasan gran martirio en tratar en cosas de la tierra: V. cap. 39, n. 6. Aun en las cosas espirituales queremos entenderlas del modo que se entienden las del mundo, asidos a nuestro parecer, y contra la verdad: *Íbid.* n. 7. En un arrobamiento en que puso el Señor a la santa, metida en inmensa majestad, entendió una verdad, que es cumplimiento de todas las verdades, y desde entonces la parecía mentira cuanto no iba ordenado al servicio de Dios, teniendo gran lástima de los que tienen oscurecida esta verdad: V. capítulo 40, n. 1. Quedó la santa de este arrobamiento con grandes ansias de andar en verdad, y de hablarla siempre, y entendió que era Dios la misma verdad: *Íbid.* n. 2. Aunque la santa aborrecía naturalmente el mentir, desde esta ocasión sentía muy de otro modo a la verdad, y entendió que todas las verdades dependían de esta verdad, que aquí se la manifestó más sabiamente, que si se la hubieran enseñado todos los teólogos del mundo: *Íbid.* n. 3. Jamás se afirmen las cosas sin saberlas primero: A. 15.

Vida activa. El que es humilde no piensa en si Dios le pondrá en contemplación. Conténtase con servir a sus hermanos en ejercicios de la vida activa: C. cap. 17, por todo él. La santa dice, que estuvo catorce años sin poder tener oración, no siendo arrimada a la lección. Hay muchas personas de esta clase, y la santa conoció a algunas: *Íbid.* n. 2, y 3. Los de la vida activa, como regularmente caminan sin regalos, y gustos, van más seguros, y se humillan, y no dejan de llegar a la perfección, como los contemplativos: *Íbid.* n. 4. Los de la vida activa por algunos gustos, y regalos espirituales, que ven en los contemplativos, les parece que siempre es así, y por ventura no podrían sufrir ellos solo un día de penas, de las que los otros padecen: C. cap. 18, n. 1. No se canse el espiritual por que no ha llegado a la contemplación en un año, dos, o diez, haga de su parte, y camine con constancia, que el Señor no podrá dejar de darle el premio, como a soldado constante: *Íbid.* n. 2. El que no pudiere contemplar, tenga oración mental, y si no vocal, lección, y coloquios con Dios, y merezca con humildad: *Íbid.* n. 3.

Vida humana. Es la más penosa la que trae el alma, cuando quiere unir a Dios, y al mundo, sin acabar de resolverse a darse toda a Dios. En esta batalla vivió la santa veinte años: V. cap. 8, n. 1. La vida sin oración mental es muy trabajosa: *Íbid.* n. 5. Vivía la santa una vida con sombras de muerte, antes de resolverse a ser toda de Dios: *Íbid.* n. 6. No hay cosa estable en esta vida, en lo mismo que se busca el contento se suele hallar la pesadumbre: V. cap. 36, n. 5. En este mundo somos peregrinos, nuestra patria es el cielo, conviene pensar en sus grandezas, para que se hagan suaves los trabajos de su camino: V. cap. 38, n. 5. No hay cosa segura mientras estamos en la miseria de esta vida. Tiene el Señor lástima de los que vivimos en ella: V. cap. 39, n. 14. Dijo el Señor a la santa, que en esta Vida no podíamos estar siempre en un ser, sino en un tiempo tentados, y tibios, y en otro fervorosos, y en paz: V. cap. 40, n. 13. Estando la

santa afligida por verse precisada a atender a su necesidad, se la apareció nuestro Señor, y la consoló diciéndola se cuidase por amor de su Majestad, porque era necesaria su vida: Íbid. n. 15. La santa no quería vivir sin trabajos, y así decía: Señor, o morir, o padecer: Íbid. El verdadero siervo de Dios no ha de detenerse en dar la vida por su Majestad: C. cap. 12, n. 2. Véase la palabra: Miseria.

Virtud. La virtud tiene más ojos en el mundo, que la murmuren, que la vanidad, y por eso se fueron muchos santos al desierto: V. cap. 7, n. 13. Véase en este cap. n. 2. Conviene en los principios que se da el alma a la virtud, empezar con ánimo esforzado, sin apocar los deseos: V. cap. 13, n. 1, 2, y 3. La virtud verdadera echa de sí un olor, que todos los más le perciben, y desean llegarse a ella: V. capítulo 19, n. 2. El que se dedica a la virtud, en parte puede temer, porque se ofrece a ser mártir del mundo: V. cap. 31, n. 6, y 7. No se desconsuele el que tiene muchos deseos de la virtud, aunque a los principios vea, que no puede ejecutar lo que otros: Íbid. n. 8. Se ha de tener en mucho una virtud cuando el Señor comienza a darla, huyendo del peligro de perderla: Íbid. n. 9. No se dé por ganada ninguna virtud, si no se experimenta con su contrario V. cap. 31, n. 8. El camino de la virtud es camino real, y dulce; el del vicio es senda, y llena de peligros: V. cap. 35, n. 9. Si no nos esforzamos a ganar las virtudes grandes, y en grado subido, no vendrá el Señor a unirse a nuestras almas: C. cap. 16, n. 4. Cuando entendiéremos que en nosotros hay alguna virtud, conozcamos que nos la dio Dios, que no es nuestra, y que la podemos perder: C. cap. 38, n. 4. Nadie puede asegurarse en qué es constante su virtud, viniendo a la prueba, falta muchas veces, aun en aquella que parecía estaba más fuerte, como sucedía a la santa, y lo explica con algunos ejemplos: Íbid. número 4, y 5. Importa conocer verdaderamente que nos faltan las virtudes, para que así las pidamos con eficacia a nuestro Señor: Íbid. n. 9. Cuando pone el Señor una virtud en el alma, todas las demás parece que trae consigo. El humilde siempre anda dudoso en virtudes propias, y le parecen más ciertas las de su prójimo: Íbid. n. 10. Haz actos de todas las virtudes: A. 52.

Visiones. Tuvo una la santa de Cristo nuestro bien, en que la reprendió las conversaciones, y trato con algunas personas: V. cap. 7, número 3. Púsola el Señor en espíritu en el infierno, y sintió sus penas. Refiere el horror de este lugar: V. cap. 32, n. 1, y siguientes.

Visión imaginaria. Un día manifestó Cristo a la santa sus divinas manos, y de allí a poco tiempo el rostro: V. cap. 28, n. 1. Otro día se le apareció toda la humanidad de Cristo. Explica la santa en este capítulo 28, la naturaleza de estas visiones imaginarias por todo el capítulo n. 3. No es tan perfecta esta visión imaginaria, como la intelectual; pero lo es más la que se percibe con la imaginación, que aquella que se ve con los ojos corporales: Íbid. En la visión imaginaria, donde Cristo se representa al alma, si esta quiere ver alguna cosa particular más de aquello que el Señor la manifiesta, luego se pierde la visión: V. cap. 29, n. 1. Muchas veces la manifestaba Cristo sus llagas, y se la aparecía en diversos pasajes de su Pasión, pero siempre la carne glorificada: Íbid. n. 3. La cruz que tenía la santa en la mano, cuando la mandaron diese higas a Cristo, por recelar que era el demonio, se la tomó su Majestad en una visión, y se la volvió formada de cuatro piedras preciosas, que

representaban las cinco llagas impresas en ellas, y así la veía siempre, y no la madera: V. capítulo 29, n. 6. Tuvo la santa una visión muy especial de María Santísima, y san José, en que la vestían una ropa muy blanca, con otras especialidades, que refiere la santa: V. cap. 33, n. 9. Pidiendo la santa al Señor diese la vista a cierta persona, se la apareció su Majestad mostrándola la llaga de la mano izquierda, y sacando de ella el clavo, la dijo, que quien había pasado aquello por ella, que mejor haría lo que lo pedía: V. cap. 39, n. 1. En una visión, en que se vio la santa sola, y perseguida de muchos alrededor, y en lo alto Cristo, que la daba la mano, la dio a entender su Majestad la guerra que hace el mundo a las personas espirituales: Íbid. n. 12. En una visión se la representó a la santa su alma, como un espejo muy claro, y a Cristo en el centro de ella, y se la dio a entender, que el estar un alma en pecado, es el quedar el espejo negro, y oscurecido; y respecto de los herejes, el estar quebrado el espejo, que es peor: V. cap. 40, n. 4.

Visión intelectual. Tuvo una la santa un día de san Pedro, en que sentía a Cristo a su lado derecho, y la dijo san Pedro de Alcántara eran estas visiones de las más subidas. Explica la santa largamente la naturaleza de estas visiones: V. cap. 27, por todo él. En estas visiones es donde menos se puede introducir el demonio: Íbid. n. 3. En estas visiones no se experimentan influencias de la divinidad, sino que se experimentan algunas veces de la humanidad del Señor, y siente el alma, que la hace compañía el Hijo de la Virgen, sin que pueda dudar de ello: Íbid. n. 4. Aquí pone el Señor en el alma lo que quiere que entienda; sin imágenes, ni forma de palabras la manifiesta admirables cosas, y grandes misterios. En un punto se la da a entender el misterio la santísima Trinidad, y queda tan sabia el alma, que disputaría la verdad de estas cosas con todos los teólogos: Íbid. n. 5, y 6. En un arrobamiento se vio la santa metida en la Majestad de Dios, donde se la dio a entender una verdad, que es cumplimiento de todas las verdades: V. cap. 40, n. 1. En una visión vio la santa como están todas las cosas en Dios, y como se contienen en su Majestad. Explícalo la santa excelentemente con el ejemplo del diamante, o espejo mayor que todo el mundo: dice, que aunque este linaje de visión no es de las imaginarias, que algo de éstas debe de haber en ella: Íbid. n. 7. Víspera de san Sebastián, estando la santa en el coro, se la apareció la Virgen con muchos ángeles, y se puso en la silla prioral, y la dijo asistiría a alabanzas, que hicieren a su Hijo. Añade la santa, que la parecía Virgen a la que la dio la condesa: en los papeles de la santa, que están al fin de la Vida, 7. Tuvo la santa un arrobamiento en que la parecía la llevaba Cristo el espíritu hacia su Padre, y que le decía: Esta que me distes, te doy; y que la llegaba a sí: en los papeles de la santa que están al fin de la Vida, n. 10. Véanse las palabras: Oración, Contemplación, Arrobamientos, Unión, Revelaciones, y Mercedes de Dios.

Vocación. Medios, y motivos que dispuso el Señor para atraer a la santa al estado religioso: V. cap. 3, en todo él. Pasa tres meses de batallas hasta resolverse al estado religioso: Íbid. n. 3. Cuando muchas veces late la inspiración para el estado religioso, no se deje de poner en ejecución por el miedo que se suele ofrecer, de que no se podrá aguantar esta vida: V. cap. 4, n. 1. Es grandísima dicha la que concede Dios al que

llama al estado religioso, y mayor cuanto la religión fuese más estrecha, y abstraída: C. cap. 8, n. 1. Véanse las palabras: Religión, y Novicios.

Voluntad. Ésta es la potencia principal que hace su labor en la oración de quietud. Estese en su sosiego amando, y no haga caso de los bullicios del entendimiento, y imaginación: V. cap. 15, n. 4, y 5. Se ha de quebrantar poco a poco la propia voluntad en las cosas menudas, hasta sujetar la carne al espíritu: C. cap. 12, n. 2. La voluntad de Dios a darnos trabajos se ha de cumplir en el cielo, y en la tierra: hágase de la necesidad virtud, y pidamos muy de veras se haga su voluntad: C. cap. 32, n. 2. No hay mayor ganancia que dejar nuestra voluntad en la de Dios: Íbid. n. 3. Es mucho a lo que nos ofrecemos cuando decimos en el Padre nuestro: Hágase tu voluntad: Íbid. n. 4, y siguientes. Quien quisiere saber cuál es la voluntad de Dios, que se ha de hacer, pregúnteselo a su Hijo, y sabrá que no es otra que el llamarnos de trabajos: Íbid. n. 5. Véanse las palabras: Amor de Dios, Caridad, y Deseos.

Voz. Pidiendo la santa por el bien de cierta persona, oyó una voz muy suave con los oídos, y entendió se haría lo que pedía: V. cap. 39. n. 9.

FIN DEL ÍNDICE DE LAS COSAS NOTABLES

Varios Señores arzobispos y obispos han concedido 360 días de indulgencia a todos los fieles que leyeren a oyeren leer cualquier capítulo o carta de las obras de santa Teresa de Jesús, rogando además por los fines de la Iglesia.

Y asimismo han concedido 180 días tres Señores arzobispos a todos los que rezaren un padre nuestro y avemaría ante cualquier imagen de la Santa.

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

